

FERNANDO DEL PASO

# José Trigo



Lectulandia

Publicado en 1966 y ganador del Premio Xavier Villaurrutia en ese mismo año, *José Trigo* es el punto de partida obligado para recorrer el camino literario de Fernando del Paso. En ésta, la primera de sus novelas, se retratan con detalle y empatía la desesperanzada vida de los ferrocarrileros en el México de mediados del siglo xx, sus batallas laborales y su miseria, la ilusión de una huelga redentora y la severidad de la traición. Por estas páginas atraviesa un fantasmal José Trigo, más símbolo que protagonista, y un conjunto de personajes doloridos, víctimas del drama cristero de los años treinta, de la corrupción sindical de las décadas posteriores y del inequitativo progreso de la nación.

Estructura y lenguaje hacen de esta obra un delicado mecanismo de relojería. Los capítulos de la primera parte progresan hacia un punto de quiebre, después del cual se desanda la ruta con absoluta simetría, acaso para enfatizar el carácter circular de un relato con reminiscencias prehispánicas. Pero es en el uso audaz, en la radical reinención de nuestra lengua, donde Fernando del Paso se entrega por completo a la experimentación y logra proezas que deslumbrarán al lector resuelto a acompañar al escritor en su lúcido delirio. Si esa controlada transgresión causó sorpresa e incomodidad en la crítica cuando la novela se publicó por primera vez, hoy se reconoce como una de las grandes hazañas de la narrativa mexicana en los años sesenta, cuyos hallazgos no dejarán indiferente aun al lector contemporáneo.

Esta edición —que incorpora como prólogo la temprana reseña escrita por el académico sueco Artur Lundkvist— es una forma de conmemorar, en su 80 aniversario, al imprescindible autor de *Palinuro de México* y *Noticias del Imperio*.

# Lectulandia

Fernando del Paso

## José Trigo

ePub r1.0

Titivillus 09.11.2017

Título original: *José Trigo*

Fernando del Paso, 1966

Prólogo: Artur Lundkvist

Traducción del prólogo: Marina Torres

Imagen de la cubierta: Edgar Clement, miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRÓLOGO

Un nuevo mexicano

ARTUR LUNDKVIST

Un joven mexicano ha trabajado siete años en su primer libro, y de ello ha resultado la novela tal vez más notable que se haya escrito en América Latina. El hombre se llama Fernando del Paso y el libro *José Trigo*, mismo que fue publicado por Siglo XXI Editores. En la liza que ha surgido entre latinoamericanos por escribir el equivalente del *Ulises* de su continente, Del Paso se ha acercado más que ningún otro a la meta. La revolución lingüística que ahora se extiende también sobre América Latina y transforma el viejo español clásico con mayor rapidez de lo que el país materno alcanza a hacerlo, procede sobre todo de Joyce. Y Del Paso construye su obra conscientemente sobre el modelo en su estudiada técnica estilística, manteniendo como fabulador una independencia total. Tiene también, naturalmente, precursores más cercanos: en primer lugar, Carlos Fuentes, quien pocos años antes escribió la novela mexicana más vital y de más envergadura, *La región más transparente*, y, en segundo, Asturias con sus vehementes aceleraciones estilísticas.

Lo más sencillo es acercarse a Del Paso por el lado técnico. Uno descubre entonces que su novela está construida simétricamente, como una pirámide mexicana, en la que el oeste tiene nueve capítulos que ascienden como escalones y el este otros nueve que descienden. La cima la constituye una plataforma, en el libro un capítulo en cursiva titulado «El puente», que responde también al puente sobre el ferrocarril en las afueras de la Ciudad de México, donde se sitúan en primer lugar los acontecimientos. Los nueve capítulos de ambos lados constituyen estrictos paralelos entre sí y cada uno de ellos está hecho en un estilo diferente que pasa de una narración extraordinariamente expresiva a explosiones salvajemente expresionistas, de noticias objetivamente cronológicas a partes estáticas con elementos en verso o en forma dramatizada.

Los capítulos titulados «Una oda» y «Una elegía» desempeñan un papel clave. La oda trata de los ferrocarriles; la elegía, de la Iglesia. Y ahí tenemos las dos contradicciones principales del libro. Los ferrocarriles se aclaman como los portadores de la revolución, la revolución se llevó a cabo sobre todo gracias a la ayuda de los ferrocarriles. Pero, además de eso, los ferrocarriles representan el progreso moderno en su totalidad, la civilización de las máquinas, el cambio social, el radicalismo social y político. La Iglesia, por otra parte, responde a la reacción; su historia se remonta a la época de la Conquista, se ve como un instrumento de poder de los saqueadores y los opresores.

La alabanza del ferrocarril es de lo más sugerente de la novela. El temerario avance de los trenes es una suerte de marcha triunfal. El grito del silbato del tren sobre llanuras, entre montañas, a través de la espesura de la jungla, proclama la presencia triunfante del hombre, vence el vacío rumiante del imperio de la naturaleza, el estancamiento y la dependencia de lo mágico. La prosa se vuelve aquí muy dinámica, retumba rítmicamente bajo un amplio desfile de tipos humanos, paisajes, edificaciones. La elegía eclesiástica en cambio es ritualmente laboriosa, con una detallada descripción del interior de un templo de un estilo barroco compacto,

sinuoso: un gigantesco caracol único lleno de sus propios ecos, sin salida, fuera del tiempo.

Toda la novela está construida en torno a la contradicción de los ferrocarriles —la Iglesia en torno al permanente conflicto entre revolución y reacción—. Ambos aspectos son estudiados desde el punto de vista de la derrota: por una parte, bajo la forma de una huelga del ferrocarril que fue aplastada en 1960 y, por otra, bajo la rebelión ultrarreaccionaria de los cristeros hacia finales de los años veinte.

La revolución triunfante en México significó un violento anticatolicismo: el cierre o destrucción de iglesias y la persecución de sacerdotes en algunos lugares del país. Surgió un movimiento armado de signo contrario y de muy diversa composición, autodenominado *los cristeros* y estuvo imbuido de un espíritu fanático de cruzada. Fue apoyado, sobre todo, por terratenientes ricos y otros privilegiados, pero encontró a sus partidarios más combativos en las capas más atrasadas de la población. El libro cuenta un enfrentamiento local entre cristeros y tropas federales junto al volcán de Colima: allí se aposentó un grupo de cristeros con mujeres, niños y ganado en un valle de difícil acceso, a la luz de las «lechosas» laderas nevadas del volcán. El jefe es un taimado viejo llamado Todolosantos, que es apoyado por un cura obsequioso y extraordinariamente retórico. La batalla es sangrienta y termina con la derrota y la salvaje desbandada del grupo de cristeros. La descripción está hecha en su totalidad desde el punto de vista de éstos, y la compenetración crea una especie de simpatía por su lucha: es un acto de justicia equitativa. El autor derrocha también aquí un arte narrativo de gran riqueza y plasticidad, en un sosegado estilo «clásico».

Hay un camino, o mejor dicho, un sendero sinuoso que lleva de esta lucha de cristeros a la huelga de ferrocarriles treinta años más tarde. El viejo Todolosantos, que en su enjuta sequedad parece inmutable e inmortal, se encuentra de nuevo en el campamento de los ferroviarios junto con su esposa Buenaventura y el hijo —o tal vez el nieto—, Luciano. Buenaventura es la mujer por excelencia en el libro, la madre, el símbolo de la fecundidad, la representante de la fuerza indomable y de la inteligencia popular, retratada a veces como una trinidad mítica de edades diferentes. Y Luciano es el héroe del libro, el hombre cuya vida son los ferrocarriles y quien con ello posee también la orientación revolucionaria. Es uno de los dirigentes más firmes de la huelga y ve a su peor enemigo en el contemporalizador y saboteador Manuel Ángel. Las diferencias entre los dos hombres responden al enconado conflicto entre los dirigentes moderados, los que «se han vendido» al poder gubernamental, al servicio del mantenimiento de la sociedad conservadora, y los impulsores revolucionarios, los radicales militantes.

Algunos de los capítulos más difíciles tratan sobre el lado humano de la huelga, en un embrollo caleidoscópico de personajes en primer plano, en un rumor de voces y escenas en bares, burdeles, hogares y lugares de encuentro. Un par de atentados que causan víctimas mortales —probablemente actos de sabotaje de los adversarios— contribuyen a descalificar la huelga; se manda a las tropas para combatirla, los

dirigentes huyen, son asesinados o encarcelados. Es la derrota para la izquierda. Pero se sugiere que es una victoria funesta para el poder social, portador de una revolución traicionada y hueca. Luciano ha desaparecido, no se sabe si está vivo o muerto, si ha huido o ha traicionado. En una escena de poderosa acción de masas, regresa sentado en la cureña de un cañón, una mancha azul que se va acercando lentamente. La multitud lo saluda con entusiasmo, pero el júbilo se va apagando poco a poco: hay algo raro en Luciano, mira con las cuencas de los ojos vacías, está muerto, asesinado y mutilado por los adversarios.

¿Y quién es José Trigo, que ha dado su nombre a la novela? No es nadie o es todos, cualquiera, una mistificación, un símbolo indefinido. Se pregunta por él a lo largo de todo el libro: ¿dónde está José Trigo, quién lo conoce, quién lo ha visto? A veces parece existir en el mundo de los sentidos como una determinada persona: lleva un cajón a la espalda —que es un ataúd infantil, blanco o negro—, está perdiendo un zapato o acaba de perderlo, lo sigue una mujer —a la que ha abandonado el traidor Manuel Ángel—: su hijo acaba de morir y ella lleva en los brazos un gran ramo de girasoles. Pero tal vez ese hombre no sea José Trigo. Al final se declara que nunca ha existido, al igual que los otros personajes del libro, Luciano, Buenventura, Todolosantos; son invenciones, vehículos para llegar a la realidad.

La novela se revela así como lo que evidentemente es: obra de creación, producto de la fantasía. No tendría mayor importancia si no fuera porque el libro tiene un carácter general de investigación, de interrogatorio, de verificación. Pese a que no presenta nada desconocido, sino hechos comprobados y establecidos en todos sus aspectos, penetra en ellos y da cuenta de lo que descubre pero no llega nunca a una imagen exhaustiva o incontrovertible del contexto. Es un intento de explicación, una propuesta para entender una parte del reflejo de la realidad. Y no pretende ser nada más. Esta frecuente relativización moderna del arte de novelar supone una nueva percepción profunda, una idea de posibilidades no aprovechadas, pero tiene también, como resultado, vaguedad e incertidumbre. Muchas cosas quedan tan indefinidas en su contenido que carecen de consecuencias, se convierten en un juego de ilusiones. Pero, en todo caso, ¿qué es una obra literaria? Pues tal vez una muestra de fantasía fiel a sus propias leyes, con su propia lógica interna.

Hay seguramente un exceso de atrevimiento técnico en la novela con la que debuta Fernando del Paso, posee muchos experimentos de audaz arte estilístico y alarde idiomático, de fatigoso virtuosismo y consumo de palabras. En conjunto, sin embargo, posee una fascinación inagotable, un vigor y una vitalidad que conquistan completamente. No es un libro de fácil lectura: es un libro que exige volver a él una y otra vez durante mucho tiempo. ¿Y de cuántos libros puede decirse eso? ¿Cuál será el destino de su joven escritor? Parece ser que de América Latina ahora se puede esperar cualquier cosa, tanto en lo literario como en lo político.

*Dagens Nyheter*, 20 de noviembre de 1967



Traducción de Marina Torres

JOSÉ TRIGO

Para  
SOCORRO

Primera parte

*El Oeste*

¿JOSÉ TRIGO?

Era.

Era un hombre.

Era un hombre de cabello encarrujado y entrecano. Tenía cuántos años. Treinta y cinco, cincuenta. Cincuenta y cuatro trenes salen todos los días de la vieja estación de Buenavista y yo los cuento como cuento sus años.

Cuento los años y las cosas como muelle, como patio de carga, garrotero, báscula de piso. Como torres de vigilancia, como ménsulas de señales: todo aquello que vio a José Trigo llegar en un tren de carga a estos llanos olvidados que son los de Nonoalco-Tlatelolco, en la Ciudad de México, que un día de mayo de hace muchos años lo vio caminar por los campamentos con una caja blanca al hombro, que una tarde de difuntos lo vio correr bajo el Puente y perder un zapato, que una noche de un mes de diciembre de un año bisiesto lo vio de rodillas en Santiago Tlatelolco. Lo vio una vieja gorda y bruja. Lo vieron Todos los Santos. Lo vieron tres guardacruceiros de las calles de Fresno, Naranjo y Ciprés. Lo vio un carpintero de la calle del Pino. Lo vio una mujer que viajó en una grúa. Lo vio un hombre que acicalaba un puñal. Lo vio un albino de piel de muévedo. Lo vio un ferrocarrilero de uniforme azul y anteojos ahumados. Lo vio la Virgen de Guadalupe. Y lo vi yo.

Como lo vi, un hombre de cabello encarrujado y entrecano y sin embargo bigote lacio y blanco como sentado en el muelle de un patio de carga y como mascando algo como que me miró después de restregarse los labios y los bigotes con un papel como mojado de babas, lo cuento. Él me vio llegar desde lejos, en el amanecer de un once de enero de un año bisiesto de hace muchos años. Me miró o no me miró porque el sol —¿o la luna?— le daba en los ojos y yo estaba en sus ojos caminando entre las vías oxidadas de durmientes podridos donde hacía mucho tiempo no corrían los trenes de carga que desde mil novecientos veintiocho llegaban a la antigua estación de Nonoalco, donde había una bodega de más de seis mil metros cuadrados, donde había cinco vías con capacidad para ciento sesenta carros: yo cada vez más grande en sus ojos, él cada vez más grande en los míos, y los dos que nos miramos y yo que le pregunto:

¿José Trigo?

Y él como mirando más arriba de mi cabeza, donde el humo de las chimeneas de las fábricas de jabón, de vidrio y de cerveza se confunden con el humo de la vieja locomotora de maniobras que cambia los carros de carga de una vía a otra, de una espuela a otra, a diez kilómetros por hora, y con el humo del tren que arrastra carrotanques petroleros de grandes cúpulas de aluminio y furgones llenos de manzanas y góndolas que llevan arena, grava y piedras, y con el humo del fuego de

un basurero donde hace muchos años yo vi, cuando pasaba por los llanos de Nonoalco preguntando ¿José Trigo? un cráneo de conejo en un cerro de cáscaras de naranja y una paloma muerta y un par de zapatos rotos y un haz de leña atada con un vencejo y un niño desnudo que orinaba agitando los brazos y que no respondió cuando yo pregunté ¿José Trigo? el día en que un hombre en un muelle o en un carril arrodujado y entre cansado y ganoso manducando me miró por arriba de mi cabeza y me dijo:

¿José Trigo?

Era un hombre. Era un hombre cada vez más grande y cada vez más viejo y de rostro cada vez más iluminado por el sol que me daba en la nuca cuando yo caminando era cada vez una sombra más grande que vi acercarse un día en que yo estaba sentado en un carril o arrodujado y que me miró y me preguntó ¿José Trigo? mientras gruesos y lentos goterones de sudor amargo escurrían de mi frente de cabellos cabalgantes con el viento y se empañaban: con el polvo de balasto, de herrumbre, de hollín, de tierra y de yerbas polvodeoro insuave rubio por el sol y barrían los surcos salcochados de mi piel resquebrajada: el mismo polvo del balasto que rodea a todas las vías que un día hubo en los patios de servicio de Nonoalco, Tlatilco, Aduana de Santiago y Peralvillo: veintinueve kilómetros de rieles de cincuenta y seis a setenta y cinco libras, me dijeron; y el polvo del hollín de las fábricas La Luz La Esperanza y Sidral Mundet que hay o que había a todo lo largo de la Calle de la Crisantema, desde el Puente de Nonoalco hasta el Campamento Oeste y que yo recorrí un lunes de un invierno de hace muchos años cuando la madrecita Buenaventura me contó el día de San Higinio y de la Sagrada Familia, de San Palemón Abad y San Alejandro Obispo, que José Trigo había mordido el mismo polvo una mañana de un mes de abril en que saltó de un tren en marcha y una tarde de un mes de diciembre en que durmió en una caja de muerto y una noche de un mes de la Virgen en que dejó para siempre esta Ciudad de Nonoalco que está a cero kilómetros de la Ciudad de México, a dos mil doscientos cuarenta metros sobre el nivel del mar, y que conocí el día en que un hombre de cabello encarrujado y entretenido en relamer refocilado lacios lucios largos pelos blancos sucios y empapelados inflando sus carrillos papujados y entre masticando un pedazo de pan o de algo se rascó la barba, me miró, no me miró y me dijo:

—¿José Trigo? No, no conozco a nadie que se llame José Trigo —dijo como si dijera estación, trabajo, ferrocarrilero, garitones. Como si dijera soy un pobre ferrocarrilero que trabaja como burro en una estación de carga y me jodo duro y bonito y no sé nada de hombres que llegan de lejos caminando por las vías y se alejan y se pierden bajo el Puente y no sé nada de torres de vigilancia y de entronques y de los ojos redondos y rojos refulgentes de las ménsulas de señales que vieron a José Trigo guiñándole la muerte y lo vieron llegar desde lejos, vagar por estos llanos de Nonoalco donde cada veinticuatro horas se reciben y se despachan mil cuatrocientos carros, y lo vieron vivir con la mujer, tres días sin hablarle y siete meses sin tocarla,

en alguno de esos carros olvidados, en la Ciudad del Oeste, donde hay setenta y ocho furgones y vagones y jaulas abandonadas donde viven y comen y duermen más de cien ferrocarrileros que trabajan de día alineando los rieles y de noche cuentan historias de viejas huelgas ferrocarrileras y leyendas de la Revolución y los trenes — me dijo o soñé que me decía un hombre de cara que nunca vi porque se iba empequeñeciendo como una sombra que se achicara en sus ojos porque yo le volví la espalda y me alejé caminando entre las vías preguntando:

¿José Trigo?

Era una mujer. Era una mujer que lloraba sobre un ramo de girasoles que cortaba de un macizo de plantas y que florecían bajo el sol que caldeaba desde lo alto del Puente todos estos llanos de Nonoalco-Tlatelolco y todo lo que en ellos hubo desde 1908, cincuenta y un años antes de que esta mujer o cualquiera otra mujer llegara a los campamentos en una grúa por culpa de un descarrilamiento y viviera en un furgón con un hombre que la abandonara con un hijo vivo y otro en la barriga y después con otro hombre que llegara a estos campamentos de Nonoalco un año después que ella, cincuenta y dos años después de cuando estos rumbos se llamaban Talleres de Santiago y en donde carpinteros y herreros y cobreros y soldados y electricistas y paileros y lavadores de calderas componían las viejas locomotoras de vapor en las viejas fosas, en los viejos talleres de la vieja Casa Redonda, y se quedara en el furgón sin que dijera esta boca es mía, sin que dijera me llamo José Trigo y tú di que me conoces cuando te pregunten:

¿José Trigo?

—No lo conozco —me dijo la mujer—. Pero mire: miré furgones, miré rieles y locomotoras y palomas, ratas, patos, bodegas, perros, niños mamones, almacenes, humilladeros y entronques, hombres de uniformes azules y mujeres panzonas, mendigos picosos de viruelas, árboles secos y cementerios de armones y bateas abandonadas, y mujeres con criznejas y no miré a José Trigo. Hablé con garroteros y me dijeron:

—¿José Trigo?

con mendigos, borrachos, factores y patieros, y me dijeron:

—¿José Trigo?

con mayordomos de cuadrilla y mayordomos señaleros, y me dijeron:

—¿José Trigo?

unos sobándose las manos, otros deshuesando capulís, otros rascándose el colodrillo y otros entre tartamudos y entre sonrojados, o fumando, caminando, despertando, me dijeron:

—¿José Trigo?

y después de muchas horas y días de mirar y oler alientos a tabaco y alcohol y cebolla y mujer y preguntar y oír a viejos conductores que recuerdan y hablan de la Unión de Conductores, Maquinistas, Garroteros y Fogoneros fundada en mil novecientos once, pero que no recuerdan los vagones que rodaban sobre rieles de madera arrastrados

por caballos, porque no son tan viejos como dos siglos; y de oír y preguntar a viejos pasaleñas que recuerdan y hablan de las catorce cuerdas de leña que hace más de setenta años tenían que terminar atizando fogones por setenta y cinco centavos al día, pero no recuerdan la locomotora que usaba cañones de escopeta como tubos de vapor y que recorrió veintiún kilómetros en una hora doce minutos y aquellas que alumbraban el camino con fogatas encendidas en cajas de arena sobre plataformas de madera que empujaba el tren, porque no son tan viejos como casi cien años: y de oír y preguntar a viejos mecánicos que no recuerdan las locomotoras Gran Mogol que tenían chimeneas en forma de diamante y linternas de aceite, porque no son tan viejos como sus padres, pero sí hablan, porque de eso viven y sueñan y hablan todo el tiempo, de las locomotoras de frenos de aire y reflectores eléctricos, de cien toneladas y dieciocho mil piezas y tres pares de ruedas impulsoras que al fin y al cabo caminan como todas porque se quema carbón para calentar agua y el agua se transforma en vapor y la presión del vapor empuja los pistones hacia atrás y los cilindros hacia adelante y los pistones empujan a las barras impulsoras y las barras a las ruedas y las ruedas mueven a las locomotoras y las locomotoras mueven a los carros y los carros mueven y llevan y traen, de aquí y para aquí: de estos rumbos de Nonoalco a los diecinueve grados veintiséis minutos de latitud Norte y noventa y nueve grados ocho minutos de longitud Este por donde caminó José Trigo, por aquí por estos campamentos y por allá, más allá del Puente y de la National Iron Steel Works Corporation: vacas lecheras, o barricas de pulque, o troncos de algarrobo o lingotes de acero y también hombres y mujeres y niños que se asoman por las ventanillas de un tren de locomotora de plata y carros equipaje de puertas corredizas y carros cafetería y carros observatorio y te ven caminar por la Calle de la Crisantema entre nubes de polvo y ceniza que trae el viento que gime y te ven cuando te acercas a una mujer que llora junto a un ramo de girasoles recién que corta y le preguntas:

—¿José Trigo?

—No lo conozco —te dice la mujer—. Pero mire: yo creo que la madrecita Buenaventura es la que sabe de esas cosas.

y entonces tú, tú que buscas a José Trigo, tú que quieres saber quién es y tú que no sabes quién es la madrecita Buenaventura, tú preguntas «¿La madrecita Buenaventura?» y el nombre te suena a cicatricera, a comadrona, a echadora de la buenaventuranza, y te contestan «La madrecita Buenaventura, sí señor», y después sabes que la madrecita Buenaventura es cicatricera, comadrona, echadora de la buena y de la malaventuranza y que conoce muy bien, te dicen, que no hay que dejar los cacles viejos junto a la gallina clueca porque se mueren los pollos, como cualquier fogonero conoce el ruido que hacen las garzas de los tinacos cuando las bajan para cargar agua, o como ella misma sabe que la mujer que vivía con José Trigo aceptó las sobras que él le dio un día y lo mismo conoce que para que los niños no tengan miedo en las noches hay que ponerles en la cama una piel de asno, tan bien como cualquier mecánico conoce el olor del aceite de válvulas que hay que inyectar cuando falla el



lubricador o como ella misma sabe que la mujer con la que vivía José Trigo se llamaba Eduviges y lo mismo, también, conoce que las hojas de ahuehuete son buenas para orinar como cualquiera de nosotros conoce el sabor del polvo del balasto después de todo un día de sopalanquear rieles, o como ella misma sabe que la mujer con la que vivió José Trigo se perdió una vez, cuando era muy niña, en medio de un aguacero; te dicen, y búsquela y pregúntele a la madrecita Buenaventura por José Trigo y ella de seguro le contará toda la historia aunque no lo haya visto nunca, aunque nunca haya existido José Trigo, porque ella siempre está puesta a hablarle a todo el que venga por aquí de las siete cuevas que dice en que vivió o de la huelga y las bayonetas que dice que vendrán, o de la primera locomotora que llegó aquí hace más de cien años y que llamaron *La Guadalupana* y que dice que conoció, o a contarle a todo el que venga aquí por qué el viejo Concordio de su corazón se pasea en la noches por el campamento o por qué su viejo Gaudencio se alegró de la muerte del muchacho o por qué a su viejo Fulgencio le brillaba la cara del gusto cuando estaban recién casados y él la espiaba desde un rincón del carro donde vivían; todo esto y más le contará al que pregunte y no le dará jarabe de pico, y si el que va a buscarla quiere el remedio y el trapito para sus penas, ella se los dará, llueva o truene, porque ella como nadie sabe ahuyentar las jodedumbres como ahuyenta el granizo cogiendo tres granos y metiéndolos en el seno de una virgen; y si el que llega a buscarla le pregunta «¿José Trigo?», ella le contestará: «Pásele, pásele, yo le contaré la historia de José Trigo», y él, el que preguntará por José Trigo, estará seguro entonces de que la madrecita Buenaventura le contará la historia hoy, mañana, cuando quiera, y empezará por el principio, por el final o por la mitad, por donde guste.

Por eso, si él pasara por aquí, si él preguntara por José Trigo como seguro preguntará, nosotros le diríamos «La madrecita Buenaventura lo espera, a usted y a todo el que quiera que le cuente una historia, la historia de un hombre que se llame José Trigo o José Trigo, da lo mismo porque lo que vale es la historia de los hombres». Y le diríamos más, le diríamos: «Además le podemos averiguar dónde vive la madrecita Buenaventura: vive, si es que vive todavía, en un campamento», te dicen, «Ándele, atraviése usted este campamento que no es el de ella, hasta llegar a la Calle de Lerdo allí donde están los Talleres Centrales» y tú caminas y preguntas:

«¿Ésta es la Calle de Lerdo?»

y te dicen «Sí» y sabes después que por esa misma calle vagó una tarde José Trigo sin saber que era la última vez que podía aparecerse por allí. «Y siga después por los llanos que están a la izquierda y luego atraviése el Campamento Este y tome después la Calle de la Crisantema» te dicen y tú pasas por un largo campamento encanijado, por el mismo al que una noche llegó un hombre que odiaba a José Trigo, azuzándole la muerte, y allí te dicen «La Calle de la Crisantema está al otro lado del Puente. Y para mayores señas podemos decirle que por esa Calle de la Crisantema corren varios pares de vías, así que no hay manera de nortearse» y tú pasas por abajo del Puente

donde una tarde José Trigo se salvaría de morir y allí te dicen:

«No, ésa no es la Calle de la Crisantema, sino ésa de la derecha.» «Y pasará usted por las fábricas o mejor dicho a sus espaldas» te dicen cuatro ferrocarrileros que ves después de hablar con el hombre que caminaba por las vías y con la mujer de los girasoles, cuando les preguntas:

¿José Trigo?

y ves que eran. Eran cuatro hombres de uniformes azules. Era uno un muchacho de dientes de conejo. Era otro un hombre maduro. Era otro un viejo que olía a pólvora. Y era otro un viejo más viejo de piel áspera y leñosa como madera cañiza. Y te dicen:

«Si le contamos todo esto es porque nos parece bien que usted sepa dónde vive la madrecita Buenaventura, porque todos alguna vez no lo sabíamos y por eso le diremos cómo llegar al Campamento Oeste de la misma manera que a nosotros nos dijeron por primera vez: pasarán ustedes por las espaldas de las fábricas y si no alcanzan los ojos para ver los nombres en las torres o en las chimeneas no le hace porque ya verán cómo las reconocerán por el olor porque las que huelen a aceite de coco son fábricas de jabón y las que huelen a orines son fábricas de cerveza o quién sabe si de verdad no huelen y es imaginación nada más, nos decían» te dicen y tú dices «Y entonces ustedes pasaban por ellas». «Sí» te dicen y te cuentan que no veían sus torres esbeltas y brillantes y sus muros jaharrados y verdinegros porque el sol del Poniente les exprimía en los ojos cazumbre como jugo de naranja, y tú dices «Y entonces ustedes no veían los depósitos de sal y los autotanques y las casetas de los guardacruces y las peluquerías y todo eso que hay a lo largo de la Calle de la Crisantema y que vio pasar a José Trigo con una caja blanca al hombro y después con cajas grises y negras, de niños y de hombres, con flores de papel y flores de tela» dices y te dicen «No, no lo vimos porque por la Calle de la Crisantema hay que caminar con la vista baja, viendo las traviesas, el balasto, los rieles espejados, porque si no el hollín se le mete en los ojos y porque además estamos acostumbrados porque ha de saber que nosotros somos peones de vía y siempre las estamos viendo y como le decíamos» te dicen «Nos decían: caminarán a todo lo largo de la Crisantema hasta llegar a Río del Consulado, y así lo hicimos y al llegar al cruce del Pino nos dijeron: no, la calle que sigue es Naranjo, y en Naranjo nos dijeron: sí, Crisantema sale a Río del Consulado, pero faltan Sabino, Fresno, Cedro y otras más» todo esto te dicen los cuatro ferrocarrileros y tú dices: «Y entonces pasaban ustedes por las casitas de adobe y llegaban a la iglesia siempre caminando por las vías como lo hizo siempre José Trigo» y te dicen «Sí» y si te cuentan que vieron los basureros donde se desperdiciaba la luz del sol enrojeciendo la bahorrina y las mondarajas y no vieron en cambio a dos niños que jugaban con un escarabajo blanco encerrado en una jaula de cerillos y a unas pepenadoras que juntaban todos sus trapos blancos que el tren había desperdigado como en un remolino, si te lo cuentan, digo, fue porque les habían dicho «Entonces sigan derecho sin despegar los ojos de la iglesia que se ve a lo lejos, no tanto para que no se pierdan sino porque allí está la pulquería de Los

Cuatrocientos Conejos y si la ven a lo mejor o a lo peor nunca llegan a la casa de la vieja Buenaventura que como les decimos, vive en el campamento que se divisa al otro lado de la calzada, más allá del humilladero donde está la milagrosa de Guadalupe que hace muchos años pintó un guardacruceiros y donde una noche se escondió José Trigo entre los gladiolos y las gardenias», así les dijeron y tú les dijiste «Y ustedes veían el campanario de la Parroquia de San Salvador de las Flores y a una mujer que vendía rebanadas de piña cubiertas de abejas y a un hombre que zurraba detrás de una barda», y sí, los cuatro ferrocarrileros, te fueron diciendo:

«No, nosotros no vimos nada», dijo el primero.

«¿Para qué debe saber alguien qué fue lo que vimos y sabemos?», dijo el segundo.

«Sólo usted lo sabrá», dijo el tercero. «Porque ¿a quién más le importa? Si yo les dijera que en un cuerno de toro guardé a mi padre, que en paz descansa por toda la tierra, ¿lo entenderían? ¿No sería lo mismo que decirle que aquí en los viejos talleres de Nonoalco sólo había una grúa viajera de diez toneladas y una báscula mecánica de cien toneladas?»

«Y si yo dijera», dijo el segundo, «que yo nací de un padre manco que no tuvo manos para acariciar a mi madre en su cama de amor, dura y fría como las piedras mojadas, ¿lo entenderían? Si nadie entiende por qué debajo de los durmientes el agua debe drenarse bien y para eso hay que hacer hondo el arado de la berma, ¿por qué van a entenderme a mí?»

«Todas las vías deben calzarse bajo el durmiente», dijo el primero. «Pero eso sólo lo sé yo, como sé que por allí debo tener un hijo con cabeza de trompo y más feo que un enano de San Juan, y todo por culpa de dos manzanas así de grandes y frescas.»

«Y mire usted», te dice el cuarto. «Yo tengo una madre tan bonita como su fotografía, y que es como un ángel aunque tiene como noventa años y camina encorvada cuando va a misa. Eso es lo que me gustaría contar, pero también que yo sé por qué la madrecita Buenaventura siempre ha tenido un solo viejo aunque a usted le hablen de sus muchos viejos.»

«Por eso», te dicen, «oiga nuestras palabras y que no se le olviden». Y porque vas juntando las palabras que te dan muchos hombres, llegas al Campamento. Te dicen: derecho, Crisantema, izquierda, iglesia, junto, Quinta San José, El Paso de las Mujeres Bellas, Calzada de Camarones, enfrente. Y porque sigues derecho por la Calle de la Crisantema y al llegar a Camarones ves a la izquierda la iglesia junto a una caseta de vigilancia que dice «Quinta San José-El Paso de las Mujeres Bellas», y dentro un hombre de sombrero de fieltro te dice «Enfrente», enfrente está el Campamento Oeste, donde vive o vivió la madrecita Buenaventura.

El Campamento Oeste, frontero al templo de San Salvador de las Flores, es un campamento de ferrocarrileros. En estos campamentos viven los peones de vía, que se pasan la mitad de la vida colocando durmientes y calzando rieles para construir los

caminos. Cuando están terminados, pasan la otra mitad de la vida corrigiendo los desalineamientos y las desnivelaciones. Una locomotora especial lleva de un lugar a otro todos los vagones donde viven, y a cada lugar les llega el correo y también sus ropas y sus alimentos, llevados por los carros-tienda que todo el año y todos los años recorren las trece divisiones y cinco subdivisiones del sistema a todo lo largo de la vía. Estos carros hacen de cinco a once recorridos quincenales, según la importancia de la división. Pero sucede que algunos furgones no vuelven a caminar nunca. Un día se quedan en un punto de la vía, y esperan. Esperan muchos años, tantos que parecen hundirse en la tierra. Han quedado fuera de servicio y fuera de las vías útiles. Alrededor de ellos crece una ciudad olvidada, crece la yerba, crecen los niños. Y pasado algún tiempo, nadie se acuerda de cuando eran viajeros que iban de un lado a otro construyendo caminos. Una de estas ciudades olvidadas era el Campamento Oeste, donde vivió José Trigo, donde vivió la madrecita Buenaventura y tenía su conventículo, y a donde llegué yo un día, preguntando por ellos.

En el Cuartel Norte de la ciudad de México, había un puente que se llamaba Puente de Nonoalco y corría de Norte a Sur a unos centenares de metros de la vieja Estación de Buenavista. Bajo el Puente, pasaban todos los trenes que todos los días salían y llegaban a la estación, y además la Calzada de Nonoalco y la Calle de la Crisantema. Abajo y hacia el Este, se extendían unos llanos donde había varios campamentos y donde estaban también los viejos Talleres Centrales y las viejas estaciones de carga. El campamento más cercano al Puente se llamaba Campamento Este. Abajo y hacia el Oeste, estaba la Calle de la Crisantema. A ella daban sólo las espaldas de las fábricas, depósitos y bodegas cuyas fachadas, a su vez, daban a las dos calles paralelas inmediatas a Crisantema: la Calle del Alelí y la Calzada de Nonoalco. Junto a las espaldas de las fábricas, y construidas con láminas, cartones y trozos de puertas y ventanas, estaban las casas de los pepenadores. A dos metros de estas casas, pasaban a todas horas del día docenas de trenes, locomotoras de maniobras y armones. La Calle de la Crisantema llegaba hasta la Calzada de Camarones: allí, las vías se desviaban y pasaban a un lado de otro campamento, llamado Campamento Oeste. El más olvidado de cuantos conocí.

De todos los carros que hay en el Campamento Oeste, pocos son los antiguos vagones de pasajeros que se conservan en buen estado. La mayoría son viejos furgones sin ruedas que se caen a pedazos. De los ventanos de los vagones cuelgan macetas hechas con latas de conservas Clemente Jacques, Carnation, Del Fuerte. En ellas crecen campánulas y claveles jaspeados. En cada uno de los carros vive una familia. A veces, viven dos familias. Allí tienen su cocina con su estufa de petróleo o su brasero. Ollas con coberteras abolladas. Una mesa cubierta con un mantel de plástico anaranjado, con dibujos de tiovivos y kioscos azules y blancos. Sobre el mantel están los vasos, verdes y brillantes, los cubiertos de peltre azul celeste, los platos blancos con franjas amarillas en el borde y una camelia al centro. Por un agujero abierto en uno de los tablones podridos de la pared del carro entra una

manguera de plástico transparente, color verde limón, conectada con la toma de agua de los lavaderos. De la manguera, por donde se ven correr las burbujas de aire, sale un delgado chorro de agua que va llenando una tina de aluminio, redonda. Cuando alguien se baña en ella, el agua jabonosa escurre hasta afuera del furgón. Las mujeres la aprovechan para restregar el piso: se arremangan las faldas y de rodillas, con las nalgas de fuera, lo tallan con grandes escobetas. Por la puerta del furgón entra el viento y agita las cortinas de cretona estampada con caballos rojos, y las hojas de los calendarios donde hay mujeres desnudas o pescadores de caña vestidos con cazadoras americanas y grandes botas de hule, o grandes lagos que reflejan grandes montañas llenas de pinos; y agita también las flamas de las veladoras que alumbran las imágenes de los santos propiciatorios y tutelares clavadas con tachuelas de colores arriba de las camas. Las camas están cubiertas por colchas de retazos de telas pajareras, y en ellas hay, a veces, un membrillo mordisqueado, una canica ágata, o un peine color carey con las guardillas rotas, o unos pantalones de mezclilla azul azul a medio remendar.

En cambio, en los furgones no entra la luz, a no ser por la puerta y por las rendijas por donde también se cuela el aire frío, y que hay que tapar con periódicos. Dicen que en algunos de estos furgones, los más viejos, hace mucho tiempo que no viven ferrocarrileros. Dicen que en otros sí, que en otros viven el padre, la madre, y cuatro o cinco hijos que serán también peones de vía dentro de algunos años. A algunos de estos niños yo vi jugar arrastrando por los durmientes un carro de cajas de jabón. Algunos eran morenos y de cabellos negros. Otros eran blancos y de ojos claros, pero a lo lejos la piel de todos parecía del mismo color: dorada por el sol, sucia por el polvo. Los niños volaban papalotes. Las niñas, tomadas de las manos y brincando en un pie, bailaban en círculo y cantaban:

*Nana Caliche no sale al sermón  
porque su perro le come el turrón.  
Nana Caliche no sale al mandado,  
porque su cerdo le come el salvado.*

A lo lejos, también, los ferrocarrileros parecen soldados de juguete. Esto pasa cuando se les ve desde lo alto del Puente de Nonoalco o a través de las ventanillas de un tren. Uno ve a lo lejos hileras y más hileras de viejos carros llenos de polvo y algunos hombres de uniformes azules que descansan en bancos o que caminan del brazo. Uno no les ve las caras. Uno no ve, como vi yo, a un viejo ferrocarrilero baldado que se rascaba con un molinillo de chocolate los muñones de las piernas que tal vez había perdido en un accidente de trenes. Uno no ve al hombre que orina en una botella de refresco. Uno no ve a las mujeres que tienden las sábanas amarillas y las faldas de colores entre las vías hace mucho tiempo abandonadas, como si alfombraran el camino de un tren que nunca ha de llegar.

PERO eso fue por las cabañuelas, ahora ya es febrero, mes venático. Noche de interlunio y de estrellas que enjambran el cielo. Según giraban en sus bóvedas, adiviné los ojos de José Trigo. Y otras cosas que dije con palabras alburentes y estelares o blancas y brillantes como el cuarzo y la grava de río que se usan para balastar las vías y disminuir el desgaste de los muñones del material rodante. O sea cosas que, con palabras la mitad mías y la mitad de la madrecita Buenaventura, son como para creer que nunca sucedieron.

A pesar de que hay quien vio llegar a José Trigo una mañana a estos campamentos y entrar al furgón de la Eduviges, que así dijo que se llamaba cuando él le preguntó su nombre como nunca nadie lo había hecho incluyendo a Manuel Ángel, el primer hombre al que quiso o el único, desde el día en que la trajo al campamento: porque se descarriló un tren.

Hasta la noche en que se fue al otro lado del Puente de Nonoalco tras aquella otra mujer.

Y no sólo porque fuera el padre del hijo que tenía en los brazos.

Y de aquel otro que tenía adentro, sino también:

«Porque se llevó con él mi vergüenza y mi amargura, mi temor y mi esperanza, y todo lo que aprendí aquella tarde.»

Así que fui juntando de nuevo las palabras que me dieron por aquellos rieles, rumbos lejos, caminando, y caminando por los rieles llegué por aquellos rumbos bien entrada una noche de invierno...

Lejos de un amanecer en que la luz del sol llegara hasta los cabellos arremolinados de José Trigo y los sonrojara ligera y repentinamente.

Me esperaba la vieja Buenaventura, a quien llamaban también madrecita. Sería por tantos hijos que tuvo.

Y había cuatro hombres con ella: tres ferrocarrileros: Anselmo, Bernabé y Guadalupe.

Y don Pedro el carpintero.

Los tres del riel guardaban los cruceros del Fresno, el Naranjo y el Ciprés, esquina con la Crisantema.

El cuarto, don Pedro, tenía su carpintería también en la Crisantema, esquina con la Calle del Pino.

Manzanas incircuncisas, rosario, jaula, zancos: con éstas y otras palabras que sacó de su baúl mundo, comenzó la madrecita Buenaventura la historia siempre trunca o aún no comenzada, y siempre detenida en los momentos en que la realidad y el sueño se confundían: realidad de su mundo llanero y bajuno de atorrantes y descamisados, y sueño de mi mundo de piedras manantías que brillan al sol de la mañana cuando José Trigo, largo o languruto, desgarrado o desgarrilado, camina por las vías y se aleja del

furgón de la Eduviges mientras ella multiplica su reflejo en sus ojos bañados de lágrimas y no por él, sino:

«Porque yo lo único que hice fue llorar como una idiota, dejándolo ir, dejando que se llevara con él mi vergüenza y mi amargura.»

Y esto sucedió, según Anselmo:

—Por ahí de mayo.

Y según Bernabé, Guadalupe y don Pedro el carpintero:

—Apenas cuando llegó, al tercer día.

O sea, cuando apenas los ferrocarrileros iniciaban la lucha por el aumento de salarios.

Porque también esto hay que contarlo: lo de Luciano, lo de la huelga, las bayonetas, el automóvil azul.

Y eso dice también la vieja Buenaventura que,

—Tan cierto como que yo estoy aquí en esta noche y en este furgón —me dijo (y era una noche de interlunio enjambrada de estrellas)—, estaba yo allá en esa mañana de mucho sol y en este campamento, sólo que afuera del furgón del que salí con el rosario en la mano para ver a José Trigo aquel tercer día y todos los otros en que muy de madrugada se echaba a caminar por esos rumbos de Dios, y yo sé lo que le digo. Digo que me acuerdo que José Trigo llegó un primero de abril. Digo, pero antes a usted le gustará saber cuántos años tenía y si era flaco o gordo y si sus ojos eran azules o negros y su pelo rojo o castaño. Digo, porque con decires hago mi mundo —dijo la vieja Buenaventura y dijo:

—Hay quien dice que tenía treinta y dos años, pero eso lo dijo María Patrocinio, la mujer de Luciano y lo dijo por decirlo porque ella ni sabía su edad ni nada que le concerniera como no fuera que un día José Trigo, al oscurecer, en una estación del camino, esperó la oportunidad para colarse en el furgón de un tren de carga que venía para México, el tren más largo y más bonito que había visto en su vida, y gracias a eso llegó al campamento; esto y algunas cosas más que falta saber si son verdad o mentira, como que alguna vez estuvo en la cárcel y perdió sus zapatos, cosas que ella, María Patrocinio, le cuenta a su marido, Luciano, cuando éste se lava la cara cuello pecho brazos en las mañanas:

En el lavadero que está afuera del furgón, mientras José Trigo se acerca caminando por las vías.

—Por eso lo mismo se puede decir que tenía treinta y dos años, o que tenía cuarenta.

Y si los ojos (sus torvos ojos cervunos) eran negros o azules, ésa es otra cuestión.

Se podía decir que eran azules, o azul, aquel único ojo que vio Eduviges aquel día en que él estaba arrodado en el suelo del furgón y recargado en la jamba de una puerta que nunca existió y más allá de su cuerpo y más acá, la negra y aterciopelada piel de la noche, la dulce piel fría de poros abiertos donde brillaban pálidas estrellas sudorosas y amargas; porque así lo vio ella, la mujer, así debió mirarlo ella mirar con

su único ojo a la ya desaparecida o casi desaparecida luna de párpados luminosamente cerrándose sobre él y las pestañas que podía adivinar o casi adivinar en la oscuridad como podía adivinar también o casi sentir su barba de tres o cuatro o más semanas, rozada por el aire, el viento oral que agitaba, como a cilios transparentes, las yerbas negras o plateadas y apenas húmedas, esbeltas, alesnadas y silenciosas, acariciándolas con las yemas de los dedos y él, el hombre, ahora de frente y ya no de perfil con sus nocturnas y cálidas yemas redondas bajo las uñas mitad rosas y mitad medias lunas falciformes todavía en el cielo y no permanentes y sin embargo inmóviles y no iluminadas y sin embargo brillantes bajo los párpados por un segundo cerrados, o girando, deslizándose por las azules desconocidas bóvedas de hueso y de pronto nuevamente redondas y refulgentes y tan sólo incompletas en los centros de iris negros y pupilas no vistas aún.

O se podía decir que eran negros.

Cuando, por ejemplo, la luz le daba en la nuca.

Así lo vio el viejo con el que vive la vieja Buenaventura, el mismo que ahora aquí bajo la cama, rostro amarilloso cuando las brasas, azul cuando las sombras, máculas lúteas en los ojos y los cuernos aladares de pelo ralo como el tamo y que entonces sentado dándole pan a sus palomas.

Porque José Trigo regresó para recoger el zapato.

Primero, dejó la jaula en el suelo, sobre el balasto.

Hay que decir que llevaba una jaula, y en ella, un jilguero.

El mismo que le regaló Manuel Ángel a Eduviges unos días después de aquella tarde, cuando el descarrilamiento.

Y que ahora llevaba a vender.

Y así, también, y unos minutos después, lo vio Luciano.

Entonces, sus ojos podían ser negros.

—Si no, dígame a mí —dijo la vieja Buenaventura que estaba afuera del furgón,  
y adentro,  
ese día,  
esa noche, y dijo:

Díganme cosas: carajo, huevón, ojos, olvido, vísperas, y yo diré mi mundo con ellas, diré: ¿Lo creerá usted? muchas veces lo vi y hablé con él y lo mandé al carajo y le dije huevón pero de todas una se me quedó más metido en los ojos y no fue aquella en que llevaba la jaula. Digo, porque yo no olvido. Digo, y menos un miércoles día de los Fieles Difuntos. Digo, y menos aquel que fue casi las vísperas de lo que después le diré si usted me dice las palabras.

Langaruto.

Desgarbilado.

Calcorros ramplones y saco ampón a calandrajos, mientras que en el otro lado del mundo, en las antípodas de los campamentos otros hombres construían otros



ferrocarriles con el balasto de piedra triturada y clasificada por tamaños en cribas cilíndricas giratorias: pedrejones magnos, pedruscos pasaderos, piedras pequeñas, así venía José Trigo:

Alto.

Desgarbado.

Con sus zapatos grandes y su saco rabilargo.

—Y cuando lo vi venir le dije a mi viejo que como siempre cada día aparte de otras crudezas como el pan nuestro y parte se lo empapuzo, parte se lo da a sus palomas buchonas; este mismo viejo podrigorio que ve usted debajo de la cama haciéndose el sordo desde que el mundo es mundo: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, allá viene ese desgraciado de José Trigo y como usted lo salude viejo cabrón, lo excomulgo, ¿pues qué no sabe, y ya se lo he dicho tantas veces, tres o cuatro:

Que saltó descalzo de un tren donde venía escondido.

Que saltó descalzo de un tren donde venía escondido

Que saltó descalzo de un tren donde venía escondido y se metió al furgón de la Eduviges y sin decir esta boca es mía se quedó a vivir con ella?

—¿Verdad que así te dije, viejo aspaventero?

(mientras agitaba el puño en lo alto y las cuentas rojas brillaban como brasas)

—¿Verdad que después me metí al furgón?

(y las palomas se acercaban, las palomas a las que el viejo daba el pan de cada día mientras sentado en un poyo adosado a la pared del furgón y con la mirada fija en las montañas del Norte, parpadeando estrellas verdes de tantas legañas, todavía semidormido y no escuchando a la vieja Buenaventura, ni el repicar de las campanas de San Salvador de las Flores, ni el lejano, cada vez más alejándose, silbato de un tren)

—¿Y volví a salir?

(las palomas se desperdigaban como bolas de papel que atosiga el viento)

—¿Y te volví a decir: pues qué no sabe que al tercer día

(un hombre corría por las traviesas de los raíles, un hombre que por un segundo oscureció las montañas del Norte y fue mitad luz y mitad sombra)

Al tercer día, digo, cuando arrodujado en el suelo del furgón.

(y nuevamente se oscurecieron las montañas del Norte porque el hombre se detuvo, dejó la jaula en el suelo y regresó por el zapato)

Al tercer día, cuando arrodujado en el suelo del furgón y recargado en la jamba de una puerta que nunca existió, la Eduviges le dijo que ya no tenían qué comer y que además tenía que salir para tirar la cubeta que ya estaba llena?

Al tercer día. Al tercer día de que llegó al furgón de se llamaba Eduviges y la encontró con un hijo en el vientre Jesús y con otro en sus brazos eran del color del canelo y le daba el pecho surcado por rayos de leche y ella le dijo:

—Tengo hambre.

Y él, sin moverse, sin mirarla, sin mirar que lo miraba mirar la noche con sus ahora sus propios dos ojos saltones y atreguados con los que más tarde vería: a lo lejos, una conformadora de balasto que cruza la calzada; más cerca, el furgón de las palomas que beben en los agujeros, que vuelan de las hornillas del palomar a los hombros del viejo, y a la vieja pandorga, yente y viniente, que sale y agita ¿un rosario? chispeante de luz, le contestó:

—Nomás que amanezca.

Y nada más que amaneció, la luz del amanecer, rayana en sol, iluminó sus cabellos que podían ser rojos porque llegó a sus dedos y los despertó grises y llegó también hasta su frente y su nariz y sus cabellos arremolinados y porque era la luz se sonrojaron tan ligera y repentinamente como carne herida y entonces fue cuando volvió el rostro hacia la mujer y cerró los ojos y los volvió a abrir y ella, Eduviges, pudo ver cómo la figura del hombre se recortaba en la luz difusa del amanecer y lo primero que vio fue una oreja incendiada y un mechón de cabello rojo y ondulado y vertical y un hombro y una mano y tal vez una rodilla espolvoreados de luz y después y de pronto una cara iluminada por una luz diferente, por un fulgor súbito y tembloroso y la segunda luz iluminó una cara de carrillos hundidos para chupar la lumbre cuyo reflejo dejó de retozar en sus ojos y en su nariz y se inmovilizó y después cobró una nueva y fugaz y parpadeante vida que se consumió de pronto para dejar de iluminar una cara de carrillos inflados para apagar la lumbre con el primer aliento matutino y primera bocanada de humo gris y denso y así lo vio ella, Eduviges, nuevamente de perfil, transformado en una línea sinuosa de cabellos y recta de frente y aquilina o roma de nariz y hundida de labios y redonda de barbilla, tras la nube de cristal pulverizado que lo cubría sin ocultarlo y atenuaba no su tersura, sino sólo el leve, el incierto color de su carne translúcida, la misma nube o nubes que salían de sus labios dejadas escapar todas con la misma lentitud y con una misma y premeditada, avariciosa morbosidad, diluidas en el aire, confundidas con miles, millones de intangibles, flotantes, giratorios, corpúsculos luminosos.

Entonces, hizo dos cosas:

Se puso los zapatos zapatotes del otro hombre.

Cogió la jaula del jilguero, y le dijo a la Eduviges:

—Lo voy a vender para comprar de comer.

Pero antes, claro, primero arrojó la colilla, segundo se asomó a la puerta y a lo lejos vio los automóviles trasnochados que cruzaban el Puente de Nonoalco y tercero vio más acá el patio de balasto del furgón de los viejos donde cuarto, ahora caen las brasas sobre los pulpejos de nuestras manos, las sangrías de nuestros brazos, el medallón que Buenaventura guarda entre sus pechos, y entonces sí, con los mismos zapatos que Manuel Ángel llevaba puestos el día del descarrilamiento,

y la noche en que vino por sus cosas, acompañado de aquella descocada con la que se había amartelado, noche que Eduviges recuerda como si la estuviera viviendo, como si ahora que está asomada a la puerta del furgón viendo a José Trigo que se

aleja, corre, y piensa que huye, mirara a Manuel Ángel que viene con ella y mientras ella lo espera entra al furgón y sale, y se va con todas sus cosas.

O casi todas.

Porque dejó la jaula con el jilguero.

Y un par de zapatos viejos.

La misma jaula que se llevó José Trigo para vender con todo y jilguero, y que ahora dejó en el suelo, un poco más adelante del furgón de los viejos donde la vieja dice:

—¿Y qué no sabe?

(las palomas se desbandaron)

—¿Qué no sabe que si ella no salió antes fue porque el hombre le daba miedo y a lo mejor le robaba sus pertenencias?

(las palomas se apiñaron como bolas de nieve y el hombre fue primero sombra y después luz)

—¿Y no sabe que luego él saltó y en la noche regresó con un atadizo de tortillas duras y una lata con frijoles?

(rostro y pecho y manos y muslos de somnolencia adolorida, de misterio no revelado)

—¿Y desde entonces se quedó a vivir con la Eduviges (y nunca, espalda, nalgas, corvas, diáfananamente iluminadas)

—Que se la pasa lave que lave en los vecindarios mientras él es un vividor comodín que no hace nada sino vagar de aquí para allá como ahora?

(y es que le dieron ganas de correr por las vías, de tanto mirar los durmientes, y se le cayó el zapato, y regresó por él). Y entonces Eduviges, que se había acercado a la puerta, lo vio alejarse mientras la luz ardiente y líquida entraba al furgón inundando sus ojos que se irisaron con el reflejo del hombre del tamaño de un frijol porque escuchaba desde dentro, oscuras, sangre y lágrimas, llano y humo y torres altas, las palabras que desde las oscuras y desoladas profundidades de su corazón y no en las serpentinas blandas ondas de su cerebro nacieron y crecieron arborescentes por sus venas fluyeron por la sangre hacia la luz de sus ojos para desbordarse en lágrimas naufragando el recuerdo del hombre, multiplicándolo y corriendo por sus mejillas, los anchos pómulos morenos y tersos, cuatro veces o mil veces José Trigo en espejos ondulantes caminando por las vías y alejándose, pez en sus ojos y en la inmensidad verdeante del llano donde los rojos y grises furgones descansan anclados en la sombra acuática y el humo de las altas torres se disuelve como en una acuarela, y pensó:

«Ahora está corriendo, ahora huye de mí y de todo esto y tal vez nunca volverá, como el otro, mi hombre, y tal vez ni siquiera volverá los ojos para verme, para contemplar por última vez a la mujer con la que ha vivido tres días y vivirá diez meses más y al hijo de esa mujer que soy yo, porque yo soy la mujer que noche tras noche, hora tras hora aguardará a descubrir en su respiración la más leve

incertidumbre o fingimiento para entonces entregarle la verdad: no de lo que siento por él o podría sentir jamás, sino simplemente la verdad de mi carne, la única verdad de toda mujer sobre la tierra.»

Y también:

«Y sin embargo tal vez no huye, porque lo hubiera dicho, con los labios o con los ojos, y esta mañana sus ojos me dijeron que iba a regresar y su mirada fue distinta a la mirada que me dio mi hombre aquella noche en que sus labios dijeron a sus ojos: no volveré nunca, vete para tu tierra, llévate a tus hijos, olvida los campamentos, los hombres con sus uniformes azules, el Puente, los ferrocarriles, el amor y el mismo olvido. Y me lo dijo de prisa porque aquella descocada con la que se había amartelado y después apalabrado (cintura cimbreña ojos de aljibe digo yo) lo acompañó hasta aquí y se retorció los dedos y se mordía los labios delgados con sus dientes bruñidos (dientes gelasinos de gata montesa), lista para saltar y clavarme sus colmillos si a mí se me ocurría chistar, cuando yo lo único que hice fue llorar como una idiota, sin decir nada, dejándolo ir, dejando que se llevara con él mi vergüenza y mi amargura, mi temor y mi esperanza, y todo lo que aprendí aquella tarde, en el campo, cuando el descarrilamiento. Y también se llevó al padre de mis hijos, él me lo arrebató, como si él mismo pudiera ser dos persona a la vez y una de ellas pudiera de pronto arrastrar a la otra o simplemente asesinar su bondad y su prudencia. Y mañana uno de mis hijos estará guardado en un hoyo y él tal vez no lo sabrá o no lo querrá saber y aquí estarás tú, el otro, y serás muy pequeño para conocer el miedo, pero ya le habrás visto la cara, porque sus cabellos cabalgan en su frente, porque el miedo, hijo mío, se llama José Trigo» porque lo vio, que regresaba, y:

«Ahora regresa, y tus ojos pequeños, hijo mío, volverán a ser prisioneros del temor y de la angustia, del no saber por qué ese hombre que no es tu padre vive aquí contigo y con la sombra de tu hermano y el recuerdo de tu padre. Pero tú tienes derecho a ser cobarde y yo no, porque conozco a ese hombre y sé que es bueno, que podría quererte y que tal vez te quiere, que quiso a tu hermano y siempre lo recordará. Lo sé porque lo veré también en sus ojos el día en que vea morir a tu hermano, la noche en que lo veamos, la mañana en que él lo lleve cargando hasta su sepulcro y la noche en que te verá nacer, porque él estará conmigo, impotente, asustado como una bestia torturada, temeroso de hacerme daño con sólo mirarme y sin embargo me mirará despacio, no dueño de sus actos y apenas de su respiración entrecortada, del palpitar solitario y amargo de su corazón. Y ahora se detiene, vuelve a caminar y de nuevo se aleja de aquí, y yo no puedo, hijo mío, no puedo olvidar cómo me miraba el miedo desde sus ojos grandotes.»

Y en lo que se refiere

a si José Trigo era zanguayo o retaco,

que lo mismo es decir:

alto o bajo,

¿Cómo saberlo si en aquella mañana líquida y transparente en que las palomas se

desperdigaban como copos de espuma ventolera y jabonaban las yerbas caladas de rocío y la luz pintó de fuego el horizonte más allá de las cumbres desmayadas de las montañas del Este, de los volcanes abernenándose, de las altas chimeneas de las fábricas que se encandilaron como cirios humeantes por el recuerdo de todas las palabras, mientras aquí y allá, de estos furgones o de aquéllos, de estas casas de estas colonias o de aquéllas, aquí en la ciudad y en otras ciudades cientos y miles de ferrocarrileros salían rumbo a su trabajo: boleteros, guardacampos, operadores de bulldozers y motoconformadoras, poceros, guardacarros, operadores de oxiacetileno, motoristas, abanderados, guardatúneles y sobrestantes de puentes y edificios, José Trigo fue muchas veces alto y otras tantas retaco, alto para todos aquellos que lo vieron de cerca o bien acercándose: Eduviges, Buenaventura, el viejo de Buenaventura, Luciano y María Patrocinio y los tres guardacruces de las calles del Fresno, el Naranja y el Ciprés sin contar con don Pedro el carpintero; y bajo otras tantas veces iguales porque todos los mismos aquéllos lo vieron también alejarse y perderse cuando caminaba por la calle de la Crisantema, alto si cuando zanguayo estaba arrodado en el suelo del furgón y se levantó, prorrumpió del furgón; y bajo, tozo, regajo, cuanto ella se asomó a la puerta del furgón y lo vio longinco y girasol y pato tambaleante y vio su silueta desairada y desvaída caminar recortada sobre el claro cielo del Oeste como caminando un pato zapatos grandes como el mundo, apresurado y anadeante empequeñeciéndose lo vio casi sin verlo, sin dejarle sentir sus ojos alucinados ojinegros contemplándolo a él, y después a menos y menos que él alejándose fue sombra y empezó a correr y entonces, fue alto para la vieja Buenaventura que agitaba su rosario en el aire y que lo vio acercarse, ya no tan pequeño, tan apenas hombre, tan longinco, tan perdido, sino ahora más José Trigo que ya se le ve, batondeo de las perneras del pantalón culifruncido, zapatear de los zapatos en las entevias, y pasar, alejarse, y entonces fue bajo, y de nuevo alto, porque el hombre había regresado, había remanecido inopinadamente, dando traspiés, y el rocío evaporándose transparentó la sombra detenida, sombra de José Trigo que regresa, se agranda, se inclina, se levanta y nuevamente y por un instante diminutamente esbelto se aleja nuevamente hacia afuera de la vista, hacia dentro de los ojos de Eduviges, cuántas veces su reflejo pierde en la lumbre que se desborda por el cielo y enciende los girasoles y llamea de yerbas lenguaraces la inmensidad del llano; y por un momento fue tal como era: el momento en que llegó hasta el zapato, lo recogió, calzó el pie, irguióse en toda su estatura, mística y prócer, echó los hombros hacia atrás y vio el cielo luminoso, clarífico, para entonces ya de un azul brillante surcado por cálidas, tenues ondas de luz dorada y nubarrones de humo negro. Bajó la vista y con ella acarició las fábricas, el campanario, la calle del Campamento Oeste larga como una crujía, y luego el

sombrero, los ojos, la barba lluviosa del viejo, barba enmarañadamente blanca donde una hebra de baba dejó la huella del caracol y donde la luz prendió luciérnagas verdes, y nuevamente los ojos del viejo farfalloso muelamolado mascaducando de encías mascomordientes que se quedó masca que masca que mascadura pansazonado con babatidero piensa que piensa pinche vieja ésta este pan está requeteduro, recontraduro vieja recontra éste chapl está requete chapl chapl, chapl...

(y para esto ya José Trigo andaría por casa de Luciano) en aquella mañana, digo, en que con sombras y montañas, cielos y fábricas, y trenes cargados de abejas y carmín, y peluquerías y palabras las más bellas de la tierra, del orbe, del tutilimundi, del universo girasol, llameante, furgón, campamentos, sudor, horizonte y descarrilamiento, me contaron como te cuento a José Trigo, rigor de las desdichas?

Luciano, el muchacho sin redención, mirado y talentoso, tío contras de mucho cacumen, con un barniz de líder y ambidextro por más señas, también vio a José Trigo ese día. Es decir, el día en que José Trigo saltó del furgón jaula en mano y jilguero en jaula, para venderlos ambos, y lo vio también muchos otros días, pero no aquel de los Fieles Difuntos en que Luciano no estaba, pues ya para esas fechas había desaparecido.

Cada mañana, chapoteaba en el agua, chapoteaba con las manos y las hundía, y también los antebrazos, hasta que el agua gris del lavadero que está afuera de su furgón o mejor dicho afuera de su casa de cuatro furgones, llegaba a los codos. El cielo, rodeado de murallas de piedra gris, amanece tranquilo, terso. Las nubes apenas se mueven. Si llega a subir hasta él un copo de espuma, el cielo se ondula por un momento, brillan en él mil estrellas espársiles y enseguida vuelve a estar tranquilo. El copo pasa a ser una nube más. En cambio, la tersura del espejo en que se derrama, rodeado de murallas de montañas, jamás se rompe, aunque en él se sumerjan los pájaros. Hasta que la cara de Luciano, tan grande como el mundo, aparece en el cielo, y después sus manos que alcanzan: a la vez, el cielo y la cara, y los vuelven añicos: uno, retícula de mil ojos cuadrángulos, y otra, cuadrángulo desde donde lo miran dos ojos, esta vez los suyos. Y ya que había recogido el trozo de su propio rostro cristal, con las manos en cuenco lo llevaba hasta sus ojos ahora cerrados, para sentir la caricia del agua, suave y acerada. El agua llovía, y entre las palmas de sus manos y sus párpados quedaba un hueco. La segunda vez era más fácil, y más la tercera. Así era todos los días, pues en cuanto asomaba el lucero de la mañana, María Patrocinio se levantaba y despertaba a Luciano. Y Luciano, con los ojos cerrados, salía del furgón y caminaba hasta el lavadero, y sólo cuando llegaba al pretil y se inclinaba, abría los ojos:

No para ver a María Patrocinio, que estaba de pie a su lado, con la navaja en una mano y la toalla en la otra, la camisola y la playera y el cinturón constelado de estrellas de latón colgados del antebrazo, y la gorra puesta en su propia cabeza de cabellos abundosos y negros, sombreando su cara manchada de paño y efélides.

Tampoco para ver a José Trigo que venía caminando por los rieles y que sí lo veía a él, Luciano, primero como un punto azul, después como una mancha azul y luego como un Luciano de todas las mañanas a la hora de la salida para el trabajo en punto: recién descañonada la barba, recién alisado y descaspado el cabello lacio y marcada la partidura, o recién que levantó a uno de sus hijos cogiéndolo de las sienes y diciéndole «Cuándo crecerás, muchacho» mientras su mujer batalladora y muy de su casa, dechado de virtudes, o bien desvahaba las plantas de los tiestos y les quitaba el malhojo o bien freía los huevos para el almuerzo.

Y sí para verse él mismo, y ver cómo se movía su boca para decir:

—Pásame el jabón.

Entonces María Patrocinio le alcanzaba una lata blanca que tenía impreso un pegaso rojo y que decía Mobiloil. Adentro, estaban la esponja y el jabón. Luciano humedecía la esponja: el agua penetraba por los poros, inundaba los ósculos. Restregaba luego el jabón contra la esponja: espículas invisibles caían en el agua. Cogía la espuma y untábasela en la barba y decía «Pásame la navaja», pero cuando iba a dejar el jabón en la lata (si eso no pasaba siempre al menos esa vez pasó), se le escurrió de las manos, lo quiso coger al vuelo, y el jabón saltó.

Una puntera. Un pedazo de pantalón. Otro de cabellos. Y mil pedazos de carne, de indumentaria deshalagadas, todo como un rompecabezas, por unos segundos. Después, se vio el zapato completo, y sobre el zapato se alargaron las piernas del pantalón, sobre los pantalones se enfaldó y bifurcó el saco, sobre el saco se acolló la cara y sobre la cara se ensanchó el sombrero de alas enriscadas y se angostó en copa abarquillada.

Entonces José Trigo vio la navaja,

(el brillo versicolor corrió a todo lo largo y se volvió estrella en la punta) y atrás el rostro somero de Luciano y más atrás el jabón, de la misma o semejante manera que Luciano, a su vez, vio primero el jabón y adelante a José Trigo de cuerpo entero y más adelante la navaja que tenía en la mano y con la cual iba a recoger el jabón: saltó el jabón como un sapo, dio en el charco donde se alagunaba el agua que brotaba del arrollón del lavadero, y donde ahora se reflejaba José Trigo, y se hundió.

—Buenos días, don Luciano.

Clavó la navaja en el jabón, alzó la cabeza. Lo vio.

—Buenos días, ya te dije que no me digas don Luciano, y ahora vete porque tengo mucho que hacer.

—Pero ¿qué pasó con el trabajo que me dijo?

Y Luciano se levantó, con ganas de decirle «Cómo carajos me preguntas ahora de eso, qué no ves que estamos en huelga, que a todo se lo está llevando la chingada, que nos han apaleado y macaneado y que los campamentos están llenos de soldados y de agentes de la judicial porque un tren chocó con unas locomotoras estacionadas y eso quiere decir que ya todo está perdido, y todavía tienes la desvergüenza de hablarme del trabajo».

—No hay nada —le contestó.

José Trigo se alejó, y Luciano vio su figura sombrosa recortada sobre el claror del alba: se fue empequeñeciendo, y lo vio tan claro como hacía unos segundos cuando su rostro, su cuello, sus manos, todo lo que era piel desamparada, relucía dulcemente al contacto de la luz dorovieja, y cuando bajo su nariz y en su cuello jugueteaba una sombra azulosa y palpitante y marina sobre el pellejo arenoso y satinado.

—Ese hombre es el que vive con la Eduviges —dijo Luciano.

—Lo sé. Todos los días me dices la misma cosa. Que ese hombre vive con Eduviges, que se llama José Trigo, que tiene treinta y dos años.

—¿Cómo sabes su edad?

—¿Yo? ¿Su edad? ¡Cómo voy a saberla!

—Dijiste que tiene treinta y dos años.

—Por Dios, Luciano, era un decir. Pude haber dicho cuarenta o sesenta. Yo no soy adivina. Lo único que sé es lo que me dices siempre. ¿Por qué no averiguas otras cosas sobre ese hombre y me las cuentas?

—Un día te las voy a platicar —le contestó Luciano, y empezó a afeitarse...

Pero nunca se las llegó a platicar, aunque las sabía:

Lo vio el tercer día, con la jaula. Lo vio después cargando la caja blanca donde llevaba a enterrar al hijo de Eduviges: ella iba atrás, panzona de nuevo, corte y corte girasoles. Y lo vio después muchas veces, cargando otras cajas, éstas vacías y de todos tamaños y no sólo blancas sino también grises y negras. Y por último lo vio un día cualquiera. Aquella mañana José Trigo estaba sentado a la puerta del furgón y Luciano se sentó a su lado y le preguntó «¿Cómo va todo?» y él nada más dijo que «Así así» con las manos. Luciano le ofreció un cigarro y estuvieron un buen rato en silencio hasta que José Trigo empezó a hablar sin que Luciano dijera nada, sin que le importara un bledo lo que pudiera decir, pero él siguió hablando y Luciano no oía, no escuchó, sólo de vez en cuando le llegaban palabras sueltas: tren, furgón, niño, zapatos, ciudad de México, paja, estiércol, hasta que oyó una que le hizo volver la cara y mirarlo y mirar sus labios para entonces entender lo que estaba diciendo. Él había dicho: cárcel. La dijo así, con todas sus letras y la repitió porque cuando Luciano volvió la cara se imaginó que no había escuchado bien esa palabra, cárcel, y Luciano sonrió porque precisamente era la única que había llegado a sus oídos, completa no sólo en sus letras, sino en todo su cruel significado de oscuridad, sangre, ratas, soledad impenetrable.

Pero nunca Luciano le llegó a platicar a María Patrocinio que José Trigo había estado en la cárcel.

Sería por tantos descalabros que sufrió la huelga desde el momento en que el gobierno la desconoció.

Sería porque estaba amenazado de muerte, él, que tantos esfuerzos ímprobos hizo por el bien del gremio.

O sabe Dios por qué sería.



El caso es que una noche, la del 21 de agosto, casi cinco meses después que José Trigo paseara por el campamento con la jaula del jilguero, y dos antes de aquel funesto día de los Fieles Difuntos y sólo un día después del choque del tren de Laredo y del incendio de los Talleres Centrales, un hombre engabanado, de sombrero de fieltro y que lucía en el dedo anular un corindón de mil facetas, llegó a la casa de Luciano. Estuvieron discutiendo más de dos horas, y después, pesarosos y cogitabundos a cual más, se pusieron a jugar ajedrez y sin decir palabra entre jaque y mate, gambito y enroque, hasta que dieron las once.

Entonces Luciano se despidió de María Patrocinio y le dijo:

—No me preguntes nada, después lo vas a entender.

Se vistió con las ropas del hombre y salió de la casa con la cabeza baja.

El hombre le dijo a María Patrocinio:

—Duérmase, señora, que yo me quedo aquí con la luz apagada y me voy más tarde.

Y María Patrocinio se recostó en la cama, con los ojos abiertos. Desde esa noche, nadie ha vuelto a saber de Luciano. Y desde esa noche, nadie los volvió a ver cada mañana, haciendo lo de siempre:

Luciano decía:

—Enciéndeme un cigarro.

María Patrocinio se lo encendía, lo acercaba a los labios de Luciano y éste lo chupaba ávidamente y escupía el humo y, con él, pequeños trozos de espuma que caían nevadamente sobre el agua gris del lavadero.

—Deténme el cigarro —le pedía, y mientras se desenjabonaba la cara ella pensaba «Ahora que no me ve» y se llevaba el cigarro a la boca para dar una fumada, presurosa, y arrepentida un segundo después.

O platicando lo de siempre:

—Luciano, por favor, ya no te metas en tantos líos, que ya ves todo lo que les hacen a los que se les ponen enfrente, piensa en los niños.

A lo que él le respondía viéndola a través de los hilos de agua pestañera que brillaban sus ojos y de la escurrimbre jabonosa que los ardía como salumbre:

—Pues si por eso lo hago, por ellos y por los niños de todos los ferrocarrileros, porque algún día tenemos que vivir mejor y tenemos todo el derecho.

No, nadie más volvió a verlos así.

A él y a su lomo de bestia bruñida por donde escurrían escalofriantes y lucientes gotas, y a ella, de pie a su lado, con la playera que se la pasa y él que se la pone. Con la camisola que se la pasa y él que se la chanta. Con el cinturón relumbrante que se lo pasa y él que se lo enjareta, y la gorra azul que se la pasa y él que se la cala, y el beso que guardaba desde siempre que se lo pasa y él que se lo regresa y que les dice «Adiós» a sus hijos y «Pórtense bien», y que se va, y enristra hacia la calzada caminando con la cabeza baja sin ver que delante de él camina un hombre, hacia la luz, y muy lejos ya, tanto, que ya habría pasado la calzada, el humilladero, la iglesia,

y quizá ya andaba por la caseta del primer guardacruceiros; y Luciano que llega a la calzada, también, y que vuelve la cabeza, se despide por última vez agitando la gorra en el aire, y que se pierde entre los automóviles, el humo, el pitar de las fábricas, el tañer de las campanas, las turbas de la chiquillería, las bandadas de palomas que vuelan desde los altos eucaliptos, de allí donde las ramas se acopan, hasta la cúpula de la parroquia de San Salvador de las Flores.

Y,

mientras todo el mundo comentaba lo que era ya bien sabido y no sólo en estos repuestos, apartados campamentos, sino en todas partes posibles porque los periódicos lo habían publicado ya:

—El suegro de Manuel Ángel.

—¿Cuál, ese cara de rallo que vive al otro lado del Puente?

—Ese mismo, ése es el criminoso porque ayer se espontaneó con las autoridades y confesó lo del sabotaje.

—¿Cómo es eso?

—Que después quiso escapar y le aplicaron la Ley Fuga y no conformes le hicieron cisco la cara a puro culatazo, pero su cuñado que era su cómplice ése sí se pudo pelar.

Ella,

María Patrocinio,

estaba tras la puerta emparejada del furgón, con la boca llena de preguntas y congojas, solita y su alma, las dos sentadas en un banco, las dos casi llorando y consolándose: «¿No estará en la cárcel?» «No, hija, seguro que estará bien.» «¿No lo estarán torturando?» «No, hija, seguro que a estas horas estará desayunándose.» «¿No estará muerto?» «No, hija, vaya que si está vivo y a lo mejor hasta con una muchacha bonita.» «Oh, por Dios, ¿cómo puedo pensar eso de Luciano si no sé las que el pobre estará pasando?», se regañaba María Patrocinio, y le remordía la conciencia.

¡Atízale, atízale al fuego!

Y naturalmente dije también todo lo que se puede decir en un momento dado a pesar de quien diga lo contrario de Anselmo un joven muchacho de veinte años cuando mucho guardacruceiros de profesión establecido o casi establecido en la Calle del Fresno esquina con la Crisantema en los turnos de la mañana cuando apenas empiezan a abrirse las peluquerías de sillas color azul cielo y los peluqueros lenifican el filo de sus navajas en los suavizadores y él bandera en mano avisa a los automóviles cuándo va a pasar el tren o bien en las pausas que son las más se dedica a jugar discreciones solitarias porque él no es ningún tahúr o si acaso a leer historietas cómicas que compra en el puesto de periódicos anejo a su caseta en la cual estaba cuando a lo lejos vio la figura alta de José Trigo esa mañana en que se acercaba, por cierto día de los Fieles Difuntos y lo vio llegar sin cargar ninguna caja como era su costumbre y claro se le ocurrió preguntarle por qué lo hacía cuando menos para variar

de pregunta una vez ya que siempre le preguntaba lo mismo y era que de dónde venía a pesar o precisamente porque nunca le respondía sino con palabras muchas sí pero vagas y él tenía que adivinar o imaginar la parte de la historia que no conocía: un tren, una noche, estrellas verticales a través de las rendijas de los tablones de un furgón vacío pero eso sí con el piso lleno de paja y estiércol seguramente porque antes lo habían utilizado para transportar vacas tetonas o váyase a saber si toros de lidia y él metió los pies entre la paja pero antes se quitó los zapatos pero no los zapatos zapatotes que trae ahora sino aquellos otros que al fin y al cabo perdió según le contó entre trago y trago a Guadalupe hombre maduro si se le puede llamar así de cuarenta años o menos y más bien más que menos porque a Guadalupe le gusta mucho el trago y de acuerdo con el ciclo ciclotímico de los borrachos a veces deja de beber y es cuando de tanto beber lo tienen que internar, trasojado y trasjodido por las buenas o por las malas en el Hospital Colonia de los ferrocarriles donde por cierto ya le dijeron que no lo volvían a aceptar ya que siempre vuelve a las andadas: unas veces a los diez días otras al mes y otra y fue excepción a los cinco meses y medio volvió a la pulquería de Los Cuatrocientos Conejos y se puso un pedestal de padre y señor mío y al día siguiente para curar la cruda se llevó al trabajo si trabajo puede llamársele al estar ocho horas parado en la esquina del Naranja y la Crisantema esperando que pase un tren o un armón para entonces detener el tránsito, una botella nalguera a la que le daba un trago no digamos de vez en cuando sino de vez en vez poquito pero seguido y entre pausa y pausa le pasaba la botella a José Trigo quien bebía, se pasaba el dorso de la mano por la boca y le contaba que después de pasar casi toda la noche en claro porque lo único que sabía era que el tren iba para la ciudad de México pero no tenía idea de la hora en que iba a llegar, así que apenas se echaba un sueño despertaba asustado ya fuera porque el tren se detenía en un crucero esperando que pasara otro tren o ya fuera que el tren se detenía en una estación del camino y entonces era cuando le daba miedo de que alguien abriera la puerta del furgón y lo viera adentro y lo bajara y de allí a la cárcel a estarse cuando menos quince días y además la multa que no podía pagar porque los últimos centavos que le quedaban se los dio al hombre que lo dejó subir al tren, cinco pesos o un poco más lo que resultaba muy caro para pasar una noche tan fría y llena de sustos, y además de paso y para el colmo olvidar los zapatos entre la paja. Pero no hubo más remedio porque estaban mojados y de otra manera nunca se le habrían calentado los pies. Al menos así se lo dijo a Bernabé o Bernabé dice que así se lo dijo, y nosotros tenemos que creerlo queramos que no, aunque nos cueste trabajo si consideramos que Bernabé inventa la mitad de las cosas que cuenta porque si en algo se diferencia de Guadalupe es que no toma una gota y aprovecha hasta el último minuto del día y si se puede de la noche incluyendo dominicas y días colondos para trabajar en lo que él llama sus castillos en el aire que no son otra cosa que juegos pirotécnicos que hace de maravilla según él para ayudarse vendiéndolos en las ferias y celebraciones pero en realidad porque le gusta y prueba de esto es que su humilde casa está llena o más que llena de

castillos y toros y dragones y quimeras que no vende porque nadie les llega al precio que entre paréntesis nunca quiere decir para que nadie se lleve y queme sus obras maestras que con tanto amor y tanta paciencia hace entre que pasa un tren y pasa otro: y mientras oye o hace que oye los chismes cuentos o historias de la mendiga derrengada que se detiene a descansar, del traperero sufriente de lordosis que le pregunta primero si tiene prendería que vender, y segundo qué es lo que está haciendo o algunas veces del propio José Trigo que le contó o al menos eso dice Bernabé, que cuando empezaba a amanecer se animó al fin a asomarse al furgón, abrió la puerta y vio los campamentos o mejor dicho el Campamento Oeste que después llegó a conocer tan bien como a la palma de su mano no sólo porque los primeros días se dedicó a vagar de un lado para otro sino también porque después tuvo que recorrerlo una y otra vez cargando las cajas de muerto que le encomendó don Pedro el carpintero de las calles de la Crisantema esquina con el Pino y prácticamente esquina con la calzada de Nonoalco porque un poco más allá se juntan las dos calles (Crisantema y Nonoalco), para pasar bajo el Puente, y la Crisantema se pierde y se desllana en los campos del Campamento Este; sin antes averiguar si era cierto que el hombre vivía con la Eduviges desde hacía unos dos meses y para ser más exactos un mes veintinueve días que eran los que habían pasado desde la mañana en la que se presentó en el furgón, sin zapatos, porque al asomar la cabeza por la puerta del carro del tren en que venía de polizón vio que lo veía un hombre que viajaba varios carros atrás y que le gritaba y entonces se asustó y sin acordarse de los zapatos saltó del tren, dio algunas maromas, se paró, y se metió al primer furgón que vio: el furgón que fue verde en los tiempos en que lo estrenaron si entendemos estrenaron no la ocasión en que fue puesto en servicio y recorrió la tierra de un lado a otro cargando las cosas más variadas que se puedan imaginar, sino aquella otra ocasión en la que precisamente fue dado de baja y abandonado en el Campamento Oeste, o no abandonado sino más bien dicho cedido a Manuel Ángel y a su madre que en paz descansen. Muy bien recuerda Anselmo que Manuel Ángel fue a buscarlo para que lo ayudara a pintarlo y los dos juntos fueron y compraron un galón de pintura de aceite color verde bandera y los dos juntos también lo cazumbraron y repintaron, y encuadraron las imágenes de Nuestra Señora en marcos historiados y las colgaron dentro. Porque en aquella época todavía eran amigos, no había llegado el día en que Manuel Ángel y Luciano se indispusieran precisamente a causa del furgón y por lo tanto ni él ni Bernabé, ni nadie, habían tomado partido como después lo tendrían que tomar considerando no tanto la amistad que podía unirlos con el uno o con el otro, con Manuel Ángel o con Luciano, cuanto la conveniencia de ponerse del lado de la razón y la justicia y en última instancia del lado de la persona que podía proteger mejor sus intereses, no sólo en caso de que un furgón fuera el motivo del pleito, sino en todos aquellos en que se ponían en juego intereses más fuertes, como salarios o jubilaciones o indemnizaciones o qué sé yo, y esa persona era sin lugar a dudas Luciano, un hombre avezado a las luchas ferrocarrileras y además íntegro a

carta cabal. Así lo hicieron y sin embargo a final de cuentas quien salió ganando esa vez y todas las veces fue Manuel Ángel porque a mitad del plazo que le dio Luciano para desocupar el furgón llegó con la Eduviges y se quedó con el furgón que sin embargo abandonó después; que si así no hubiera sido, váyase a saber adónde se mete José Trigo, y dónde pasa tres días encerrado y dónde vive después: que en otro furgón, no sería. Todos están ocupados. Que en la caseta del primer guardacruceiros que hay de aquí al Puente, Anselmo, no sería, porque Anselmo, naturalmente, no vive allí; que en la caseta de Guadalupe tampoco; que en la de Bernabé, menos; que en la carpintería de don Pedro, nones: porque de haber lugar en la carpintería, lo hay. Pero a don Pedro no le hubiera gustado. Así como Anselmo le hubiera respondido:

—No señor.

Guadalupe le hubiera contestado:

—De ninguna manera.

Y Bernabé dicho:

—Ni soñando.

Don Pedro le hubiera espetado:

—Vete a volar.

Y entonces ni ellos cuatro, ni nosotros muchos, nos hubiéramos enterado de su historia por la simple razón de que nada habría pasado, y todo lo que ahora sabemos por las palabras sueltas que escucharon: tren de carga, paja, zapatos, una noche, y que en buen cristiano quieren decir que José Trigo viajó una noche en un tren de carga y se quitó los zapatos para meter los pies entre la paja, no lo sabríamos:

El tren de carga habría pasado de largo, muy lejos de nosotros.

La paja se hubiera podrido.

Y los zapatos... Ah, sí, los zapatos de todos modos hubieran ido a donde al fin y al cabo fueron a dar; pero los pies de José Trigo, descalzos, que con grandes trabajos recorrieron el camino de balastro y pedruscos que hay de la vía del tren al furgón de la Eduviges y que treparon por los uno, dos, tres escalones de la escalerilla que está a la puerta y pisaron (rechinaron) el piso del furgón, no hubieran encontrado aquel otro par de grandes, muy grandes, grandísimos zapatos viejos y remendados que trae ahora, míralo, allá viene:

Que si no, que si Manuel Ángel no abandona a la Eduviges por irse al otro lado del Puente y no olvida o mejor dicho deja, por viejos, torcidos y rotos los zapatos, no vendría por allá, por donde viene, míralo:

Pato guango loco gansarón giralotodo va que viene viene y va.

Por la caseta de Anselmo.

Ya la pasa.

Por la caseta de Guadalupe.

Ya la pasando.

Por la caseta de Bernabé.

Ya la pasó.

Por la carpintería de don Pedro el carpintero de la Calle del Pino hacedor de buenas cajas donde caerse muerto a la hora de la hora, amén:

Ya la hace tiempo pasó.

Y en una y otra y otra y otra, fue dejando su historia, tal como la sabemos.

COMO nada hay nuevo bajo el sol, bajo el luminar diurno vemos el mismo Campamento Oeste difuso, lato, alfombrado con yerbas puntisecas, aciculares, y flores como la gigantea o girasol silvestre. Aquí está el furgón de la vieja Buenaventura quien como siempre, arrebozada en su chal apulgarado, los labios prietos (*La piel alechugada*)

inicia la tertulia, no sin antes asegurarse de que allí están todos los que participan de costumbre, no sólo Anselmo, ¿qué tal, Anselmo, qué es de tu vida?, guardacruceros de la Calle del Fresno, muchacho de voz flautada y labio leporino, y Guadalupe, guardacruceros de la Calle del Naranja, personilla ebriosa de ojos inyectados y lengua de estropajo, sino también Bernabé, pirotécnico, guardacruceros de la Calle del Ciprés, con la tez humienta y las manos sucias de estroncianita, y por último don Pedro el carpintero, de las Calles del Pino esquina con la Crisantema,

DON PEDRO

(*En actitud saturnina*)

Hacedor de ataúdes, para servir a usted.

y hombrachón huesudo, noblote, de orejas hollejudas, cabello lanuginoso y piel de madera cañiza. Se encuentran todos arrodajados alrededor de un brasero, dentro del furgón, donde se ven los mismos atuendos y armatostes de siempre: una sarta de sartenes churrientas,

(*Tantaneantes*)

que cuelgan de una espetera clavada en la pared, además de otros objetos como una yacija, un escurrerplatos, un artesón con trastes escarapelados, espumaderas, una exprimidera y al fondo un cofre tumbón de pino real, guarnecido con bollones pavonados y cubierto con un velo humeral. Dos ángeles sacrosantos lo custodian,

(*Seráficamente*)

parecen murmurar una plegaria, pero se trata del cantaleo de las palomas duendas y aliquebradas de las que el furgón está circunvolado y que,

(*Con toda suavidad*)

zurean, susurrean, mientras Buenaventura, sentada en un escabel forrado con piel de leopardo, o al menos eso parece, empieza a contar. Estamos a últimos de mes, ventolinas, y despunta el alba: el sol envina el cielo color agua. Estaremos aquí, en reclusión, hasta el entremorir de la tarde. Seremos testigos del curso de los acontecimientos, escucharemos sentencias, comentarios festivos, profecías, voces...

ANSELMO

Vamos pues,

GUADALUPE

A contarle a usted:

BERNABÉ

El Este,

DON PEDRO

Y el Oeste.

ANSELMO

Por el Este, la ciudad empieza más allá de la Glorieta de Peralvillo...

Y por el Oeste, más allá del Mar Amarillo, así se llama esa calle.

Pero Buenaventura, con brujescos ojos burlescos, interviene para imponer su autoridad. No, dice,

BUENAVENTURA

*(Parabolana invencionera)*

Ni tanto...

DON PEDRO

*(Acunado en la sombra ríe y enseña sus orificados dientes)*

Que queme al santo.

Y aclara a renglón seguido que por el Este la ciudad empieza más acá, donde está el templo de Santiago Tlatelolco,

*(Tan, tan tan)*

Así hacen sus campanas.

BUENAVENTURA

Y por el Oeste empieza más acá, por Santa Cruz Ateneo.

Una vez aclarados los límites, y mientras marchan a lo lejos los trenes a la deriva, como las orugas de las procesionarias, Buenaventura sigue recordando. Pero hay que advertir que otros personajes rondan el furgón. Uno es el albino, hijo de



Buenaventura y de su viejo, y otro el mismo viejo, el que tiene el nombre del santo de cada día,

BUENAVENTURA

¡Tito, Silvano, Blas!

quien es marido de la vieja Buenaventura por obra y gracia del Paráclito o Espíritu Santo, gran consolador, y que vaga por el campamento en las noches, mientras los trenes

LOS TRENES

*(Lentamente)*

pasan.

ANSELMO

*(Premioso)*

¿Y José Trigo, madrecita Buenaventura?

Pero ella nos dice:

BUENAVENTURA

No me carrereen, ya le contaré su historia, todo tiene su tiempo.

ANSELMO

*(Con grandes zollipos)*

Tiempo de llorar,

GUADALUPE

*(Encanado, se desternilla)*

Y tiempo de reír

DON PEDRO

*(Sin despegar los labios)*

Tiempo de callar...

BUENAVENTURA

Y tiempo de decir: yo viví en siete cuevas.

Pero, por lo visto, es tiempo de hablar, porque todos quieren contar al mismo tiempo:

TODOS

*(Accionando teatralmente)*

No se cansará usted. De ver. Campamentos, almacenes, bodegas de flete. Ni sus oídos de oír. Pero usted olvidará...

UNO DE TODOS

Como olvidé yo que José Trigo tuvo que esconderse un día en mi caseta y yo le salvé la vida,

cubriéndolo con un gran calendario. Afuera, sin embargo, es de noche y todo el mundo duerme. Es una noche de estío (hubo en el día calor calcinante), con llenura de cínifes que hincan sus guizques o agujones en las carnes sudorosas. De pronto, se oyen los gañidos de un perro con basca al que habría que atar del maslo, ponerle un bozal, refundirlo en una perrera. Una mujer, ajamonada, hecha un rollo de manteca, duerme plácidamente,

*(Suaves ronquidos)*

en un furgón, esterado, junto a su ferrocarrilero marido. Sonríe, se agita en el lecho, desaparecen entonces los camances u hoyuelos que la sonrisa formaba en sus mejillas nacarinas, y abre los ojos,

LA MUJER

*(Inquieta)*

¿Qué son esos ruidos?

El fulano gruñe, y no mejor que el perro. Está tomado del vino y duerme la mona.

FULANO

Es el viento.

Para esto, el perro ha dejado de ladrear y no sopla el viento ni ruñen las ratas. No obstante,

LA MUJER

Sí, oigo el viento, pero no es el viento lo que oí.

Y el ferrocarrilero, decidido a seguir durmiendo a todo trance, insiste: son los trenes,

son los perros, será la lluvia, serán las ratas. Pero la lluvia,

*(Chipi chipi tipi top)*

que así hace cuando cae sobre los campamentos, brilla ahora por su ausencia: este mes se llama de la carencia de agua. Así que el mengano se ve obligado a interrumpir su delicioso sueño, ¡qué suplicio! (y qué malditos nervios de la mujer), y a levantarse sin que pueda decirse que lo hace ni corto ni perezoso. Se asoma, por fin, al ventano y su mujer le pregunta:

LA MUJER

¿Qué es lo que ves?

A lo que él responde, con somnolencia:

MENGANO

Veo el campamento. La luna está cubierta por las nubes.

Mengano ve también los furgones, un perro. La noche es un pozo.

MENGANO

No, espérate. Veo algo más. Algo se mueve.

¿Quién anda allí?

MENGANO

*(Con acrimonia)*

Es el viejo cabrón.

¿Qué hace aquí?

LA MUJER

Nos espía, el cochino...

ZUTANO

... cuando hacemos el amor.

Sí, los espía bonitamente. ¡Eh, largo de aquí!, le grita Zutano, ahora armado con una linterna sorda que enciende y apaga. Intermitente. El viejo se va, Zutano lo ve irse, ¡largo de aquí! Haciéndose el sordo cuscurrea su pan, haciéndose el mudo se va, no dice nada, sólo se va, se pierde en las angosturas de los entrefurgones.

ZUTANO

Y ahora veo...

LA MUJER

¿Qué ves? ¿Qué ves?

Perengano ve que sale la luna, y que el balasto brilla como mármol lumaquela. Y ve también una sombra blanca, aunque habría que recordar que las sombras no son blancas.

PERENGANO

¿Será el albino?

LA MUJER

¿El hijo del viejo?

El mismo, renacuajo desmanotado con piel de requesón, dúplice de Luciano...

PERENGANO

Otro cochino. Son una monserga.

Pero no, es la luna.

PERENGANO

¡Largo de aquí, tú también! Déjanos coger en paz.

Por lo que la mujer, sensitiva como mimosa púdica, se ruboriza y en la oscuridad relumbran las boqueras de sus pochos labios.

LA MUJER

*(Y le tiemblan sus pechos de criandera)*

Por Dios, no digas eso.

Y Fulano, Mengano, Perencejo, prometen no decirlo pero lo piensan, tiernamente, y mientras las cosas pasan a vías de hecho, por las vías del tren pasa una locomotora que nos dice adiós con toda prosopopeya. El humo que expele su chimenea, borroso, parece encenderse con el aire como hierro pirofórico y destaca así sobre el livor del cielo. Se diluye después. El viejo se ha ido...

BUENAVENTURA

*(Tristísima)*

Pero ha de andar por otro furgón. ¡Eh, Benigno, Nicéforo, Onésimo!

Benigno no contesta. Nicéforo tampoco. Onésimo menos.

ANSELMO

Y es que el viejo Benigno

GUADALUPE

O como se llame,

BERNABÉ

Le ha hecho la vida imposible

DON PEDRO

A Buenaventura

Y no sólo porque todas las noches de Dios

*(Cojijoso, quintañón, tembleque)*

por onésima vez se dedica a andar por los campamentos y es sorprendido en su evagación por los indignados vecinos que le gritan

LOS VECINOS

¡Largo, fuera, carajo, váyase, etcétera!

Y: ¡Ojalá se muera! ¡Lo muerda un perro! ¡Se le atraviese una sabandija! Y le tiran cuanto objeto tienen a la mano...

VECINO UNO

Pásame una chancla

VECINO DOS

Dame ese florero

VECINO TRES

Échale al perro

Además de macetas, bacines, planchas, escobas, sombrillas, matamoscas. No sólo por esto, decíamos, sino también porque él tuvo la culpa de que Luciano, nieto del alma de Buenaventura, hijo prohijado,

LUCIANO

*(Despestañándose, lee una página del instructivo manual)*

«La tabla de mira, con cuadros rojos y blancos, debe formar una cruz sobre el escantillón del riel...»

se largara de aquí. ¡Ah, ese muchacho era un sol!

BUENAVENTURA

Que le hacía sombra al viejo. Nunca me faltó ni fue desconsiderado.

Gracias a Dios, Luciano regresó. ¡Qué gusto! Pero se volverá a ir, el día en que José Trigo... A propósito: ¿Y José Trigo? Ya vendrá, ya vendrá. Veremos, dándole tiempo al tiempo, cómo tuvo que ver con todo esto.

BUENAVENTURA

Le decía, entonces, que Luciano...

Luciano es un muchacho nada impreparado, ya lo hemos conocido: con especulativa, que goza de buen predicamento. Lo vimos dejar la cama apenas salido el fósforo, que brillaba como tachón en el horizonte, formular un deseo sin dilación y lavarse con agua heladiza, meter los botones en la ojladura de una camisola llena de pliegues y de frunces. Las montañas a esa hora, cresterío, estaban apizarradas, el cielo mostraba un color encerado, y lucía gayas violadas de diversos matices. Las miríadas de luces de la metrópoli, ciudad madre que abraza a los campamentos, ya se habían apagado. Sí, Luciano trabajaba de sol a sol. Por cierto que el sol esa mañana (cuando llegaron los palanqueros), se entreparecía por un cielo plomizo: a pesar de lo temprano de la hora había ocurrido una mutación atmosférica. Vemos, pues, al hombre que empezó a trabajar en los ferrocarriles como simple peón de vía, convertido en un alineador calificado, ducho como él solo, al frente de su cuadrilla.

BERNABÉ

Las cuadrillas de alineación pueden ser de cuatro hombres, o de ocho o dieciséis...

Ésa era de cuatro.

UNO

*(Nariz de apagaluces)*

Tengo una mujer cargada de hijos.

Sí, y el otro, de cabello grifo, tiene una novia que se llama Concepción: él se la conchabó. Un tercero, antier fue día de su onomástico. Un cuarto, gordinflón, es el puntero de la cuadrilla. Todos tienen sus problemas, sus sufrimientos. Cual más, cual menos. Ahora no vienen al caso. La composición de lugar: hoy le tocó a Luciano desempeñar su laboriosa tarea rutinaria en sus propios terrenos, en estos populosos llanos, isleo: Calle de la Crisantema casi esquina con Mariano Escobedo.

LUCIANO

*(Se quita los anteojos ahumados)*

Creo que hace un buen tiempo.

Su compañía, en pleno, concuerda. Caminan por el disparejo y guijarroso suelo. Hormigas y arañas capulinas. No dejan holladuras. Consulta su reloj, de entrefino mecanismo, extensible dorado. Es extremadamente puntual. El reloj no, Luciano. El puntero, que talonea a su lado, le pregunta:

EL PUNTERO

¿Y ese ojo moro?

Luciano le explica que ese ojo lívido se lo pusieron así ayer, y luego regaña al otro (uno que camina por el hongo del riel): ¿Cuántas veces voy a decir que así se maltratan las vías? Y ante la pregunta de un tercero:

UN TERCERO

¿En la junta de la Comisión de Aumentos?

Contesta: sí, y esto no es nada. ¡Si vieras cómo tengo las costillas! ¿Cómo las tiene? Molidas. Y no por trabajar: por trabajar salen callos en las manos.

UNO

¿Entonces es cierto...

UNO Y OTRO

Lo de la policía

Y OTRO MÁS

Y las cachiporras y todo?

Luciano se quita la gorra. Al roce del viento, se mueve su cabello merino. ¿Les contestó? No lo podría asegurar. Está solo. Los hombres de la cuadrilla se han espaciado. ¿Dispersos? No, están en sus posiciones, con las palancas del lado derecho de las vías en relación a Luciano. Bulliciosos, ellos sí hablan...

LOS CUATRO

Mis hijos, caray, esos muchachos de porra. ¿Quedarme sin trabajo? Nones. Ah, pero el aumento. Yo me voy a casar. Es vital. Me gasté mucho en la fiesta. Bueno, bueno, soy el puntero: cállense y a trabajar, huevones.

UNA VOZ

Oye, colega, ¿Es cierto que la Secreta entró cuando estaba reunida la Comisión y los echó a golpes?

Luciano voltea. Un amigo, condiscípulo desde tiempo ha en el estudio de los nominativos de la mecánica y consuegro de uno de los sinodales. ¿Pues no estaba ya disuelta la famosa Comisión? agrega, poniendo una mano en el hombro de

LUCIANO

Sí, el Comité Ejecutivo la desconoció, pero nosotros no estábamos de acuerdo.

Un chiflido. Llamada de atención. Hace las señas para que desalojen el riel hacia la izquierda. Los hombres obedecen. ¿Lo leíste en el periódico? inquiera Luciano.

EL CONDISCÍPULO

No, qué van a publicar eso. Me lo contó un sobrestante que estuvo allí.

Cuando Luciano se sienta en el riel, un pájaro que picotea en busca de un gusano,  
(*Pic, pic, pic*)

se remonta hacia la cúspide de un árbol que nada tiene de sombrero, por lo ralo, y entonces los gritos de la muchachería

LA MUCHACHERÍA

(*Que juega con sus resorterías a matar pájaros*)

¡Tírale a ése! ¡Dale a ése!



así como el ruido que hace un carro de propaganda cuyo megáfono,

MEGÁFONO

¡Oigan, oigan todos!

no deja oír, no dejan oír. Pero podemos adivinar el resto. ¿No se va a luchar entonces por el aumento? Le encomendaron un estudio a la Junta de Secretarios Locales. Un vientecillo agita los mirabeles. ¿Y por qué no dejan que decidan ellos?

LUCIANO

No, no, hay que desalojar ahora hacia la derecha.

Hace las señas respectivas. ¿Qué dijiste? ¿Que decidan ellos? Unos venales. No, no exageres: son honestos. Exageración al contrario. Están aleccionados. ¿Por la gerencia? No. ¿Por el Comité? Eso sí puede ser.

LUCIANO

Total, que nos van a conseguir una...

Una pura. Sigue caminando, se fija si un riel necesita un retoque o no, si han jorobado alguna vía durante la alineación y hay que nivelarla después, piensa que sería bueno tener un antejo Hayco, y por último se detiene, mira atentamente el riel y dice:

LUCIANO

Esta vía está chicoteada.

*(Chic, chic, chic)*

Así hacen las vías, cuando sobre ellas pasa un tren de cabús culinegro.

*(Visión intermedia: las brasas, en vuelo concenioso, semejan piraustas. Afuera, el sol prefulgente alumbra a los niños inocentes que juegan a los espadachines, o ala moma, en las laudas de los campamentos. O que carrucan sus trompos, mas no zumban los zumbeles. Nubes aborregadas. Pasan dos hombres que cargan el badán de una res abierta en canal. Los sigue un muchacho, lleva en una carretilla las adiposas pellas de un cerdo. Chicharrón. Orina una niña, aclocada, meloso chisquete. Furos. Hombres con azadones de peto, bobean. Labrandera, una mujer hace labor de pasamanería. Polvareda, simún. Barre la otra la tierra de su patio, con una escoba de popotillo. Tabaneándose, azafrana los pisos la de más allá, con amarillo congo. Tufo. Un ómnibus urbano. Un hidrópico. El sillero: entular. Abejorros. Un lechero, botellas de leche aguada. Un hombre ordeña una locomotora*

*maniobrero. Agua hirviendo para una buena rasurada. Y un penco, tronzo, ¡so, penco!, que fue garañón en tiempos pretéritos, arrastra un carro chirriador, conducente de barricas henchidas y exudadas. Allá viene la murga, la charanga. Y tras ella, corren los chiquillos, uno de los cuales trae a la espalda carnavalescas alas de papel de China, y su pelo forma en la cabeza dos remolinos)*

Dejemos ahora que el borrascoso conflicto ferrocarrilero siga su marcha, y atendamos a don Pedro el carpintero quien, como se ha mencionado, está en el furgón y ahora,

*(Memoroso)*

nos cuenta de un día en que se encontraba en su carpintería, casi fronteriza al Puente, como Pedro por su casa, y era un crujidero de puertas, cuando se le apareció José Trigo.

DON PEDRO EN EL FURGÓN

Me acuerdo muy bien

¡Que si no se va a acordar! Si ese día José Trigo no se para por allí, otra sería esta historia. Pues bien, don Pedro, señorón respetable como siempre, estaba de pie junto a su banco y berbiquí en mano horada que horada una tabla, escarchados de caspa sus hombros...

DON PEDRO EN LA CARPINTERÍA

¡Allá voy, madre, allá voy!

Así le contestaba a su madre, que para algo lo llamaba, y no hacía unos momentos que acababa de saludar al plébano o cura párroco de San Salvador de las Flores, que pasó por allí abacialmente caminando y sumido en reflexiones ultramundanas, cuando vio a José Trigo de pie en el umbral, toqueteo previo con los nudillos en la jamba de la puerta, estrecha como correspondía al taller: una cija. La luz matinal encendía las aserraduras, y José Trigo muy tieso.

DON PEDRO EN EL FURGÓN

Creo que yo ya lo había visto antes, curioseando por ahí, su cara me era familiar.

Sí, don Pedro lo había visto infinidad de veces, aplanando calles...

DON PEDRO EN LA CARPINTERÍA

¿Qué desea?

DON PEDRO EN EL FURGÓN

Así le dije...

Mientras, amigo de no malgastar el tiempo, tomaba un cepillo para dar un retoque aquí, una pulidita allá.

DON PEDRO EN EL FURGÓN

Me empezó a contar una historia alrevesada...

Que si se llamaba José Trigo, que si vivía con la Eduviges el atenido, que si se les había muerto el niño y los ahorros se los habían gastado en el certificado médico y los honorarios...

DON PEDRO EN LA CARPINTERÍA

¿De qué tamaño es el niño?

DON PEDRO EN EL FURGÓN

Me dijo que así, figúrese.

Don Pedro permaneció callado unos segundos, que no llegaron a un minuto, vio de reojo a su madre: moña en el cabello, devocionario en las manos, y le dijo, al fin, que le hacía una caja por treinta pesos. No, no es eso lo que quiero, le dijo José Trigo. Don Pedro, entonces, le contestó:

DON PEDRO EN LA CARPINTERÍA

¿Entonces qué carajos quiere usted?

DON PEDRO EN EL FURGÓN

Yo nunca digo qué carajos.

Pero esa vez lo dijo, tendrá que admitirlo si es que no se acuerda. Quiero que me deje trabajar en su carpintería unos días, le dijo

JOSÉ TRIGO

... y así se la pago.

¿No será malintencionado este tío? ¿Y si no es de fiar? ¿Si no es decente? Pensó don

Pedro imaginándose ya a José Trigo desvalijándolo, birlándose serruchos, sierras de trasdós, seguetas. Un trastorno. ¿Sabe usted de carpintería? Le preguntó. No, José Trigo ni sabía, ni supo, ni tendrá ninguna facilidad para el oficio. Y escoplos, formones. ¿Y qué referencias me da? (debe haber agregado). ¿Trae usted recomendaciones? A lo mejor, con la práctica, aprende. Pero a lo peor tantito, no aprende.

DON PEDRO EN EL FURGÓN

En eso, oí un chillido, tanto que pensé que era mi madre.

Allí estaba su madre, sí, cuando menos en retrato, pendiente de una armella, mujeronera como él, es decir, grande como él, y muy fotogénica a lo que se veía. Don Pedro contempló la amarillosa fotografía y después de cerciorarse de que no era ella, le señaló la puerta a José Trigo como diciéndole (o diciéndole, sin el «como»), váyase, que tengo mucho trabajo, aquí estorba. José Trigo, sin embargo, quien había llegado un poco apocado a la carpintería, desacobardóse por un momento y le dijo con desenvoltura:

JOSÉ TRIGO

¿Tiene quien le lleve las cajas a las funerarias?

Cuando esto oyó, don Pedro tuvo la intención de manotear (sus manos eran grises, minerales), y decirle otra vez: váyase, es inútil (inútil discutir e inútil usted), pero sintió picazón en una verruga, y esto le hizo reconcentrarse, con los ojos fijos en las heladuras o quebrajas de un tablón.

DON PEDRO AQUÍ

Yo ya estoy viejo, más para allá que para acá.

DON PEDRO ALLÁ

No, no tengo quien las lleve.

DON PEDRO AQUÍ

Ni quien venga acá por ellas.

Así que consideró la idea: viejos eran sus lomos, mala su digestión. Entre regüeldo y regüeldo se pasaba los días: bicarbonato de sodio a cucharadas. Y cada vez que se terciaba una caja de adulto, lumbago, o ciática, vaya a saberse. Si alguien lo eximiera de ese trabajo ingrato que a expensas de su salud, y que nada tenía que ver con la

carpinteada...

DON PEDRO CON NOSOTROS

Entonces oí de nuevo el chillido.

DON PEDRO CON JOSÉ TRIGO

¿Qué fue ese ruido?

Y se le enchinó el cuerpo, porque el chillido, una queja lastimera, parecía partir, o salir, de una caja. Luego siguió el hilo de su reflexión. Bueno, tenía sus preocupaciones pecuniarias, como es lógico suponer, y le gustaba hacer sus economías, pero no era lo que se dice un avaro o un tacaño, por lo cual, no encontrando una objeción ponderable, le dijo:

DON PEDRO EN LA CARPINTERÍA

Déjeme pensar. Venga mañana.

DON PEDRO EN EL FURGÓN

Pero el niño no podía esperar hasta mañana...

De manera que tras algunas vacilaciones, con toda dignación se dignó, o se vio forzado (aunque obligación alguna no tenía), a determinar: bueno, está bien. El Supremo Hacedor justificó a don Pedro, a quien no le gustaba cometer injusticias. Pero volvieron las dudas: ¿y si se lleva una caja? ¡No más eso faltaba! Contempló las rodilleras de los pantalones de José Trigo. Mal aspecto. Se frotó las manos. La solución era ponerlo a prueba. Remitiría una caja a los Funerales Pescador, y a seguirlo. Atendería la súplica de José Trigo con esa condición.

DON PEDRO EN LA CARPINTERÍA

Tengo que entregar una caja ahorita. Llévela en lo que yo pulo la del niño. Aquí tengo una al tamaño.

Cogió una cartela, y en ella garabateó. La calle estaba más allá de Marte, Saturno y Luna, pero no por eso a una distancia astronómica, y le explicó que no ponía el número porque sencillamente no había numeración. La calle era chica y sin duda no tendría problema en dar con los Funerales Pescador. José Trigo, hasta ese momento expectante, puso manos a la obra y cargó con la caja. Don Pedro,

DON PEDRO

Luego luego cogí el candado para cerrar la carpintería y seguirlo...

Cuando escuchó el tercer chillido, y lo que es más, vio que se movía la tapa de un ataúd.

DON PEDRO EN LA CARPINTERÍA

¿Qué será, madre, qué será?

Le cuchicheó así al retrato de su piadosa madre, y haciendo de tripas corazón, se acercó a la caja y levantó la tapa. Entonces salió el gato, un gato negro entigrecido, con los pelos erizados y las garras de fuera. Don Pedro sintió una punzada en un dedo: era una astilla.

DON PEDRO EN EL FURGÓN

Ese José Trigo siempre me trajo calamidades.

Calamidades y rechinales de todas clases, porque lo del gato y sus marrulleros maullidos (entonces no lo sabía, no lo sospechaba), era un presagio: llegaría el momento en que también, al levantar la tapa de una caja, viera. ¿Qué cosa? ¿A quién? A José Trigo.

BUENAVENTURA

¿Muerto?

Muerto muerto, tal como se dice, no. Pero sí más muerto que vivo. Y don Pedro pensaría entonces: aquí hay gato encerrado. Esto sucederá el día en que José Trigo se salve, no en una tabla, sino en seis. Cuando, repuesto del susto salió de la carpintería, ya no vio a José Trigo. La de malas. Sólo a un abanderado guardacruceiros, con su ondeante trapo. Berrinche y resignado,

DON PEDRO EN EL FURGÓN

Me metí,

Dedicándose, pues ya no le quedaba más remedio, a darle unas brochadas a la cajita que serviría para mandar al hijo de Eduviges al calavernario común, a la fosa donde sería coterráneo de tantas otras inocentes criaturas. Criaturitas de Dios. José Trigo regresó, cumplido el encargo y presto para los siguientes, y cargó ese día y muchos días, cajas y más cajas para los muerteros... bueno, un promedio de dos al día, haciendo alarde de bríos y demostrando una obediencia y una oficiosidad

desacostumbradas. Es decir, insólitas no en él, sino en los ayudantes o mandaderos carpinteriles. Simpático, José Trigo. Se captó la voluntad de don Pedro. Por lo que éste, luego que consideró pagada la caja, y con creces, continuó empleándolo, ahora pagándole él, no muy poco, no muy mucho; lo suficiente para sobrevivir. Después de todo, el furgón de Eduviges no era casa de asistencia, ni José Trigo pensionista de mogollón. Que lo diga ella, que lava el tendido y otras ropas no tan blancas, de algunas vecindades de por aquí. Si no hubiera sido por eso, le decía, dijo

BUENAVENTURA

José Trigo no habría visto a Luciano la tarde en que Luciano salió de la Calzada de los Misterios...

¿Los misterios? ¿Cuáles misterios? Bueno, misterios hay muchos, entre ellos, los de la Calzada que así se llama, y que parte del Noreste de Nonoalco-Tlatelolco, a obra de unas trescientas varas del templo del Señor Santiago para desembocar en la Villa de Guadalupe. Luciano, que cuando vivió aquí siempre vivió aquí, en el Campamento Oeste, fue a parar, no obstante, y por cosa de unos dos meses, a una vivienda de la Calzada de los Misterios. ¿Cómo sucedió esto? Vayamos por partes.

ANSELMO

Luciano tenía un gran jardín.

DON PEDRO

No, no era grande. Era así de chiquito.

Afortunadamente, Buenaventura se encarga de llevar por buen camino la narración...

BUENAVENTURA

No era muy grande, ni muy pequeño.

Todo depende, claro, cómo se vean las cosas. Luciano tenía un jardín, porque vivía en una casa de cuatro furgones que formaban un cuadrilongo, por lo que el jardín quedaba en el centro. Para Luciano, aquel jardín era una huerta palatina, y como tal, digna de un palacio. Pero estaba muy lejos de serlo. Sentado en una piedra (que para él era un sardinel que acotaba un parterre), jugaba con un mazacote que tenía en las manos, y hablaba con un hombre. Es decir, jugará y hablará, porque esto no ha sucedido y habrá de suceder, indefectiblemente, a mediados de agosto. El hombre con el que estaba era un gigantón de rostro vultuoso enfoscado bajo sus hoscas cejas. Tenía entradas en la frente, y hablaba con voz pastosa.

BUENAVENTURA

Era un agente de la Reservada.

O sea, de la Policía Judicial.

EL AGENTE

Yo sé lo que le digo, más le vale esconderse.

Luciano, pensativo, no contesta de inmediato, teme una celada. La situación (de Luciano y el agente) en cierto modo es parecida a la de José Trigo y don Pedro el carpintero: son dos hombres y uno trata de convencer al otro de que tome una resolución. Dentro de la casa, María Patrocinio, esposa de Luciano, amante del orden y hacendosa como pocas, se dedica al aseo y otros quehaceres propios del hogar. Luciano le echa una vislumbre a su jardín. Se imagina un terrazo: terreno que representa un paisaje, silvoso, crecido en arbustos florecientes... ¿Será que se acuerda de su infancia en el Volcán?

LUCIANO

¿Y cómo sé que me dice la verdad? ¿Quién es usted?

Con acento verídico, el agente insiste servicialmente. Ya le dije, le dice, que soy de la Judicial, pero que no puedo decirle cómo me llamo. Mi padre fue ferrocarrilero y por eso quiero ayudarlo. ¿Por qué a mí? piensa Luciano, escéptico, o mejor: desconfiado. El agente parece adivinar su pensamiento al decirle: Fue, mi padre, líder de esta sección, de Nonoalco-Tlatelolco. Murió parece que a resultas de una paliza que le dio la policía. Y entonces ¿por qué es usted agente? Cada quien es lo que puede ser, para lo que nació. Traga saliva el hombre y la nuez, ferreña, subibaja. ¿Será un cazurro? ¿Un zorro? ¿Recibirá una recompensa? ¿Una suma considerable? Si me voy, tal vez nunca vuelvan a verme. Muy expuesto. Se necesita arrojo. ¿Y si me quedo?

EL AGENTE

Ya van como tres ferrocarrileros que aparecen muertos en los llanos. A usted se la tienen sentenciada, le traen ganas.

Lo sabe, agrega, de fuentes fidedignas. Hasta ahora se fija Luciano que el hombre tiene un orzuelo (en el párpado, claro está). No sabe que así se llama, orzuelo, pero sabe que lo tiene. Huele como a salazón de carne. ¿María Patrocinio que salpresa, o acecina, quizás? A las mil maravillas lo hace. Pero sería difícil. Sufren estrecheces. Los precios por las nubes, prohibitivos, y sin un céntimo, endrogados hasta la



coronilla. Sin un tepusque. Dibuja, con una vara, una equis en el albero de una vereda de su jardín. No es albero, no hay vereda: es tierra común y corriente. Luego contempla los rosadales, que retoñan: esos sí son rosadales de verdad.

EL AGENTE

*(Juega con un anillo espantavillanos, de oro de baja ley)*

Me ordenaron registrar su casa con instrucciones de aprehenderlo si se me ponía pesado. Y ésta es la segunda vez que vengo, me voy a meter en un lío.

Así le porfía, y Luciano trata de refutar, de alegar, pero ve su jardín: los arriates que no hay, el cenador o emparrado que nunca tendrá; piensa que no está tan cansado de la vida como para que lo manden al descanso eternal, le da una corazonada, y con voz angustiada pregunta:

LUCIANO

¿Y a dónde me puedo ir?

Sí, ¿adónde que más valga?

EL AGENTE

Tengo unos parientes que viven en la Calzada de los Misterios, con ellos se puede esconder. Están de acuerdo.

Tiene sentido, sí, tiene sentido esconderse. Frunció el ceño. ¿Pero él, un líder, va a rehuir la lucha? Está su mujer, María Patrocinio, que se lo ha pedido. Están sus hijos, su manutención, su educación. Están también muchos ferrocarrileros que le han dicho que más lo necesitan vivo que muerto. Pero ¿era él tan importante como para que lo mataran? ¿Él, un lidercillo secundario? Se dan casos, se han dado casos. Sin piedad. Por último, ¿se plega? se pliega a la sugestión y con ojos de lince, lancinante mirada, responde:

LUCIANO

Está bien, lo voy a hacer.

Pero antes, le advierte el agente, tenemos que cambiarnos de ropa. Usted se pone la mía, y yo la suya,

EL AGENTE

Usted se va primero...

y él se quedará en el furgón un buen rato. Pero ¿cómo es posible? ¿Solo, aquí, usted, con mi mujer? Si no es por el cambio de vestimenta por lo que está boquiabierto...

EL AGENTE

*(Con semblante dificultoso)*

Entonces voy a tener que arrestarlo. Es lo malo. Usted dice.

Dijo que sí, aceptó el pacto. María Patrocinio, en la cocina, dejó de hacer lo que hacía: tal vez condimentar las verduras que se recocían en una olla, y no sólo le aconsejó: le rogó que lo hiciera. Luciano vio su jardín por última vez. Anochece. Recordó el choque del tren de pasajeros, el incendio de los Talleres Centrales. Claroscuro. No se podía comparar, reconoció con amargura, al jardín de sus sueños. Ni llegaría a serlo, así fueran muchos los medros que alcanzara... y ni aun cuando algún día (todo puede pasar) sucumbiera ante el soborno. Pero ¿alguna vez Luciano se dejó sobornar, prevaricó? Por otra parte, ¿cumplió al agente su promesa?

BUENAVENTURA

Quién sabe, quién lo va a saber.

Unos, sus partidarios, nunca dieron crédito a tales infundios, ¡son calumnias!, clamaban; otros, en cambio, amigos de segregar...

DON PEDRO EN EL FURGÓN

Como le contaba, José Trigo volvió casi todos los días, y me platicó muchas cosas...

BUENAVENTURA

Un momento, un momentito, yo cuento ahora.

Otros, en cambio, pensaban lo contrario. Y ni quién los disuadiera. Por ejemplo, veamos a un par de ferrocarrileros que viajan en un furgón de carga. El furgón está lleno de maniquís. Hay que advertir que los ferrocarriles trasponen de un lugar a otro de la tierra todo lo que la tierra da y hacen los hombres: animales o piedras, estatuas ecuestres, libros, rosales. Nuestros dos hombres viajan por el Norte. Uno es un hombre grandevo, anhelante: padece de asma o alguna otra afección respiratoria. Su compañero es un joven melancólico de color desmayado. Escuchemos la contesta:

DON PEDRO QUIÉN SABE DÓNDE

Que si había perdido unos zapatos, que si había encontrado otros, que la cárcel, que qué sé yo...

Uno y otro comen, desganados, un pistraje hastioso...

UNO

Sí, francamente fue un mal antecedente, como tú dices.

OTRO

Pésimo antecedente.

El interior del furgón se halla entrelistado por la luz que se cuele, undosa, por las cisuras de los tablones...

UNO

*(Con arrogancia)*

En mis tiempos, éramos más decididos. Cuando la huelga de garroteros en el Interoceánico, detuvimos al tren que iba para Jojutla, quitando los pernos de los carros, y apedreamos a los esquirolas...

OTRO

¿Dónde crees que se metió Luciano?

Dónde, no sé, contesta el uno, pero sí que seguramente está forrado de dinero, no sería difícil. Billetes a rollos. Y para terminar, ésa es la opinión casi unánime. Abre la puerta del furgón. Cielo deslavado. Pasan, como ráfagas, árboles de hojas discoloras sobre las cuales la nieve, friable. Y a lo lejos los campesinos, gofos.

OTRO

El eterno problema.

DON PEDRO AQUÍ O ALLÁ

Unos zapatos negros, sí, que le quedaban muy grandes...

¿Muy muy grandes?

BUENAVENTURA

Déjeme, déjeme contar a mí, como si yo fuera usted...

Y la luz daba de lleno en los maniquís. Por consiguiente, nuestros esfuerzos, nulos. ¡Nulos!, grita, y el eco responde. Borrajo de los pinos, y agujas que son encendajas.

Cierra la puerta del furgón. La sombra cae. Labihendidos. Boquifruncidos. Narices aguilinas. Pechos escurridos. Están todos.

BUENAVENTURA-DON PEDRO

*(Le han salido barbas, se queda calva)*

Sí, pero muy grandes...

DON PEDRO-BUENAVENTURA

*(Le han salido pechos, le crece el pelo)*

Yo no tengo barbas, yo no estoy calvo.

UNO

Luciano hizo mal en traicionarnos. Nos defraudó a todos. Ah, tanto tiempo que pasé trabajando en tarrajas y taladros y luego en tornos, para pasar mi examen de mecánico...

Pero muy, muy grandes. Zapatos donde podía caber un hombre.

DON PEDRO EN TODAS PARTES

Así me dijo, lo juro, como que yo soy don Pedro.

¿Tan grandes como una caja de muerto?

DON PEDRO EN NINGUNA PARTE

Yo no soy don Pedro.

Pero entonces, ¿quién es? ¿es José Trigo? ¿está muerto? Luciano, con su palanqueta al hombro, se asoma. ¿Quién es? Y la madre de don Pedro cierra los ojos, para no ver. Estamos todos allí, alrededor de un hombre tirado en los llanos. ¿O es que está sentado en un armón azul? Inmovilizados. ¿Es el agente? No, es un zapato. ¿Quién lo perdió? ¿Está muerto? Y se oye el silbato de un tren que pasa, que pasa, ¿qué pasa?, ¿qué pasa? Me dijo la vieja.

BUENAVENTURA

*(Zarandeándome)*

¿Qué pasa? Si viene usted a dormirse, ya no le cuento la historia de José Trigo. Para esto, ya estamos en marzo.

LLEGARÁ EL DÍA

*llegará,*

Eduviges vivía en un pueblo donde se usaba mucho la pobreza. O por mejor decir, vivía en los cercas del pueblo. Era hija única de padres huérfanos de hijos, y no porque se les hubieran muerto sino porque se les fueron yendo. Sólo quedaba ella, y eso que no era lo que se dice hija hija: los viejos la habían prohijado cuando estaba así de mirruña. A cosa de un andar, un poco más acá del casco de la vieja hacienda, pasaba el ferrocarril. Sólo que como pasaba tras una traslomita, no se dejaba ver. El humo sí, cuando se esfumaba por el cielo deslavado. Pero ella, Eduviges, se amañaba y todos los días, o si no el casi todos los días a eso de las cinco que era cuando pasaba el tren de carga, corría a verlo. Cuando ella corría, las urracas macutenas se iban volando.

*en que ella despertará,*

*y no sabrá si fué el dulce murmullo del tascar de las vacadas, o la caricia agitada por el paso de los hombres y las mujeres, o fueron las palabras no pronunciadas que cristalizarán en el aire*

*y se desbordarán como lluvia de verano, frescas,*

*olorosas a deseo y esperanza,*

*y subirán hasta el cielo como llevadas por vientos altanos, lo que le hará abrir los ojos...*

Casimiro se llamaba el viejo. Encorvado de tantos años a cuestras, muy a lo temprano ya andaba dale que dale abriendo surcos. Pero primero rezaba el Alabado, al alborear los gallos. La vieja se llamaba Felicitas, tenía la cara terrosa y los ojos revenidos. Dijimos que por allá se usaba mucho la pobreza, pero la verdad es que esos viejos no estaban tan dejados de la mano de Dios. Tenían su tierra y sus animales, que si no eran un rebujal, eran algunos. Ya para la atardecida, cuando acababa la yugada, el viejo Casimiro se sentaba a las afueras de su jacal y bebía aguamiel remanada. Qué terregales aquéllos: roturar la tierra era trabajo de no amacharse aunque rezongara el arado. Pero qué gusto daba cuando las cañas empezaban a agujear o los mogotes de alfalfa se achicalaban al soplo del oreo. Entonces al taita Casimiro se le desbalagaba el catoche, y si no fuera porque se recordaba del desarrimo de sus hijatos, otro gallo le cantara.

*y correrá, correrá para alcanzar a todos aquellos hombres, a todas aquellas mujeres,*

*feliz porque sentirá que el viento juega con sus trenzas y con sus pechos pequeños como limas párvulas, alcores.*

*Llegará el día,  
llegará,*

Todos los días, Eduviges se levantaba a la hora del alba cuando el cielo se ponía como bajío de conchaperla y la luna, de tan gris, parecía más un lunar que una luna. Así de temprano la veíamos caminar por la tierra alombada, ir a las zahúrdas para ver que mamantearan los lechones, cariñar a la oveja artuña que tanto se había aquerenciado con ella. Al rato salía el sol y las hileras de tules parecían hileras de llamas flacas. Entonces la veíamos palanquear el bimbalete del pozo para sacar agua. El agua era azul, casi negra, como la piel del acuate. Pero se aclaraba mientras subía y ya cuando llegaba a la altura del brocal acababa por ponerse transparente. Luego el sol, cuando caía de plano, encendía los guijarrales del arroyo, que ahora parecían placeres. Y entonces la veíamos ayudar al viejo a calimbar un retoño ya herradero, o a escarbar la tierra para hacer las cepas de medialuna junto a las plantas recién plantadas. Ya para la tarde, cuando el sol se desangraba, o ya para la noche cuando volvían a verse las estrellas, chiquitas como granos de anís plateados, la veíamos hacer un fuego con leña de pirú para que se calentaran sus viejos.

*y ella será feliz y no porque en su boca sienta ese mismo sabor a sangre anticipada, a muerte prematura, que habitaba en las bocas de los hombres  
y de las mujeres de la procesión,  
sin saber...*

Una noche de semilunio Eduviges, dormida, soñó con el ferrocarril. Al día siguiente, mientras el corderaje pasturaba, soñó despierta con el ferrocarril. A la campeada de la tarde, subió a la alcarria y lo vio pasar. Había un alterón así de nubes, y el humo se amainó con ellas. Desde el ferrocarril un hombre le dijo adiós. Cuando el tren se fue y sólo quedaba su vagido, revolando, Eduviges regresó. El aire olía como si llevara perfúmenes de flor de garambullo. Era la hora de guardar las animalias en el priscal. Quien la hubiera visto esa tarde, con sus ojos grandes como decir sed, aguachinados de tristeza, el morro parado y sus trenzas merinas de color hosco que rebullían, le hubiera preguntado qué le pasaba. Pasaba un arriero por el camino, con su recua: ¡aijá! ¡aijá!, pero él no le preguntó.

*sin saber y ni siquiera presentir  
que aquellos mismos pasos apresurados la alejarán para siempre de su segunda  
tierra,*

Así como ve usted al viejo Casimiro de chocho y de ruco, no siempre lo vimos. Él mismo nos cuenta, cuando le da por versar su vida, que en un tiempo estuvo acasillado en una finca donde tenía su yunta champanera. Pero un día, sin más ni más, arrebiato sus caballos cobreros y cargó con sus barcinas y sus chámбалas dizque por irse a buscar tierras. También rastreó con unos triques, dejando otros sin enmorrallar. Total, montado en su sancho, que era un tordillo porcelano bueno para las buitreras, bien amarrados sus zarapes con los tientos, se fue rancheando. Ni qué decir que antes fue a visitar el cuesillo de la tumba de sus padres para despedirse como Dios manda. Al paso de un pueblo tuvo quereres con Felicitas y acabó por mancornarse con ella. De contentamiento le dio una medalla de oro y se la trajo para acá. Acá compraron esas tierras medio tepetatosas donde hicieron su jonuco y comenzaron con un calmil. Era un rasgón, una cuchilla de tierra, por cierto asurcana a la mía, pero no le hizo. Echó palante y de allí pal real. Se amatorralaron de hijos que después se fueron todos. Los vimos irse. Y se fueron haciendo viejos. Me faltaba decirle: el pueblo donde conoció a Felicitas, se llamaba Chalchicuecan de las Esmeraldas.

*para llevarla a otra tierra,  
una tercera tierra,  
la más extraña de todas sus querencias,  
donde llegará:  
llegará a desear...  
la visión de la muerte y de la carne herida  
y de la sangre derramada  
que aquel día no encontraron,  
cuando los hombres, cuando las mujeres, cuando ella,  
llegaron, llegó, al lugar del descarrilamiento.*

Eduviges fue flor de un día, como el cacomite: apenas se le estaban enmadurando sus pechos limeños, apenas los pezones le estaban apuntando al cielo, cuando se fue y nunca más se la vio por estos eriazos. Yo siempre dije que animal mesteño al cerro tira. Y no es que se haya ido al cerro, propiamente dicho, porque se fue en un tren para la ciudad. A veces, cuando yo caminaba a la fresca, ya la veía venir por el camino. Pensar que estuve esperando a que embarneciera, y cuando menos lo pensé se me salió de los ojos. Como el pato algarabí, vino de no sé dónde y se fue a donde no quisiera saber, aunque lo supiera. Oye el tañer de las esquilas: es la hora del ángelus. A esta hora también la veía, da la casualidad.

*Sí, llegará a desearlo,*

*llegará,  
de la misma o semejante manera en que aquel hombre la deseó,  
la quiso,  
la tuvo,  
y se la llevará.*

La primera vez que vine a este pueblo fue por ahí del estiaje. Digo así aunque por allí no había ríos, porque yo soy de donde sí los hay: de Apozonalco de las Espumas, donde todavía los ciervos comen flores de cazaguete, amarillas de oro, y tengo muy pegada la palabrería de mi terruño. Como les decía, llegué, con mi gallo, y qué va: una cosa es que no hubiera ríos, y otra cosa es que aquello fuera un eriazo. Antes al contrario, las dehesas reverdeaban y el sol se prendía en las flores del colorín. Solamente de los cerros para allá comenzaba el malpais. Iba yo en mi caballo, acamaronado y no porque fuera a corcovear, sino para descansar las piernas, cuando la vi, milpeando. Unos pájaros aviones salieron de un árbol, de estampida, como si los correteara el viento. Para qué decir que cuando la vi me quedé como gallo moceado, si no era para tanto. Pero de que me gustó, me gustó. Me arremoliné a donde estaba el viejo Casimiro (después supe que así respondía), y le pedí agua. Como era de saberse, más que agua me dio un chimisturre imbebible. La Eduviges, habadita de piel con los reflejos del sol, se nos juntó al rato y ya para eso yo mascaba pluma. Bonito mi gallo búlique, pero más bonita ella. Me aposenté en el pueblo y como soy de ley profunda volví cantidad de veces, pero no se me hizo la grande. No sé por qué, pero siempre que me veía, se le alzaba la golilla a la famosa Eduviges. Hasta que una vez, viendo que como dije antes, la cosa no era para tanto, cargué con mi gallo, que buenas ganancias me había dejado en el palenque, guardé las navajas en el garniel, mis cobijas en mi almofrej, y me fui de ese mentado pueblo como gallo juído. Ahora que regreso a Xochiacan de las Flores me cuentan que ella también se fue.

*Se la llevará lejos,  
más lejos que el olvido,  
y sólo cuando irán en camino de la ciudad desconocida, de la tercera y última tierra,  
él le preguntará su nombre,  
su nombre,  
su bendito maldito nombre, Eduviges,  
que ella sabrá que no es suyo,  
y sin embargo lo tendrá adentro y no podrá nunca  
entregarlo, porque el espejo de su boca, al decirlo, lo  
transformará en algo transparente y vacío que se perderá con el viento  
pero que tampoco el viento podrá llevarse sin destruirlo y que sin embargo tampoco  
podrá destruir:*



*porque no será nada, sino menos que nada,  
o tal vez sólo el resplandor de una fogata que entrega su luminosidad  
a unos ojos o a unas manos  
y cuando ellos se cierran para aprisionarla saben que nunca ha salido de las  
trémulas llamas,  
que es sólo suya,  
y desde tan adentro,  
que muere con ellas y después sólo queda un recuerdo.*

«Tu nombre te lo prestamos», le habían dicho. Y ella sabía que eso era cierto, que su nombre no era suyo. El apantle donde se miraba, a la sombra de los sauces y cerca de los carrizos, tenía un nombre; se llamaba así: apantle. Y las montañas se llamaban montañas. También el acazanate, aunque animal dañero, se llamaba de algún modo. Sólo ella, Eduviges, tenía su nombre por mientras: «Porque cuando te encontramos, que apenas jiloteabas, no pudimos hacer las averiguaciones, y no hay cristiano que se bautice dos veces.» Los árboles hojeaban el aire, lo hacían de aquí para allá. Los boyeros se embrocaban sus gabanes por la bocamanga y arreaban a los bueyes con su garrocha de otate, con el gorguz los puyaban. Las palomas de sanjuán llegaban en las tardes llovederas de junio y de julio. Se amusgaban los encinos con musgo color cuapastle. Y ella seguía buscando su nombre. «Eduviges», decía, agachada a la orilla del apantle, para que el agua se llevara por la achololera el nombre que no era suyo. Pero el agua nada más lo entretenía, lo reborujaba a flor de agua. «Eduviges», gritaba, en lo empinado de las montañas, y el nombre se iba, pero regresaba igual que vuelven las apipizcas para anunciar la revenida de las heladas.

*Y ella verá primero las camisolas de los hombres,  
inmóviles como cometas caídas, y después,  
cuando de la tierra ascienda un tenue vapor transparente, desaladamente las verá  
agitadas por el viento,  
trapisondeo, revuelo de llamaradas azules y blancas,  
emergiendo de la ceniza de la tierra gris y del borrajo  
desperdigado de las flores...*

Estaba yo despencando toda una melga de magueyes viejos. Eso estaba yo haciendo desde que respunteó el alba, cuando vi venir el tren. Por poco parecía el humo un floreo de chavinda. Pasandito la cuesta de la curva, que subió ijadeando y dando sacudiones como si se le fueran a chorrear las ruedas, se descarriló. Pero no vaya usted a creer que se volcaron los carros, no. Nomás se bornearon y la máquina se quedó como emballestada. Por el pronto, me determiné a noticiar a la gente del pueblo. Regresamos, yo y toda una viejada de indias con chincuete. Y allí estaba el

tren, cargado de pulque recién salido de los tinacales. Buena gente ésa, la del tren, adonde nos dejaron recabar el pulque de las corambres rotas. Con las manos lo cogíamos, y se escurría. Con decirle que el suelo quedó como embijado de tequesquite. Luego llegó la grúa. En ella venían varios hombres, pero uno más, sobrado él, medio abierto de encuentros, que ya de por sí venía ajumado. Ése es el hombre que se la antellevó. Se quitaron las camisas y allí las dejaron. Anochecía ya cuando este hombre que le dije vio a la Eduviges, que estaba muy quietecita, mirándolo, sentada bajo de un mezquite. Los mezquites florecen en mayo y ése estaba casi florecido, así que yo creo que eso ocurrió como a mediados de año cuando mucho.

*y verá,  
verá también a los hombres  
y contemplará sus torsos sudorosos de piel brillante, sérica, y músculos como pájaros,  
como pájaros aleteantes que quisieran salir.  
Y pájaros serán también las manos de los hombres,  
membrudas y ágiles,  
revoloteando prisioneras dentro de una inmensa red de cables acerados.*

Sería la hora de la mecatona cuando el braguetudo ése se le acercó. Nosotros ya estábamos jajando de hambre, pero con nuestras raciones de pulque, aunque deadós, la íbamos pasando. «¿A dónde vas?», le preguntaron sus contlapaches, me acuerdo, y él con despachaderas dijo: «A coger un catarro». Y no fue echada, porque se echó a la Eduviges. Todavía de pura tanteada hizo la potiforma de andar con urbanidades. «Miren qué linda muchachada», les dijo así, muy calmudo, a sus aláteres, con quien se veía que se daba con las gamarras. Lo dijo como hablando de todas, pero mirando nomás a una, el avorazado. «Siquiera convida», le dijo un hombre que recuerdo era tencua y cacarizo, las dos cosas, y oímos las carcajadas de todos, un aguacero de risas. Luego la agarró de un brazo y ella se dejó. No cabe duda que era muy abalanzada la matrera de la Eduviges. Nosotros, por nuestra cuenta, nos hicimos los disimulados.

*Y lo primero que verá será la sombra del hombre  
culebreando entre las yerbas,  
como si será un río de aire negro fluyendo hacia ella la verá acercarse apenas  
moviendo las yerbas,  
y entre ellas deslizándose  
y cubriéndolas con su denso fluido intangible undulante la verá avanzar,  
detenerse,*

*recular y proseguir su curso, y atrás de la sombra los pies del hombre, empujándola.*

¿Que venía cargado de pulque el tren en el que se fue Eduvigés? Yo creía que de vacas. ¿Que no se fue en el tren, dices? ¿Que se fue en la grúa que vino a componer el descarrilamiento? Yo creía que se había ido en el tren. ¿Que no se fue por ahí de cuando florecen los acaguales en los barbechos, dices? Yo creía que se había ido cuando florecen los acaguales. ¿Que eso fue cuando vino, dices? ¿Que vino aquí cuando florecen? Eso no me lo habían contado. ¿Que fue hace muchos años, dices, cuando ella apenas estaba como cordero cancin? Ah qué caray, yo me sabía lo contrario.

*Se detendrá, represada,  
se detendrá la sombra del hombre sobre el hormiguero, cubrirá los montículos  
volcanes ahornagados vomitando ríos de hormigas rojas,  
y ella la verá llegar y tocar la punta de sus pies desnudos como al tocar el agua  
helada de los aguachares sus pies  
retrocedieron,  
encogerá las piernas,  
y el hombre le dirá:  
lo que después, lo que después de muchos años ya no  
volverá a recordar, pero sí:  
sí lo que nunca olvidará:  
y es que la segunda sombra a cuestras, hombre de pecho amplio,  
cabeza alborotada, se inclinará sobre ella, huelgo de fuego,  
cuando ya tras de los árboles, cuando ya sin que los vean,  
cuando el cielo,  
cuando las nubes...*

Si ustedes creen que esto no viene al caso, allá ustedes. Aunque yo nací en Ateneo de las Orillas, mi trabajo me lleva de aquí para allá, así que conozco toda esta tierra. Yo he estado en la orilla del mar. Por eso me gusta oír tronar a las nubes: porque el ruido que hacen se parece a la reventazón de los ríos cuando se salen de sus álveos para entrarse en el mar. Yo he estado donde cae nieve. Por eso me gustan los tenejales, porque la cal es como la nieve que se desperdicia en las montañas. Yo he estado en los paricutines, y he visto correr la lava entre las piedras, como las raíces de los amates: por eso me gustan los relámpagos. Y por eso la otra vez que pasé por allí, me gustó esa mujer. Iba en una grúa de ferrocarril, atrás de un tren. El tren se detuvo para tomar agua. La vi y nos miramos. Tenía puesto un huipil blanco y una enagua de zaraza hecha un chirlo, lo sé. Y aunque no la vi de cercas, vi que sus ojos eran negros, pero que a veces pasaban por ellos algo como luces azules. Y como a mí me gusta ver

cómo pasan los pájaros azules por el cielo encapotado, por eso me gustó. Entre otras cosas.

*Verá,  
verá la silueta,  
y sólo distinguirá la boca blanquecida por el pulque, y verá: verá cómo el hombre se lleva el dorso de la mano a los labios y los restriega para limpiarlos,  
y serán el dorso y la mejilla los blanquecidos,  
y en el rostro indefinido una hilera de dientes grandes, hermosos, blancos, acerinos,  
y verá que como adrede, el hombre aquél, Manuel Ángel, será el hombre más fuerte y el más hombre, y el más sucio...*

¿No que no? ¿No que no venía cargado de vacas el tren que se descarriló? ¿Dices que sí? Si yo te lo decía. ¿Que no te lo dije? Pues si te lo dije, porque lo vi. Con razón el hombre ése, cuando estaba encima de la Eduviges, parecía vaca en lambedero. ¿Que cómo lo sé si no lo vi? Lo sé porque lo pensé. Todos lo pensamos, cuando se la llevó atrasito de las nopaleras, para aburraría. ¿Que no eran nopaleras sino unos magueyales de magueyes afarolados? Es igual. Te decía que lo pensamos cuando nos llegaron los bufidos del hombre. ¿Has oído el canto de los alacranes cuando llaman a la hembra? Pues así no eran, pero eran parecidos. ¿Que por qué no hicimos nada, dices? Pues porque hay que respetar los designios de la Providencia. ¿Y qué responsiva teníamos nosotros? No sea que nos fueran a clarear a balas, pensamos actualmente: ese hombre y sus valedores son ocasionados, se les veía.

*Y después de besarla se levantará,  
reirá la sombra,  
con las manos en jarras columpiará su torso amplio y oscuro,  
boya de piel en su cadera, navegante reirá,  
y las vacas mugirán con las ubres hinchadas,  
con la cola espantarán las moscas y tendrán la piel húmeda y palpitante,  
y ella pensará,  
pensará que se burlan de ella y de su recuerdo y de las manos del hombre oprimiendo sus pechos y ella  
boquiarrriba y boquiabierta como ternera mamando dulces gotas de la llovizna tierna y lechosa,  
amarga y tierna,  
que se transminará, se escurrirá por los cabellos del hombre, porque se descargará el nublado, altitonante,*

Yo sé que no fue porque se fue ella. Pero apenas se fue el tren, llevándose ajilados

todos los carros, y la grúa, y arriba Eduviges, de sobornal, arrebujaada en una tilma gruesa como carona, empezamos a sentir frío. No pasaron unos días, cuando ya se estaban acalandriando las hojas de los tabachines. Pero antes las flores se pusieron como gallos franjolin. El tren agarró para el Norte, y del mismo Norte nos llegaron después las heladas prietas y luego las aguas nieves. Y eso que esta tierra es templada, si no no hubiera tabachines y tantas biznagas. Ahora que me acuerdo, recuerdo que cuando el tren se fue pasó una pipiolera de chachalacas. Hubiera oído usted cómo chillaban.

*Y caerá,  
caerá primero una mollizna de calabobos y después lloverán chuzos y el agua se colará por los techos  
y mojará a las vacas,  
las lágrimas en los hombros del hombre y en los brazos recios de pelos pegados a la piel tersa,  
la lluvia fosforescente lloviendo la lombriguera adentro y lenta y lancinante y cálida;  
mojados quedarán sus lomos y culos y colas orejas gachas belfos colgantes  
y patearán el piso de los furgones,  
y más allá los hombres en la grúa juegan y descansarán sus temblorosos músculos mojados de lluvia y de sudor,  
y más acá  
las vacas mugen y se adivinarán sus grandes oscuros ojos continentes de miedo.  
Y después ella verá,  
verá al hombre caminar hacia la grúa,  
verá su espalda herida por miles de afiladas espadas de agua, y deseará,  
deseará que se detenga, que voltee, que regrese, que le diga: «Ven conmigo».  
Como así le dirá, como así se la llevará.*

¿Dices que no llovió cuando el descarrilamiento? ¿Que no se desbordaron los jagüeyes? Entonces estoy confundido. Pero no me negarás que poco faltó para que lloviera. Sí me acuerdo muy bien que vi al viejo Casimiro y a la vieja Felicitas buscar a la Eduviges, y estaba retenublado. Dios es testigo. Tanto, que parecía de noche. Pero no era de noche. De otra forma hubiera visto las lucernas. Eso sí, después de muchas horas se hizo de noche y se abrió el cielo. El viento arrumbó con las nubes, el mismísimo viento que se arrellanó en el milperío acamando las milpas. Salió la luna, amarillada, ceniza. Y entonces vi las lucernas y me di cuenta de que eran estrellas. A esa luz vi también a la vieja Felicitas. Sus cabellos, jurgoneados por el aire, parecían de tezontle y las hojas de los árboles estaban como ametaladas. ¿Crearás que toda la noche la estuvieron buscando? Igual la ha de haber buscado su madre hace veinte años, cuando dices que sí llovió. ¿Te has espinado alguna vez con un huisache? ¿Te han dado una buena molonqueada en el decir del chintamal? ¿Has dormido alguna

vez bajo una habilla? Pues así le dolía a la vieja Felicitas la ida de la Eduviges. O yo creo que más, porque ya a la hora del aclarar, no se me olvida, la vi parada junto a los rieles del tren, con las manos juntas, como rezando un rosario de lágrimas. ¿Que no hay rosarios de lágrimas, dices? Era un decir mío. Pude haber dicho de estrellas. No, no se desbordaron los jagüeyes entonces, pero el cielo sí que se desbordó en ellos. También pude haber dicho de turquesas. ¿Conoces los esmarragdinios esos que así les dicen? Te jalan los ojos, de lo bonitos, y son verdiosos como los reflejos que tenía el zoquite al otro día de esto que te cuento. ¿De dónde salió pues tanto zoquite si dices que no había llovido? Ni modo que de las lágrimas de Felicitas, porque las lágrimas son saladas y todo ese lodazal era dulce, algo me lo dice.

*Y camino al campamento*

*caminará,*

*y camino al campamento, en la grúa, cuando sus ojos engrandecidos se llenen de un hombre por primera vez y de su cuerpo y de sus gemidos,*

*como si por sus ojos pudiera también oír y respirar y*

*recibir toda la vida que se le ofrecía ahora, a marejadas, y que ella no conocía porque por años y años sus ojos sólo se habían llenado de polvo,*

*y de viejos arrugados que tenían que mirar por los ojos de ella, porque los suyos estaban llenos de eduvigesnovayasalpueblo, eduvigesescarbalatierra, riegalatierra pisonalatierra,*

*notevayasnuncadestatierra,*

*enterrará entonces,*

*con esa misma tierra seca y amarilla, los recuerdos;*

*y no sabrá,*

*no sabrá*

*que sólo los estará acogombrando: lo mismo que a las plantas que se las cubre de tierra, que se las acogombra para que se pongan más tiernas.*

*No lo sabrá, no, cuando se irá de aquí.*

Iba el hombre coyoteando, iba de casa en casa y enseñaba el coyote muerto, panceado. Iba caminando, con una mano jalaba un penco chinampo y con la otra llevaba al coyote, a cuestras, bien cogido de las patas, y el coyote llevaba los ojos abiertos. Era un coyote bermejo, con la piel alumbrada, y ñango. «Yo lo maté», gritaba, y cuando llegaba a una ranchería, a un ventorrillo, los escuincles se apiñaban para ver el coyote que tenía de fuera la lengua nenepile, la sinhueso. «Yo maté al coyote dañoso», decía, y en una casa le regalaban un tambache de tortillas nejas con las que hacía un itacate, y en otro un trozo de brinza, o una palanqueta de ajonjolí que guardaba en su morral de ixtle. «Yo lo maté, mírenlo», y cogiéndolo por el cogote enseñaba la herida floreada. Sí, él lo había matado: lo encañonó en un calvero grande como un lienzo, y le sorrajó el tiro. El coyote echó un volido y luego se cayó muerto.

Iba el hombre coyoteando, iba. Venía de Coyometla de los Coyotes, y lo mismo que el arriero y que el gallero y que muchos otros, llegó a la casa de Casimiro y el viejo le regaló unas calabazas vinateras llenas de mezcal. Después se fue, a seguir coyoteando, grite y grite como pájara vieja que anuncia la lluvia, pero él sí sin ver a la Eduviges. De otro modo, si la hubiera visto, es de pensarse que hubiera pensado en chonguearla un poco, en requebrarla. A él no se le iba animal vivo, ya lo decía cuando iba coyoteando, bien cogido el coyote que tenía los ojos abiertos. Y eran unos ojos medios transparentes, medios lisos, como los ópalos de mexcodó, que son los que pulen los cóconos en la molleja. «Pasó por aquí un hombre con un coyote muerto», le dijo después Casimiro a Eduviges. Y Eduviges dijo: «En un descuido, tatita, ese coyote era mi nahual». «No», dijo Casimiro, «¿cuántas veces te voy a decir que tu nahual es un perro?»

*Porque no le importará entonces dejar a los viejos,  
al par de viejos cansinos como yunta de bueyes empelados,  
encuatados para siempre, jalando una carreta cargada de años por la inmensa  
soledad de la tierra,  
de la misma tierra a donde ella,  
la misma Eduviges de siempre,  
encerrada en una piel de cuatro años,  
había llegado un día para llenar el recuerdo de todos los hijos grandes y lejos y  
habitantes de otras tierras o del olvido y de la muerte,  
que los viejos habían tenido alguna, alguna vez.*

Tu nahual es un perro. Un perro con ojos aluzados y colmillos filudos. Y además, tu nahual es un viejo. En las noches de luna, cuando por el río corre hielo derretido y sus piedras brillan como reverberos, tu nahual sale. Sus pelos son largos y enredosos como el heno que cuelga de los ahuehetes, los viejos del agua, y por donde camina se encenizan las yerbas. Tu nahual es malo, tu nahual es feo. Y tu nahual es gordo, porque come aire, a tarascadas lo come y se va inflando hasta que su panza rastrilla la tierra. Tu nahual también come murciélagos, y come buñiga, y espantos. Tu nahual es pequeño, como un tlaconete, como una cuija: lo encontrarás entre los romerillos. Tu nahual es grande, grande como la luna que se aguada en el agua. Lo vieras treparse a un árbol, salir de una acequia, saltar al fuego. Cuando se trepa a un árbol, sus pelos parecen hojas y sus ojos flores de nochtli. Cuando sale de una acequia, su lomo está verde de lenteja de agua. Cuando salta al fuego, es una sombra que se vuelve pura flama. Niña, niñita mía, cabeza de tepeguaje, collar de alondras, piedrita fina, corazón de teyolote, ojos de vidrio extraño, desorejadita, sangre de machigüis, chuparrosa: si me haces mi atole de sagú y haces todos los días la acarreada del agua, si me rameas en el temazcal, si persogas a las mulas, si me bañas a jicaradas de aguatibia, si descorucas a las gallinas y apancleas los surcos y ves de revezar a los bueyes, le digo

a tu nahual: anda, vete, vete y hasta mañana. Pero si no, mi hijita, con los tanganitos de los dedos te doy en la cholla un coscorrón. Con una reata de torsalía te doy una reatiza. Con una vara de membrillo o con un cuero crudío te despellejo las guinguingas mas que te raje la pelleja. Y lo más que todo, recuérdate, lo más que todo, te llevo a ver a tu nahual: ay, pobre de m'hijita, pobre espumilla del agua, manzanita pachichi, cocol del viento, caracol de lágrimas: qué susto te vas a llevar. Porque tu nahual es un perro. Tu nahual es un huehuenche con cabeza de iscatón. Tu nahual es un cacomiztle. Tu nahual es un tecuán. Tu nahual es un chichime. Tu nahual es un cencuate. Cuídate de su cardillo, cuídate de su aventazón, cuídate de su voz. Que no te malmire. Que no te sople. Que no te sonsaque ese triste de tu nahual, ese lépero, chenchá, malo, flojo, chinacate de tu nahual. Así que pórtate bien, que mejor que ver a tu nahual es ver volar a las güilotas cegajosas y ver nadar a los patos zambullidores y ver cantar al cenizontle que tiene tantas voces como años tiene el tiempo, o como tuecos tiene mi corazón para que tú te escondas, niña, niñita mía, colibrí de las cometas, mariposita del agua.

*Cerrará entonces sus ojos  
y la noche,  
la noche se le quedará adentro,  
porque la luz se desbordará fuera de sus ojos cuando baje los párpados, cuajada en  
dos lágrimas,  
las dos únicas, las dos últimas lágrimas que saldrán de sus ojos, cuando exprima el  
recuerdo de los días...*

Y si no te me andas tongoneando de cuando aquí, y si me das una friega con té de flores de árnica, y te das a desear, y no desmientes tu educación, y no te vas a la retreta del zócalo, y me pones mis chiqueadores en las sienes, y no le das qué sentir a tu madre, y cohechas los barbechos, y no desdices de tu nombre, y caporaleas a los animales y ves que no se alambren y los llevas al pilancón y al pardear la tarde los guardas en las majadas, y eres una mujer de honra y provecho, y si y si y si. Porque no creas que porque no eres m'hija y me ves viejo de años, por eso no soy tu padre y muy tu padre. Imponte de lo que te digo y no me faltes al respeto.

*de los días en que los viejos la llevaron a vivir con ellos porque se sentían solos,  
porque no tenían a quién reñir cuando estaban de malas,  
o a quién decir tequierotequeremos cuando en sus ojos brillaba el amor,  
en esos ojos enormes, redondos y opacos de los viejos,  
pozas calladas donde lamer tristeza.*

«¿Sabes qué, Casimiro?», le decía Felicitas. «¿Qué cosa?», le contestaba Casimiro.



«Que nunca había visto tanto reguero de estrellas.» Y veía el cielo, donde bandeaban las estrellas. «Dicen que son chilucas de luz», decía, viendo el avispero de luces que caían. «¿Quién las hondeará, eh, tú sabes?» Y no quería decir que muchas veces, sentada aquí en el tecorral con Eduviges, las había visto también. Y las contaba, pero no con números sino con palabras: allá va una, allá va otra, mira ésa, una se encajó en los cuchillos de las espadañas. «Pasan como chiflonazos», decía, y seguía viendo la piedriza de estrellas.

*Y pensará entonces*

*que todo había sido un sueño,*

*una mentira...*

*que la única verdad será la grúa, el hombre llamado*

*Manuel Ángel,*

*el campamento a donde iban, y mentira que sus viejos, a esas horas,*

*estarían tal vez buscándola llenos de lodo los ojos,*

*aullando su pesadumbre aguanosa,*

*la vieja casi de rodillas*

*y el viejo más lejos,*

*de pie y casi erguido entre las mieses doradas, el viento agitando los calandrajos de su camisa, y él desgranando poco a poco las palabras, como con trabajo, como con dolor, como escupiendo los dientes: «Por qué te fuistes, por qué, m'hija, m'hijita del alma».*

Me digo yo solo, quedito, sin que nadie me oiga: ¿buena, la lluvia? Así, al tanteo, digo que es muy relativo. Cuando viene de paso campero y hace crecer las socas de la caña y luego lancear las milpas, entonces puedo pronosticar que al caminar del tiempo van a reventar las espigas mejor que nunca, y también que los pastos se van a desparramar como la alfombrilla de las plazas, como el tianguispepetla. La lluvia, así, cae bien. Pero cuando está revulsa y revulsa y se amachina, esto trae aparejado que se enlodacen las besanas, y luego hay que entarquinarlas. La tierra se queda con el jugo revuelto, se llena de charcos y tasthanas. O si viene de tanteada, y apenas espicha, malo. Lo mismo los pájaros: si son tordos y caen de arrullón, me hacen perjuicio y medio. Qué diferente si llega el bienteveo, que así como dice su nombre, con buenos ojos lo veo venir. El viento, si veredeo entre los sembradíos, me dan ganas de tocarlo. Pero ese viento encarrerado y agarroso que los zangolotea hasta troncharlos, ni quisiera siquiera oírlo. Los montes, que se amontonen lejos. Y el sol, que se conforme con asolearnos un poco, no que a veces su quemazón es tan calorosa que las cabras resudan hasta cuando están acarradas. Por eso digo que las cosas son, según buenas, según malas. Tienen sus asegunes. Pero pienso también, recordando a la Eduviges, la hija de mialma que me vino hace tiempo, que si el viento trajo las nubes y las nubes trajeron la lluvia y la lluvia la trajo a ella, santo y bueno por las nubes, por el viento,

por la lluvia. Me faltaban el sol, los montes y los pájaros: bueno, también tuvieron que ver con ella. Y no es que cambie de parecer, sólo que así me parece que me acuerdo mejor. Yo nací en Amanalco de las Albercas.

*Y todo, entonces,*

*será mentira.*

*Como fue mentira que ella estuviera allí,*

*triturando los huesos, escarbando con sus dientes*

*puntiaguditos*

*todos aquellos huesos,*

*hasta que sangre y polvo se escurrieron por su barbilla y se coagularon fingiendo una vena,*

*simulando una deleznable, vermiforme arteria,*

*porque si no:*

Las nubes fueron apareciendo sin avisar. Sólo que eran nubes blancas, de migajón. Vinieron en parvadas. Al filo de la tarde se habían deshilachado y tenían el color agrio de las granzas, del pajón que queda en las trillas. Se fueron con el sol, y pensamos: «Qué se nos hace que ya no va a llover». Pero no supimos que eran nubes de convite hasta el otro día, en que las vimos abalumbadas sobre los montes y mordiéndole la luz al sol. Luego, echaron realada y como si fueran resanando agujeros, taparon uno por uno los recovecos del cielo que estaban limpios y azules como eso, como azuzules. Entonces el sol como que no encontraba acomodo: se metía en una nube, se salía, se metía en otra. Así, a capotazo y capotazo lo estuvieron toreando, hasta que acabaron por encapotarlo todo. Luego no le quedó más remedio que zambutirse más allá de la loma. Llegó la noche, que al día siguiente no se fue como se va siempre, camino para allá. Sino que esta vez se subió, junto con el rocío, y se quedó tendida allá arriba, arrecostada sobre una tolvanera de niebla que se vino de donde se enancha el llano. Y entonces dijimos: «Va a llover, y mucho». Pero no llovió en la mañana. Tampoco parte de la tarde. Hasta que vimos llover a lo lejos, cortinas de agua, y el aire nos traía de allí una pluviosilla menuda, como matapolvo, como resolana de lluvia. También oímos rodar algunos truenos, igual que ruedan los armadillos cuando se quieren desbarrancar. Dijimos entonces: «Ya viene». Pero todavía se entretuvo. Primero, hubo polvo. Ése, polvo de tierra, no de niebla. Estorboso para los ojos. Ya para la noche, los animales estaban como averiados y con razón: el cielo estaba escaldado de relámpagos.

*De otra forma ella,*

*Eduviges,*

*con sus cuatro años de tiempo fuera y sus apenas cuántos días de tiempo adentro,*

*se hubiera llenado la boca con sangre de pollo, con la  
sangre de todos los pollos del mundo que también  
hubieran estado allí,  
con las patas al revés,  
y con los ojos en blanco y los picos abiertos,  
y húmeda su carne y fría como el hambre,*

Lo que fuere sonará, me dije. Y sonó. La lluvia, acosijada con tanto tronido, se dejó venir. Y con ella, aguas abajo, el granizo. Toda la noche, por así decirlo, estuve pensando de dónde salía tanto aguacero. Yo creo que de las nubes no, sino de más arriba, y que las nubes sólo lo cernían. Váyase a saber. El caso es que a la mañana, cuando me enteré, no dejaba de llover. «A dónde iría que más valga», pensé, cuando me dijeron que se había perdido la hijita de mi compadre. Pobre de mi comadre: eso fue para ella el acabadero. Tantos ajigolones y pinsiones que tuvo: con decirle que además a cosa de un mes le mataron al marido, mi compadre, de un venadazo. Antes no se murió ella después. ¿La niña? Ah, sí, la niña nunca más se apareció. Primero el sol, que a eso de tres días volvió a coloradear los cerros. La buscamos entre los breñales, entre los huisaches, entre las texcaleras. Les preguntamos a los arrieros partideños que pasaban de paso, con sus chinchorros de andantes. Y hasta a los zopilotes nos dieron ganas de preguntarles, porque con tanto animal que mataron las avenidas, los vimos hacer malacatonche en los altos.

*Porque todo será mentira,  
y porque todo será posible:  
cuando se tienen cuatro días de ir comiendo olvido,  
andar tragando miedo y llorar calando fríos,  
se tiene sed a botellones huecos,  
se sabe hambre a zopilotes lentos, se llueve y se mojan pedazos  
de piedras,  
de ríos,  
de pollos,  
de moscas...*

¿A qué horas dices que el cominito aquel de la Eduviges se salió de su cabaña? Yo creo que fue como a la hora en que canta el tucurú. ¿Y cómo es que nadie la vio salirse a la flacuchenta, eh? Pienso porque se salió silencita, cuantimás que no había nadie que la viera. ¿Y cómo pudo así tan tilica y apolismada, con sus trenzas chincolas, raboneadas, caminar lo que caminó? Eso sí no lo sé. ¿Y no se pajareó con tanta quebrazón de rayos carrascalosos? Me imagino que sí.

*No es cierto que la cosa había empezado cuatro días antes, cuando un ventarrón apagó las estrellas,  
porque aquella noche el cielo se puso negro y sobre el techo de alguna casa de alguna parte se cayó el chubasco como si todo se hubiera juntado allí y como cae un pimplón entre las piedras:  
turbulenta lentamente se fue acaronchando el cielo,  
y si primero fue un remusgo y después una ventolera,  
luego fue un chiflón de aguaviento.  
Porque dicen que no es cierto que jarreó como nunca ántenas a cántaros y chasponazos y los cachones de agua chisporroteaban como chubasca cayendo del techo de alguna casa de alguna parte, «Mamá salió a buscar a papá» y ella, la pequeña tierna y prieta de cuatro años «Salgo a buscar a mamá» encogiéndosele el ombligo de tanto asombro aguaduchando su corazón que le brollaba en turbiones por los ojos...  
Cuatro veces fue mentira que subió el sol, se asomó empinante por el cerro y la vio caminando entre el lodo y las yerbas húmedas, bebiendo el agua suda pero no comiendo, no llenando su pequeño vientre cascarón empollando hambre oscuramente...*

*¿Y la noche en que llegó Eduviges estaba negra como alas de murciélagos? Como alas de murciélagos. ¿Y quesque esa noche estaba el viejo Casimiro fuera del chinancal con las suelas de los huaraches espiadas de tanto caitear, el pobre? Así estaba el probe. ¿Y casi se topó con la niña y se asustó mucho? Muncho se asustó. ¿Y con la color que se le fue del sustazo regresó al jacal luego? Aluego. ¿Y le dijo a Felicitas, apapachándola, despierta, vieja, despierta, que vi una fantasma donde fui? Adonde jue. ¿Y después de que Casimiro le hizo la llorona ella puso sus huesos unos encima de otros y fueron donde mismo?  
A donde mesmo jueron. ¿Y allí vieron que sólo era una niña, un redrojo en greña, que estaba como magullada por la lluvia? Como mallugada, así estaba. ¿Por toda esa lluvia que se había derramado del cielo? Redamado. ¿Como polvareda de agua? Como polvadera. ¿Y se la llevaron al jacal para que se le derritiera el frío con la calor del tlecuil? Sí, para que se le reditiera. ¿Así, verdad, pasaron las cosas? Ansina.*

*Y nadie vio a los viejos salir de la hornachuela  
y caminar,  
y detenerse, juntos,  
casi agazapados de tan encogidos...*

*Y no es cierto que la vieron con ojos de pelar naranjas, no es cierto que la vieron*

*desgreñada y sucia y vomitando, sentada,  
con las piernas abiertas y comiendo carne de pollo crudo y moqueando y cada vez  
que el chorro se apagaba en sus labios heridos, comiendo de nuevo y de nuevo  
volviendo, llorando y balbuciente,  
hasta que el charco entre sus dos piernas era demasiado grande  
y ella estaba demasiado llorando:  
no es cierto.*

*Como no es cierto que los viejos mirantes y escuchantes se acercaron a ella  
enamorantes con pasos de quedarse  
quietos lentamente.*

*«Después haremos el averiguamiento», dijo Casimiro, y la tomaron de las manos y  
caminaron bostezantes, vagueantes sus vestidumbres cazcarrientas entre la todavía  
cayente llovizna susurrante quedamente.*

*Y no es cierto porque nadie los vio llegar al jacal, nadie vio al par de viejos  
venerantes darle cobijamiento a la Eduviges y arrimadura al fuego que fue  
desmoronando sombras y apesadumbres: todo eso recordará cuando llegue al  
campamento y la deje Manuel Ángel y llegue José Trigo y sienta hambre de nuevo:  
porque esa hambre será también una cosa muy suya que le recordará,  
sin sentirlo, una tierra que no estaba tan seca y amarilla como para no quererla,  
y unos viejos que no estaban tan muertos como para no redimirlos mansamente...*

En una ocasión fui a la ciudad. Pero no me gustó. A mí me gusta el campo, donde fue mi nacencia y he dejado la vida. Cómo me gusta ver las sementeras recién graneadas, los terrones de tierra, sustanciosos. En cambio la ciudad es un cernedero de polvo. La conocí un día en que fui a ver si me iba. Pero no me gustó ni tantito. Por eso no me explico cómo es que la Eduviges puede vivir entre tanta polvosidad. Yo, por mis cojones, me quedé aquí. Por mis cojones y por mis siembras. De las calles de la ciudad, a los arroyos, prefiero los arroyos. Por agüitados que estén, arrastran agua y no polvo. ¿Dicen que aquí también hay terreríos? Bueno, en cierto modo. Pero son de un polvo no tan polvoso. Por otro lado, de los árboles de la ciudad, que son como raizales y además no hay, prefiero los árboles de aquí como los ahuejotes, que se esponjan de tanto pájaro que les cae del cielo y allí se emperchan. A propósito de cielo: aquí el cielo se va para todas partes al mismo tiempo. Es un cielo voluntario que conoce su camino y es mas alto que las montañas. Allá, está tan bajo que tiene que dar coletazos y cambiar el rumbo cada que se tropieza con uno de esos edificios que son como diez casas encimadas. No, no vi a la Eduviges la vez que fui a la ciudad. Me hubiera gustado verla para echarle en cara el abandono en que dejó a Casimiro y Felicitas, para decirle que están que se mueren de muina y de tristeza. Más que nada de tristeza. O capaz que la miré y estaba de no conocerse. Sí, aquí en el campo he dejado la vida. De tanto andar entre los huisaches, algunos días se me enredaron en sus aguates, estoy seguro. El viento me desgastó otra parte de la vida.

Tanta mojada de lluvia, me la encogió otro poco. Y de tanto mirar a las nubes, se me metieron a los ojos. Ahora que me quedan poquitos años de vida, yo diría que no paso de cinco, pienso que aquí también voy a dejar mi muerte. Ésa sí entera, y de un jalón. Les decía que hace tiempo fui a la ciudad, pero para qué es más que la verdad, nunca he salido de aquí. Sólo me estaba imaginando cómo debía ser, por lo que me han contado.

*Y cuando llegue ese día, cuando llegue,  
a ti, Padre Nuestro, cuando la traigas aquí,  
tú que estás así en el Cielo como en la Tierra, y en el  
Puente veas reflejado tu divino rostro,  
y la arranques de su tierra seca de cada día,  
te pido: y al Sur la iniquidad y las piedras,  
que perdones: y al Norte la yerba verde que creaste al tercer día,  
sus deudas: y más allá el azul de tus montañas,  
y no la dejes caer en tentación: y al Este y al Oeste tus campamentos, y en uno de los  
brazos de tu cruz, Eduviges,  
que ése es su nombre.  
Así sea, y así será...*

Hace mucho tiempo que en este pueblo de Xochiacan vivió Eduviges. Un manojo de años, que llegaron uno por uno y se fueron todos juntos. No sé por qué, pero las cosas han cambiado, han ido de mal en peor. Nos cayó el chahuistle. La tierra está como martajada, no se amaciza aunque queramos. Los obeliscos están descoloridos. A mí me retoban las piernas, me gorbetea la cabeza y ya tansiquiera no oigo el ladrerío de los perros coyoteros. Los patos golondrinos, que llegan por enero, pasan por arriba y uno los ve pasar a ras del cielo, pero no bajan. Las golondrinas sí bajan, y anidan en los alcorozados de las entrevigas, como endenantes, pero se van más pronto y se llevan el viento con las alas. Ya no hay aquellos aironazos. Lo mismo ya casi no llueve. Las nubes, harcinadas, se siguen de largo y sólo una que otra, desbarustada, se acuerda de nosotros y nos da de llover. Menos vemos el arcoíris, que era como una letanía de pájaros trigarantes. Se lo digo yo, que soy de Cosamaloapan de los Colores. A veces estoy volteando las parvas, o acamellonando la tierra, haciendo los abordes para el arroz, y quisiera de nuevo ver al viento y sentir la lluvia de nuevo. O calentarme, porque ya ni el sol calienta igual. Le cuesta más trabajo encumbrar los cerros y cuando lo miramos ni se da por enterado; y estoy seguro que las estrellas están más altas, que se están yendo, como venados rumoreados, muy lejos. Yo también me voy a ir un día de estos: en esta solicitud en la que se vive, ni quien resplandezca por uno.

*Porque llegará el día,  
llegará,  
y será el día en que será Buena Ventura,  
serán las nubes,  
será tu hijo,  
será la lluvia,  
será José Trigo,  
será el viento...*

(LA CRISTIADA) (I)

*Ficción geográfica:*

*La Meseta de Cristo Rey desbordábase, hacia el Oriente, en la Barranca del Divino Cordero. Por el Poniente, la limitaba el Acantilado de la Divina Providencia, accesible tan sólo por la Quebrada del Calvario, la cual subía por el Noroeste de la Meseta hasta perderse en las Crestas de la Asunción, donde el aire se enrarecía, y que servía de base al Culmen de la Trinidad, suntuoso como un catafalco. Al Sureste de la Meseta, dos o tres estadios más abajo, encontrábase una gran prominencia formada por un macizo de riscos, los Riscos de los Santos Inocentes, a los cuales se bajaba por la Garganta de Pentecostés. Hacia la mitad del muro Oriente de esta prominencia, arrancaba un tobogán que terminaba en otro promontorio, de menor altura, llamado Monte de la Resurrección. La escabrosidad del macizo sólo dejaba dos caminos para llegar a la Meseta desde la falda del Volcán.*

*Noticia histórica:*

*En 1913, el majestuoso Volcán de Colima, cuyo cono de traquitas y basalto porfídico estaba coronado por un penacho de vapores sempiternos, entró en erupción. Sus lávicas deyecciones agostaron las plantas alpestres. La Tierra trepidó. Las aves huyeron de los bosques y el auspicio fue siniestro: volaron hacia el Occidente, hacia el mar. Trece años más tarde, se habló de una nueva erupción y se sucedieron los acontecimientos luctuosos, cada uno de mayor cuantía y trascendencia. En la Catedral Metropolitana fue suprimida la ceremonia ritual de La Señá. La Diócesis de Colima, erigida en 1881, fue declarada en entredicho. Ingentes cúmulos de langosta enlobreguieron los cielos azules del Bajío. El Episcopado Mexicano publicó una carta pastoral colecticia donde anunció la cesación del culto en toda la República. Se reservó la Eucaristía. Dos millones de peticionarios, en un intento de humanar a las autoridades, signaron un manifiesto donde pedían la derogación de los preceptos que la infalible voz pontificia, en sus nada conciliares alocuciones y rescriptos a la grey católica, consideró írritos y temporáneos —a más de poco acordados— y entre los cuales se ordenaba la desapropiación de los bienes eclesiásticos. Oración, más luto, más boicot, fue la fórmula valedera propuesta para la victoria. Sobre todo oración, arma taumaturga. Y prendió el polvorín. Cundieron el cisma y la sedición. Sonó el primer tiro. El cuerpo del primer hombre muerto quedó en un campo de salvias, abandonado a la gana voraz de los gallinazos sarcófagos. Y los hombres que cumplían con el precepto, los hombres que cada día comulgaban con pan supersustancial, compatricios en Dios, connacionales en Cristo, al grito de «Viva*



*Cristo Rey» sintiéronse apellidados a las armas, aprestaron el bridón y se lanzaron a una lucha encarnizada y temeraria que trascendía la importancia de un conflicto intestino, pues afectaba a toda la Iglesia Militante, Purgante y Triunfante. Quien estaba por Dios no se detendría en matar a su hermano, su amigo y su pariente: negarse a ello hubiera sido pecado indispensable para el cual no habría compunción posible.*

Años embolismáticos, años sidéreos, años sabáticos hubieron de transcurrir para que Buenaventura remirara a Santos. O mejor dicho, para que se figurara verlo, porque según parece todo fue un sueño. Esto acaeció en la época en la que el viejo dejó los ferrocarriles para agregarse a los rebaños de las milicias celestiales. En aquel entonces, habían encarnado ya once de los doce vástagos de Buenaventura, y de estos once, nueve vivían aún con los viejos. Leandro, quien había nacido el año en que surgió la Unión de Mecánicos Mexicanos, viajaba de un confín a otro de la tierra. Y Crisóstomo, el hijo que había venido al mundo en los días de la creación de los Ferrocarriles Nacionales de México, habíase hecho el perdidizo y vivía apartado y olvidado en una ranchería, al pie del Volcán de Colima.

En las calendas de 1927, un hombre de carne momia y descolorida, de nariz rostrada y cabello motilado, llegó al campamento. Era un indio mayo, amalvezado a las lides, que había combatido en las filas de un bienfamado batallón de flecheros, en los albores de la Revolución. Estaba sobrevestido con una pelliza roja y tocado con una montera de piel de pelícano. Tenía los pies tintos en sangre y traía una carta misiva. En ella, Crisóstomo les hacía saber que la bocina de cuerno de buey había dado el toque de generala, y el villaje se había pronunciado. «¡Adentro, los colimotes rodilludos!»

Era la Guerra de los Cristeros. Y Crisóstomo el apacible, el justiciero, el concienzudo de Crisóstomo, era el paladín, el adalid que enseñaría el camino a los milites de Cristo Rey. Así lo confirmó a Buenaventura el dador de la carta, quien venía de los rumbos del Volcán y era portador de saludes extensivas a toda la parentela y de besamanos y enhorabuenas a todos los amigos. En la posdata, Crisóstomo les pedía que se reunieran con él.

El hombre se despojó de la piel, la cual exhalaba un ligero hedor, y se sentó al calor del fuego donde rebullía una tisana de yerbas comederas. En los patios del campamento, los hijos de Buenaventura leñaban los durmientes caronchosos. El viejo alimentaba la fogarata. Buenaventura, ora frangollaba los granos de maíz, ora heñía la masa.

—Y también traigo esto —dijo el indio mayo, y les mostró una paloma muerta, transverberada por una flecha.

—Dicen que esto es lo que puede pasar a la Iglesia Mexicana si nosotros no la salvamos —dijo, sacó la flecha, la enhastilló en la aljaba que pendía de su hombro y les contó que no pasaba día sin que se fusilara, en las plazas y en los zócalos de los

pueblos, a un joven acejotaemero, versión moderna de los mártires sarmenticios, o se sacrificara en los montes a un infante. Las casas eran allanadas por los sicarios del déspota. Las mujeres constupradas, tales eran la sevicia y la vesania de los marranos descomulgados que contaminaban la ley de Dios, y cuyas lenguas paseaban la tierra. Se hablaba de la secesión de algunos estados, la gente se encastillaba en las serranías.

—Entonces, ¿qué le digo a Crisóstomo? —preguntó el indio mayo.

—Dígale que yo le mandaré decir si vamos —le respondió el viejo al enviado.

Poco tiempo después, en los días en que el gobierno aprehendió y expulsó a un ilustrísimo obispo, decano del comité, alegando razón de extranjería para justificar el destierro, dos de los hijos de Buenaventura se pusieron en camino a Colima. Hospedáronse en casa de una mujer que les dio refugio y pábulo, y desde allí enviaron otra epístola a los viejos, invitándolos a ir.

El viejo decidió tomar las armas. Porque no obstante que en aquellos días pasaba ya del medio siglo, lejos estaba de ser un viejo carraco: sus encías aún no habían enlentecido, tenía en ellas suficientes molares para masticar sus zoquetes de pan correoso y aguachento, y su pelleja era tan dura como su osambre. Así que le entró la filandria del mitote, y porque Dios lo quiso, pues Dios quiso que sus hijos subieran a la palestra; y porque Dios proveyó, pues Dios los proveyó con caballos matalones, jiferos aquebrazados y mosquetes imperiales, Dios mediante se fue mucho con Dios a armar la de Dios es Cristo, a bregar por la gloria perenne del Señor en todos aquellos parajes de las tierras de Colima y de Jalisco que fueron cristianados después con otros nombres. En las verdinegras oscuridades de la Barranca del Capire, en las arboledas verduscas del Cerro de las Trementinas, en los zacatales color amarillo amargo de Comala o de Caucentla, allí peleó el viejo, contra los federales gorrudos, contra La Acordada, contra los agraristas, y allá, tras él, y sin imaginarse que en aquellos lances terminaría encovada en los albergues ferinos de la cumbre inhóspita de un volcán, en los ventorreros donde sólo se escucha el silbo del viento, fuese Buenaventura, con hijos, palomas y gallinas. Como buena consorte siempre corrió con él la misma suerte. Como buena cónyuge siempre llevó su mismo yugo. Así que abnegó a sus deseos de quedarse en Nonoalco, recosió la ropa, apañó con los tesoros escondidos en su alcancía, pignoró en la peñaranda algunos enseres y hateó y enfardó sus cosas. Llevó sus grimorios y nóminas para los agüeros, medicamentos valerosos y anodinos para propinar a los enfermos, sus manes y penates de terracota, y, para Crisóstomo, un pote con almíbar de membrillo.

Un día aciago, caluroso como un horno, se fueron de los campamentos. Y una mañana de nieblas copiosas arribaron a la Ciudad de las Palmeras, después de una noche pasada en duermevela a bordo de un tren de carga. En las goteras de la ciudad, machete en mano, con una recua de asnas ruñadas, los esperaba el indio mayo, emisario de los dioses, quien les dio la bienllegada con saluciones angélicas. «Ave María Purísima», dijo. «Sin pecado concebida», contestó Buenaventura. El indio les indicó con ademanes que montaran en las bestias. Los hijos mayores montaron en

sendas asnas. Los menores, con Buenaventura y con el viejo. Otras asnas cargaron las jaulas de las gallinas y las palomas, las cobijas y los trastos. El indio fuese adelante, a pie, halando del ronzal al asna mayor. De los ollares de las acémilas salía un vapor opalino. Cruzaron la ciudad en silencio, envueltas en la nube de niebla que los protegió en su camino al Volcán. Atrás, quedaron las torres de la Catedral de Colima, las plazuelas, las calles de adoquines, los caserones coloniales, las palmeras de largos estípites, las casas de tejamanil y tejabán con cercados de tepetate, y las avenidas de eucaliptos de ramas inflexibles donde jinglaban los ahorcados. Y adelante, y por pasar, estaban pueblos y cabañales, villas y aduares desperdigados aquí y allá; y valles, alcarrias, terruños desazonados, tierras añojales y tierras de pan llevar. También montes pardos como carneros y collados blancos como corderos recentales. Al anoecer, llegaron a un villorrio vago, oscuro y silencioso. Uno de los hijos de Buenaventura preguntó cómo se llamaba. El indio mayo dijo: «A este pueblo que ahora vemos, donde no se oyen ya las muelas del molino y que fue saqueado por las tropas del gobierno, yo le pongo pueblo de la Eucaristía, porque Crisóstomo ha dicho que cuando ganemos la guerra y Cristo reine en México como reina en el mundo, cambiaremos los nombres de todos estos lugares por nombres santos, por eso Colima volverá a llamarse Santiago de los Caballeros. Y es que son lugares de mártires y confesores, así lo dicen las leyendas».

Al salir de la población, el bestiaje abrevó en una certeneja encenagada donde se les reunieron el edil de un ayuntamiento, y el caporal de una estancia.

Prosiguieron la marcha, y de allí en adelante, el indio mayo se dedicó a ponerle nombre a todas las cosas que veía, de manera que Buenaventura, el viejo y sus hijos, pasaron por lugares por los que nadie había pasado antes, porque nadie, como ellos, conoció antes ni después el Valle de la Circuncisión, el Lomerío de Corpus, la Hondonada del Buen Pastor, el Despeñadero de Jesús Nazareno, el Arroyo de todos los Santos, el Bosque de la Epifanía, el Desfiladero de Pentecostés, el Peñón de los Ángeles, y el Monte de la Resurrección.

Hacia la medianoche, acamparon en un paraje pinífero, bajo una enramada. Tenían los huesos molidos. El indio encendió un fuego, con bosta y reviejos de encino, y calmaron la hambruna con gustosa carne de venado que el indio traía envuelta en perfollas. Luego entonaron el organismo con unos tragos de aguardiente. Después, montaron en las bestias y continuaron. «Llegaremos con el día», dijo el indio, «tuvimos que dar un rodeo».

Al rayar el alba vieron los volcanes, cuyos enormes conos se transparentaban entre la bruma que entoldaba el cielo. El Volcán del Fuego de Colima, vaporoso, color azul indio. El Nevado de Colima, alto, opulento de nieve láctea, cuya cima tenía un tinte de oro obrizo que le daba el sol ultramontano. Parecía un inmenso altar cubierto con lino eucarístico.

«Ese humazo que ven allá», dijo el indio, «es del pueblo al que yo le pongo pueblo de La Inmaculada Concepción, y que está en las faldas del Volcán. Allí los

espera Crisóstomo. Sigán derecho, que yo aquí llego». Luego se perdió en la bruma, en silencio. En vano lo buscaron y lo llamaron Buenaventura y sus hijos. A lo lejos, a lo muy lejos, se distinguía un resplandor. Hacia él aderezaron el rumbo. Horas y más horas caminaron, y el resplandor parecía estar siempre a la misma distancia. Hacia el mediodía, cuando la bruma empezaba a disiparse, distinguieron la figura de un jinete que apareció de pronto, como un fantasma, tocado con un gran sombrero de alas anchas. Detuvieron la marcha, y el hombre se acercó a ellos, caracoleando con una lentitud pasmosa, silenciosamente levantando una inmensa polvareda de niebla. Los cascos del caballo golpearon las piedras, en silencio, y de las piedras brotaron chispazos que se transformaron en un pavoroso resplandor que rodeó al hombre y al caballo como una auréola. Era Crisóstomo. Dijo: «Ave María Purísima». «Sin Pecado Concebida», resaludó Buenaventura. Crisóstomo descabalgó y besó la mano de su padre. Volvió a montar y dijo: «Ese resplandor que ven allá, es porque estamos quemando los sembrados, que al cabo ya estaban llenos de nebladas. Mañana es la fiesta de San Antonio Abad y después de festejarla yo y todos los del pueblo vamos a abandonarlo, nos vamos al cerro a pelear por Cristo Rey». Volvió grupas y se alejó. Buenaventura, el viejo y sus hijos siguieron la marcha. Una hora después transitaban por la estrada real que conducía al pueblo. A los lados del camino se levantaban grandes llamaradas de fuego barretero. Un viento quemajoso les azotaba las caras. Cuando dejaron atrás el incendio y entraron al pueblo, sintieron frío. Las gotas de sudor que bañaban sus cuerpos parecían transformarse en ampollas de granizo.

En las rúas del pueblo los recibió un inusitado movimiento. Habíanse concentrado allí más de doscientos cristeros mal armados con carabinas 30-30 y herruscas embotadas. Los más de los caballos que montaban eran bestias lerdas, jamelgos famélicos y trasijados, buenos si acaso para trillar las mieses en las eras o mover las ruedas de las tahonas. En las alas de los chapeos de zoyate de los cristeros, se distinguía una leyenda: «Por Dios y por la Patria». Un oficial hacía la reseña de las tropas y las juramentaba; pasaba lista de presentes. «Domingo Ramos», gritaba con vozarrón aguardentoso. «¡Viva Cristo Rey!» le respondían. «Régulo Reyes.» «¡Viva Cristo Rey!» «Doroteo Diosdado.» «¡Viva Cristo Rey!» «Pablo de la Cruz.» «¡Viva Cristo Rey!» «Anunciación Salvatierra.» «¡Viva Cristo Rey!»

Y negra y altísima, embozada en un poncho cárdeno, se avistaba a lo lejos la figura de Crisóstomo, general en jefe de los cristeros del Volcán de Colima. Llegaron a donde él estaba, taciturno, casi inmóvil: sólo sus ojos negros se movían, relampagueaban. Estaba rodeado de un coro de viejas y monjiles mujeres de las Brigadas de Santa Juana de Arco. Crisóstomo llamó a un oficial y le dijo: «Éste es mi padre. Ésa es mi madre. Aquéllos son mis hermanos. Ve que descansen y se repongan del viaje». Y Buenaventura, el viejo y sus hijos, siguieron al oficial por la única calle del pueblo. La calle se empinaba y se perdía en la falda del monte. Alcanzaron a una procesión y la dejaron atrás: una mujer obesa arrastraba una cruz de madera de encino; la seguían unos niños con clámides zarcas y largos cayados, coronados con

zarzas y espinos, que de vez en vez la hacían de cirineos, confortándola. Uno de ellos le ofreció a Buenaventura un ramo de flores, las primicias. Al fin llegaron a una choza. El oficial les dijo que allí debían pasar la noche. Buenaventura, el viejo y sus hijos desmontaron, colocaron las cobijas en el suelo y se acostaron, rendidos. Al anochecer dos hombres los despertaron. Eran uno un español naturalizado (según les dijo después), con cara de coranvobis, de largos cabellos aunque sucintos con un listón, que tenía el pecho cruzado con trenas y cartucheras. Al parecer, un hombre afable con quien se podía hablar a pesar de sus aires de suficiencia. El otro, a quien presentó como su coadjutor y sobrino nieto, era casi un muchacho, santurrón y graciable. El español, que dijo ser «amigo y vicario de Dios», agregó quedo y ceceando que era él el encargado de procurar las almas, y que había recibido de sus superiores jerárquicos el benedícete para abandonar su cabildo y acompañarlos al Volcán a fin de celebrar la misa y dar la comunión todos los días. Les dijo que, por lo tanto, había que llevarse al cerro el Sagrado Depósito, una hornada de hostias, los objetos litúrgicos y los paramentos sacerdotales, y que para ello había dispuesto de un cofre de regulares dimensiones, el cual debía ser colocado en angarillas y llevado por cuatro o seis hombres. Que habría de contener el tabernáculo, las hostias, los manteles, el cáliz, el copón, el incensario, el hisopo y las vinajeras. Y también el misal y los cirios. Y asimismo habría de contener el alba y el cíngulo, la estola y la casulla, vestiduras estas de color morado, les dijo, porque la Iglesia Mexicana estaba de luto y el morado es el color de la carne magullada, el color que se usa en las vísperas del primer Domingo de Adviento, en la Cuaresma y en las Témperas, en las Letanías de Rogativas y en todas las procesiones, y la suya sería una procesión, un apostolado trashumante —ellos, dijo su paternidad, eran el ganado de Dios que pastaba el dulce pasto de la misericordia y él y sus albedríos los pastores cañariegos que los conducirían a la Tierra de Promisión—, un peregrinaje de sufrimientos y regocijo de allí, de las faldas del Volcán, a la patria celestial. Talmente les dijo, y les dijo más, persuasivo: que por ser él, el viejo, padre de mi general Crisóstomo a quien tengo en mucha valía, y por traer consigo a sus hijos, y por verse sus hijos sanotes y robustos, él, el cura del lugar, pensaba que sería bueno que llevaran el cofre y no dudaba que el viejo diera su aquiescencia. No dijo más, encendió un pitillo de hoja y se puso a hacer virolas de humo. El viejo, váyase a saber si por respeto o porque no había entendido, dio la callada por respuesta: se santiguó y le besó la mano al cura. Éste dijo que a poco que él se fuera traerían el cofre, que lo cuidara como oro en polvo, y que no olvidara llevárselo al cerro a menos que se diera la contraorden. Bendijo al viejo y le dio las buenas noches. Entonces volvieron a dormir, tan profundo, que no oyeron cuando les dejaron el cofre.

Muy de madrugada los despertó una algazara de los mil diablos. Una runfla de chiquillos desarrapados luchaban con un pobre burro al que querían ponerle una levita. Quién le jalaba la cola, quién le pellizcaba una oreja, quién le zangoloteaba una pata, y la infeliz bestia rebuznaba de un hilo. Con estos rebuznos y con los

cacareos, mugidos, gruñidos y estufidos que se oían por todas partes, despertó el pueblo.

Esto les recordó a los hijos de Buenaventura que era el día de San Antonio Abad, y le dijeron a su madre que no estaría mal vestir a las gallinas y los burros que llevaban, ya que seguramente la bendición sería temprano, y la misa también. A tal tarea se empeñaron Buenaventura y sus muchachos, mientras el viejo salía a pasear por el pueblo. Aún era de noche y no había ya el menor rastro de niebla. Se podía ver la cumbre del Volcán, plateada. Crisóstomo pasó a su lado, al trote, y se llevó la mano al sombrero. Siguió de largo. Los cascos de su caballo dejaron una ráfaga de estrellas, y una estela de silencio envolvió al viejo por unos instantes. Después, volvió a escuchar el escándalo, que fue mayor cuando se vislumbró el claror del alba, y mayor aún a medida que había más luz. Serían las siete de la mañana cuando el alboroto llegó al punto culminante. Por la calle empezaron a desfilar cristeros y cristeras, militares del Ejército Libertador, y militares de las Brigadas de Santa Juana de Arco y de las Congregaciones Marianas. Y todos ellos llevaban consigo a sus animales. Un par de bueyes con sombreros de tres candiles y capas dragonas a manera de albardas, arrastraban una carreta cargada de cabras con corsés. Dos niños llevaban en vilo a una tortuga de caparazón arlequinado. Y otros hombres y otras mujeres llevaban cerdos con calzoncillos bombachos, mirlos con caperuzas blancas, cacatúas con calcetines, puercoespines cubiertos de lentejuelas, loros con pelucones, perros con salacots, lechuzas con pavonados chalecos de holán, ocas con bufandas y gargantillas, conejos con corpiños y kepis, gatos con cofias y enaguas y viejos caballos con barbas postizas y jubones remendados. Y toda esta multitud, entre la cual se encontraban ya Buenaventura, el viejo y sus hijos, se concentró en la anteiglesia. Allí estaba también Crisóstomo, con calzonera de gamuza, camisa con alforzas, talabarte sobredorado y espuelas con labor de calabrote. En la puerta del templo apareció el cura, ensotonado y de plácemes, y dijo que antes que la bendición de los animalitos de Dios, sería la bendición de las armas. Crisóstomo y sus cristeros pasaron al frente y dejaron en el suelo sus carabinas y sus cuchillos. El cura, después de una arenga exhortatoria, copiosa en parábolas, masculló algunos latinajos y empezó a asperjar las armas. Y en esto estaba, cuando ocurrió el desastre.

El campanero fue el que dio el grito de alarma: se avistaba en la lejanía una gran polvareda. Eran, a no dudarlo, las tropas del gobierno. Sobra decir que se produjo una gran confusión. Los cristeros tomaron sus armas sin esperar que fueran bendecidas, montaron en sus caballos y salieron corriendo. El cura, levantándose las faldas de la sotana, fuese tras ellos y les gritó que regresaran o cuando menos que lo atendieran. Y después, todo el pueblo como un solo hombre puso pies en polvorosa, abandonándolo todo: la ropa, la masa sin leudar que tenían envuelta en sábanas, así como los alimentos y los animales, huyendo pavorido hacia la falda del Volcán. Cuando llegaron las tropas del gobierno, media hora después, no encontraron un alma. El pueblo entero había sido tragado por el espeso bosque de laureles que en

aquel entonces crecían en la falda. Dicen que al coronel del gobierno le dio tal acceso de furia que entró en la iglesia con el machete desenvainado y empezó a dar tajos a diestra y siniestra degollando gatos, ovejas y gansos. Las gallinas revolotearon, se pararon en las cabezas de los santos, y las llenaron de cagarrutas; el sagrado recinto se pobló de ululaciones, balidos, graznidos, roznidos, cloqueos y bramidos.

No conforme con esto, dispuso que sus soldados bajaran a los santos de las hornacinas y les cortaran las cabezas. Y ordenó después que se fusilara a un burro que vestía levita y sombrero de copa, a un mono vestido de monacillo y a un perro con polainas y kepí, por considerarlos representantes simbólicos del clero y de la aristocracia. Por último, él y sus sardos se dedicaron al saqueo y se embriagaron. Sus risotadas, malsonantes palabras y lastimosas blasfemias, sus vivas al diablo y sus mueras a Cristo Rey se escucharon toda la noche: retumbaban en las faldas del Volcán, y el eco las devolvía, multiplicadas. Al día siguiente, el coronel se retiró del pueblo, no sin dejar una avanzada formada por ocho o diez pelotones para conservar la plaza.

Mientras tanto, la familia de Buenaventura, acompañada de algunos lugareños de La Inmaculada Concepción y de unos cuantos campiranos de las goteras del pueblo, había tomado la delantera y faldeaba por el Volcán. La tierra, húmeda, fluía miel. En los cogollos intensos de los pinabetes verdinegros cantaban los jilgueros. Se escuchaba el jadeo de los caminantes, el golpe sordo de algún bálano arrancado de los encinos rebolludos por el viento solano, el chasquido del alhumajo y de la hojarasca, y alguna que otra descarga de artillería que llegaba de muy lejos.

Dejaron atrás los lauredales y los encinares cuya sombra habíales servido de pabellón, y llegaron a una cañada. Bajaron por la ladera, poblada de abrojos y zarzales escolimosos. En el fondo corría un arroyuelo espumante y rojizo. Nubes de moscas enjambraban el ámbito. Abuzáronse en un remanso donde se restañaba el agua y apagaron la sed hasta quedar hartos. Descansaron a la vera de la corriente. El sol llegó por unos minutos hasta lo hondo. Pasó, dejando tras sí un jirón de cielo color verde botella. De la otra ladera de la cañada bajó la sombra, y con ella, un hálito frío y húmedo, venido de inciertos glaciares, lejanos ventisqueros cubiertos de conchesta.

Hacia el mediodía, rendidos de cansancio, llegaron los remisos. Entre ellos venían el cura, su sobrino, el indio mayo y una caterva de seminaristas vestidos con hábitos negros como el cuervo. El cura sentóse en una piedra, junto al arroyo. Los seminaristas se desbandaron y a poco volvieron con lo que sería el almuerzo frugal del cura: una fuente saturada de raigones barbadillos y pulposas frutas varias.

Ya de noche, cuando las estrellas cintilaban en un cielo que destilaba rocío, apareció el general Crisóstomo en persona, jinete en un caballo alazán que chapoteaba en las honduras, entre las matas de rojos colimbos. Seguíanle tres hombres, también de a caballo.

Crisóstomo les dijo que prosiguieran en sentido contrario a la corriente por una

trocha empinada que fluía a lo largo de la rivera, y que una vez llegando al fontanar del cual dimanaba el arroyo, ascendieran por la cuesta de la montaña hacia el Occidente, y que llegarían a la meseta donde estaba el campamento de los cristeros.

Así lo hizo el pueblo, y con él, Buenaventura, el viejo y sus hijos. Al anochecer, dieron con la meseta.

Repuesto de la ascensión, el cura le preguntó al viejo por el cofre. El cariacontecido viejo no supo responder, y fue uno de sus muchachos el encargado de dar las explicaderas. Enfadado con el destino del cofre, el cura puso el grito en el cielo, quejándose de su desastrada e inmértita estrella. Fue necesario jurarle que a la primera oportunidad bajarían al pueblo a rescatarlo, para amansar su fanfurriña y evitar un inminente colapso. Lejos estaba de imaginarse el capellán que dos días después todos los hijos de Buenaventura salvo el menor, acompañados por una década de cristeros, bajarían al pueblo con la consigna de expugnar la plaza, lo que lograron sin pena ni gloria haciendo correr a los federales afortunados. El saldo de este episodio fue el óbito de tres hombres del Ejército Libertador que fueron fulminados por las balas: un don nadie y dos hijos de Buenaventura que en un templo de Nonoalco solían actuar como turiferarios (Raúl y Rodolfo), dieron sus vidas en holocausto. El cristero desconocido quedó en el campo, con los brazos en cruz y los ojos abiertos viendo a los gallinazos revolotear en el cielo. Los hijos de Buenaventura llegaron al campamento dentro del cofre. El pueblo salió a recibir a los vencedores y les tributó calurosa acogida. Cuál no sería su alborozo cuando descubrieron que, a excepción de las vestiduras sacerdotales y de las hostias, todas las joyas estaban indemnes. Más todavía: los federales habían usado el cofre como receptáculo del fruto de muchos saqueos y desenfrenos, claramente con la intención de cargar con todo en cuanto se retiraran del pueblo. Encontraron una talega con cuatrocientos cincuenta del águila, suficientes para mercar tres caballos finos a razón de ciento cincuenta piezas de plata cada uno, a más de cuatro o cinco de aquellos casi olvidados pesos de oro de 1882, y más de cien quintos de plata con el carcaj y las flechas de Zitácuaro; también una tripa de amargo de telimón, una mancuerna de panela y más de doscientos cartuchos reformados. Como todo este botín agravaba el cofre, de por sí muy oneroso, lo habían subido en una carreta tirada por dos vacas. Cuando llegaron al campamento, hubo que bajarlo y transportarlo a la andaniño.

Las mujeres esmeraron el cáliz y acendrarón con ceniza los copones manchados con la sangre de los hijos de Buenaventura, mientras los hombres ahoyaban la tierra para darles sepultura cristiana. Cuando la fosa estuvo lista, se efectuaron las exequias solemnes, el cura ofició una misa de difuntos de cuerpo presente ante un altar entalamado al cual el cofre servía de basa, se cantó un réquiem y se leyeron los versículos de responsos. Antes de inhumar a los cristeros caídos se les amortajó con un estandarte de la Virgen de Guadalupe. El toque de queda hizo que bajara el silencio sobre el campamento. Bajó, desde la cima nevada del Volcán, envuelto en una cellisca animal que pasmó la carne y azotó la tierra fresca. Hacia la madrugada,



un cristero trasnochado se puso a cantar, con buen acento, el son de la media muerte.

El eco lejano de una campana los hizo recordar, y pensaron que las tropas del gobierno se habían enseñoreado nuevamente del pueblo. Pero la campana siguió tocando de una manera harto extraña. Lo que en un principio parecía un toque de ánimas, se volvió, de pronto, un clamor. Luego, un toque de agonía. Y más tarde un alegre repique. Y todo el día y toda la noche siguió el campaneó. Al fin, el cura opinó que, o bien había llegado gente amiga al pueblo y los llamaba, o bien, y a su parecer era lo más probable, ocurría un milagro, una señal que el cielo les enviaba para que hicieran una entrada triunfal en La Inmaculada Concepción y se proveyeran de viáticos y descanso que tanta falta les hacían, pues ya el hambre y el frío habían empezado a hacer de las suyas. Así que tenían que armarse de valor y bajar. Puso el ejemplo y emprendió la marcha. Pese a todos los pesares el pueblo lo siguió. Atravesaron el bosquecillo de laureles, y entraron en los maizales quemados. El cura propuso rezar un salterio y Buenaventura se acomodó a gloriarlo. Cuando pasaron cerca del cristero muerto las rapaces levantaron el vuelo. A punto de entrar en el pueblo se volvió a oír el campaneó, un prolongado rebato que los calló y paralizó. Sólo un viejo sordo siguió rezando a gritos. El cura dijo que eso confirmaba el prodigio y, sin detenerse, entró al pueblo. Como si se hubieran puesto de acuerdo, no hubo hombre o mujer, niño o anciano que no lo siguieran paso a pasito, casi de puntillas.

En la calle principal los recibió un plumerío arrastrado por un ventarrón. Toda una canalla de perros, ahora amodorrados, tumbados al sol y con los hocicos llenos de plumas, había dado cuenta de los animales escapados a la furia del coronel. Uno que otro, zamarreaba los rescaños sanguinolentos. El cura fue el primero en llegar a la iglesia. A juzgar por el rastrojo, la pajaza y la boñiga que ensuciaba las baldosas del atrio y de la nave, los soldados federales habían convertido el templo en caballeriza durante su breve estancia en el pueblo. En su huida, habían abandonado dos bestias. Un caballo albar atado a la cuerda de la cigüeña de la campana y una hermosa yegua negra. Cuando el señor cura entró a la iglesia los encontró en plena cópula, bañados por un rayo de luz polvorienta que caía desde un ventanal colorido.

Repuesto del vahído que le acometió, desató al caballo, lo golpeó con los puños cerrados y salió del templo a fin de impedir que alguien más contemplara el sacrilegio. Cuando llegó hasta los hombres, los detuvo y en tono más que nunca patriarcal les dijo que había ocurrido un milagro por el cual debían congratularse. Les contó que al entrar al templo había visto al Señor Santiago, montado en un brioso caballo blanco, tocando a rebato la campana, mientras el demonio, derrotado, huía montado en una espantable y formidolosa yegua, negra como el ébano. Aquella visión, les dijo, sólo había durado unos instantes.

El pueblo y los cristeros se persignaron y corrieron a sus casas. Por la tarde, después de dar una dormida, el cura habló con Crisóstomo y le dijo que de cualquier manera convenía regresar al Volcán y establecerse en el campamento. En el pueblo,

agregó, podían quedarse algunos hombres para dar aviso cuando llegaran los federales.

Crisóstomo convocó a sus tropas y les dio instrucciones de que ayudaran a las mujeres. En la sonochada, el pueblo transmigró al Volcán. Hombres y mujeres iban cargados con cacharros y cachivaches de todos tamaños, colores y edades. Toneles y bacinicas. Ollas, garrafas y jarros. Destetaderas. Jícaras y platos. Fardeles con planchas de sastre y panes de jabón. Testeraje a Dios dar. Pesebres, gamellas. Pucheros y jofainas llenos de cartuchos. Aliños y aperos de labranza. Ajuares y menajes completos. Todo se llevaron. Hubo un hombre que cargó con dos sillas. Hubo otro que desarraigó una higuera breval de glaucas hojas, y la subió al Volcán. Otro más, se endorsó un carillón de cuatro campanas. Y otro, trasegó hasta el campamento una vaca de ubres exuberantes. Los viejos llevaban, llenos de unción, las cabezas de los santos. Los cuerpos descabezados viajaron atados en los lomos de unos burros. El cura, por su parte, le echó la garfa a una cajita que tenía una brújula, cargó con un viejo cuaresmario, un lexicón de la lengua española, así como con unos candelabros y unas sotanas viejas que guardaba en la cripta. Del resto de las vestiduras, ni sus luces: cuentan que los federales saqueaban las cajoneras y los armarios de las sacristías, olorosos a espliego, para jugar con las dichas vestimentas, toreando reses. Por instrucciones especialísimas del viejo, el pueblo acarreó también con toda clase de carretas y carruajes de diversos buques: no faltaron guayines, güirloches, carros rabones que se caían de arcaicos.

Cuando pasaron por donde estaba el quídam muerto, hicieron un alto. Algunas viejas le quitaron la camisa para confeccionar escapularios con los mengajos, y otras cubrieron las vacías cuencas con hojas de árboles. En los escapularios bordarían la leyenda: «Deténte, bala impía». Los hombres cavaron una fosa y lo enterraron. Al día siguiente, en la mañana, habían llegado a la meseta, y por la noche estaba instalado el campamento. Sólo faltaba el templo.

Con la harina que se había traído del pueblo especialmente para el pan ázimo de las hostias, las mujeres amasaron las obleas, y los cristeros encontraron un hermoso lugar, apartado del campamento como debía ser, para consagrarlo como tabernáculo de reunión. Era un calvero resolano y escudaño, rodeado de grandes árboles que formaban una columnata, un peristilo natural. Al pie de los árboles mayores se instaló un altar sin gradas hecho de piedras sin labrar, y para ello hubo que exhumar los cuerpos de los hijos de Buenaventura por deseo expreso del cura, quien deseaba levantar el ara sobre el sepulcro de los protomártires de Cristo Rey. Se consideró un milagro el que los cuerpos estuvieran incorruptos. «La carne de los mártires es carne cipresina», dijo el cura, quien pocos días después bendijo el templo y, a falta de obispo, se encargó de darle la advocación del Señor Santiago. Muy de mañana, todos los cristeros sabios de corazón espolvorearon en el suelo ceniza de encino bendita hasta formar una Cruz de San Andrés de grandes aspas. El cura vistió de pontifical una estola de lino torcido exornada con cuatro manojos de flecos, una capa blanca y

rozagante, y calzó sandalias a manera de abarcas. Se arremangó la faldamenta para que no se enganchara con los zarzales, y dio una vuelta entre los árboles para bendecir los alrededores.

Después, seguido del viejo, de Buenaventura, de los muchachos y de los cristeros, quienes cantaban las Letanías de los Santos, entró al templo rociando las yerbas y las piedras con aguas gregorianas a las que sólo faltaba el vino, se dirigió luego a la entrada y dijo en voz bien alta:

—Alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la Gloria.

Por último, con óleo y santo crisma ungió el altar y trazó una cruz en cada uno de los doce árboles más fuertes y hermosos, al pie de cada uno de los cuales había un cristero con un cirio encendido. Siguieron al fin la misa solemne de consagración que hizo la felicidad de las beatas gazmoñas, y la comunión de todo el campamento acompañada por el respectivo fervorín. Para esto el día anterior el cura, hombre de fáciles absolvederas pero buen observador del sigilo sacramental, había desatado los pecados de toda la congregación. Sirvió de rústico confesionario la cazarra de una vieja parota y allí el cura impartió penitencias y absoluciones desde el alborear del día hasta que las hojas del árbol se cerraron. En los árboles ungidos, bajo sendos festones de flores y frutas, los cristeros colgaron imágenes, algunas en marcos atacados por el desdoro, y en el altar mayor colocaron una cruz, hecha con un madero enterizo y terco.

El cura estaba alegre como unas mialmas. Poco le faltaba para dar de zapatetas. Alguien había traído un esquilón con todo y canaula: dio su beneplácito para que se le llamara «Campana de San Luis Rey». Por último ordenó que se hicieran humilladeros con ramas de olivo y arrayán, y propuso luego que en el fontanar por el cual habían pasado, una vez purificado con una pizca de sal, se instalaran un altar mayor y el bautisterio, el cual sería utilizado en caso de que nacieran niños en el campamento, o bien para cristianar a aquellos que vinieran al mundo en La Inmaculada. A la dedicación del templo, siguieron fiestas por siete días. El Ángel del Señor, pues era temido, acampó alrededor de ellos.

Nadie vino al mundo en La Inmaculada Concepción, pero sí en el campamento, y fueron muchos los niños que recibieron la sacra infusión en el Arroyo de Todos los Santos. Entre ellos, hubo uno de Buenaventura. Los primeros meses transcurrieron sin que les sucediera ningún través. Tuvieron noticia de que algunas facciones se habían levantado en las costas de Colima y de Jalisco, y que se dedicaban a escaramucear. De vez en cuando, se enteraban de hechos de armas de mayor entidad, o bien del asesinato de algún oficial, o mal de las depredaciones y correrías de algunas partidas de facinerosos y cuatreros que llamábanse soldados de Cristo, y que, cuando no salteaban viandantes y arrebañaban con los ganados, entraban a degüello en las poblaciones, estupraban a las mujeres y huían con las alforjas y las árganas llenas de empréstitos forzosos. Sin embargo, estas noticias los consolaban de su inacción.

En vano Crisóstomo cada mañana, cada tarde, enviaba algaras para batir el campo; en vano apostaba presidios en las prominencias del Volcán para otear el horizonte, o destacaba estaciones en los conos adventicios; en vano engrosaban las filas de los elegidos nuevos hombres entre los cuales muchos eran los bisoños y los pistolos, pegujaleros y yugueros que habían dejado los arados embarbascados y ganapanes que ganaban el pan como destripaterrones y que aún tenían las manos sucias de la gleba, y pocos eran los fogueados y aguerridos, pocos los avezados a los calores caniculares y fríos hibernizos que hubieron de sufrir.

Cuando creían que habían sido olvidados, dos acontecimientos conmovieron al campamento. Crisóstomo recibió un comunicado donde se le informaba que iban camino al Volcán dos cañones. Enseguida atrató a la gente para darles la buena nueva y destinó treinta hombres para que fueran al encuentro de los cañones y los transfirieran al campamento, a repecho. A Buenaventura nunca se le olvidarían los trabajos a destajo y las fatigas sin cuento de que fue testigo. Durante varios días de mucho atrafagar, no se oyó otra cosa que el restallar de los fuetes y el jurar de los hombres. Por fin, un cañón quedó instalado, precípite, en el Picacho del Nazareno. El otro, cuando sólo faltaba una estrepada, embarrancóse con gran fracaso.

Muchos días, sin embargo, permaneció ociosa la boca de fuego, y no tuvo otro uso que el que le dio Buenaventura, quien acostumbraba colgar en el cascabel del muñón, para que se oreara, la ropa enjuta.

El otro sucedido ocurrió el día de Corpus Christi. Hacia las diez de la mañana, los cristeros escucharon un ruido pánico, desapacible, y vieron a lo lejos algo como la figura de un pájaro que revoloteaba sobre el valle. Era un biplano. Se elevó casi hasta las nubes y se dejó ir en picada sobre la meseta. Llovieron mortíferos fogonazos, y la primera bomba cayó, derribando el astabandera donde campeaba un gallardetón azul. Un ululato se dejó oír en la meseta. Los cristeros atacaron con ametralladoras, obligando al aeroplano a subir. Desde lo alto, reiteró el bombardeo. Pero los cristeros, viendo que podían calcular el lugar donde iban a caer las bombas, se repusieron pronto del miedo cerval que los acometió en un principio. Al fin el aeronauta rehuyó la querrela y se alejó hacia el Norte ascendiendo suavemente, en línea curva, como una gaviota que volara a ras de una gran ola a punto de reventar. No se le vio que aterrizara en las cercanías, y nunca volvió. Las hoyancas abiertas por las bombas, les servirían más adelante a los cristeros como carnerarios.

Buenaventura pronto fue famosa tanto por su recolección cuanto por su diligencia para organizar la vida doméstica de los campamentos. Acudía a los blanquizales para recoger la greda con qué limpiar la ropa talar del cura. Cocinaba en una ollaza carnícera las viandas de Crisóstomo y de los oficiales. Dedicábase a la contrición del trigo para hacer la harina de las hostias, y recibía como emolumentos el perdón a los prestigios que, sin embargo de considerarlos execrables, el cura se cuidó sobremanera de abominar. Al fin humano y susceptible a la lisonja, apreciaba los buenos oficios de Buenaventura: Buenaventura dobladillaba los manteles con respuntes magistrales.

Buenaventura remendaba el pañete del Señor con una aguja capotera. Buenaventura bordaba los limbos y las fimbrias de las estolas y las sotanas, y Buenaventura le ministraba diariamente unas grandes hojas odorantes y crespas, de envés cabelludo y cortadas de un místico arbusto, que él empleaba cuando regía.

Por su parte el viejo ganó asimismo la privanza del cura. Con sus propios brazos levantó junto a la parota del confesionario una especie de cadahalso o palafito de camales de encino que sirviera de Cátedra del Espíritu Santo, y colocó a manera de tornavoz un paraguas llovedizo. Con sus propias piernas, se adentraba en el bosque en busca del leñame con qué fomentar el fuego del señor cura. Y con sus propios ojos y propias orejas y narices sagaces, miró, escuchó y venteó. Nada meticoloso, el viejo tragaleguas desaparecía días enteros, visitaba pueblos, ranchos y hosterías que pertenecían a la jurisdicción de la Diócesis, haciendo tránsitos, sin que le importara cuán largos fueran los tractos entre unos y otros. Tractos que pasaba y repasaba de un tirón. Llegaba y hacía la temblona y la tiritona, pedía limosna, baboseaba las manos de quienes lo socorrían, malcomía, miraba, barruntaba, y regresaba al Volcán las más de las veces en compañía de nuevos voluntarios que, de campesinos dedicados a las labores hortelanas, habíanse transformado en alborotapueblos. Subía por la falda hasta perderse de vista, bajaba a abismos sin fondo, se encogollaba en los árboles. Pronto no hubo vericuelo o angostura que no le fuera familiar; camino avieso que no hubiera conculcado; longuera o repunta del Volcán donde no hubiera estado; fosca, matorral o umbría en los que no hubiera pernocado. La guarda del cofre repositorio ocupó también sus afanes. Dispuso que dos de sus hijos hicieran la custodia en el día, y otros dos, la velación.

Insensiblemente, fue cobrando autoridad sobre Crisóstomo. Al fin su padre, supo imponerse a la bizarría y a los arrestos de que hacía gala el muchacho, pese que a la sazón éste contaba con escasos veintisiete años. Si bien en un principio no decía esta boca es mía cuando el cura y los mandamases discurrían sobre tácticas y estrategias, ni nunca se sumó al coro de aduladores, a la vuelta de los días se atrevió a impugnar alguna que otra de las decisiones a las que llegaban después de confusas y tediosas pláticas sembradas de digresiones y distancias. Un día, sus ausencias empezaron a pesar. Cuando intentaban lograr algún acuerdo, volvían la vista al pedrusco al cual el viejo era asiduo, y esperaban oír su voz o cuando menos recibir un asentimiento tácito. Esto les hubiera bastado. Al fin, el cura lo sentó a su lado y lo nombró asesor. Crisóstomo proclamó solemnemente su abdicación, y semanas después el cura, quien había tomado las riendas del caudillaje en el interregno, citó a comicios. Se encantararon las papeletas, se desencantararon, y se vio que el viejo había sido elegido a pluralidad de votos. No hubo opositor de importancia. Fue así como el viejo, en la cima de la apoteosis, remplazó a Crisóstomo llegando con el tiempo a creerse internuncio de Su Divina Majestad, y vicediós. El sacerdote, nada amigo de nepotismos, confirió a su sobrino nieto un cargo de secundaria importancia. De nada, pues, le sirvió el sobrinazgo.

Sólo había una persona que no se acongojaba por las ausencias de Todolosantos. Buenaventura, además de dedicarse con unción a sus quehaceres de herbolaria, además de manir carnes y despercudir trapos, se tomaba su tiempo para solazarse. Una noche en que la brumazón bajó de la cumbre del Volcán enchubascando el ámbito a la hora del gallicinio, Buenaventura velaba en su barraca arrebujaada en las frazadas. Antes de acostarse habíase peinado con un escarpidor, después de cepillar el cabello con una estregadera.

Apenas había puesto la mejilla en la almohada cuando escuchó una voz que la llamaba:

—Buenaventura. Buenaventura.

Era la voz de un hombre, de cualquier hombre. Y era, a la vez, la voz de Santos. Porque así le pareció, o así lo quiso. Porque habían pasado muchos años en los que su recuerdo había dormido el sueño de los justos y ahora despertaba. Porque había vivido muchos años sin apartarse de los campamentos de Nonoalco-Tlatelolco, y ahora el viaje en tren, el arribo al Volcán y la estancia en éste, la vista de las brañas, de las campiñas ajedrezadas, de los potreros, de los pintorescos pradizales, las plantaciones, los caballos, la gente, los bohíos y los oteros, habían hecho renacer en su corazón el bendito recuerdo de Santos. Renació, y recreció, como una sobrevenida de aguas, en un instante, en una palabra: Buenaventura.

Buenaventura se incorporó. En la enagua arrollada que le servía de cabezal dejó una huella húmeda. Escuchó. Se levantó. Salió de la barraca. Extendió los brazos y esperó tocar a alguien. La cerrazón de la niebla era tal que no pudo ver sus propias manos. Caminó sin saber por dónde o hacia dónde caminaba. Y habló:

—Santos. Santos.

Sintió que la apercollaban. La cara de un hombre surgió de la niebla y se acercó a sus ojos.

—Buenaventura, ¿qué haces aquí? —le preguntó el hombre.

—Busco a Santos —dijo ella.

—¿A quién? —preguntó el hombre.

—A Santos.

—¿A cuál Santos? Aquí no hay ningún Santos.

—Sí, sí, lo oí, me llamó —dijo ella.

—¿No tienes frío? —preguntó el hombre—. Estás casi encuerada.

—No —dijo ella.

—Yo sí —dijo el hombre—. Espérate. Te digo que te esperes.

Buenaventura... Buenaventura...

A la mañana siguiente de la revelación, Buenaventura no supo si todo había sido verdad, o trasoñaba. Pero desde entonces todos los días al anochecer, así hiciera frío o tiempo vernal, así marceara o no, las escuchas de plantón que hacían la trasnochada, así como las imaginarias reservistas, la veían pasar descalza, con las guedejas al aire y las piernas descubiertas, por el camino de herradura que conducía al remanso. El

mismo camino de setos y espinos donde ella, con guijas, había levantado unos majanos que le sirvieran de guía. En el corazón de Buenaventura había nacido una afección furtiva, robada a los sueños, de la que sólo su corazón fue secretario.

Así las cosas, Buenaventura se impregnó con el licor fecundante que el viejo esparció en sus entrañas. Pronto dejó de acompañar a las cabalgaduras que almogavareaban por las faldas del Volcán. Dejó de ser la heroína y la amazona que recorría los campamentos en un caballo blanco para alentar a los hombres. Y el templo quedó sin guardesa.

Porque un día se encamó, al séptimo mes de su achaque, y le llegó fruto de bendición: nació el último de sus doce hijos, el único a quien acabaría por tediarse y desahijar, porque era un niño que tenía la piel suave como abortón, blanca como la leche: sólo le roseaba en las palmas de las manos. También su cabello era blanco. En los días que siguieron, en vano Buenaventura chapoteó al albino con aguanieve, en vano lo pasó por el fuego y puso gran enfado en lustraciones y perfusiones. El albino fue siempre albino y Buenaventura sintió morir de la mesticia, y decidió vestir luto como por hijo único. No así el viejo, quien al correr del tiempo consideraría al albino como su mano derecha.

Al soponcio, siguió el alegrón. Un mensajero llegó a la meseta y le dijo a Buenaventura que Leandro, el único ausente de sus hijos vivos, venía rumbo al Volcán, acompañado de su hijo. Llegarían al día siguiente. A Buenaventura le entró el pujo por conocer al niño, así que muy de mañana escogió de la piara del cura un puerco de carnes abundantes en enjundia y ordenó que se le atara al trabón del bramadero, para inmolarlo. Lo hicieron así, con el permiso del cura quien se reservó el tempanil, y después espolvorearon con harina la carne. Buenaventura cogió una hogaza de pan y llevóse consigo, en una cantimplora, un pisto esforzado. También cargó con un anafe.

A mujeriegas en una jaca acribillada por los tábanos, el lomo manchado de pasmaduras, tumefactas las orejas de sabañones, emprendió el camino hacia la falda del Volcán. El indio mayo había sido convidado como su cortejo y la seguía de cerca, en un caballo rosalbo. Bajaron por el laderío, donde los hombres cachaban las tozas de los pinos al compás de una saloma. Caminaron luego por la orilla de la cañada. En el fondo, azuleaba el arroyo. Los aguadores llenaban sus tinajas. Al salir del bosque, vieron un grupo de gañanes cortezudos, vestidos con vistosas túnicas cerúleas que les daban aspecto de sayones. El indio les cobró dos pesos por peaje y les preguntó cuántos animales traían.

—Una pipila y ocho gallinas —le dijeron—. También un capón y un borrego.

Y en las cedras y zurriones traían algunas docenas de balas expansivas y una saquilada de trigo.

—¿Han visto a un hombre con un niño? —preguntó Buenaventura.

—Sí, por allá vienen.

Cuando iban por el lomerío, los avistaron.

—Hace muchos años que no te veía —le dijo Buenaventura a Leandro.

Era el mismo que ella recordaba, un mozalbete avisado de buenos modales, con la piel quemada.

—Sí —le contestó Leandro—. Y a mi hijo no lo conocías.

—Ahora ya lo conozco. Ven —le dijo al niño—, yo soy tu abuela.

El niño era apenas un cordero de siete hierbas. Se llamaba Luciano y tenía garzos los ojos.

El indio mayo lo montó en su caballo.

—Nació en Acapan, su madre murió y yo tengo que trabajar todo el día —le enseñó las manos bisuntas, encallecidas—. A veces hasta de noche, con lámparas de carburo, tengo que estar poniendo rieles.

Le dio a Buenaventura un anillo de oro con una piedra de jade.

—Este anillo lo hice con oro de los placeres de Juchitán de Zaragoza. La piedra la encontré un día. Se lo das a mi hijo cuando crezca.

Buenaventura guardó la ofrenda en una faltriquera que llevaba bajo las faldas.

Subieron por el llano. Rodearon las lomas. Allí los esperaban los hombres que venían como reclutas. Vieron un destrozo que parecía causado por una fulguración. Al pasar por el Despeñadero de Jesús Nazareno, se escuchó el grito del vigía.

—¿Quién vive?

—«Dios y mi Derecho.»

El niño alzó la cara al cielo. Allá, en lo alto, vio a un hombre. Del despeñadero pendía una cuerda de esparto y en su cabo, un canastillo.

—¿Eres tú, indio mayo? —gritó el vigía. El eco repitió su grito.

—¿Para qué es eso? —preguntó el niño.

—Sí, soy yo —gritó el indio.

—Es para bajar mensajes y municiones a los del bosque —le dijo al niño.

El hombre de arriba haló la cuerda. El canastillo subió, y bajó lleno de ominosa fruta de verano.

Al anoecer emboscáronse en la arboleda en la que desembocaba la cañada. Venían varios hombres, a caballo. Eran trece cristeros: un guía y doce hombres que tenían los ojos vendados y las manos y la cara pintadas con corcho quemado. Cargaban sendos fusiles cuyos marrazos estaban cubiertos de lodo. Los caballos traían los cascos calzados con cojines de zacate y limo. Adelante, cabalgaba el guía. Se saludaron y siguieron su camino.

—¿Quiénes son? —preguntó el niño.

—Los espías que estamos enseñando —le contestó el indio. Volteó la cara.

—Eh, tú —le gritó el guía—. Diles que se quiten las medallas, o que las metan bajo la camisa.

En la garganta rebullía la tremolina de un viento frío. Un chiflón les dio en el rostro.



—¿Tienes sueño? —le preguntó el indio al niño.

—Sí —contestó el niño.

El indio lo arropó con una tilma que usaba como gualdrapa. El niño se durmió. Éste fue el nieto al que Buenaventura prohijó. Ella lo alimentó y lo educó. Le enseñó el alfabeto elemental, y fue siempre su delicia: aunque no era hijo de sus entrañas lo quiso con amor visceral.

Pasaron muchos meses más. Los cristeros veranearon y otoñaron en el Volcán, y tuvieron que sufrir las inclemencias de la temperie. Días tórridos, noches algentes. Días en los que el cura, bajo el mismo umbráculo de siempre y protegido por un mosquitero, reposaba el almuerzo, calábase sus gafas de alinde y releía entre bostezo y bostezo las páginas de los Evangelios para descabezar después una siesta. Noches algentes en las que los cristeros se regocijaban con magníficos festines...

Porque tiempo hubo de celebrar, en medio de una paz octaviana y con la venia del cura, así las mojigangas y mascaradas de carnestolendas, alboradas y saraos, como los oficios de la Semana Mayor, incluyendo el mandato o pediluvio de los doce mendigos. Hubo también misas cantadas en las que el sobrino del cura ofició de preste. Eso sí: el pastor, a quien de tarde en tarde le daba por imponer una disciplina jesuítica, amonestaba a aquellos que no festejaban los gaudeamus con la eutrapelia debida, e inclusive les imponía castigo de baquetas. No faltaron proveedores que dieran abasto al pueblo, y no sólo de pertrechos, sino de suministros y comestibles varios. Vivanderos que llevaban café, plátanos, arroz. Miel que escarzaban de las colmenas. Tanates con butiro, odres con aceite, cuarterolas con carlón cordial. Azúcar cándida. Torreznos. Fiambres y embutidos. Horchata. Escarcelas con tabaco, cigarros de papel de orozuz. Quesos ojerosos. Ricino. Y no sólo había caminantes fresqueros que trajeran pececillos enredados por albur en los riachuelos cercanos, sino también mercaderes tierracalenteños, abajeños, que llevaban pargos y corvinas, mojarras cantileñas. De Jalisco melonzapote. De Colima, tuba almendrada o de apio, dulce de ante. Los comerciantes recibían el justo pago, y de adehala se llevaban las bendiciones en las que el cura era pródigo. Parco en otras cosas, el cura decretó una ley suntuaria para mesurar los egresos y no expender más de lo necesario. Sin embargo, algunas veces sobraban centavos para la soldada y otros estipendios. Lejos estaban los tiempos en que sólo engullirían lo que nace de suyo: granos de mezquite, o frutilla del diablo de la que crecía en los alrededores de las Cuevas Pintas, cuando en éstas tuvieran que vegetar.

El indio mayo, que como todo forastero era un tanto cuanto huraño, congenió con el niño, hizo buenas migas con él y lo tomó bajo su tutela. Gustaban mañanear y pervagar por el Volcán y las tierras cercanas. Iban al arroyo y bebían en los restaños de aguas redundantes. Oían por el camino los trinos de los mirlos cantores latentes en las frondas prolijas de fresnos cenicientos. Descansaban a la sombra de un robusto roble, de un guamúchil cimarrón, de una ceiba. Comían pitahayas de foliáceas

escamas. Recogían jazmines en las faldas de la montaña. Chupaban el succulento jugo de los bohordos de los magueyes. «Estos tallos se llaman quiotes», le decía, «Y estos capullos, que se comen, les dicen gualumbos»; cortaban las pencas que crecían bajo las férulas. El niño aprendió el nombre del hongo que crece en las crústulas de las encinas: el agárico; aprendió también las artes de la montería venatoria, y a subir a pulso por los peales, a tejer aljabas con mimbres. «En el Norte, que es de donde vengo, al sable le llaman cítaro y a los peñascos, relices.» Le dijo. Sabía también lenguas vernáculas, como buen ladino las champurraba, y conocía la jerga de los pájaros, los reclamos. En sus viajes por el mundo había enfermado de fiebres malarias, y cada tercero día le entraba la horripilación.

Así fue como el muchacho, Luciano, llegó a ser la mascota y el pupilo del indómito indio mayo.

Un día, bajaron por una vereda de terreno barroso, de aluvi3n, al fontanar donde nacía el arroyo. Allí, los árboles formaban una especie de ambulacro.

—¿Para dónde va este río? —preguntó el niño.

—Entra a un bosque y después se pierde —le contestó el indio mayo.

—¿Por qué se pierde? —preguntó el niño.

Subieron por una llambria de tierra empedernida. Los caballos desvaraban.

—Ahora vas a ver un cañ3n de verdad —le dijo.

—Dime cómo son los cañones.

Llegaron a la mesa de la explanada. Zigzaguearon entre los sotos.

Un hombre lavaba la boca de los caballos con un líquido amarillo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el niño.

—Es agua de picadura de tabaco para que se le caigan las sanguijuelas —contestó el indio mayo.

Adelante, a la orilla del despeñadero, estaba el bronce. El niño bajó del caballo y lo vio. Un hombre deshollinaba el ánima con un escobill3n, mientras canturreaba. Al lado del cañ3n había un gran rimero de piedras y cantos rodados que el viejo había ordenado no dilapidar.

—¿Y las piedras las meten en el cañ3n?

—No. El cañ3n tiene sus balas. Si los federales llegan a pasar por abajo —le dijo el indio mayo—, les echamos todas esas piedras desde aquí arriba. Allá, por ese desfiladero, también hay piedras pero por allí sí que no van a pasar, porque en esos árboles que están a la entrada van a estar mis flecheros.

—¿Puedo aventar una piedra? —preguntó el niño.

—Ahora mira —dijo el indio. Levantó el brazo y describió un semicírculo en el aire.

El niño vio los collados, las florestas citramontanas, los tolmos dorados heridos por el sol donde se posaban los pájaros color celidonia, como golondrinas.

—Aquí es donde vamos a pelear. ¿Ves ese bosque allí abajo? —señaló a la

izquierda—. Es donde te dije que entra el río. Por allí vamos a bajar ahorita para subir por ese desfiladero —señaló hacia la derecha—. Cuando llegaste al campamento estabas cabeceando y no viste algo que te voy a enseñar.

—¿Qué es? —preguntó el niño.

Ahora el indio señaló para el frente.

—Y allí, en ese cerro lleno de rocas, vamos a poner una ametralladora.

—¿Tú eres el jefe?

Desandaron un espacio y torcieron para bajar por un declive que daba a una arroyada seca. Allí, los cristeros habían construido, con zarzas, caballos de frisa.

—Quiten uno de esos armatostes para que podamos pasar —gritó el indio.

Atravesaron el bosque. Algunos hombres chapodaban y cortaban árboles, tronchaban arbustos, arrancaban de cuajo los renuevos de los verdugales. Había uno que otro árbol engarbado.

—¿Aquí también va a haber soldados? —preguntó el niño.

—Están hacheando los árboles para desmontar, como dijo tu padre que se hiciera, y también para hacer empalizadas —contestó el indio.

Cerca de la salida del bosque el indio le dijo:

—Ahora fíjate muy bien. Yo voy a ir adelante y tú me sigues. Por donde camino yo, caminas tú, porque aquí hay unos zanjones tapados con ramas para que se caigan los caballos de los federales adentro, y que también tu padre dijo que se hicieran.

—¿Mi padre? —preguntó el niño.

—Sí, tu padre el viejo, Alejandro. El del cabello medio blanco.

—¿Alejandro? —preguntó el niño—. ¿Pues por fin cómo se llama? El otro día le decían Toribio.

—Es que tiene el nombre del santo de cada día.

Salieron a un valle. Subieron rumbo al desfiladero y entrañáronse en él. Hacia la mitad echaron por una derrota. Al final de ésta había una espelunca y adentro un gran alcahaz lleno de palomas.

—¡Cuántas palomas! —dijo el niño.

—Dame una paloma —dijo el indio al guarda.

—¿Me la vas a regalar? —preguntó el niño.

El indio cogió la paloma y le dijo al niño:

—Mira.

La soltó. La paloma remontó el vuelo.

—Ya se fue —dijo el niño.

El hombre que cuidaba el cañón los vio salir, allá abajo, muy lejos del bosquecillo que cubría la boca del desfiladero. Se encaminaron hacia un peñón solitario que descollaba al principio de una arboleda. Rodearon la arboleda y bajaron por una escarpa escalonada hasta llegar a un pedregal.

—¿Y todas esas piedras también son para aventar?

—Ese monte de allí es a donde vamos. Allí voy a estar yo cuando empiece la

batalla —contestó el indio mayo.

—¿Tú solo?

—No. Yo y como sesenta más. Ahora veinte.

A las once de la mañana llegaron a la cumbre del cerro. Allí, en una jaula abierta, estaba una paloma.

—¿Ves? —le dijo el indio—. Ésta es la paloma que solté y que se vino para acá.

—No —dijo el niño—, la otra se fue.

El indio descabalgó, y tomó de la brida al caballo del muchacho. Lo llevó donde podían divisar todo el valle.

—Mira. Allá es donde está el cañón que viste. Y esa piedra grandota, es el peñón por donde pasamos, donde está otra ametralladora. En el bosque que sigue también va a haber soldados.

—¿Y cuándo van a pelear? —preguntó el niño.

—Los federales van a llegar por allí —señaló hacia el Norte—. Y yo y mis hombres vamos a estar aquí, porque así lo dijo tu padre. Entonces les vamos a disparar para que rodeen el cerro y los soldados nuestros que van a estar en el bosque los van a atacar por la retaguardia. ¿Y ves ese otro cerro que está por donde van a entrar los federales?

—¿Ese verde? —preguntó el niño.

—Pues por allí también va a haber como cien soldados nuestros que tienen la otra ametralladora, y que cuando los federales nos rodeen van a bajar para cortarles la retirada. Se me olvidaba decirte —agregó—. ¿Te acuerdas de las palomas que viste? Pues las van a soltar, casi todas juntas al mismo tiempo. Y yo las voy a ver desde aquí. Ésa va a ser la señal para que empecemos a disparar.

—¿Tú vas a ganar?

—Sí, porque si pierdo, no vuelvo a ver mi tierra. Imagínate que el cerro está rodeado y que no puedo bajar por donde subimos. ¿Para dónde me voy?

—Para allá —dijo el muchacho.

—Por allá no puede caminar nadie. También allí me mataría, con tanto barranco y tanta piedra suelta como hay. Y aunque pudiera, nada ganaba. Porque llego allá, a ese pico, y de allí sólo hay un camino que se puede seguir, y es el que llega al campamento.

—¿Allá? —preguntó el niño.

—Sí, allá.

—¿Y los que están allá, en el campamento, para dónde van a ir?

El indio mayo señaló la cumbre leprosa del Volcán, blanca como la leche.

—Para arriba, y si no se mueren de frío y llegan al cañón que está entre los dos volcanes, donde las cavernas, entonces se pueden salvar.

—¿Allá hay otro cañón? —preguntó el niño.

—Sí, pero no es como el que viste. Así se le dice también a los que son como barrancos, pero más anchos. Desde aquí no lo puedes ver.

—Sí, sí puedo —dijo el niño—. Cierro los ojos, y lo veo.

Cerró los ojos y vio el cañón, y luego los montes y los collados, y los pastizales y sequedales del bíblico desierto por donde pasarían él y sus padres.

—Bueno, ya nos vamos.

—No, todavía no —dijo el niño.

El indio mayo cogió de nuevo la brida y regresó al lugar donde estaba la paloma.

—¿Por dónde vamos ahorita? —preguntó el niño, todavía con los ojos cerrados.

—Por donde vinimos —le contestó el indio mayo.

—No es cierto —dijo el niño—. Vamos por un llano y nos siguen muchos pájaros.

Cuando llegaron al lugar donde estaban las palomas, el indio le dijo:

—No abras los ojos y pon las manos arriba.

Cogió la paloma y se la dio al niño.

—Ya te la puedo regalar —le dijo.

El niño abrió los ojos.

—Yo quería la otra —dijo.

El indio montó. Una bolsa que le colgaba del hombro, y que le servía a la vez de cacerina y esquero, le golpeó el muslo.

—¿Qué traes allí? —le preguntó el niño.

—En un lado traigo balas —le contestó—, y en el otro la yesca y el pedernal para hacer fuego.

—¿Tú sabes hacer fuego? —preguntó el niño.

—Sí, ¿quieres ver?

El indio volvió a desmontar, recogió un poco de fusta y de escarabajas, y encendió un fuego. Se desprendieron de él volutas de humo.

—Tengo que llevar todo esto siempre —le dijo—, porque si necesito ayuda tengo que pedirla con una ahumada.

Pisoteó la fogata.

—¿Y si los demás necesitan que tú les ayudes? —preguntó el niño.

—Entonces me mandan otras palomas —le contestó el indio—. Ahora vámonos.

De regreso a la meseta rodearon una ringlera de cerrajones resecos, cruzaron un terreno montuoso y entraron al Bosque de la Epifanía. Llevaban un trecho recorrido, cuando dieron con un llamazar.

—Cuidado. Vente por aquí —le dijo el indio.

—¿Por qué hay tanto lodo? —preguntó el niño.

Llegaron al arroyo, en el lugar donde formaba un meandro. Varios hombres acarreaban piedras para hacer un rebalse. Las aguas cegadas se desbordaban por las orillas.

—¿Ves? Aquí es donde se pierde el río —le dijo el indio—. Y es que no queremos que les llegue esta agua a los federales.

—Tengo sed —dijo el niño.

—Anda, toma la que quieras.

Subieron por una explanada. Los cristeros hacían la cava de las trincheras. Unos, con sus útiles portátiles y otros, con marrazos desportillados. Las últimas trincheras que vieron ya estaban terminadas. Sólo faltaba colocar los tablados.

Arribaron a la meseta a eso de las dos de la tarde. Hacía calor.

Los hombres lavaban con agua fresca los ojos de los caballos. Otros les limpiaban el sudor restregándolos, a pelo y contrapelo, con un manojito de paja seca.

—Bueno, aquí te dejo —le dijo el indio mayo.

—¿Mañana también vamos a caminar?

—Sí, vengo por ti. Adiós.

—Oye —le gritó el niño al indio.

El indio frenó el caballo y volteó la cara.

—¿Qué cosa? —le preguntó.

—¿Y si nunca vienen?

—Si nunca vienen quiénes.

—Los federales.

—Sí, sí van a venir. Ya lo verás —le contestó el indio mayo.

Y sí llegaron. Porque una tarde arribó una estafeta al campamento y se encargó de denunciar los últimos acontecimientos: se sabía a ciencia cierta que el gobierno iniciaba los aprestos bélicos para combatir a los cristeros, desacuartelaba a las mesnadas y enviaba camino al Volcán a un coronel de mucha nombradía, estratega formidable y clerófobo, al mando de un ejército en pie de guerra, pertrechado a más y mejor con toda clase de armas y piezas de artillería de corto y de largo alcance, entre las cuales se contaban varias unidades hipomóviles. Al dicho estratega se le había dado toda la beligerancia necesaria para abatir a los latrofaciosos y pacificar así el territorio nacional. El viejo Miguel Arcángel —así se llamaba ese día— abonó el evangélico mensaje y le regaló al portanuevas, como albricias, una imagen orante de San Francisco. Más tarde, un despacho telegráfico escrito en clave confirmó la noticia. Humo vendría del Norte, y con él quebrantamiento sobre quebrantamiento.

Como nadie desavisó los informes, el viejo expidió un bando para que se hiciera un alarde de las tropas, y enseguida una descubierta por las inmediaciones. Antes, reunió al cura y a los oficiales.

El tiempo había abonanzado. Los hombres se reunieron a la redonda de los pabellones formados por las carabinas, donde descansaban los fusiles ametralladoras con los guardamontes hacia arriba.

—Revisen los bastimentos. Repasen los planes. Ya mañana les daré nuevas instrucciones. Ahora, que limpien a los caballos, y arréglense todos para el desfile. Que las mujeres y los niños se formen para que nos vean desfilar.

—Todos somos el Ejército de Cristo Rey —dijo el cura—. También las mujeres y los niños. Todos vamos a desfilar.

—¿Pero quién nos va a ver? —preguntó el viejo.

—Todos los Santos —contestó el cura, mientras se hurgaba un oído con una brizna de yerba, en busca de cerumen.

Los hombres desembridaron a los caballos, desembarraronles las palmas con las legras, los estregaron con las almohazas y cortáronles crines y ceñijas. Mientras tanto el pueblo, por mandato del cura, colocó con agencia los simulacros de los santos a lo largo del campamento en dos filas fronteras una a otra, de manera que por el espacio intermedio pudieran desfilar las tropas. Había hechuras de santos de todos tamaños. Figulinas figuras, ídolos vaciados en estuco, vírgenes propiciatorias de caolín, deidades y apóstoles de fundición, agnusdeis. Entre las andanas de efigies pululaban los pollos. En un extremo, sobre peanas y sitiales, y bajo turquesados doseles con colgaduras, estaban los cristos impolutos, los eccehomos de espíneas coronas.

Hacia el mediodía, apenas dieron final al rancho, comenzó el desfile. Al frente, y precedido por un espolique, marchó el cruciferario. Seguía el confaloniero, el cual enarbolaba un crismón o lábaro de seda con el monograma de Cristo Rey, y a éste la escolta, con las armas soslayadas. Vino después un piquete de infantería encargado de los cobres y los latones, el cual tocó un aire marcial. Los perros saltaron a su alrededor, latieron, hopearon. En pos de este piquete, al trote y con las tercerolas a la granadera, desfiló el resto de la caballería. Detrás, caminó el resto de las tropas pedestres, a paso redoblado, mosquetones al hombro y mochilas al dorso. Y a la zaga, icásticos, el cura, los viejos, las mujeres y los niños.

Fue así como el Ejército de Cristo desfiló ante Todos los Santos el día de San Miguel Arcángel, antevíspera de la Batalla de los Ángeles.

#### *Noticia histórica:*

*Al cabo de año y medio de estancia en el Volcán, el viejo se dio a conocer como un experto castrense, maestro en agonística y neurobalística, y conocedor intuitivo del arte tormentario pese a que nunca había sido partícipe de una batalla o de algún otro trance de armas. Aprendió el alcance máximo y práctico de las bocas de fuego. Visaba y revisaba la puntería de sus hombres. Le enseñaron a conocer el calibre de las balas que calzaban todas las armas que poseían, desde aquellas apenas más grandes que perdigones o postas. Hizo sus cálculos probabilísticos. Los fusiles ametralladoras hacen de 350 a 450 disparos por minuto, y por medio de la señalación semafórica se pueden transmitir mensajes a 800 metros sin prismáticos, y con éstos, a 3 kilómetros: esto también lo aprendió. Entrenó a la caballería en cargas de petral. A la infantería, y sirviéndose de bausanes y estafermos, en asaltos con bayoneta calada. Y a la banda de musicantes la obligaba a hacer escoletas diariamente. Se las ingenió asimismo para hacer una composición de lugar y después de madurar un plan considerando tanto los acontecimientos aleatorios cuanto aquellos que se le antojaron eventuales, prefiguró el encuentro valiéndose de*

varios mapas sinópticos que dibujó en unos paños. No contento con esto, amasó con acucia el barro y fingió la montaña. Allí destroncarían los árboles. Allá, en las gargantas circunstantes, pondrían enzarzadas y alambradas para embarazar el paso y contrarrestar los avances. Acullá sangrarían el arroyo y para ello, rebalsarían el agua. Funiculares y malacates hechos con gruesas maromas, blindas para detener la tierra de las trincheras, nuevas deducciones de agua, armadijos y zalagardas, barricadas y blocaos: todo construyó y se las arregló así para planear la defensa del Volcán y neutralizar la ofensiva del enemigo. Nombró granaderos a jayanes gigantes como filisteos, y vigías a los soldados de voz estentórea. No había ríos que vadear o balsear: de otra manera también se hubiera dado trazas para hacerlo. Por último, obtuvo con sus oraciones el oráculo del Señor, y juró alcanzar para los hijos de Cristo Rey el lauro completo: creía en él como en un artículo de fe. Mientras esto, el cura redactaba escritos dirigidos a la mesta, donde pedía a los hacendados erogar parte de sus caudales, fruto de sus esquilmos, para cumplir con la fonsadera o impuesto sustentáculo de la guerra. De igual modo, mandaba levantar padrones y censos en los burgos y municipios susanos, y, fiel a la tradición católica, exigía también diezmos, obvenciones y otros dados, que se encargarían de recabar mamposteros nombrados para el efecto. El óbolo de los pobres también sería válido.

#### *Ficción geográfica:*

*Dos caminos había para llegar a la Meseta de Cristo Rey desde las faldas del Volcán: uno de ellos era la Quebrada del Calvario que cortábase al llegar a la Meseta y descendía luego para tomar el nombre de Desfiladero de la Natividad, el cual desfiladero, tras muchos ambages, ensanchábase y desembocaba en el Valle de la Circuncisión. La desembocadura estaba cerrada por una arboleda que rodeaba el asiento de la Barranca del Divino Cordero. Otro lugar había por dónde arribar a la Meseta: el Laderío de la Asunción, que la limitaba al Nornoreste y que resbalaba hasta la Explanada de la Eucaristía. La explanada estaba semicircundada de Poniente a Oriente por la Cañada de la Encarnación, la cual servía de lecho a un riachuelo llamado Arroyo de Todos los Santos, nacido en la hondonada del Buen Pastor.*



## CRONOLOGÍAS

*Un 11 de enero*

*de un año bisiesto de hace muchos años: llego yo al Campamento Oeste. Pregunto por José Trigo. Noche plenilunar.*

1337

*Fundación de Tlatelolco.*

13 de enero de 1960.

Se elaboran las planillas para representantes de las secciones del Sindicato Ferrocarrilero. Luciano figura en la de Nonoalco-Tlatelolco.

15 de enero de 1960.

Son escogidos los dirigentes de las secciones del Sindicato de Ferrocarriles, de ternas finalistas presentadas por cada sección. Se designa a Luciano como representante idóneo de la sección correspondiente a Nonoalco-Tlatelolco. ¿Cumplirá su cometido? Sí, se compenetrará de sus obligaciones. Mar de la Serenidad.

1519

*Se aparece en Tabasco Santiago Apóstol, futuro patrono de Tlatelolco.*

18 de enero de 1960.

Se reúne la sección presidida por Luciano. En la orden del día figura una sola ponencia como meta inmediata: aumento de salarios. Lanza un manifiesto exhortando a la lucha. De esta fecha data la génesis del movimiento. Pronto se ramificará, evolucionará. Hace mal tiempo.

19 de enero de 1960.

Un ferrocarrilero inicia la compostura de un corrido. Ésta es la primera estrofa: «En la Ciudad de Nonoalco / presente lo tengo yo / por el año de sesenta / nuestra libertad murió».

1531

*Diciembre 12. Se fija este día como el de la aparición oficial de la Virgen de Guadalupe cuya imagen, pintada en un ayate, se revela en Tlatelolco ante los ojos*

*asombrados del obispo que fundó la Escuela de la Santa Cruz.*

20 de enero de 1960.

Manuel Ángel invita a su prometida, Genoveva, a la feria de Nonoalco en el Campamento Este. Aparece por primera vez el automóvil azul abandonado en los llanos. Los niños lloran. ¿Invocación de la lluvia?

1539

*Ocurre en este año el primer bautizo en la historia de Tlatelolco.*

22 de enero de 1960.

Un asesor técnico de los ferrocarriles, debidamente informado, publica en una gaceta especializada un significativo y efectista estudio donde expone la «mixtificación» de los salarios, reconociendo que los sueldos reales devengados por los ferrocarrileros computados con base al costo estándar de índice de vida en 1939, descendieron un promedio de \$5.32 diarios en 1958. Habla también de las dietas exageradas de que disfrutaban los funcionarios en misiones especiales, y de los numerosos gravámenes que gravitan sobre los ferrocarrileros. No habla, en cambio, de las prerrogativas.

1571

*Llega a estas tierras el Inquisidor del Santo Oficio.*

1595

*Es demolida la primera iglesia que se construyó en Tlatelolco, anterior al actual Templo de Santiago.*

27 de enero de 1960.

Por medio de un desplegado que se da a la prensa, se denuncia el tejemaneje de algunos líderes locales dueños de tiendas de raya donde se expenden licores y a cuyo sostenimiento y de su peculio «cooperan voluntariamente» los trabajadores ferrocarrileros. Se ordena la requisa de estas tiendas. Gresca en Nonoalco: dos pepenadores ebrios golpean a sus mujeres con costales henchidos de papeles de mil colores.

1603

*Se inicia la edificación del Templo del Señor Santiago en Tlatelolco.*

1.º de febrero de 1960.

Aniversario del Sindicato Ferrocarrilero. Los prohombres e ideólogos del

movimiento entablan una polémica sobre el aumento de salarios. Efervescencia. Se suscitan catilinarias y filípicas contra la empresa. También, en esta ocasión memorable, se hace mención de luchadores mutualistas y sindicalistas ya fallecidos, quienes con sus meritorias actuaciones vigorizaron el obrerismo.

2 de febrero de 1960.

Los jefes de las secciones del Sindicato, reunidos en la capital bajo el nombre de «Gran Comisión Pro Aumento», designan de consuno a un comité cuya concomitante función será la de realizar un estudio económico que represente la opinión global del gremio y la facultan para determinar la cantidad asequible, de acuerdo con las necesidades de los ferrocarrileros y las posibilidades de los ferrocarriles. Lleno completo.

1612

*Se hace en este año la primera venta de una casa de que se tenga memoria en Nonoalco-Tlatelolco. El precio, cuarenta pesos oro.*

Del 20 al 25 de febrero de 1960.

Durante estos días, se calman los vientos y las polvaredas propias del mes. También se apaciguan los ánimos. Eduviges le dice a su hijo: «Despierta, hijo, tente despierto».

*Una noche cualquiera, noche de pervigilio, estaba yo en el furgón con Buenaventura, madre de nuestras subsistencias, quien encobaba sus narraciones y burlerías entregada a sus quehaceres herbarios. Vestía de rojo: roja falda, roja blusa. También estaba allí el viejo abecéfalo (desde ardiondo y bolonio hasta yogador y zurumbático), enconchado, con las encías llenas de flemones y la piel de escrófulas y otros tumores fríos. Y don Pedro cartujo, el cajero, capotudo, de piel apergaminada. Así como Bernabé, Anselmo, Guadalupe cabeza-de-piezgo.*

*Buenaventura, que se sabe y fiscaliza nuestras interioridades, tomó la palabra:*

*Para conocer la historia de mi viejo Vicente el victorioso, tanador de antiguo, dueño de sí mismo, e hijo de sus obras —dijo la vieja Buenaventura—, tiene usted que imaginárselo en los albores de su vida, tiene que imaginárselo amasando pelotas de caca de perro a manos llenas, comiendo carne de víbora y llenándose los bolsillos con monedas de plata: porque él nunca fue como cualquier hijo de vecino.*

*Y entonces, de la noche a la mañana le fui dando tiempo al tiempo y me imaginé al viejo tal como me dijo la vieja Buenaventura. Le fui arrancando cada uno de los pelos de la barba. Le fui quitando la vieja carnaza con un cuchillito de plata. Le fui engrasando la piel con cera de abejas hasta que fue apareciendo la piel de borrego*

lechal. Le fui tiñendo los cabellos estopeños con negro de anilina. Le fui poniendo en los ojos dos botones de plata. Lo fui haciendo chiquito. Y lo fui sentando junto a un estanque donde flotaban pieles de víbora y de iguana y cortezas trituradas de mangle y de palo quebracho. Y entonces me fui acercando paso a pasito y le dije:

Tú eres el hijo del español flaco como un espátula, que llegó hace quince años a este pueblo llamado Teozulco, en compañía de su mujer, una españolita de ojos color de uvas moscatel y piel agamuzada.

Y él me vio y me dijo:

Sí, yo soy el mismo, pero aquí donde me ves, ahora soy un niño y estoy aquí junto al estanque porque mi padre el peletero de Teozulco me dijo: Ve allá junto al estanque y siéntate y cuida que nadie se lleve las pieles; y yo le dije: Sí, ya voy, padre; y vine, y aquí estoy.

Y entonces yo le dije:

Tú dijiste sí, ya voy, padre, y tu voz salió debajo de una piel de vaca pero no te levantaste porque por toda la noche tu cuerpo le había dado calor a la piel de vaca y ahora la piel de vaca te lo devolvía, como si fuera de ella, como si la piel estuviera viva o fuera una vaca de verdad, una vaca amorosamente extendida sobre ti, amorosamente pesando sobre ti mientras tú soñabas y te revolcabas y soñabas con las mujeres de pechos grandes como ubres de vaca y tu mano buscaba las ubres y las cogía y las apretaba y un chorro de leche tibia y espesa bañaba tu vientre de niño de doce años y tú te despertabas mojado y pegoteado y decías: Otra vez, por qué, y oías la voz de tu padre que decía: Ándale vete al estanque y etcétera, y que no se lleven las pieles, y etcétera; y tú te levantabas. Tú bajabas tu pierna gorda y tu pierna flaca, y ponías tu pie gordo y tu pie flaco sobre las pieles de novillo que alfombraban el cuarto, y te limpiabas las legañas y decías en voz alta: Sí, ya voy, padre; y en voz baja: Sí, ya voy, pinche viejo, ¿qué no ve que ya me estoy levantando? Y te levantabas, te ponías tu calzón de manta, tu camisola de manta, tus huaraches. Luego hacías a un lado la cortina de pieles de vaca que colgaban del techo alrededor de tu cama, llegabas a la mesa, y de pie bebías tu taza de café caliente, y comías tu tortilla con carne de víbora y salías de la casa, y venías al estanque y aquí estás. Y estás aquí porque buena la hiciste, pero bien empleado te estuvo, tonto de ti como tú solo.

Y entonces él me dijo:

Sí, aquí estoy, cuidando que nadie se lleve las pieles y remojando mi pierna flaca en el agua donde flotan las cortezas de mangle y de palo quebracho porque la gente me dice: ya que no te engorda, cuando menos que se te curta para que aguante lo que la otra, ya que tu padre no hizo nada o casi nada por que te engordara: fue capaz de llevarte con un curandero, como te llevó, porque a él le podía pagar con pieles, como le pagó, pero no con un médico porque entonces hubiera tenido que gastar sus moneditas lindas que guarda con tanto cuidado en una bolsa de cabritilla.

Y entonces yo le dije:

*Y la gente te dice más, te dice sin decírtelo, sin quererlo, sin saberlo. Cuando tú caminas por las calles del pueblo, a la caza de perros cagando, y pasan las putas gordas y tras ellas se te van los ojos, te parece que sus nalgas te aplauden mientras caminan, te aplauden y te dicen: Bravo, mi niño maravilloso, tú sigue juntando cagadas de perro para curtir las pieles de tu padre porque tu padre te dice: No hay nada mejor para la purga de la piel, para que su flor quede suave como los capullos de seda, que hacerlo a la antigüita, con mierda de perro, de gallina o de paloma, y mejor si es de perro, así que ve y busca y tráeme y haz una masa con agua y luego unas tortitas y ponías a secar hasta que se fermenten y suelten el jugo y luego con el jugo embadurna las pieles de la cola a la frente, de la falda a la falda, sin olvidar las garras, y ponías a reposar y verás después cómo se ablandan, cómo se ponen tan blandas como la carne de tu madre la castellana que no me oiga; y podemos entonces cambiarlas por moneditas sin saber, mi niño —te dicen las putas gordas— que con una de esas monedas, moneditas que dice tu padre, con una que nos pongas en nuestra alcancía te dejamos hacer. Te dejamos que nos apelmabres con los dientes y nos remojes y nos embadurnes con saliva hasta que estemos rendidas y nos engrases con sebo de carnero y nos tiñas con rojocongo de los dedos de los pies a la punta de los cabellos, de la cadera derecha a la cadera izquierda, sin olvidar el coño. Y la gente te dice más. Y las cosas también te dicen. Cuando la gente llega a ver a tu padre y le deja las pieles de añojo y de vaqueta para que se las curta. Y tu padre sale y les dice: Les va a costar tanto más cuanto; y tú oyes su voz, tú que tienes doce años y quién sabe cuántos de remover las pieles que se reblandecen en las artesas del patio, y crees también oír, o de verdad oyes la voz de la gente que dice: Y dígame, españolito, cómo está su hijo, dígame si está trabajando y si ese chapoteo que oigo es porque él está removiendo las pieles de las artesas, porque entonces yo le diré que sería muy bueno que descansara un poco y que usted le diera una moneda para que la gaste en lo que mejor la aproveche; porque al decir de la gente, la gente todavía le dice a tu padre «el españolito»: se acuerda de cuando llegó a este pueblo de Teozulco y era entonces casi un muchacho y tu madre también una muchacha, los dos flacos y pálidos y de ojos grandes, y los dos sin un centavo. Y se acuerda que el alcalde, que después fue su compadre, le prestó el dinero que le hacía falta para curtir las pieles de víbora y las pieles de iguana que tú vigilas todos los días desde que el mundo es mundo, en el estanque en que estás sentado hoy, porque aquí estás hoy, junto al estanque, y aquí estás hoy, a la vuelta de los años, porque te saliste con la tuya y tuviste tu merecido.*

*Y entonces él me dijo:*

*Sí, aquí estoy desde siempre y las cosas me dicen cosas. Todas las noches, cuando me acuesto, me habla la piel de la vaca que está al otro lado del cuarto, la que tiene cabeza y cuernos. Sus ojos de vidrio brillan cuando les da la luz de la luna y entonces ella habla, y habla con la voz de mi madre. Y cuando entra el viento y mueve las pieles de vaca de la cortina, ellas hablan, y hablan también con la voz de*

mi madre, y las voces se quejan dulcemente. Y entonces me levanto y camino y piso las pieles de novillo que alfombran el cuarto y las pieles bufan quedito y me acerco al cuarto de mis padres, y quiero oír qué dicen ellos, pero las pieles no me dejan oír siquiera si ellos respiran, las pieles de vaca que se quejan y las pieles de novillos que bufan. Y entonces yo camino de puntas hasta la alacena, y de atrás de un frasco de savia de papayo cojo la bolsa de cabritilla y la abro y saco las moneditas y las veo y las moneditas me hablan unas veces con la voz de mi padre y otras con la voz de mi madre y otras con las voces de la gente que dice cuando me ve pasar: Allá va el hijo del españolito, lástima de niño que fue lo único que le salió mal porque por lo demás no se puede quejar: llegando al pueblo se encontró una moneda vieja que se le había perdido al alcalde, y se la devolvió.

Y entonces yo le dije:

Y entonces el alcalde le dijo a tu padre: esta macuquina de oro con la cruz de Jerusalén fue de mi abuela y de mi bisabuela y de mi tatarabuela y no sabes cómo la quiero, así que te voy a ayudar para que pongas tu curtiduría. Y tu padre no se olvidó nunca de la moneda y desde entonces se dedicó a conseguir una igual para que le sirviera de mascota y le trajera suerte y luego fue otra y otra y así hasta que fueron muchas monedas las que tienes en las manos y que te hablan con la voz de tu padre y te dicen: Nosotros somos columnarios de plata y avemarias de plomo y provisionales de Valladolid fundidos con incensarios y copones y sudes de cobre y onzas imperiales de oro y tlacos y pilones y cuando seas grande yo tu padre te las voy a dar y te voy a dejar mi curtiduría para que seas feliz, pero nunca las gastes porque son pedazos de suerte. Y entonces tú ahogas en el pecho las ganas que siempre has acariciado de alzar te con ellas, de ir a probar fortuna por tu cuenta y riesgo a donde soplara el viento, y las vuelves a guardar en la bolsa de cabritilla y la bolsa de cabritilla la pones detrás del frasco de savia de papayo y caminas a tientas hacia tu cama y a tientas te acuestas y a tientas te tapas con la piel de la vaca y a tientas la tientas y oyes el aire que silba a través de las pieles de víbora y las pieles te hablan y te tientan porque tú sabes de la tentación y de las víboras, de las víboras y de la tentación, y tientas y lenta y atenta y a tientas y tensa y tierna y lentamente te quedas dormido.

Y después oyes la voz de tu padre que dice: Anda muchacho, levántate y vete al estanque y etcétera, y tú te levantas y vienes al estanque y aquí estás.

Y entonces él me dijo:

Sí, aquí estoy y la gente me dice cosas. Y las dice de mí, y de mi padre y de mi madre cuando vamos al pueblo, dicen: Mira, allá van los españolitos quién dijera tan buenos que son, que sólo comen carne de víboras y de otros bichos, porque las pieles de cabra y de cerdo y de vaca que curten, se las llevan los vecinos, todavía verdes. Pero el españolito prefiere descuerar víboras porque le gustan más o porque con sus pieles hace más negocio. Y él mismo las caza y caza también iguanas y lagartos y como él dice, la carne no se ha de pudrir, mejor nos la comemos, así que su pobre

mujer y su pobre hijo todos los días la comen: carne de iguana en la mañana, de lagarto en la noche, de víbora todo el día; eso son españoladas. Y sin embargo ella es un ángel y él es un alma de Dios, y son felices, pero el que quién sabe cómo salga es el hijo, porque yo digo y sostengo que ese alimento no es de cristianos, no señor; dicen y yo los oigo, me dijo, mientras chapaleaba con su pierna flaca en el estanque donde flotaban las pieles entre cortezas de mangle y de palo quebracho.

Y entonces yo le dije:

Yo digo que si la gente dijera eso, sería verdad. Que si tú dijeras que una noche en que las pieles de vaca se quejan dulcemente y las pieles de novillo bufan quedito, te levantarás y cogerás las monedas, sería verdad: porque tú eres amigo de lo ajeno y capaz de robar a cualquiera así fuera tu padre, y como éste sería el caso, saldrías entonces de puntillas de la casa y esconderías las monedas, unas en unas tortas de caca de perro, y otras en otras tortas, y no serías sorprendido con las manos en la masa, y sí echarías las tortas en una bolsa de piel de becerro y te irías caminando por el bosque para abrirte camino en la vida a brazo partido, para andar a las bofetadas con el hambre a salto de mata, sin saber a dónde ibas a parar, y la sombra de los árboles te pesaría en los hombros, y ellos te hablarían y sus voces dirían: Te pesará, te pesará, te pesará, te pesaremos toda la vida cuando nos quiten la piel y con nuestro cuerpo hagan maderos y con los maderos durmientes que te pesarán, te pesarán cuando los cargues para ponerlos en los caminos, te pesarán cuando pongas el balasto de todos los caminos que has de caminar; te pesará, te pesará llegar a la calle de las putas gordas, a la calle que sólo conoces de oídas porque todos se hacen lenguas de ella; te pesará caer en el garlito, te pesará, y les pesará a las putas preguntar: ¿Tienes con qué pagar?, decirles tú: Yo pago con mierda; enseñarles tú una torta de caca, insultarte ellas, sacarles tú una monedita de oro, y no importarles a ellas llenarse los dedos de mierda. Y tú se las aventarías, aventarías dos o tres o más bolas de mierda a las putas gordas y ellas buscarían las monedas y se acostarían contigo y te amarían y te emborracharías a tus anchas y saldrías cantando pensando: Nunca, nunca me verán otra vez dale que dale apelambrando pieles en jugo de intestinos de peces y jugo de páncreas y savia de papayo, nunca me verán descarnando las pieles con un cuchillo de plata, zurra que zurrándolas, nunca nunca; y entonces irías de pueblo en pueblo, de cantina en cantina, de burdel en burdel aventando mierda a los cuatro vientos, hasta que por lo que tú quieras y mandes, te quedarías sin moneditas y darías buena cuenta de tu suerte repartiéndola aquí y allá, y entonces un amigo te diría si no tienes trabajo puedes trabajar como peón de vía en los ferrocarriles y tú le cogerías la palabra, tú entrarías en los ferrocarriles a trabajar por años y felices días, a Dios rogando y con el mazo dando para echar raíces por fin, después de tanto andar por las ramas. Ya estaba de Dios. Y todo esto sería verdad. Tan verdad como que tú estás aquí ahora, sentado junto al estanque donde flotan las pieles de víbora y las pieles de iguana entre cortezas de mangle y palo quebracho.

*Y entonces él me dijo:*

*Sí, aquí estoy, y es verdad, pero ahora sólo tengo doce años. Faltan tres para que mande la mierda a la mierda y vaya a la casa de las putas gordas. Faltan casi cuatro para que me encarrile en los ferrocarriles. Casi veinte para que conozca a Buenaventura. Y más de quién sabe cuántos, tantos como días tiene el invierno, para que yo esté como estoy ahora, aquí, debajo de la cama, con los cabellos blancos, con una barba a pelluzgones, engurruñado, sordo, viéndote con mis ojitos bizbirondos y sin decir una palabra, sin decir esta boca es mía, porque yo nunca hablo, y no volveré a abrir la boca sino para perder a José Trigo.*

*Y entonces yo vi al viejo, al viejo frontudo que malos aires trajeron aquí. Vi sus ojitos de capulín bajo la cama del furgón de la vieja Buenaventura, que brillaban casi tanto o más que las brasas del brasero alrededor del cual estábamos sentados la vieja, Anselmo, Guadalupe, Bernabé, don Pedro el carpintero y yo. Vi sus barbas, su piel resquebrajada, y no pude imaginármelo. No pude quitarle su piel nueva rara conocer la piel vieja que había usado cuando tenía cincuenta años, y la piel más vieja que había usado cuando tenía treinta, y la piel mucho más vieja que tenía cuando tenía doce años y estaba sentado junto a un estanque donde flotaban pieles de víbora y pieles de iguana, cortezas de mangle, cortezas de palo quebracho. Y entonces dije: entonces no es cierto. Pero no paró aquí el cuento, porque la vieja Buenaventura me dijo: Sí, sí es cierto. Todo lo malo que se pueda imaginar de mi viejo, a quien Dios confunda, es cierto, porque en honor a la verdad, mi viejo Odilón, rico en pobrezas, nunca lo ha tenido; jamás de los jamases ni nunca de los nunca ha hecho algo bueno: ni con la carne de su carne, porque así como fue cilicio para su madre, fue para mí las penas del purgatorio toda una vida de mala muerte. En lo que va de ayer a hoy, el archichismoso, prototonto y ultratramposo de mi viejo me ha hecho ver mi suerte con los ojos del alma, desde que echó del campamento de Delicias al hombre que más quise, hasta que corrió con cajas destempladas al hijo de mis amores.*

*Pasaron por el campamento unas muchachas, de entereza virginal, huérfanas de hijos: llevaban mazorcas en sus enaguas.*

*Y yo dije:*

*Ahora bien, como ayer mal, madrecita Buenaventura, relataré la historia de ese hijo que dices. Haz memoria, madre, reunión de dos campamentos, que nos remontaremos a tiempos de larga data, no de ayer mañana sino de trasanteayer, y así la contaré.*

*Pero ¿valdrá la pena?*

*¿No será como arar en el agua, majar en hierro frío, sembrar en la arena?*

*De antemano te lo advierto, te lo participo:*

*¿A quién le importan las historias, las andróminas de tu santiscario?*

*No obsta:*

*A mí. A ti. Al muchacho que comoquiera fue un respiro en tu vida. A toda tu*



progenie.

*Por lo demás, se pueden quedar ingrimas, ignotas. Son gajes del oficio.*

*Pero vamos, vamos a decirlas de un improviso y de una asentada, con clarividencia y sin alegorías, sin trasquiversarlas.*

*Vamos por partes: ¿quién fue el hijo de tus amores? Luciano, hijo y nieto a la vez. ¿Dónde vivía? Aquí, en el Campamento Oeste. ¿Qué fue de él? Fue que lo trajo su padre a la montaña nevada y nimbada donde vivías, y te lo encargó para siempre. Tú dijiste: «Todo sea por Dios».*

*Y fue, por Dios, que Leandro murió. Y fue que el diantre de muchacho se quedó con ustedes. Turbulento. Un tanto voluntarioso. Un algo veleta como un planeta. Y un algo medio avisado y aguzado, creció y aprendió sus palotes, sus mecanizaciones. Vivillo desde chiquillo y con disposición para el dibujo. Y así como fue creciendo, al viejo (que más que su abuelo fue su padre), le fueron creciendo dentro la celotipia y la dentera. Vete tú a saber por qué.*

*Las enseñanzas que el viejo le dio, los consejos que tú le diste, fueron adorno de gracia a la cabeza del muchacho. Y sin embargo.*

*Llovió sobre mojado, vino el viento a grupadas, siguieron calmas chichas, y tú aguantaste los ramalazos saliendo de lodazales para entrar a cenagales, y si no perdiste la cabeza fue porque tus siete vicios se encargaron de alegrarte el corazón, de dar a luz todas las sombras de tu almarío. Y conforme los días pasaban, el muchacho era más despierto y más se interesaba por todo y por todos. El muchacho preguntaba: ¿Por qué los rieles tienen distintos colores en las puntas? Y los viejos ferrocarrileros le contestaban: los que tienen los extremos pintados de blanco, son rieles de calidad número 2, para tramos cortos; cuando son rieles X, son cafés; los rieles A, los primeros de la parte superior del lingote, son amarillos, y verdes los rieles cortos número 1, y azules los rieles más duros que tienen carbón.*

*Y el muchacho memorizaba. Así creció, y un día se casó con una mujer que era un dije, porque sí, porque su mujer no era joya de similar, porque no, porque lo digo yo: de noche hilaba, hacía telas y cintas, y las vendía, temía a Dios y en su lengua estaba la ley de la clemencia. De ella, el muchacho tuvo cuatro hijos que eran sus espejos, y él se miraba en ellos.*

*Y sin embargo.*

*Sin embargo y con embargo, el viejo feo de lo lindo, mientras más trabajador se volvía el muchacho, más decía: «Salió huero el hijo, se las echa de fachenta, se mete en altanerías», y nunca dio la permisión para el consorcio, y le cogió tirria, y le cogió inquina.*

*¿Por qué?*

*Vete tú a saber por qué. Y anda vete, que yo me quedo aquí contando lo que no faltaba más ni sobraba menos que decir.*

*Decir que el muchacho era de buten, firme y paciente como yunque, es lo de menos, y es biendecir.*

*Pero decir que un viejo fariseo y crucifijor, un entre merced y señoría cumplido como una basquiña le aguó la fiesta cuando estaba muy descuitado de la pena, sin sobre aviso ni bajo advertencia, ése es otro decir, ése es otro cantar y no es cantar victoria, porque entonces sí que hay que cantar claro, para sacar todo en ídem, mal de nuestro. Y eso es lo de más. Y lo demás es maldecir.*

*Maldita la hora en que se formó y se enmadró contigo en la montaña, y contigo aprendió a nombrar las cosas: las piedras, los días, los astros. Porque fue allí, ¿verdad?, en el Volcán, donde balbució sus primeras letras: tú lo desasnaste con el Silabario de San Miguel. Ya lo dije antes.*

*Maldita también la hora en que preguntó: ¿Dónde está mi padre? Y lloró sobre su sepulcro.*

*Y maldita aquella en la que conoció a mujer extraña, aquella cuya casa está inclinada a la muerte.*

*Porque cuando eso pasó, y te enteraste que andaba a escondidillas con una buscona, tú sabías bien lo que te pescabas: sabías a ciencia cierta de lo que eran capaces esas meretrices mundarias, esas pecadoras piscatorias a las que todo se les va en pajarear, en irse a ojeo y en señolear y echar las redes con tanta sutileza y artimaña, que no hay rapaz que no muerda el anzuelo y caiga en el cepo, cegado con tales trampantojos.*

*Y maldita la hora en la que se lo contaste a tu viejo, en que le dijiste: Lo vieron, alguien o álguienes, por una celosía, vieron que ella lo llamaba, que le decía «Ven acá», y que él, bamboleándose, más peneque que si estuviera en la punta de un mastelero, dado a la perdición, le contestaba: «Vamos de una vez». Y que iban de una vez, de dos veces, de muchas veces. ¡Ah, si tú no se lo hubieras dicho, otramente de otra suerte otro gallo le cantara!*

*Pero el viejo histrión, procurador de pobres, que por cualquier pretexto y de tramoya fraguaba escenitas y melodramas con tal de hacer notar que de nadie era comparsa, y porque no era amigo de escupir palabras a tontas y a locas, sino a prontas y a pocas, le armaría al muchacho y desde ya un dramón de padre y señor mío, de tal manera que el muchacho, ante tales peripecias, no tuviera más remedio que irse por escotillón y hacer mutis.*

*Y se lo armó, sí, pero fue porque el muchacho era un líder ferrocarrilero con toda la barba y mucha pestaña, muy cursado en líos de huelgas peliagudas y descabelladas, aunque el viejo dijo que no. Dijo que sí, que el muchacho lo levantaba de patilla y que no cejaría de tenerlo entre ceja y ceja, y no tanto por aquello, sino por cuanto sabía de sus canas al aire con una pelandusca encopetada de muy dudosa reputación, vello en pecho y no malos bigotes, que le pegaba la bigotera, es decir, le tomaba el pelo, es decir (y es hablar por hablar), lo hacía pendejo.*

*Pero esto no era verdad.*

*Verdad, la que tú y yo sabemos.*

*¿Verdad, madrecita, que el muchacho no cumplía aún trece años y ya le brillaban*

los ojos cuando se hablaba de ferrocarriles? Decía un viejo bodeguero leyendo en voz alta El Riel, o La Lucha, o alguno de esos periódicos donde los rielenses publicaban laudos arbitrales llenos de ítems y considerandos: «Mira, mira lo que dice aquí. Que se condena a la empresa a crear el puesto de Ayudante de Bodeguero en Orizaba, y que lo debe boletinar para que lo gane el empleado con más derechos. Ya lo decía yo». Y al muchacho le brillaban los ojos, ¡vaya que si le brillaban! ¿Verdad, madrecita?

¿Y verdad también que una noche de hace muchos años tu viejo te acatarró dice y dice: «Le voy a decir cuatro verdades al muchacho, le voy a leer la cartilla» y a ti se te arrasaron los ojos de lágrimas porque sabías que tu viejo camasquinco era capaz de cabronada y media cuando todo le salía al gallarín, y que aquí entrenós estabas en lo cierto y te quedaste de a seis cuando el viejo nacido para ochavo y nunca llegado a cuarto, un hombre que no era en suma sino más o menos un cero a la izquierda, en un dos por tres te salió con su domingo siete? ¿Verdad que sí?

Verdad de Dios. Ver para creer. Creer para mirar.

Mira que Buenaventura sabía, como que ella estaba en sus cinco, que el viejo se mantendría en sus trece, que de nada valdría darle mil razones un millón de veces, decirle por ejemplo: Mira que él es bueno, que lo conocen cuando se sienta con los ancianos de la tierra. Créeme que el pícaro de siete suelas saldría del furgón haciendo ochos y decidido a echarlo todo a doce aunque bien sabía que él, el muchacho, tenía de plata escogida la lengua y sus labios apacentaban a mudos.

Y ve, ve cómo llega a la casa del muchacho, y le acusa las cuarenta, y le hace pagar con las setenas el pontazgo y el portazgo, y le pone un cuatro de vuelta y media y regresa a su furgón a las mil quinientas y pico y desde entonces todo le importa una pura. Borrón y cuenta nueva. Divide y reinarás.

Así sucedería, seguro como dos y dos son cuatro, tres y dos son cinco y treintaidós y veintitrés cincuentaicinco. En eso, Buenaventura no se equivocaba de medio a medio ni se hacía cuentas galanas al respecto: lo sabía por entero y lo daba por de contado y descontado, como daba ya por hecho que el muchacho sería tentado por el poseedor de la piedra preciosa del soborno, y traicionado por el testigo falso que habría de morir con la boca llena de cascajo. (Otra cosa hubiera sido si el viejo hubiera hecho el arqueo del muchacho y apreciado que tenía más esperanzas, fes y caridades en su haber, que venialidades y mortalidades en su debe. Pero en resumidas cuentas, no fue así.)

Ella, Buenaventura, lo sabía como las letras del alfabeto. Si el viejo había dicho así, entre comillas: «Le voy a cantar cuatro verdades», por haches o por erres sería verdad. Sintiéndose muy chicho, el viejo Sotero el salvador, el mismo que alguna vez había luchado por la pensión para los deudos de los maquinistas muertos al servicio de los trenes militares, saldría del furgón haciendo eses y en zigzag llegaría a la casa de Luciano, del mismo Luciano que siempre se interesó por saber el porqué de la jornada diurna de ocho horas, el porqué del descanso semanal, los derechos

divisionales, el ascenso por escalafón, las marcas de demérito, las cuotas sindicales, y que después estudió no sólo cosas de balastado, alineación y nivelación de rieles, sino también de mecánica, hasta tal punto que merecía ser el amo de las Casas Redondas. Pues bien, al furgón de este muchacho llegaría el viejo y sin preámbulo y a título de su padre, se haría de palabras con él, y como no le gustaba gastar frases, en unos cuantos parágrafos le echaría de apóstrofes y apostrofes para llamarlo a capítulo y sin ningún paréntesis y sin quitar el dedo del renglón ni darle vuelta a la hoja con el ceño circunflejo le cantarían las verdades al pie de la letra, de la a a la zeta, de pe a pa, y dispuesto a enmendarle la plana le pondría los puntos sobre las íes y los ojos como asteriscos, y para abreviar, y como era grosero de ordinario, le diría palabrotas que empezarían con cuy con ca, con che y con pe. Todo esto lo sabía Buenaventura como sabía el abecé y el equisizeta. Porque su viejo pluscuamperfecto era malo con eme mayúscula, bruto con be de burro, vanidoso con ve de vaca, y no había nada que hacer...

Si el muchacho, igual entonces que dieciocho años después habría de recibir una regañada de pópulo bárbaro por andar en líos papalináceos y faldularios a ciencia y paciencia del viejo; si tendría que largarse; si regresaría y volvería un día, una tarde, a la borrachera y a la verriñonada; si finalmente fuera quebrantado por un hombre para quien el Señor no fue medicina a su cuerpo y refrigerio a sus huesos, y su nombre se pudriera, no había nada que hacer. Buenaventura ya no se admiraba: el mundo es el mundo, y punto.

Pero el viejo no fue esa noche a ver al muchacho, sino que estuvo hablando, él solo, en voz alta, y al fin se durmió, dejando a Buenaventura a buenas noches; y Buenaventura, mientras el viejo dormía a pierna suelta, se la pasó a oscuras, con el Jesús en la boca, sin dar una sola cabeceada, bailando minué y haciendo calcetas y calado en el banco de la paciencia sin poder consultar sus penas con la almohada y con el corazón metido en un puño dándole vuelcos. ¿Y cómo no, si Luciano era un alma de Dios, tardo en airarse aunque pronto en salir airoso de cualquier aprieto, y tenía lengua apacible que era fuente de vida? Y aunque algo le gruñía en las entrañas y le ladraba el estómago, Buenaventura no tomó ni un bocado porque se comía de impaciencia y las manos tras. ¿Y cómo no, si sabía que el muchacho siempre había vivido con la misericordia y la verdad atadas a su cuello, escritas en su corazón y ligadas a sus dedos? Y Buenaventura no pegó los ojos, porque ni por sueño creía que el muchacho, sin beberlo ni comerlo, sería el pagano que pagaría el pato, el chivo expiatorio. Toda la noche hizo sus mementos y estuvo devanándose los sesos por quitarle el hojaldre al pastel, sin dar en el clavo, y pensando: «Ya Dios me ayudará, mi viejo me dará la razón, no es posible que tenga el alma tan dura, que remueva con cuchillito de palo heridas viejas como la sarna».

No le quedó otro arbitrio que encomendar al muchacho a Dios.

Pero al día siguiente, en noramala y a la del alba sería, Dios dispuso que el viejo Viernesanto amaneciera con cara de pocos amigos y le echara un jarro de agua fría

a Buenaventura cuando ella estaba sobre ascuas.

—Voy a buscar al muchacho —le dijo—. Ahora mismo.

—Yo le hice la llorona, le dije que obraba a la trompa y talega —dijo la vieja Buenaventura y como quien no quiere la cosa le preguntó: «¿Qué le vas a decir?», como si dijera: «¿Qué hay en tu corazón?» Pero al viejo cara de betún le importa un comino, se estrega las manos plomizas y da la callada por respuesta como si dijera: «Nones, tones para los preguntones». Y con el rabillo del ojo la mira mohíno y finchado y tira a lurias a la vieja bamboche y sale del furgón quemado y palabrero diciendo a voz en cuello: «Sembraste aires, recoge tempestades; turbaste tu casa, heredarás el viento». Y la vieja, espantada, no ve al viejo lerdo y mitotero y no escucha su letanía farfullada: «Hijo de la guayaba, de la tiznada, de la chingada», salmodia el viejo y Buenaventura a pasmarotas hurgonea los carbones del brasero quejicoso y el viejo atrabiliario camina a trochemoche y machaca el nombre: «Ahora lo llama por su nombre como antes, ahora no le dice muchacho ven, sino Luciano ven, y lo va a insultar porque no se muerde la lengua, ¿y qué culpa tiene el inocente de pasarse de listo?», piensa la vieja Buenaventura y a paso de tortuga y escupiendo por el colmillo Dios nos coja confesados el viejo malquisto rumia: «Estamos aviados», piensa. «Estamos lucidos, habilitados, cría cuervos y te sacan los ojos y se alzan con el santo y la limosna, hay que aplicar un correctivo», dice y camina, enjuto y cejijunto, anda que anda y andaleando y anadeando. ¡Qué acabadero!

Llano, granjeable, noble, nervudo, gallardo como un jínjol verde. Y trabajadoramente como burro. De su natío buenmozo y malconsentidor, el muchacho saca raja de sus libros, acrisola, cristaliza rudimentos con mucha retentiva, cuando ve llegar a la chitacallando y ala callacallando al viejo camina chenchu como cascajo callacuece y dímeloandando, péscalasalvuelo. Salmodiando. Matalascallando, cógelasatientas chingotequedito. Salmodiando. Ranasisapos rayosicentellas ajosicebollas. Salmodiando. Lo ve llegar y sabe que de nada le van a valer los peros y los conques, los creíques, penseques y juzguéques, dizques y quesques, y que el viejo no se dobla, porque no es un hombre de pésames, duélemes o siéntolos. Pero sí de sepancuantos.

¿Y por qué?

Vete tú a saber por qué. Y anda vete.

Anda tú, viejo, a buscar a Luciano. Vete tú, muchacho, de estos campamentos.

Mira que aquí estás tú, a un tiro de ballesta, como siempre en la brecha al pie del cañón. ¿Te crees un águila?

Pues hete aquí que el viejo, Damián el domador, que se cree un tigre, viene echando chispas y venablos, con la lanza en ristre, y te sorprende a cureña rasa, te cae como bomba y te suelta andanas a botafuego sin saber que le puede salir el tiro por la culata y el chirrión por el palito, aunque tú no eres amigo de gastar la pólvora en infiernillos.

¿Diplomacia o protocolos del viejo plenipotenciario? Ningunos: le salió con una

excelentísima embajada que vaya. El ultimátum, las dimisorias, y el carpetazo al cartapacio de la cuestión batallona. Se acabó.

Porque a la tercera es la vencida:

—Anda.

—Vete.

—Anda, lárgate del campamento —lo increpó el viejo.

—Vete. Vete con mucho a la tiznada —dijo el muchacho que a la hora de la hora luego luego se encaró con el viejo faz a faz subiéndosele a las barbas para sacarle las liendres a boca llena. Lo desconoció el igualado, ¡y vaya torozón, vaya rabieta que le encajó! Pero no era para menos.

—De cuándo acá me retobas —dijo el viejo.

—De cuándo acá tienes derecho a andarte metiendo en mis cosas. Tú no eres mi padre, ya no te reconozco como padre —dijo Luciano, el mismo al que se le alegraban los ojos cuando los viejos ferrocarrileros hablaban de la fundación de la Sociedad de Hermanos Caldereros Mexicanos, allá por los 1903, y se le entristecían cuando recordaban el incendio que acabó con la casa de la Unión de Mecánicos Mexicana.

—Sí es verdad lo que dices, come tierra —dijo el viejo... el mismo viejo que alguna vez tuvo sus puntas y collar de líder ferrocarrilero y revolucionario, que alguna vez participó en el movimiento donde un bombero, aquí en Nonoalco, le cortó la oreja a un ferroviario.

Y el muchacho no se encamotó, cogió una calderada de tierra. Parte se la echó al colete y la mascó con sus dientes sarrosos, parte la otra que se la escupió al viejo en la cara.

Ni qué decir que este último le dio un mojicón al derecho, y un revés.

Entonces y de nuevo, fue el sanseacabó. Porque si de por sí no congeniaban, si de por no el muchacho no era santo de la devoción del viejo, mayormente acabó de caer de su gracia con las cosas que le dijo, cosas como para tentar a Dios, y con la gracia se le vinieron a los pies el alma y los palos del sombrero, se le hundió el mundo, se le juntó el cielo con la tierra y todo se lo llevó el diablo al tártaro en un santiamén.

—Y mi viejo lloró por primera vez en su vida, y por la última, porque quería al muchacho, con desapego, pero a su modo. O eso es lo que creo —dijo la vieja Buenaventura—. Cuando llegó al furgón y se fue derecho, sin decir palabra, al cofre cinerario donde yo había coleccionado tantas cosas, a mi cajón de sastre, yo vi que le escurrían dos lágrimas como terrones. Y lo vi esculcar el baúl y sacar todas las chivas: los pedernales, el ahumador y las espigas, los ratones de oro, el tabaco para mascar y los huesos. Todo lo fue sacando, también los caracoles y las ramas de abeto y las sandalias de hule, hasta que encontró lo que buscaba: las fotografías del muchacho. Yo las había guardado en la jícara del copal, escondidas entre las ortigas y envueltas con mi manto de penitencia. Pero encontró una donde estaba de niño, con un bordón de caña y un gorro con la Cruz de San Andrés, y otra donde estaba de

joven, con barbas, y las puso sobre el petate y con una navaja a una por una les fue haciendo un agujero en el lugar del corazón. Luego se desabrochó la camisa, se sacó el escapulario y le prendió los corazones con un alfiler. Desde entonces allí los lleva, y cuando camina, el escapulario le golpea en el pecho y el alfiler le punza la carne. Luego cogió las fotografías de mi muchacho y las arrojó al fuego diciendo: Desconociste a tu padre, y tu padre te tizna.

Y no dijo más. Ni esa noche, ni al día siguiente, ni una semana después, ni nunca. Yo le pregunté: «¿Te quedaste mudo viejo?» Pero no dijo nada. «¿Te quedaste sordo viejo?» Pero se quedó como quien oye llover.

Y entonces Buenaventura se imaginó todo lo sucedido y todo lo por suceder: el viejo atascado de buenas a primeras y de malas a segundas ya había corrido al muchacho del campamento y la gente de Nonoalco y sus amigos, si primero pusieron la noticia en cuarentena, después, como todos sabían a lo mondo morondo y lirondo que el muchacho era de la cáscara amarga, más papistas que el papa dieron el cambiazo y la tomaron con él, de por sí dejado de la mano de Dios. De manera que el muchacho empezó a no hallarse, a no encontrarse, hasta que de verdad no se le halló, no se le encontró por parte alguna: primero, hizo la agachadiza, segundo, cogió su hatillo, tercero, se fue a espetaperro de los campamentos, venturero, y atrás de él se fueron todas las lágrimas y los suspiros de Buenaventura, como ríos, como lluvias, como ciclones y huracanes.

—Se fue en un tren viejo que se balanceaba como una barcaza, y desde el radioteléfono del cabús nos mandó adioses. Estaba predestinado.

Así se lo imaginó Buenaventura. Y se imaginó que muchos años después, cuando Luciano regresara a Nonoaltepec y supieran que venía de Cholula, la gente ya habría olvidado que era hijo del viejo, y como saltaría a los ojos que no se mirarían cuando se vieran, que ni con mucho se parecían un poco, y que su pasar uno al lado del otro a cencerros tapados sin chistar ni mistar, maular ni paular, sin decir ni tus ni mus, ni buenos días ni tengas tú hablaría por sí solo, la gente pensaría: averígüelovargas. Cortapicos y callares.

Finió.

Pero ¿finió de verdad?

No, hay algo más qué decir: que ahora entiendo, ahora comprendo a la perfección, madrecita, por qué dices que tu viejo cotorrón cabeza de chorlito era un animal hecho y derecho:

(Porque una cosa fue que te hicieras alondras del viejo echacuervos venido de matachín a matachines y de rocín a ruin, ahora más viejo que un jabalí alunado, pero mula con tres patas desde su juventud, y otra cosa fue que te dieras cuenta de que no valía un gorgojo: eso lo veía el más topo. Era un bicharraco hecho una uva, que nada tenía de zorzal aunque presumiera de ser calamar y con tupé, de saber dónde el jején puso el huevo y de reírse de los peces de colores, porque tenía la cabeza más dura que la concha de un galápago. Decía ser más listo que un lince o

*lobo cervario, de cazarlas al vuelo, tener muchas agallas y ser tan astuto como la raposa y el caimán, y era tonto como un cuco y terco como una mula cerrera. Y cuando lo bajaban de su asno al viejo pretencioso como percebe para que hiciera el oso, no por eso el viejo pulquillas se quedaba corrido como una mona ni doblaba la cerviz, no, cogía una merluza de tomo y lomo, hablaba por boca de ganso, se quedaba pensando en la inmortalidad del cangrejo, miraba a las musarañas, y dormía la siesta borreguera como la dormiría un lirón o una marmota. Pero eso sí, el viejo lamprea era escurridizo como una anguila, hidalgo como el gavilán araniego, veleta como un camaleón, bruto como un cernícalo, más ladrón que una urraca, soplón como un búho, más abejón que un zángano y más malo que un halcón palumbario. Sólo cuando bebía estaba como pez en el agua y no le daba agua ni al gallo de la pasión: se pasaba la vida echando sapos y culebras, y por quítame allá esas pajas y en menos que canta un gallo, chillaba como un hurón y se ponía hecho un basilisco porque tenía la cabeza llena de grillos. Y porque daba gato por liebre [y por si las moscas] era mejor no buscarle tres pies al gato ya que el viejo viborezno moscamuerta tenía muy pocas pulgas. Así era el viejo avefría al que tú le pusiste todos los nombres. El viejo boca de escorpión con más nombres que el asno y el puerco, el jumento y el cochino, el borrico y el cerdo, el pollino y el cebón. El viejo de alma blanca como vencejo al que tantas veces tú le deseaste que se fuera a romanear estiércol, que se fuera a ser pasto de los grajos merenderos...)*

29 de febrero de 1960.

En este día intercalar, Manuel Ángel abandona el Campamento Oeste, y a Eduvigés, para vivir con Genoveva en el Campamento Este. No se trata de un arreglito, nada de amancebamientos: se casan por el civil y por la iglesia.

1627

*Entra el Santo Cristo a Tlatelolco.*

2 de marzo de 1960.

Miércoles de Ceniza.

1.º de abril de 1960.

He aquí que José Trigo lleva a cabo un esfuerzo titánico y salta de un tren donde olvida sus zapatos llenos de picaños, y campa de golondro en el furgón de Eduvigés.

4 de abril de 1960.

Jaula en mano, sale José Trigo, cantimpla y pánfilo, del furgón de Eduvigés al tercer día de su estancia, estrenando grandes zapatos viejos con plantillas nuevas. Lo ve pasar el viejo Isidoro.



1673

*Empiezan a construirse las quince ermitas de la Calzada de los Misterios.*

5 de abril de 1960.

El estudio sobre el aumento de salarios sufre una solución de continuidad cuando el Comité Ejecutivo del Sindicato descalifica a la «Gran Comisión» y enuncia que es a la Junta de Secretarios Locales a quien compete dilucidar la cuestión. Diéresis.

1789

*Ocurre una aurora boreal en México, en el año en que nace la bisabuela de la vieja Buenaventura.*

6 de abril de 1960.

Detentando derechos que no le pertenecen, la «Gran Comisión» ignora las resoluciones del Comité y efectúa una nueva reunión que se verifica en un local particular. La policía, esgrimiendo argumentos contundentes, se encarga de darle el cerrojazo a la asamblea: la disuelve a mansalva haciendo alarde de fuerza, cuando se encuentra en plena deliberación. Desafuero inconcebible que tendrá un séquito de secuelas.

8 de abril de 1960.

Un articulista, rico en vocabulario médico, hilvana escritos donde habla de la lucha en embrión, del síndrome premonitorio de una próxima y virulenta anarquía, de los núcleos y células de comunistas parásitos enquistados en la vida política mexicana, y que habría que extirpar con métodos de asepsia efectiva, o nulificar y canalizar por medio de una oportuna profilaxis: procedimientos preferibles a una sangrienta y extemporánea terapéutica.

1837

*Se otorga la primera concesión para construir un Camino de Hierro en México.*

13 de abril de 1960.

Al entrar en los patios de Empalme, un convoy que viaja a la velocidad reglamentaria choca con unos furgones estacionados en la vía principal. El maquinista, se aclara, había trabajado 26 horas seguidas. Los peritos determinan que son infundadas las sospechas sobre una posible negligencia criminal, por lo que aquél sale de la prisión preventiva.

15 de abril de 1960.

Viernes Santo. Vigilia.

1843

*Se autoriza la importación de cincuenta casas de madera, prefabricadas, para que en ellas vivan las familias de los trabajadores que construirán el primer ferrocarril de la República.*

20 de abril de 1960.

Los ferrocarriles nacionales —se aclara en un conocido semanario— han recibido de los Estados Unidos en las últimas fechas empréstitos por 1900 millones de pesos, lo que se traduce en intereses de 112 millones al año. ¿Quiénes son los paganos? Los causantes de impuestos, los derechohabientes. En otras palabras, el pueblo.

1853

*Se establece la Administración General de Caminos y Peajes de la República.*

28 de abril de 1960.

El Comité Ejecutivo del Sindicato y la Junta de Secretarios Locales se declaran en favor de solicitar un aumento de \$200.00 por trabajador. Se generan y multiplican los brotes de descontento, y fermentan las controversias.

9 de mayo de 1960.

La Gerencia de los Ferrocarriles recibe del Comité Ejecutivo del Sindicato un memorial o documento petitorio relativo al aumento de salarios. Durante este compás de espera los ferrocarrileros quedan a la expectativa.

1861

*El Templo del Señor Santiago es cerrado al culto y convertido en bodega de la Aduana de Santiago y almacén de armas y explosivos.*

26 de mayo de 1960.

Diecisiete secciones sindicales del interior, conjugadas en sesión plenaria, desconocen al Comité Ejecutivo del Sindicato y dan un mes de plazo a la gerencia para aprobar un aumento de \$350.00 por trabajador. Se logra el consenso de la mayoría de las secciones a este respecto, incluyendo la de Nonoalco-Tlatelolco bajo la potestad de Luciano, y se notifica que de no resolverse satisfactoriamente esta petición, ocurrirá la intermisión de las labores.

1872

*Nace en Tamoanchán la vieja Buenaventura, diezmesina, en una noche en la que llueven las andromeidas: así consta en las efemérides astronómicas. Su ombligo no fue cortado, ni fue purificada con sal ni envuelta con fajas.*

28 de mayo de 1960.

Muere el hijo de Eduviges y Manuel Ángel. José Trigo visita a don Pedro el carpintero, a quien ya le salió la muela cordal. Lo encuentra cereño y seño, guillame en mano, peluca de alisaduras.

1886

*Un viernes de ese año —o sea uno de los siete viernes siguientes a la Pascua de Resurrección—, se celebra el matrimonio morganático del viejo Todolosantos, real pendejo, y la plebeya Buenaventura, ésta apenas en edad conyugable. A la mañana siguiente, el viejo tuvo acceso a ella y la deshonoró.*

29 de mayo de 1960.

Domingo de la Ascensión. Luciano y Atanasio y secuaces: su concuñado (avúnculo de Genoveva), Manuel Ángel y otros, se reúnen... ¿En la edénica ostionería? ¿En el furgón de Luciano? ¿En el burdel? ¿En los llanos? ¿En el billar? Día de escenarios múltiples. José Trigo, pasilargo, recorre los campamentos con una caja blanca al hombro. Atrás va la grenchuda Eduviges, corta y corta girasoles; las lágrimas corren por sus pómulos manzaniles. Un fotógrafo ambulante los retrata.

1886

*Cinco noches después de la boda de Buenaventura y Todolosantos; día venturoso en el que ocurrió una cristofanía: Buenaventura conoce al que fuera consocio y condueño del viejo, y gracias al cual ella pudo capear el mal tiempo, sobrellevar sus penas eviternas, cumplir con el débito conyugal y someterse a la ley infundibuliforme —o del embudo— que le impuso el viejo. Ese hombre de carne cedrina, Santos, dejó en Buenaventura un recuerdo indeleble: con amores de cal y canto la quiso.*

Un día de junio de 1960.

Don Pedro el carpintero le encarga a José Trigo que lleve una caja a los Funerales Pescador, más allá de la Glorieta de Peralvillo, por lo que tiene que cruzar el Campamento Este. Dos veces hará el mismo camino: este día de junio, y el 2 de noviembre, Día de los Fieles Difuntos. Comienza el calvario de José Trigo.

Otro día de junio de 1960.

La intriga y el terror constituyen los métodos congénitos del Partido Comunista Nacional, se declara en un documento en el que se acusa a los rojos de haber

asesinado a martillazos al superintendente de los talleres de Aguascalientes. Decenas de ferrocarrileros llaman antimexicano y paranoico al Secretario General del Sindicato. A su vez, son acusados de realizar labor de zapa utilizando métodos espundios.

1895

*En este año de la centuria próximapasada, en un día de febrero, ocurre el famoso descarrilamiento de Temamatla.*

27 de junio de 1960.

Crisis: cumplido el mes de plazo que se dio a la empresa para conceder el aumento de \$350.00 por trabajador, se efectúa un paro general de 4 horas en todo el sistema ferroviario de la República. Seniles senadores y diputados diputados de ineptos, todos ferrolanos, repudian públicamente este paro, así como representantes de diversas esferas sociales.

1908

*El gobierno adquiere el 51% de las acciones de los ferrocarriles, iniciando así la mexicanización de los Caminos de Hierro que cruzan nuestro territorio.*

28 de junio de 1960.

Un vocero del Sindicato Mexicano de Electricistas, alarmado por el sesgo de los acontecimientos y las posibles consecuencias, declara con firmeza su abstención en el conflicto y, sin personalizar o singularizar, asevera que las pretensiones de los ferrocarrileros son desorbitadas, que la táctica se aparta de todo realismo procedente, y que las medidas tomadas son medidas nocentes que redundarán en descrédito de la lucha y de los intereses obreros. Aduce también que se contraviene a la Ley y se parte de premisas falsas con esas actitudes que es necesario modificar a fin de obviar dificultades y dirimir obstáculos. Proscribe el uso de la violencia. Se trata, desde luego, de una finta inadmisibile.

1920

*Nace Guadalupe, en Almoloya —lugar donde mana el agua—, Estado de México. Fue su natal un día de verano de aguas verdes y azules. Las calles que están al Oeste de Nonoalco le recuerdan a su tierra, cuenca de antiguos Lagos: Zumpango, Xaltocan, Texcoco, Chalco, porque tienen nombres de lagos y mares: Mar Amarillo, Mar Tirreno, Mar de Irlanda y Lago Constanza. Por el Estado de México pasan entre otros los ferrocarriles que van a Acámbaro, Puebla, Laredo y Guadalajara.*

*Guadalupe nos cuenta su historia:*

*¿Recuerdas, Guadalupe, aquellas pomas azucaradas y encarnadinas? ¡Que si se*

acuerda! Manzanas incircuncisas, manzanas serondas que él, Guadalupe, y ella, Dulcenombre —así se llamaba—, pertigueaban de los árboles cuando estaban que se caían de manzanas. Azucaradas, sí, y para eso no hizo falta que Guadalupe pusiera las simientes en infusión de canela y ámbar gris. Como tampoco fue necesario que él, Guadalupe, se sacara sangre un viernes de primavera para hacer con ella y con hígados de paloma y con testículos de liebre unos polvos amorosos. Pero de haberlo hecho, Dulcenombre los hubiera bebido revueltos con la leche que sabía a yerbabuena, y que ella tomaba todas las noches en un gran tazón antes de invocar a la Santa Cruz de Caravaca, abogada contra rayos, centellas y tempestades, y ala que Dulcenombre rezaba la oración contra las nubes de sangre y agua que tenía en los ojos su padre, Nicanor Santamaría. Sus ojos de plata encantada. Porque Guadalupe y Dulcenombre eran hermanos. Somos todavía, ella vive en algún lugar del mundo. Eran, porque hace muchos años ella se murió en tu corazón. Pero cuéntanos tu historia, Guadalupe, habíamos de las vacas con muescas en las orejas que tu padre tenía; de los zacatales donde se daba la yerbabuena y por eso las vacas daban leche con sabor a menta; del huerto de las manzanas tan bien comarcado que formó tu padre robándose almácigas de la carga de los trenes, y de todas esas historias que ya nadie cree. ¿Por qué? ¿Para qué? Todo está muy lejos y sería como hablar en sueños. ¿Y quién de ustedes me va a poner en la cabeza un corazón de mirlo para que yo diga la verdad?

Guadalupe Santamaría nació en 1920. Su padre, Nicanor Santamaría, trabajaba entonces en el Ferrocarril Mexicano. Desde temprana edad, ya muerta su madre, Guadalupe se sabía de memoria el cuento de lo sucedido el año en que nació. «Yo era del comité de huelga», decía Nicanor. «Y, además, un antiguo miembro de la Unión de Conductores, Maquinistas, Garroteros y Fogoneros. Hacía ya varios años que cancelaban los contratos colectivos y los cambiaban por reglas injustas, y hasta llegaron a suprimir las franquicias telegráficas, los pases, los descuentos de las cuotas sindicales de la raya y las vacaciones. Pero no aguantamos más. Tú tenías como seis meses de nacido cuando estalló la huelga y en unas cuantas horas abandonamos el trabajo. Aquélla fue una de las pocas veces que nos hicieron caso. Los hombres del Primer Batallón de Línea que estuvieron cuidando las oficinas del Ferrocarril, nos respetaron; el Congreso nos dio un voto de simpatía y el presidente, como era el árbitro, nos dio la razón en un laudo todo lleno de considerandos donde decía, entre otros asuntos, que se condenaba a la empresa a pagarnos los salarios caídos. Nos dio tanto gusto entonces, que a la primera locomotora que salió de México le hicimos una guirnalda de rosas y aunque ya estaba un poco vieja la bautizamos de nuevo, le pusimos La Cambuja, y yo me la traje y cuando pasamos por el puente de Metlac, a todo lo largo, y fíjate que tiene como ciento cincuenta metros de punta a punta, hice sonar el silbato y el silbatazo fue rebotando por el barranco y se quedó adentro. Cuando pases por allí, para la oreja y lo oirás. Dicen que es el viento, pero yo sé que no es cierto. Total que para no hacerte el cuento muy largo, te

diré que le mandé un telegrama a tu madre que entonces no estaba aquí porque nos habíamos peleado y te fue a tener a casa de tu abuela, y allí se quedó. Le dije: “Los manzanos están en flor. Regrésate con mí muchacho y tráeme un garrafón del pulque rompopé que hace tu madre. Te manda saludar Eleuterio el telegrafista. Ándale y no te hagas la regatona”. Y tu madre regresó, y no pasó un año y me despidieron del ferrocarril junto con nueve mil compañeros más. Poco le faltó a tu madre para aliviarse antes de tiempo, con el disgusto que tuvo, pero Dulcenombre nació a buena hora. Claro que después vino esa fiebre púrpura que se la llevó a tu madre a la tumba y luego esas nubes en mis ojos. Quién iba a decirme que yo me iba a quedar ciego, después de tantos viaductos, puentes y alcantarillas y túneles que vi. Después que vi crecer los manzanos que me fui robando de la carga, uno o dos de cada viaje; qué iban a darse cuenta los consignatarios, entre tantos. Pero ahora ya no puedo ver si tú los estás podando bien. A lo mejor no haces bien los injertos en los enanos del paraíso, o no les pones bien las arandelas, o no les quitas las garrapatas a las vacas, y me dices que sí. A lo mejor la cochinilla ya cubrió las manzanas de algodón sucio, como cubrió mis ojos, y me dices que no.»

Ah, sí, de todo esto se acuerda Guadalupe, y sobre todo de una tarde, cuando estaban en la huerta, vareaban las manzanas, solmenaban los árboles... y de cuando ella, Dulcenombre, cogió dos manzanas de la canasta, ella, que estaba en cuclillas junto a la canasta llena de manzanas rojas. Cogió una manzana con cada mano y se levantó, doblando los brazos, llevando casi sin sentirlo las manzanas a su pecho, que era liso como el de una paloma, y de pronto vio que Guadalupe la miraba con ojos que ella no conocía en él, y entonces como si tuviera miedo de que él le fuera a robar sus manzanas, sin querer las oprimió contra su pecho, que era liso como el de una niña de doce años, y así se quedó un momento, sosteniéndolas junto a su pecho y viendo a su hermano que la miraba como nunca antes había mirado a nadie y menos a ella. Y Guadalupe, sin saber por qué lo hacía, sintió unos deseos grandes de acariciar las manzanas y ella de retenerlas junto a su pecho, liso como la piel del agua, y de que su hermano las acariciase, a ellas, a las manzanas que Dulcenombre sostenía por abajo, como una mujer que sostuviera sus pechos, y Guadalupe las acarició, lenta, dulcemente acarició las manzanas recién cortadas, mirando a Dulcenombre a los ojos, y ella se dejó acariciar, con vergüenza y con coraje pero también con arrobamiento, sin saber, sin explicarse por qué lo hacía su hermano y por qué ella lo dejaba hacer, o tal vez empezando a comprender, tal vez sintiendo que en alguna ocasión ya habían vivido aquellos instantes, y que esa ocasión estaba muy lejana, y no podía recordar cuántos años tendrían que pasar todavía para vivirla por primera vez. Y por mucho tiempo, tanto que ella bajó los ojos un poco por vergüenza y otro poco para ver las manos de su hermano, estuvo él acariciándolas, hasta que las manzanas le dolieron en la sangre, hasta que las manzanas fueron en verdad sus pechos y su hermano los acariciaba por las noches, su hermano que esperaba la medianoche cuando el viejo Nicanor roncaba como un bendito para ir de puntillas

hasta la cama de Dulcenombre, para levantar la cobija y desabrochar el camisón y acariciar y besar los pechos de Dulcenombre hasta que le dolía el varón que tenía adentro. Y también en el día, también cuando el padre estaba frente a ellos hablándoles de viejas supercherías y de ánimas en pena: ella desnudaba sus pechos, y él los acariciaba con las yemas de los dedos, casi no tocándolos, casi no sintiendo el endurecimiento de los pezones que ella lavaba por las noches con té de yerbabuena, y que algunas veces untaba con sal húmeda para que los lamieran los becerros, y casi no oyendo cuando el padre decía: «¿Por qué lloras, Dulcenombre? No es para tanto lo que estoy contando». Y Dulcenombre respondía: «Sí, padre, me da miedo lo que usted cuenta. Yo no sabía que los muertos vienen en las noches para jalarles los pies a los vivos. Si a mí me lo hicieran me moriría de miedo. ¿Tú no, Guadalupe?», y respondía Guadalupe: «Yo también, Dulcenombre», y decía Nicanor: «Cuando eso te sucede, es que tu muerto que te jala quiere ya que te vayas con él».

Y pasaron muchas noches, y Dulcenombre estaba cada vez más pálida, y Guadalupe cada vez más callado, y Nicanor cada vez más flaco y tembloroso. También Nicanor hablaba poco, y cuando lo hacía era para decir: «Me voy a morir un día de estos». «Pero por qué dice eso, padre», le preguntaba Dulcenombre, y Nicanor respondía: «Yo lo sé, yo lo sé y nadie más».

Una mañana, Nicanor ya no se levantó. En su rostro, arrugado como caspia, le aparecieron las herraduras de la muerte. Se diría que, hechizas, por lo grandes, y sus ojos de por sí nublados se le pusieron más y más vidriosos. Pasó el tiempo, se le decentó la piel de todo el cuerpo, y las úlceras se le llenaron de aguadijas. Una tarde, se le perfiló la cara, se le desencajó el semblante, y en la noche, cuando Guadalupe se levantó y le jaló el pie a su padre, lo sintió frío y tieso como el de un muerto. Entonces, por primera vez en muchos meses, llegó hasta la cama de Dulcenombre, levantó las sábanas y le besó los pechos. Dulcenombre le habló en sueños, le dijo: «¿Por qué no habías venido, hermano?», y Guadalupe le contestó: «Tenía miedo de mi padre, pero ahora él ya no nos puede oír». «Que Dios nos perdone», dijo Dulcenombre en sueños. «Dios está dormido», dijo Guadalupe. Aquella noche, Guadalupe besó la tierra y bebió todo el sueño de la tierra: todas las palabras que Dulcenombre le decía en sueños: «Me lastimas, hermanito, te quiero, hermanito, te quiero otra vez, hermanito», y el olor a sudor y sangre y el sabor a manzanas y yerbabuena y a palabras lo fue bebiendo largamente, a grandes tragos, y lo fue orinando dolorosamente. Después se reclinó, como a la orilla de un río, y se quedó dormido. Y no supo más hasta que Dulcenombre lo despertó: «Despierta, Guadalupe, creo que mi papá está muerto». Y Guadalupe se levantó, lo vio muerto, salió de la casa, se fue al establo y se tiró al suelo, bocabajo, para llenarse las manos y la boca de boñiga fresca, y dijo en voz alta: «Padre, perdóneme, padre, no crea que yo no lo quería y no lo respetaba, pero usted ya estaba muerto y era lo mismo. Y ahora, padre, que usted ya sabe, me habrá perdonado. Allá donde está

estará más contento». Después se levantó y se echó bajo una vaca, esta vez bocarriba. Le exprimió las tetas y se bañó el rostro con leche. Se levantó y sin secarse la cara, todavía con gotas blancas en el pelo y en las pestañas, regresó a la casa, le puso a su padre una barbillería para cerrarle la boca, y luego se fue al pueblo para arreglar lo del entierro. Pasaron muchos días más. Guadalupe se iba todo el día al campo y regresaba hasta la noche. Dulcenombre lo esperaba para calentarle la cena y le decía: «Ahí te dejo la comida, Guadalupe, yo me voy a acostar porque tengo mucho sueño y anoche quién sabe qué tantas cosas soñé que no me acuerdo, que me desperté muy de madrugada y no volví a dormirme». Y Guadalupe le decía: «Sí, ándale, que yo sí dormí muy bien y creo que ahora me voy a quedar afuera un rato tomando el fresco». Y otras veces le decía Dulcenombre: «Guadalupe, yo creo que sería bueno que buscaras mujer», y él decía: «Y tú que buscaras marido, Dulcenombre».

Después como siempre, como todas las noches, Guadalupe se levantaba, caminaba hasta la cama de Dulcenombre y muy despacio y en silencio para no despertarla, alzaba las cobijas y la amaba. Y Dulcenombre soñaba y le decía en sueños: «Ahora como los perros, Guadalupe», y Guadalupe la montaba como los perros, sin decirle una sola palabra, sin quejarse una sola vez, para no despertarla. Y una noche él llegó con un corcho quemado y dibujó una cara en el vientre de ella. Ella le preguntó: «¿Qué haces, hermanito?» Y él habló: «A los lados de tu ombligo estoy dibujando dos ojos. Abajo de tu ombligo estoy dibujando una nariz, y abajo están las barbas y la boca. Es la cara de Dios, que nos está viendo». Y ella le dijo: «Que Dios nos perdone». Y Guadalupe dijo: «Dios tiene hambre».

Y una noche, la última vez que se amaron, ella le dijo en sueños: «Guadalupe, hermanito, vas a beber de mis pechos leche con sabor a yerbabuena», y él preguntó: «¿Por qué, Dulcenombre?», y ella le contestó: «Qué tonto es mi hermanito, voy a tener un hijo»; y esa noche Guadalupe dejó sola a su hermana, esa noche sí que se salió a tomar el fresco, hasta que amaneció. Después salió Dulcenombre de la casa y le preguntó: «¿Te levantaste muy temprano, Guadalupe?» Y él le dijo: «No, no he dormido». «¿Por qué, Guadalupe?» «Por lo que me dijiste ayer.» «Ayer te dije que se robaron una vaca, pero no era para tanto.» «No, por lo que me dijiste del hijo.» «¿De cuál hijo?», preguntó Dulcenombre. «Del que vas a tener.» «Yo no voy a tener un hijo», dijo Dulcenombre. «Sí, Dulcenombre, vas a tener un hijo mío.» «Estás loco», dijo Dulcenombre. «No, no estoy loco, yo me acuesto contigo todas las noches», dijo Guadalupe. «Te digo que estás loco, Guadalupe», dijo Dulcenombre. «No, no estoy loco, yo me levanto todas las noches mientras tú duermes y te hago mi mujer sin que tú te des cuenta», dijo Guadalupe. Y entonces Dulcenombre lo miró con los ojos abiertos y le dijo: «Vete, Guadalupe, y no vuelvas nunca». Y Guadalupe se levantó y se fue.

29 de junio de 1960.



Se lleva a cabo un paro general de seis horas, que abarca a todo el sistema. En Nonoalco-Tlatelolco ocurre una manifestación gigantesca a la que se unen organismos sindicales de otros gremios, cuya opitulación han interpelado los ferrocarrileros.

1924

*Por decreto del Primer Magistrado, son devueltos los Ferrocarriles a sus propietarios originales.*

30 de junio de 1960.

Paro de ocho horas en todo el sistema. Se afecta al turismo, a los usufructuarios particulares, a la banca, a la industria agropecuaria, al comercio, etc. Los periódicos, matutinos o no, tabloides o no, enfocan el problema desde ángulos extremistas, por medio de editoriales y otros artículos de fondo. Entrevistas de corresponsales extranjeros con los líderes del movimiento.

1927

*En este año del Señor, no desoyendo la anúteba o llamamiento al combate, y siguiendo los connaturales impulsos de su maldad hipodérmica, el viejo factótum Circuncisión se lanza a una lucha depopuladora en la cual no quedaría ser piante ni mamante: la Guerra de los Cristeros. Perito en neurobalística, experto en celeústica como se ha dicho, llegó a las faldas del Volcán de Colima la víspera de San Antonio Abad.*

1.º de julio de 1960.

En este segundo semestre, el movimiento entra a una nueva fase: la Presidencia de la República anuncia, por medio de un lacónico comunicado, que se ha concedido un aumento de \$215.00 por trabajador. Sin embargo, este aumento no se incluye en los tabuladores, por lo que no se tomará en cuenta para el pago de indemnizaciones, incapacidades profesionales, aguinaldos y otras prestaciones e incentivos varios.

1927

*El 8 de diciembre, día de La Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, llega Luciano al Volcán de Colima. ¡Cómo lo popó, cómo lo consintió Buenaventura!*

4 de julio de 1960.

La «Gran Comisión Pro Aumento» decide reestructurar el Sindicato de los Ferrocarriles.

1928

*El 30 de enero es destruido el monumento a Cristo Rey del Cerro del Cubilete.*

1928

*El día del Santo Ángel de la Guarda, primero de octubre, se inicia en el Volcán de Colima la Batalla de los Ángeles.*

5 de julio de 1960.

El Comité Ejecutivo del Sindicato presenta su dimisión. Las autoridades del país reconocen de inmediato a los suplantadores suplentes, a quienes se incrimina de testaferros.

1931

*La Iglesia de Santiago Tlatelolco es declarada «monumento colonial».*

6 de julio de 1960.

Por medio de una convocatoria, la «Gran Comisión» emplaza a los delegados de las secciones para elegir un nuevo Comité Ejecutivo.

1937

*Por decreto presidencial, son expropiados y nacionalizados los Ferrocarriles.*

8 de julio de 1960.

Se efectúa el plebiscito, a pesar del obstruccionismo desatado por algunos elementos. Los representantes de las secciones ejercen el derecho de voto bajo la supervisión de una comisión tripartita. El escrutinio revela que el nuevo Secretario General, izquierdista, ha sido elegido por mayoría absoluta. No se habla de elecciones fraudulentas, pero sí de coacciones. A Luciano, líder de Nonoalco-Tlatelolco, se le confiere un puesto de vigilancia.

1939

*Llegan a Nonoalco Atanasio y su mujer. Ya después nacerán sus hijas, por camadas.*

1940

*Nace Anselmo, en Ehecatitlán —lugar de vientos—, estado de Hidalgo. Fue su natal un día de primavera en que hubo arcoíris. Tierra de minerales: cobre, fierro y plata. Las calles que están al Norte de Nonoalco, en la Colonia de los Trabajadores del Hierro, le recuerdan a su tierra porque se llaman Moldeadores, Fundidores, Latoneros, etc. Por Hidalgo, aunque no cerca de Ehecatitlán, pasa el Ferrocarril Mexicano, y también el que va a Laredo.*

16 de julio de 1960.

Las autoridades no sancionan la personalidad de los nuevos dirigentes ferrocarrileros, echando mano de un muy socorrido, muy sobado argumento: «No llenan ciertos requisitos estatutarios». Morosidad que desespera: antesalas y antecámaras, recibimientos aplazados, trámites, decencia, ocurso como último recurso... todo es en vano, por lo que los ferroviarios deciden no postergar más la lucha. Paro de una hora en todo el sistema.

1941

*Un gran terremoto sacude los estados de Colima y de Jalisco; los aludes y deslaves arrebatan terraplenes y explanaciones del ferrocarril.*

17 de julio de 1960.

La empresa se niega a entablar pláticas a fin de posibilitar una nueva transacción. Nuevo paro total, esta vez de 3 horas. La gerencia amenaza con rescindir los Contratos de Trabajo. La interminación es clara.

1942

*Luciano, ya bien embarbecido, comete el despropósito de contraer matrimonio y patrimonio con María Patrocinio, con la que ya había tenido relaciones antenuptiales. El mismo año parte hacia Cholula, infligiendo intrincada aflicción a Buenaventura.*

18 de julio de 1960.

18 horas con 30 minutos: las fuerzas armadas invaden el casalicio del Sindicato de Ferrocarrileros.

21 horas: paro total e indefinido en todo el sistema ferroviario. Se solicita el respaldo de otras organizaciones obreras.

19 de julio de 1960.

Las autoridades reconocen al nuevo Comité Ejecutivo del Sindicato e ignoran a los excluidos usurpadores. Los ferrocarrileros salen así airosos, librando un escollo más, y retornan a su trabajo. Zurruscos.

1948

*Se propone, con toda seriedad, construir un ferrocarril decavía para transportar barcos a través del Istmo de Tehuantepec.*

21 de julio de 1960.

Toma de posesión del nuevo Comité Ejecutivo. Vahajes.

1951

*Llegan a Nonoalco Manuel Ángel y su madre.*

1959

*En el mes de mayo, llega Eduviges al Campamento Oeste.*

23 de julio de 1960.

El Comité Ejecutivo del Sindicato presenta a la gerencia de los Ferrocarriles el proyecto del Contrato Colectivo de Trabajo, en el cual, además de plantear ciertas reformas de importancia menor, se exige el 16.66% de los \$215.00 concedidos, y la extensión del servicio médico y de medicinas a los parientes que dependen directamente del trabajador. Vendavales.

*Un día cualquiera,*

*me cuentan que el cura de los cristeros, hombre de verborrea proverbial, versado en expresiones gerundianas y vocablos campanudos, muy dado a los réspices y a las perífrasis, soñaba redactar en buen romance una parénesis esotérica y peripatética dirigida tanto a la clerecía como a todo conciudadano, inclusive repúblicos y primates, y exclusive iconoclastas, apóstatas y pecadores obstinados y descatolizados, donde: hace una tempestiva disquisición de la atingencia que existe entre los acontecimientos vicisitudinarios que han llevado a la cristiandad a la liza en detrimento de la devoción debida al Almo Creador. Examina luego los sucesos contingibles, extrínsecos e intrínsecos, consecretarios de una lucha perfunctoria, así como los objetivos exequibles, y llega a conclusiones inconcusas: hace un llamado al fuero de nuestra conciencia y a nuestro altruismo para que, en puridad, y sin integumento alguno, a nuestra vez hagamos el juramento asertorio que nos agregue con pugnaz impulso, y presentáneamente, a la bandería de Cristo Rey, a la oficialía de campeadores cuya victoria, indeficiente e ineluctable, hará posible vindicar, sin inducía ni tregua, la afrenta sufrida; nos exhorta a abandonar la lenidad que nos hace cohonestar la obduración de todos aquellos pirrónicos infatuados que por su nesciencia e irreligión son merecedores de las más infamantes gemonias; nos recuerda que todas aquellas gracias gratisdatas infusas en el alma —esa sustancia lata e inmatura que informa el cuerpo— son perfectibles, y concluye diciendo que por lo tanto, al agregarnos a la grey belicosa, nuestras vidas tendrán un fin plausible y no serán inanes nuestros esfuerzos para laxar la ira del Señor a fin de que él se digne exaudir nuestros ruegos, pues la prestancia de las preces con las cuales nos lauree, nos servirá como salvoconducto para pasaportarnos a ese lugar amenísimo que es el Paraíso, quitos de pecados.*

POR UNA parte la casa de Luciano, en el Campamento Oeste, estaba formada por cuatro vagones, todos sin ruedas y desmantelados por dentro. O, para ser más exactos, por tres vagones y un furgón. En un principio fue uno, sin más aspiraciones. Luego, cuando Luciano regresó de Cholula y empezó a ascender en el escalafón ferroviario, se consiguió otro que colocó esquinado con el primero. Y así hasta que fueron cuatro que formaban un cuadrángulo con el jardín en el centro, un vergel colorido donde María Patrocinio, floricultora empírica, había sembrado rosales multifloros, un durazno que ya tenía algunos serpollos, alcatraces y esbeltos acantos espinosos. Manufactura de rodrigones. Gruesos. También un limonero, un naranjo y otras agruras cuyos ramajes, languor, derramábanse rebasando los techos de los carros. Lentor. No brillaban por su ausencia en este jardín, como es de imaginarse, los girasoles silvestres característicos de los campamentos. Se entrecriaban y entrelucían con las plantas sativas. Malhojo. Gorjeos.

Fue en el furgón de Luciano, un 29 de mayo.

Por otra parte, la ostionería El Edén, nada paradisiaca por cierto, estaba en la Calle del Cedro esquina con la Calle del Clavel, y por lo tanto no distaba sino unas cuantas cuadras del Campamento Oeste. Céntrica ubicación. Amplio local. Existe la certidumbre de que tenía mucho de tasca clandestina, y olía no sólo a esa fabulosa mixtura aromática que daban el pescado en escabeche, las especias, las angulas, el cilantro, la mostaza, las panojas de boquerones, sino también a humo y bebidas espirituosas. Té de quila, pedían los ferrocarrileros y los oficinistas y empleados burócratas cuando llegaban, bastante cansados de la chamba, y por lo regular se lo servían, puro de agave, en tacitas descarapeladas con su salero y su rodaja de limón sequeroso, a un precio razonable. El principio del fin de la quincena. Mucha animación. Nada parecido en los contornos. Al dueño, enano del tapanco, le llamaban el *Chacuaco* porque fumaba que daba gusto, coleando los cigarros. Su esposa la hacía de cajera.

Se reunieron en El Edén, y fue un 29, sí, pero de junio. Anacronismo.

Claro que Luciano podía haberse mudado del campamento en cuanto aumentaron sus ingresos y vivir holgadamente, si no en una residencia al menos en un departamento de varios aposentos. Pero se empeñó en no hacerlo. Qué esperanzas: apostasía sin redención posible. Allí estaba su vida. Sus ilusiones, sus desengaños. Allí había empezado a politiquear, a escribir las diatribas en contra de líderes charros (que en

vano dio a la prensa, pero que después publicó en panfletos impresos en mimeógrafo, así que no se quedaron inéditas). Y allí también había hecho sus pininos como orador, cuando en sus peroratas preconizaba a los pocos líderes honestos, que de haberlos, los había. Sus estudios. Incontables sacrificios en aras de la ciencia de los Caminos de Hierro. Absorber tecnicismos y terminologías viales, ferroviarias y no: un caballo de vapor equivale a 75 kilográmetros, el cuadrante del meridiano, códigos de señales, reducir pulgadas a centímetros, reglamentos, etc., etc. Aprendiz de todo sin especializarse en nada: superación superficial a base de conocimientos pragmáticos. Así que lejos de acarrear con la vieja mecedora donde María Patrocinio, aguja en mano y dedal en dedo, se sentaba en las tardes a recoger bastillas o por el contrario a descoser valencianas, y con el bargueño que le había regalado su madre-abuela Buenaventura y la consola y la silla de respaldo de lira y otros enseres y chácharas, decidió agrandar su casa, amueblarla más, acondicionarla, en fin: subir su nivel de vida en los propios terrenos donde estaba tan arraigado. Cuestión de adaptarse. Enredaderas de muchas campanillas, con flores de muchas polendas, cubrían las fachadas de los cuatro carros. Inclusive la antena de la televisión, que campea en la actualidad en el furgón del Norte, está cubierta por una bugambilia; o «camelina», como la llama María Patrocinio.

Y es que la gente recuerda, pero cada quien a su manera.

Casi todas las mesas de El Edén eran redondas, con cubiertas de fórmica amarilla. Las sillas, plegadizas, eran de lámina. Tras el mostrador de granito empotrado en la pared, en los entrepaños del anaquel o vasar, se distinguían los cascos de las bebidas gaseosas. Relumbraban, chispeantes y heterogéneos. Orange Crush, aurianciáceo. Ginger Ale Canada Dry, cingiberáceo, y otros tales como aguas mineralizadas. Placer ocular. Así como latas con néctar de pera, inmortal ambrosía de piña, elíxir de mango. Macedonia de frutas. Calidoscopio.

Fue un 29 de mayo, porque ese día José Trigo y Eduviges fueron a enterrar al niño.

En el centro del jardín, estaba la garita o W. C., una caseta que alguna vez estuvo en la esquina del Pino y la Crisantema. Desclavar, clavar, desbisagrar la puerta, volverla a engoznar. Pero valió la pena. Lo llevó a cabo sin muchos desperfectos.

Sí, fue el día en que enterraron al niño, pero fue en junio, te digo, el día anterior al paro de ocho horas...

Para llegar al baño de los adanes, señalado con la calcamonía de un bombín (mejor dicho, calcomanía), y que estaba situado en la covacha de la escalera junto a un lavamanos, había que sortear varias cajas y cajones de madera y cartón que contenían

los envases vacíos, cochambre, y una que otra escupidera rebosante de gargajos y picadura de tabaco. Microbios. Y adentro, olor a amoníaco y a naftalina, mojonos de excremento ocre que navegaban en los orines. Nadie se ocupaba de jalar la cadena. Dibujos más que pornográficos: obscenos, escabrosos. No los veas. Connivencia. Solado de cemento y friso de azulejos.

Bueno, lo que importa es lo que pasó, no cuándo ni dónde.

Por fondo, un diorama. Gama de clarimentos: del amarillo gualdo al rojo encarnado. Gradualmente. La coronaria mueve al segundero. El índice menor del reloj cronómetro de Atanasio marca las ocho en la carátula: de una noche de nubes que se conglomeran, o de una mañana de nubes ralas, esfuminadas. ¿Chueco, el reloj? Le da cuerda. No extraplano: calentador de bolsillo.

Atanasio el cacarizo alzó la vista. Con sus ojos de astígmata, brillantes tras las lunetas de las antiparras, entrevio la bombilla: 40 vatios. Dioptrías. Corriente alterna de 110 voltios. Y zancudos, palomillas sanjuaneras. Se quitó los lentes, los avahó, los limpió y se los caló. La sombra de su cuerpo, esbatimiento, se proyectaba sobre las piedras, sobre las yerbas, sobre los terrones minerales color circonio. Sol semidiáfano batía.

Tomó del corbatero una corbata apropiada para la ocasión, no una convencional. Era domingo y había que estar presentable; ataviarse con zapatos relujados. Charolazo.

La anudó. No estaba perfecta que digamos.

Pero reanudó sus esfuerzos hasta que quedó irreprochable. Fistol. En el internodio se encasquetó una boina vasca. Agachupinado.

—¿Nos vamos? —le preguntó a su concuñado. Parentesco político. Un hombre de sanguínea complexión hercúlea, con bigotes de villano, simplón, capaz de pulverizar un ladrillo (eso decía), o partir en dos un directorio telefónico. ¡Que lo fajen! ¿Era fuereño? No, shilango, o sea originario del De Efe, sólo que radicaba en el Norte. También ferrocarrilero.

—¿Cómo?

—Que si nos vamos.

Caminaron hacia el furgón de Luciano. Hospitalario con sus huéspedes, el cabresto. Un cartel: hombre de esmokin hecho un dandi y mujer con estola de visón y de postín. De visión. «Tome Vermut X.»

La tortuga disecada, de carapacho de carey, lo veía con sus ojitos muertos. Herejía. ¿Era una caguama? Y de allí, a la pintura al fresco: ballenas, sirenas. Luego la sinfonola, sinfonía de color, prisma.

—¡Pssst! Siempre sí tráeme una cerveza —dijo Luciano, «Colosal», a una muchacha caderona de ojos color de colirio. Pupilas dilatadas. ¿En qué quedamos? ¿No que ya no ibas a tomar? Relapso. Otra vez la burra al trago. Desde aguamiel

hasta aguacola.

Filete de robalo: \$5.00. ¿Me lo echaré al plato?

Piscicolabis regio.

La cameló. Pero se trata de sedar la sed, de mitigarla tan sólo.

María Patrocinio trajo el café. Decantó el contenido de la olla. Sedimentos. Era un café clarucho y, para Luciano, con leche. Le quitaba el sueño. Culpa de la cafeína.

O coctel de camarones, \$2.50. Coctel, no coptel, así estaba escrito en la carta, impresa en marquilla. Caldillo rojo. Aguacate.

La puso en el mantel de plástico ¿o era linóleo? con losanges de color anaranjado subido.

Etiqueta desgarrada, la corcholata suelta sobre el pico de la botella color ámbar. Llegó González, apellido patronímico, célibe y amigo de Manuel Ángel el yerno de Atanasio.

Cuando ella colocó la olla cafetera, por la escotadura del vestido se le vio el principio del sostén. Vaporización. Se deslía. Cutis marchito, el de la región subclavia. Manuel Ángel, que había llegado antes, saludó a González. Éste tomó asiento.

En la carta, también, un ingenioso soneto en honor del pescado en general.

—¿Tú de bastón? —le preguntó a Manuel Ángel. «Es de mi suegro, me lo prestó.» ¿Mordida de perro en el calcañar? No, se torció un pie: tendón malherido por lo que imposibilitado por una semana. La parálisis andando. González se retrepó en la silla. Poco más es fractura y hay que enyesar.

—Buenas chiches, preciosa.

Pelado.

—No la acapares, mano.

Y burdo.

—¿Usted quiere más café? —preguntó María Patrocinio a Manuel Ángel.

Manuel Ángel, Atanasio, González, ¡vaya trío, triunvirato!

—No —monosilabeó el aludido. Sopeó el pan.

Luciano brindó: salud (y pesetas, dijo el otro).

Levantó la taza. Nata natátil. Apenas una telilla.

Bebió, chiquiteándola, la cerveza. Casi congelada de tan fría. Refrigerio. ¿Me das una probadita?, susurró la mesera al pasar a su lado, llevando un bandejón, en volandas y en lo alto. Cariátide. Otras veces, ni un lazo le echaba: medio arisca, medio estirada, y castigadora en suma. No le contestes, que interprete tu silencio. Respóndele, sí, con el látigo... aunque te guste particularmente. De tu desprecio. Bocera de giste.

—Bueno, al grano, ¿para qué querían verme?

Desembuchen.

Porque la gente recuerda. Cada uno, cada quien a su manera. Cada uno recuerda lo



que vio, lo que oyó, lo que pensó y lo que hizo en aquellos días de mayo (junio) del año de José Trigo. Una olla con leche torcida, cuajarones flotando en el suero. Para la sopa de tapioca. Rasgueo de una guitarra por un rascatripas. «Se le dio un plazo perentorio a la gerencia.» Los granaderos nos vienen guangos. Y no sólo aquel 29 de mayo, día de Santa María Magdalena de Pazzis, 149 días transcurridos, 217 por transcurrir, en que José Trigo con una caja blanca al hombro...

El motivo principal.

Se relamió. La huella, circular, en el revestimiento de la mesa. Junto, el vaso de camarones. González iba a hablar. Siempre iba a hablar. Un higadoso, una posma, aunque no era cuíco cantador. ¿No hay más azúcar? Dulcero. Pero sí cualquier hijo de gendarme.

—Atanasio te va a explicar —contestó Manuel Ángel—, pero más o menos se trata de ponernos en plan más jalador.

Salsa Catsup.

—¿Más jalador? ¿Con quién?

María Patrocinio trajo una bolsa con el azúcar. No estaba refinada. Simple azúcar centrífuga.

Y González, disimuladamente, pellizcó a la fámula. Pasagonzalo de a poquito, porque es bendito. Quiebros del talle.

—Con el gobierno, carajo.

Curvos hipocampos en las paredes. Algas y equinodermos antiestéticos.

—Eso ni pensarlo —se sacudió las migajas que tenía en el codo del brazo izquierdo.

—¿Caliente más café?

—Sí, para Atanasio. No debe tardar.

—Salucita.

Retinglar.

Atanasio, muy pulcro, verdaderamente desconocido, llegó con cierto atraso. Se oyeron sus pisadas en los peldaños de las escalerillas del furgón. Restregar de zapatos en el limpiabarros. Luz mortecina. Claroscuro.

—Hombre, no seas terco.

Pasó entre las mesas de la ostionería El Edén. Vaya nombrecito. Hórrida. Calle del Cedro esquina con el Clavel. Mucha clientela. Cabe decir que jamás había cupo. Irrespirable, pero al cabo de un tiempo uno se aclimata.

—¡Hola!

O mejor dicho, subieron las escaleras, entraron al furgón, saludaron. Así, en plural, porque eran dos: Atanasio y el supradicho concuñado.

—Buenos días, señora —con la voz mormada y un poco brusco, pero como siempre saludador, etiquetero.

Y a Manuel Ángel, palmada y toda la cosa. Se sentía su apoderado y protector.

Se aplastó en la silla. La peña estaba completa. Si había faltones o informales, que se jodieran. Hay quorum.

Nopales, callos de hacha al natural, \$3.00 y \$4.50 respectivamente. Del otro lado de la tortuga, un escuálido escualo: el principio.

—Le presento a mi concuño —dijo, y explicó que vivía en el Norte y que había venido a recoger los restos de un hermano, muerto al vapor en la epidemia de tifo de 1918, 20... por ahí. O influenza. Se ve que está engentado o es medio ranchero.

Capi: allí hasta podían echar una partidita de dominó de vez en cuando. Cúa.

Y también recuerda (la gente), lo que pasó en aquellos otros días de junio en que unos vieron el calendario donde un esquife esquiaba en el mar nevado de espuma, y sus propios rostros espumosos frente al espejo: un poco más los mismos que ayer. Y atrás de José Trigo iba Eduviges, panzona, y cortaba girasoles.

Cencerreo del carricoche de la basura. Tachos.

¿O era la caja registradora?

María Patrocinio puso a calentar más café. Planchuela.

—¿Qué hay de nuevo?

—Ai nomás pasándola —contestó Luciano de mala gana. Desmenuzó una galleta soda.

Seguía el flirteo con la meserita. Fajando. Ahora pasaba bajo un arcoíris de tirillas de papel. Serpentinatas. Luciano se levantó. Me ando meando. Vejiga a reventar, y dolor en las verijas. Imperativo.

—Ahorita vengo. Pero primero quiero decirle una cosa, Atanasio: pierde el tiempo. No voy a claudicar. Nadie va a claudicar.

Eso se llama externar su opinión con toda seriedad, lisa y llanamente...

—¿Quién te dijo eso, hermano? —asombróse Atanasio. Por lo visto él sí tuteaba, sí hermanaba a Luciano.

—Yo lo digo.

Atanasio lo siguió con la vista (nada más con el rabillo del ojo). María Patrocinio, regando las plantas regadera en mano, esperaba a que se calentara el café.

—¡Ah qué Luciano éste! —se repantigó en el sillón atiborrado de pelote. Vencido, sí, pero confortable. Una carpeta deshilada (no deshilachada), en el respaldo. Antimacasar.

—Tráigame un coctel de ostiones —especificó, al fin, González. Exquisito tentempié grato al paladar.

—¿Con chile?

—Una nadita. Me hace daño el picante.

Dispepsia. Acedías. ¿Por qué no una orden de hueva frita? No, qué flojera.

—¿Y usted? —le preguntó la meserita al concuñado de Atanasio.

Para Atanasio, el café se pasaba de caliente. Vertió el suyo en la taza vacía de

Luciano.

—¿Cómo dice?

Pacato cara de orangután: ¿estaban todos afónicos, o él sordo, o tenía complejo de inferioridad?

—Que a usted qué le sirvo —levantó la voz.

Luego, a la inversa. Contrasentido.

—Tecate —dijo, en lenguaje homeopático, con su cara de matón buena gente.

Así, una y otra vez. Adversidad. Sacó el llavero. Conclave. ¡Pac! hizo, sobre la cubierta. Luego, la cartera. Una mica con una credencial. Tarjetas engrapadas. Cédula de empadronamiento. Boletas de empeño. ¿Qué prenda estaría sudando en el Montepío? Y un fajo de pápiros. Ojos de gringa, casi todos. En fin, un platal. Próspero, Atanasio. Se quedaron chatos, romos. Embute.

—Cuidado, nos puede ver Luciano.

—No le hace, no le hace —repuso Atanasio gastando flema—. A ver si así se decide.

—¿A dónde vas, güero? —le preguntó la mesera a Luciano, güerejo desabrido, cuando pasó a su lado. Entrona. «Caballeros.» Un bombín. Junto, la rocola, el lavamanos. Pared pintada a la aguada.

Y escucharon las voces de los niños, que tozaban y retozaban, perniciosos incorregibles. Y el gañido de un perro, que taladraba. La bocina de un motociclista, polizante de tránsito. Luego, un camión de volquete (volquete volquete).

María Patrocinio entró. Apagó la hornilla de la estufa. El café reposa. Sirvió dos tazas más. Atanasio esperó a que regresara al jardín. Rosales injertados. Cuidado con los rejos de las abejas. Panales lejanos. Cochinillas en el césped.

—Ochocientos pesos en efectivo, limpios de polvo y paja, para que vean lo chingón que soy —vanaglorióse Atanasio.

Rumor pectoral: pechuguera. ¿De gripa pegajosa?

—Así que te dieron todo eso nomás por la información —(te conozco mosco, han de haber sido mil quinientos de pérdida, con razón tan endomingado, venga el remojo)...

—Oye, cuña —le dijo Atanasio a su concu—: pláticale a González de La Rielerita...

Mientras tanto ahí tienen ustedes que Luciano llegó a la puerta. Tableramen rojo, abangado. Una vieja caseta, muy vieja. ¿Ocupado? Esperaría su turno. Y ya adentro: por los intersticios, se veía la planta trepadora. Una hederácea. ¿Qué traman estos? Lo que ya barruntaba: colusión. Son unos retrógrados. Borrasca en ciernes. No archives el asunto. ¡Con la falta que hace unificar, aunar esfuerzos!

En efecto:

—¿De la qué...?

—De La Rielerita...

Con penuria, el chisguete de chis. Retención: renegó de sus riñones. ¡Uf! Quién te manda, por andar de coscolino. Angustiosa angurria. Leyó: «Enfermedades Génitourinarias...» (nada venerables, por cierto).

—La Rielerita, hombre, el bule ése al que vas a cada rato...

«Sífilis, Blenorragia (o Gonorrea), Impotencia.» Cuando su cabeza asoma. Mucho prepucio, eso es lo malo. Y no precipuo. «Chancros.» Lo sacudió. Carlos, Emeterio, Guajardo. Por la bragueta, los pelos del pubis. Pendejos no, pendejo él. Tengo que darme una revisada. Regenerarte. Golpes de pecho. O si no, en tu salud lo hallarás.

De una cuerda tendida de esconce a esconce, las medias de María Patrocinio. Mordazas. Más medias en el toallero. Qué desorden. ¿Por qué no las cuelga afuera? Sacar los trapos al sol. Sí, más que escabrosos los dibujitos esos: francamente se pasaban de tueste.

Republiquita.

—Está como a treinta kilómetros del pueblo donde vive este cabrón —le explicó Atanasio a González.

En la jabonera, el jabón de jazmín. Preferido de María Patrocinio. Maravilloso, aunque no jabón de la Puebla. La tina, tinita, semicupio.

Por otro lado la música, a todo meter:

«Cuando dos vías de ferrocarril se cruzan al mismo nivel, ambos rieles de una vía deben cruzar los dos de la otra, siendo necesario obtener una continuidad para las cajas de las ruedas en cada una de las cuatro intersecciones del riel.»

El hombre de la nariz aguileña, cejudo, pelado al rape, hizo sus preparativos. Luz cenital. Rútila. Vio el sol. Ajustó el teleobjetivo a la cámara fotográfica. Retículo. Vio el sol de nuevo. ¿Parhelio? No, manchas. Verificó el obturador. Su esclava de oro brilló. Tenían para chico rato. Caldeaba. Se rascó la ventanilla izquierda de la nariz con el dedo matapulgas de la mano derecha. La sombra de los árboles, grisalla, sobre la tierra. Viento que licua el polvillo fino como arena bruja. Viento lessueste, incorpóreo. Eflorescencia. Pasó una lagartija. El agua de los charcos se esmeraba.

Mientras la música, a todo meter: «Pueblo de pescadores que arrulla...» Muy a propósito. Pintiparada. Corrió el zíper, y recordó otro chiste pésimo, infumable, del arsenal de anécdotas no de salón y sí malsanas, que se sabía: enfermedades «disífilis» de curar. Pálida espiroqueta gálica. Yo quiero morir de orquitis, o sea cuando se me hinchen... Censurado.

Salió. El jardín, su jardín entre los cuatro furgones. Un vergel recién estercolado, con un casi estanque alfombrado de verdín. El velocípedo. Hizo a un lado una camisa crucificada.

—Lo mejor es ir en locomotora, claro que no siempre hay una disponible —la voz de Atanasio, a lo lejos.

—No te enojas, güerito —un mohín, un guiño—. Sólo quería acariciarte el pelo.

El Chacuaco, todo un artífice, dedicado el conchudo a quehaceres valvares. Trituraba opérculos.

Luciano se detuvo, rojo como acerola. Vio a la mujer.

Jugosos ojos limonados. Ocelos.

La mesera le recordaba a su esposa, María Patrocinio.

—No, si no me enojo.

Su esposa, María Patrocinio, le recordaba a la mesera. Latas de abulón que arrulla el mar. Tarareó el sonecillo, con no mal timbre de voz.

—Mira cómo ha crecido el acanto —le dijo María Patrocinio.

Atanasio hizo un aparte y le cuchicheó a González: «Con decirte que una vez se acomodó tal tranca que se le olvidó la locomotora estacionada en la curva y si no fuera porque el tren de pasajeros iba retrasado...»

¡Qué bárbaro!

Vio la planta, bajo la ducha cristalina. Vigor. Iba a seguir.

Sintió una mano en el hombro. Confianzuda. Él, en cambio, desconfiado. Dale el cortón.

—Ten cuidado con esos tipos, Luciano —la sinfinésima vez que se lo decía.

—¿Y tú cómo sabes mi nombre?

Resbalosa. Pero mordió el anzuelo, se tragó la carnada.

—Hablaron de ti mientras ibas al wáter. Se repartieron dinero.

Luciano cogió la mano de María Patrocinio.

Échale los perros.

—No te apures, vieja, tú encárgate de regar y guisar. Yo ya estoy grandecito.

Arpegios de arpa, temblorosos, en crescendo.

—Yo me llamo Rosa.

—¡Rosa, ya andas de caliente otra vez! Aquí está la orden para la cinco —la voz del patrón, disgustadísimo. Ceviches emperifollados con hojitas de perejil.

Atanasio, mondadientes en boca, le decía a su pariente:

—La próxima vez que vaya a visitarte, nos damos una escapada a La Rielerita.

—¿Le damos qué...?

Sonrosándose, Rosita le dijo a Luciano:

—Te espero en mi casa a las once. Es Ciprés 337.

Expresiva.

Luciano soltó la mano de Rosa. Taconeo. Y qué manera de pernear. Le dio el visto bueno a los chamorros peluditos. ¿Horripilosos? Nada de eso. Le cuadraba, le había hecho buena impresión. No la desdeñaría.

—Te invito cuando vaya, Manuel Ángel —dijo Atanasio.

Manuel Ángel le dio una última chupada al cigarro Raleigh con boquilla de papel

suberoso, el golpe, y lo tiró fuera del felpudo. ¿Pues no fumaba cigarros Alas Manuel Ángel? Suelo pintado con amarillo congo. Nada desaseado: María Patrocinio lo trapeaba a conciencia todos los días, con una jerga bien limpia.

Luciano llegó a la mesa. Dio por sentado que Manuel Ángel le había quitado su asiento. «El que fue a la Villa...» Pero no: «Chenche, no canche», hipócritas palabras hipocorísticas. Se sentó. Otra cerveza, ya servida en el vaso. Al gas carbónico se debía su espléndida espuma. Tiró el salero con el codo. No cabe duda, estás salado. Manuel Ángel, en tanto, pisoteaba la colilla. Mosaicos dicroicos: rojos y blancos. ¿Escaques? No, al tresbolillo. Serrín color punzó.

La meserita trajo una botana. Ambigú ambiguo.

—Allá vienen —le dijo el hombre regordete y granujiento, con un tic espasmódico que le contraía el músculo facial una vez cada que, al hombre de la nariz aguileña. Semirrisa sardónica.

Sí, allá venían. Se detienen junto a una caseta de madera rodeada por una cancilla. Arriba, una muestra con la siguiente inscripción, en letras rojas fileteadas de blanco: Quinta San José. Estanquillo y caseta de guardacruceros al mismo tiempo. Uno de los del riel se acodó en el antepecho. Era Manuel Ángel. El helor de la noche, cargado de relente, le dio en la cara. Humedad intrínseca. Pasó un ciclista pedaleando como alma que se lleva el diablo. Velódromo. Papel crepé en los rayos de las ruedas, cinta de aislar en el manubrio.

—¿Y ése quién es?

Un hombrecillo, borracho, alegaba con Atanasio y Manuel Ángel. Atanasio lo amenazaba con un bastón.

Un organillo, un mono. Una naranja.

Probaron y aprobaron.

Gonzalitos sorbía un fresco refresco con un popote. Tapaba con el dedo índice el extremo superior.

—Y nos vamos en La Bruja, la locomotora aquella, ¿recuerdas? y la estacionamos y...

Con el escándalo de la sinfonola, el concuñado, aturdida expresión bovina, ya no escuchaba lo que se dice nada de lo que se decía.

—¿Cómo?

Y dejaba escapar el líquido en el vaso, de nuevo. Pipeta.

Atanasio se impacientó:

—¡Te digo que dejamos la locomotora estacionada en una curva, sordo de la chingada! —vociferó, un poco enojado y majadero, un poco en broma. Capitalizó la atención de los parroquianos. Bulla apabullada. Chiquichaque.

—Bueno, calma —dijo Manuel Ángel. Y a Luciano—: Te amarraste a la tal Rosita.

Eructó.

Vete a paseo. Es muy relativo. Pero sí: te dio carita, te hizo ojitos, te citó para hoy en la noche... ¿quieres más jalón? Pegaste con tubo.

El concuñado, como para disculparse, hizo gala de cigarrillos americanos, filtro blanco... como vivía por «los Nortes». Malinchismo. Luciano rehusó. ¿Traería también dólares?

Antes de partir departieron en corrillo, eufóricos, de mil cosas. Nada ecuménicas y sí insustanciales, intrascendentes: contribuciones para el sindicato, adicionales y retroactivas; exención de impuestos prediales; los componentes de la comunidad rielera; fotobtones; novatadas. Llegó acopas, y a chimiscolar, un intendente cuya amistad no cultivaban, alfeñique como un charal y con las manos llenas de tiznajos, alicaído sombrero, quien trajo a colación numerosas chanzas fornicarias, así como modismos y genuinos vulgarismos. Lo embromaron y embrollaron con comentarios cáusticos. Atanasio, campanólogo, hizo tintinear los vasos con un tenedor. No se concretaron, desde luego, a cosas de su incumbencia que sólo entenderíamos echando mano de un glosario, sino que dialogaron sobre asuntos que poco o nada les concernían. Entre unas y otros: bandos; ceses; derogación del draconiano Artículo 145 del Código Penal Federal, contra el cual la emprendieron; posibilidad de pozos artesianos en los campamentos; miopía de las autoridades; remuneraciones; gestación del movimiento y purgas para depurarlo y dignificarlo en forma básica; estúpidos estupros que deturpan; salida de divisas; bagatelas confidenciales; conquistas; candorosos candidatos pasivos y estacionarios; alabanzas mutuas; relaciones obreropatronales; faenas taurinas; anexionarse a; confederaciones. Y como todos eran cerveceros, en esta conversación de sobremesa menudearon las cerbatanas. Rondas y más rondas. Bien elodias, mialma, para refrescar el gaznate. Inflaron como espitas. Y más, a falta de poscafés, entre y después de los entremeses con los que se retacaron, escañaron. Que no sea tanto. Eso sí: en el prefacio, el intermedio y el colofón, hablaron de temas eróticos. Y de mucho hablar de carne, acabaron por considerarla imprescindible. Hacía tanto tiempo que no se echaban un coito ilícito, que ya era lícito. ¿Vamos? Juega el pollo. Interlocutores de acuerdo. Sobres, sopas. Al famoso de Tlatilco, de cierta «catego», como decían en una jerga que no llegaba a caló. Deunvez. El palo era la única forma de aplacar los apetitos despertados por tan aperitivo palique. Emoción por la movida. A eso de... ¿qué horas son?, se levantaron. Su destino, el malvado fandango. Todos, menos Luciano quien algo, pero no del todo anonadado, continuaba en guardia. Tenía sus recelos, temía jugarretas. Caviló.

—¿No vienes con nosotros?

—Los alcanzo.

Mientras menos burros, más olotes.

Pidieron la cuenta, ¿cuánto se debe? Calculadores: unos ciento cincuenta pesos. Despilfarro. Ya, ni que fuera un banquete.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Conste. Acuérdate que hoy pasan la pelea del otro día.

¿Tan tarde? Ah, sí, es retransmisión. No la pueden pasar antes.

Atanasio le dio una palma dita en el hombro a:

—Luciano, no seas guaje, cógetela.

Socarrón, incitándolo.

Sí, afloja las traíllas, échale los perros. No te chivees. Calamar que se duerme...

No, no dice así el adagio.

—Derecho, los alcanzo...

De repente, ¡paf!, un estampido. Reventón de un neumático. Manuel Ángel pegó un brinco. Vaya susto. Atanasio cerró la manopla, dio un puñetazo en la mesa y soltó la carcajada. Dentadura con caries y empastes. Lengua llena de saburra. ¿O eran restos del bolo alimenticio? Y hasta la úvula.

—Son ciento cuarenta y tres setenta y cinco.

El importe de la consumición. No muy erróneo, el cálculo prudencial.

—Cógetela, yo sé lo que te digo. A menos que te regañen...

No le gustó la alusión a María Patrocinio.

El concuño se clavó el salero. Cleptómano.

Introspección: lo asaltó un pensamiento. No, no es que me regañen, es que tengo mi hogar y una mujer muy de su casa, muy luchona. Pero si estoy en mi casa. Las voces, a lo lejos: ¿Ciento cuarenta y tres setenta y cinco? Recuento. Buenas tragaderas. ¿Salió María Patrocinio? Debe haber ido a la carnicería. ¿A cómo nos toca? Estará ahorita comprando un kilo de carne molida, cruda y cruenta, para hacer albóndigas. Hay que dividir. O carne de ternera para deshebrar, macerar, sofreír. Salpicón. Múltiplos, submúltiplos. ¿Tiene un papelito que nos preste? El carnicero, afilando su cuchilla en la chaira. En una servilleta, allí apunta. Vio hacia el mostrador: un extractor de jugos, un pichel. En la artesa que servía de fregadero, la escobeta de raíz de zacatón de María Patrocinio. A ver: dieciséis Colosales. Claro que ya está régules, estropeada por la vida: hace ya sus añitos de nuestro casorio. La mesera cotejó: no, fueron diecisiete. Sumandos. Y todo por servir se acaba. Patas de gallo. El carnicero dirá: ¿no quiere carne asadera, señora? Catorce entre cinco. A dos. Esposa te doy y no sirve. Salchichas. Pero la adoraba a rabiar, hasta la pared de enfrente, con perdurable, incomparable ternura... con todo y que la zahería de vez en cuando y le escaseaba el cariño. Junto al pichel, tajadillas de limón. El chalado Chacuaco con un instrumento gurbio descharnelaba ostras. Vaya ejemplar. Los ostiones, molsos y lenes moluscos insulsos, en un frasco. Dos por cinco diez para catorce. Cuatro. Minuendos. Atanasio hablaba ahora. ¿En qué piensas, Luciano? Tengo muy buen solomillo. Un pase como de hipnotizador. Soy monógamo. Quiero a mi mujer. ¿Uxoricida? Deliraba. Ni lo mande Dios. Afocó los dedos de Atanasio. Tabacosos. Redro. Olor a sopa de jaiba, buena para crudos. O fofos bofes, hígados color breva. Luego, las verduras para el recaudo: rábanos ¿rebanados? Son 28.75 por



cabeza, sin contar al invitado de última hora. Cociente resultado del cómputo final con todo y decimales. Rata por cantidad, y por lo tanto proporcional. No era lo que podía llamarse un cuentón. O lo que es lo mismo, por barbaján: aritmética y matemáticamente al centavo. O —diría— de esa carne, con gordo. ¿Una rebajita? Error craso. Y junto a las tajadillas, los frascos de ostiones: intoxicación en junio, julio, agosto, etc., y un sacacorchos. O cuando menos urticaria. Nidadas de huevos de tortuga. Como pelotas de pingpong. ¿En qué piensas? Diversos estratos, concatenados. El molcajete y la piedra pómez, el estropajo. Y las conchas, al ostracismo, con las escamas y los canchos, latas vacías de pimientos morrones y jamón endiablado. Órale, González, no te hagas rosca, paga, que ya es mucho encaje. Le gustaba encomiar la comida que hacía María Patrocinio. Casi nunca repelaba. Insaciable, dominado por una abdominia caníbal, estudiantina. ¿Se armaría un molote por la lana? Engorroso gorrón frescales. Después del atracón para el que no tuvo empacho. Iría por las tortillas. Los niños necesitan calcio: el pediatra del sanatorio de los Ferrocarriles. ¿O era ortopedista? Es que no me alcanza. Lamentablemente. Enseñaría el portamonedas. Seno, cenote sagrado. Alpiste para los pajaritos, estricnina para las ratas. No le pongas mucho vinagre a la ensalada: acérrima aversión al. La despensa. Para terminar la discusión, Manuel Ángel se discutió: yo pongo treinta y cinco brocas, dijo. En cambio yo, borracho pero compracho. Ajá, ¿conque tienes el descaro de decirlo? Confiteor: acúsome. Se sabía de memoria la demanda nunca dicha, inapelable. Recobróse de su ensimis. Ensimismamiento. Ni lo mande Dios: ni por Rosa, moza de fortuna, y ni siquiera por Genoveva, collar de dientes de potro. Tampoco el divorcio. ¡Qué suerte la tuya, cabrón de Manuel Ángel, naciste con el pie derecho para todos tus amoríos! Desasosiego. Carne de cerdo, pero cuida la cocción: triquina. También, muchas latas de chongos zamoranos. Bueno, ¡adiosito, Luciano! O lechecillas para el albino, su valetudinario hermano-tío. Pero aquí no hay cabrito. En la enorme copa que hacía las veces de acuario, o pecera, un pescado rubicundo movía suavemente sus aletas, embelesado. Branquias. Sí, amo a María Patrocinio. Vajilla con florecitas color de rosa. Un buen, por un mal pensamiento de contrapeso: para compensar. Cucarachas. La abusión dice que son signo de riqueza. Ya lúcido, Luciano contempló al ovíparo largamente, pesquisidor perspicaz, sintiéndose muy trucha. Rayo de luz que se refracta. Échale toda la jauría. Derrapaba. ¿Te atreverás? En fin, la mar y sus pescaditos...

Entonces entró María Patrocinio con un gran recipiente de peltre azul celeste, motas blancas. Con frijoles remojados, limpios de gorgojos y chinas. ¿Qué vamos a comer ahora? ¿Sopa de sémola? ¿Puré de papas? ¿Ejotes? No. El gasto ya no rinde. Llevar un dietario, cuaderno de bitácora donde tanto más cuanto. ¿Y a cenar? Échale maicena para que espese. Bañomaría.

Párale de contar.

—¡Oye, tú, ya no le hagas al cuento! —le gritó la fichadora morocha de los ojos

rasgados—. Mira: te voy a sacar una fotografía.

Manuel Ángel volteó.

—Ahorita —dijo el gordinflón.

—No más que pasen esos dos.

«Esos dos», eran: un hombre de cabello retortijado, con pantalones rabones que casi le dejaban los zancajos a la vista, y con una caja blanca al hombro. Más una mujer, con un ramo de girasoles que se transfloraban en el ámbito cargado de iones invisibles.

La puta se alzó las faldas. Encuadró. Sicalíptick. ¡Click!, dijo el disparador. La fotografía salió la mitad velada, la mitad demasiado oscura. Manuel Ángel. No, no es ése. Con una lupa. Atanasio. Ése es. Y otros dos. Ésos no importan tanto.

—Quedaste a todo dar.

No es cierto. Quien salió bien es ella. Muy fotogénica. O al menos, tiene buen lejos.

Sin retocar.

Pero entonces, ¿fue en la ostionería? «No, no, en el furgón de Luciano.» Bueno, bueno, concédeme el beneficio de la duda. «Te lo otorgo, pues.»

Siguió la espera. Pasó el tiempo. Devoró a muerdisorbe los últimos mariscos casi sin saborearlos, y apuró la salsilla, que tenía algo de mayonesa ácida y mucho de picante (se lo dijeron las papilas de la lengua y la pirosis que experimentó en la laringe). «Adiós vieja», despidióse, dejando sus huellas dactilares en el vaso. Cucharita de alpaca. ¿Inoxidable? La decisión: a la una, a las dos... Pagó la cuenta, ahíto, parte con billetes, parte con un puñado de morralla —el monto fue de \$32.25 más una exigua propina— y para no dejar caminó, todo despechugado y sin hacer escala en ninguna cantina, hasta la calleja no empedrada, hierbabuena junto a las banquetas y reguero de charcos color porráceo o bien amarillos como la bilis vitelina, que ella le había indicado. Ciprés y la Crisantema. Esquina de Bernabé quien a esas horas ya había sido relevado. Pluvioso cariz de la atmósfera. Acuatinta deleble. Y cargazón de estómago. Empezaba a lloviznar. Intemperancia potencial, posibles pedrizcos. Si es que arrecia, claro. Cielo pedregoso, cielito. Contra el hastial de una bodega, jugaban frontenis unos jovencitos. Arrabaleros. Bolita, por favor. La atrapó al vuelo, pero no la devolvió por medio de un lanzamiento, no: la aventó hacia arriba, medio metro, y la voleó con la zurda. Zocato, sí, pero con cierta maestría. Cuándo llegará la temporada de secas, buena mojada me voy a dar. Saludó al velador de una fábrica, quien platicaba con una comadre critica. Llegó al zaguán. Soportal. Sin aldaba, pero entreabierto. ¿Número dígito? Non. Al cual le echó una ojeada. Sí, ésta es la dirección. Se palpó las bolsas para ver si traía condones. ¿De cuándo acá tú, un proletario? Nolehace. Por las recochinas dudas, por si acaso. Hombre prevenido vale por dos desprevenidos. ¿Qué tal un óvulo suelto? O dos, dos o varios. Y tener un hijo máncer. Triates, quintuples. Pero se te condona la condena, Luciano, con tal que no la

riegues. No hay portería. Subió la escalera. Empapado. Con razón a esas lluviecitas les dicen de calabobos. Cautela: cuidado y te desescaleres, sería un incidente chusco causa de hilaridad. Pero ¿quién te vería? El primer rellano. La puerta, sin atrancar. La empujó, muy campechano.

—¿Ya regresaste, Luciano? —preguntó María Patrocinio.

Simón-simón-simondor.

Cuando la mujer apareció en el quicio, se dio cuenta de que era casi una niña, facciones y configuración, con la leche todavía en los labios. Y vestida de novia, perfume nardino, flores de blancas corolas en las manos. Suave el aroma.

—Te hacía dormida. No vi luz desde afuera.

—Pásale, papacito —«papacito», así le decían sus hijas.

Tomó su rostro con ambas manos. Sí, m'hija, ya llegué.

Y además del olor a nardos, el aroma a sopa, evaporándose. María Patrocinio desvainaba chícharos junto a la estufa.

Se quitó la gorra. Lirios irídeos.

—Cuélgala aquí —dijo ella.

La puso en la percha. Enlucido descascarado por el salitre. Máculas polimorfos. Un cuadro sin marco. Sólo la tela sobre el bastidor, revocadura a la vista. Recuerdos de olor a aceite de linaza. Las locomotoras pitán día y noche, a todas horas.

La abrazó. La besó en el cuello, vibrátil, tendinoso. Tañó sus cabellos dulcisonos. Le sopesó las nalgas. Entonces vio a las otras.

—¿Y éstas?

—Es que hoy fueron a ofrecerle flores a la Virgen —contestó María Patrocinio.

Flores, sí, en mayo, claro. Mariolatría.

—No tengas miedo, güero, no te vamos a comer.

—Son unas amiguitas —dijo Rosa.

Caminó hacia el calendario. El sultán, en su harén, en medio de un boato áulico, rodeado de odaliscas con ajorcas en los tobillos. Hoy estamos a 29, mañana es el paro de 8 horas, pensó, y dijo lo mismo en voz alta:

—Hoy estamos a 29, ¿hace qué?... tres días que le entregamos el ultimátum a la gerencia.

La sultana, diva en su diván color coral.

—Por favor, ¿no sabes hablar de otra cosa que no sea de ferrocarriles?

Luciano no la oyó. O mejor dicho: oyó un murmurio.

Cuarto destartalado.

—¿Cómo? —preguntó.

—Nada, yo no dije nada —habló María Patrocinio. Y las otras fueron a saludarlo también, vestidas de blanco, salidas del cascarón.

Se sentó en el mismo sillón donde antes Atanasio. Ella se sentó en el brazo, donde la tela estaba raída. Pasó el dedo índice por el tejido, a contrapelo.

—¿Entonces no fueron a la escuela? —preguntó él.

Ella empezó a desabotonarse el vestido, de satén rubescente y batido, con muchos visos. Entallado en la cintura y con falda ampona de mucho vuelo. Frufrú, e insinuantes sinuosos senos flácidos, pezones pisiformes. O sea, limas de cambray.

—¿Y qué pasa si la gerencia no concede el aumento? —preguntó.

Se reventó el hilo del collar. Las gargantillas, granates vinosos, rodaron. Tac, tac, tac. Lecanomancia. Una quedó en el canto del zoclo.

—Déjalas, mañana las recojo.

En un momento dado a Luciano le remordió la conciencia. ¿Qué hacía aquí, en este burdel, mientras que allá en el furgón María Patrocinio mujer buena si las hay, dale que dale? Tres vástagos: dos hijas y un hijo, cría de pingos malcriados aunque no desaprovechados en la escuela y sí aventajados pero guerristas que le sacan canas verdes, ah, y sigue la mata dando: un varoncito todavía de chupón, sonaja, gelatina, y ya mero primera dentición, que acaba de llegar, y que ahora con los ganglios inflamados. Empadre de engorda: la cigüeña crotoró en abril, un poco adelantada. Bueno, en realidad él estaba en cuarentena porque ella en veda y por lo mismo tenía derecho a medirle el aceite a una tal de tarde en tarde para darle gusto al gusto. Casado pero no capado, y sin voto de castidad. Chino libre. Después de todo, ¿quién apoquina para la manutención? Yo merodio, Miguel. Y en lo que se refiere al movimiento:

—No, no van a dar un centavo partido por la mitad.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Niñas, déjennos solos —dijo ella.

El onceno mandamiento: no estorbar. Y todo aquel revolotear de velos blancos, gráciles: una que casi danzaba escoba en mano, la otra que trapeaba el piso, la otra que.

—Ya estará, tú, se te queman las habas.

Pasaron a otra habitación.

Se las imaginó.

—¿...?

Entre las plantas del jardín, jugando, apagando la luz y espiándolos, cortando flores, desnudándose lesbianas, y canturreo.

Pero en la otra alcoba, trasalcoba:

—Es que quiero decirte una cosa que no la oigan.

Ahora a él le tocaba acometer la botonadura de la blusa. Presillas. No le hagas.

—Luciano, eres imposible, no entiendes que quiero decirte que...

Rosita, no me desaires.

Se paró. Fue a la estufa. Cucharateó la sopa. Se cepilló el flequillo liso y oxigenado, mirándose para esto en el espejo orbicular, tremor, guindado arriba de la coqueta forrada de cretona rameada y sobre la cual: adminículos tales como tenacillas depilatorias para desembozarse, un limpiaúñas (lima muza), polvos de arroz y otros cosméticos universales como agua estilada de cabezuelas de rosas, la borla de piel de

gato y un relicario o guardapelo.

En fin, vanistorios.

De pronto volteó, desgredada, vapor de sopa aureolándola (no era un espejismo), y rallador en mano le dijo:

—Manuel Ángel te va a traicionar.

Espeluznante peinado, no cabe duda. Y ahora tiene el pelo grifo. Enigma. ¿Conque ésas tenemos? Se escamó. De modo que ella sabe su nombre, y sabe que ese desgraciado me va a jugar chueco porque es mi enemigo jurado. Problemático.

—No sé qué base tienes para decir eso.

Se paró. Hacia la puerta. Espió. Sí, estaban jugando. Ahora es cuándo. Al abordaje. Se lanzó sobre ella. La abrazó por atrás. ¡Quieto, manilargo! Le quitó una arracada de una arracada. Le mordió el lóbulo de la oreja. Acicate. Glándulas emuntorias y muerte chiquita: se le enchinó la piel. Rebosaban amor mutuo.

—Déjame, que nos van a ver.

Forcejó.

—Cerramos la puerta.

Casi de todo punto imposible.

—Yo sé lo que te digo. Te van a traicionar.

Intuición femenil. Habiendo fallado en la primera tentativa, la volteó bruscamente y la besó hasta por debajo de la lengua. Beso sublingual, zucarino. Así no hay nada que hacer. Omoplatos, medula, y más abajo. La sofaldó.

Los preliminares; antes de limar.

«A todo esto», pensó Luciano, «mi padre se hace el sordo, lo que es absurdo».

«Para obtener esta continuidad y conservar la resistencia en dichas intersecciones, se deben construir cruceros de diseño especial. Un crucero completo de ferrocarril está constituido por cuatro sapos. El término sapo se usa a menudo cuando se habla de la estructura de un crucero.»

Unos y otros, recuerdan. Que si vieron a José Trigo: caja blanca, girasoles en sazón, un siete en el zinco. Que si lo oyeron: ándele, buenos días. Que si lo vieron venir por el Oeste, nubes arborescentes, aire manso, bullir de flores, con una caja blanca al hombro, seguido por la mujer, Eduviges. Que si lo oyeron que dijo: «Ándele, que se hace tarde», y oyeron la voz de la mujer que contestaba: «¿Qué no ve que estoy cortando flores?», y sus propias voces cuando lo saludaban: «Cómo le va, don José Trigo», y la voz de él que les respondía: «Buenos días tengan ustedes».

Ahora estaban en el lecho de los hechos.

Sus cabellos, herbáceos, aúreo cendal de muaré sobre la funda color de rosa. Brillantina con olor a pachulí. Loción corriente. Levantó los brazos y cogió la

almohada ofreciendo sus labios, seductora. Por la sisa de la sobaquera, unos pelitos. Odorables axilas adorables.

Pero él: aliento alcohólico.

La besó. Erotismo, eretismo, erectismo. ¡Firmes!

—Me voy a quitar el vestido porque si no se arruga.

La esperó, recostado de costado y apoyado en el codo. Líneas verticales de sol por las hendiduras entre tabla y tabla de la pared del furgón. Hay que calafatearlas, bugirlas. Una pared empapelada. ¿Hace cuántos decenios? Y las otras: escayola.

—Siempre se te ocurre a unas horas...

Se levantó de un salto y se descalzó, se quitó pantalones y calzones. Se dejó los calcetines y la camiseta. Se encaramó en la cama, dada al catre. Bajo el cobertor, está dispuesto. Y puestísimo. Retintín de un bacín. Olor a pipi. Babuchas con borlas.

María Patrocinio se levantó la falda. El rollo de las medias, barulé, a la altura del músculo del muslo. Sartorio ratoncillo.

—Ándale.

—Ándale, apúrate, por el amor de Dios, Luciano —los exorbitantes cristalinos ojos mirando el techo del furgón. Caer en la red de sus retinas. Púbrica, púdica.

Orden de fuerarropa:

—Encuérate más.

Categorica y rejega, tozuda:

—No.

Demonche. Pero hay que ser perseverante:

—Cómo eres. Y te doy un beso.

Ni por ésas: la frialdad personificada.

Por el cielorraso, algo como el rampar de un corrosivo roedor. Mur. Plafón amarillo en forma de flor de lis. Murando.

Sus vértebras, Dios mío.

—No seas así —en tono casi deprecativo.

—Que no, te digo.

Ideática, neurótica.

Como quien no quiere la cosa, le buscó la cosa. No te mandes, no seas encimoso. Caliente... ¡caliente! Clítoris hormigueante. Para que te des un quemón. No le hizo ascos. ¡Frío... frío...! Eran las frías nalgas. El momento álgido. Perineo. Pacantos. Ponle. Caracho, le gustaba hasta las cachas... atáscala. Estaba ya fornicando, cuando tocaron a la puerta. Y hasta las nachas.

Voces de niñas, vapor de sopa. Mecachis.

—¿Ya ves? Te lo dije.

—Órale, no chinguen —insolentes palabras no sólitas que desentonaban con sus labios purpurinos, sensuales.

—Espérate, voy a prender el radio.

Morisqueta.

Piecezuelos descalzos. No le zacatees. Pero él fue quien tuvo que sacarlo, a regañadientes. Ni modales. Jadeó. Huélfago y calambre.

—Niñas, vayan a jugar. Estamos ocupados.

Concusión: el furgón tembló. Pasaba un tren. Dinamarca-Inglaterra-Países Bajos-Cabo Corrientes-Doctor Terrés-Salón Comedor Totonaca. Se sabía de memoria los nombres de los carros. Saxofón de pétreo sonido. ¿O serían los furgones color cereza que decían *The Route of the Corteus Service*?

Movió el apagador. Oscuridad. Un resplandor que se colaba por el tragaluz le dio en la cara. Vidrios blancos, cuadrados. ¿Semitransparentes? No, opacos, como si fueran de alabastrina. Uno roto: respiradero. Por su parte ella: bozo dorado (pericarpio de durazno) y pecas en la nariz. Lentigo. Chula la muchacha. Cogió él mismo su pinga goteante, mamporrero, y se la arremetió con nuevos ímpetus. Carlinga. Postura clásica. Nunca sesquiáltera: no estaba tan mamado como para esas sibaríticas mamadas. Y el radio, siempre el radio. ¿Los estarían viendo por el ojo de la cerradura, las indiscretas? Sería medio gacho. Menos mal que fueron las niñas las que tocaron.

Mánfulas pubescentes en la otra recámara, chancleando. Todas son iguales. ¿Y si los tres, es decir, los cuatro en la misma alcoba? Bacanal, orgía. El jamásmente. Otra interrogante: ¿se estaría viniendo Rosita? Con una salvedad: ella es diferente. No se dedica a los quehaceres propios de su sexo. No es prostis maleada y taimada. Debe estar sobrecogida de placer.

Sentir al mismo tiempo: cuestión de avenirse. A no ser que...

¡Pues cúcuiri!

Que si fue así o no fue así. Que si fue una vez que llovió y ese día los hombres no pudieron pintar en los carros de los trenes de carga los letreros de «Todo o Nada», «Vencer o Morir». Que si fue una vez que hubo sol y las mujeres salieron a repartir por todos los rumbos de los campamentos los volantes rojos que decían «Lucha por el Aumento de Salarios». Que si fue una vez que granizó toda la noche y al día siguiente los soldados que vigilaban los campamentos tuvieron que encender fogatas porque los llanos amanecieron blancos, los pájaros muertos, los techos de los furgones empedrados, las flores deshojadas. Que si fue una vez, o dos veces, o muchas veces las que pasó José Trigo no con una caja blanca al hombro y la mujer atrás con un ramo de girasoles, sino él solo, con dos o varias cajas grises y negras, blancas y moradas, y la gente no dijo como la primera vez que lo vio: «El niño se murió ayer como a las once de la mañana, fuimos un rato al velatorio», además de decir como todos los días: «Levántate, viejo, lávate las orejas, niño, las gallinas», y tampoco pensó: «Desde que llegó ese hombre nos sucede lo peor», y: «Ahora le dicen don porque se murió el niño», además de pensar como todas las mañanas: «Si parece que son las seis. Dios mío, qué frío, en qué acabará todo esto de la huelga». Hombre con paquete sobarcado envuelto en papel de historietas cómicas: cordilla para un mínimo

minino.

Desavenencia.

Parece que las niñas ya estaban muy en su juicio. Precoces, procaces.

Interferencia en la radio: hablaba un locutor. ¿Noticiero? Ah, qué la canción. Nada le hace, agarra la onda y sintonízate.

Hasta entonces se había movido musicalmente y sin interrupción, al compás de la pieza radiodifundida. ¿Quién olvida el meneadillo? Dinámico.

Buena señal: ella le arañaba la espalda con sus unguiculados felinos dedos: gatuñas.

Un botón, de una basta, le lastimaba la rodilla derecha. Se sabía medio fallón. Pero de poder, podía: se vino, eyaculó, diseminó el semen.

Gozó, goloso, el glotón.

Luego alzó la cara. Un crucifijo sobre la cabecera. El Gran Dorais, como diría Manuel Ángel. INRI. ¿Por qué tiene que acordarse ahora de ese tal por cual de Manuel Ángel? El que se mete a redentor...

Se acostó al lado de ella.

Contiguo, contigo. Respirando juntos: conspirando.

Adyacentes.

Relajó el cuerpo y se quedó medio ido. Quería dormir. Juntar pestaña con pestaña es conciliar el sueño. Se hundió en éste como en un pantano. Con su mano en el vientre de ella: cicatriz. Sutura. De cuando la operación del apéndice.

Lo despertó un ruido. ¿El batiente de la ventana?

No, era la puerta otra vez. Golpeteo inoportuno. Qué aburrición.

María Patrocinio se componía el pelo. Abrió una horquilla con los dientes. ¿O era un imperdible? Pinchazo.

Había dormido sólo dos minutos, pero tuvo la sensación de haber soñado mucho: él era un expósito y Buenaventura, su pilmama, su nana, su chichigua, hada madrina y ángela de la guarda, le cantaba arrullos y rurrupatas en un lenguaje extraño. Él, sin que ella lo viera, se masturbaba. Onanérico sueño hermético. En el momento del orgasmo, le salía sangre del miembro viril. Luego estaba en el Volcán, y todo lo que alcanzaba a ver se hallaba cubierto de plantas de extrañas inflorescencias. Eclósión de estambres, pistilos, sépalos, lacinias y flósculos. Una campamocha. Campamocha, ¿dónde es tu casa? Inquietante.

Ya despierto, vio a Rosita, vestida, sentada en la cabecera de la cama.

¿Me irá a pedir dinero? No es probable.

—¿Y cuánto me vas a dar, güerejo?

Telepatía metapsíquica. Pero desengañado por su mentalidad metalizada, pese a la suposición.

Se empolvaba la naricilla, mano de gato, mascaba un chicle. ¿De tutifruiti? Quién sabe.



—¿Que te voy a dar qué...?

—Monis, manis; me gustas, pero no tanto. Voy a prender la luz.

Y dicho y hecho, prendió la luz.

Desilusión. Ah, la mustia pizpireta, ángel patudo. Pura pose. Luciano torció la jeta y cogió su pantalón que estaba en una silla, sobre un suéter abatanado. Inocente palomita. Pero no te precipites, aquilátala, justipréciala.

Si fue así, o no fue así, nadie lo recuerda. O al menos no tan bien como todos recuerdan el accidente del tren nocturno de Laredo, la noche en que hirieron a Manuel Ángel y el hombre que apareció medio muerto debajo del Puente de Nonoalco. Si fue que el tren se estrelló contra una locomotora estacionada, o fue que se descarriló con el cuerpo de un caballo muerto atravesado en las vías, o fue que se derrumbó a causa de una alcantarilla volada, da lo mismo. Como dio lo mismo que a Manuel Ángel lo hirieran con un vaso o con una piedra, en un burdel, de noche, o en los llanos y de día; y como dio lo mismo que el hombre que apareció muerto ¿o medio? bajo el Puente de Nonoalco fuera joven o viejo, maestro o ferrocarrilero. El caso es que el tren de Laredo sufrió un accidente, que Manuel Ángel fue herido, y que un hombre murió el día en que José Trigo, ayudante de don Pedro el carpintero, pasó por los campamentos con una caja blanca al hombro seguido por la mujer, que llevaba un ramo de girasoles.

... que te dejaste engañar. Qué lata.

—No te voy a dar nada.

¡Éjele!

Ella puso cara de compungida. Amago de amargos pucheros. Y después de la grima, seguirían las lágrimas.

Esculcó en las bolsas, condescendiente. La expresión de Rosa la primorosa cambió cuando salieron a relucir los gabrieles 0.720, señoritos contantes y sonantes. ¿Águila o sol? Sol, pero sin gorro frigio.

Luego, un billete de a diez al portador, pagará el Banco de México.

—Toma. Son catorce pesos, para tu permanente. Pero primero dame un beso.

—Dando y dando, palomita volando —dijo ella.

Cucurrucucú.

Comprensivo, había explorado su llanto.

Ella tuvo que conformarse aunque los piastres no llegaban a quince.

—No estés triste —dijo ella, zalamera—. Si quieres, nos volvemos a acostar.

¿Se quedó picada? ¿Y ahora cuánto le iba a pedir? El segundo es de hoquis, le dijo ella, galantería de la casa.

¿Gratis? ¿Gratitud? ¡Lagarto!

—No, gracias.

Moderado el señor. Además, dimensión inmencionable.

—Si quieres dormir vístete para poder abrir —le dijo María Patrocinio.

Se puso calzones, camiseta, calcetines, camisa, etc. A otra cosa mariposa. Luego se acercó a ella y le hizo cosquillas en las costillas. Se rió, quisquillosa.

—No me has dado lo del gasto —le dijo María Patrocinio.

—Toma, es todo lo que tengo.

Le dio cuatro pesos de plata y un billete de a diez. La semblanteó.

De veras, cómo se parecía María Patrocinio a Rosita.

—¿Contenta?

Su contestación no se dejó esperar. Lo embelecó con un beso. Frenesí febril.

—Ven cuando quieras, aunque no tengas dinero. La verdad, sí me gustas mucho. Eres guapo y lo haces bien —dulcificó la voz. Veracidad.

Luciano, siempre listo para idealizar idilios, subyugado y amoroso la vio con ojos distintos: era su detalle, o su wisa, si wisa xida, tal como dicen los que chamucan jeringlés. Y nadie sino él se la había agenciado. Lo que es la novedad. En otras palabras, su concubina exclusiva, ña Rosita, depositaria de su confianza y sobre la que tendrá primacía. Retribuir su amor con usura. Concubina, sí... ¿pero conquibus? Caras caricias que no costean las acostadas.

Mejor cada quien con su cada cual: combinación que no falla. Quítate la venda de los ojos.

—¿Ya puedo abrir?

Abrió la puerta. La verdad es que el olor a comida lo atafagaba. Y en lo tocante al radio: nuevamente música, melosa melodía.

Antes de irse:

—¿Sabes? Mañana es mi cumpleaños.

A cada capillita... Pensó. Pero obras son amores. ¿Qué le voy a traer de cuelga? Ah, sí, un pastel. O un perendengue cualquiera, cualdese. Munúsculo y minúsculo, porque no estaba dispuesto a actuar con munificentemente desprendimiento. Pero sería una fineza. Se escabulló. ¿Cuántos años cumplirá? Dejó la puerta entornada: un coladizo chiflón se encargaría de dar el portazo. Tal vez ni ella misma lo sabe: me dijo que creció en un orfanatorio. ¡Taque!, y de desportillarla. En la chapa. Dejaba a Rosita en su jaula de oro. Calandria, tórtola. Y cómo se parecía a María Patrocinio, su esposa. ¿Con qué dijiste que la ibas a obsequiar? Ya con nada. Llamada de petate. Comezón en el oído: cerilla. La luz del día, la oscuridad de la noche, le dieron en la cara. Peor que nuevo con el garrote. No es cierto: en su corazón llevaba un furibundo remordimiento, se lo llevaba la trampa. Y no era difícil que además del remordimiento llevara consigo, no en el corazón, sino en el pubis, algunos anopluros. Ah, fiestero, bala perdida, ya fuiste a beber otra vez con tus amigotes, ya vienes bebido de nuevo. Qué desmadre. Pero maternal con todo y todo, y a pesar de su genio versátil, María Patrocinio, María Matrocinio. Sin jeremiadas, no echaba la viga:

Reproches sin durezas innecesarias. Es más: su amuchachada esposa no abría la boca, se lo decía con los ojos, ya lo dijimos. Chantaje moral.

¿Ya ves, Luciano? ¿Ya ves? Te lo dije. Atrición: la arrepentida del siglo. Entonces ¿para qué haces eso? Entre más lo hagas peor te arrepentirás; para otra vez reflexiona y sigue el dictado de tu conciencia. El dechado. Más te valdría. No que topetadas a destiempo. Así que cambia de conducta, moralízate. Nuevas repromisiones votivas, oblacones, etc., etc.

Sin comentarios.

Nos quedaremos en veremos.

«El ángulo de cualquier cruceo es el número de grados que hay entre los ejes de las dos vías en el punto donde se cruzan dichos ejes. Cuando el cruceo tiene cerca de 90 grados, se dice que es en forma de diamante.»

Si la dichosa reunión fue el 29 de mayo, como así fue. Si a Manuel Ángel lo hirieron el día anterior, el 28, y el hombre apareció medio muerto el día 29, como así ocurrió, o fue antes, o no, de todos modos ésa fue la vez que pasaron José Trigo y la mujer con la caja blanca y los girasoles. Granizaba. Hacía sol. Llovía. Era de tarde. Era de mañana. Y bien los hombres viajaban en un tren, o bien descansaban en sus casas. Bien el que paleaba carbón para la caldera de una locomotora y veía pasar los árboles y las montañas le dijo a su compadre: «Mañana a las doce del día comienza el paro de cuatro horas porque ya se venció el plazo que le dimos a la gerencia para que resolviera lo del aumento de 350 pesos, tú vas a jalar parejo, ¿verdad, compadre?» O bien el hombre que estaba sentado en su casa, cuando su compadre le preguntaba: «¿Tú vas a jalar parejo?», se levantaba, decía: «Eso ni hablar», se asomaba a la puerta, y veía pasar a José Trigo.

Al amanecer, Atanasio y sus asociados banderizos le dijeron: «Hasta luego» a las putitas y como si nada salieron del burdel. Terminó el guateque. Caminaron por el Nardo, a paso acompasado. Algunas garraletas, zópilas e impotables, aunque no imputables, pese a la hora. Por el módico precio de. Cuestión de estipular la tarifa. Guatepeor. Coño que les ruge a caño. Lejos, quedaba la Quinta San José. Solazo.

Se encontraron a Luciano. Evítalos. ¿Qué pasión? ¿De dónde vienes?

—De la casa.

Lo que le faltó decir: «... de Rosita». ¿Cómo estás? Regular parche. ¿A dónde van? Las opiniones se dividieron: «A los tacoas de barbacoa». «A nuestras casas.» «A los agachados.» «Café con piquete.» «Al billar.» Las once y quince antes meridiano era una buena hora para ir al billar. Tornafiesta. Así que la camarilla, gavilla en pleno, de conformidad se fue. Pasatiempo. Luciano se apuntó.

La Bola de Oro. Económico. Y los conocían. Acaserados. De Oro, para conservar algo del nombre del negocio anterior, La Pieza de Oro, refaccionaria, taller automotor, garage. Hacer talacha con cigüeñales y diferenciales, amortiguadores.

Altas bóvedas claustrales. Un mapa del Distrito Federal. Un pizarrón y una sola ventana, en lo alto, con una persiana. Telarañas.

Ya a esas horas había colas de gente en la tortillería. Digo de gente, porque frente al expendio de leche la cola era de cazos, ollas, ollones, lecherones. Abrieron la puerta de La Bola de Oro. Una larga cuerda pasaba a través de las asas de todas las vasijas. Humo sólido, pestilente: parecía un fumadero. De opio, y en la inopia. Cuánto apache. El dueño de La Bola de Oro, aliado del hampa y alias *el Borolas*, poseía también un Ford 47, que era incontrovertiblemente un cupé convertible, con suástica pintada en la cajuela, y capota remendada; y además un mono: dogal, larga cadena, maza; y un perico: «Loooooro, looooooriiito pendejo». La carcacha estaba siempre estacionada frente al billar. Ya no valía nada. Depreciación. El cuadrúmano tomaba rompopo: era su monería. Por eso Atanasio, en cuanto vio al mono del organillero, recordó al mono del billar.

—¿Pero estaban en el billar?

—No, caminaba por la calle.

—No, no, estaba en el billar.

Díganmelo a mí.

Y el perico, por su parte, juraba como un carretero.

—Qué bueno que te encontramos, manito —le dijo Manuel Ángel a Luciano dándole una palmada en la espalda—. Te queríamos platicar de un pleito que tuvimos.

Los saludó el Borolas. Reñido con el agua, se olía a leguas. Pantalón de pana y sudadera de algodón. Abonados, sí, eso parecían de tanto que iban.

En el llano, unos chamacos jugaban fútbol. «Bolita, por favor.»

El mono brincó a los hombros de Atanasio. Éste se ladeó. ¡Vóitelas! Largo de aquí, animal.

El propietario se acercó.

—Ven acá, Genízaro... ¿No quiere que le toque una piececita?

Al que madruga, Dios le ayuda, dice el refrán.

—Bueno, una, pero quítame a esta bestia de aquí.

El mono macaco saltó a una mesa. Paño verde. Chistosa la charchina. ¿Cómo les llaman a esos proyectos rufinos? Fotingos. Para pasear con sus fodongas querendangas, a vuelta de rueda. Packareando.

—¿No te echas una partidita?

Con su clásica sonrisa estereotipada.

Luciano pateó el balón. «Gracias, señor.» Buen saque, eso fue irrefutable.

Todos eran unos piñeros jugando. Traducción: coyotes, vagos, misioneros, fichas, fieras.

Manuel Ángel alzó el bastón y lo cimbró: «Como te acerques otra vez, mono hijo

de la chingada, te muelo a palos». Acalorado.

Debió decir: «Ponte chango o te lleva la changada».

Ante la amenaza, el mono se demudó, se petrificó: monolito metamórfico, y se confundió con las sombras. Mimetismo. Una mujer pasa: cubeta con carbón abajo y jitomates arriba. ¿Qué es cosa y cosa?

José Trigo llegó una noche a la guarida, vio con sus ojos secos los ojos húmedos de la mujer que reflejaban el cuerpo del niño, tieso, frío, muerto, lo velaron con cuatro cirios, chisporrotear, cerotear, las mujeres rezaron, las moscas revolotearon hasta que se durmieron en la pared las verdes cochinas barrigonas moscachondas. Y mirar. Dormir. Mirar. Dormir. Y cuando amanece, cuando los cuatro cirios se han transformado en cuatro mogotes de cera blanca y espesa como cuajarones y es hora de salir a buscar la caja, caminar, buscar, caminar, buscar a don Pedro el carpintero, y don Pedro le dio la caja, Eduviges cortó girasoles a todo lo largo del camino, un perro les ladró, los peluqueros dejaron de afeitar a sus clientes para verlos, los guardacruceiros se quitaron las gorras, el bondadoso sacerdote director espiritual de los campamentos, sacristán al lado, los bendijo al pasar, los automóviles se detuvieron, un hombre les regaló un billete de cinco pesos, y caminar, caminar, caminar rumbo al entierro hasta pasar por la casa de un hombre que se asomó a la puerta y los vio, volvió la cara y le dijo a su compadre: «¿Pues no dicen que a los del Pacífico ya les aumentaron 150 pesos?»

—No hace nada, está encadenado —dijo el malencarado Bordas—. Y, además, si me rompe el taco me lo tiene que pagar.

Fifiriche. Indio patarrajada. Ojalá te tepetatees. Y se me pusieron coloraditos.

Pero Luciano no jugaba: no por bolsón ni por apretado, sino por maleta. No hacía una carambola ni de chiripa. Pichón de todos. Además, estaba en la prángana, en la chilla: arrancadísimo. No estaba como para que lo despelucaran. Se limitaría a ver, el collón.

Cortinas metálicas que se descorren: olor a recauderías, a fruterías, pescaderías.

Enredijo.

Motociclista de la compañía de gas. Horizontales, los tanques de ¿propano? ¿butano?, parecían torpedos.

—Te doy quince y las malas —una voz, porque no podía faltar el dicharajo de cajón.

—Tuvimos una bronca con un maestrito bilioso.

«Quiiiiiince y las maaaaaalas rrr», dijo el perico.

Se talqueaba las manos (no el lorito, sino Atanasio).

El mono jugaba en el pasto. *Mico meco*, le puso González, apodador.

—¿Dónde? ¿En el burdel?

Gonzalitos tampoco jugaba. Se las daría de olor porque no daba una.

—¿Pull o carambola?

(Dijo el coime con gangoso acento nasardo.)

Caía en pandorga, el cargante.

El humo era de un camión. Deletéreo, letal monóxido de carbono. Ruido de escapes.

—A mí se me hacía cara conocida —dijo Atanasio. Le dio un tostón al virtuoso del manubrio.

Ni gracias dijo. Desagradecido.

Ruido de bolas que chocan. Tacazo. Los mirones son de palo.

Lo más usual: «muchas gracias», «muchas denadas».

—Alegaba que queríamos vender el movimiento.

Luciano paró la oreja. ¡Abusado, manito! Si él supiera algo, se dijo, a denunciarlos con toda premeditación y alevosía. Carbón de entrego, pero ¡y qué! De que decía tal cosa, la hacía. Recabar de cabo a rabo, enterarse de todo a todo... Se sintió capaz de leer el pensamiento.

—Pull bolita.

Se los tomateó. Pero no dejes traslucir ningún signo externo.

«Puuuuuuuul boliiiiita rrrrrr», dijo el perico.

—¿Y por qué lo decía?

Iban a seguir caminando, pero:

—¿No quiere lotería, jovenazo?

—Esta bola está fifiada, así no se vale.

Sin correlación. Hay que desenmarañar.

La echó en la buchaca de una mesa de al lado.

—Sí, tengo con terminación en siete. Y este huerfanito —dijo el coimero cara de momia. En sus tiempos de ocio vendía billetes y abortivos, ganzúas y santoniños para abrir puertas y cofrantes, zapapicos para los ladrones boqueteros, toques eléctricos: se podía jurar. El mono, retrepado en sus hombros... También los olores de las panaderías. Un cafetín. Tahoneros.

Atanasio vio los billetes. Le gustó el 23011, que no terminaba en siete, pero sumaba siete.

—Dame un vigésimo —le dijo al organillero.

«Piiiiiiiffia... piiiiffñia... piiiifrrrr», chifló el lorito.

Si le pegaba al premio gordo, se sacaría una millonada.

Las bolas de mar Alina rodaron sobre el paño.

—Ah, ya sé, era el maestrillo ése que habló en el mitin de la Sección 14, ¿te acuerdas? Comunista de hueso colorado.

Sí, Luciano lo recordaba. Pequeñito él, simpático. Otro camión. Cargado con naranjas. A esa hora llegaban muchos camiones de carga. Venían de la carretera. Cipos miliares. Franja central, en hilvanes. Caminos de terracería, algunos.

Luciano se agachó para anudar la desamarrada agujeta de un zapato. ¿Qué había

en el dobladillo de la valenciana?

Pero me conformaría con un reintegro, pensó Atanasio. Ya era ganancia extra.

—Bueno, ¿qué carajos se traen ustedes, me quieren decir? —preguntó Luciano ya amoscado. Jaló el elástico del calcetín y se incorporó. Una piedrita... Ah, sí (acuérdate), del collar de Rosa.

—Orita te digo, pérame —le contestó Manuel Ángel.

Apostó:

—Tres pesos al partido.

Muy su lana, pero poquitero.

Atanasio aceptó el reto, con trabajos. No trinquetes ni acrobacias en el alambre, advirtió. Codicioso codales era Atanasio. ¿Por qué le dio entonces al del organillo? Cosa sentimental.

—Te voy a ganar, y sin topillos, como dices.

Me canso ganso.

¿Que no? Allá lo veredes...

Y su compadre, que estaba trabajando en un tren que iba de camino, porque para el caso era lo mismo ir en un tren que estar en una casa, contestó: «Pues si creen que nosotros nos vamos a conformar con lo mismo están muy equivocados», así dijo y expulsó el humo de su cigarrillo, que bien formó una nube dentro de un cuarto de una casa donde estaba, o bien se perdió en el aire como se perdió el humo de un tren donde iba, cruzando una llanura, subiendo a una montaña o atravesando un puente...

«Los cruceros con esquinas entrelazadas, a menudo se prefieren para lugares donde el tráfico es aproximadamente igual en ambas direcciones; ya que se considera que en este tipo de construcción se tiene igual resistencia y flexibilidad en ambas vías.»

«Tres peeeeesooooos... tres pesoooooos rrr», repitió el lorito.

Picó la bola, y cataplum-catapult, sin tocar la baranda saltó fuera de la mesa. ¡Újule! Y rebotó.

Rápido como el rayo, el mono saltó tras ella. Dianadiana...

—Señores, ¿por un casual me pueden permitir...? —dijo un hombre haciendo una humilde reverencia, voz abemolada—. Les voy a hacer una suerte.

Atanasio reparó en el entrometido. Un jorobado agobiado por una giba indomable. ¿Dónde lo había visto? Mesa de tijera, una tabla por cubierta, tres medias cáscaras de nuez, una bola de miga. Jorobando.

Lo reportó a la tiznada, ceño ceñudo y papada plegada. Eufemismo.

—Está visto que hoy no nos van a dejar en paz. No, no le permitimos.

Se sabía el capcioso truco, así que lo tiró a lucas.

Guardando la cuentecilla. Fetiche.

—Bueno —dijo Luciano—. Hablé yo o...

—Como usted guste, señor —dijo el jorobado caballerosamente, domeando de nuevo el lomo. Despichaba sudor y éter.

Cantó un gallo. A buena hora. El mono se la dio a Luciano. ¿Obediente a una consigna? Con chin-chin.

—Oye, vale —dijo Manuel Ángel—. Si seguimos buscando líos por el pinche aumento, nos va a ir de la fregada.

«Pendeeeeeejeo... pendeeeeeejeo rrrrr», dijo el lorito-daca-la-pata de su amplio repertorio.

—Ya les dije que conmigo no contarán.

Ante tan equilibrada y visible fidelidad, Atanasio chasqueó la lengua, lleno de admiración. Claro: él era ingrato en sumo grado.

—Se trata por lo pronto de calmar las cosas un poco —intervino, tímidamente. Está por verse.

Vientecillo: euro, oreo. Olfateó, más que aspiró: fresco, dulce aroma.

—Es que tenemos que llegar a un arreglo —agregó Manuel Ángel.

—Eso es de lo que se trata —dijo Luciano.

—Sí, pero otra clase de arreglo.

—¿Cómo?

Luciano se estaba encabronando a ojos vistas. Poco para trinar, tronar de irascible. «Mira Atanasio», le iba a decir, rompiendo el turrón, muy gallito. Atanasio intentó cambiar la conversación.

—Vaya friito que está haciendo —dijo, levantándose el cuello de la chaqueta y frotándose las entumecidas extremidades superiores. Olas que el viento arrastra por el proceloso mar. Olas, sí, pero de intenso frío ártico.

—Tenemos que ponernos al tiro, Luciano, y dejarnos de cuentos.

¡Clarinete! La sirena de una fábrica. Transeúntes transidos.

Luciano empezó a mondar la naranja. Filo. Su pensamiento voló de nuevo a: fideos, macarrones. ¿Qué vamos a manducar hoy?

«Uuuuuuuuuuh... uuuuuuuuuuhhhh» remedó el apapagayado lorito desde su ventana. Vieja casa de la calle del Nardo. Primera llamada.

Para mí, que Luciano estaba equivocado.

Si José Trigo vestía un saco negro con grandes hombreras, zapatos muy andados y pantalón de dril cuando tocó a la puerta de don Pedro el carpintero. El tren de Laredo corría a setenta kilómetros por hora. O si vestía un saco pardo y un pantalón gris con parches negros cuando don Pedro el carpintero abrió la puerta y le preguntó: «¿Qué quiere?» Manuel Ángel discutía en un burdel. O si tenía un sombrero que se quitó cuando dijo: «Soy José Trigo, usted me recuerda porque vivo con la Eduviges». El hombre estaba tendido a la sombra del Puente de Nonoalco. O si no tenía sombrero que no se quitó cuando don Pedro dijo: «No, no me acuerdo, ¿qué quiere usted?» El



tren de Laredo entró a una curva. «Quiero una caja porque se murió su niño.» Manuel Ángel levantó la voz. O si no fue así, don Pedro el carpintero no lo recuerda, o al menos no tan bien como recuerda lo que pasó, si no ese día, sí todos los días del mes. Cepillaba la madera, y pasaba un ferrocarrilero. «¿Qué noticias hay?», le preguntaba.

—Explícate.

«Caballeros, vean esta bolita de miga»... decía el hombre de la mesa de tijera, la tabla, el migajón, las nueces, a los hombres que jugaban en una mesa vecina. Azotó la res, ya cayeron. Ah, sí, ese jorobado fue capataz de cierta dependencia... o no, mayordomo señalero; sí, eso era antes.

—Contigo no se puede hablar. Tomas las cosas muy en serio.

—¿Y cómo carajos quieres que las tome?

—Dime —dijo Atanasio, sondando con sondaleza—. ¿Nunca has aceptado una mordidita?

—Absolutamente —recusó el ofendido. O un grado menos: contraofendido. Ni componendas de ninguna clase. A todo eso era ajeno.

Bueno, había que tratar con pinzas a este Luciano.

—Lo decía por decir. Si a ésas vamos, yo tampoco —agregó Atanasio, reloj o.

No le dio crédito. ¡Qué ganas de decirle: mientes con toda la boca!

No obstante, la ciudad estaba todavía en silencio, y se oían sus pisadas, claqué claqué, sobre el pavimento ¿macadamizado?, pues iban por la calle tan campantes. Y el tac tac de la contera del bastón de Manuel Ángel. Paseo onomatop. Top. Topéyico.

Otra pifia. Es la desvelada. Lero lero.

Por un pelo estuvo en un tris, perdonando la capilar redundancia. Récord. Candelero.

—Anda, rompe el paño y te cuesta un ojo de la cara.

¿Y luego con qué ojos, divina tuerta?

—Luciano —le dijo Atanasio acercándose, echándole en la cara el vaho que salía de su boca hedionda, nicotina y ocena—: ¿No hemos conseguido siempre lo que hemos querido? ¿No tenemos ya indemnizaciones y jubilaciones para aventar pa'arriba? Nomás revisa el contrato de trabajo: más de dos mil cláusulas y casi todas a nuestro favor.

Una frutería donde vendían licuados y pollas. Fresas, alfalfa. También era lonchería. Tepache. Extracto de zanahoria: panacea.

—¿No disparan un juguito para la cruda?

Para la cruda suerte.

«A ver, señores, fíjense, mucho ojo: aquí hay tres medias cáscaras de nuez», proseguía el hombre. Rueznos.

—Tú, que has consagrado tu vida a luchar, lo sabes.

Ahora sí que te la cachetearon, Luciano, te vieron la cara. Eso era dar coba, hacer caravanas; Atanasio, lángara lebrón, seguro era vocal del FUL, Frente Único de Lambiscones. Pero es cierto: yo he sido forjado a cincel en la fragua de la vida. A

peso: de bistec empanizado, sardina. ¡Acá las tortas! ¿Quién va a tener hambrosia a estas horas? Sí, me da tres: una reverenda y dos con sal.

He dicho.

Y dije bien.

«Las placas de asiento de los cruceros, de un espesor de  $\frac{3}{4}$  de pulgada, están construidas de acero laminado y por lo general van colocadas debajo de cada esquina del crucero. Van unidas lo mismo por medio de grapas atornilladas, que por remaches verticales que se introducen en los bloques o empaques de los canales para las cejas.»

Pases anuales; veinticinco días de vacaciones; pensiones vitalicias y de viudedad; permutas; servicio médico-quirúrgico: anestésicos, plasmas, radiografías y fluoroscopías... se acordó Luciano en un momento, en un instante, de cláusulas y más cláusulas de las que estaba al tanto... cacareadas indemnizaciones por riesgos profesionales: 1% por fractura de un metatarsiano o hasta 100% por silicosis grave; hielo en zonas tropicales; días festivos contractuales y no; que sí, claro, eran prebendas, regalías y en efecto, ni hablar, a no dudarlos, los beneficiaban a más no poder... pero las habían ganado a pesar de muchas trabas, barreras, cortapisas, las devengaban. Eran trofeos que, en última instancia, no les habían dado graciosamente. Cosas cuestionables: ¿Y el alza de los precios? ¿Los monopolios yanquis? ¿Los trusts entronizados y los consorcios? ¿Imperialismos totalitarios? ¿La violación de las garantías constitucionales? ¿O acaso iban a tener coexistencia con los sindicatos blancos de creación reciente y reacción creciente? Nunca. Autonomía sustancial. Pero, ¿y la plusvalía? ¿Y la manga y etcétera? Son chingaderas. Uno tiene responsabilidad.

—Y porque eres luchador y constante, vas a llegar muy lejos.

Pitoniso o entusiasta pitorreo. Era un dilema.

Buena jugada.

—¿A qué le estamos tirando entonces? —terció Manuel Ángel—. ¿Tú crees que nomás nos van a estar aguantando nuestros relajitos por nuestra bonita cara? Nos van a fundir.

Un amplio segmento de la opinión pública estaba ya alarmado... el sentir nacional.

—Para ser más exactos, el contrato colectivo tiene mil novecientos ochenta cláusulas —dijo Atanasio, sabelotodo, para clausurar la discusión.

—Hablas como si te hubieran untado la mano, cabrón —le contestó Luciano a Manuel Ángel. Presunto unto mexicano. Pulla.

¿Y la burguesía, el capitalismo, la banca nunca en bancarrota, el agio?

Pasaba una manada de papeleritos pitusos, gritando groserías los maldosos. Pambacearlos. Corren como gamos, gacelas.

—Hablo porque tengo derecho a opinar. Y aunque me la hubieran untado a ti

queti. No eres mi padre.

Manuel Ángel, a punto de quitarse la careta.

—Eres un hijo de la... —dijo Luciano, músculos crispados, y la cosa hubiera pasado a mayores, y Atanasio hubiera tenido que apadrinar el duelo si no:

—Cálmate, ñero, cálmate, no la amueles, no hay agravio. Te toca jugar, Tata Nasio —y otra vez a Luciano—: Chócala, ándale, no te enojés.

Empate.

¿Se lo diría de chungá? ¿O de chinga? Labia. El discípulo supera al maestro. Y las concesiones. No te dejes mangonear, Luciano, bocabajear. No seas güegüenche. Tú eres inteligente. Manuel Ángel, recuerda, es un memento. Cerrado por definición. Mentecato de mente capta y nada menos que una nulidad. Ponte buzo, aparenta indiferencia. Vale que después le pondrás una zapatería.

—Corrientes.

Silencio, ranas, que va a predicar el sapo.

Don Pedro se levantaba temprano, abría la puerta y allí estaba José Trigo. «¿Tiene dinero?» «No.» «¿Entonces a qué le tira?» «A trabajar unos días con usted.» Aserraba una tabla, entraba un mayordomo señalero que le decía: «Ayer se llevaron desmayado a Manuel Ángel a su casa». Se levantaba, se quitaba las legañas, abría la puerta y allí estaba José Trigo. «¿Sabe algo de carpintería?» «No, pero puedo llevar las cajas a las funerarias.» «Está bien», le dijo y le enseñó una caja: «¿De este tamaño?» «No, más chica.» Paseaba por los campamentos, veía a unos hombres vestidos de gris, con sombreros de fieltro: «Son los cabrones de la Federal», le comentaban sus amigos. «Porque el hombre del Puente estaba medio muerto, era un normalista.» Se levantaba temprano, se relamía los bigotes lluviosos, abría la puerta: «¿Entonces de este tamaño?» «No, más chica.» «Pues será de éste.» «No, tampoco, todavía más chica.» «Entonces lo que usted quiere es una caja para una rata», dijo don Pedro el carpintero. «Sí», dijo José Trigo. Se levantaba temprano, abría la puerta: «¿Y ahora qué quiere?», preguntó cuando lo vio. «Vengo a trabajar», contestó José Trigo. «Acuérdese que ayer quedamos en que le voy a pagar cargando cajas.» «Sí», dijo don Pedro el carpintero.

«Ahora vean: aquí están de nuevo las tres medias cáscaras de nuez. Mis manos están vacías. Díganme caballeros...»

Y lo más importante, Luciano: comparativamente tú estás en el tinglado. Ellos no. Así que no gastes tus municiones. Parquedad. Luego les parará el alto.

Secreteo de Manuel Ángel y Atanasio. Hilaban delgado, según ellos. Amafiados. Le voy a dar su merecido. Entre intrigantes y entregantes. Espérate y nos amanecemos. Ya lo introduciremos al redil. Evangelizarlo. Puro blablablá, güirigüiri puro. Frunció el gabelo.

«Díganme, caballeros, ¿dónde quedó la bolita?»

—Perdóname, te lo decía de guasa —insistió Manuel Ángel, conciliatorio después del conciliábulo. Traga más pinole el que tiene más saliva. Atole con el dedo.

Otros vecinos de mesa también habían salido perdidosos. Dos pesos de apuesta. Alternativas de la suerte. Y además tú, como líder, no estás desvalido, tienes valimientos, palancas, dicho sea resortes o ascendientes. Sinónimos sobran.

—Ta bueno, olvídalo.

González, impasible e imparcial.

¿Y los testaferreros de cuanta sociedad hay: comanditaria, anónima, etcétera?

Pillo jorobado, pillo redomado.

El mayor domo, la mayor corcova que recordaba.

Cuántos monstruos hay en este mundo (pensó Atanasio): el jorobado, el coime cucho, el denticonejuno Anselmo... Taras hereditarias por descendencia hasta la cuarta generación. ¿O estoy equivocado?

Y eso, perder así, era quedar en calidad de pendejos. Qué fastidio.

«Pendeeeeeejooooos... pendeeeejooooos... rrrr», dijo el lorito cabrón en un periquete. Asaz soez.

¿Satisfecho?

Sí, ahí muere.

(Pero no, para Luciano no murió allí la cosa, porque durante todo ese día, mentalmente estuvo recopilando datos y notas, e incluso palabras rebuscadas y de mucha garra que no escapaban a su comprensión pese a que no había cursado la instrucción secundaria, y que más tarde, como se verá, con todo aplomo y con un lápiz de grafito, ya transformado —Luciano— en un ermitaño o... ¿cómo se dice? anacoreta, sí, dosificaría, distribuiría e intercalaría en tono por demás axiomático y sentencioso en el armazón o esquema general de un deforme discurso para el cual se sintió apto y fecundo, y donde hablaría de los manejos y malabarismos de líderes que se enriquecen impunemente; falsías; eliminar cohechos; malentendidos; igualas y argucias; hienas y chacales; engranaje sindical; centralización de esto; beneficiarios de lo otro; desplazar procedimientos; estatuir y evaluar; evitar generalizaciones peligrosas; adueñarse de lo de más allá; apaciguarse pero sin desaliento; opresión, en fin, todo inteligible y con la correspondiente elocuencia alti y grandi, en el sentido estricto de la palabra. Porque... ¿Quién dijo miedo?)

Tantán.

«La A.R.E.A. recomienda que el peralte de un crucero de acero manganeso, desde la parte superior del hongo del riel a su base de apoyo, no sea menor de 6 pulgadas. Los cruceros que van a estar sujetos a tráfico intenso, se diseñan con peraltes entre 7 y 9 pulgadas, requiriéndose además cimentaciones especiales.»

Pensó en María Patrocinio: sentada en un banco (se la imaginó), desdienta ajos, desrabotea cebollas. Transfixión: peca de impecable, de santona, santera.

¿Y el tren de Laredo? Faltan x días para que se estrelle, ha quedado detenido a la entrada de una curva, o a la mitad de una alcantarilla. ¿Y Manuel Ángel? El vaso o la piedra que lo hirieron en la frente han quedado detenidos en el aire. ¿Y el hombre? Faltan N días para que casi muera, no hay ningún hombre bajo el Puente de Nonoalco. Todo ha quedado detenido. Porque la gente recuerda. Cada quien a su manera, cada quien unas cosas sí, porque las sabe, y otras no, porque no las sabe o se le han olvidado. Cada quien unas cosas primero y otras después, y otras al mismo tiempo. Y ahora es José Trigo el que recuerda. Recuerda que un día que pasó por los campamentos, no con una capa blanca al hombro y seguido por la mujer que cortaba girasoles, así como lo recuerdan todos, sino él solo, con una caja negra adornada con flores doradas, vio que los guardagujas, todavía con las palancas de los cambios en las manos, quedaban inmóviles.

Tenía un vaso en la mano. Lo levantó para brindar:

Vamos a ver: el burdel no era ni fu ni fa, aunque más bien fu de furris que fa de farra. Pero con la beberecua y la medialuz, las viejonas, beldades ningunas pero vivitas y culeando, se transformaban en forritos de P. P. y W Surtido rico. Tocaron a la puerta.

El sol caía de plano de plano.

Tamborileó en el antepecho de la tienda: caseta de guardacruceros adosada a un furgón. Por lo que era accesoria, casatienda, miscelánea, etcétera.

Uno más de los otros, invertido a quien habría que achicarle la canoa, tirabuzones blondos y cachucha color vino, calcos de nagual, les franqueó el paso ceremoniático y estudiado después de cerciorarse a través de un postigo o visillo que eran gente conocida. Vestíbulo del prostíbulo. ¿Quién es? Cómo te va, cuilmas petatero. La vieja Inés. Perdón, creí que era Margot. Techo apuntalado, travesaños: encofrado de mina parecía. ¿Lo restauran o estará por caerse?

Atisbo: en la penumbra, un letrero: «Hoy no se fía».

—¿No hay nadie que atienda aquí? —preguntó Manuel Ángel.

Concurrencia no muy selecta. Ferrolanos. Bohemios. Y una punta de sujetos, brigada de bergantes, con pinta de hampones. Apretazón y chicantana, olor putesco. Le estrechó la mano a la madrota que regenteaba el burdel, y le dio un coscorrón. Padecía de alopecia crónica, la zorra. ¿Éste que se trae? Y liendres al por mayor.

Ruido de cubilete.

Se asomó por la ventanilla. ¿Y quién diablos va a pedir fiado? También: «Se traspasa». Confites (no canelones), resmas de papel de estraza, comptas compuestas. Un moscardón sobre los malvaviscos. Calorías.

La putita petacona en la flor de la edad, se agachó para enchufar el radio. Se le asomaron: la crinolina, piñata de membrana blanca y: las corvas y las curvas.

—¡Pon músicaailable!

La tienda era también expendio de lotería.

El barragán Gonzalitos, como siempre, medianía de templanza. ¿Y el osuno concuño?

—Me gusta el 23011 —dijo Atanasio—. Voy a comprar un cachito.

A los diez segundos de conectado, el radio empezó a sonar. Para ponerlo a uno bombo.

Así están las cosas.

Recuerdo que cuando José Trigo y Eduviges iban al cementerio, se les acercó un fotógrafo ambulante.

—¿No quieren que les tome una fotografía? —con voz cascada.

Se la tomó.

Manuel Ángel tenía un vaso en la mano, lo levantó para echar un brindis, bebió con fruición y lo levantó otra vez:

Frecuentaban ese burdel religiosamente, cada vez que el rayador les entregaba sus respectivos jornales, una vez sí y otra también, si no a echarse un acto carnal cuando menos a dar un bailazo para sacudir la polilla, en calidad de mientras. Salía de a poquianchis; el cual se organizó. Crujían las duelas del piso. Todo era pista de baile. ¿Me complaces? Con placer. Encerrona y cambalaches.

—¡Eeeeeeh! ¿No hay nadie aquí? —volvió a gritar.

Ahora, enmarcado por un hialino resplandor, estaba rodeado de cuatro mujeres. Confulgencia de damiselas: arrufló con cuatro corazones rojos. Fulana, Mengana, Zutana y Putana. Manjar. Una le ponía un clavel en un ojal de la camisa. Otra más, sociable, le ofrecía un cigarrillo. Cigarrera dorada. Aquélla, un tanto indiferente, se quitaba con acetona la cutícula de Cutex. Popular copulachero era Manuel Ángel. Se daba la gran vida dándose las de donjuanesco conquistador que acababa con el cuadro. Sí, muy macho, muy salsa. ¿Conque eres de mucho arranque? Pues no me sirves ni para el mismo. Bebió y levantó de nuevo el vaso. Semental, burro manadero. ¡Qué famita! Se derramó parte del líquido. Depende, joven. ¿Burlador? No. Saliva en la comisura de los labios que al hablar espurreó sobre los presentes. Tanta, que parecía un buche.

Un bonche.

Ponte babero.

Le acercaron un flamante encendedor. Incienso. Chispazo fútil: se le está acabando la gasolina.

Quitamanchas.

¿Cómo la ven desde ahí?

Y recuerda también José Trigo que los mecánicos, también con las herramientas en

las manos, quedaban inmóviles. Que los guardacruceiros, todavía con las banderas de señales en las manos, quedaban inmóviles. Y parecía que el mismo humo de las fábricas, que las mismas nubes del cielo, que el sol mismo, habían quedado inmóviles. Nadie operaría los cambios de 45 grados para que pasara el tren que no iba a salir rumbo a Veracruz. Nadie soplaría con vapor los tanques de aceite vacíos de una locomotora que no iba a transportar carros cargados de naranjas tangerinas, escuadras de agrimensor, caciques, prensaestopas. Nadie alzaría las banderas para avisar que iba a cruzar la calle un armón que no iba a cruzarla. Dejó de escucharse la algarabía de los muelles del exprés. Dejó de escucharse un solo silbatazo de locomotora. Dejó de oírse un solo «¡Váaaaaaamonos!» en los andenes de las estaciones. Y las chumaceras de las locomotoras se enfriaron. El carbón se apagó. El petróleo se secó en los durmientes, mientras pasaba José Trigo, cargando una caja negra y dorada. Es posible que al voltear hacia la casa no viera a los dos hombres que estaban en el terrado o azotea que les servía de atalaya. Escalera de husillo. Uno acostado bocabajo con una cámara fotográfica, longividente. Y el otro, recargado en un tinaco, el pie derecho sobre un grifón.

Es posible, digo, pero no lo afirmo...

Otra vez la música, a timbales batientes. Escuincles con cohetes. Tito tito capotito.

¿No habría un momento de silencio en todo el día?

Menos mal: se cebó.

Hasta la doña bailaba (le daban este tratamiento a la donosa dueña), cuento excoriado por el tiempo: de abolengo pero venida a menos. Macanche y mocashane. La lámpara, un pulpo sobre sus cabezas, octópodo con focos rojos en lugar de ventosas. Adherencia.

Al fin, la voz:

«Allá voy, un momentito».

Se separó de la ventana del burdel. Otro sorbo, se enjugó la boca, y dijo vaso en ristre:

—¿Por qué vuelan tan alto?

Caminó, cojeando, se detuvo cerca de un cambiavías, le puso la mano en el hombro.

—¿Qué tal te caerían a ti ahorita cinco mil pesos?

Las luces de la señal de cambios: rojo pungente.

—¿Qué dice? —preguntó el hombre dejando de bailar.

—No le hagas caso, está borracho —dijo la mujer de angrelados incisivos de peineta, prótesis dentales.

—Que qué tal te caerían cinco mil maracas ahorita —volvió a preguntar. Y de verdad se le habían subido los copetines hasta el copete.

—Pues muy bien, ya lo creo —dijo el guardagujas, mientras hacía girar el durmiente cabezal.

Raspadazo danzón, y de cachetito. ¡Hey familia, no la raspen! Delen al tololoche.

—¿Lo ven, pendejos? —dijo Manuel Ángel poniéndose la mano sobre los ojos para resguardarlos del sol.

—Sí, sí lo vemos. Lo que no vemos es la lana —dijo su suegro, mientras levantaba del sofá su rechoncho y rechancho corpachón porcachón, y le guiñaba un ojo a la mujer del vestido de artisela color fucsia y abalorios. Chaparrita cuerpodeúva.

Un hombrecillo de anteojos, esquelético y zambo, que hasta ahora estaba cabizbajo y hundido en un sillón, irguió la cabeza, se levantó también e intentó acercarse a Manuel Ángel, tambaleando. Pero traía una paladina papalina muy respetable. Con su licencia...

—¿Sabe usted? —dijo de primas a primeras—. Yo soy maestro normalista, mi asignatura es...

Manuel Ángel siguió caminando entre las vías, viendo el balasto.

—La verdad es que no van a caer del cielo —dijo, pisoteando la colilla en la alfombra floreada—. Hay que buscarlos.

—En el cenicero, huevón —una voz. Tan sucio, el tapete, que hay que darle una felpa.

El hombrecillo dio algunos pasos. Todavía un poco cabizbundo y meditabajo. ¿Sería que por chaparro lo pasaban por alto?

—Yo estoy con los ferrocarrileros, me precio de estarlo... —más que dijo, musitó.

—¿Y dónde? —preguntó uno de los hombres del riel.

Manuel Ángel dijo algo, pero el silbatazo de una locomotora no los dejó oír.

—Bajen ese maldito radio, que no se oye nada —gritó una de las cuatro mujeres que estaban con él—. ¿Qué decías, papacito?

¿Papacito? ¡A pa'papacito!

—Yo creo que tienen razón en lo que piden —dijo el hombrecillo.

Manuel Ángel alzó la vista y vio el cielo.

En la pared había un cuadro: cañamazo y aves exóticas en labor plumaria. Moñudos pájaros, chupamirtos. Otros, calópteros. Al lado, un almanaque que ilustraba a una mujer desnuda, con un kepí de maquinista y una lámpara de petróleo en la mano derecha. Artística aunque indecorosa decoración.

Allá va una mujer, niño adosado en un cuévano.

Las nubes, negros pretores, desolaban el ámbito.

Éste es mi gallo.

Porque.

«Porque el primer paro no dio ningún resultado y vamos a hacer otro ahora de 6 horas.»

Pero.

«Pero si lo único que queremos es alcanzar el nivel de vida de hace 12 años.»



Y además.

«Además el promedio de tonelada-kilómetro por trabajador ha subido de ciento veinte a mil doscientas y pico.»

Así que.

«Así que a ver qué dicen cuando a las tantas de la mañana en punto se paralice todo el sistema de la República.»

De esa agüita que ataranta, que agüita...

Atanasio cogió el bastón que Manuel Ángel había dejado junto a la ventana, y le dijo al maestrillo petimetre:

—Usted no esté moliendo la paciencia.

Metiendo cuña:

Con un trancazo queda tranquilo. Voces aisladas: «¿Cuánto porque te dejes meter el chucumite por el camino tostonero?» Chico boquete. Oiga, hip. «Estoy hidráulico.» A mí, hip. «Y no por cualquier baba de perico.» No me va, hip. «Si no fuera por estos momentos y los días de paga.» A callar, hip. «Qué cabaret ni qué nada: no me puedo salir del guacal.» Usted, hip.

¿Qué había dicho el maestro? ¿Oiga a mí no me va a callar usted? Tíralo a león sonriente. O quítale el hipo.

Más humo. A propósito: ése era el último cigarro. Se acercó a la ventana. Recordóse en el antepecho y apoyó el hombro izquierdo en el alféizar. La frescura de la noche le dio de lleno en la cara. Cascaruleta. Empezaba a lloviznar.

—Quiero unos frajos zopilotes —le dijo al hombre que había aparecido, con mangotes negros en los brazos. Tabletas de chocolate con leche.

La sombra de la lámpara, arácnica.

—¿Que qué?

Chocolátex.

—Unos cigarros Alas, hombre.

Cachondeo.

—Ahorita vengo, los tengo allá dentro.

Una cucaracha caminaba sobre los caramelos de frambuesa. Bombones dos veces buenos. Le voy a echar una escupitina.

Otra voz dijo:

—¿Qué haces allí asomado? Vas a pescar un catarro.

Empalagarse. Empielagarse en un mar de golosinas...

Y otra, más fuerte:

—¡Oye, tú, ya no le hagas al cuento!

Volteó. Una güila de buenas agarraderas se alzó las faldas y le enseñó los calzones. Le gritó algo más, pero no la oyó. Mímica. Diafragma. De cara a la ventana, otra vez.

Se concentró. Expectoró de su ronco pecho, gargajosa garganta.

El salivazo bajó, bajó, y cayó la noche anterior sobre el pavimento, cerca de una coladera. Pasaba un coche de alquiler, taxímetro iluminado. Una mujer abrió un paraguas. Cadenciosa caída de agua. Cloac, cloaca.

Los dejo chiquitos a todos.

Y todo esto sucedía mientras pasaba José Trigo con una caja negra y dorada. Pero de pronto, la caja se transforma en una caja pequeña y blanca, y José Trigo queda inmóvil. Porque un durmiente cabezal de un cambio gira sobre su base, un regulador de una locomotora abre las válvulas, una bandera flamea en el aire, una luz de señales reverbera, un mazo clava un durmiente. Y el tren de Laredo camina hacia las locomotoras estacionadas o el caballo muerto; y el vaso o la piedra hacia la frente de Manuel Ángel, y el hombre, ferrocarrilero o maestro, hacia su media muerte. Porque ahora son los ferrocarrileros los que recuerdan, y recuerdan que cuando suspendieron el paro y volvieron a trabajar, vieron a José Trigo, con una caja blanca al hombro, detenido, que volteaba la cara hacia donde estaba la mujer cortando girasoles y le decía: «Ándele, que se hace tarde».

Vaya rebumbio. Aquellos dos, enfrascados en una botella de aguardiente no refino. Margallate. Una puta gorda y mulata, bien trolebús, bailaba agitando un plumero multicolor, pájaro esférico, a modo de abanico. Por orden de la dueña el joto, brujo picarón, se subió a un banco. Femeinidad. La puta tenía una cofia o redecilla en la cabeza, y pantuflas. Nada bajo la bata. El enerve joto encendió la televisión que estaba en una repisa alta, esquinera, sufija por una especie de arbotante. Para que se viera desde retelejos. La clientela vitoreó, ovacionó, gritó ohes, oles, hurras. Exultaciones varias por la retrasmisión de la pelea de box, estelar y toda la cosa. De quino. Después de ese programa. Un hombre sacó una pistola listo para disparar al aire. Balacera que sería un disparate, por lo que enfundó el arma sin hacerlo. Pistolero balín. Aquellos celebradores a quienes la pelea les venía wilson, seguían bailando. De campeonato. Verla mientras se da uno un calentón, manoseando. Interés doble. O turnarse.

El pedante maestrillo sacó una pequeña libreta con todas las apariencias de agenda. Chévere el vacile, piocha.

—Aquí están los Alas.

Pagó con un billete.

El cuadrilátero, el réferi y los boxeadores, en grises, blancos y negros. Se trasveían porque enfrente de la pantalla, las plumas rojas, anaranjadas, amarillas. La bailadora tomaba cuerpo.

—Mire, aquí lo tengo apuntado. Yo conozco al secretario de la fracción 14 del Sindicato, se llama...

Sufragio efectivo, no reelección. Fanfarroneando.

Atanasio, de hecho estupefacto pero con cierta displicencia:

—¡Qué lata con el cuate éste...!

Manuel Ángel tornó a su rincón consentido. A reculones. Qué cosa: bebía como un cosaco, como si echara competencias.

—¿Qué pasa con el vuelto? —gritó. ¡Ay juna!

En esta esquinaaaaaa. La tusa cantaba y se levantaba la falda de la bata por detrás. Unos le veían la glotis, otros le veían los glúteos.

—Yo, como representanttt... representante del elemento docente...

La verdad, se le lengua la traba.

El retadoooooor. Bailadora cintura-de-reloj-de-arena. Los lentes del maestrico corcoveaban en el caballete de su nariz. Elevado vómer. Y sudaba copiosamente las copas, a pesar de que el cielo se había nublado. «Levántate las naguas.» «Niguas.» Muy ocurrente. «¿Baila conmigo, señorita?» «Favor que me hace, pero ni yendo a bailar a Chalma.» «¿Hay otra disponible? De preferencia nalgona.»

Y otras voces: al que imitó los parados del modosito sodomita: «No te vaya a dar un aire». «Saco.» Al mañoso que regateaba con la puta que tenía facha precisamente de eso, de gata: «Aquí no es casa de beneficencia». Bajón. Sólo los padrotes tenían franquicia, no los cabros. «¿Que estás de purgación?» Sangrona piruja. «Por el chiquito entonces: te almidono los oxiuros.» Quien quita y se pone al tiro la marota ésta. Y a Manuel Ángel, que a medida que se acababa el vaso, sargento de caballería, se le iba colmando el plato: «Mándalo a volar». Hizo una seña: capirotazo. «Mira, así lo tumbo.» Daba por descontado el descontón. ¿Y si el susodicho garnucho no resulta, si te sale chucha cuerera? Sí, chucha, permíteme esbozar una sonrisa... De pronto se le cayó el vaso al tapete. No se hizo trizas. Ni siquiera se rajó. «Eres una calamidad.» Borcellar con bilet. Babel, aquelarre. «¿Te sirvo otra cuba?» (alias teporocho). «Sí, pero que no sirvan el ron con cuentagotas.» Bebidas debidamente alteradas. Éste es el juego de juanpirulero.

El comunicativo hombrecillo se le acercó a Atanasio y lo jaló de un brazo.

«Se me reventó el barzón»... el calzón. A todo dar.

Atanasio hizo un repente. ¿Cuscús? Acto puramente reflejo. Vio a unos perros enfornicados, los cínicos baquetones. Hay que destrabarlos.

Otras voces: «Me la pelas». Y el interpelado...

—Mira que estar cuete a estas horas del día —le comentó Atanasio a Manuel Ángel, quien en ese momento se embolsaba el cambio. Ya lo dije: si se me pone pesado, me lo cargo.

El púgil de los calzoncillos blancos recibía al de los calzoncillos negros con fuertes ganchos de izquierda. Un viejo gris, corbata chalina y piel de cebollana, se acercó silencioso y licencioso y le susurró, gutural gruta, dientes como barruecos: «Un poco de yohimbina para estimular...» Ve a instigar el instinto de tu madre. Sutileza. No estoy tan viejo. Además era nefalista, anafrodita, aunque todavía soblababa. Y al maestro, en tono didáctico:

—Oiga, mi estimado: apréndase ésta: nosotros no somos comunistoides. Váyase a

dormir o le sorrajo unos mandarriazos.

Mandarriazos, catorrazos, guamazos, cocolazos del cocol y otras que terminan en «azos».

Así me las gasto.

Y no porque así fuera de verdad, no porque el día del segundo paro pasara José Trigo con la caja blanca, sino porque el día que fue el primero de muchos días de zozobra, hambre, bayonetas, gases lacrimógenos, fue también aquel en que pasó José Trigo con una caja blanca al hombro, y ahora quien recuerda esos días y recuerda las palabras culatazos, testículos, granaderos, fusiles, banderas rojinegras, antorchas, policías, cárcel, separos de las Zonas Militares, periódicos, sabotaje, recuerdan también hasta el cansancio, hasta la muerte, las palabras blanca blanca blanca blanca blanca y girasoles girasoles girasoles flores flores girasoles, caja, blanca, girasoles.

Al buen entendedor... Pero el pedazo de alcornoque tenía una P en la F, y no por esto se quedó tamañito.

Una muchacha con un canasto de flores en la cabeza. Canéfora. Lunarcillo cabe los ojos, y recatada en el mirar.

Fin del tercer round.

—¿Cerillos? —preguntó el tendero. Regoldó.

—Sí, también.

Se llevaban a la desfachatada pizcapocha. Vaciada, pero ya estuvo suave de puterías, berra broncudada. Antes de irse dio una machincuepa. Una de las cuatro peoresnadas de Manuel Ángel le pidió un cigarro. ¿A quién le doy batería? De tin marín, de do... Picaflor, avorazado. Sonó la campana. De tin-tiliing, tiraron de la anilla. Un chorro de vapor albugíneo salió de la locomotora. Cuarto asalto. —¿Tienes cerillos?

—Aquí están —dijeron el tendero y Manuel Ángel al mismo tiempo.

Pasó un vidriero.

La dama de Manuel Ángel emboquilló el cigarro.

Cerillos de La Central. Una mujer, blanca como la espuma, tonalidades grises, en el dorso de la cajita. ¿O era el anverso? Según se vea. Sobre fondo multicolor, y una locomotora. Pasó el joto remilgado. Pícale el culo. Descolón. Fuchi. Me confundí yo: yo no fui, fue Teté.

El fósforo fosforeció.

Pobre jotito, lo traían de encargo, le cargaban la mano de a feo. Pero con tanto desfiguro.

¡Habrás visto!

Pues te diré...

Una caja blanca. Ponía al hombro de José Trigo. Un ramo de girasoles. Ponlo en los brazos de la mujer. Haz ahora que caminen, él delante, ella atrás, por los campamentos, entre las vías, desde siempre, para siempre, de día o de noche, llueva o truene, granice o haga sol, los vean o no los vean, los recuerden o no los recuerden. De noche, por ejemplo, no los verán...

«Cuando las zanjas comunes no son suficientes para eliminar el agua en los cruceros, se hace necesaria la instalación subterránea de tubos perforados, drenes franceses o de cualquier otro tipo. Un crucero simple, cuando no se dispone de una zanja o atarjea cercana, puede ser drenado por medio de un pozo construido de propósito.»

—Oiga, señor —otra vez el maestríto le dirigía la palabra a Manuel Ángel. Decía una costra por osa.

El hombre del calzón blanco se refugiaba en las cuerdas.

—Que ya no chingues, ¿no entiendes?

Le hicieron coro.

Con cara de pocos amigos.

Transita un niño, con un gallo coqueto en los brazos. Tarsos armados con fuertes espolones. Pruebas de viento.

¿Me entiendes, Méndez? Pero el ay ojón cuatrojos volvió a la carga, inexorable, aventado, y ojitos turnios tras los vidrios gruesos como:

A través del culo del vaso, lo vio Manuel Ángel. ¿Tempestad en un vaso de agua? La verdad es que no tragaba a ese sujeto. En el radio, el solista llevaba la voz cantante. ¿O no me explico, Federico?

Libidinoso: el viejo ése del afrodisiaco. Ha de ser mayate, raboverde y sátiro. ¿Y Atanasio? Regresaba de orinar, según él, tras un lavadero de los llanos. Pañalón. Nada probo y sí proclive. Caminaron entre las vías de nuevo. Manuel Ángel pateó una lata. Leche condensada Nestlé. Rodó por el talud hasta la lagunilla de la cuneta. Escorial. Los seguía siguiendo el maestro. «Muérdeme», decía una mujer. Hija de la mala vida: como para traerla a mal traer. Pero nunca falta un sádico para una masoquista.

Las cosas se ponían feas. Un codazo, de la güera fumadora.

—Te sigue buscando camorra. Hazlo cisco.

¿Qué? ¿Que me quiere pegar? A mí no me la pega. Pero el maestro no se ciscaba. ¡Císcalo, císcalo, diablo panzón! Alguien propuso que se chocaran la mano. No dieron su brazo a torcer. Antes al contrario:

—Lo que pasa —dijo a voz en cuello el claridoso normalista—, es que ustedes son unos traidores al movimiento sindical mexicano...

Franicamente agresivo.

Manuel Ángel se abalanzó sobre él, dispuesto a darle un pechugón de perdis, cuando Atanasio intervino. Y otros más, todos a una: un concripto (dijo ser) vestido de civil, un cinturita con cara de rorro y anteados zapatos de ante, el avezado vicioso, un chafirete ruletero, un bracero pocho, etcétera. Montoneros, furcias orcifones. Hasta el maricón, que escupió a Manuel Ángel de pasada. Esputo.

Hipertensión, tirantez.

Falta de punch. Un rechazazo cruzado que abanicó el aire. Alarmada con el zafarrancho, la tía de las muchachas (con ella no hay tu tía), gritaba: «¡No quiero líos, no quiero líos!» Fúdica, como agua para chocolate. Le va a dar el telele y nos van a llevar a la delegación, a la peni.

Se puso a la defensiva.

Y un muchacho que iba en un patín del diablo hecho con cajas de jabón, se paró a ver el mitote. Lluvia de confeti: otra vez la puta del plumero, gorda que no flaqueaba. Risotadas.

Ya chole.

Porque de noche, de noche nadie entierra a nadie. Nadie, de noche, sale de un furgón con una caja blanca, y adentro de la caja un niño. Nadie sale detrás de nadie y va cortando girasoles. Nadie camina así por los campamentos. Y nadie los ve. Por eso, cuando Manuel Ángel pasó, a eso de las diez de la noche, sin pensar que en el burdel, ya borracho, iba a gritar: «Luciano está loco, si yo fuera él le sacaría cincuenta mil pesos al gobierno y dejaría el asunto en paz», no vio a nadie.

«Yo le sacaría cien mil.» «Yo medio millón.» Si fue esa noche, cuando estaba en el burdel con dos muchachas de cada lado, fumando, estrenando traje, oliendo el clavel que tenía en el ojal de la solapa cuando Manuel Ángel lo dijo. O si fue al día siguiente, en la tarde, cuando caminaba por los campamentos, seguido por los mismos amigos de la víspera, y por el mismo pequeño y miope maestro normalista cuando Manuel Ángel lo dijo, da lo mismo. Lo importante es que lo dijo: «¿Por qué vuelan tan alto?», dijo; y luego: «¿Qué tal te caerían a ti ahorita cinco mil pesos?»

Alguien golpeó una botella contra la pared. La desgolletó.

El maestro insistía. Atanasio cerró la mano, levantó el pulgar, le mentó la...

Se vio al hombre del calzón negro abriéndose camino con ganchos al hígado. Para acabar con el cuadro.

Esquivó el golpe.

—Eso sí, a mi madre no me la to...

Pero recibió un rechazazo en plena mandíbula, plena torre, y a pesar de que era de día, vio las estrellas.

Cayó sobre la alfombra flordelisada, junto al vaso que había pateado Manuel Ángel.

—A ver si así te aplacas.

Tanteó las piedras del balasto, cogió una grande y la arrojó.

Alguien apagó la lámpara.

Ahora el hombre del calzón negro lanzaba aparatosos volados de derecha a la cabeza de su contrario.

El vaso voló y se hizo añicos.

En la frente de Manuel Ángel fue el impacto de la piedra.

Cayó el hombre del calzón blanco.

Nube de polvo.

Intervino el burdel completo.

Se levantó. Lo detuvieron.

Encendieron los focos rojos.

Nocaut técnico.

No hubo tongo, eso que ni qué.

Cogieron al maestro por los fondillos y fuera de quicio lo pusieron de patitas en la calle, diciéndole hasta la despedida: vete a hacer gárgaras con... el improsulto de los insultos.

El interplanetario sol reapareció.

El maestro se fue corriendo, exhalando interjecciones a pregón herido. Como chinampina. Por andar de hocicón, por su indocente actitud de analfabestia, por sus bravatas.

La esposa del tomate es la tomatesa.

Más o menos normalizada la situación, Atanasio le dijo a su cachanchán González, o Mengáñez, como se llame:

—Vele a dar matarile.

De pilón.

Le fue como al cohetero.

Nadie acudió en su auxilio.

¿Y la pelota, el balón, la miga, la bola de billar, la naranja, la cuentecilla? Sepa la bola.

Y mientras tanto un y una pasaban por la de, rumbo al, él con una al, y ella detrás con la, bota que bota, cortando y haciendo con ellos un: hombre larguirucho, mujer morena, larga calle de la Crisantema, cementerio popular, caja blanca, hombro, enorme panza, grandes girasoles, ramo luminoso.

José Trigo y Eduviges.

Ya lo dije hasta el cansancio.

Hasta decir basta.

(UNA ODA)

*(Oda o corrido, valona, tonada, inventario, romanza, aria.)*

Sobre los carriles de hierro, corre un tren. Un tren es una serie de carruajes enlazados unos a otros, para conducir mercancías y pasajeros por los Caminos de Hierro. En el tren viaja el suicida que se ha de arrojar desde lo alto del puente de Metlac. El abigeo. La pareja de recién casados que cohabita en el reservado. El provinciano y el capitalino. El obispo de mu ceta morada y roquete bordado con imaginería. El ladrón de relojes con leontina de plata. La mujer paridera que ha de tener un hijo ferronato. Viaja también el vendedor de crucifijos, con su maletín. El viajante que se dedica a la venduta de máquinas portátiles. Los deudos que velan un cadáver embalsamado con formol. El extranjero que ha de repatriarse. El fabricante de vaporarios. El contrabandista de morfina y otros estupefacientes. El currutaco pisaverde y chabacano necesitado de bisoñé. El delincuente esposado. El árbitro de futbol. Un paseante que morirá en el viaje, de un síncope. El orfeón. Los hombres de la farándula, con su guardarropía. El polizón. El alienado. El lagartijo lechuguino e inelegante. El maestro en escultismo. Los carabineros. El oficial de la armada con su cuto plateado. Una caravana de amapolados homosexuales que regresan del carnaval, del antruejo, con los cabellos moteados de confeti y antifaces de ojeras, que fuman cigarrillos de color carmesí robados en los burdeles de la costa: nicociana y mentol. Y el transformista, el travestista que se transforma en notario que se transforma en cirquero, recaudador, censor, proxeneta, tiranicida, mentor... Así como todos aquellos hombres y mujeres de todas las razas, negros o blancos, huicholes, babispes, chochopopolocas, tarahumaras, acafes. Que van de viaje. De jira campestre. De negocios. De veraneo. De excursión. De bordada. De paseatas en buena amistanza. O a lugares de saltaciones y besamanos, charreadas, jaripeos y novilladas, solemnidades y relaciones, jolgorios y sanjuanadas, kermeses, torneos, tauromaquias, verbenas y luminarias: cargados a más y mejor con velices y valijas, maletas, petacas con flejes, cartoneras, arcones, bujetas, escriños y portamanteos. También con neceseres, mochilas, capoteras, carrieles, fiambreras. Con provisión de pasaportes, itinerarios que consultan, dietas que recuentan, salvoconductos. Llegan unos, parten otros, emigran, inmigran, peragran de aquí allá, trasbordan, empalman, se embarcan, hacen conexiones, continúan su viaje en automóvil, en chalanas no más seguras que armadías, en autobuses. Vienen de la zafra, van a colonizar, viajan a sus quintas y fortines, regresan de la pesca del sábalo, asisten a tomas de posesión.

Al frente, va la locomotora. Una locomotora es una máquina montada sobre ruedas que, movida con vapor, electricidad, etc., corre sobre carriles y arrastra los carruajes de un tren. Es un artificio mecánico que desciende del palanquín, de la



fastuosa carruca, de la cuadriga. La locomotora y los carruajes, hacen un ferrocarril. Porque ferrocarril no sólo es el camino formado con dos barras de hierro paralelas sobre las cuales ruedan los carruajes, sino también el tren que circula por este camino. En este caso, la locomotora es de vapor. Vapor es la forma gaseosa de una sustancia que a la temperatura ordinaria es líquida o sólida. El vapor que mueve a la locomotora es vapor de agua. El agua, líquido transparente, inodoro e insípido que forma la lluvia, los veneros, las albuferas, las marismas donde cuajan las saladas, se evapora al hervir, y hierve al calentarse con el calor que se desprende de una combustión. En este caso, el combustible puede ser —o puede no ser— el carbón. El carbón mineral, por ejemplo, es una sustancia fósil, negra y bituminosa que se encuentra en el seno de la tierra.

La tierra es redonda. También es plana. También es anfractuosa. A veces tiene llanos, planicies, sirtes. A veces tiene montañas, ríos, desgaldaderos.

Por la redonda, esférica tierra, ruedan las locomotoras. Cruzan disformes llanos, suben encumbradas montañas, atraviesan fragorosos ríos. Ruedan, desde hace casi dos siglos, o sea desde hace mucho y muy largo tiempo. El año fue 1769. El país, Francia. El acontecimiento, la construcción del primer vehículo de vapor. Pasaron los años; quince, para ser más exactos, y se patentó el artilugio. Pero fue hasta principios del siglo que culminaría con la bella época: el siglo diecinueve, cuando nació la locomotora. Una sola locomotora hacía el trabajo de dieciséis caballos, de dieciséis briosos solípedos de cuellos y colas pobladas de cerdas largas y abundantes, en las minas hulleras de Leeds.

Fracasó el ferrocarril de cremallera. La locomotora anfibia Orukter Amphibolis se hundió, no en el agua, mas sí en el olvido. Pero triunfó la locomotora que recorrió el camino de Stockton a Darlington con cuatrocientos pasajeros a bordo, el martes 27 de septiembre de 1825. Al frente marchó un hombre, a caballo. Enarbolaba una bandera, y en la bandera se leía: «*Periculum privatum, utilitas publica*». Allende de los cuatrocientos peregrinantes, la histórica locomotora llevaba una carga. Carga es toda cosa pesada que se transporta, y que puede ponderarse por estéreos, por arrobas, por quintales o centipondios, por toneladas. Y los ferrocarriles transportan cargas. Cargas de harina, como la que transportó la locomotora de Stockton a Darlington. O cargas de toda estirpe, de toda índole, de todo rango.

Porque si bien en un principio los ferrocarriles transportaron frutas, maderas, áridos y minerales e inorgánicos, con el acaecer del tiempo (el carro diligencia se transformó en el carro aerodinámico, con gabinetes particulares, asientos afelpados), con el devenir del progreso (Tom Thumb y el Leon de Stourbridge se transformaron en la locomotora Mallard), además de almudes de maíz, cuarterones de frijol, serones de plátano guineo o toneladas de coke, los ferrocarriles transportan la carga más miscelánea y fantástica: desde un cultivo del protozooario ciliado que produce la disentería balantidiana, hasta el meteorito sidéreo, resto de un astro extinguido, que después de cruzar los espacios y de romper la red invisible de almicantaradas y

acimutes, cae en la tierra.

Los pasajeros de los ferrocarriles no tendrán ya que viajar con talares sobretodos y gafas de gasa: los ferrocarriles transportan cápsulas de radiactivo cobalto 60 para aliviar a los enfermos del mal del cáncer, también llamado cangro. Los pasajeros de los ferrocarriles no tendrán ya que sorber el café con popotes o canulillas, porque los trenes ya no dan bandazos, ya no se cernean como antes, y porque ahora transportan espermaceti para hacer lápices labiales, y además cactáceas, tandemes, estilográficas, árboles navideños, valores fiduciarios, curricanes y manómetros. Los rieles ya no se romperán más con el peso de las locomotoras, ni las locomotoras arrastrarán varios carros cargados de algodón, para proteger a los pasajeros en caso de explosión de la caldera: los ferrocarriles transportan incubadoras para los niños prematuros; corníferas antas, cóndores, rapaces raposas y proboscídeos elefantes para los zoológicos de las grandes urbes, así como panteras enteramente fieras; y contraestopas, tragaperras, diásporos, almácigas para los viveros e invernaderos. No volverá un caballo a ganarle una carrera a Tom Thumb, ni Tom Thumb volverá a usar cañones como tubos de vapor: las locomotoras, cuyos antiguos miriñaques barrenieves se han transformado en eléctricos limpianieves giratorios, transportan lo mismo linotipias donde se han de componer los grandes diarios matutinos, meridianos y vespertinos, que arcos voltaicos para el alumbrado de las grandes autopistas y arterias escénicas, o bidés para los burdeles, también llamados congales, donde se han de lavar votivas, ninfas y clítoris las rameras o mozcarras, por otro nombre gamberras.

Todo esto transportan los ferrocarriles. Y todo lo que se pueda imaginar. O soñar. Porque también se soñó con el ferrocarril formado por grandes cajas llenas de agua; cajas más grandes, claro está, que la sentina de un barco de 25000 toneladas, o que un dique de carena, que habrían de correr por una decavía transportando buques. Sí, buques de alto bordo, gran calado y larga eslora. ¿Y por qué no, si treinta barcos guerreros fueron transportados por tierra, del Bósforo al Cuerno de Oro, en 1453? ¿Y por qué no, si dos milenios antes, barcos trirremes de veintún brazas de largo fueron transportados por tierra, y cruzaron el Istmo de Corinto, tierra de vides efervescentes?

La Guerra del Ferrocarril fue ardua y larga: no todo marchó sobre rieles. Testigo de ello fue la Puffing Billy, la locomotora más antigua que se conserva, y que se encuentra en el Museo de Ciencias de Londres. No bien empezó a cruzar las praderas donde medraban el ballico, el cinosuro, la linaria y el quinopodio, cuando ilustres sabios de la era en boga dijeron que, a su muy leal entender, humo, carbonilla y silbatazos acabarían con los sembradíos, los pájaros y el ganado. Pero no fue así: las partículas de cisco y la carbonilla incandescente que brotaban de las fumosas chimeneas de dorados capiteles, no incendiaron los pastizales donde pastaban las vacas, hembras del toro. Y tampoco el humo atosigó los aires y mató a los pájaros voladores que se dijo iba a matar, y entre los cuales se podría mencionar al arrendajo,

la cogujada, el turpial, el vencejo y el cristofué.

Claro que de entonces acá, ya llovió...

Lejos están los tiempos en que los indios cheyenes lazaban a las locomotoras. En que poblaciones enteras se sublevaban cuando sabían que por ellas iba a pasar el ferrocarril. Lejos la época en que locomotora y ténder formaban un mismo vehículo: a la caldera seguía un combés, por llamarlo así, y luego un viejo barril que antes había contenido whisky y ahora agua, unido con correas a la plataforma. Más lejos los días en que doctorales políticos sugirieron que los ferrocarriles llevaran velas; sí, velas latinas o cuabras como las que movían a los quechemarines, las balandras y los galeones, para aumentar la velocidad con el favor del viento.

No, no hubo tordo que se aturdiera.

Llovió, llovieron, de antuvión, argaviesos, mangas, rujiadas...

Pero a fuerza de constancia, triunfó el Caballo de Fuego, el demoniaco Caballo-Dromedario de carne píceas, domos nielados y crines de humo. No obstante que estalló La Mejor Amiga de Chárleston. No embargante que fracasaron exóticos intentos de construir aparatosas locomotoras neumáticas e hidráulicas. Se inventó el manómetro de mercurio para vigilar la presión. Llegó a América el Leon de Stourbridge. Se maquinó el fumívoro para que el humo no inundara las estaciones, el freno eléctrico Achard: breque, como se le decía entonces. El primer coche con literas circuló, sobre el camino de Cumberland Valley. Se descubrió que las curvas debían tener peralte, que los carriles debían tener eclisas, que los carros debían pasar bajo los gálivos o paspartús. En las plataformas del tren que iba de París a Orleans, viajaban calesas, berlinas, quitrines y diligencias completas.

No, no hubo perdiz que se desperdigara...

Llovieron, a fanegadas diluvianas, trombas y orajes, cataratas...

Y fueron naciendo todas las locomotoras que desde entonces han recorrido el mundo, y que son tantas que hoy en día se clasifican por la expansión, o por la carrera del émbolo, o por la superficie de las parrillas. Tan sólo por la disposición y el número de las ruedas, hay docenas de locomotoras distintas, desde la locomotora Planet hasta la Artic-Mallet, pasando por las locomóviles Baltic, Mikado, Mastodonte, Javanic y Union Pacific. Descienden de la Lord of the Isles, de la Bavaria, de la locomotora experimental L'Aigle de ruedas más grandes que la caldera. Y también de aquellas que intentaron conservar la belleza afectada de una centuria que no tardaría en morir. Decimonónicas, finiseculares locomotoras de estilo gótico, Renacimiento, Luis XVI, según modas y usanzas que no volverán...

Las golondrinas tampoco se atolondraron...

Y llovió, tanta agua, como nunca se ha visto, contando cuantas aguas artesianas, freáticas o subválveas existen...

Y el ferrocarril creció y se extendió, y a su vera nacieron pueblos que si bien en un principio estaban formados por tambarrias, garitos o cantinas —se diga como se diga—, y poblados por gente de gallaruzas, por niños correntones con ropa crecedera,

fueron después grandes y prístinas ciudades. La Guerra del Ferrocarril, para alborozo de la posteridad, se ganó en 1847. Y los carros Pullman; los aparatos block Staff con galvanómetro y teléfono para la señalización ferroviaria; las locomotoras de turbina; los carros eléctricos MU o de Múltiple Unidad; los trenes conmutadores; el sistema telegráfico dúplex; los modernos subterráneos metropolitanos; las locomotoras Deltic de 3300 Caballos de Fuerza; los funiculares y los teleféricos; los monorrieles; cuanto tren hay traspirenaico, trasandino o trasiberiano, y otros inventivos y descubrimientos que en el campo de la mecánica el hombre excogitó, se dejaron venir...

Sí, de entonces acá ya llovió, desde el orinal del cielo y por el compluvio de los tiempos, y tanto, que a ojo de buen cubero se puede calcular que pluviómetro alguno no podría medir, ni dique contener...

Y fue así como la locomotora, o máquina montada sobre ruedas y movida con vapor, uno más de los medios de transporte que ha inventado el hombre y por lo tanto pariente del zepelín o globo dirigible, el clíper, el tálburi, la balsa, el monociclo y el champán, recorre la redondez de la tierra desde hace más de dos siglos o espacio de doscientos años, y tras ella van los ténderes o alijos, los vagones, los furgones, los cabuses.

Y con el humo, la carbonilla y los silbatos, ni se amilanan los milanos, ni se azoran los azores.

Al llegar al campamento escuché, a lo lejos, el silbato de una locomotora.

Cien, mil veces diarias, se oyen por estos rumbos los silbatos de las locomotoras. Y sin embargo de su frecuencia, no pierden su sentido.

Cuando el maquinista abre la válvula del vapor y el silbato deja oír su lamento largo, siempre lejano como la sirena de un buque, oscuro como el grito de un monstruo herido, hondo como el ulular de un vórtice, el hombre y los animales callan.

El silbatazo suena como un golpe de mar que se quiebra en los farallones, como un trueno, como una profunda nota de órgano en el interior de un altísimo templo.

El silbatazo de una locomotora es sagrado.

Sagrado como los bosques, como las montañas, como los abismos que lo han oído y lo esconden, lo devuelven, lo tragan para siempre jamás.

Qué animal, qué hombre, qué piedra, qué árbol, qué río no ha escuchado alguna vez el silbato de una locomotora: el silbato cargado de mar, de tierra, de tiempo, y la locomotora cargada de carros y los carros cargados de frutas, de sal, de especias, de hombres, y los hombres cargados de años, de recuerdos, de sueños de otros hombres.

Escuchad. Escuchad al tren. Escuchad el silbato del tren.

Es una noche fría, negra, noche del Norte. El tigrillo de Tamaulipas se despierta, hinca las garras en la tierra y aguarda. El lobo de Coahuila yergue las orejas de caracol. La zorra de Chihuahua enciende sus ojos color de miel. La onza de Sinaloa ondula sus músculos acuáticos bajo la pelambre sedeña.

Es el tren. El tren que viene, que pasa, que va, que fue.

Porque el silbato de un tren es el tren mismo.

Y es todo lo que lleva el tren.

Y es todos los lugares que conoce el tren.

Y todo lo que tiene que ver con el tren.

Es una locomotora, que hoy, vieja y torpe, veo caminar por los campamentos de José Trigo, pero que ayer, hace diez años, surcaba los desiertos del Norte, bajo una lluvia de copos de nieve grandes como frutas blancas hundiéndose en el mar.

Es el hombre de bigotes blancos, kepí y reloj, que fuma un habano.

Es el enjambre de mariposas nocturnas y murciélagos narigudos que se estrellan en los fanales.

Es la mujer que espulga las ladillas tenaces de su hombre, aquí, en Nonoalco, junto a una caseta de madera roja y podrida rodeada de girasoles y de humo.

Preguntad.

Preguntad quién no ha oído el silbato de un tren y quién que lo haya oído no se ha ido un poco con él.

Los animales de la tierra, lo oyen.

Los monos araña de San Luis. Los quebrantahuesos de Veracruz. Los castores de Sonora. Las comadrijas de México. Las nauyacacas de Chiapas. Las martuchas y los tapires de Tabasco. Los pecarís y faisanes de Campeche. Los osos hormigueros de Quintana Roo, lo han oído.

Y también los buras, los berrendos, las tuzas serranas, los conejos castellanos, las ratas canguro y los ratones ocoterros de Oaxaca, Zacatecas, Morelos, Tlaxcala, Guanajuato y Querétaro, lo han oído.

Porque no hay lugar que no haya recorrido.

Así como no hay hombre que no lo recuerde.

Porque ninguno, nadie, nunca no se ha ido un poco con él.

Allí donde se juntan el mar y la tierra, se juntan los barcos y los trenes. Y allí también, se separan. Los barcos les prestan su sirena a los trenes, y los trenes se la llevan, con toda su cargazón de tristeza y de nostalgias.

Y allí también, donde se juntan el mar y la tierra, donde los ferrocarriles entregan al mar su carga de maderajes y cotonías para hacer arboladuras y velámenes de barcos que ya no existen: para construir masteleros y cofas, baupreses y botavaras, y coser velas cangrejas y velas mesanas, foques y contrafoques, y allí, donde los barcos entregan a la tierra la carga preciosa del mar: esponjas y mariscos, púrpura y ámbar gris, guano y corales, allí nace el marino de la tierra, nace el viejo lobo de tierra que perdió una pierna en el descarrilamiento de El Cazadero, que perdió un ojo en la toma de Zacatecas y ganó la gloria en San Pedro de las Colonias.

Porque los ferrocarriles son como los barcos.

Los trenes de carga son como las naos mercantes, las locomotoras Gran Mogol son como los viejos piróscafos de ruedas, los trenes estacioneros son como los

buques de cabotaje y las mensajerías, los trenes de recreo son como los yates veleros, las máquinas de cremallera son como los buques rompehielos, los trenes de guerra son como los acorazados, las locomotoras remolcadoras son como las falúas escampavías y los trenes plateados Diésel son como los trasatlánticos.

Los carrilanos son también como los marineros: como hay pilotos, hay conductores; como hay timoneles hay maquinistas, como hay grumetes hay peones de vía.

Y son nuestras Casas Redondas como los astilleros...

Silba el tren.

Y cuando silba, pienso en él, en el viejo lobo de tierra con la cara atezada, curtida por mil soles, con dedos como garfios de aferravelas, cabellos de humo, boca de caldera, vello blanco que le sube como espuma por el pecho. Y lo veo sentado en un viejo muelle de carga de estos campamentos, rodeado de furgones y vagones que naufragaron hace muchos años. Los niños, a horcajadas en cubas y barriles, se juntan en corro para oírlo. De vez en vez transcurre alguna vieja locomotora fantasma cuyo humo sube hacia el Puente como un remolino de burbujas.

Es de noche, y la luz de sus lámparas hiende el espacio polvoriento como el rayo de luz de un faro hiende el agua. El viejo enciende un cigarro, ve cómo el viento juega con la ropa blanca tendida a secar y la hace ondear como si fuera banderas, o velas. Los postes del telégrafo emergen de la tierra arenosa como mástiles de barcos sepultados. Y el viejo recuerda.

Recuerda cuando paleaba carbón en los fogones de las locomotoras. Bajo todos los climas: tiempos de secas, de lluvia, de calor. Sobre todos los meteoros y furia de los elementos: tifones, centellas y cataclismos. Después, desde lo alto de un carrotanque, como desde lo alto de una gavia, atalayaba el horizonte. Navegaban por sierras azules y grises que semejabán mares en tempestad. Singlaban por mares espumosos de niebla, por mares verdes de alfalfa mecida por el viento, por mares dorados de trigo ondulante que morían al pie de las montañas. Aportaban a estaciones pequeñas y solitarias como islotes o arrecifes. Estaciones cuyos nombres antiguos y marinos sólo él conoce, y que nunca volverán a llamarse como antes. Porque él conoció Jauja, conoció el Quiote, conoció Sacramento y conoció Muleros. Él vivió en Tortugas y Dublin Spur. Trabajó en Colombres y en Tamesí. Nació en Presidios de Abajo y lo bautizaron el Balastre Negro. Ha muerto muchas veces en Columbus, en Calera, en Arroyo de Luna y en Villa Vieja. Y ha vuelto a nacer otras tantas en Ferrería, en Paso del Cura, en Rinconada y en Brisbín.

Él, el viejo lobo de tierra que navegó por la vida, por la leyenda, por el amor, por la Revolución: de año en año, de historia en historia, de mujer en mujer, de batalla en batalla.

Cuando oigas pitar un tren, acuérdate de él.

Y escúchalo contar sus viejas historias. Él fue capitán de un navío que llevó de un lugar a otro de la tierra Ministros y Presidentes, Secretarías de Guerra y Hacienda,

Comisiones Permanentes del Congreso, Colegios Militares, Contadurías y Tesorerías de la Federación. Óyelo, escúchalo. Él te dirá que la Revolución se hizo en tren. Escucha su sangre que corre por sus venas como jugo de pólvora, que se le encarabina y le canta como cuando aquella vez un jueves santo de los años quince (corre corre maquinita no me dejes ni un vagón, nos vamos para Celaya): esa Revolución, esa bendita Revolución de capotas azules y carabinas treinta-treinta, de caramañolas de agua con sotol y días y días de no comer sino biznagas y nopales o pinole y agua sucia y de hombres que dormían en las vías abandonadas como balas de canana y de botellas de aguardiente que giraban y saltaban como potros de tiovivo en los corros de los hombres de mitazas de hebillas tintineantes, esa Revolución, ésa que se fue se fue (una mañanita blanca, blanca en los rieles del tren se fue camino del Norte se fue para no volver): esa Revolución, se hizo en tren.

Él te lo dirá.

Y tú, cuando escuches el silbato de un tren, lo recordarás.

Recordarás, como si los vieras, los cascos niquelados y caponas gualdadas de los guardias presidenciales cuyos cadáveres fueron quemados en los basureros de Zoquipa; los sables temerosos y chacots charolados de los dragones que combatieron la Revolución; los blusones caqui, las mascadas rojas y los sombreros tejanos de toquillas de cerda de los dorados que tomaron Ciudad Juárez. Porque todos ellos se fueron, vinieron, vivieron, murieron en el tren.

Pregúntaselo a los ríos, a los lagos, a las montañas que los vieron pasar.

San Fernando y Soto la Marina, Usumacinta y Grijalva, Papaloapan y Tamesí, Balsas y Suchiate, Pánuco y Concepción, vieron pasar a los viejos ferrocarriles donde viajaban los amarillos, los colorados, los ratones y los liebres blancas. El Popocatepetl y la Malinche, el Pico de Orizaba y el Nevado de Colima, el Cerro de Mohinora y el Cerro de Zumate, vieron pasar el Ejército Libertador, el Ejército Constitucionalista y a la División del Norte.

Ellos te lo dirán.

Te lo dirá Pátzcuaro. Te lo dirá Cuitzeo. Te lo dirán Zapopan y Zirahuén. Te lo dirán Zempoala y Guzmán, Términos y Mayrán.

Te lo dirá él, el viejo ferrocarrilero.

Y te lo dirá el silbato de una locomotora cada vez que lo oigas, cada vez que te diga:

¿No hubo general que se afortunó en las acequias que corrían a los lados de la vía?

¿No hubo caudillo que les perdonara la vida a sus prisioneros porque los necesitaba para reparar sus ferrocarriles? ¿No hubo jefe que transportó sus tropas y su artillería de Maytorena a Cruz de Piedra con sólo quinientos metros de riel?

¿No hubo militar que cargara una locomotora con dinamita y la lanzara a todo correr contra una estación?

¿No hubo revolucionario que rompió un sitio haciendo caminar una locomotora por las piedras?

¿No hubo rebelde que hizo correr de una ciudad a los federales con un tren vacío, porque colocó fusiles en las ventanas?

Él te lo dirá. Ellos te lo contarán.

Ellos, los ferrocarrileros que incendiaban puentes y alcantarillas, que enterraban los cadáveres de los fusilados, que prendían fuego a los vagones repletos de mercancías, que descarrilaban a los trenes porque desclavaban los rieles, o los petardeaban, o untaban jabón en las vías, o atravesaban un caballo muerto.

Cuando el tren silba, sus recuerdos llegan en tropel. Y ellos vuelven a ser los hombres que en los talleres del ferrocarril de Topolobampo repararon el cañonero Tampico. Los mismos que en Mapimí crearon la fuerza obrera que se unió a la Revolución. Los mismos que con jaulas de durmientes sustituían los arcos y las traves de acero de los puentes volados, y escombraban peñascos que pesaban cientos de toneladas y trabajaban en arroyos y ríos con el agua a la cintura.

Ellos transformaron sus talleres en maestranzas, ellos los carrilanos menestrales que de saber de resortes helicoidales y muelles elípticas, de sifones de circulación y válvulas de bipaso, pasaron a saber de avantrenes y cureñas, afustes y escalabornes, y dejaron de limpiar con carbonato las incrustaciones de tanino de los vientres de las calderas para hacer cañones y hacer fusiles para la Revolución.

Ellos, los que manejaron los trenes que llevaron el triunfo de Crespo a Salamanca. Los que murieron en los combates, en los aludes, en las inundaciones, en los alcances, en los carros telescopiados, en los embalados y los desboques.

Almirantes que custodiaban las armas de la Revolución: cofres de granadas, cañones de retrocarga, fusiles Remington, morteros, ametralladoras Thompson, fusiles ametralladoras Madsen, bombas Martin Hale, carabinas venaderas Winchester, cañones Vickers y Schneider Cannet... el tren en marcha hacia los escenarios de las grandes batallas.

Hombres que tenían un amor en cada puerto.

Viajeros que conocieron los lugares que tienen los nombres más hermosos del mundo. Que anduvieron por la estación de Bimbaletas. Que anochecieron en Cantabria y amanecieron en Tembladeras. Que se emborracharon en Fontezuela y bailaron en Trópico de Cáncer y fornicaron en Buen País y se enamorcieron en Queréndaro. Que pasaron por Paso de Buques y miraron Miramar y olvidaron Jericó. Que trabajaron en Bellaco y en Centauro, en Tetillas y en Cienfuegos. Que tenían el alma más dura que el alma de los rieles que llegan a Paredón y a Retorta, a Gigantes y a Dañú, más dura que el vanadio y el níquel, el manganeso y el acero tungsteno, y más que el corazón de los durmientes de la estación de la Polka, Alacranes y Anzaldúas.

Ellos te lo contarán.

Ellos te dirán:

Nosotros los ferrocarrileros de reló y kepí, gente de mucha cabalidad que tenemos nuestras vidas entre las ruedas del tren, y que en nuestros trenes tarascas sobre el



ancha vía y pita pita y caminando, en nuestras viejas queridas locomotoras que tenían nombres de canciones: «La Adelita» y «La Juventina», «La llorona» y «La negra consentida», dijimos adiós a nuestros viejos rincones de cantina donde adoloridos del corazón por una ingrata a escondidas del sol bebíamos una copa y otra copa y hasta 15 o 20 tragos... Dijimos adiós mi chaparrita a nuestras chachas Mariquitas lindas, a nuestras rieleras quereres nuestros, prietas malditas mancornadoras, lloronas de azul celeste y ojos de papel volando, viejos amorcitos corazón que ni se olvidan ni se dejan, y de quienes éramos amantes y seguros servidores...

Y las dejamos solitas y sus almas allá en nuestros ranchos grandes, en nuestras cuatro milpas, en nuestros nidos perfumados de jazmín a donde juramos regresar cuando florearán los arrayanes:

Porque nosotros los milamores, mexicanos y juanes de acá de este lado, afamados por entrones, malos y mal averiguados, y borrachos, parranderos y jugadores, sin cuaco sieteleguas que se nos atorara, pantalones cachiruliados y a la cintura nuestras 45 con sus cuatro cargadores, porque la vida no vale nada y si nos han de matar mañana, rayando el sol nos despedimos por las hojas de una morera, de un romero, de un limón, de un pruno, de una acacia, de un abeto, de un chopo, de un álamo temblón, y nos fuimos a pelear a las abruptas serranías entre ruidos de cañones y metralla, veloces y fatigados, tristes y solos cual hojas al viento sin poder a nuestra mansión volver, a morimos de un treintazo, de una puñalada traperera, en público de la gente, a darle cuenta al Creador, a sepultarnos en el negro y solitario olvido, al pie de los magueyales teniendo por cruz nuestras dobles cananas y trillados por el ganado bajo la tierra bruta de nuestra tierra bravía... nuestra tierra de surianas sensitivas, de ciudades que huelen a limpias rosas tempranas, de nectarios perfumados que son como talismanes, suelo bendito de Dios: nos llevó la leva, nos fuimos a la rejolina y a la revolufia nosotros los expertos en baquía, concedores de leguarios... Y nadie supo nuestro paradero.

Ellos te lo contarán.

Ellos te contarán la historia de aquel día en que los revolucionarios asaltaron el tren y descubrieron en el exprés unas cajas de coñac y un cargamento de pelucas. Te contarán que vieron bailar a los dorados del Norte alrededor de las fogatas y que tenían los bigotes húmedos de coñac francés que bebían en cascacos como cráteras, y grandes rizos rubios y ondas coloradas caían de sus sombreros y rozaban las cananas, mientras ellos y los pasajeros se morían de frío porque los madroños estaban cubiertos de nieve: ya las garzas azules, engarzadas en el cielo, habían tomado viento para volar al Sur. Y te contarán también la historia de las prostitutas que cobraban no por las veces que estaban con ellas, ni por el tiempo, sino por las estaciones que iban pasando. Les decían: de Aguazarca a Los Limones son tres pesos, de Agua Zarca a Pesquería son cuatro más.

Y te dirán que cuando llegaba el frío ellas también se largaban, porque iban a hacer sus nidos en los cabuses del Ferrocarril del Sureste.

Ellos te lo contarán.

Lo mismo los ferrocarrileros que viven en campamentos donde los techos de los furgones están llenos de hojas de plátano y los hombres comen pámpanos cocidos en agua de mar y aderezados con hojasanta; que los que habitan en furgones cubiertos de nieve y beben sotol en cantimploras de barro; que los que viven por los aserraderos en vagones adornados con miles de orquídeas y que por las noches contemplan callados el incendio de los bosques: algunos de ellos fuman en cachimbas de olote, algunos niños se mecen en cunas de viento, algunas mujeres calientan la lejía para lavar las entrepiernas de algodón manchadas de luna, algunos se aman dentro de los furgones y sus vientres húmedos están sucios de moscos apachurrados.

Porque todos ellos recuerdan la Revolución.

¿Carros pagadores y de la proveeduría? Los hubo. ¿Trincheras de durmientes apilados? Las hubo. ¿Hombres que alcanzaron a los trenes a caballo bajo una lluvia de balas, y los frenaron? Los hubo. ¿Carros blancos de la Cruz Roja? ¿Góndolas blindadas para transportar a la infantería? ¿Trenes exploradores? ¿Trenes dorados de la presidencia? ¿Trenes cargados con millones de pesos en estampillas de correo? ¿Trenes que llevaban máquinas para fabricar papel moneda y moldes para acuñar metálico? Los hubo. Como hubo batallas entre un aeroplano y un tren. Y entre un cañonero, que disparaba desde el mar, y un ferrocarril que corría paralelo a la playa, al Sur de Culiacán.

Porque la Revolución se hizo en tren.

Porque aspilleras y portas fueron las ventanas del tren. Troneras fueron las puertas del tren. Escudos fueron las ruedas del tren. Baluartes fueron las locomotoras del tren. Paredones fueron los vagones del tren. Cuarteles fueron las estaciones del tren. Y parapetos las plataformas, trincheras y barbacanas los terraplenes, loberas las góndolas del tren.

Y pregúntale a la extraña flora de la tierra, a la flora de esencia mineral y estirpe de fauna marítima que puebla el fondo de todos los océanos, puntos y piélagos de bosques, selvas y espesuras por donde ellos, los ferrocarrileros, navegaron. Y el heliotropo, esponja de lapislázuli, y el tulipán, caracol de albéstor, te dirán que los vieron bajar, heridos, acosados, a los fondeaderos verdemar de los valles. Y la flor de nochebuena, estrellamar de oropel, y el framboyán, coral de carbúnculos, te dirán que los vieron acampar en los estuarios espejeantes de las planicies. Y el girasol, medusa de génuli, te dirá que los vio, fusil en mano, avanzar pecho en tierra por las playas transparentes de los llanos cubiertos de tréboles olorosos a sargazos. Y la magnolia, madrepora de salgema, te dirá que vio cómo arrojaban a sus muertos por la borda de sus navíos de hierro, a la profundidad azul de los barrancos, allí donde la luz se vuelve aleteo, y el aire sombra, y la sombra tierra hendida por cardúmenes de mariposas fosforescentes.

Y que responda. Y que escuchen, ellas mismas, el canto, la canción, el canon, la trova del ferrocarrilero. Ellas, las flores. Y ellas, las tierras, y ellas, las criaturas,

también. Vientos contralisios y monzones, vientos alisios que nacen en las calmas tropicales, barren las tierras del Septentrión, y mueren en las calmas ecuatoriales. Huracanes que asuelan las costas del Golfo. Ventarrones de caracola que rebullen en las hondonadas umbrosas. Deltas donde los flamencos dormidos levantan al cielo sus frondas de nubes. Cielos salpullidos de cúmulos y fatigados a fuerza de vientos. Volaterías de aves marinas de rostros cárdenos y buidos. Herbazales rozados por boyezuelos. Tierras hozadas por jabatos. Trozas que se deslizan por los hocinos de los ríos tributarios. Praderas sembradas de crines de esmeralda donde se escarcha el rocío. Argayos que caen por las laderas de lomeríos arriscados. Y toda tú, tierra de carne de luto desteñido donde afloran los árboles como crespones fúnebres, tierra de los volcanes que no pueden con su alma, tierra de montañas ariscas y barrancos que les llevan la contra, tierra de cielos tropicales enjambrados de luciérnagas, y de litorales ubérrimos y de bosques donde las corolas de las flores sirven de cálices para que beban los tucanes, tierra de desiertos de fuego en polvo y de picachos coronados de llamas de alabastro y de humo de nieve y viento dormido, y de glaciares festoneados de sal espumante. Tierra a cuyos pechos multitudinarios bajan las nubes a beber blancura. Tierra a cuyas playas candentes llega el mar a morir de sed. Tierra en cuyos acantilados el mar se convierte en pájaros:

Escucha.

Y escuchad vosotros, bosques de Guerrero, ciénagas de Tabasco, valles de Puebla, lomeríos de Querétaro, acantilados de Baja California, resumideros de San Luis, llanuras de Tamaulipas, volcanes de Michoacán, eriales de Tlaxcala, costas de Colima, yermos de Coahuila, altiplanicies de México, dunas de Veracruz, playas de Nayarit, campiñas de Guanajuato, páramos de Nuevo León, mesetas de Aguascalientes, arenales de Sonora, estepas de Yucatán, lagos de Jalisco, campos de Morelos, sabanas de Campeche, despeñaderos de Hidalgo, espesuras de Oaxaca, serranías de Durango, desiertos de Sinaloa, cordilleras de Zacatecas, médanos de Chihuahua, florestas de Chiapas, selvas de Quintana Roo.

Que ésta es la canción, el estribillo, la odisea, el sonsonete, la canturia, el sartal, la salmodia, la retahila del ferrocarrilero.

«DESDE QUE DIOS AMANECE»

(hay fabla deslenguada, un José Trigo perneador a más y mejor, y otrosí divinidades nunca vistas que ya se verán.) Anda tú ahora José Trigo

PASA UN TREN DONDE VIAJAN  
VATICINANTES VATES

Anda vagamundo y que todo hoy se nos vaya en andar por tamaños campamentos en buena paz y compañía  
que ya Dios amanece ya Dios alborece  
los hombres se levantan para desquitar la quitación y las mujeres se paran a las ventanas para baldear las flores  
Aquí en este furgón del Campamento Oeste nos esperará Eduviges mientras tú y yo aunque nada nos venga en ello anda que andaremos un buen espacio por todo el universo mundo  
Hasta donde yo me sé  
Anda ponte tus zapatos grandes y negros y de una vez por todas dile a uno de dos  
Hasta más ver zapatito negro

EN OTROS TRENES VAN CULTOS  
FACULTATIVOS TALADROS

En el Campamento Oeste, a la puerta de un furgón y bajo un toldamen: Se Repara Calzado.

«ZAPATERO A TUS ZAPATOS»

(hay un experto en arte sutoria, dos perros superfirolíticos y espiritifláuticos, suelas por los suelos.)  
Porque por embuste o guadramaña no te lo digo sino por veridat  
Un día de éstos o de aquéllos perderás un zapato en las vías bajo el Puente de Nonoalco  
Y por perderlo has de perderte tú  
Así que más vale en vista de la quillotranza que guay te aguarda cuando a tu horma te encuentres que te des a la cómpreda de un par de los que arrabiadamente remienda este paupérrimo tiracueros  
¿Qué haces allí parado? Recuerda hoy tienes que llevar una caja a los Funerales

Pescador

Hoy como otro día

Así que si no puedes mercar ni siquiera pisantes reparados no repares en irte y deja que

zapatero a sus zapatos

siga el merdellón remendón dándole a la chaira y a la lezna planta que planta plantillas pone que ponle clavos a los ponlevís

MALABARISTAS TODO GÉNERO DE  
ENGENDROS

En el Campamento Oeste. El furgón de Buenaventura y de su palomero, colombófilo viejo.

«ES NUESTRA BUENAVENTURA»

(hay cáusticos de indiferencia, sinapismos de agur y vaya con Dios, cataplasmas del olvido, defensivos de nuevo amor.)

Ya vendrás a verla ya vendrás a ver a la vieja herbolaria y abusionera así como vienen a verla los hombres cuando tienen gota del soldado

Las mujeres cuando tienen flores blancas

Los niños tresañeros cuando tienen sarampión bastardo

Y las candidas quinceañeras que se canden de consunción

Vendrás a verla un día para que asista a la Eduviges Otro para que te dé caldo de cantárida a ver si así se te encalabrina la concupiscencia Otro más por último para que le eche mal de ojo al hombre que te perseguirá

¿Por qué te perseguirá? Porque lo viste

¿Por qué lo viste? Porque no tienes perdón de Dios

Pero la madrecita Buenaventura marisabidilla que sabe que el mejunje de marrubio es bueno para el asma y la bizma de cintule para la tiña y conoce todas las pócimas habidas y por haber vermífugas colutorias vulnerarias y mundificativas

No puede no podrá hacer nada por ti mal de nuestro

HOCES CAGAFIERRO BEDELES

En el Oeste: humilladero de la Crisantema y los Gallos.

«QUIÉN LES MANDA»

(hay gradíolos, albarranas, las imágenes que imaginemos, con marcos de azófar aluciados como oro de tibar.)

Así que más vale que te encomiendes lo de menos es que pierdas un zapato lo de más es que pierdas la vida Detén tu sin oficio ni beneficio mester ni placer vagar de vagar cerca de donde estos hombres ataludan el balasto y echa un vistazo  
A este humilladero lugar de hacimiento de gracias recién ensabanado por un albañir para que oigas  
El planto de estas viejas parlaembaldes que aquí se ayuntan en llenez  
Y todo porque no quieren irse al huerco así como están solteronas y quedadas  
Mas no te adolezcas de su acuitamiento quién les manda ser tan desamoradizas tener un cerebro tan escueto y carnes de tan magna magra morbidez  
Tú sigue tu camino y déjalas rezar tesoneras y ahincadamente hincadas a San Antonio seguidor de novios por antonomasia  
De paso ¿saludaste hace rato a Luciano? ¿Lo miraste? No se te olvide su cara la volverás a ver en mala sea la parte

LEGUMINOSAS ABOGADOS DE SECANO  
Y LEGULEYOS CÚRCUMA

En el Oeste. La Crisantema y el Cocotero. Un afilador.

«JINETE DE UN SOLO ESTRIBO»

(hay calor, varones que juegan rayuela.)

En mala muy mala parte has venido a dar

Dale que dale el afilador saca filo a las cuchillas cuchillitos cuchillotes

Saca filo sacabuche a facas charrascas belduques y dagas

Mas no te atolles ea pícale antes de que te pique a ti te haga este afilador jinete de un solo estribo un Dios os salve

Y que Dios te le haga buena te digo ahora porque ya para cuchillos tendrás con el que has de ver hoy como ayer o un día de éstos o de aquéllos

Así que aguzado

INVENTORES SEXTANTES  
BOTAFUMEIROS ASADORES

En el Oeste. La Crisantema y el Fresno. Caseta de Anselmo.

«¡AH DEL VIENTO!»

(hay un pañuelo de colorines y un letrero que dice: ¿Congestión Nasal? 666.)

Aquí está Anselmo salúdalo Quizás quien sabe te escondas un día en su caseta

O en la de Bernabé

¡Qué tal don Anselmo!

Qué tal Anselmo el parapoco cunicular dientes de arrebañamelones carrilludo y  
cariampollar ventor de los mismísimos vientos mocetón y mozancón armador de  
tremolinas ¿Qué chiflones mareros o terrales te aventaron y tornaron de acá acullá de  
aquí aquilón hasta este puerto de arrebatcapas vivar de vivales? Oh astronauta de  
cuantas rosas náuticas hay de haber  
Salúdalo ¿eh? que en cuanto te persiga la muerte por andar avistando lo que no debes  
ni temes  
quisab quién sabe  
te dé una mano Anselmo

MASCARILLAS TRUFAS TASTAZ  
ESPÁTULAS

El Oeste. La Crisantema y el Sabino.  
«TAMBIÉN EN EL OESTE HAY LAVADEROS»

(con muchachas conversantes y convivientes, alindadamente aliñadas. Cargan fardos  
de ropa.)

Y aquí no hay nada que hablar y sí que oír  
A la chusma de muchas y chácharas de rojas y choznas chapetas que chascan la  
lengua frangollan chapuzan su ropa borracha chafada y chorreante y chotean  
chacotean charlotean cuchichean y traman chanchullos y chanzas y chungas las  
dulces muchachas las dulces y chulas muchachas chismeras carajas  
Ya cuando estés en el Campamento Este a unos pasos de ver lo que verás verás a  
otras lavanderas

QUÍMICOS TEXTILES SOBRECARGOS  
LINGUETES PÉCORAS OVEJAS GORRAS

En el Oeste. La Crisantema, entre Sabino y Naranja.

«NI HABLAR DEL PELUQUÍN»

(hay tijereteos de rapabarbas, un gato muerto, una mujer que defenestra una cáscara  
de plátano.)

Bueno ya habías visto estas peluquerías ¿verdad que sí?  
Verdad que no tienen parigual  
Casas de campaña las levantan a los lados de los terraplenos por las mañanas y por la  
tarde se las llevan  
¡Ah qué afeitadores tan cachazudos siempre de reglaje y buena amiganza!  
Ve sus pomos de olor sus frascos llenos de lavaduras y lociones de colores verde

cisterna licor de grosella licor de vejiga azul índico Empuñan la navaja como diestros  
carnílices

A propósito de navaja una navaja como ésta tenía Luciano una mañana y con ella  
espetó el jabón

Y tal vez con otra

Pero ya te lo diré

Así que pélate vete no te detengas aquí Además no tienes parné ¿Corte de pelo  
caballero? Ni hablar del peluquín

GÉNEROS POMELO BORCELANAS DE  
PORCELANA ESQUELETOS DE  
MASTODONTES-DIENTES-DE-TETA

En el Oeste. La Crisantema y el Naranja.

«DE BERNABÉ NO TE CUENTO NADA»

(hay escolares que salen de las aulas, cuadernos pautados bajo el brazo, y árbol donde  
cantan todos los pájaros del mundo.)

Lo dejo para mejor sazón y coyuntura

Aunque claro podría decirte que es el señor de la girándula la tora y el torito el  
estrellón el buscapiés el chupinazo y las luces de bengala Bernabé amén de  
guardacruceros es el fénix de los pirotécnicos

CALIBRADORES ICTÉRICOS  
HISTÉRICOS EUNUCOS HULLA  
CANTORALES

En el Oeste. La Crisantema y el Ciprés. No está Guadalupe. Sigue de largo. La  
Crisantema y el Pino. Recoge la caja que debe llevar a los Funerales Pescador.

«ANDA QUE ANDARÁS»

(con todo el dolor de mi corazón.)

FAQUIRES MENA CUPRÍFERA  
TIPIADORAS QUININA PIANOFORTES  
CAPRICHOSAS CABRAS

En el Oeste. La Crisantema y la continuación del Chopo.

«EL NIÑO DE LOS ESPEJOS»



(hay un boquerito, betún, agua brillante.)

Tú mi buen espantapájaros de José Trigo ahora que andas cargando tu muerte tú ahora fíjate en esa vieja toma de agua abandonada

Junto a ella un grifo y junto al grifo un muchacho de carne lactuosa con el torso desnudo y el pantalón remangado quien se lava los pies

Cerca de él está su garigoleada caja de embolar tapizada de espejos lucientes y limpios como diamantes y con guarnimientos de estoperoles plata bruneta

El sudor escurre de sus largas vedejas foscas y corre por su frente y cara mientras el agua desciende por sus muslos morenos y bordea las choquezuelas de sus bituminosas rodillas Es el niño de los espejos

¿Grasa joven?

No mejor cuando tengas un zapato de un color y otro de A ver si te los empareja a ver

TRAPICHES EDITORES  
JURISCONSULTOS COMPOTAS  
COMPUESTAS TRICICLOS  
INVESTIGADORES

En el Oeste. La Crisantema, entre la continuación del Chopo y la continuación del Álamo.

«¡ROPA USADA QUE VENDAN!»

(hay muchas cosas qué decir, entre todas las que se usan para ensayarse, encapillarse, alindongarse.)

Y a ver entonces si ya tienes qué darle a este amigo

Porque hoy pasa por aquí el baratista de extraños traeres simulacro de todos los buhoneros y ropavejeros de la tierra futraque coladepato excusalí escayolado y sombrero copicudo quien con mucha policía destócase y te dice

¿Ropa usada que venda que cambie?

¡A ti José Trigo rigor de las desdichas!

Ah si fuera a la viceversa José Trigo si tú pudieras salir ahora con una carreta llena de lámparas moscaderos guirlandas de madera para retratos azucareras y cambiarlos por un sayo con el que pudieras disfrazarte para que no te conociera quien te va a conocer

AROMÁTICOS MUDOS DE LENGUA  
MÚTILA CHUPACIRIOS LISIADOS  
ATRILES DEMENTES EN COLOQUIO  
PLUMBAGINA

En el Oeste. La Crisantema y el Álamo.

«GENOVEVA DE MIS AMORES»

(hay o había, un depósito de sal y hombres de bellidos pechos vellidos, con tetillas rosas y salpullidas, que juegan en la salnieve. Genoveva, afelpados belfos de adelfa, vestido rabanero, camina con remanso.)

Mira quién viene allí nada menos y nada más que Genoveva  
mujer de Manuel Ángel

No la mires que si te ve Manuel Ángel podría darle celera y entonces  
Déjame cantarla

Y mira que Genoveva era bella en sumo grado como la letanía lauretana sus cabellos gateados enrubiábanse en las puntas sus ojos ferinos y ojizarcos eran como las hidrófanas se transparentaban con las lágrimas sávida era su saliva como la miel de arce rojos eran sus labios como piropos almandinos sus dientes margaritas eran de suave oriente y sus pechos peras mosqueruelas enjovelas con mamelones de azúcar mascabado

Ah Genoveva

tu aliento era oloroso como la grama de prados o el agua de nafa alhurreca trasmarina dejaba el trasudor en tus corpiños néctar de adormideras el plenilunio en tus enaguas y lúnulas plata las de tus uñas eran chapetas luciferinas tus mejillas amapoladas carne de fruto doncel tu piel encarnizada Te digo José Trigo pero si de todos modos Manuel Ángel se va a encabronar contigo

Así que se te llenen pues los ojos

MAESTROS EN BRUTOLOGÍA  
BACHILLERES EN GRAMÁTICA PARDA  
QUINTALES DE TABACO ALZAPRIMAS  
PUPITRES ANILINA AÑIL

En el Oeste. La Crisantema, entre el Álamo y el Olivo.

«COSAS DE LA VIDA AIREADA»

(hay dueñas que si no son ricadueñas, son cárneas ricas hembras.)

Descansa Deja en el suelo la caja que llevas siéntate en ella y ve que por ver no se paga

Ve a ese par de mujeres con aires y donaires de cellencas ventaneras qué traspontines más caraculeros tienen y cómo los holgazánganos algareadores y nalgareadores que tunean por estas rumbonanzas piropean a las pobretas pindongueras y las mirándolas con ardicia las quitándoles las atapiernas las penetrándolas por entresambos albos muslos ambulantes se las imaginan bocarriba bocacimbas bocamantes bogavantes

Tú no te metas con ellas

No sea que te pongan cual digan dueñas  
Hoy o un día cualquiera te llegará tu turno con la Eduviges  
Yo sé lo que te digo

LO MÁS FLORIDO DE LAS FLORES  
POTENTADOS INFLUYENTAZOS  
CHUPATINTAS CABRESTANTES GREGAS  
REÓSTATOS CRONÓGRAFOS  
PEDERASTAS

En el Oeste. La Crisantema y el Olivo.

«UN CARBONERO CABRÓN»

(con beltenebrosas cosas que se dirán, entretenidas y entretejidas.)

Eso sí no hagas lo que este carbonero

No bien has llegado aquí y no bien sino mal es lo que miras

Un carbonero cabrón y denegrado de atezada tez y manos de antracita que está bajo el  
lintel de esta puerta y sobre el umbral de la dicha

Lo denigrante no es que el atrabiliario hulano esté negro de hollín o vista de  
enjergado

Lo siniestro es que con la zurda mano y a la luz del día se teja una puñeta de gran  
envergadura

Como esto no es faloria sino lo digo de todas veras más te vale festinar el paso y  
desparecer no te es permiso ver este nada prestigioso espectáculo de prestidigitación

Así que no lo malmires ni lo más mires que si masturbado queda él más turbado  
quedarás tú cuando te mande a la tiznada

LO MÁS GRANADO DE LOS FRUTOS  
PEDAGOGOS GATÍGRAFAS LIBRETOS  
CÍMBALOS DICCIONARIOS  
INSTITUTRICES ESCLARECIDOS  
OCULTISTAS

En el Oeste. La Crisantema. Puente de Nonoalco.

«ES NUESTRA DESGRACIA»

(hay adivinos por nigromancia, oniomancia, actinomancia y etcéteromancia.)

Alguramente esta gitana vieja que candiletea de aquí acullá ha de leerte la suerte Si  
se la leyó a Luciano

Llegó a este campamento con su atribulada tribu hará cosa de un mes

Y se aposentó sin más ni más

¿Qué te dirá?

¿Que has de vivir?

Es nuestra gracia

¿Que has de morir?

Es nuestra desgracia. No te ha de dar amencia el quien te lo diga

Anda que nada te cuesta como no sean alguantos pesos

y alguna pesadumbre

ACERO PARA CONSTRUIR HANGARES  
CORRECTORES DE GALERAS  
MALANDRINES CORAZÓN DE ROBLE  
ACAUDALADOS MAGNATES  
MADREPERLA CORDOBÁN  
TAUMATURGOS DEMIURGOS  
SOPRANOS

Y,

ahora sí,

HONGOS ALUCINÓGENOS OSOS DE  
GRAN OSAMENTA DOCTOS DOCTORES  
DE SOFISTICADA SABIDURÍA POTASA  
GITANOS BÚLGAROS INEPTOS ENANOS  
INVÁLIDOS ECÓNOMOS PICADORES  
CON SOMBRERO CASTOREÑO  
TRUNCOS TRUNCOS TONELES POR  
TONELADAS POETASTROS LUNÁTICOS  
Y URANISTAS DAMISELAS  
CON FULGORES INTERINOS

atraviesa:

# *El puente*

(Parte intermedia)

COMENCÉ con una flor. Flor de oro, crisantema, flor de oro en rama dorada que como muérdago enlaza a todos los árboles y a todas las leyendas del mundo, porque árboles son el Pino, el Naranja, el Fresno y el Cedro, y aquí tienen sus leyendas, aquí en Nonohualco, en Nonohualico, el lugar habitado, todo junto a las aguas. Estaba yo deshojando las palabras cuando vino a mis hombros el sinsonte de las cuatrocientas voces y me dijo que éste era el libro de los sueños y que él me llevaría, convertido en los trece pájaros de la luz diurna, por los trece cielos del mundo. Y transformado en los nueve señores de la noche, por los nueve infiernos del inframundo. Y entonces yo abrí el libro y vi. Y lo que vi lo cuento con sólo mis palabras, y con nada más que mis palabras.

Vi primero que el sinsonte era Nance Buenaventura, y que Nance Buenaventura arrancaba una palabra del árbol de la vida una noche en que subía de la faz de las aguas el amargo olor de las flores de muerto. Los niños dormían y soñaban góndolas cargadas de nieve y los trenes corrían por los rieles de madera y tocaban sonajas de niebla y los perros ladraban a la luna porque la luna tenía cara de conejo: con un cráneo de conejo le golpearon el rostro. Y éste era su cielo, el cielo de la luna que el Señor hizo para los tiempos. Y el balasto eran piedras de diásporo. A Buenaventura, que tenía espíritu de adivinación, le vino palabra de Dios y dijo: Mira cómo allí la flor, de donde vienen la música y el canto, se deshoja aquí, en Nonohualco de donde todos venimos y sus pétalos se transforman en corcovados y enanos que bailan en honor de la reina de las flores, princesa del quetzal, patrona de las ramerías. Y vi, y no lo olvidaré, cómo en este palacio de los setenta y ocho templos las mujeres inventaban el arte del tejer y del hilar. Era el mal tiempo, aunque tiempo de la serenidad, y Nance Buenaventura danzaba rodeada de teas luminosas mientras los hombres golpeaban a las mujeres con costales llenos de papeles de colores. Los papeles revoloteaban como pájaros, y los pájaros, al cruzar el cielo de cristal, caían decapitados. Esto era en los días en que Nonohualco y Tlatelolco vivían seguros, cada uno debajo de su parra y debajo de su higuera. Entonces me dijo Nance Buenaventura: siembra ahora el trigo y cuenta los días; dorado estará, maduro, cuando cuentes la historia de un hombre. Y yo vi al hombre, vi a José Trigo que me veía desde la eternidad, desde nunca, desde siempre, y vi que por tres veces miró a Eduvigis, la princesa-flor que vino del país de la niebla. Mas el sinsontle que para

mi buenaventura me encontré ese día, o esa noche, me llevó en sus alas al cielo donde las estrellas estaban intactas. Gallina de piedra preciosa me vino a recibir, pavo de excrecencias azules sobre el cuchillo del sacrificio, sobre el pedernal que enciende el agua preciosa. Vi entonces a Luciano, el negro y oloroso, que tenía un gorro de piel de tigrillo y un cinturón de estrellas. En la mano había un cetro de caña. Flor, mientras tanto, Crisantema de siempre, por ella corrían los trenes transparentes, se mataban más pájaros y el ave de la lluvia, ave del señor de la casa de turquesas, me miraba con sus ojos de espanto. Un zorrillo saltó, lanzó su orina al cielo, y apareció el arcoíris. Y tras un cerco de juncos, un sacerdote antiguo se arrancaba un ojo. Estaba allí Genoveva, salida de la espuma, y veía orinar a Manuel Ángel, lo veía desde sus ojos. Todo esto sucedía en el Oeste, donde viven las mujeres divinizadas. A mis oídos dijo sinsontle: esto es la resurrección, esto es el dios del juego: el viejo Todolosantos vuelto llamas, la matanza de las aves. Y luego nos quedamos callados por cinco días que conté con los dedos. Llegado a mí, estábamos en la casa, en las fauces del tigre, en la oscuridad y junto al brasero, y allí los cuatro sabios inventaban los tiempos. Con la voz del cenzone hablaban, con la voz de Nanancen Buenaventura que vestía saya de aguas de maravilla y palabras de ostentos, tanto que me hizo preguntar: ¿Cuándo será el fin de estos prodigios? Y cuando todos a una bajamos a los bosques, en la noche, me contestaron que sería por un tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo. Ellos, que lo sabían muy bien. Porque para esto, aunque estábamos en el cielo del sol, ya el animal de los cuchillos, jaguar de la tierra, se había tragado la luz y estábamos todos tan tristes, y escondidos también. Claro, el eco acrecentaba nuestras palabras; claro, retumbaban ellas en los montes, y en la tierra se sacrificaba a los niños: era el mes de la carencia de agua, del agua azul. El tigrillo con la diosa de las inmundicias: de su nariz brotaban llamas, los pequeños dioses de la lluvia rompían sus alcancías para hacer tronar al trueno, y con puñales sin filo nos despojábamos de nuestra piel. En la ciudad de Nonoalco, nación que servía al palo y ala piedra, los niños seguían soñando trenes que cargaban montañas de espuma. Luciano allí, con su camisa labrada y su escudo, joyel del viento, al frente de sus hombres enseñándoles cosas. El sintsonete y yo quisimos volar de nuevo: cometas que fuimos, estrellas con estelas de plata, hasta llegar al país del águila, del guerrero esplendor, rojo de agua preciosísima y donde nuestro señor el desollado, bebedor nocturno, se desvestía la piel de siempre, su máscara de pelleja humana, su gorra puntiaguda de cintas ondeantes, su codorniz de grises, para vestir la piel de aguasmarrinas, el chaleco de rocío. Era la primavera, y los genios de las plantas y los árboles se sentaban en bancos de cal y de pasto para hablar con las hojas y las raíces, para saludar a las espigas, para biendecir a las mazorcas de oro. Vi allí a la flor que llegó cuando las aguas, a la flor-girasol muy querida, Eduviges de siempre, aunque así se le vea hoy tan menos en este Campamento Oeste. Con palos de sonajas los dioses sembraban el grano. Danzaban tallos y ramas. Manuel Ángel cazadorcito, espejo humeante, lo vi

allí: y se raptaba a la hija, a la esposa del señor de la lluvia que para siempre se quedó llorando. Brillaba en el cielo el lucero diurno, porque era su cielo y el cielo de los cometas. Sembré entonces otras palabras. Las dejé aquí, las dejé allá: en el Peral, en el Níspero, en el Sauce. Pero salió sin saber de dónde, de entre quién sabe qué, la iguana piel de la noche, lagartija alborotadora del miembro viril, y atrás de ella el coyote viejo, danza que danza, y alrededor de él revoloteaba un pájaro turquesa. Mas este pájaro no era el sintsonle de las cuatrocientas voces, Nanche Buenaventura, que me dijo cuando me vio: estamos en el verde, en el verde y en el azul. Y vi, sí, que así como sus ojos eran verdes, sus plumas azules, verde era la tierra y azul el cielo. Los trenes pasaban, a lo lejos, como siempre, y corrían sobre rieles tendidos en camas de hornablenda. O tal vez de berilo, de oropimente. La que carga el escudo estaba en una montaña blanca y hasta ella llegaba el que vino a ser el mayor entre sus hermanos: Leandro, y con él el muchacho que comería mantequilla y miel. Allí se inventaron las cosas, los nombres de las cosas; allí con sus abuelos el niño las inventaría, las habría de soñar, allí con el pueblo cuya cabeza y cola, rama y caña serían cortados en un mismo día. Ah, pero el coyote viejo, fuego y sol, se burlaba de todo. Aparecieron los músicos, y tocaron, y bailaron. De todos modos de la raíz de la culebra saldrá áspid y su fruto será serpiente voladora. Ayunemos corto, me dijo Nanche Buenaventura, bueno será atraer a la lluvia. El viento, sin embargo, fue el que vino, el viento que barre los caminos de los dioses de la lluvia. Luciano levantó su báculo pintado con estrellas y siete vientos se dejaron venir y aparecieron los hombres, y los nombres. Ordenamos entonces los días, y contamos los sucedidos. Los de Nonoaltepec, los de Xateloico, los de los trenes que no hacía sino un cielo iban sobre el balasto de zafiros. Se apagó de nuevo el sol, los vientos lo apagaron, y nosotros nos reunimos en la casa de la abuela de los baños con los cuatro dioses que durante seiscientos años no habían hecho sino hacer nada. Junto a Luciano, de labios rojos, junto al barbado negro y amarillo, danzaban los monos, los monos de la risa que en eso estábamos todos convertidos. Sí, allí vi a Luciano, en su casa redonda, lugar de la quema, en su templo a donde veníamos a dejarle frutos como esferas. ¿Y quién sino él, el viejo Todolosantos, azul de costumbre, cojo y zurdo estaba viéndonos? Se quitaba una piel y se ponía otra, se quitaba otra y se ponía la de más allá. La abuela tomó la palabra. Nos habló de quien ya sabemos. Dulcenombre fue el suyo, y sus pechos frutos incircuncisos por tres años. Ah, sí, la vimos con la cabeza llena de ceniza, vestida con todos los colores del paraíso y abominada en su desnudez descubierta. Guadalupe, así como se le ve aquí, tan desmedrado, y la quiso tanto. No hay que olvidar que aunque éste es el cielo de las tempestades, tenemos los pies sobre la tierra, me dijo Nananche Buenaventura. Y sobre la tierra van los trenes. Y aquí están las fábricas, de cristal son sus muros, el humo es apenas un saber decirlo. Las doncellas llevan mazorcas. En las casas se levantan altares. Yo me comía las palabras. Sí, en el árbol quedaron rebuscos. ¿Qué dijo el sintsonle? Que vayamos, como fui, con los señores de la



noche que no quedaron rezagados. Aquí los pájaros del día para ascender, allá ellos para bajar. Allá ellos. Yo, en lo que puedo contar como tú, Nanantzin, vi el principio de todo: un largo lagarto, un caimán o espadarte erizado. Y vi a su dios, regente de su vida: dios ígneo, disco de oro en el pecho, príncipe de nuestra carne. ¿Qué más que no puedas contar?, me dijo Nanantzin. Luciano con la Flor del Mundo, él y ella desnudos del ombligo arriba, se daban un beso y nacían los hombres. Él y ella, con la tierra a la cintura, brincaban como gorriones, Sonajas sonaban, atabales. Él tenía su corazón en la mano derecha, él dejaba sus cuatro casas: la casa de turquesas, la casa de corales, la casa de caracoles, la casa de plumas de quetzal. Porque aquí en Nonohualtepec hubo la casa de madera, y aquí Luciano fue un varón conforme al corazón de Dios y sus hijos saetas en manos del valiente, por su juventud de alma. Blanco es el cielo, blanco todo lo que vemos, me dijo Nanantzin Buenaventura haciendo nevar las palabras: blanco albar el balasto de nieve, blanco argentino el humo de los trenes, blanca el alma que debe ser para que veas: sí, estaba resbaloso el mundo, los mandamientos eran en Luciano como frontales entre sus ojos, y vi que hacia el mar y hacia la isla del sol se tendía un puente de tortugas y ballenas. Entonces bajaron los músicos, y sus voces eran tantas como las voces del cenizote. Saltó de allí, de por allí, muy cerca, un conejo blanco, y mamaba leche albugínea de una mujer con cuatrocientos pechos. Era un licor dulce, sembrado de flores y regado con medias lunas. Pero dentro del conejo, dentro de su piel, estaba el hombre del espejo que llegaba al cerro de Onohualco, donde vivió la gente, y le decía al del ojo estelar en la coronilla: vete en este espejo. Y lo convidaba a beber, y lo embriagaba. Estos dos eran nada menos que Manuel Ángel y Luciano, que así como se les ve de pequeños en este gran mundo, tenían lo suyo, según me dijo Nananche Buenaventura, y era para dar risa porque estábamos embriagados de palabras y reíamos con la risa del conejo. Nada vale nada de que no se carcajee el coyote burlador. Y vi a una serpiente de sangre, y encima una tortuga, y encima una planta de abanico. Ah, viento de la noche, mancebo, enemigo, tú el largo en dar y en conceder: ¿qué le hiciste al gemelo precioso? Veamos: como éste es el cielo amarillo, de oro es el balasto, blondo es el granizo y nuestras penas están amarilladas. En lo alto tenía una caña, la del juez, la del juez enemigo de la muerte, y con los ojos vendados echaba al mundo su decir. Humo brotaba de sus muñones, dios cojo que perdió un pie entre las estrellas. En la cueva roja nos miró: con sus cuatro doncellitas que tanto lo estaban queriendo. ¿Ves?, me dijo el cenizote. ¿Ves?, me dijo Nananche, madre, madrecita Buenaventura: aquí Manuel Ángel, que levantó el cielo, pasea en las noches con sus acompañantes, va hacia el Norte, hacia el sol, toca su flauta de cuerno de venado y la rompe, la rompe en las gradas. Mientras con su instrumento mirador ve ya cómo se va perdiendo, cómo se ha de perder el que yo te diré y en barca serpientes se irá después de cruzar los nueve ríos o los nueve mares. El oscuro, el nocturno lo sabe, lo retesabe. Y entonces Nanchi Buenaventura, que se alimenta con corazones de ciervos, se olvidó de mí, y yo me olvidé de decir lo que

debía para irme en un canto de otras cosas. El ciervo, pero no sin corazón, salió del negro y llevaba el sol en sus lomos y tras él venía el dios de la lluvia que se dejó venir también. En su cara se enlazaban las serpientes y todo era como un rayo de agua, o un río de luz. Saludé a los furgones, a los trenes, a las fábricas, a los templos, les dije cómo les va, cómo les viene, cómo les irá. Y todos se fueron apareciendo en el espejo que hace manifestar las cosas. Sintzontle-Sintzonte me dijo luego: aquí es donde está la dualidad de las cosas, donde verás que la canción no será canción. Porque, dijo Nananchi-Nanantzin, ¿quién podrá detener las palabras? Las palabras sueñan, porque ya otros hombres las soñaron y te las dieron así. Y mientras sucede aquí el pequeño festín de príncipes verás cómo los salineros danzan en honor de la diosa de la sal. Y vi a Genoveva, Genoveva de salnieve, que tanto quiso.

Para esto, habíamos dejado el Oeste, y estábamos en el Puente. El cielo era una garza azul: un ala hacia el Este, otra hacia el Poniente.

Y allí, a la hora del conticinio, con el cenit como coronilla de nuestra cabeza, con la profundidad abisal del mar en nuestros pies, inmensa soledad anfibia, fue cuando mi buenaventura me dio el don de la palabra.

Pero también me dijo, cuando pasamos al Este: concebiste hojarasca, rastrojo darás a luz, las muchas palabras enferman al hombre. Mira: la cosa torcida, lo torcido, haz de yerba que es signo de lo caduco y lo enfermo: no podrás con lo que dices, te tragará el viento. El censonte vino de nuevo a mis hombros, y con él llegué al gran cenicero de Xatilulco, y vi desde lo alto la Punta de Ailes o de Alisos, donde se perdió la ciudad porque estaba escrito que de ella se iba a raer el nombre y el remanente. Y por cierto, fue de noche, de noche fue reducida al silencio. Pero yo me dije: ¿comencé yo ayer, por ventura, a ser lobo? Y porque esto dije llegó de nuevo el dios del licor sembrado de flores y de nuevo nos embriagamos y reímos hasta morir de risa. Lo torcido fue, y el exceso nos ahogaba. Nariguera de hueso en forma de media luna tenía, yo lo vi. ¿Pero qué más se podía hacer bajo ese signo de la suerte mala? Abajo, en Xatilulco, de lo que me apropié, montón de tierra bajo el cual se murieron las palabras, había grande zambra de gobernantes. Y las mujeres llevaban el cabello suelto. Censonte revoloteó y yo me fui por un tiempo y la mitad de un tiempo hacia atrás, hacia cuando era emporio de las naciones y luz de ellas. Encarnaban las flores y nacían los festejos. Llegaron de todos los rumbos los dioses de las narices torcidas, y los hombres tocaban a las mujeres. De nuevo, entonces, se me fueron las palabras hilvanando en un canto sin ton, en un decir sin son, sinsonte de las cuatrocientas voces. Por lo que fue templo edificado en siete años, por lo que fue porción de tierra para Dios, con veinticinco mil cañas de largo por diez mil de ancho, y por lo que fue, como dije, emporio, lo cantaré así como lo verás, me dijo Nance, Nanance Buenaventura. Sólo que luego todo, cuando volvió el cielo rojo, se coloreó de púrpura, de múrice. Era un perro rojo el que vi, y el que vio Luciano cuando salió de su casa, su casa de madera y conchas coloradas. Después el dios de

los muertos lo siguió un trecho, un trecho así de largo; era una mujer con un seno, tenía la vulva ensangrentada, calavera sobre sus hombros, y la adornaban cinco banderolas. Allá lo saludaron los guardianes, allá abajo, abajo, que apenas se veían, y también eran rojas sus banderas. Ojos y dientes dejaba ver la muerte en sus coyunturas. Allá irá Luciano, el que hirió a sus diez miles, me dijo Buenaventura, ven, vamos a verlo. Yo lo vi entonces, al que fundó la ciudad de los juncos, quince en el rostro, cómo iba con Manuel Ángel a la entrada de la diosa de la muerte y llevaba en la cabeza una vasija llena de cenizas que se transformaban en pájaros. Hacia el sol se puso en marcha, hacia la tierra roja y negra. Una mendiga estaba allí y bebía con los ojos cerrados. Manuel Ángel llevará en las manos un cráneo. Y Luciano morirá dos veces por culpa de Manuel Ángel, que se dejará venir sin sentir, como quien baja por el hilo de una araña. Estará la casa negra del Norte. Estará la casa roja del Sur. Y entre las dos se hundirá el sol. Empezaron ya, pensé, a caer los frutos. Testigo será el dios fuego, con la cabeza llena de excremento. Y los jóvenes subían a los postes en busca de insignias vueltas llamas. Al amarillo descendimos, a las amarillas altitudes, yo, Buenaventura, Nanche-Cinzonte y el pájaro del día y el señor de la noche al que le estaba tocando. Agua y cosa quemada, color azufrado, nos lamía las entrañas. Otra vez allí de nuevo para siempre estaba en el centro del mundo el dios que hace la miel espesa. Delante de él derramaban licor sembrado de flores, y era él como lengua de fuego, todos los espíritus y Todos los Santos, señor de las cuatro direcciones y sus palabras dardos azules. Verás allí a Luciano cómo cuando llegue al Oeste se despedirá de sus oficiales lapidarios que aprietan los dientes y se mueren de frío. Enanos y corcovetas, porque pequeños junto a él. He de volver, les ha de volver a decir, pero no serán palabras de verdad. Rodeado de un casi anillo, de un semihalo de huesos de muerto, verá a la luna, la luna aguadora con brillo de agua. En el Puente hacia el Este estarán las espantas, las que dan a los niños epilepsia. La luna será cargada por un conejo. Y escucharás el canto del caracol marino. Lo vi todo, pues, así como lo dijeron: vi al albino, dios de la obstinación, la ceguera y el frío, que se escondía entre las milpas y entre los magueyes, lo vi que por arte de magia se transformaba en pavo, en ajolote, en perro. Y en perro convertido lo vi acompañar a Luciano. Pobre Luciano, que ha de perecer en Tlapalla y se transformará en rimero de huesos. Con una tibia florecida como cetro dirá: qué viejo estoy. Y quemará su casa, agujerará la piedra con sus lágrimas. Cenzontle dijo: pero mira cómo se purifica. Y el cielo blanco, que era donde estábamos, se llenó de burbujas y espuma de jabón blanquísima. Era Genoveva, eran las mujeres todas que lavaban su alma y mis palabras. Pasará las dos montañas, las ocho colinas, el viento helado, los nueve ríos, y se perderá en la ribera del agua amarilla, dijo el Cenzontle, y se reía para sí mismo. Bueno, de la luna salían nubes de humo y Manuel Ángel y Luciano se daban de coces y bastonazos. Pero la luna todavía no estará. Estará cuando el albino muera y al día siguiente lo encuentren cuando salga el sol. El fuego es el excremento, me dijo Buenaventura; y el fuego es el

ciprés, y el ciprés es la muerte, el regreso, las flores que nacen. Barramos toda esta basura, basura de palabras, dijo el sinsonte y escoba en mano armó una de tempestades: El viento barría los rieles, los llanos, las yerbas. Y el jaguar vomitó al sol. Pero el sol apenas salió se volvió lluvia de fuego. Soñé que Bernabé el pirotécnico quemaba los huesos de su padre y los esparcía en cenizas. Se nos puso entonces la carne de gallina y nos volvimos gallinas, aunque cueste trabajo. Sólo que seguía el revoloteo de palabras, pero había que decirlas todas para refrescar la tierra, había que hacerla de bufones para quitarnos tristeza. Por el campamento estaba el viejo Todolosantos y zurraba, y un coro de enanas con cabellos largos hasta la cintura se burlaban de él danzando y llorando. Guerrera y paridora, Buenaventura tenía en sus hombros a un tecolote y sus cabellos volaban hacia todas las cardinales del mundo. Porque, me dijo, estábamos en el cielo de los vientos. Verás entonces cómo era yo cuando todavía lavaba mis pasos con leche, dijo la inmunda, la cochina, mientras las mujeres barrían las calles con escobas llenas de sangre. Su enagua era blanca y azul. Y guerreros fuertes como tigres, listos como águilas, hacían la comedia. En ese día cantarás acerca de la viña del vino rojo, y aunque yo diga que no quedaré viuda ni conoceré orfandad, verás que estas dos cosas me vendrán a un mismo tiempo, me dijo el ceniztle, y veremos cómo Buenaventura se amó con Todos los Santos. ¿Por qué si no, cuando aparezca el buitro viejo se acordará de ellos? Viejo y calvo buitro, águila del collar que vi cuando bajamos al cielo de los verdes y azules. Tanto unos como otros. Pero primero al verde, cielo del Sur con el señor blanco que volví a mirar cuando de nuevo fuimos a la montaña alta. Y sí, porque puse mi rostro hacia el Sur, profeticé contra el bosque. Sobre el buitro revolaba una grande mariposa, vieja mariposa, falena alrededor del sol. Y los trenes, me dijo, corren por aquí en rieles tendidos sobre piedras de gñuli. Me verás entonces vestida de brocado y calzada de tejón en mi tiempo de amores. Yo, la de las nueve estepas. Y así fue que en siete cuevas tuvo que habitar una vez que contaminó la tierra muchas veces; en cuevas allí donde la acacia está erguida. Y luego pasarán por nueve páramos hasta llegar al nono desierto de Nonoaltepec, aunque todo tenga nombres de flores. Pero, me advirtió, cuida que estamos en el Oeste, en Tlatilulco, en Tlaltelolco, en Xatilulco, y las flores de palabras tartamudas que sembraste están ya bajo el montón de tierra que llegará a las estrellas. En aquellos tiempos lo he de llamar de nuevo mi esposo y nunca más mi señor. Lo que sucedió en las montañas entonces es que volvieron los dioses ausentes, es que los trenes corrieron por caminos de piedras de crisoberilo y de aguas celestes, y la que vino de la casa del descender, del lugar nueve veces enlazado con la niebla, diosa estelar, tendrá que irse. Por cortar las flores cayeron los dioses. Pero la acompañará su hijo dilecto, su nieto-hijo, su Luciano del alma, dijo el ceniztle. Y es que se enviarán contra ella los cuatro juicios terribles: espada, hambre, fieras y pestilencia. Del árbol partido en dos, junto a las garzas, como del árbol trunco de la casa de niebla y flores, vendrá, regresará Nananchen. Como de allí y de las

montañas la serpiente cuya diosa es la de la falda de en aguas mansas pero que ondulan, nariguera azul de media lunecilla. Las nubes, que son el polvo que levantan los pies de Dios, se lloverán a cántaros, me dijo el cenzone, el pájaro de las cuatro veces ciento voces, y verás de nuevo a Eduviges, que no es nada más sino ella, cómo arrulla al rodeado de agua, de palabras antiguas y distintas. El cielo donde estás de nuevo es el de los cometas y como cometas cruzan por la tierra las frutas y los peces. Éstas son serpientes de madera; aquéllas, figurillas de amaranto. Vi entonces cómo nacía el ahuizoton, cómo moría la vida y vivía la muerte, y lo diré con pocas palabras que se mueren más de años y otras viven de instantes. Es que después del diluvio se salvará la diosa de las flores, no habitará el Oeste, no: desembarcará en las montañas y tendrá muchos hijos. Pero mudos serán hasta que una paloma les diga de las varias y distintas lenguas. José Trigo, hasta entonces perdido tras todas las cosas, y nunca encontrado, pasará por el campamento. Encima llevará a la buenaventuridad de su desgracia y atrás de él irá el viejo, el que se hace el sordo y tiene todos los nombres, el que se nos hace que es colibrí de la izquierda con un soplo de sangre en la frente. Nunca fueron las palabras tan bellas para cantar al agua, a la muerte, a los girasoles. Los trenes estancados en el agua, el agua yendo y viniendo. Es éste, dijo Nananancen-Cenzinzontle, el paraíso de los que mueren por rayos, el cielo de los ahogados, los gotosos, los hidrónicos, y aquí también como en todas partes brilla el lucero de la tarde, la estrella de Luciano hijo de mis palabras. Otra vez en la casa oscura, aunque estábamos en el cielo del sol, vi cómo por culpa de lo que había llovido en la esfera de los cometas, el sol se volvía agua y nosotros nos volvíamos peces. En el lugar del eterno olvido, los cuatro dioses tomaron la palabra. Y vi más debajo del sol. Vi al dios de la lujuria, un mono que se reía del mundo, danza que danza. Y vi a Luciano que iba hacia la casa inclinada a la muerte. Y vi a María Patrocinio, nueva y otra señora de las flores. El dios de la riqueza estaba allí también. Su cuerpo era rojo y en su rostro aleteaba una mariposa. Buenaventura me dijo: aunque el Señor le dijo a Todolosantos que le dañe lámpara a él y a sus hijos eternamente, verás sin embargo que el dios juvenil, el cazadorcito, le dará muerte al mellizo precioso, al que amó a mujeres extranjeras. Entonces yo lo veré y seré testigo, yo que seré (me dijo y me dijeron los nueve señores de la noche, los trece pájaros del día), José Trigo: todo ojos, todo ver para creer. No podrá ser muerto el cazador, porque el que lo muera será siete veces castigado. Cinco rosas llovieron sobre los campamentos, cinco flores, y en los llanos aparecieron los bailarines, los coloristas, los artífices, los jugadores de pelota. Pero pronto la alegría se marchitó: los cuatrocientos sureños, los cuatrocientos del Norte se venían por entre los planetas y ahuyentaron al enorme pájaro-perdiz. Comenzaron los hombres a hacer armas: lanzaderas, tiraderas, macanas. Se abstenían de sus mujeres y Manuel Ángel se ventoseaba. Les haré comer ajeno, les haré beber agua de hiel. Y si no fue que las estrellas vinieron hacia nosotros, fue que nosotros descendimos a ellas. Porque estábamos en su cielo, ahora en nuestro viaje largo por el Este. Lluvia llovía

ahora, pero no de agua sino de fuego. Hombres vi que eran más que una bandera o un abeto y estaban ennegrecidos y no por el sol. Los inocentes vestían de blanco. El Ángel del Señor derramaba las copas de la ira y la tercera parte de las estrellas de la serpiente de nube blanca se venían al suelo. Mira, me dijo Buenaventura: es la fiesta de las banderas, se simulan combates, los astros en torneo juegan. Y me dijo más: ve, verás cómo José Trigo verá el rostro divino tres veces. Así como que ha de vivir en una caja de muerto, que se ha de esconder bajo los tiempos y se salvará sobre la mujer y se irá o no se irá para donde nunca se sepa, dijo Buenaventura, y puso su mano debajo del muslo, para jurar, y me dio un zapato en prenda de su promesa. Pero no era el zapato de José Trigo. Vi por último aquí, en Santiago Tlatelolco, cómo los guerreros del pueblo que hablará en lengua tartamuda celebraban el areito del culebreo y blandían antorchas y hachas de jade y serpentina. De las tres islas, como de tres casas, salía una culebra y esta culebra arqueaba el lomo sobre los campamentos: era el Puente. Llovió entonces fuego y se acabó la ciudad. Pero, como estaba escrito, no murieron los padres por los hijos ni los hijos por los padres, mas cada uno murió por su pecado. Entonces, pregunté, ¿por qué se dijo también que no eres tú quien edificará la casa, sino tu hijo que saldrá de tus lomos? Porque será verdad, me dijo Nanantzen, Nanantzintle, Nanancenzontle Buenaventura, y con ella me bajé al cielo la luna, la del conejo. Y no vi al hombre que engañaba por todos lados. Pero ella me dijo como también está dicho: yo pongo mis palabras en mi boca por fuego y este pueblo por leña y los consumiré. Volutas floridas salieron de mi boca para cantar a lo que se mueve. De un árbol que crecía en el campamento corté entonces las palabras y los cantos. Era un árbol entre cuatro arroyos y tenía doce frutos. Era un árbol de la natividad. Era un manzano del paraíso. Era un árbol de ramas doradas. Era un árbol de Crisantemas. Salió entonces, del interior de la tierra, el perro escuintle, dios de los gemelos, con un ojo colgante. Buenaventura me enseñó la nueva ciudad, la alumbrada por el camino del sol: fundada sobre piedras preciosas. Y así como lo fue de tiempo antiguo como estanque de aguas, así lo será. Y así fue lo que miré con el espejo que está en la casa de ramos de pino. Sí, el tecolote cantó y la casa que fue muladar ya no será más. Este mes de la caída de agua, el de erigir postes y gallardetes. El animal relámpago se introduce en la tierra, me dijo por último Buenaventura, y ya las lágrimas no gotearán en Tlatelolco. Sólo me quedó el asombro, y me escondí en la cueva oscura de mi corazón, mi corazón que era movimiento y nido de hormigas, porque no tuve las palabras, las palabras tartamudas, el montón de polvo de palabras que se han de desmoronar cuando llegue el quinto sol de los temblores de tierra. Así estaba yo pensando cuando el cenxontle me dijo: pero siempre puede ser lo que será y ha de ser. Canta tú con tus palabras y cuando te pregunten quién te dijo todo esto, dijo el pájaro de las cuatrocientas voces, di que te lo contó un pajarito. El que tuviere un sueño, cuente el sueño, y aquel a quien fuere mi palabra, cuente mi palabra verdadera. ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? Por último los hombres, con la esperanza de un nuevo sol, con la

*desesperanza de una vieja noche, caminaban hacia el cerro que tiene el nombre de lo que quedó en mis manos. Porque yo me quedé entonces solo y callado para siempre. Nada vi. Nadie vino ya. Pero en mis manos tenía una estrella.*

Segunda parte

***El Este***



Y AHORA

MEDICAMENTOS MAGISTRALES  
 ZURCIDORES DE RAPSODIAS  
 CONSÚTILES INERTES ARTISTAS QUE  
 VIAJAN DE INCÓGNITOS ANTIMONIO  
 PROSISTAS DE ILUSTRE PROSAPIA  
 LEÍDOS Y ESCRIBIDOS TÍTULOS  
 RULETAS SOBRIAS AMATISTAS  
 SAN NICOLASES CON BARBAS DE  
 NÍQUEL TRAGAFEEES Y COMECURAS

que ya cruzaste el Puente:

CONTRALORES CHICOS CHICOTES  
 CACIQUES DIAMANTES INDOMABLES  
 LAS FUERZAS VIVAS DE LA NACIÓN  
 VETERANOS VETERINARIOS PIOLAS  
 ACERO PARA CONSTRUIR HANGARES  
 TIRANICIDAS

En el Este.

«SON MARIDO Y MUJER»

(hay mujer encintada que camina con nalgalanura y ferrocarrilero jubilante, hay José Trigo con caja rumbo a los Funerales Pescador.)

Ahora hete aquí que viene un ferronato maxmordón que sigue a una pazpuerca copetuda

Cata la dura catadura del hombre cuando a ella le dice

Ándele vamos al hotel

Y ella se detiene enjarra las manos y a boca de jarro le responde los puntos sobre las íes

Váyase mucho al carajo

Vuelve a la andulencia anda que anadeando dándole al cernidillo y a él a la de siempre con las estevadas piernas rebalgando en pos de las posaderas

Ándele vamos al hotel

Ella le mienta la y allá se van

¿A dónde crees?

Son marido y mujer cuyo y oíslo son compañebrios están matrimoniados juntos beben juntos se embeodan y hacen de industria esta teatinería de cuando en vez

Eso sí se van al hotel

SECRETARIOS DE AIRE MINISTERIAL  
AVIADORES PRESUPUESTÍVOROS  
AZUDES BÁLSAMOS DE FIERABRÁS  
POLVOS DE LA MADRE CELESTINA  
CONTADORES PÚBLICOS TITULADOS  
VENTILADORES  
JARABE DE GRANADINA

En el Este.

«LO QUE DE CARNE Y HUESO»

(hay un pandemónium, mundonuevos, sombras chinescas, billares romanos, comicastros y otros embelecocos y fantasmalegorías.)

Titiritero titiritando al frente de la Carpa Buenavista este faraute camandulero manipula una zagala de madera y trapo rescatada de algún desván gatero que con el ton de una pandereta se contonea y pandea

Así anuncia este laboroso hablistán lo que de carne y hueso veredes si entrades a este antro

Carne carona pulpa de vulpeja qué ganas José Trigo

Pero ¿qué pierdes?

LADRILLOS PORTEROS RABINOS  
ZAHORÍES LENGUATONAS LANOLINA  
GENTE DEL POLVILLO CAMPEONES  
DE LUCHA LIBRE LOCUACES  
LOQUEROS

En el Este y por la feria. Tranco.

«PERO AL FIN AMOR»

(hay lo que se dirá.)

Hete aquí a un par de garzones curvilíneos pinches de cocina de algún figón y compinches en folia que sin temor de Dios y sin acoquinarse se uñen uña y carne y pervulgan sus dilecciones homosensuales

Ocian baldíos y delinquen en deliquios

Cabellos color cárabe tiene el uno jarifo cuello de jirafa el otro

Guarte José Trigo de sus ceñas y ofertorios

El bujarrón infama la fama de los hombres

Pero tampoco por tan poco te cabrees y le hagas al bravonel cometiendo un

desaguisado  
amoricón de maricones es pero al fin amor

TABLAJEROS DE HOSPITAL TENORIOS  
PIÑONES HEMIPLÉJICOS  
SEMIPERPLEJOS CORREGIDORES  
PROMINENTES PICAPORTES  
PRESIDENTES INTERINOS

En el Este y nada más. Estampa.

«LA CASA DE LOS GIRASOLES»

(¿qué más hay que pueda haber?)

Girovagando por estos rumbos te encontrarás con los girasoles

Pero escamonda bien los ojos porque ni por soñación volverás a ver sobre la tierra  
jardín más hermoso que éste que ves ahora

¿Quieres José Trigo que te cuente su historia?

Érase una caseta de vigilancia enclavada en el llano Un día el vigilante la abandonó  
para siempre Pero alguien llegó y la hizo su casa y plantó los girasoles

Mira es la casa más pequeña del mundo diez veces más grande que ella es su jardín  
de girasoles Qué bueno sería José Trigo tumbarse por las mañanas en el jardín para  
girasolearse

ARCHIGANZÚAS EMBAJADORES  
MEDICASTROS MATASANOS  
ARQUITECTOS ASPIRANTES A  
SUPLENTE DE DIPUTADOS  
EMPLEÓMANOS

En el Este y por la calle.

«LOS MENDIGOS MANCOMUNADOS»

(hay, aparte, otros limosneros monóculos, cieguessuelos.)

Ucé José Trigo ahora que anda de barzones fíjese que en esta esquina de la fundería  
La Consolidada hay un par de mangantes hideputas que por ancas o por mancas  
mancos están

Pues mano diestra no tienen nin el uno non el otro

Al solacio se dedican en el vulturno y su único algo es un perro que de galgos nada  
tiene y que hopea la cola barberil y caricioso

Entre toda la población de mendigos que hay por estos rumbos son peregrinos

porque en su manquedad de mancomún acuerdo se han mancomunado y piden  
alimosna al alimón  
Cuando ennochece ambos a dos bajo el mismo alifafe sueñan y son sus ensoñaciones  
dulces remembranzas  
En esa su escudilla amohecida ponles cuanto quieras cuanto quier sean unos centavos  
Por mor de Dios

MANICUROS MANIÁTICOS  
ACADÉMICOS BURSÁTILES ALCISTAS  
APOSTOLICONES BANDEJAS  
AFILALÁPICES

En el Este. Calle de Lerdo.

«NUBES AL POR MAYOR»

(hay lo que nunca diré.)

¿Es que se aparatarsa el cielo? ¿Es que se antuvia un diluvio? No por cierto sino por  
mentira que estos Talleres Centrales de los Ferrocarriles en esta Calle de Lerdo  
atalleres son pero de nubes ¿Ves cuántos humeros tienen dicho sea chimeneas?  
Pues de cada uno el humo sale entreveradas formas  
Nubiles nubes hay que algo tienen de algodón  
Estelas son otras de barcos invisibles  
Arroyos mansos aquéllas  
En fin que dentro de algunos días más humo más nubes saldrán de estos talleres  
Ya lo verás

REMOLACHA TUNDIDORES  
FILATERÍAS GUILLOTINAS PARA  
PAPEL CÓNSULES ALDABONES EN  
FORMA DE CENTAUROS

En el Este, en los llanos.

«ZUMBAN LOS CABALLITOS DEL DIABLO»

(hay lo que hubiera dicho.)

Aquí zzzzumban aquí vuelan aquí zzzzumban los caballitos del diablo en este llano  
floribundo  
Y con las libélulas zzzzumban las abejas  
Y estridulan y grillan los chapulines verdes y grises de largas patas saltamontesas  
Espántalos José Trigo porque no quiero que nada te aturrulle que nada te turbe la

vista

Zzzzzurum zzzzurum zzzzurumbáticos

HULLA RESINA DUENDES DE  
COBALTO NEGREROS TRATANTES  
DE BLANCAS EMPINGOROTADOS  
GERENTES

En el Este, por las antiguas bodegas.

«BODEGAS, BODEGONES, PATOS Y PANTACOS»

(hay un letrero que dice: Aviso al Público — Estas Bodegas se Trasladaron a Pantaco.)

Escucha mis prenósticas, José Trigo a ti navegador de estos rumbosos  
cual cosa quier que se te escape cosa que no verás jamásmente  
por eso no tengas dubdanza de lo que vedes pues patos son mansuetos  
los que en este charcal se solazan y apañan  
Remos musgos y acenorias son los de su  
E híncanlos sagitales en el vedrío del agua  
¡Qué no hay por estas almofallas!

De álguienes son estos patos manducables creaturas para yantar en noche tardiniella  
petrinas boyantes son las suyas onduladamente emplumecidas y plumas castañas y  
verdegayas las suyas son

¡Oiga me va a espantar los patos! paraulas se oyen de una mancorne maritornes  
nalguiforme y fornecina Tú sonriendo pela gallo  
Date al ahuecamiento del ala y sigue yendo de zocos en colodros de bodegas en  
pantacos y bodegones en patos boca cataviento y antojos de atalaya ¡Oh admirante!

TENORIOS GUARDAS FORESTALES  
AMIANTO INMACULADO ERUDITOS A  
LA VIOLETA CAÑAS DE BAMBÚ

En el Este. ¿Qué hace aquí Guadalupe?

«¡AH DEL AGUA!»

(hay el mismísimo José Trigo, caja al hombro.)

Piola don Guadalupe hoy por hoy guardacruceros de atufados y atusados mostachos  
mostosos señor de la tranca la cogorza la cachaza la pítima y el cachirulo bebedor no  
del fresco o de los vientos y sí de ventosas permisiones Empinador de codos  
Echador entre pecho y espaldarazo de alcoholes al coletto y abundantes copiosas y

que siempre está

Cuando no piorno sí peneque cuando no sí calamocano tampoco no estilbón Si vas al campamento y él no se fue a la atascada taberna a remojar el palabrar a echarse la del estribo por el estribor verásle cargado de copas cargadas caminar desmañado y desmañado hecho una lía a orza y cogorza contra viento y mareado

Verásle hipar de hito en hipo gormar a gorgorotadas la primera papilla pasar de la moña a la mona y de la mozcorra a la modorra con media traperera y trapichera puñalada dentro y patada y media fuera

Fuera bueno que fueras y así lo vieras

METRÓNOMOS CHARROS SIN  
CHARRETERAS DALTONICOS  
ESMIRRIADOS CADÁVERES

En el Este.

«TAN TONTO QUE ERES Y TE ATARANTAN TANTO»

(hay tantos retantanes de campanadas, olor a churrasco, árbol torrefacto y torre almenada.)

Aquí está el templo de Tastúan Santiago nuestramo

Persígnate

«LA NIÑA DE LAS MANZANAS»

Fíjate ahora en esta niña de amarañadas trenchas rúbeas como auricalco y labios color de lacre bajo la sombra del sobrecejo que forma un tejeroz

Mírala sin previo matapolvo despolvorear y barrisquear la tierra con una escoba tronada y nunca acabar

y ser feliz por eso

Fíjate bien porque si otro día regresas por aquí

primeramente tal vez ya no encuentres a la niña que barre la tierra

para siempre jamás

y segundamente ya no oigas la albórbola de la chiquillería con la que sus padres la han hermanecido Tal vez ya no veas como hoy ves a su madre lavar estos platos soperos con borde amarillo y manzanas pintadas en el centro

Manzanas grandes y rojas como nunca han comido y tal vez nunca visto sino al través de los fréjoles que por todo condumio comen con maníanos para llegar hasta ellas y darse el godeo de comerlas con los ojos

Allí las grandes y redondas lozanas y pomadosas manzanas invirtuosas

SOCIÓLOGOS MARTINETES SABUESOS  
DE LA POLICÍA

En el Este y en el estotro. José Trigo sin ataúd al hombro. ¿Dónde lo dejó? ¿Ya fue a los Funerales Pescador?

«POR ESTOS CAGANDURRIALES»

(hay, sobre la haz, la hez: meaduras y detritos en detrimento de estos campamentos. Un descargadero o descagadero. Se dicen joglerías, pampiroladadas, tontainas y dichosos dichos.)

Anda que andarás

traviesa que atravesarás la Calle de Comonfort para encontrar a manderecha una gran fábrica y a mansiniestra una albarrada

Nada más falta que aquí vengan

Las palomas a dejar su palomina

Las gallinas su gallinaza

Los murciélagos su morceguila

Y su sirle los cabríos

Porque fíjate Junto a esta albarrada camaradas en cámaras y en cuitas cagan a pedúo los hombres en fetales y fecales posturas que les permiten exonerar sus entrañas de su oneroso y orinoso peso

Pero nadie los ve

Nadie quiere verlos y todos se desentienden

Así que no te extrañes tú de sus pedonaires no te cisques no les echas cacayacas

Simplemente cuando pases por aquí por estos cagandurriales de los que todos son copropietarios no los veas

Haz como si vas a hacer

MUÑIDORES TRÍPODES AGREGADOS  
CULTURALES

En el Campamento Este, finítimo con el Puente de Nonoalco.

«LAVA QUE TE LAVA TODO EL SANTO DÍA»

(hay sinnúmero de muchachas bien arrostradas que se dedican al lavado de la roponería, charcas con orondaduras de jabón, barbianses de la carda, niños embracilados y cétera y cétera.)

Y aquí es donde lo que habes de hacer es memoración de tu andulencia y tener el

alma muy bien guardada en tu almarío para que no se te salga por los ojos porque esto que ves ahora José Trigo es el lugar más cachondo de la tierra Aquí las muchachas lavan la ropa la lavan la lavan la vestimenta  
Y ya que andas andando andando te diré si todavía no te has cansado de brujulear bueno fuera que le echaras un columbrón  
De Norte y Sur Este y Oeste llegan a millaradas las muchachas limpiantes y se arraciman en el lavadero  
Es a las seis de la sobretarde porque esperan a sus hombres los de voces varoniles bravos como perreznos de no comer tres días y niervos fuertes como quebrar un fierro  
Bueno fuera pues que te despestañaras un poco Aquí hay que tener los ojales bien desabrochados porque nadie se tienta el alma  
Llegan las muchachas catorcenas veintidosenas y se apeñuscan en las pilas del lavadero cargadas con sus tajuelas siempre lucidoras y sus hatos multirrojos multiverdes multiblancos por la tarde  
Porque las viejas cincuntainas sesentonas y de ahí en pico con sus manos atericiadas están lava que te lava desde la amanecida hasta bien entrado el día  
Así que así y asado ansina y asín asuso y ayuso las muchachas de largas enrobinadas trenzas lavan la ropa la lavan y la exprimen y la cuelgan en los tendaleros

#### PILONCILLO CASAMENTEROS VENENOS

En el Campamento Este.

«SIGUEN LAVA QUE TE LAVA»

(hay lo mismo y gallinas lluecas, fragüines, palomas y mures y perros que aquí comen, proliferan, retoñecen.)

Que la laven la ropa que la laven ludan despercudan la ropa de los hombres sudorosos malolientes

Tú caminas entre ellos tú turulato

entre calzones camisetas sostenes azules blancos

pantalones inmóviles escurriendo agua

Agua que descende que cae que corre a lo largo de toda la callejuela tiesadura que corre camina culebrea en múltiples multiformes arroyuelos de agua como leche pulque semen seminario agua no detenida por arbolón desaguadero alguno agua que corre camina moja ruedas moja patas tuercas raíles balastros opila conductos boqueras

Tú turulato tú celemineas

Tú viste que la lavaron la ropa viste cómo de Norte y Sur y Este y Oeste gráciles frescas olorosas juncales como nuevos arroyos concurriendo las muchachas de



treceatorce veintidosiete años melifluyeron caderenciosas y pechiespigadas cantaron solfearon las muchachas de mandiles rojofloreados y caballeras brunas negras casirrubias cubiertas con pañoletas toallas grises blancas espumantes y la lavaron la ropa

Por eso no la pringues

#### ESTRANGULES VERRACOS

En el Este.

«TÚ TAMBIÉN, JOSÉ TRIGO»

(hay lo que siempre diré.)

Aquí meduraremos la posada José Trigo que hemos trabado con un tragafuegos

Porque aquí en este fresquedal del llano traga fuego un hombre

El aire quiebra su camisa y alrededor de su noble pecho la arremolina como una lenta y frágil llamarada roja frangolla sus cabellos herrumbrosos (color de chamusquina) humedece de viento su boca (la fragua del diablo) y brilla de candela sus ojos

Lo acompaña un muchacho que toca el tamboril

Tam tam tam tamborileando

El fresquedal se puebla de gente curiosa y él de pronto blande el tizón florete flavo flabelo de venablos y de un mandoble hiende la tiniebla deleznable y gira

Como una brújula gira y alumbrada al corro brumoso de hombres hambrientos y hembras bronceadas hombro con hombro acogombrados en su sombra y con incomparable brío (tam tam tam tamborileando) se oye brutal su palabra que vibra

Señoras y señores dispónganse a contemplar la maravilla del siglo El hombre que traga fuego Aun con peligro de mi vida y la vida señores es nuestro tesoro más preciado repetiré por ustedes y sólo para ustedes el milagro

Tam tam tam tamborileando

Los hombres tragan silencio salobre Brillan de niebla los ojos del brujo La lumbre fluye del tizón endeble

Tam tam

Tam tam

Lo columbran los bribones desde la sombra bruna Colúmbralo tú desde tu zozobra y tú también al bravo tragafuegos arroja una moneda (de esas de cobre que relumbran como brasas) y anda de nuevo por esos trigos Que él quedará allí él quedó allá de bruces en el fresquedal del llano abrumado y sombrío hasta que en el aposentamiento de la comenante sombredumbre nocherniega se vislumbren asombrosas las luciérnagas

#### TINTERILLOS SACAMANTECAS

En el Este. Don Pedro que pasa. ¿Qué pasa, don Pedro?

«Y DE DON PEDRO TAMPOCO TE DIGO NADA»

Aunque ahora que lo ves pasar por aquí por el Este podría aprovechar la ocasión para decirte que don Pedro está carpinteando en estos días una caja que adornará con rosas de tul y tulipanes a tutiplén

ARPÍAS FÍSTULAS

En el Este.

«ESRES TESTIGO»

(hay mieditis y se cuenta con priesa.)

De todo lo que has visto hoy esto es lo que más importa

Eres único testigo de la zacapella entre estos dos hombres

A uno lo conoces al otro no Pero ya lo conocerás

Eres testigo de cómo el otro le clava al uno un puñal

Y Y de cómo el uno cae y el otro te ve y te persigue

¡Antáinate pícale pies para qué los quieres ponlos en polvorosa!

Pasarás por abajo del Puente y se te caerá un zapato cuando saltes la vía

No quedarás muy católico Pero no le hace ya te harás de otro

Y LOGOMAQUIAS

En el Oeste.

«NO TE ME ENGOLONDRINES»

Y ahora que has regresado al Campamento Oeste y has burlado a tu perseguidor sólo me resta decirte

No te me engolondrines

Ni te me pongas bizbirondo

Que todo esto no es para ti Que sólo es para que no lo olvides giróvago trolatodo galavardo vagaroso de José Trigo gulusmea gznápiro langaruto oye huele gustavé y entorta luego tu bienandanza hacia el furgón de Eduviges

Que ya tardece

Que ya está lobregueciendo

Que ya malavez hay luz

Que tú con tu cancamurria gandumbas ñiquiñaque tarugo empampirolado ya no ves

ya no recuerdas estos santos campamentos atan y tan morrocotudos  
Tan sin comparanza  
Tan calumbrientos  
Porque ya llegó la anohecida porque esto ya  
Sanseacabó  
Sansirolé sanseacabó  
Tú  
Turulato

«HASTA QUE DIOS ANOCHECE»

(UNA ELEGÍA)

*(Elegía o cantaleta, ringlera, loa, chanzoneta que aquí da comienzo.)*

En el río del tiempo, en el torrente de los siglos, navega un templo, magnífico como un carro triunfal. Nubes de incienso lo abruman. La grama que cubre el atrio ondula cuando sopla el viento. Hileras de palomas, que vuelan del campanil a las frondas de los eucaliptos, forman las jarcias y los estayes. Sus velas son estandartes. Y en las vergas de sus mástiles, que son cruces, los ángeles se posan, no las gaviotas. Si el templo tuvo o no cúpulas doradas y un gran pórtico con columnata de ónice, campanario de espadaña; si sus naves fueron o no escudaño y dextro de toda clase de maleantes; si tenía intercolumnios de la longitud de un areóstilo; si su bóveda estaba o no cubierta con azulejos que formaban alboaires; si en sus muros crecía o no la hiedra bocina o trompetilla color grancé, son historias menores. Anales vienen, crónicas van, y son ríos de sombras que sólo nos dejan el sabor de su espuma: espuma de randas y chorreras; efervescencia de pólvora, de cristal de burato y piedras de succino; giste de muserolas y frenos de caballos percherones o frisonas que tiran de un carro triunfal donde viajan todos los siglos y vestiglos, maravillas y ostentos, endriagos, historias y leyendas que han pasado por estos rumbos de Nonoalco-Tlatelolco, tierra de José Trigo, lugar de mudos o gente que habla una lengua extraña, sitio del montón de tierra. Viajan allí, en buen concierto y con mejor pompa, los sacerdotes de negras lobas, los arzobispos de caperuzas de armiño que enarbolan palios cruciferos, los doctores en derecho canónico tocados con birretes de verdes borlas, y brillan, rebrillan los galones, entorchados, serretas de los Ejércitos de la Nueva España: casaca azul tienen los alabarderos del Excelentísimo Señor Virrey, faja encarnada con bellotas blancas el Regimiento de Dragones. En tanto, arlequines de vestuarios multicolores se enfrasan en batallas florales y el Mirto y el Heliotropo, el Clavel y la Crisantema, se dispersan y nominan las calles, callejuelas y callejones de Nonoalco. Descienden del carro sabios coronistas, escritores regnícolas y omniscientes cartógrafos. Escriben unos que la antigua ciudad se fundó sobre tres ínsulas, y hacen constar que dos de ellas pertenecían a estos campamentos: Nonoalco y Tlatelolco. Trazan los otros viejos mapas de derechos de pesca, viejas cartas donde aparecen, en perspectiva caballera, los veinte barrios o calpullis de Nonoalco-Tlatelolco, el Gran Cu, los Colegios de San Buenaventura y San Juan Capistrano, el convento, la Calzada de los Misterios. Y astrólogos protoencantadores que saben atacires y cábalas, cuadrantes hiemales y otras estrellerías, descuajan de sus capas magnas —donde Camaleopardos y Serpentarios entrelazan sus arabescos— las gemas celestes, crisma y carisma congelados, que esparcidas al viento han de bautizar las calles de Tlatelolco con nombres de planetas y estrellas: Mercurio y Venus, Luna y

Saturno, Marte y Véspero. Pero el carro triunfal es infinito en sus formas, como en sus materias. Árbol de Diana, conjuga la plata líquida que corre por los arcaduces, y el espargiro que se pasma en los caces cristalinos, espejos de plaqué o dublé que besan los álaves combados de los árboles del Perú que crecían en los alrededores del templo. Templo en sí mismo, sus vitrales coloreados viven unos segundos, con palpitations de reflejos: freses de luces y sombras, y estallan en mil esquirlas y fulguritas, en mil y una lágrimas de Batavia que a su vez se vuelven polvo, trípoli, para cristalizar en humo que brota de las chimeneas de los barcos. Barco en sí mismo —galeota o corbeta, cúter o tartana—, navega porque los ángeles soplan en sus velas, y porque son sus velas baldaquines de Bagdad, lonas de Olonne, guadamecías de Guadamés, muselinas de Mosul, y cuanto admirable género llegó de las factorías de ultramar para venderse aquí, en el gran mercado de Tlatelolco, o para permutarse por el oro electro y el nequén, el ají y el liquedámbar, las esmeraldas sin guarismo y el alcanfor, de los que fuera esta tierra tan viciosa. Pero pronto las velas, de tanto viento, se desasen. Y unas se alisan, se explayan, se tersan de tal forma que pronto perfilan, así como las nubes, los alirones, los grumos, el plumaje álfico de dos alas angélicas: son las alas de San Miguel Arcángel. Y otras se grifan, se encapotan, se arremolinan de tal manera que pronto dibujan, así como las olas, la barbada, el cuello, las grupas, los espejuelos de un caballo blanco como la espuma: es el caballo del Señor Santiago. Y Miguel Arcángel, jefe de las milicias celestiales y vencedor de Lucifer, se posa sobre el Puente, y extiende sus alas, una hacia el Este, otra hacia el Oeste, para dar su nombre al barrio de San Miguel Nonoalco. Y Santiago el Mayor, apóstol, jefe de las milicias hispánicas y vencedor de innumerables hordas de idólatras y herejes, llamado también Sancte Jacobe, Santiago de Compostela o de Campus Stellae, Santi Yagüe y San Yago, clava su roja espadilla en el corazón del cúmulo de esta Tierra Firme, la sojuzga y le da así su nombre de Señorío a Santiago Tlatelolco. Luego, jinete en un gigantesco caballo de Troya, se inmoviliza. La grupa de la bestia se disfumina, y se convierte en ábside. Su cuello y cabeza, en pórtico. Y él mismo, el Señor Santiago, en campanil. Los vestigios de su paso, polvareda de estrellas, se aquietan también para perdurar sobre la tierra: dendrita, drusa para siempre cristalizada, y así, ya convertido en templo de sí mismo, templo quizás con techumbre de dos aguas como dicen algunos cronistas, templo tal vez en cuyo altar mayor señoreaba un retablo plateresco de madera labrada y estofada, como cuentan otros, templo de tenebrarios que se encendían en las tinieblas de Semana Santa, de corderos pascuales cuyos vellocinos imitaba la cera escamada, de faroles de pie de gallo, de púlpitos y coro, templo-nave-aeróstato-caballo de fuego: templo que bogaba sobre los hombros de San Cristóbal, patrón de los viajeros, portador de Cristo, antes servidor del diablo, y cuya gigantesca figura, palimpsesto plástico, se yergue, al fresco, sobre la puerta Norte de la Iglesia; embreada nave de mástiles empavesados con fuegos de San Telmo, que vino de lueñes playas de lejas tierras y enmaróse en el líquido elemento alfombrado con fosfóricas ardentías y verdinegros mantos de

criptógamas, hasta recalar, impelida por el noto bóreo, viento pontífice, en las radas y ensenadas de América trayendo consigo a una abigarrada tripulación de almotacenes, polvoristas, perfectos perfectos, corredores de sortijas y cañas, veedores con quevedos, flemáticos oidores con trompetas acústicas, visitantes chapados a la antigua, ballesteros, ejecutores con varas de justicia, barcadas de religiosos plásticos en prédicas, arzobispos, lectores de mucha santimonia, pretensores, comediantes de figurón y esclavos bengalíes, que habrían de construir la nueva ciudad sobre la ciudad vieja, los nuevos templos sobre los templos viejos, y las nuevas enfermedades y dolencias del espíritu y de la carne, sobre las ruineras y destemples viejos: porque con ellos vinieron, jauría de perros negros, los consultores, comisarios y fiscales del Santo Oficio, con toda su familiatura de despachadores de capotillos, sambenitos y autos de fe; y acompañados, parvada de ángeles maléficos, por todas las enfermedades nostras, entre las cuales no se hallaba el berbén o escorbuto, pero sí el mal gálico, fruto de la tierra; la alferecía, y la viruela —confluencia de hidátides malignas—. Aeróstato también, globo Montgolfier cuyos gajos policromos los formaban fusiformes retazos de cretonas de Creton, tules de Tulle y rasos de Arrás, y que estalló como huevo de Pascua Florida en lluvia infinita de confeti, en una nevisca de naranjas tangerinas y manzanas asperiegas, melocotones y acídulos tamarindos, y de todas las frutas de extranjía que en sus fauces trajeron los armiños de Armenia y en sus picos los faisanes del Phasis, así como de todas las cosas, entes y seres trasmarinos con los que se enriqueció esta tierra. Y caballo de fuego, locomotora de cuya chimenea, en lugar de humo, brotan los pájaros, locomotora bien de Estilo Gótico con ojivales ventanos; o Estilo Luis XVI, con ventanas divididas por maineles, o Estilo Renacimiento, con chimenea tan grande como el mambrú de un buque. Y así, decíamos, ya convertido para siempre en templo de sí mismo, ve y vio cómo a su sombra crecen, y crecían, no sólo la grama y las zinnias, el césped y el Manto de la Virgen o Celeste Gloria Azul de la Mañana, sino también las ocho ermitas de Santiago Tlatelolco: Santa Ana, San Martín, Santa Catalina, Los Reyes, Santa Inés, San Antonio, Santa Cruz, Santa Lucía; y fue testigo de cómo los nombres de los viejos barrios se transformaban en híbridos apelativos, y nacían así el sitio verde de Nuestra Señora de Belén Tlaxoxiuhco, el lugar de la orilla de la muralla de Santa Ana Atenantitech primera doctrina del convento, el lugar del tule de pie de San Pablo Tolquechiuhca, y el lugar de la blanca sal de San Simón Iztatla; y escuchó las esquilas de los Cofrades de Ánimas, y el calincantareo de martellinas, cinceles, dolobres y cucardas cuajadas de puntas de diamante que manejaron hábiles labrantes bajo el ojo avizor de avisados alarifes, para esculpir a marchamartillo el águila bicéfala del Rey de Alemania y de Castilla, de Jerusalem, de Mallorca, de los Algarbes, de Algecira y de Gibraltar, en el frontispicio de cantería que exornaba la puerta del Imperial Colegio de la Santa Cruz; y vio al Mundo y al Cuerpo, al Autor y a la Hermosura, al Rey y al Labrador, encarnar las partes de la *Summa: De Deo uno et trino, de Deo creatore, de Deo redemptore* vueltas palabra alada, verbo eficaz, en

los Autos Sacramentales: porque en el atrio de Santiago Tlatelolco se representó el primer Auto Sacramental puesto en escena en América, escrito en la lengua de los vencidos y que tuvo por nombre *El fin del mundo*, con todas sus apocalípticas implicaciones de plagas septenarias, Alfa y Omega, bestias escarlatas y copas de la ira que los ángeles derramaron sobre el mar. Vio también el Señor Santiago cómo aquí, en Tlatelolco, se fundó el primer colegio del continente; cómo aquí se escribieron los doce libros que hablan de los Dioses, la Astrología Judicial, la Retórica, la Flora, la Fauna, la Gea, y de todas las Cosas de la Nueva España; y cómo aquí existió, para asombro de las naciones, el gran mercado de Tlatelolco. Y todo esto, bajo el signo providencial de la Trinidad. Porque fueron tres las ínsulas sobre las cuales se fundó la antigua ciudad. Y de ellas una, Tlatelolco, se perdió aquí, cuando su gobernante se embriagó en compañía de los hombres que vivían en los hormigueros, y sucumbió sin que valiera la defensa que de ella hicieran falanges de mujeres desnudas, para convertirse en tributaria del Reino de la Triple Alianza. Palustre Reino de la Triple Alianza que se derrumbó aquí, en Nonoalco-Tlatelolco, cuando los conquistadores de barba portentosa iniciaron la segunda de las Tres Épocas, de las Tres Culturas que han tenido aquí su esplendor. La tercera de ellas, la época de las invenciones y los artilugios, de las maquinaciones y los artificios que esparce su magia hasta nuestros días, se inició cuando de aquí, de Santiago Tlatelolco, y rumbo al puerto de la Rica Villa de la Vera Cruz, partió el primer ferrocarril de la República.

Pero los tiempos pasan, y con ellos, las cosas. Los caballeros antiguos jugaban a correr alcancías, y las alcancías eran esferas de barro, huecas. Al romperse, barro y polvo caen sobre las pilastras de la Calzada de los Misterios y sobre la Plazuela de Buenavista, así llamada en honor de un ilustre marqués, héroe epónimo desde entonces, y donde se erigió una galana estatua al egregio Almirante de la Mar Océana. Caen también sobre el Gran Cu, del que hoy sólo quedan las ruinas; sobre las viejas calles tiradas a cordel y las antiguas placas de barro vidriado donde constaban sus nombres; sobre el arzobispo que se convirtió en lanceolado pez y se zambulló en las aguas llevándose a lo somormujo, en la boca, al Santísimo Sacramento; sobre las veneras de los Inquisidores, sobre los testimonios de verdad que los escribanos reales inscribían al pie de documentos —cuatro soles y un tigre, tótem, era el de Tlatelolco—, y también sobre el Hospital de San Lázaro, sobre la Compañía Limitada del Ferrocarril Imperial Mexicano, sobre los conventos antiguos a los que nada faltó: celdas, provisorias o guardamangeles, refectorios y tránsitos; sobre las acequias cuyos derroteros señalaron los antiguos maestros aguañones, y que fueron premonición de las vías del tren diseñadas por los baquianos de nuestro tiempo; y caen, por último, sobre las cabezas de todos aquellos que aquí murieron: bien de muerte benigna, o mal, segados por las epidemias y constelaciones que asolaron estas regiones con ávida inclemencia: la de la viruela negra y la de cocoliztli en el siglo dieciséis, la de cólera asiática en el siglo diecinueve. Sus restos descansaron bajo el

presbiterio, en los aledaños del altar mayor, por muchos lustros, hasta que el nuevo templo dio a sus muertos, hasta que los hombres de la Tercera Época, con inyecciones de cemento, apuntalando los trozos de estuco que estaban por desprenderse, excavando y rellenando con broma aquí y allá, decidieron reconstruir el templo viejo, el tlatelolca. Entonces afloraron a la tierra, y sus huesos reverdecieron: eran cientos de cráneos con occipitales escofinados e incisivos mutilados en punta; eran docenas de esqueletos en cuclillas, como cornamusas, como fetos en el vientre materno; y eran innumerables fémures, tibias, sacros y espóndilos de hombres y mujeres de todas las tallas; los encontraron junto con una cabeza de serpiente y cinco cascarones de huevos de gallipavo. Estos restos, el templo, una que otra ermita, las ruinas del Gran Cu, uno que otro Misterio y los inmensos llanos que durante cinco siglos permanecieron baldíos como si sobre ellos pesara un tabú o fueran la zona polémica de una inexistente fortificación, son todo lo que perdura de aquellos tiempos.

¿Qué fastuosos y omnímodos fastos, qué anales circunstanciados, fábulas, leyendas aéreas, ficciones, iconografías pueden contarlos en todo su esplendor, magnificarlos para asombro, pasmo, enajenación de los tiempos, inmemoriales y heroicos, propios y extraños, venidos y por venir?

Planta los másteles de los puestos y tenderetes del gran mercado de América, emporio de las naciones, lugar de hablillas y chismas, patrañas. Haz tañer el bronce del templo del Señor Santiago. Enciende los cirios del tenebrario. Haz murmurar el agua argentada de las acequias. Embalsama los aires con aromas de opopánax y estoraque. Saborea las pulpas suntuosas de todos los frutos que da la viripotente y fructuosa tierra. Acaricia la suave piel de libreas de tafetán y capas de velludo. Y deja rodar, volar, caer las palabras: como albérchigos que ruedan entre las patas de los caballos, como campanadas que vuelan llamando a laudes, como piedras de trabucos que abaten murallas. Porque sólo así se puede contar la crónica prepóstera de Santiago Tlatelolco. Sólo así, a vuelo de pájaros, a vuelo de campanas, a vuelo de palomas que se desprenden del campanil del Templo del Señor Santiago y se zambullen en las frondas de los eucaliptos, se puede contar lo que por estos rumbos ha pasado: repertorio de los tiempos, excerta y florilegio de maravillas y ostentos. Lo dicen los antiguos cronistas. Lo dicen los cartógrafos de los antiguos reinos, hacedores de mapamundis y mapacelis. Y lo dicen las campanadas de la iglesia de Santiago Tlatelolco que lo mismo cuando doblan que cuando clamorean, que cuando tocan a occisa o llaman al alba o tocan a posa, liberan a viejos fantasmas. ¿Ves esa lluvia color violeta que cae sobre las opas pardas y moradas, sobre las becas blancas de un mundo de colegiales que caminan en procesión? Esa lluvia, lo dicen las campanas, cae sobre los parvulillos matriculados en el Colegio Imperial de la Santa Cruz de Santiago Tlatelolco. Los cuales, cabizbajos, cabizmansos, caminan, y sus sandalias se humedecen con el agua de charcales luminosos donde se reflejan sus



cuerpos color cantárida, color lilac. Allá van, allá se pierden, entre los tendajos del mercado, donde se organizan permutas, almonedas, subastas, mohatras. Vende aquél mascaranas para las redes destinadas a la pesca del atún. Ofrece el otro cadenillas de cuyos eslabones cuelgan dijes a manera de amuletos: piedras bezoares, moriones, dientes de unicornio, esteliones. Uno más es alfarero que tiene vajillas, aguamaniles, hidrias. Vende aquél gregüescos y zaragüelles, papahigos, antiparas. Otrosí otromás es quincallero que vende fallebas, escoplos, alicates. Y aquél pregona el crémor tártaro, el alquermes, el bol arménico y otros electuarios, pócimas, así como matacanes y tóxicos varios que guarda en más de un almirez. También hay gesticuladores mauleros, vendedores de bengalas y muletillas. Y pasa la mar de la gente, aglutinada, en flujo y reflujo interminable de años y siglos, bulle, verbenea, arma zalagardas, behetrías, se oyen baladros. Pasan los aguadores o azacanes y en los barriles y chochocoles que cargan en sus arginas, cantimplorea el agua. Pasan los tálburis descubiertos y las calesas de capota de vaqueta, los coches de colleras en que pasean mujeres de basquiñas de red, mantillas transparentes y corpiños de cintura de abeja. Discurren los caballeros de la Orden de Santiago cuyas gladiolas espadas rojean, y los pertigueros de pértigas guarnecidas de plata, los maceros de la Universidad, niños que dan sus primeros pasos ayudados por polleras de mimbre. Plácida, desmadejadamente apoltronado, el vendedor de almadragues y cojines para los comodinos que padecen de perlesía voluntaria, prorrumpe, voz de caramillo, en gritos que más parecen plañidos o guayos, pregonando así las cualidades de su mullida mercancía. Lucen los cojines bordados que ilustran fruteros donde se derraman almibaradas manzanas y acibarados limones. Hace la gente cala y cata de frutas de todas las castas, prueba de su macicez, las mordisca, sobaja, desluce, encesta en cestones, canastros: las hay de aterciopelado tegumento, como el melocotón; las hay de pulpas suntuosas, como el mamey; y las hay serionadas y tenientes: unas casi fuera de temporada, y otras que son primicias de la estación que comienza; lujuriantes y pintones racimos de uvas, granada cajín, badeas, higos azucaríes, peras verdiñales, fresas en estolón y uvas en agraz. A su rededor revuelan las abejas maesas venidas de cercanas colmenas apenas bañadas con propóleos. Los gratos olores de las frutas se confunden con los untuosos aromas que trascienden los salchichones, los chorizos bien curados al humo y las mortadelas sazonadas con mirto. Pero las doncellas continentes, flores de azahar que caminan al cuidado de las oblatas, pasan de largo, sin detener sus ojos en los fálicos embutidos. De las afueras, de los alijares de la ciudad, llegan otros vendedores y ubican sus puestos, los sitúan, los orientan. A veces, los sobrecielos y las marquesinas de toldos fronteros se juntan, y forman pasajes y umbráculos, como los emparrados que alguna vez existieron en el Tívoli del Ferrocarril, donde vagueaban parejas de enamorados y se perdían en nutridos arcabucos donde crecían los manzanos y los duraznos. Pasan, con la médula y la corteza de los cabellos llenas de burbujas de aire, los capipardos, cordeleros frailes franciscanos, que caminan del convento a la iglesia, cantan por lo bajo y tienen tanto

vuelo las mangas de ángel de sus hábitos de sempiterna que en ellas podrían anidar las palomas. Una vieja andariega y enteca que trae un banasto pendiente del brazo, también va a la iglesia, pero antes rumbea por el mercado; viene a la recova de huevos para revender después. Talonea entre turbas de estibadores y alijadores que ofrecen sus servicios para fondear o embalsamar cuanta sarcia o fardaje llegue o se vaya del mercado rumbo a otras ágoras y otros parianes, otras alhóndigas, depósitos. Y ronda por el puesto del vendedor de escarpas y clavos chanflones, llaves, llavines y picaportes. Zarcea de aquillá entre mercachifles que se dan a la especulación, que perpetran libranzas, facturas, signan catálogos. Llegará al templo, feliz de sus adquisiciones, a la hora del Ofertorio, o del Canon, cuando esté abarrotado de fieles, cuando todo sea rebullir de fustelas envinadas de grana, revoloteo de guantes de baldés de fragancia almizcleña, sonrosar de tisúes, florear de zarzas, verdeguear de guardainfantes o tontillos, naranjar de casaquines color naranjacidra, arrebolarse de jubones de Holanda. Aquí, dentro del templo, donde los sonidos de sus obsecraciones estremecen los arcos torales y trenzados con sus propios ecos son devueltos por las figuras arcangelicales que prodigan, desde lo alto de sus pechinas color de líquen, la gracia de su intercesión. Porque interceden lo mismo por todos los hijos de quienes en su gentilidad reconocieron vasallaje que por todos los judíos confesos y conversos, que por toda prole de leprosos o pléyade de plebeyos, por los gentilhombres y los hijodalgos, los alcaides de donceles, los tiñosos con casquetes de pez, los religiosos júniores y hermanos convíctores que viven en santo retrainimiento, las canonesas, los chantres y los sochantres, los esclavos horros o los cimarrones que huyen de los ergástulos, los mozos del cordel, los macehuales y tlaquicheros, los tlacuilos y trujamanes, y toda la indiada que cubre sus hombros con mantas, y con mástiles sus partes pudendas. Porque Dios es muy grande y exorable, y así le plugue. Y porque éste es el templo del Señor Santiago, hijo dilecto. Viste el sacerdote capa pluvial con bordados de imaginería mestiza de acuerdo con las costumbres seculares del dieciséis: ángeles oscuros, grecas y quetzales. Largas, multicolores caudas tienen los quetzales prisioneros en jaulas doradas, junto a una gran variedad de pájaros: blondos canarios canoros, guacamayas azul-verde-rojas, petirrojos de rojales pechos y sinsontes políglotos. Sus trinos se combinan con la grito de los vendedores de ancheta que realizan sus mercancías con precios de liquidación, de barata. Con las voces de los clientes que piden la yapa o pilón. Con los murmullos de dulzainas y vihuelas y con el ruido de las matracas de Semana Santa. Con los truenos del armisonante trabuco de la Plaza de Santiago. Con el trotar de mansuetos palafrenes coronados con penachos de garzota, sobre los que cabalgan en jamugas damas de alados túnicos de humo y polisonas turgentes. También con el tañer de la campana del Ferrocarril Interoceánico cargado de pieles de marsopas y nutrias y esperma de cachalote en barriles de 73 azumbres castellanas o 198 pintas parisinas, que navega al amor de la noche fosforescente de los sueños. Se levantan allá montañas y verdosidades de recoletos repollos, de imbricadas alcachofas coronadas con estigmas de azafrán; se tienden

pedregales de tubérculos adocenados, vallas de espinaca ferruginosa, de brócul, de berenjena cinzolin, mastranzo. Y a un lado de estas campiñas de verdura, pasa una caterva de beatas tocadas con griñones, vestidas de perpetuán, con sus tahalies rebosantes de reliquias y oraciones; viene después el animero que pide para las almas del purgatorio; los desmedrados, desmadrados escolares del orfanotrofio, los corrigendos de la Correccional; los neófitos catecúmenos que se instruyen en el catecismo, los disciplinantes encapirotados, con vestidos de guirnalda ajironada, que sangran sus carnes con pelotillas; y a la zaga, los ordenandos de las órdenes menores: ostiarios, exorcistas. Van también a la misa dominical, se acercan al altar de Dios, del Dios que alegra su juventud. Y llegarán a tiempo, a la hora del Introito o de la Epístola: no tan tarde como la vieja trotaconventos, o como la dama que entretiene sus ocios contemplando al pintamonas que pincel en mano embadurna lienzos. Es éste un gran bazar de cuadros de pintura al óleo, de pintura embutida, a la chamberga. Abundan los cosmoramas, las marinas, los trípticos, los descendimientos de Cristo, frutajes y bambochadas. El pintor rebaja aquí, contornea allá, plasma acullá. Escoge la dama un retablo que pinta a una procesión de romeros de bordón y esclavina provistos de salterios, breviarios y leccionarios, y precedidos por un cursor. Los romeros, además de santiguarse e hisoparse, andar novenas y recitar rogaciones en reato por pecados de omisión o comisión, o por prueba de vocaciones, recorren la Calzada de los Misterios, y se detienen brevemente en cada una de las quince pilastras edificadas en honor del Rosario de María Santísima: desde el Misterio Gozoso de la Visitación, hasta el Misterio Glorioso de su Coronación y Exaltación. Se dirigen a la basílica reina que se elevó en pleito homenaje a la patrona jurada de la Nueva España, la virgen beatísima hermosa como la luna y escogida como el sol, que aquí, en Santiago Tlatelolco por primera vez y para asombro de apostolicales incrédulos, efundió el arcoíris de su sacratísima imagen entre un efluvio de rosas. Y para el asombro, también, del mundo: porque no hizo otro tanto con ninguna nación. Ya después, con el tiempo, se humillarían ante ella todas las tremulantes banderas de esta tierra: la bandera insurgente de Atotonilco, el pabellón trinitario, el banderín filibustero de El Doliente de Hidalgo, el confalón de los Cazadores de Galeana; y todos los escudos: el sagitario de Nuevo León, la Cruz de Lorena de Chihuahua, los pejes albicolores de la Baja California, amén de todo chupiturco, chinaco, suave, chirrín, impío republicano que por Santiago Tlatelolco pasara. O bien eslovenos, germanos, lapones, rusos, gabachos que vivían en fructidor, pradial y vendimiario, y que por aquí se les vio alguna vez, prosternados. Por la Calzada de los Misterios pasó después la imagen de la Virgen. Y por esta misma calzada pasa la primera locomotora que hubo en México, *La Guadalupana*. Es una locomotora de piel de seda brochada, y el humo es un velillo de glacé que forma blondas de encaje. Como las locomotoras antiguas que ilustran algunos rompecabezas. Otros, en cambio, ilustran bajeles que navegan en olas detenidas para siempre. O viejas casas con fachadas divididas por impostas y frisos, y coronadas por barandas de florones y roleos. Los ven pasar por el

mercado los gambusinos que han venido a estas tierras, Cíbola y El Dorado, en busca de placeres abundantes en palacranas y yacimientos legendarios, y que aquilatan, en balanzas de cruz, el contenido de las landres de sus capas. También los ven, al pasar, los doctores en cuanta ciencia existe: infusa o exacta, gaya o política; los posesos inocentes; los escolapios o calasancios de las Pías Escuelas, los colegiales freires, y el prioste y los congregantes de la Cofradía del Santo Niño Perdido de Santiago Tlatelolco, que gozaban no sólo de congruas a más y mejor, sino de bulas e impetras papales expedidas por la cancillería apostólica, y en donde se les concedían indulgencias plenarias. Porque aquellos tiempos eran tiempos felices. Tiempos en que estos rumbos recibieron la bendición de Dios. Porque hubo virreyes que en el nombre de Dios, amén, hicieron donación, pura perfecta y acabada, de estancias, censos y rentas en favor del Colegio de la Santa Cruz. Así como hubo tiempos en que acequias de prístina memoria cruzaban como espadas estas tierras. Una, venía del Norte, penetraba en el convento y desembocaba en las atarazanas donde se resguardaban los bergantines españoles: mercedes fueron éstas de nubes que se desgajaron en ríos y rozas, y de ríos y rozas que gobernantes de ilustre virregimiento fructificaron en naranjas y citrones de agua. Y espejos fueron donde contemplaron su inverecundia los religiosos del Colegio de San Buenaventura, acusados de vitandos abusos y grimosas corruptelas. Y fuente de inagotable remisión del pecado original fueron para todos los hombres, infantes o grandevos; de todas las razas: criollos, mestizos, amerindios, tentenelaires, saltapatrases, que fueron cristianados en el Templo del Señor Santiago; los mismos que con el correr del tiempo llegarían a ser escribanos del cabildo, o cuestores, maestresalas, ministriles mofletudos, caballeros, maestros de plata, maestros de aja que carpintearían paños, misóginos religiosos encarnizados con la carne, alguaciles, síndicos; o galeotes aherrojados con grilletes, carlancas, que sufrirían de por vida bajo el rebenque de los cómitres; o réprobos que acabarían en patíbulos y cadalsos, sus cabezas expuestas en la picota; o estudiantes de manteo y mostachos de corniformes guías; o alcaldes del crimen vestidos con garnachas talaes de magnos sobrecuellos; o tamemes de bruñida piel bruna; o Caballeros de la Cruz de Malta de escarlatinas capas; o indias naturales de blancos fustanes, jabardas, y quiliguas al dorso; o boquirrubias sores y alféreces de teces como alteas, cerúleos ojos, cerezados chapetes. Dejan los carruajes, tras sí, profundos ceriballos que se llenan de agua gusarapianta, binzas de cebolla y espirales cáscaras de manzana, pan escalfecido, carozos, tastanas. Revuela el hedor, el empireuma de vísceras semiputrefactas socarradas en una barraca. Transitan los viajeros que paran en hosterías y mesones. Compran las damiselas filtros y bebedizos para estar bienquistas con sus caros amados. Los vendedores extienden los muestrarios de cuanta mercancía comerciable y compradiza piensan realizar, baratijas y chucherías que son pamplinas, niquiscocios; detallistas que venden a la regatonería o menudeo, entre compradores a los que el mercado sirve de paseadero, y que con delectación y regosto circulan, transitan, trajinan, oliscan, escrutan, curiosean y se intercambian,

dada la poca holganza de los carrejos, trompicones, topetazos y estrellones, así como sombreradas, salves, cabezadas de cortesía. Tal cual vez, entre los mismos vendedores parleros guasean, se coñean, menudean las chanzas, y no faltan verduleras rabisalseras que de tienda a tienda traban contiendas. Vuelan entonces los bulbos de ajos y cebollas, realidad y metáfora, en lluvia nivosa que cae sobre una parada de juglares y bufones, gigantes y cabezudos, dominós y diablos cojudos de espantables carantoñas. Allí está el pulpero. El lonjista que vende cacao y azúcares diversas: cande, mascabado y florete. El vendedor de dulces de leche torcida, melindres, pastafloras, alfajores. El vendedor de glútenes y mucílago, tales como la colapiscis extraída de la vejiga del esturión, o la litocola en cuya fórmula intervienen las claras de huevo y los polvos de mármol. Y el peletero reverente y ponderoso que atiende al decrepito y recalvastro presbítero présbita de elegante porte y barba acarambanada, frente ceñida con ínfulas imaginarias, que con toda afectación y mirlamiento y entre pulgarada y pulgarada de rapé escatima el último centavo, tal es su peculiar avaricia: se podría jurar que en los plúteos de un viejo armario cuarteronado, de madera de ayacahuite, esconde una vidriola llena de ducados de oro, de doblones. El prelado examina las pieles de vegetales texturas: acaricia la herbosa chinchilla, el césped fulgente de la marta cebellina, el terso musgo de la gamuza. Y allá, a lo lejos, un jacarero vendedor pregona su mercancía valiéndose de paremias, baladas baladíes y copuladas coplas: y en dichas endechas se precia de tener cuanto fruta se puede añascar, acumular o tesaurizar, desde la nispola, fruto del níspero, hasta la nuez moscada, fruto de la mirística. Menores son las pretensiones del aceitero que expende, en alcuzas y cuartanes, oleosas oleadas de aceite de oliva, de sésamo, de coco. Y del vendedor de biombos y mamparas donde venadrices amazonas persiguen a cervatos mostrencos, o parejas de baile han quedado inmovilizadas en plena campanela, a la mitad del contrapás o del quebradillo, pasos estos de danzas antiguas que se bailaban en pequeñas y grandes ocasiones; el rigodón, la polca y la mazurca, se bailaron en la fragata Santa Isabel para celebrar la llegada del primer ferrocarril de la República... el ferrocarril que fue de la ciudad de México al puerto de la Rica Villa de la Vera Cruz, y que partió de aquí, de Santiago Tlatelolco. Lo despidieron damas con atacadas cotillas y emballenados corpiños, albanegas. Lo recibió una salva de artillería que lanzaron a la historia los cañones de la isleta de San Juan de Ulúa y el Baluarte de Santiago. El magno acontecimiento se conmemoró también con un Tedéum de gracias en la Catedral de México. Diáconos entonadores agitaron sus incensarios, y nubes de incienso subieron a las alturas, como nubes de polvo subirían en la Iglesia de Santiago Tlatelolco cuando fuera cerrada al culto y convertida en Aduana y Bodega de Santiago: aquí, donde se humilló cuanto noble de ilustre prosapia floreció en la Nueva España, cuanto Mayeque o Señor de Horca y Cuchillo, con Patente de Corso y Derecho de Pernada, y cuantos clerizangos y misacantanos capigorrudos, frailes de misa y olla, loyescos sotoministros, postillones, chamarileros, arrastradores de bayeta y ganadores de palmeta, penitenciados de

capotillo (reconciliados y arrepentidos de su difidencia), serenos boticampanudos de capas aguaderas, así como campantes campaneros, maestros de obra prima confeccionadores de borceguíes y esarpines de vaqueta, y pobres carentes de toda caridad, manivacios y deshalajados hubo aquí, en este sagrado recinto, se almacenaron polvorines, armas, alambiques. Donde antes relucían los recamados y sedas joyantes donde brillaban rubinejos burieles y turmalinas de aguas turbias, se aposentó el polvo. Remolinos monocromos recorren en la penumbra las augustas naves, la causídica, el antealtar, envuelven los facistoles abandonados, se recrean en los ambones. Fumaradas silenciosas se elevan hasta la bóveda crepuscular del cimborrio, y caen en lluvia de escarcha sucia sobre las vestiduras suntuarias de los ángeles, lustrina metalescente, y sobre los capelos y las urnas de los santos, sobre un viejo cargamento de fusiles de percusión o de arcabuces de ciclamóreas lumbres. Un rayo de sol penetra por un ventano, lame la pátina vegetal de las vetustas, venustas paredes, acaricia los almocárabes y los arabescos descoloridos de los nichos vacíos, bruñe el retablo de madera labrada del Señor Santiago, danza en la cucúrbita de cobre de un alambique, zigzaguea en el serpentín y se destila, destellante, para caer sobre el embaldosado en gotas luminosas y polvorientas. Entonces, en el silencio, nacen, surgen, vienen, se oyen, los cánticos de las horas canónicas y las fiestas solemnes: vísperas y maitines, hosannas y antífonas, que entonan los feligreses hijos de la iglesia. Pero todo esto sucedió mucho tiempo después de que aquí, sobre los restos del antiguo Gran Cu, sobre las cenizas de los antiguos señores de mantos azul turquí y sobre el polvo de sus sillas reales de piel de ciervo, se construyera el templo nuevo, y con él la gran y nobilísima ciudad que fue «Cielo de la Tierra y Consistorio Justo». Así la llamó el cronista, «por dos claras lagunas sustentada, y rodeada por juncias que crecen al son de blancos cisnes». Así habló de ella. Y con esto, los presagios se cumplieron. El viejo rey de la ínsula de Tlatelolco, que gobernó tantos años como estrellas azules aparecen junto a su imagen en el cielo pálido de los códices, no soñó en vano. Por el Poniente llegaron, por la Calzada de Nonoalco, los conquistadores rubios como espigas de fuego, encendidos sus ojos con el reflejo del oro sutil. Y los pájaros: lavancos, garcetas, dorales y buharos, remontaron el vuelo ahuyentados por el granizo funeral formado por bolaños, grinaldes y postas, para caer en la bóveda destruida del firmamento, hervidero de nubes. Después de muchos días, culminó la conquista, en el momento en que ondeó, en la cúspide del Gran Cu de Tlatelolco, la bandera de fuegos blancos y azules y cruz de púrpura, del hombre de la sogá torcida en forma de arco. Al milite que realizó esta hazaña, y cuyo tránsito por este mundo sería longevo, un rey de ultramar premiaría con la concesión de dos torres de oro en campo de sinople, y dos calzadas de agua en plata y azur. Calzadas de plata, también, y en número de cuatro, y tan anchas cada una como dos lanzas jinetas, habrían de partir después de Santiago Tlatelolco... Cuando ya edificado el nuevo templo sobre el templo viejo, sus campanadas se escucharan desde los cuatro puntos donde se erigirían más tarde los baluartes de la ciudad: la Virgen de Guadalupe al Norte, la

Virgen de la Piedad al Sur, la Virgen de la Bala al Este, la Virgen de los Remedios al Oeste. Y calzadas de azur la cruzarían también: acequias, atanores naranjeros de agua clara... Se edificó entonces el Colegio, para enseñar «doctrina, virtud y letras». Y se decoró el templo con un fresco donde se veía al Señor Santiago, jinete en un caballo albo, batallando al lado del conquistador, jinete en un caballo que lucía una estrella en la frente. La estrella de los campos. La estrella campeadora de *Campus Stellae*. Cosas así cuentan los tapices, los viejos cuadros, las estampas. Cosas de alcaldes de ronda con sus grulladas de corchetes. De pidienteros con carlangas que piden limosna, y de pobreros que a las puertas del convento, escarcela en mano, les dan tlacos en sus bacinas, y bodrio y gallofa en sus escudillas. De procesiones de lacerados leprosos con el cuerpo cubierto de manchas leonadas, que caminan tras los tablilleros que traquetean sus tablillas de San Lázaro, tras el mayoral del leproario. Y del gran tianguis de Tlatelolco. Y de fieles de lides que parten el campo a duelistas diestros en destreza que se someten a las ordalías del Señor. Y de ascensionistas aerostáticos. Y de prisiones militares: de todo esto y de todo lo que en todos los siglos ha pasado por estos rumbos. Enciende las velas del tenebrario. Enciende las marmotas que se balancean en lo alto de las picas. Haz retiñir las esquilas de los Cofrades de Ánimas, y rebombar los timbales de los timbaleros que pasean el Pendón, y retinglar el clarín de los clarineros, y los verás venir. Los verás pasar, arrastrados por el río del tiempo, por el torrente de los años que se desploma en la eternidad espumoso de leyendas. Mira: las garrochas de los tendajos son los mástiles, y velas son sus toldos flexuosos. Navegan, así, al amor de la entelequia, sobre la diversidad, la prodigalidad, la innumerabilidad de las cosas: aluviones de alubias, especiosas especias, cántaros a cántaros, jaeces de toda jaez, granos a granel, mantas a manta de Dios. Tararea una romanza un vinatero que pasa por aquí, subido en un barcal donde guarda las vasijas con las que mide el vino. Lo sigue un cortejo de horcos de cebolla y ristras de ajo, zanahorias del tamaño de un jeme. Navegan, en troncos flotantes, animales disecados: pelícanos pelicanos y alcaravanes alcanfóreos, albatros, aves de cuchar; así como espadartes, así como adives. Cuarenta frailes tumbaollas y comensales tripulan una larguísima trabanca donde campean las licoreras, las salseras, el mostacero. Se sotaventan los puestos de flores, convertidos en trajineras, chinampas o navazos eternamente enjordanados. Transcurren, con el agua al cuello, los confesandos penitenciados, caridolientes, con corozas y sambenitos, relajados reos. Zarpa de falondres el azulejero en su mágica nave de baldosas y mazaríes. El carpintero con su barca de maderas de espejuelos y de trepa, con mástiles de ébano, nogal y sándalo. Larga las velas el vendedor de islantes y rebocillos, y aquél, bordador de gobelinos y tapices en cuyos canevás, y enmarcados por diversas antemas: frascas, ramadas y desmazaladas malezas de tamariscos, rododendros y ojaranzos, se enlazan en anfibios combates leviatanes y cuélebres, o tritones y sirenas se enamoriscan. Viene allá una larga procesión de vendedores de toda especie de aderezos y alcamonías, montados en sendas espuestas grandes como barquillas de globo, o en

toneles trabucados que contienen aceitunas zorzaleñas y picudillas, estornutatoria pimienta, estragón, alcaparras, albahaca. Y el matutero evadidor de cuanto arancel, tegual o almojarifazgo existe, circunnavega sobre las ondas que forman su propio carguío de géneros: lienzos de peldefebre que se rizan como el agua; camelote que se comba, como las olas; desguayes de damasco cuyos bordados imitan alamarinos alamares; hacinas de céfiro que se vuelven cúmulos de niebla; retales de madapolán que fingen heleros flotantes sobre el pasmado azul del terciopelo; cofres de los que se desborda la espuma de los encajes de guipur.

Una niña cristalizada, en el esplendor de sus abriles y se diría que insenescente, con iris translunares y bucles de tirabuzón, descubre la cortina que cubre las ventanillas del tren: es una cortina guarnecida con orifreses, de la que penden flocaduras y borlones. La niña se asombra de ver un mar de gente que se vuelve espuma allí donde revuelan los caireles columbinos de las pelucas espolvoreadas con luciérnagas. Pasa un satinado paje de escoba, sentado en un sillón barroco de patas cabriolas, con un lampazo de filásticas con el que barre los gorgoritos y los espumarajos. Pasan también circunspectos caballeros que juegan, a la redonda de mesillas plegables, y con naipes salidos de los tímpanos de los redoblantes, al ecarté, al bacará o a la brisca. Alborotando con su ventalle de varillaje de carey a los silfos, espíritus elementales del aire, la niña ve pasar, por el cielo, averías y más averías de albamarinos pájaros tráfugas que caen a puñados, abatidos por el cansancio. Unos, caen allí donde el canfín o petróleo diáfano forma islas de agua rosarina, solmarina, tornazul. Se precipitan otros sobre naviculares libradores de balanzas nevados de azúcar. El tren ha llegado a la Rica Villa de la Vera Cruz, ruta ansarina que desembocó en los espasmos portuarios, y se ha brindado, en la fragata *Santa Isabel*, con licores eléctricos escanciados en copas ustorias: marrasquinos rubinados, absintios con opacidades de circón, vermouths color espinela, champañas opalescentes de espuma redundante... mientras las olas espaldeaban en la popa de la fragata, y cabrilleaba el agua de la bahía meciendo los bricks y las corbetas allí fondeados... A lo lejos, entre la borrina que inundaba el puerto, se escuchaba la voz de un marinero que cantaba barcarolas a las oceánides, o ninfas del mar azul. Y el tren había regresado, y traído de regreso a pasajeros asombrados, cargados a más y mejor con petacas y valijas de todas formas y tamaños. Llevaban los caballeros maletones donde guardaban gemelos de oro con naifes y pramas engastados, camisas de breña, y brandises, paletos de vicuña y de paño finísimo. Y las damas, sombrereras donde atesoraban sombreros de astracán con airones de marabú. En las estaciones y paradas, habían jugado charadas y acertijos; también a la veintiuna, con dados de marfil. Y habían disfrutado del servicio de botillería, libando mazagrán, hipocrás y otras mistelas. Pero ahora, todos ellos se pierden, ahora también son arrastrados por el torrente de los años, por la insania del olvido. Transfreta el encomendero y pitancero despabilado que si de algo padece no es de agorafobia, una red de cazar mariposas en la mano: pesca guisantes, porotos, remolachas y otras hortalizas y legumbres para el



potaje de vigilia de su navegante cenobio. Pero se ve que en dicho cenobio disfrutan de la bula de lacticinios, porque también se despacha con el cucharón grande y para su agasajo, cuanto queso patagrás, formaje manchego, mantequillas de rancia rancidez o almojábanas se cruzan por su camino, y los guarda en sus alforjas, donde sus caseosos olores se mezclan con la fragancia, a lavándula y a solitud de claustros, de los billetes de amor que las monjas le han entregado, tras las puertas reglares y a través de las rejas de los locutorios y las crátulas del monasterio. Singlan también pesacartas y balanzas Roverbal, así como lagares donde zagales y zagalas pisan las uvas; se enderrotan galces de espejos que enmarcan el agua donde se contemplan adecentadas mujerzuelas acicaladas con clarimientes, badulaques, coloretos y bijas que hacen juego con el color frescote o apiñonado de sus caras; se engolfan caramancheles y tabancos donde lo hay todo para muflir, jamar, insalivar, y por lo cual, y para satisfacer su tragonía, se entregan al almuerzo y a la manducatoria cuanto mandria y ablandabrevas habido ha por estos rumbos; boyan y baquean grandes poliedros de hielo que dejan traslucir sus secretos: bagres, lenguados y róbalos congelados en el momento en más se parecían a estrellas: tensas y radiadas aletas y barbillas; cingla, y cía, lanza en mano, el lancero marinante que acañaverea el agua; y navegan también colecciones de mariposas; cedazos que tamizan infinitamente el agua; clepsidras que le roban agua al tiempo; y pliegos de cordel; coplas de ciego; trencellines constelados; bañaderas de porcelana donde viajan flecudas peponas, pulchinelas, dominguillos y frailecitos; marquetas de cera; piedras de asperon; libros descuadernados; miel de furos; letuarios. Y no faltan gajos de banana tabasco, de cientoemboca, un barómetro, facsímiles, preseas, un gnomon, un astrolabio, levaduras pananas que son como polvos de mármol brocatel o bromo coagulado, lechos con columnas salomónicas, tostadores de café, jícaras barnizadas con savia de orquídeas, toda clase de tocino: maharrana o lardo, y el bacalao de múltiples nombres: bacallao, pezpalo, curadillo, estocafís, abadejo; que navegan, se van de bolina, barloventean, naufragan, zozobran, están a pique de irse a pique. También percebes, almejas y palinuros muertos, entre altibajos de mareas con toda la basura y el desperdicio coetáneos del mundo: setas sépticas, cinturas escapulares de palomas, cartilaginosas aletas de elasmobranquios, quelas de crustáceos, gárbulas, carniza, vainas de habichuelas, trozos de bramante, ternillas, gañiles, rodelas de butifarras, collejas que ensalobran, encarroñan las aguas para siempre jamás.

Pero la palabra se cansa. Sobrevienen la estagnación, la pasividad, la quietud, y en el áfono silencio sigilosa, implícitamente, transcurre una escuadra sinfónica de ángeles insonoros. ¿Hasta cuándo pueden seguirse el cronicón elegiaco de Santiago Tlatelolco, los diales pormenorizados, la farragosa recopilación, sin que se queden inacabados para siempre? Ya. Ya casi. El fermento inmóvil de las coliflores. La ondulación ensimismada de las hopalandas. La sed musgosa y fonje de las esponjas. Tiempos crematísticos. Arena saturnal. ¿O quizás un esfuerzo más, el último? ¿Un

último bogar por el cauce absorto de los siglos, por las olas de vértebras mordientes, agua eficaz, remos los juncos nupciales, arpa eólica la lluvia opulenta tañida por los cierzos, hojarasca cordial las hojas desprendidas de lunarios y almanaques, fuego estéril la soflama que ilumina historia y leyenda? Sí, una vez más, la última.

Para verlos.

Para verlos venir.

Míralos, allá vienen.

Tornasolada muchedumbre, que allá se ven, que aquí están: blanden falconetes flamívoros, esgrimen argénteos bracamartes o desenvainadas tizonas, y embrazan escudos relumbrantes. Escudos, broqueles, égidas, que a su vez reflejan torres, animalias rampantes y caballeros. A trompicones, entre los tendajos donde se exhiben los grasos tripicallos, el solomillo sanguinoso, las criadillas y otros restos de reses y terneras beneficiadas por jiferos artífices del arte cisoria, viene el caballero en cuya rodela refulgen los avambrazos, los guanteletes y los yelmos de caballeros afrontados en campos de argén. Entre humos que escapan por los alcabores de las cocinas de los conventos donde al amor del fuego de los llares, negros trashogeros, se escalfan huevos y se abuñolan, y labranderas perfuman el chocolate con magnolias y macazúchil, y se preparan las fuentes y viandas suntuosas: el fricasé, el almendrate, la chanfaina y las carnes lampreadas, salsa de polvoraduque, que han de llenar el hambre calagurritana de los clérigos, viene el sirviente que enarbola el repostero donde rojean las lengüezuelas vibrátiles y las gules gargantas de lobos lampasados. Y entre tenderetes donde se venden desde agujas de arria para coser costales de arpillera hasta broquetas para espetar carnes, vienen los calleros en cuyos escudos flamean las llamaradas auriglaucas que escupen dragantes quiméricos, y azulean los chorros de aguamar azulferinos que arrojan los delfines pasmados en campos de sinople, y multicolorean las caudas de espadañados pavos ruantes en campos de azur. Flordelisados, jaquelados, contrapotenzados paveses son éstos de caballeros que llevan a cuestras el arcoíris, porque son: el godo Rico Hombre del Cinabrio, el solariego Infanzón del Gutiámbar, el benemérito Marquesote de las Sepias, el linajudo Mandarín del Azafrán, el archipámpano Arcipreste del Morel de Sal y el Oro Musivo, el caballeril Condestable del Cobalto, y el preclaro Duque de las Sombras de Venecia, tales son las vivezas de sus nobles colores, de sus árboles genealógicos y gentilicios. Y he aquí que vienen, caballeros en caballos que gallardean, hacen pinturas, corvetas: unos, peceños como la pez, otros, vellorios como el vellorí, o rosillos, gualdos, rubicanes, vienen, unos caracoleando, otros al entrepaso y otros al portantillo, los dulces caballos de pospiernas, ancas aljofaradas y crines tremulantes. Aquél, enriquece con frutales cagajones al vendedor de abonos: mantillo y humus cuyos agros olores atafagan el ámbito. Éste, derriba las colodras de leche de cabra recién ordeñada. Ése, con coces recalcitrantes, rompe los frasquetes redondos como redomas y los pomos esbeltos como probetas del vendedor de glicerinas y pomadas... y los aires se pueblan de olores a alhucema, a pomarroza. Asustados, levantan el

vuelo los halcones resumbrunos y oribrunos, los gerifaltes blanquinegros, neblíes verdigrises y otras aves de cetrería engarbadadas en las alcándaras. Mientras que allá, por el río del tiempo y el torrente de los siglos, todos los niños del mundo, navegantes en cajones, carrales, escaños y sillerías incrustadas de cruces, arrojan a las aguas los frutos de la Natura: manzanas, ciruelas; esferazules y rojirredondas frutas que se hundan y caen sobre los musicantes que en el fondo de las aguas blanden sus instrumentos músicos: estival festival de albogones, oboes de metales concetuosos, mandolinas, acordeones de concertina y helicones como cornucopias de los cuales brotan sonidos frutales: racimos de alamirrés, corimbos de acordes cromáticos que se convierten en burbujas, en burbujas que encierran manzanas, en manzanas que ascienden por el agua, por los aires, y se confunden con las aves de cetrería, con las fragancias liberadas que envuelven a un sinfín de aeróstatos, naranjas terráqueas de meridianos gajos multicolores que se pierden en las nubes: olas sostenidas, o templos a la deriva.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

*(Aleluya, sílabo, cantinela y cantilena, letrilla, jácara, laudatoria que aquí termina.)*

AHORA, al final de la jornada, rodeado de los espectros de la feria dormida: el pulpo, los leones del ti vivo (zarrapastrosas zarpas rampantes), podía recordar, detalle por detalle, lo que había hecho durante el día.

Primero fue el repiquetear del despertador (cinco minutos antes tenía ya los ojos como platos, pero lo dejó sonar). Calorcito, tan temprano: eran las cinco y media del domingo 21 de agosto de 1960. ¿Dije calorcito? Rigurosa canícula de los mil canes.

El horario habitual para levantarse, desayunar, etc. Ajetreo.

Se levantó y lo primero que hizo fue verse en el espejito rectangular que colgaba de la pared del furgón.

Fisonomía cadavérica, demacrada y descolorada. ¿Estaría enflacando? Una que otra arruga. El viejazo, la bola.

Sintió el retortijón. Borborismos peristálticos de frecuencia alarmante. Los estragos de los tragos. Tenía que hacer otra deposición: la cuarta en menos de doce horas. Maldito chorrillo.

Para esto se puso la camisola. Bostezó. La abotonó. Encima, el overol de loneta. ¿Por qué no uno de los que te confeccionó María Patrocinio? No, ella tendrá filis para hacer crochet: le queda que ni mandado a hacer. Luido, el overol, abolsado y jaretas descosidas. Porque no perdonaba el cinturón. Total, casi un andrajo. A propósito de bolsa: aquí está la carta. Raro: él no se carteaba con nadie. Pero lo que es para la alta costura, o baja, era un desastre. Su correspondencia se limitaba a uno que otro memorándum o informe, boletines, que le enviaba el sindicato. A veces certificados, con acuse de recibo y toda la cosa. Pero nada más. Y venían siempre escritos en hojas con el respectivo membrete. Miento: un paquete postal le llegó una vez, cuando vivía en Cholula. Excepcional. El olor a aceite alcanforado. De la fricción de anoche. Una friega, una soba, como su nombre lo indica. La barba le sombreaba las quijadas. Piel irritada. Comprar alumbre.

Se asomó a la puerta del furgón, descalzo. Brodio. Sus pies medían 26 centímetros. Módulos. Le extrañó no ver a José Trigo. Era su pesadilla. Oneroso sueño.

Campo visual: apaisado. Sol naciente. Hemiciclo y rojura.

Y al recordar la carta, duplicado exacto de una que ya había recibido antes, recordó el discurso que tenía que elaborar. Cuartillas emborronadas, sin ilación, escritas a la carrera. Frases inconexas, alrevesadas. Mazamorra. Estaban en el ropero. No, en la cómoda. Iba a leerlo en la noche, en casa de Atanasio.

María Patrocinio dormía como una bendita. Dormilona: se te pegaron las sábanas.

Se asomó, decíamos, a la puerta del furgón. Una flama. Dibuja una curva. Cae en el agua. Ondas concéntricas. Cada vez más grandes. La bocina de un automóvil que cruza la calzada. Mujeres que caminan por el campamento, con sus peroles de

aluminio llenos de leche tibia, recién ordeñada, y vapor grueso como nieve. ¿Adulterada? Un poco. Pero pasteurizada. Método profiláctico. Iridiscente, un bloque de hielo: para el furgón-tienda donde venden gaseosas. Suave adumbración, la sombra de un nudoso árbol. En los alambres del telégrafo los pájaros anuncian el día. Collar de caracoles.

—¿Luciano?

—Duérmete otro ratito.

¿Y cómo? Si ya los niños se levantan. Dos hijas de trece y catorce años que dieron el estirón. Un hijo de siete, párvulo de kínder. Y el bebé, en su cuna. Hablando de lo de antes: lactancia con problemas, tiraleche. Mala suerte, matador. Fontanela que late, arrítmica. De allí al retrete. Trono tronitoso: los gases, en tropel. Eso sí: nunca enfermedades graves sino más bien benignas: rubéola, tos ferina, varicela. El contagio era lo normal y luego quedaban inmunes. Transpirando, leyó por cuarta vez la epístola. Letra galana. Efes y qués atildadas y cursivas. Escrita toda en tinta roja: rúbrica ilegible al calce. Por lo que anónimo. ¿Emblema de qué, la firma? Trató nuevamente de descifrarla. Inútil.

La pajarería remontó el vuelo: horda de niños con hondas y resorterías.

El chorro caliente.

—¿Está Luciano?

¿Una visita en domingo, a hora tan temprana? Perturbar el asueto, endosarle molestias. Domingo 21 de agosto: once después de Pentecostés... y diez días antes se declaró la huelga general en todo el país. Fatídica. La Junta de Conciliación y Arbitraje la había. La había. Ah, declarado inconsistente, quiero decir: inexistente, 30 minutos después. Examinó el matasellos, ahora a contraluz. La fecha era también un jeroglífico.

Mientras tanto afuera: amanecer transparente. Puestos de naranjas húmedas, cacarizas, brillantes.

—Dígale que regrese en unos diez minutos. Es muy urgente.

El color del cielo, ultrarrojo. Después, color carmesí. Vetas. «Y si te decides a discernir con cordura y ecuanimidad y a darle a tus hijos un porvenir. Una carrera profesional...» Tenía que tomar la medicina que la otra vez le habían recetado. Cápsulas. ¿Posología? Una cada cuatro horas.

Y del carmesí desvaído al anaranjado, del anaranjado al amarillo, al pajizo. Composición abstracta.

—Si quiere espérelo.

¡Un momento! ¿Sería el mismo hombre que vino a buscarlo anoche, el de la sortija, gabardina, sombrero panamá, etc.? No, la voz era de su compadre. De uno de tantos compás. Que regrese. «... piensa. Que los hombres, que han alcanzado el Éxito en la vida han sabido tomar, decisiones Valientes...»

Pajizo, como las fogatas de ramas alrededor de las cuales se juntan los vagabundos. Crepitaban discrepantes. Recalientan posos de café en latas de aceite.

Lubricante para automóviles. Dorado. Pocas minúsculas y con una puntuación peripatética. ¿Se puede calificar así? Ardor en donde ya te imaginas. Si al menos hiciera pastoso. El esfínter en el ínterin: hemorragia de almorranas con un resto de molestias inherentes. Anomalía anodina en otras circunstancias. Como cuando come uno betabeles, que sale rojo. También hay que buscar el famoso ungüento. Excipiente. Acabó de evacuar: vacuo. Suspiró. Experimentó una paliativa sensación de alivio. Capitulares caligráficas de trazo magistral. Preferible ser estreñado como su mujer. Constripada por lo general.

Al abrir la puerta del retrete, olor a manzanilla romana. Lo que le recuerda a Genoveva y la maldita reunión en la noche en casa de Atanasio. Genoveva, un cromó. Claro que hay cromos y hay cromos. No habían valido sus evasivas. La sección del Sindicato correspondiente a Nonoalco-Tlatelolco. ¿Por qué tenía que ser allí? Atanasio se tomaba más atribuciones de las que le correspondían. Nadie lo autorizaba. Además estaba retirado, jubilado, desde hacía varios años. Y además era... Pero ¿estás seguro? Sí, estoy seguro: se le atribuye que es un traidor y lo es, sin duda alguna. Pero tuvieron que ceder a su capricho. Imposible diferir la junta. Cansado de sus artimañas.

Berreos y lloridos. El bebé. ¿Chípil? Ojalá no. Sería inconcebible que estuviera de nuevo encinta María Patrocinio. Abortar. Pero es sólo derecho de pataleo. Por lo mismo, lo mejor que podía hacer era asistir a la junta. Genoveva: vagueante brisa. Sus girondulantes cabellos, llamarada.

(De todos modos no deja de ser una conjetura, una suposición: no seas figuroso ni malpensado.)

—¿Cómo sigues chacho?

A veces le decía así, cariñosamente.

—De la trompada, retesuelto.

Achacoso.

—Te vinieron a buscar.

Pero no perros y gatos, lo podía jurar, en un costal.

—Tu compadre, Ambrosio.

Ahora sí: por los campamentos caminaba José Trigo, en busca de la madrecita Buenaventura. Luciano no lo ha visto.

—Ya vengo —dijo el hijo mayorcito, polvorón en mano, y salió como una exhalación, pero Luciano lo pepenó de un mechón del pestorejo.

—Mira nada más qué chipote traes, escuincle de porra.

En la mera chirimoya, le faltó decir. Un día te vas a descalabrar. Se lo sobó y le plantó un beso en la frente. Demostración de generoso amor filial. El hijo regresó el beso. Barbear. Y también le gustaban los animales domésticos: periquitos australianos, gurriatos, perros cuzcos y gozques (tenían un cachorro que apenas pelechaba). Lo dejó ir. Chimuelo chaval deschavetado y averiguador.

—¿No van a ir a la escuela? —preguntó.

—Es domingo.

—Ah, de veras.

Desde que estalló la huelga había perdido la noción del tiempo.

Arranado en la escalerilla del furgón, aguarda. Enciende un cigarro. Aquí, ¿capulineando? No, nada de eso: tristeando. El humo sube hasta el ventano donde cuelgan las macetas. Aretillo moracho. Petunia color tabaco. Claveles albos. Flores que nunca irían a parar a un jarrón por elegante que fuera. Y el helecho pensil, de frondes peciolados. Olorcillo molesto. ¿Fuga de gas? Caos.

—Ahora que me acordaste, tengo que llevar tres pesos mañana, a la escuela.

No era colegiatura, desde luego, porque no era colegio de paga. Una contribución, modesta.

Lo ve y no lo cree: claro, allí está, no podía faltar, José Trigo. María Patrocinio, ya con delantal (se le veían los tirantes y la pechera, manchada esta última con grasa), riega las flores. Salpica a Luciano. Al Norte, el Cerro del Gachupín. Cerca de la Villa. Amarillea. Colindantes colinas. Al Sureste, los volcanes. Estalagmitas de oro. Orografía. ¿Escatimar tres miserables pesos? Nunca. Otra vez la hemicránea (jaqueca que le trepanaba el alma). «... y sobre todo. No debes colaborar: con elementos facciosos cuyas doctrinas Espúreas atentan, contra tu patria y contra la Religión de tus mayores, y que tratan de imbuir e influir...» ¿O es espurias? Tumbaburros. Luciano alza la cabeza. Sonríe apenas. Fíjate cuando te pares, no vayas a darles un testerión a los tiestos de la jardinera.

Tira el cigarro, a medias.

Apunta al lodazal. Cayó, no en el charco, sino en el chasco, por su tino de chambón. Desatino.

La reunión era en la casa de Atanasio, el suegro de Manuel Ángel, al otro lado del Puente, en el Este. O mejor dicho, en su furgón. Olor a lejía de sosa. Borragíneo heliotropo, heno cortado.

El cielo limpio. La nieve roja (en los volcanes). Unas vacas berrendas y cornigachas, tres o cuatro, pastan rumiantes con sus becerros en las casi afueras de los llanos. Herberos. Orejean. Se pastoreó con la mirada al vaquerizo pastor. ¿Estarán en brama?

Entra al furgón.

—Estaba muy preocupado.

Busca en la gaveta de la cómoda. Revoltillo: tornillos trasroscados, ligas, unas tijeras, arrequifes, apuntes. Cupones de. De todo como en botica. ¿Y la receta? A ver si en el costurero.

—¿Quién estaba preocupado?

Aquí está. ¿Y esto? Un fusible.

—El que vino.

—Ya vendrá de nuevo, no te apures.

El cuentista de su compadre y la carabina. Era muy gente, tenía don de lo mismo,

y no mal parecido. Aunque ya se le veían las lonas. Calvejez. Dizque se acostaba con su madrastra. Pero, estando en huelga, ¿lo atenderían en el servicio médico? Dedujo: Ambrosio ha de querer echarme un sablazo. Inconsecuencia. Como están las cosas no es nada difícil. Negar con energía. Resulta que la busca de la vida está de la patada. Por cierto: el regente de la farmacia debe acordarse de lo que decía la trasapelada prescripción médica. Pernos y roldanas. Pero es mala paga. «Compañeros ferrocarrileros: estamos aquí reunidos...» Mal principio. ¿No venderían machotes para hacer discursos? Calcarlos. Antes, hace mucho, cuando su madre-abuela Buenaventura era soldadera, galleta del viejo, usaba falsillas para escribir. Lo recuerda. Información documental: inspírate en recortes de periódicos y pon palabras de clisé como parvifundios, principios y normas revolucionarios, doctrinas heterodoxas y ortodoxas, así como otras expresiones análogas. Ve con un evangelista. Se sentó de nuevo a la puerta. Las campanas arrebatadas que llaman a misa. La parroquia de San Salvador de las Flores. Viejas vestidas de percal, tocadas con sabanillas. Nalgueando. Mochas, pequeñas almas pusilánimes que van a regodearse. Comparó el inicio: «Luciano, ha llegado a nuestro conocimiento que tus pretensiones dejan mucho que desear...» Ah qué las hilachas. También la madre de Perico el de los Palotes (don Pedro el carpintero), machucha comadreja. Le gusta recorrer todo el Campamento Oeste, con un velo negro que le cubre el rostro, chanclos de goma y mísero misalbrevario en la mano. Iba a una iglesia lejana, y quién sabe por qué no a San Salvador de las Flores. Alguna manda, tal vez... Tenanche. ¿O será la que recoge las limosnas, recoleta y recolecta?

—Ahi te dejo el café. No tardo.

Era incapaz de aplazar el día de mercado. Y eso que no era miércoles. Y también con su rosario de cuentas de madera barnizadas con aceite de almendras: la madre de don Pedro el carpintero. Se desvivía por morirse. Paso conventual. Más punzadas. Lo compungían. Sale la mayor de sus hijas, cuadernos y lápices de colores. ¿Tarea escolar, o a iluminar ilustraciones? Habían salido a su padre, macheteros, dóciles a la docencia, muy matados. Un pollo escarba la tierra sin decir ni pío. Nunca pasaban de panzazo. Un hombre con el rostro lleno de espuma se asoma por la puerta de un vagón. Rastrillo.

La generalidad de los genes geniales. Heredaron por universalidad y juro de heredad. O en otras palabras: padrearon, modestia aparte. A los varones los entrenaría para trenistas y serían también líderes. Dinastía de arquetipos.

Buscaba un estilo armonioso, concino. Y conciso. «... pertenecemos a una asociación filantrópica que se dedica al fomento de Hombres independientes...» Sería bueno ensayarlo frente al espejo. Tono autoritario, buena dicción. Memorizarlo grabándolo en la mente con buril. José Trigo vaga por el campamento, en busca de la madrecita Buenaventura. ¿Qué había dicho María Patrocinio cuando se fue? A lo lejos, pasa un tren de carga. Furgones anaranjados. «Thanks for use Coast Line.» Con los años, se le ha vuelto dominante el carácter. Amor y aborrecimiento. Se le ha



agriado. Sí, vidita, no, vidita, viejorra. Intransigencia y tiranía hogareña.

—¿Me das un veinte, papá?

Sí, las señas y los profes, como ellos les decían, siempre les pusieron diez de calificación en aseo. Asimismo en quebrados y recitaciones. Cuadrícula. A lo mejor tenía un tumor histérico.

No, nunca serían del montón sus críos.

Arroyos de agua jabonosa corren por los raíles. Y olor a esencia de lavanda: era el furgón más oloroso de todos los campamentos, el de Atanasio. Sus hijas, todas, hacen jabón. Para ayudarse. Dio el braguetazo, cuando se casó: capitalito y luego hijas que saben hacer dinero. Era más que sesentón: frisaba en los setenta. Sólo que se escabechaba las canas con vil tinte de talabartero. Lástima de su buen historial en los ferrocarriles, señalados servicios a diversas causas. Había ingresado a principios del siglo. Ahora, no más mérito que ser emérito acabado. Afecto a crear odios, promotor de discordias.

—¿Camisa de franela con este calor?

Pero era lo que a él, el niño, le gustaba. Al fin niño, gente menuda. La tela había encogido una barbaridad. Fájate, suénate los mocos. ¿Te vas a dejar otra vez el bigote, por Dios... era esto lo que le había dicho María Patrocinio? Pero se los suerbe, dialectalmente hablando.

O: te encargo al chiquito.

No, lo más probable: ya no tengo dinero. Y es que los efectos de la huelga ya se dejaban sentir. Estrecheces angustiosas, apuros económicos: a echar mano de los ahorros. Los cuales no eran pingües, y sí pinches. Felices tiempos aquellos en que había dentífrico para la higiene dental. Uno ha mejorado, qué caray. Bueno, sí, tenían un centenario, puro oro, recuerdo especialísimo. «... en la inteligencia que si te decides por la Fortuna, el éxito, por la gloria Terrenal y Ultramundana, debes escribir: al Apartado Postal número...» Ni aquélla era una escritura criptográfica, ni se necesitaba ser un experto en hermenéutica para interpretarla. Decididamente lo indicado sería contestar, en términos terminantes, de su puño y letra, para insultarlos, ¿qué se han creído? Entrando en materia: «Recibí su favorecida de anteayer y la estimo en lo que vale. Yo, el atento infrascrito, Luciano X, y quiero decirles que en la historia de mi misión en el liderismo no tengo un manchón que, y por lo tanto no estoy anuente a». Dándose paquete: dejara de ser ferrocarrilero.

¿Una ayudada? Más que eso: porque de hacer jabón vivían. La pensión de Atanasio les servía para nada. Coincidencia: Atanasio tenía tantos años como el movimiento ferrocarrilero. Nació en 1890, cuando se creó la Orden Suprema de Empleados Ferrocarrileros Mexicanos, el mismo año en que Buenaventura había dado a luz a dos hijos gemelos.

Ir y venir de gente. El cartero andarín con su saca al hombro. El panadero, canasta sobre rodete o cabecil de lienzo sobre la cabeza. Pero no el que debía venir. Bolillos tostados, teleras, rosquillas (y empanadas con repulgos).

Cuando cerró los ojos para limpiarse las pestañas:

Un olor a jabón de resina. Intenso olor a colofonia (brea seca).

Y es que pasó el tarado del albino junto a Luciano. Piel de corion. Cuando los abrió, anda vete.

Sólo un guajolote pavisoso, carúncula temblorosa, al que espantó. Despavorido. Metempsicosis.

Luciano escribió:

«Una sola organización poderosa y eficaz que sustentando una doctrina propia e invidisible, idénticas tendencias...» Esto no era suyo. Lo había leído en alguna parte, y ahora lo recordaba. «... y análogas aspiraciones.» ¿Dónde? Congreso. Cuarto. Sí, Cuarto Congreso Ferrocarrilero. El acta. Atanasio tenía una copia fotostática. Junto a la fotografía donde estaba él, señalado con una flecha. Jaboncillo de sastre. Como te decía, el suegro de Manuel Ángel, jabones transparentes, fue pasacarbón, jabones de glicerina para los días de fiesta, luego fogonero, jabones de resina para lavandería, y como había aprobado sus exámenes de combustión, transportación y maquinaria y sabía al dedillo las reglas de enteros, olor a mimosa, ascendió a maquinista.

De los basureros, boscajes de ceniza, tolvaneras claroscuras.

¿Será él, Ambrosio? No, era José Trigo, para variar

Y siempre había lamentado no casar a sus hijas con los hijos de Buenaventura. Doce hombres. Doce mujeres. Pero sí, allá viene un colega. Debe de ser él. O debe ser él, sin el «de». Pero el menor de los hijos de Buenaventura ya era cuarentón. Y además era albino, un retrasado o retardado mental, como se diga.

¡Mira que tener doce hijas después de los cincuenta! (Atanasio.)

¿Y por qué no tomar párrafos íntegros del acta? Idea ideal. Pero él no tenía la mentada acta: «... que lograra la cohesión y la fuerza necesarias para estar en condiciones de ejercer mejor los derechos de los trabajadores...» Preponderante.

Y la mayor de las hijas de Atanasio tenía si acaso veinte años. Genoveva. Blanca como la espuma, sangre de drago. Es única.

—¡Luciano! ¡Luciano! —superagitado, desemblantado.

—Cálmate, ¿qué pasa?

—Figúrate (y esto Luciano lo recordaba palabra por palabra, letra por letra) que anoche (porque si algo sucedió que fuera el principio del fin, era eso) chocó el tren de pasajeros que iba a Laredo (eso y todo lo que vino después) con dos locomotoras (que nadie pudo detener) estacionadas en una curva.

Enmudeció. Casi nada me has dicho.

Hacía media hora, o cuarenta minutos cuando mucho: el busto ardiente de María Patrocinio, sobre las flores del ventano. Sacudidor. No echas polvo. Trastes en: fregadero por nombre de pila. Piedra pómez. Dolor de cabeza, sí, pero ácido acetilsalicílico, febrífugo coadyuvante y para mitigar: toco madera. El nene, en la canastilla. Chambras. Te hago coquitos con tal que hagas la meme. Ubreras por el chupón. Barre que te barre: el recogedor. Sus otros hijos. Lidiar con ellos. Luego ella

al mercado. Apuros económicos, ya lo decía yo. Los precios, un robo. Quedó también antedicho. Y fluctúan tanto. Si fuera posible congelarlos, un bajonazo, desbaratarlos. Acabar con los intermediarios bandidos. Pero omnívoros, era una ventaja: frijoles o pollo. Cuestión de régimen alimenticio. La carta, por supuesto, pero le venía guanga. El chorrillo, claro, también. Un chorro. Pero las cucharadas, ¿o eran trociscos, grajeas? Antipático, como todos los medicamentos. El calor de la noche, chicharras, achicharrante. Pero templado en la madrugada. Y las maniobras de Atanasio, natural. Pero la huelga se ganaría a fuerza.

En este momento, media hora después, o cuarenta minutos, todo esto se venía abajo. Automáticamente. Ahora sabía por dónde iban las cosas, y por donde irían.

—¿Y qué, no dices nada?

Sí, tenía mucho qué decir. Entre otras cosas: ronchas, ejercicios, braguero, botellón y otras minucias. Porque todos los problemas que antes no tenían importancia: tener una roncha porque le picó una chinche, extrañar los buenos tiempos en que hacía ejercicios calisténicos todos los días, recordar que el niño necesitaba un braguero porque tenía hernia umbilical —onfalocele—, y pararse a tomar agua porque la cagadera lo había deshidratado, todos estos problemas, ahora que un tren de pasajeros había chocado con dos locomotoras estacionadas en una curva, le pesaban todos juntos, y no uno por uno. Estaba más para guardar cama que para preocuparse de la huelga, carajo. Longanimidad, paciencia, no seas descontentadizo.

Un burro cargado con dos tercios de heno.

Una niña feúcha (muñeca al canto con los pies de trapo y los ojos al revés) se desliendra, macilenta; en estos lugares, la anemia es endémica.

Otros se mueren de tisis galopante.

Cielo color de ópalo.

Acidia.

Abulia.

Las afecciones que le faltaban para acabarla de amolar: tener amígdalas grandes como almendras; padecer astenia por causa de no solitarias ascárides; tener escozor de herpes o de serpeante y chincualero salpullido; un uñero en la uña (o sea un pleonasma); que lo aquejara una infección en los bronquios, de difícil diagnóstico; concreciones renales; estar diabético; tener carraspera y latosa tos contumaz; una úlcera en el duodeno, o el colmo: un colmillo cariado con su correspondiente postemilla y consecuente pus.

Quién estuviera en una hamaca, bajo un palmar, en la playa... merluzas de mares lúcidos y migratorias aves que portean.

—¿Y sabes a qué le olía la boca al ferrocarrilero que fue a buscar a Luciano?

—¿A qué, tú?

—Al agua donde se pudren las flores: a jarrón de camposanto.

Luciano se levantó.

—Vamos al puesto de periódicos.

Camposanto: esta palabra le recordó a José Trigo y a Eduviges cuando pasaron rumbo al panteón. Capirotada, la fosa común donde fue a dar el niño. Ella, con su timba. Estaba de cuidado.

«A fin de que los trenes puedan dejar una vía y pasar a otra, es necesario romper la naturaleza continua de éstas de algún modo. El dispositivo por medio del cual los trenes son desviados o pasados de una vía a otra, es conocido como CAMBIO.

»El nombre de árbol de cambio se le da al dispositivo adecuado para la operación manual de un cambio. El conjunto que forman el cambio, el pedestal, el sapo y las partes accesorias del equipo así como los durmientes del cambio, es conocido como UN JUEGO DE CAMBIO.»

Mientras caminaban, rumbo al puesto de periódicos:

Nubes de alcanfor sobre un firmamento color pólvora: cielo celuloide.

Niño trepado en un árbol.

Sabor de camposanto... Un chiquillo limpia un blanquillo con papel de lija. Güero el niño, huero el huevo. Pasa un hombre con una botella: agua de sifón.

Y girasoles, girasoles: se transfloran.

—Luego dice algo como: «... para obtener el respeto más absoluto de sus postulados y conquistas...»

Un refrito. Pero el frito eres tú.

—¿Qué cosa? —le preguntó su doble compa: compa por compadre y compa por compañero.

Ya en el puesto de periódicos:

Monstruos antediluvianos en las portadas policromas. El afilador, jinete de un solo estribo. Mandil de cuero. Lanchas gasolineras. Propelas para propulsarlas. Por la calzada: una sonadora apisonadora. Consonancia sobre el asfalto de casquijo. Y una gitana, zarcillos lunados, atezada tez.

—Eso dice el acta del Cuarto Congreso Ferrocarrilero. La tiene Atanasio.

Resuello de buzo. En efecto, Atanasio la tenía en su álbum, junto con sus estampillas. Seguramente antes de empezar la reunión volvería a hablar de sus fotografías, de sus timbres, del número 13. Enciclopédicos conocimientos del número 13 en relación con los ferrocarriles. «En 1850 se abrió al tráfico el tramo de Veracruz al Molino, 13 kilómetros.» Un trinchón.

Pagó el periódico. El cambio. Lo miró por encima. A ocho columnas: «Sabotaje en los ferrocarriles» (se imaginó el titular). Falaz. Plesiosaurios. Iguanodontes. Dobló el diario y se lo puso bajo el brazo.

—¿Qué dice? —le preguntó el ferrocarrilero.

—Nada, no ha salido la noticia.

Cólico. Ni te aflijas ni te aflojes. El filván, polvo de estrellas. Hojea una revista: astronautas, cohetes teledirigidos.

—Préstamelo, carajo.

¿Comiste gallo? Se lo dio. También, hombres de trenzas azufradas. Azufradas. La historia ilustrada. Biblioteca estudiantil. Otra más: lorigas y corazas, cotas de malla. Detallista. ¿Quiere un cuento? La iglesia de San Salvador de las Flores y, más allá, el caserío.

Antropófagos y mujeres nudistas.

—Mira lo que dice aquí —diría al día siguiente el compadre—: «Un muerto y numerosos lesionados».

El voceador:

¿De futbol? Guardametas con rodilleras blancas. ¿De atletismo? Atletas bronceados, con banaderas. O: esgrimistas con floretes, encaretados. La gitana, refajo de bayeta, otra vez.

Y de regreso del puesto de periódicos:

Genoveva, pensaba Luciano. Sale de la espuma. Afrodisiaca. Y de vez en cuando oía o creía oír algunas palabras sueltas de lo que Ambrosio diría a la mañana siguiente, o esa misma tarde: Viajaba. Aceite de lináloe. Ténder. De citronela. Instante. Mimosa y geranio. Víctima de la artera felonía. La versión lógica de un periódico reaccionario. Cochinada.

Lo que debió imaginar completo: viajaba en el ténder y murió al instante, víctima de la artera felonía de sus compañeros.

Pero ya cansado de lo mismo:

Se refugió en el «si»: si esto, si lo otro...

Si ese día que había amanecido con nubes aleonadas y cárdenas. Una que otra. Girasoles que se transfloran en el ámbito cargado de iones invisibles, bochorno, ventolinas, calma chicha; más ventolinas:

Si se enjugara el sudor de la frente, le doliera el estómago, la quinta vez: tal parece que le dieron palmacristi, ruibarbo.

Si en el ciclorama del horizonte, algunas nubes, algunas cuantas...

O si casualmente llegara el mismo ferrocarrilero a echar una parrafada con él, a decirle:

—Oye, Luciano, te vine a buscar.

—En qué puedo servirte.

Un sol adusto, locomotoras que se derriten.

—Pues verás: necesito como veinte pesos.

¿De cuándo acá la desempeñaba de prestamista?

Ruedas de mantequilla. Crisol: los rieles corren como ríos de plata líquida. Eludió la directa indirecta. Unos niños, con escafandras de luz, jugaban al burro. Deseos de emularlos sin más formulismos.

—Oye, ¿que chocó un tren de pasajeros con dos locomotoras?

Dándose cran.

—¿Que qué?

¡Flétate! Acabarían peleando, claro...

—Como lo oyes.

—No hombre, lo habrás soñado.

Moquetes hasta sacarse el mole. Unas muchachas fumigaban los camastros desarmados.

—¿De veras no?

Desenchinchaban, bochincheras.

—Me cae. Pero no me cambies la conversación... ¿Tienes veinte maracas que me facilites?

Su esperanza se elidió.

Pedigüeño que no se cohibía. Pero se los ha de emprestar, y de buen talante: no le gustaba mezquinar favores. Él, que tanto se prodiga a los amigos, y tanto de su precioso tiempo les dedica.

Retraído en el retrete, Luciano se muerde las uñas. Manía de siempre. Los dedos como baquetas. Y a falta de papel higiénico, con la página de un suplemento. Novelones por entregas. Luego, con una pizca de algodón... Esos pobres gitanos llegaron aquí hace unas semanas, y ya los quieren correr. Camino al puesto de periódicos saluda al fontanero. Llaves inglesas. Soldadura autóctona. Perdón, autógena. Cautín. Desdobla el periódico. Nada importante. Vacas envenenadas. No con trompillo: con escoria tóxica depositada en los taludes de los ferrocarriles. Máxima temperatura en México, ayer: 32; Veracruz 37 y Acapulco 35 grados centígrados. Salida del sol, en México, 6.01, puesta 19.07. Con razón. Clímax del clima extremo, sin variaciones de consideración. En la revista *Ferronales*: ¿Sabía usted que los calabozos de San Juan de Ulúa en lugar de barrotes tienen rieles viejos? Meteorismo. Yervas secas, quemazón, lenguas, fervor y agobio. Sí, problemas tribales nada triviales los de esos cíngaros. Dicen que son medio médiums y que saben de proféticas predicciones.

Entonces, optimista y emprendedor, mientras María Patrocinio preparaba un óptimo y opíparo desayuno, viandas a pasto. Las gallinas huevaban por gruesas huevos ya no con galladuras, sino saludables a cual más, mientras él huevoneaba. Volvería a su discurso o proyecto de. Con un lápiz bicolor (roji azul), subrayaría, sería específico, haría hincapié, compaginaría, copiaría de la ya conseguida acta, literalmente y a discreción, frases de nervadura (era una posibilidad): «... establecer para los asociados seguros de vida, de invalidez y cesantía, resolver el problema de la educación de los hijos...» No lo que se dice un plagiario. Además: ¿quién iba a compulsar su discurso con el acta, si sería oral el primero y sin quien lo tomara en taquigrafía? O buscaría símiles, ahora hilvanados. Cerebral: pondría a trabajar desde el cerebelo hasta el bulbo raquídeo. E interpolaría a su criterio pasajes de su propia

invención, escritos a conciencia, nada de al aventón. Con gracejo. Si fuera preciso, tacharía aquí y allá, puntilloso, hasta que quedara intachable. Sin garabatos. Así lo haría, mismamente. En un todo orgánico. Recapitular. «Es manifiesto, es evidente. Un escrito a los periódicos, pliego de peticiones, pasquines en las estatuas...» Todo esto diría. Y luego frente al espejo, narcisista faceto, a ensayar los gestos, los ademanes: Haz de cuenta que: «Si nosotros cedemos un ápice» (abre bien la boca). «Si claudicamos ahora» (levanta el dedo índice). «Si no nos mantenemos firmes» (cierra el puño). «Si esto, si lo otro...» Abundar en estas expresiones, ser autoritario. Pero eso era un sueño. Se veía a sí mismo: enflaquecido, la salud minada. Y limitado por sus canas, que no por estar en las sienas eran temporales. Cuando llegues a una edad propecta, más pliegues que una guayabera. Eso era la verdad. Lo demás, un sueño. Asimiló su imagen, asombrado, y desistió.

—¿Qué tantas muecas haces en el espejo?

Y arrumacos:

Se volvió. Sonrió. De la gimnasia, a la lechosa magnesita. Los años no pasan de oque. El titi. Pero aún podía enhebrar una aguja sin anteojos.

—Carajo, ¿quién te entiende? ¿Ahora de qué te ríes?

Hacía hambre. Así como hace frío o hace calor. Flotaba en el ambiente. Para engañarlo, se dirigió a la polca: vaso, botellón, plato, y se sirvió... pero no, siempre agua no, mejor leche. Agotó el vaso de una tragantada prácticamente. Deglulglutió por el gañote.

Del esófago al estómago.

Adipsia.

Lab.

(Y el cura de los cristeros, ñoño, usaba una salvadera con marcasita para secar sus escritos.)

Cuajada.

Eructó: ¿desprendimiento de hidrógeno?

Llegarían entonces a la morada de Atanasio e hijas. Retratos de sus antepasados en la pared. Genoveva, ¿inconquistable?, irradiaba gracia. Milagro que está, ella tan callejera, tan salidora. Su cabello, laticauca, sobre los hombros: lava lábil. La primera locomotora que se construyó en México: 1913. ¿Pero se construyó?

María Patrocinio se acerca y le toca la frente.

—Tienes un calenturón tremendo.

Insolado por la asoleada.

Entre otras fotografías, la de los desposorios de sus más cercanos antecesores, tocayos. El contrayente, jactanciosamente metido en un chaqué, sentado, barba a la pimentela. Y la contraída de pie, nada desagraciada, el velo no flámeo cubriendo los hombros de su esposo: velación. Llegarían, digo...

—Te voy a dar una limonada caliente con aspirina.

Molona y benévola, puso en ejecución su amenaza. Pañuelo mojado en la cara:

sudario.

Y Geno, palidez lunaria, les diría: «Tomen posesión de su humilde casa». Pompas de jabón. En una bandeja: ¿Gustan una copita? Jerez.

—Oye, si quieres acuéstate un rato y luego regreso.

Entrarían al furgón. También, un daguerrotipo: hombre cano con patillas de chuleta (el inventor de los frenos de aire). Parientes y marientes. Xilografía en miniatura: «Doy gracias a...»

Sí, se acostó. No era calentura de pollo ni mal de perrera. Ambrosio el prestatario dijo que lo esperaría «por allí afuera». Le deseó un pronto restablecimiento.

Y se imaginó, pensó, fantaseó y soñó varias cosas. Entre ellas: un escritorio, antiguallas, un pisapapeles y papel secante, un tablero de ajedrez, una carpeta, tabaco curado con manzana. Todas estaban en el furgón de Atanasio. También recordó (o recuerda, mejor dicho, ahora que está en la feria: tigres de pezuñas verduscas, pesuños negruzcos): que cuando llegó al furgón vio a tres o cuatro de las hermanas de Genoveva sentadas en el techo: unas, hacían pompas de jabón; otras, cantaban. Bueno, cantar cantar, no. Pero al menos trémolos y gorgoritos. Genoveva los recibiría, iluminada por el farolillo con pantalla tulipa verde-amarillenta que colgaba del socarrén, arriba de la puerta. Su carne tiene (tenía), tendría, el color de la lama. Un no sé qué, ¡pero con un aquél!

—Pásenle, mi papá no ha llegado todavía.

Entonces ¿para qué los citó? Entonces ¿para qué toda esa caminata (al llegar al Puente se había desviado), y la carpa de mala muerte (la «Carpa Buenavista» con sus jamonas robustas llenas de bodoques y aplastadas carnosidades, etc.) y todo?

Pero pasaban al interior.

—Tienes casi cuarenta grados, si no fuera por unas décimas.

Si me apuras, los cuarenta.

Una infección nada leve, por lo visto. Pero sí aleve.

Y asimismo, por lo oído: «Niñas, a ver si dejan de jugar y bajan a ayudarme». Era la voz de Genoveva. Unas pompas estallaban en su cara. Otras, en su vestido aceitinado, pátina del tiempo. La cobra recobra su piel. Otra, quedó viva en su cabello por unos instantes. Parece que acaba de salir de un estanque. Genoveva, hija de Atanasio. Todavía mojada.

Pasaron. En la pared del furgón, iconografía. Ya mencionada. Cruzaron. Frente a la puerta de entrada, una salida (vano con cortina de sartas de caracolillos) que daba a un traspatio.

—Perdonen el tiradero, las fchas.

Cimbrón: seguía indispuerto. ¿Dónde había quedado su euforia, su facilidad para resistir las enfermedades, su apatía? Vitalidad perdida. Sesenta y ocho kilos peso neto.

Un emperchado circunvalaba la traspuesta. Parte de ella, techada con láminas. Gran escándalo cuando llueve, pero sirve para guarecerse. Asubiarse. Y pailas



espumantes. Si no viniera con Manuel Ángel... Un 13 de diciembre (1920), se inició el Primer Congreso Ferrocarrilero de la República.

Y es que Manuel Ángel se le había juntado. No conforme con esto, lo indujo, lo obligó a ir a la carpa:

La voz de María Patrocinio: ¡Niños, a comer! Hora del pipirín. Soñó, jetón. Siesta a la hora sexta: buenas dormideras. ¿Cómo decían? A comer, a comer, soldaditos del cuartel. Inhalaciones. ¡Cómo, si lo que tengo no es sinusitis! La luna es un queso. Las estrellas, tapioca. Gastronomía. Un antiflogístico. Y en una cazuela, pájaros cociéndose. Las mujeres del burdel de Tlatilco, desnudas, salían a pelear con los granaderos.

Se despertó, con palpitations, ya convaleciente, rascándose como desesperado. Comezón de picaduras. Se lo comían los culícidos mosquitos. Se acordó del discurso, de la carta y de José Trigo. Fijación mental, prurito. Mejoró el humor, con todo y una tortícolis que faltó incluir entre lo que le faltaba.

«El extremo superior del eje vertical o vástago de todos los tipos de árboles de cambio tiene la forma de espiga para que enchufe en el agujero de la lámpara de cambio. El alvéolo es construido de manera que la lámpara no pueda ser colocada en el árbol más que en una sola posición, apropiada para dar una correcta indicación de la posición de las agujas de cambio.»

Su cosmogónico y metafísico recorrido, narrado de lance en percance:

Sin más ni más, sin hacer ninguna clase de preparativos, a sabiendas de que no tenía por qué hacerlos, salió de su casa en la sobretarde, pasadas las seis, sol encáustico en la cóncava comba del cielo, y ciento ochenta minutos antes de la hora en que estaba fijada la reunión. Hacia el Norte, una chimenea: El Talismán. Es lo que necesitaba. Pasó por el furgón de Buenaventura: su jefa putativa aunque no autora de sus días, pero que tanto lo había querido. Como decía siempre ella: «O todos hijos, o todos entenados». Su corazón, acerico. El viejo Masiosare allí. Tan carcamal que ya debía tener choznos. Y palomas sisellas, zuranas. Carro-Escuela Artículo 123. De enseñanza primaria. Acondicionado en el Taller de San Lázaro. Llegó a la bocacalle: humilladero o ermita (nada yerma) del bulevar de Camarones, seto de troeno, gusanos azotadores, algunos cedros y un árbol de hule. Exvotos cardíáceos y otras ofrendas. Ensiformes gladiolas marcesentes. Dobló a la derecha. Pasó al lado de un camión con garrafones de agua Electropura; vio a un motorista de tránsito, tamarindo mordelón, que discutía con el chofer. Turbamulta de infracciones, en esta esquina, a los imprudentes que infringían. Moto inmóvil. Y volteó luego a la izquierda en la Calzada de los Gallos. Antes desde luego, al pasar frente a la parroquia de San Salvador de las Flores y porque no era descreído ni dejaba de ser católico apostólico romano (ya que así lo decía su acta de bautizo), se persignó con la debida devoción. Lastre. No pensaba morir inconfeso. San Cristóbal, patrón de los viajeros, lo vio

desde su nicho a la intemperie. Luego, cuando principiaban las fábricas que le recordarían a Genoveva, lo abordó un contrahecho pero a la vez rehecho mendigo que lo siguió un buen tramo. Perfumería Castillo (frente a la sucursal de Fulánez y Sucesores, tienda de abarrotes y ultramarinos, fayuca, y Mi Esperanza, bonetería y mercería), donde elaboraban entre otros productos, el Jabón Gu-san-i-llos, el Detergente Fácil y productos de tocador. Alta verja. Cerca del encintado de la acera, línea desaliñada, dos niños jugaban canicas, chiras. El mendigo lo seguía. De a devis. Pasó por la calzada una carroza fúnebre coronada con mortuorias guirnalda, olor a gardenia, precisamente cuando iba por la Fábrica de Jabón La Luz, en Cedro y los Gallos. Vulcanizadora. Neumático pintado de blanco, salvavidas. Se componen llantas desconchinchadas. Allí, el mendigo desistió. Ponchaduras. Sellos herméticos. Rota así la metódica ruta de rutina, quizás por hacer tiempo o por matarlo, o bien porque por la Calzada de los Gallos (que de un momento a otro dejaría de llamarse así para denominarse Calzada de Nonoalco, cuestión de toponimia), pasaban colegialas cloróticas con tobilleras de popotillo y mocasines, bártulos en los portalibros, edad de la punzada, así como rondallas de estudiantes rapados que les hacían la ronda, siguió adrede y pasó por Geigy: yerbicidas, insecticidas, raticidas, etc. También fungicidas y la química responsable que funge como tal. Administración de Correos Número 25, que le trajo a la memoria la carta. La sacó. Escrutó por enésima vez el sobrescrito. Dicho sea de paso: hay que aclarar que aunque el guarachudo mendigo le pidió ayuda con mucha cortesía, lamentó mentársela. Méndigo ojete. Y es que Luciano era de por sí humanitario. Debía estar zafado, loco de remate, el pidientero ahuízote. Estornudó. Tan fuerte, como si hubiera olido árnica. Restaurante, o peor dicho: fonda donde los oficiales de los granaderos comilitones con sus conmlitones. Modales cuartelescos. Volteó en Ciprés, a la izquierda, y llegó a la Crisantema. Punto de axil intersección, crucero crucial. Un camión atravesaba las vías en ese momento, cargado con ganado vacuno, cuadrúpedos cuatrapeados: al matadero. Hecatombe. Luego, a los frigoríficos del rastro, y ni rastro de tan toriondos animales. Topes. Pero no tope-borrego. Siguió por la Crisantema, hacia el Este. Desigualdades del terreno. En cambio, por donde todos pasaban, la pedacería del balasto, embutida, semejaba labor de taracea. Trébol, Pino (donde Pedro el carpintero andaba como Pedro por su casa), Azuela y Olivo: un vaporable tubo levantaba desde el suelo su protuberancia. Petróleos Mexicanos, Crisantema número 13, Zona Postal 4. Terrenos propiedad de la Nación. Allí estaba el Puente de Nonoalco. «Cuidado con el tren — 3 vías», y un semáforo con siete luces rojas que formaban una T. Tres horizontales y cuatro verticales. Entonces, contra su costumbre, no cruzó el Puente. «Termina NX — Atentar contra las Vías de Comunicación está penado por la Ley.» Y si no lo hizo no fue por no pagar el pontazgo que le exigía su marchanta, la vieja que arrinconada bajo la sombra de las arcadas, si es que podían llamarse así, vendía rebanadas de cilindricos pepinos, de cónicas piñas de astringente sabor y de sandía de jugo color de sanguaza. Sandeces que se ensandilla uno. Siempre le

compraba, pese a lo carera: una sombrerada, dos. A veces también jícamas, o toronjas: cidras globosas. Multicolores sobre una alfombra de berros. Disfrutar. Tenía tres perros la marchanta: dos mastines mansejones y un falderillo de pelaje bermejo, hirsuto, que lo siguió un trecho. Hocicadas. Bajo el Puente, los barrenderos guardaban sus botes. Cascada de cáscaras, cascós, cascajo, cascote. Y aunque parezca mentira había también, bajo el Puente, una milpa. Mazorcas. Así que dejó atrás las calles con nombres de árboles y flores: Sauce, Níspero, Laurel, Crisantema, Trébol, Nardo, Bugambilia. Y se dirigió hacia el Sur. Antología. Pero antes: en el Puente de piedra, cuadrivio, epicentro, se le unieron unos allegados valedores y aparceros, pusinescos, incoloros, pigmeos, que caminaron tras él. Primero, casi en fila india. Luego de dos, de tres en fondo. Sin entablar conversación, sólo para: uno de ellos, barbado y bizcorneta (estrábica y estrambótica mirada extraviada), traía una botella nalguera. Mezcolanza de mezcal y otro destilado. Échate un tancuarnís. No. Uno no es ninguno. Bueno, uno. Vete en el espejo de tu padre. Y otro. Asedio por sed. Dos son uno: ditirambos. Y otro y otro fogonazo. Ni uno más. Voluntad diamantina, de carborundo. Baboseada, la botella. No era asqueroso. Pero si no hay quinto malo. Quintos, las vírgenes. Pese a eso, bebió. Licor, poción, dulce tormento. Se reanimó con el reconstituyente. Y se guardó la botella en el bolsillo, asentadera izquierda. Ya no muy en sus cabales, sino a medios chiles. Pasó (pasaron) por la nueva y bella, monumental estación de Buenavista: losas verdes, marmorosas, nemorosas. «Inicial A, kilómetro O, llamada de telégrafo M, Zona de Pago 3.<sup>a</sup>.» Dobló a la izquierda por Héroes Ferrocarrileros de la Revolución y de nuevo a la izquierda, por Rosáins, hasta llegar a la Central de Energía Eléctrica de la Compañía Mexicana de Luz y Fuerza Motriz, donde transformadores de miles de kilovatios fabricaban el ruido del mar. Solenoides. Y cinco enormes chimeneas: plurales columnas incólumes de singular estilo. Saludó al celador, amigo de la infancia. Encabezando el paseo. Gato sarnoso se escozaba contra un poste. Electrocción. Entre sus inseparables acompañantes figuraban: Hipólito Caballero, Ciríaco Domínguez, Filiberto Llamas, Armando Valente, Bernardo Guerra. Dudó: si seguir de frente, o voltear en Mercurio o en Saturno, dos calles curvas como la ignominiosa, innominada calle de las letrinas al aire libre que desembocaba en Tlatilco. ¿Recuerdas?, la del hedor abrumador, abromador, y así mismo longitudinalmente atravesadas por sendos pares de vías. Era completamente optativo. Se inclinó por el camino diagonal, sesgo sosegado, y cogió por Saturno. Por lo que tú gustes y mandes. Al llegar ¿a Estrella? ¿o Marte?, se acordó del burdel al que tanto iba veinte años atrás, haciendo caso omiso de consejos de amigos y parientes. En Marte y Zaragoza estaban las Fábricas Unidas de Hielo, grandes bloques y regaderas en la azotea. Frío cortante, de filo de obsidiana, aire polviento. «¿Congestión nasal? 666.» Pomadosas pomadas, gotas de aplicación varia. Otro camión, este materialista, de redilas, cargado con un rático de cosas. Lona alquitranada. En ese burdel había conocido a la mujer que había hecho nacer una gran pasión en su corazón, y por la cual tuvo que dejar (entonces creía que para siempre)

los campamentos de Nonoalco-Tlatelolco. En un poste de luz, un electricista componía. Esquina de Nonoalco y Zaragoza: Fábrica de Zapatos Eclipse. Rasante irregular, calle con hoyancos y baches pero practicable sin embargo. ¿No es «eclís»? Falta de ignorancia (debida a). Dejó los campamentos porque el hijo de su madre de su padre, a raíz de sus primeras incursiones en la política sindical (las de Luciano) por sus propias pistolas lo expulsó. El Sindicato, semillero de anarquistas, comunistas, etc. Éste fue el móvil aparente, falso de toda falsedad: a las pruebas me remito. Y él se fue, a Cholula, y se desvinculó de sus progenitores por casi un denario de años, ya que según el cuarto mandamiento del mismo, o sea del decálogo, honrarás a tu padre y a tu madre: y eso era el evangelio, la biblia. En la Calzada de Nonoalco, un establecimiento de baños turcos. Caldarios goces balnearios. Prisioneros. Tubos de calefacción y vapor a pavor. Casa con un letrero: «Se solicita Criada con Recomendaciones». Molino de nixtamal. Tortillería. Las echaban, calentitas, en el tazcal. Albarrada que rodea a todos los campamentos del Este. Extramuros. Y los rodeó él también. Dejaba atrás las calles con nombres de astros y planetas: Saturno, Mercurio, Sol, Vesta, Sirio, Luna, y la otra: la de Marte o de su mala Estrella, cual fuérese. Asterilegio. De la tierra al cielo. ¿Y luego? Llegaba al Jardín de Santiago, la Prisión Militar, el Colegio de Huérfanos, el Dispensario Clínico Franciscano — Consultas Gratuitas. Lo que le recordó varias cosas: y no sólo doctores con estetoscopios, sacamuelas, barbiquejos, sino también gatillos y el raigón al aire. Se despidió allí del cortejo. El Templo del Señor Santiago, señoral santuario. Nuevo signo de la cruz. Más fieles oferentes. Hechura cérea del Beato Sebastián de Aparicio. Lejos, sus reliquias. ¿Cuándo lo canonizarán? Cosas, quizás, de los promotores de la fe. Retablos. «Yo sigo solo», dijo a sus cuatachos pajunos y acates. Separándose: «Nos vemos despuesito». Vidrios al rayo. «Sí, al ratón.» Tomó un merecido descanso. «Zona Arqueológica.» Ruinas primigenias de antiguos templos. Atavismo, avatares. Aquí se ocultan los tesoros que la gente vendrá a buscar algún día. Sin tejón de ojos verdes. En esa soledad, rememoró. Sentóse en un pedrusco medio puntiagudo y más o menos sentadero. Incómodo, polvoriento. Fayanca. Había muchos en hilera: litoral. Allá, lejos, los descargaderos parecían dárseñas, escolleras. Y los trenes, buques derrelictos. Sus más lejanos recuerdos: los primeros en el más mero sentido. Charcos con lentejuelas: chilacastle o lenteja de agua, y hierbazales. Los furgones, abarloados en los varaderos. La tierra, arena aurífera. Una rana, batroac, croac. Luego saltó (la rana, no Luciano). Desde las cúpulas de la iglesia, a las frondas del eucalipto que crecía en el altozano, las palomas de castilla, empalmadas, se columpiaban. Se columbiaban. Vuelo inaugural de la noche cargada de agüeros. Ah, cuando yo timonee todo el Sindicato, no nomás un sector... Megalomanía. Vio el lucero de la tarde, véspero, y alentó un anhelo. Entrañaba dificultades, pero no faltaría quien le diera el espaldarazo. Distinción por sus distinguidos, etc. Y sátrapa en el pináculo de la fama, según horóscopos.

Fue allí, junto a las ruinas del delubro, donde una sombra se le acercó. Era

Manuel Ángel, arrogante, principesco: la divina garza capeada, y a la vez corroída por la envidia. ¡Buena hipoteca! Tela adhesiva en la frente. Mortificación traumática color violeta de genciana. Una vez más los antónimos coincidían, convergían. ¿Traería consigo su sicario puñal, su dolabro? ¿Se encontraba Luciano ante un eminente brete inminente?

Pero olviden por un momento el pique, el rancio rencor. Lo invitó al bataclán. ¿Ahorita? Anahora, sí señor. «Falta todavía para la junta y dentro de diez minutos empieza la función, ándale, no te hagas» (del rogar). Dubitación. Manuel Ángel se entercó. Y Luciano se dejó encampanar, se sintió comprometido mal de su grado, aunque era dueño de no ir: cada quien hace de su culo un zumbador. Pero un remiendo a la vida, una canita al aire... Se levantó. En la piedra quedó la huella de sus aposentaderas.

Caminó, según recuerda, no al lado de Manuel Ángel, sino un poco atrás, arreado, despacioso. Y Manuel Ángel, a cojopié todavía porque el tobillo siempre le quedó algo envarado después de la famosa luxación, se volteaba a cada rato y le decía: «Ándale, no te atrases», y entonces Luciano apresuraba el paso para alcanzarlo. Hasta que al fin, después de que esto sucedió muchas veces, su rival lo antecogió. Más seguro más marrao. Dolor de ijadas. Llegaron a la pobretona, infecta y de medio pelo carpa que cada verano llegaba a Nonoalco-Tlatelolco para presentar una temporada: venía puebleando con su carga de histriones y coristas, cachivaches y disfraces de repelo sucios y desgachados. Tandas de a \$4.50 y de mucho impacto. Un oasis pecaminoso en la puritana desolación de los llanos. La carpa estaba al Este del Puente de Nonoalco, al Norte del calpan, allí donde terminaban los dominios de la feria. Pero dentro de los límites naturales del campamento. Arcifinio. Así que tuvieron que pasar por varias de las últimas barracas, y entre ellas la casa de las mujeres-serpientes. Luciano recordaría este jacalón especialmente, porque era de dos colores: la mitad rojo y la mitad negro (los colores de la huelga). Simétrico. Y coincidiendo con estos colores, había una mujer con el cuerpo de serpiente negra. En el siguiente chiname, alumbrado con un foco rojo, estaba la mujer sin cabeza. Antes de entrar a verla (Manuel Ángel insistió), le echó un vistazo a la Carpa Buenavista, escrito el nombre así, sin faltas de ortografía. Y había que tenerla (la buena vista, para vicientear, porque: «Las viejas dan una puerta que no veas»). Función de apertura. Más que frívola, ardiente. De la noche a la mañana levantaban su tendel de lona de cáñamo. Sarga. Remedo circense. En la cortina que hacía las veces de puerta de entrada, y que era tan ancha como una puerta cochera, la imagen de una mujer, semidesnuda. Su cuerpo estaba dividido: la mitad pintado a un lado de la cortina, la otra mitad del otro. Asimétrico. Ni siquiera cuando estaban dentro de la barraca de la mujer descocada, dejaron de oír los gritos del que era a la vez gritón, ujier, faraute, telonero, mandamás y empresario, quien, además de repartir prospectos, a voz en cuello se encargaba de la publicidad de la carpa pregonando sus octavas maravillas. «Aquí no hay luneta, señores» (ni palcos). «No hay galería, señores» (ni orquesta ni orquesta). «Todo es

paraíso, señores» (ni lunetario, plateas, foyer o melampo). Arriba de la cortina que hacía las veces de puerta, frontón garigoleado. Un primor de orlas. A un lado de la cortina, una cartelera con el programa y, en él, el nombre de la encueratriz que precisamente tenía más cartel. Taquillera. Cuando salieron de la barraca y mientras Manuel Ángel («Ahorita vengo», le dijo) iba a los puestos de fritangas: enchiladas, memelas, chalupas que la gente se zampaba a colmillazos, dentelladas, y empezaban a entrar a la carpa toda clase de golfos y no sólo ferrocarrileros sino también viñeros piojosos, vagos cacos, etc. (en otras palabras el lumpen, la rahez ralea, la broza), y que una vez en la sala se atrabancaban por ganar bancas (o por «afanar a parspación, y hasta entre ellos mismos», predatorio machetazo a caballo de espadas), Luciano fue testigo del siguiente espectáculo:

El dicho faraute botijón y chiflado anticipaba lo que iba a suceder en la carpa, manipulando títeres. Éstos bailaban al son de una pandereta que tocaba un chiquillo. Luciano veía, fascinado, a la muñeca articulada con peluca de estambre color zanahoria, que se contoneaba sobre un taburete que le llegaría al titiritero a las rodillas cuando mucho. Y se veía ya sentado adentro, lleno completo: entradón de bote en bote, y las palabras salían envueltas en bocanadas de buen humor. La cadera para aquí, la cadera para allá: «¡Miren cómo se mueve *la Bulle-Bulle*, señores!» Todo el mundo fumaba. Algunos, carrujos de moravia. Allí estaba la mera mata, pásame las tres (cuentan que un ferrocarrilero tenía un sembrado en Nonoalco) o cuando menos se las daban de olor. «¡Pues ahora imagínensela de verdad, de carne y hueso!» Una luz violácea, papel celofán sobre un foco, iluminaría la rotonda antes de que saliera *la Bulle-Bulle*, la jaña narsi de *la Bulle-Bulle*. (Sí, así como suena: un plantío de marihuana en pleno Nonoalco.) Y seguía la voz del gritón: «¡O mejor no se la imaginen y véanla de verdad!» Abajo de la cortina, resquicio por donde los pies. Una línea de candilejas de oropel, piel de oro, en lo que podría llamarse proscenio. Había que conseguir sitio a como diera lugar. El titiritero le puso un quepis (o kepí) a la muñeca: «Verán cómo en esta sesión *la Bulle-Bulle* sale de rielera, pásenle»; Manuel Ángel lo tomó del brazo y le dijo: «Ya compré los boletos». Y también había comprado... ¿Una calavera de azúcar? No, eso parecía, pero era un puñado de rosetas de maíz, por otro nombre palomitas. No hay calaveras de dulce en agosto. «Con su brasier y su taparrabos de mezclilla azul.» Entraron. Oscuridad. Un antro, latebra, y sombras antropomorfas, lucífugas. Visión arrepticia: pasaron frente a un espejo: dos Lucianos, dos Manuel-ángeles. Rojos los de verdad, negros los que reflejaba el espejo. Aberrante. Y efectivamente, atestado de testas. La voz, afuera: «Verán cómo tiene un camisón». Salto de cama. «Que le llega apenas a la cadera.» Imitación organdí color orquídea. «Con bordados de chaquira y canutillo.» Apolillado.

Luciano se sentó en la tercera fila. Manuel Ángel encontró una «localidad» (aquí no hay localidades, señores), en la penúltima hilera.

Tonadilla de interludio u obertura. Manos sobre el teclado invisible.

«Y en los brazos tiene brazaletes de platino.» Imitación.

«Y en las manos, banderas rojas, de señales.» Todo de pacotilla, desde luego, pero daba la pala. Nada de blof popof.

Se apagaron las luces.

El leperaje: «¡Cácaro, muéganos, churros, chicles!...» Zapateos, siseos.

Y cuando la cortina se descorrió, luz violácea y: apareció *la Bulle-Bulle*, vestida de pies a cabeza tal como lo había anunciado el gritón, quien allá afuera continuaba su loa:

«Y bailará al son de una rumba».

Comenzó la rumba.

«Teniendo por fondo una maravillosa escenografía.»

Telón escurrido, chamagoso, donde un orugo: locomotora bielas-de-papel-dorado-humo-de-algodón, seguida por vagones que se pierden en escorzo y monigotes estrafalarios. Deslucida luz, gracias a unos diablitos y no a planta generatriz.

«Y vean, vean cómo se desprende de sus ropas más íntimas.» Ínfimas. (El gritón se adelantaba y le quitaba a la muñeca el camisón, el brasier o pápalo quelite, el... pero esto ya no lo veían ni lo oían, porque):

«La lámpara, como se indica en la figura número 1, tiene cuatro lentes espaciados 90 grados contados en círculo horizontal; dos lentes opuestos son rojos para indicar ALTO cuando el cambio está abierto. Los otros dos lentes opuestos son verdes e indican que el cambio está cerrado o sea situado para permitir el paso en la vía principal (algunos ferrocarriles tienen normas diferentes para sus colores).»

Comenzó el rito cotidiano. Los iniciados guardaron silencio momentáneo.

Al son de una rumbosa, la ombliguista cadereaba, meneaba el bullarengue, guiñaba los candorros mientras los hombres, con los suyos fuera de las órbitas, se removían en las bancas, vociferaban, se ventoseaban, ladraban, olores a calcetinato, deseaban a la chamacona de no mala estampa, de patasio, que se defendía aunque ya muy aplaudida, las carnes rollizas desbordándose nacaradas de sudor sobre el taparrabos, un vidriante en el ombligo y las no espermables piernas con plastas y moretones. Pellizcos.

—¡Nalgaaaa! ¡Chicheeeee! —a grito pelado.

El anfitrión pidió una moción de orden.

Iluso.

Cuando se encendió el foco rojo de la señal de cambios, palo y cartoncillo, y cambió el ritmo. Simultáneamente se apagaron casi todas las luces, y una voz de allá lejos, acompañada por un piano.

«Vibración de sonatina...»

Rechifla unánime, música de viento que paró en seco. Mientras tanto fuera de la carpa un amigo de Luciano, que no se llamaba Ambrosio, pero que sí era ferrocarrilero que no vivía en Nonoalco, pero sí muy cerca, en una privada de la Calle

de Sirio esquina con Vesta, prognato, llegaba hecho la mocha ¡ábranla que lleva bala! y le compraba al gritón un boleto de cuatro poderosos chuzos cincuenta centavos. Caifás al chaz chaz. Con un deadiez. Aquí está el vuelto. Cinco mugrosos y un tostón con tierrita. De todos modos, una ganga.

Ella se estaba quitando el camisón, prendido con alfileres, sin dejar de bailotear.

El hombre entró comiendo ansias. Oscuridad entre azul y buenas noches. Se tropezó. Cambalud porque: zancadilla intencional en la espinilla.

—¿Luciano?

—¡Fíjate por donde andas, pendejo!

El cual camisón que quedó colgado en la señal de cambios, tornasolándola.

—¿Luciano?

Pero su voz se perdía en el barullo general. Pronto las chichornias quedarían de fuera porque se había volteado dándole el bullate al auditorio, ojalá fuera verdad tanta belleza, y se desabrochaba el corchete machiembrado.

El público levantaba los brazos, agitaba las baisas. Tentáculos-tientáculos.

Y ósculos de a tiro directos.

«Compermiso» pidiendo, ese buey que se agache, pisotones, cegato primero y luego nictálope, los burros no son transparentes, al fin descubriendo algunas caras lívidas por el reflejo de las luces, porque a él no le interesaba ver a la mujer sino encontrar a Luciano.

A empujones y a huevo se abrió cancha.

—¡Oye, bato, no la chifles!

Sostuvo el ostensible sostén en el aire, lo arrojó a la señal de cambios ahora convertida en percha, se volvió a encender el foco, el ritmo cambió de nuevo y volteó, cubriendo los pechos pechos con las manos. Marullo abdominal. Subió la excitación. Más peladeces.

—¡Carneeee! ¡Carneeee!

Cuando al fin percibió la coronilla de Luciano allí donde el pelo formaba un doble remolino remolón. Casi tonsura. En la primera fila. ¿O dijimos tercera? Cuello descollante. Golpeó su hombro con los artejos, como si tocara una puerta.

—Hazme un lugarcito.

Se sentó a la vera de su menda. ¡Mambooo!

—Quiero decirte algo, Luciano.

—Pa'luego es tarde.

—Van a incendiar... —pero se apendejó a mitad de la frase, el fruslero. ¡Ay nanita! Cuestión de temperamento: justamente en ese instante la mujer extendía los brazos. Pero, oh decepción, oh fraude, los senos grandes como pechos de nodriza, estaban encapuchados con sendos cucuruchos. Los remeció, danzarines. La pelusa tomó la cosa muy a pecho, y continuó la rechifla, la grita. Enloquecedoras.

Eso no se vale, caray. Desgañitándose.

—¿Que qué?



Junto con pegado: hechos unos energúmenos.

—Que van a incendiar los Talleres Centrales esta noche.

Infundió en su ánimo... ¿un infundio? Sin embargo:

—Estás moto... No me vengas a carnear.

Sarcástico.

Se le secó el cráneo, seguro.

—¡Peeeeelooooos!

—¡Que descubran al tapadooo!

Carcajeo unánime. Con la chistosada, hasta el amigo se rió, a caquinos, y luces que se apagan. El número, aunque plausible, no fue aplaudido por ningún cabrón. Sonó un gong y siguió a esto una música desafinadona, suave, y en el centro del tablado apareció, iluminado por una luz amarillosa, el consabido pachuco aborigen y envaselinado, mitad tarzán y mitad cafiaspirino. ¿Un sismo? No, apenas remezón, y es que un tren pasa, a diez metros cuando mucho. Camisa almidonada de cuello de pajarita con mancuernillas rojas. Bigote de padrotito y un saco rojo tirando a lila y tirando a mugre. Hizo una teatral zalema. «Respetable auditorio», respetable tu serenísima tuchi. «A continuación tendré mucho gusto en cantarles...» en cantarle a suchi. «Una sentida (y encantadora) canción...»

Luces.

—Te juro que es verdad.

Música. ¿Sería una soflama? ¡Sombrilla!

—¿Quién te lo dijo?

Acción.

—Ya van tres personas que me lo dicen, pero no te puedo decir quiénes son.

¿Tres soplones? Eso ya es trifulca.

Y empalagosa, cursi, rascuache, la voz del artista que va por la policromada «Vereda del mal...»

teniendo por fondo ya no la misma locomotora de humo de algodón, sino la misma cortina raída.

Luciano se quedó callado. Pensó: se le botó la canica a este cuate.

—Luciano...

—Déjame oír, ya no te la estés jalando.

Le gustaba esa canción, le llegaba, le traía reminiscencias, regostos. Y su pensamiento voló a otros mundos y edades. Desdoblamiento, bilocación. Lares de su juventud, el furgón de sus abuelos, cuando era mancebo emancipado, imberbe. Un día conoció a María Patrocinio. Tocaban esa canción, cuya letra se sabía al pie de la misma y de la pauta. Luego le llevaba mañanitas, serenatas con mariachis. Noviazgo con cantos, sí, pero sin desencantos. Iban a los dinamos de excursión, ya casados. La Presa de Necaxa: hacían rebotar las piedras en el superficial espejo de las aguas. Epostracismo. De estos momentos y de otros que no vienen a cuento se componía su ignorante añoranza. Cuando despertó de este ensueño pasional, nada letárgico pero sí

amorescente como el áloe o el acíbar, las cortinas se habían descorrido de nuevo. Ovación final con algunos palmoteos: tenía sus adictos. Mientras cantaba el tipo, o mejor dicho mientras le hacía al barbo, gesticulando, porque lo había acompañado no la banda sino un viejo y rayado disco de fea ebonita que giraba en un antiquísimo gramófono (o fonógrafo, da lo mismo), allá entre y bajo las bamboleantes bambalinas los metiches metemueertos habían metido al escenario precisamente eso: un muerto, con su piyama de madera.

La morcillera voz comenzó la jerigonza:

«Damas-(¿cuáles damas?)-y-caballeros-como-ustedes-ven-nos-encontramos-en-una-agencia-de-pompas-fúnebres...»

Sí, el muerto navegaba rumbo al averno, con bandera de pendejo, en un destartalado bote de cuatro velas...

«El-marido-de-la-señora-Putiérrez-se-hizo-fosfatina-o-seacolgó-los-matracas...»

Irrisión.

... en un mar de retruécanos salpimentado por ocurrencias de la concurrencia. Y atrás del ataúd, en un rincón y buitreado, la calaca huesuda, la pálida enlutada patas de catre con su de papel de estaño dañosa guadaña segadora: también tiene vela en el entierro.

«Y-ella...»

—Tienes que decirme quién te lo dijo.

Y ella, viudita medio encuerada, palmito palmario si los hay, cabello en cerquillo y con toca y velos negros...

«Discute-con-don-Pomposo-el-dueño-de-la-muertería-los-detalles-del-velorio...»

Don Pomposo, desnarigado, ojos de bitoque y vestido a la zarzuela: chistosa chistera calada, polainas blancas con trabillas negras, corbata de plastrón y camisulín de brocado, apuntaba en un libraco. Se levantó. Pataratas y visajes con vis cómica.

«Buenas-tardes-señor...»

«Buenas-las-tiene-usted.» Se sentó, alzándose las haldetas de la levita, y farfulló:

«¿De-qué-murió-el-difunteado?»

—Te digo que no puedo.

La viuda apañuscó el pañuelo y se enjugó los lagrimones.

«De-una-cogida-señor...»

—¿Pero estás seguro?

El hombrecillo tomó nota diciendo en voz alta con bombástico y rimpompante tono picaresco:

«Ajá-de-lo-mismo-que-nació...»

—Tan seguro como que estoy aquí.

La luz fue disminuyendo: entró a escena una diablesa, melena leonina y lenocinia de marca diablo, mitones y peales ardientes, zapatillas con cáligas.

«Fue-de-una-cogida-de-toro-señor...»

—¿A qué horas?

Otra más, en paños menos que menores, con su tridente cola y mallas medias moradas, incorporó su cuerpo.

Don Pomposo se acarició la barbirruca pera piocha.

«Entonces-fue-torero-de-arpegio...»

—Yo qué sé, a lo mejor ya están ardiendo.

—Pero ¿quién los va a incendiar?

La tercera diablesa, también melenuda, con collar de granates de varios torces. ¿Vicetiples? No, vicetriples: como buenas comparsas, ninguna abrió la boca.

«No-señor-defuncionario-la-giraba-de-monosabio...»

—¿Quién crees tú?

Enigmático.

Empezaron a contorsionar los torsos, suavemente, alrededor del ataúd. Don Pomposo se echa otro parlamento:

«Le-apesta-la-boca-mi-doña-señora-¿por-dónde-lo-cogió-el-toro?»

—Vámonos de aquí, no se puede hablar.

Y la muerte asexual se despojó de su sábana, mayestática. Era una mujer desnuda con el cuerpo pintado con tizne, y encima un esqueleto dibujado con tiza roja. ¿O alguna otra clase de pintura?

«Por-atrasines-señor...»

—Espérate, falta lo mejor.

Con sus dos ojos binóculos, periscopeaba.

La cual muerte chifosca también empezó a bailar, y la luz disminuyó aún más.

«Déme-más-detalles...»

—¿Nosotros?

—¿Cómo que nosotros?

«Sentado-en-la-barrera-estaba-cuando-le-dio-su-matacuás...»

—Quiero decir, algún rielero.

—Eso júralo.

«¿A-qué-horas-cerró-los-oclayos-y-echó-su-último-aliento?»

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sea quien sea nosotros vamos a cargar con el muertito.

«A-los-diez-minutos-del-sucedido-cerró-los-de-apipizca-y-se-echó-el-último-pedo...»

—Pero nos van a fregar.

La descarnada seguía contoneándose. Acojinados dengues coxales.

—De eso se trata: igual lo van a hacer con el choque.

«Saco-en-conclusión-que-el-muerto-era-un-pendejo-señora...»

—Vamos a detenerlos.

—¿Y cómo?

«Pues-sí-señor-pero-era-muy-reata.»

—Vamos a los Talleres.

Y el demonial de diabólicas diablesas, acordes, haciéndole segunda, tercera, cuarta...

—Si te acercas por allí seguro te llevan a la demarcación, hay muchos de la Judicial por allí...

Metiendo el choclo:

«Le-voy-a-meter-un-susto-de-a-retazo-macizo-mi-doñaseñora-son-trescientos-pesos-cáigase-cadáver.»

Sí, nunca faltaba una jaiba con su reglamentaria 45.

—¿Entonces cómo los van a quemar?

«Válgame-Dios...»

El funerario licoreó a la señora, se paró, le dio la vuelta y de pasadita le plantificó una palmada en las petacas, el empecatado.

«Dígame-usted-nálgame-Dios-señora-y-vamos-a-darle-vuelo-a-la-hilacha...»

La viudita lo jaló de los mofletes, le quitó la chistera y lo besó en calva sea la parte. Le encasquetó de nuevo (o de viejo) el tendacho y le dijo:

«Poninas-dijo-popochas-sobre-el-muerto-las-coronas.»

A don Pomposo le badajeó la lengua de tan, tan, tan contento que estaba, mientras el petateado se agitaba en su féretro.

Terminaba el sainete.

El público, cansado de albures calambureros, volvió a pedir carne. Carne macubi.

«Los vidrios de color usados en cada abertura de un semáforo fundido en un árbol de cambios, se llaman “discos” y no lentes; su solo objeto es dar el color apropiado al rayo de luz que atraviesa el lente de vidrio diáfano en la lámpara de señales.»

Y de ahí en adelante, y sería por cosa de una hora, Luciano, debido a la preocupación instilada, perdió un tanto la noción de las cosas, ya que en forma imaginaria, mientras la muerte de fémures, rótulas, peronés, astrágalo y calcáneos fosforescentes y delicadamente delgados continuaba bailando, él salió de la carpa y recorrió enardecido el trayecto que mediaba entre ésta y los terrenos limítrofes con los Talleres Centrales, deteniéndose de trecho en trecho como si esperara ver alguna llama que se elevara hacia el cielo y no fuera ya necesario acercarse más, sino por el contrario dar la voz de alarma, pillar al delincuente en flagrante delito, echarle la zarpa, darle una paliza o más que zumba, un telefonazo a los bomberos, audífono, para poner en conocimiento de las autoridades, etc. Pero en la oscuridad de la noche sólo brillaban las luces de los furgones del Campamento Este, las de los automóviles que pasaban por el Puente, la muerte luminosa y la pedrería artificial de los aparatos mecánicos de la feria, anemonas que trazaban en el aire geométricas figuras inasibles. Buscó en sus bolsillos a ver si traía cigarros, y como no encontrara ninguno pensó en salir de los confines del campamento para mercar una cajetilla en alguna tenducha, cuando su prójimo más próximo, compañero de banca, le dio uno, le dio la trola

también y por un momento la luz del cerillo le impidió seguir el disfrute de la muerte a través de cuya armazón se transparentaban: en primer término, el automóvil azul, el viejo automóvil azul modelo 1939 abandonado en los llanos, y al fondo la silueta de los Talleres, la inmensa mole de paredes de fábrica, tejados, tejavanas y chimeneas. Y tampoco se dio mucha cuenta que digamos cuando un individuo ebrio saltó al tablado del escenario tras los huesos de la muerte: porque se pensaba a sí mismo viéndose a sí mismo trepar por las bardas de los Talleres para conjurar de alguna manera la conflagración que tanto habría de perjudicar al movimiento. Las luces se encendieron, salió la compañía en pleno: suripantas, moharrachos, bufos, y todo aquel que figuraba en el elenco o rol dispuestos a darle una pamba al aguafiestas y a desollarlo vivo pues no estaban dispuestos a soportar sus ordinarieces, lo que alborotó al cotarro en vista de que la demás gentuza, ferrocarrileros o no, alcolores o no, aunque bien en un principio no aprobaron la hazaña del salvaje y sabían que les asistía la razón a los faranduleros, no podían dejar solo al irrespetuoso así que raudos y veloces todos a una subieron al tablado y aquello se convirtió en un desaforado pandemónium, en un manicomio que como había empezado acabó cuando la muerte se dio un fatídico y cataléptico batacazo, ¡pácatelas! y el telón de fondo cayó con gran estrépito. Tumbada la muerte, y dados al traste los trastos, alguien gritó: «Ahí vienen los tecolotes» (la chota que chuta para calmar la chicantana), y ante la perspectiva de enfrentarse a argumentos más contundentes: cachiporras y toletes que les causaran contusiones, o incluso de ir a parar a chirona, la boruca se apaciguó como por arte de magia, la fiebre tuvo su lógica defervescencia y los hombres se hicieron los escurridizos y no completamente ilesos, sino un sí-es-no-es aporreados se largaron pitando a sus respectivos cantones, a embriagarse, como lo hacían a mondongo (es decir, a menudo), total al día siguiente era lunes y muchos eran sanluneros. Ahogarse como desahogo y disipación para disipar. Ah, pero estaban en huelga: huelga decirlo. Nada de levantada temprano. Feneció, pues, el espectáculo, y las diablasas chamucas salieron damnificadas. ¡Qué desgarrate, despapucho, despepudre, desmadrajuste! Fue en ese momento cuando Luciano parpadeó, se dio cuenta de que estaba en la carpa, frente al escenario, y no en el perímetro de los llanos frente a los Talleres, pues sólo estaba imaginando lo que haría diez minutos después cuando caminara hacia ellos. Y fue también en ese momento cuando Luciano supo que ya no estaba en la carpa, frente al escenario, sino que estaba en los llanos frente a los Talleres recordando el momento en que estaba en la carpa imaginando que estaba en los llanos recordando que estaba en la carpa. Así que la muerte incomplexa se fue descoyuntando, desconcertando poco a poco y pulverizándose en una voraginoso nube de fino polvo que levantó el viento junto al automóvil azul. Sobra decir que, para acabar pronto, después de la escenita no hubo remediación posible ni bis factible, la mala se le había hecho ya a la obra, y lo que debía ser una comedia tuvo como desenlace una catástrofe imprevista. Cabrona tragedia.

Fue entonces que recordó, sin que él mismo supiera por qué, pues no se tomó el

trabajo de analizar qué obvia asociación de ideas traía tal especie a su memoria, por lo común flaca, el día en que por este mismo Campamento Este caminaba un hombre que llevaba a cuestas un enorme espejo rectangular y él, Luciano, iba caminando tras el hombre viéndose él mismo caminar hacia él mismo y sin embargo siempre a igual distancia. Atravesaron así gran parte de los llanos, hasta que al llegar más o menos a la altura donde estaba el furgón de Atanasio, el hombre se detuvo para descansar y por un momento, cuando apoyó el espejo en el suelo, el escardillo obcecó a Luciano. Pasado el deslumbrón, su imagen se fue acercando hasta que casi pudo tocarla y luego se cruzó con ella y siguieron de largo. Él, hacia el Poniente, y su imagen hacia el único punto cardinal diametralmente opuesto: el Levante. Ahora se encontraba frente al furgón de Atanasio, y la luz de un reflector, de seguro manejado por el ejército, y que danzaba por los techos de los furgones aluzando una antena de televisión o un tendedero o los rosetones de los edificios de las bodegas para luego extraviarse en las profundidades infinitas de la noche, le recordó de nuevo al rectángulo luminoso y dúctil que cuando el hombre volvió a endosarse el espejo, serpeó entre los furgones en un célere curso diagonal y ascendente para perderse en el despejado cielo y cegar quizás a una avecilla guión que bogaba al hilo del viento. Amalgamando, pero no en camelo.

«Algunos lentes llamados lentes esparcidos son bastante usados en los lados opuestos de las lámparas de cambio de los árboles que están colocados en la vía principal cerca de una curva. Estos lentes están diseñados de tal manera que la luz de la lámpara forme un rayo en forma de abanico, visible desde cierta distancia por la tripulación de cualquier tren que se aproxime a la curva.»

Pero había llegado con Manuel Ángel a la madriguera de Atanasio.

—Pásenle, perdonen las fachas.

¿No había dicho antes: tiradero, estropicio, o algo así?

En fin, gentilezas, ceremonias: igual que a su padre, le gustaba gastar cumplidos y guardar las apariencias. Bien por la bienvenida.

—Siéntense un rato.

¿Trajo el borrador del discurso? Sí, cuartillas más o menos expurgadas. O más menos que más. Les aplicó sentido común, el menos común de los sentidos. Pero no les dio las últimas pinceladas en su totalidad, y por eso no las traía todas consigo. Manuel Ángel besó a Genoveva, su esposa. Zahareña, rostro de color encarnadino. Las hermanas de Genoveva: huelen a lavandería. Virginales abriles por desflorar. ¿La querrá mucho o poco? Sobre el bufete de Atanasio, pipa de espuma de mar. Cazoleta vacía. Dudas margariteñas: mucho, poquito, nada. Un anuario filatélico: afición gratuita. Tabquera: Muy caras esas pipas. Regalón.

—¿No han venido los demás?

—¿Mándeme?

—Que si no ha venido nadie.

—Sí, casi todos, menos mi papá.

—Bueno, vamos a esperarlo.

Llegaría en breve, sin duda. Manuel Ángel, pensativo, fumaba. Luciano se paró a curiosear. *Manual de operación de locomotoras diesel ALCO*. Cogió un volumen, empastado a la española. Tejuelo rojo: *Mis 5 años de lucha sindical*. Edición príncipe. Lo hojeó. «El 13 de enero de 1927 la Policía Montada atacó a los ferrocarrileros cuando pedían permiso para hacer una manifestación.» Dedicatoria autógrafa del autobiografiado. Afectuosamente. Otros libros, desencuadernados. Ulteriores deterioros o desglosados de propósito.

Bostezadera contagiosa.

—Si no empezamos de una vez, no acabamos nunca.

—¿Me presta este libro un rato?

—Sí, cómo no.

A pesar de que era de noche, el calor no aminoraba. Pero tampoco estable: subía por momentos. ¿Hasta dónde? Cuece la sangre. Ojo al tono autoritario. Muebles arrumbados en el furgón, tiliches. Sobre la cama, sobrecama de nesgas. Retrato del Primer Mandatario en traje de carácter: presidencial banda tricolor. Insigne enseña.

—Bueno, vamos.

—Compermiso.

—Propio.

Genoveva hizo a un lado los sartales de caracoles. Axilas olorosas a pino agrio, a eucalipto rancio. Pasaron al traspatio. Luz clarífica, melar. Plenilunio. Ráfaga de aire odorante. Hay un gentío. Hombres ya no de uniformes azules, sino vestidos de simples paisanos. Sentados en barricas, en cajones, en el suelo. Lo saludan algunos, efusivos, hasta entusiásticos. Profusión de calurosos apretones de manos. Preciados adeptos. Otros, una minoría, por no dejar. Están allí para hacer bulto. Dos equipos que no se pueden equiparar. Camina hasta el fondo, hasta la parte del patio que está techada con un capacete corredizo. ¿Pues no que era de lámina? Equivocación. Allí, luz fluorescente, fluida. Se sienta en una caja y apoya el codo en una mesa llena de frascos y botellas. Frascos con tintura de benjuí y potasa granulada. Pomos con esencias, panes de jabón de resina unos sobre otros y marquetas de sebo. Parecían ladrillos. O mejor: tabiques de adobe. Cólico: piensa en lo excusado, piensa en ese inodoro cubierto por una buganvilla, junto a los apretujados trujales. Pero no, mejor se aguanta con mucho aguante, para ver si se le pasan las ganas. Con lo mal que está, haría mucho ruido y lo oirían todos. No le hagas caso, dile: «Ya estará, dolor de estómago...» Ruega por una prórroga. Todos, excepto Atanasio. Hojeó el libro: «... el club deportivo durante nuestra gestión, que cuenta con una piscina, pista de baloncesto, parque de beisbol, terrazas o solarios, casilleros individuales...»

Un ferro:

—Bueno, Luciano, tú dices...

Se sale del carril, reacio:

—No, hablen ustedes, quiero saber qué piensan todos.

Alguien habla. ¿Pero no eres tú el dirigente? ¿El diligente? Soñoliento para acabarla de «... y gimnasio con graderías.» Automóviles por el Puente de Nonoalco. Calaveras luminosas. De dirigir gentes: de allí viene la palabra, seguro. Y el sonido de una aeronave, luces parpadeantes y propulsión a chorro. Rumbo al aeropuerto. Cuidado: todo le recuerda la maldita escurribanda. Por poco. Otro alguien habla también, arguye. Pero lo redarguyen. Risibles argumentos. Trillados. Luciano trata de ponerse receptivo. Imposible. Se intercepta a sí propio. No entiende. En babia excéntrica. Los dejará que hablen y hablen, luego les dará la razón a todos. Todos la tienen, al fin y al cabo. No faltaba más ni sobraba menos. ¿Pero por qué no está Atanasio presente? Era necesario. Interesencia. Risas infantiles: doce hembras, doce hermosas, angelicales hembras haciendo jabón, moviendo los mecedores y los cuadriles. Eso se llama garbo. Si procreaste hijas mujeres de costumbres disolutas... Piensa Luciano que ve a todos como a través de un cristal, como si estuviera viendo el escaparate de una tienda y dentro hubiera muñecos de cuerda que abrieran y cerraran la boca, que bostezaran, hicieran además ademanes. Platina de microscopio, o desde el quirófano. En lo sucesivo no vendría si no le aseguraran... Nuevas fragancias. ¿El aire que lleva el polen contenido en las anteras de las flores? Pero el polen... ¿huele? Hueledenoché. Algún tren pasa a lo lejos. Pitido. Tripulado por esquirols y sardos. Indistintamente se mezclan los sonidos. Sincopados a veces. A veces no. Yo también editaré mis memorias, las titularé... aunque sean póstumas. Cuando el tren ha pasado, se da cuenta de que las hijas de Atanasio han salido de la casa, beaterío, y se han acercado a las calderas. Su ocupación, jabonear. Sólo falta Genoveva. Oculta a los ojos, encerrada. Retortijón. Se imaginó el opúsculo, en dieciseisavo.

—La tirada es...

Se coló una voz en su conciencia. No, no. Su espíritu de contradicción. No seamos necios: la tirada sería, en el mejor de los casos, a la corta o a la larga, dedicarse al estilicidio de aguardientes anisados, o a la trata de lo que sea, con tal que sea productiva: blancas, mestizas, jíbaras, albarazadas. Lo juro por Dios.

—Los logros obreriles...

¿Cuáles ogros? Disintió. Puras papas. Lo único que vale es nadar en lana, sin salir trasquilado. Buenos negocios que sean filones de proventos, y olvídате. Lo demás es estólida, sólida estulticia. Un paracaídas para la vejez, estar en jauja, como Atanasio (no en jaula). ¿Dónde hubo cucaña ensebada? Y de allí en adelante todo venga-nos y pésame-Señor. Lo juro por... Pero no nombres su nombre en vano. Tetragrámaton. Sólo después de un tiempo escuchó un murmullo, como de agua corriente. El fuego de las calderas está ya encendido, y las hijas de Atanasio se dirigen a un barril. Juglares, azulacidulados ojos, aguamalas, y de calcedonia las uñas. Cada una toma un trozo de resina, regresa(n) a su lugar, lo corta(n). Ninguna de ellas es Genoveva, pero



todas se parecen a ella: idénticas, clavadas, y es como si se le viera once veces, como si se le contemplara, prendado, prendados, cuando estaba impúber, encapullada, a los once años, doce, catorce, diecisiete. A los más. A los menos. Delgaducha. Fortachona. Hermanas de piel de leche, colactáneas. Se mueven las cortinas de caracolillos. Torzales, sedales. ¿Es ella que viene? ¿Ella, piel sazónada con rosas y yerbamenta? Ilusorio. Era sólo una sombra larval, lasciva. Ponte anteojeras. Silencio sepulcral, y una voz, quedita: Luciano, Luciano... Qué puntadas de no estar aquí. ¡Luciano! ¿Lo llama Genoveva? Dulce cuerpo desvenable a mordiscos. Adondequiera que voy. Apasionadamente. Tú y yo tenemos muchas afinidades. Pero no es la voz de Genoveva. Cambia, se trasmuta, viene de lejos, más fuerte, como un tren desbocado. ¡Luciano-Luciano-Lucianoooooo!

—¡Luciano, Luciano! ¡Que hable Luciano!

Recapacitó, se puso de pie y gritó:

—¡Todo se lo llevó la chingada!

Incluyendo al discurso. Dificultad. Ahora será lírico. Conmoverá. Acuérdate de los certámenes de oratoria. Menciones de honor, accésits y diplomas de pergamino. Espicilegio. En 1913, se registró el primer antecedente del STFRM al constituirse la Confederación de Gremios Mexicanos.

—Sí, sí, a todo se lo llevó...

Un sudor frío le recorre la espalda. Diaforesis. Cálmate. Una revisión. No es esto lo que quieren. Menos subjetivo. Escúdate en la retórica.

Y da un manotazo. Un frasco sale volando y se estrella en la cerca. Cristalazo. Trizóse. Parece que hubiera guardado (el frasco) todos los ruidos y gritos del mundo, que ahora escucha, atónito. Borlote.

¡La chingada, la chingada!

¿Es eso lo único que se te ocurre decir, Luciano?

¿Es eso lo único?

¿Lo único?

Luciano. Luciano.

Vaya desplante. Se quedó un tanto cuanto cortado. Tragó camote.

—No, no. Lo que pasa es que ya todos vimos que...

—¡Vendido!

—¡Rompehuelgas!

—¡Cállense, déjenlo hablar!

Sí, déjenme hablar, piensa Luciano, déjenme que se me pase este pinche dolor. Y habla:

—La cosa es así: ustedes saben... Declararon inexistente la huelga, pedimos un arbitraje... ahora lo del tren que chocó...

—¡Eso ya lo sabemos, Luciano! ¡De eso hemos estado hablando todo el tiempo!

Luciano, enchilado, siente que la sangre se le sube a la cara. Pletórico rubor incontrolable. Señala al creído engreído que gritó, dedo índice, y dice:

—¡Sí, sí, ya lo sé! ¿Te parece poco lo que han hecho? ¿Que nos hicieran pendejos con los 215 pesos? Todo el mundo lo sabe, claro, si por eso estamos aquí...

—Pero volver a hablar de eso no soluciona nada...

Sí, dale con el tema.

—Lo que importa —dijo otro ferrocarrilero, enclenque, ojo gacho—, es saber si vamos a seguir la huelga indefinidamente...

Se suscitan protestas. Los cabezones cabecillas, cáfila de cábulas. Otras voces. Sí, seguir la huelga, activar la lucha por consolidar los sueldos corregidos y aumentados. Discuten, se acaloran. Pelean. Aquel del ojo gacho le cayó gordo. Bueno, mejor, podría descansar otro rato. Técnica. Los desacuerdos lo descorazonan. Ya no los ve, no los oye. Pero sabe que está allí, vivo. Cenestesia. Ve, en cambio, a las hijas de Atanasio. Se levantan, con las manos llenas de brea, la echan en las calderas. «¡El pinche gobierno nos está viendo las caras!» Recogen más brea. «Más respeto por las autoridades, compañero.» Irónico. Y de las calderas humeantes salen bocanadas de aroma a colofonia, olor cumbre, y cuestión candente: «¡Vamos a incendiar Buenavista!» Medida impopular. «¡Carajo, tú quieres que nos jodan y nos acusen de comunistas!» Ya lo van a hacer, ya lo van a hacer... Ahora que incendien los Talleres (no se los digas) y con lo del tren que agarraron en curva... Luciano siente que está solo en el patio. Sólo con las hijas de Atanasio, en una mañana fresca y olorosa. Se soba el sobaco. Pulga. «¡Momento, cabrón, yo no soy comunista, y a mucha honra!» Las ve hacer jabón. Hermoso coro silencioso. «¡Que mueran los comunistas!» Siente ganas de peerse. Pero resulta peligroso ventilar un asunto así... ¿Qué tal que salga con cuñado, con resplandores? Estaría medio rudo. No habría reculativa posible. Retor-tor-tor-tijón jijo, apremiante. La flatulencia resultado del flato. «¡Sí, que mueran! Al fin con los charros andamos jodidos pero tranquilos.» Rizomas de amole para hacer jabón. «¿Y tú qué dices, Luciano?» Luciano, Luciano: no hay escapatoria. Como no sea de lo que quisieras. ¿Y Genoveva, corifeo, caribonita?

Total, de un momento a otro se sobrepuso al mareo y a la pereza. Titubeó al principio, abstraído, pero luego comenzó a hablar. Verborrea, ventorrea. Nada lo pudo ya detener...

De pie, transición:

—Un momento, compañeros, un minuto. Lo que quiero decir, es que lo más importante...

—¡Sí, que mueran los comunistas, viva la libertad! —gritó alguien, y eso le dio pie:

—Correcto. Exactamente. La libertad, camaradas... ¡viva la libertad! —dijo Luciano.

Pero... ¿cuál libertad? Hay que definir primero lo que es. Siguió hablando, fue resurgiendo. Y de argumentos de poca o ninguna validez... «Sí, sí, compañeros, viva la libertad que hay en nuestro país... ¡La libertad de ser líderes charros y formar sindicatos blancos! ¡Viva la libertad que hay de crear monopolios y latifundios!» Sí,

así, Luciano, y no importa que vengan más cólicos: ayudan. «¡La libertad que hay para provocar alcances y achacárselos a los comunistas! ¡La libertad que hay para castrar ferrocarrileros!» Sus cualidades orales aumentaban, primero por quilates, luego incontenibles hasta alcanzar desmesuradas proporciones, o desproporciones. «¡Viva la libertad para ser burgués y millonario! ¡Para ser un gobierno hijo de la chingada que habla de democracia y mete en la cárcel a los héroes del movimiento obrero!» Así, Luciano, así. Otro cólico del colon. Paroxismo. Embraga, cambia a segunda, mete el acelerador hasta el fondo, y síguele, da de sí, sé trascendental, habla sin restricciones, honradamente. No suprimas las palabrotas: deja las damerías y los melindres. «¡Viva la libertad para comprar a los periódicos, para darles concesiones a los gringos, para ser senador y potentado con palacetes y carrazos!» (Lujosas limusinas.) «¡Y hablar de la Revolución y la Reforma Agraria!» Y al que no le guste el fuste. «¡Mientras los líderes honrados se pudren en la sombra por comunistas, por rojillos traidores a la Patria!» ¡Viva, viva un millar de veces esa libertad, Luciano, hurra, bravo! ¿Estaban desmoralizados? Aquí les va la avalancha, la inyección de coraje, la transfusión de huevos. Ya no superfluo: los caló hondo, sin previo aviso. Desvirtuó conceptos, tendencioso y colérico. ¿Qué importa? Nótese lo denodado, las inflexiones de la voz: «¡Vivan todas esas libertades, carajo, que nuestro sudor nos cuestan, que cada vez que cargamos un leño o le echamos una carbonada a la caldera las estamos pagando!» Solecismos, barrabasadas, gazapos, rimas arrimadas y perogrulladas. ¿Qué importan? Lo esencial era magnetizarlos. ¡Vaya inspiración! «¡Y las pagaron nuestros padres cuando se fueron a la Revolución para morir por ellas, para conservar las libertades en beneficio de esos rotos descosidos, hambreadores comemierdas! ¡Y las pagarán nuestros hijos con la cárcel y la vergüenza!» Acentuó, recalcó, puso de relieve y dio realce, sugerente y encendido, original e impersonal... «A ver: ¿quién se pone con esas libertades? ¿Quién es el machito que se pone con Sansón a las patadas?» Tú, Luciano, tú, aunque te quedes sin testículos ni testigos, sin hijos, sin dientes, sin amigos...

—¡Sin amigos no, Luciano, yo estoy contigo!

—¡Y yo, y yo, y yo, y yo!

Y todos, casi todos estaban dispuestos a seguir. Lo que es disparate también es chipotudo.

Luego, en síntesis y como corolario, como complemento y sin precipitaciones:

—Por favor, por favor, entendámonos —dijo Luciano, alzó los puños—. Aquí tengo la libertad. La de de veras, la nuestra. Hay que agarrarla bien, hay que apretar las manos para que no se nos vaya. ¡Y a ver quién nos la va a quitar!

Aplaudidísimo. No hubo soplones ni paleros: por lo que la ovación fue, además de sonada, sincera. ¿Qué tenemos, Luciano? Tenesmo. ¡Vaya suceso, vaya seceso!

Ésta fue la noche en que Luciano, de pura ancheta, conmovió al recinto de los cielos. Él solo, solimán, sublime tribuno.

¡Perfecto, Luciano, perfecto! Apenas si hiciste bien: subieron tus bonos. Timbres

por los cuales galardónarte, mesías del riel.

Apología mitificadora.

Sin adularlo más de la cuenta.

Metió la mano, aún cerrada, en la bolsa. Soltó el peso que había cogido, no supo en qué momento. Lo cogió de nuevo. Acarició el cordoncillo. Pero no, no tenía cordoncillo. En cambio, en el canto decía: «Independencia y Libertad». ¿Qué voy a hacer cuando se acabe el dinero? ¿Qué va a ser de María Patrocinio? Cada vez más irán a menos tus ingresos. Sin colocación. Hoy es San Nicomedes y mañana San Cornelio. Pesimista. La compra de la televisión. Muy costosa. Apenas el enganche y unos cinco abonos. Faltan como dieciocho cobros mensuales. Ensartado con un pagaré que se vence en... Me doy. Hay que dar largas, ya que no hay manera de redhibir. Pero eso sí: ¡Viva la libertad! Supositorio. Se incoaría un litigio contra su fiador solidario. ¿Quién lo iba a refaccionar? Pueriles temores. Ya lo había dicho: no retrocederían un ápice, una miera, un átomo. Deja tú eso: a comer perros, ratas, a prorratarlos. Una molécula. Irracionales, raquílicas raciones. Solventar. Cubrir las deudas. O si no, mayores privaciones. ¿Y si un faltante en la caja del Sindicato? Era amigo del cajero. No, eso es peculado. Ni especular del asunto. Pero... ¿Y si presentara mi renuncia irrevocable? ¿Y si me retracto? Palinodia. Pero ¿qué bienes relictos les voy a dejar a mis hijos en fideicomiso para mis nietos que no sean los principios inculcados, María Patrocinio de albacea? Hay que ser consecuente con lo que se predica. O marometa y cambiazo. Desde ahora, líder proficiente. Cortar a cercén, de cuajo, con toda esa serie de problemas y contrariedades tan diversos como molestos...

Silencio.

Pasó una sombra.

¿José Trigo? No sería difícil. Su hijo no nacería hasta octubre, pero Eduviges anduvo de cuidado desde finales de agosto. ¿Qué digo su hijo, si era hijo de Manuel Ángel! Bueno: ya no tendría más remedio que pedir permiso de ir al baño. Tenía ganas de a feo. El peso se lo regalaría a su hijo. ¿Y si lo oían? Le gustaba hacer improntas con plastilina. A estas alturas ya no importa. Un momentito nomás. Los ánimos, no muy calmados que digamos. Cerró los ojos. Los abrió: emulsión de aire y carcoma de furgones. Fuego muerto que flota por los campamentos, mar de plata entreclara. De la tierra asciende un vayor azul-violeta de olor sofocante. Mediatinta. Por las nubes se cuelan algunos rayos de luz de luna y el dintorno de rostros y cuerpos se delinea. Inercia glacial. Veladuras. Aparece la luna de nuevo. No menguante, no menisco, sino llena. Ya se dijo. Entre nubes de álcali. La cual luna: tornaluna, tornazul. Nimbo de cristales de hielo, o halo salino, redondel trazado a compás, piel esponjosa y vesículas que transpiran suero. Al fin excusóse:

—Compermiso, ahorita vengo.

Y una vez ya en el excusado, sintió náuseas. ¿Por ambas canales? No, era el poco de rabia, de violencia, que se le habían quedado adentro. Cantar la huácara. Se

acordó entonces (así como del hombre del espejo) de un muchacho que vio pasar por el Este, un día, cargando la taza de un excusado. También, llegado cierto momento, se cansó, puso la taza en el suelo y se sentó en ella. Cualquiera hubiera dicho que estaba exonerando a la luz del mundo. Y así se sentía Luciano ahora. 3 de junio de 1937: el gobierno decreta la expropiación de los Ferrocarriles... ¿Actuar con soltura? Sólo al obrar. ¿Pujanza? Era lo que menos requería. Aguanta, aguanta, espera a que pase un tren expreso, a que alguien grite, algo. Ya mero. Espúlgate mientras. Si no, todos se van a enterar, se van a reír. Allá viene. Ni modo. Sale. ¡Puuuum! ¿Qué fue eso? Una explosión, cercana y roja. Tembló la tierra. Remezón. Antes, un resplandor sonoro. Eclampsia, sinestesia. Y no habían pasado dos minutos cuando:

—¡Fuego, fuego en los Talleres!

Vayan a verlo. Búiganle.

Al pasar nuevamente por el furgón, vio también una fotografía del pontífice. ¿Camauro, tiara, solideo? Sólo Dios sabe.

Tomó el portante.

«Una práctica reciente, en lo que se refiere a lámparas y árboles de cambio, es usar reflectores (lentes reflejantes) en lugar de los lentes regulares; los dichos lentes reflejantes indican la posición de las agujas de cambio por la reflexión del rayo de luz de la farola de la locomotora.»

¿Y su secreta, simbólica trayectoria del superno al abismal infierno?

No tuvo precedente: no fue la que comúnmente solía seguir.

Ahora, al final de la jornada, rodeado de los espectros de la feria, con la imagen indeleble de Genoveva en el magín y el fuego en su corazón, no la recuerda.

Fue laberíntica, tediosa, plena de meandros, deflexiones y ramificaciones, vicisitudes. Caminó de aquí allá, hasta el amanecer. Y viceversa. Se le vio allende, aquende. La estación más alta de la República Mexicana: La Cima, Estado de México, a 3054 metros sobre el nivel del mar. Repasó sus pasos, desanduvo calles, cruzó diez veces las mismas vías. Si pudiéramos circunscribir, delimitar, hacer un croquis, un bosquejo, un diagrama por medio de coordenadas. Dije que es imposible. Los recuerdos se cruzaban en su mente. Los más lejanos. Los más cercanos. Los remordimientos. Se asocian. Se disocian. Los Talleres Centrales, descomunal edificio, maestoso como una fortificación y rodeado por un foso de sombra, roquedal, y envuelto en llamas instantáneas, se mezclaba con la imagen de María Patrocinio allá en el furgón. Cocinandera, fregatriz, que arropa al niño, que lo encuna, que le da sus biberones y mamilas esterilizados, equis onzas de leche con tres hervores y atole de avena. Y con el nunca visto, pero imaginado idilio de Manuel Ángel y Genoveva en la feria: bajo el acampanado toldo del carrusel, dibujo de cocolos, los caballitos dormitaban con los inmensos ojos abiertos y ciegos, blindados contra la luz. Rompecabezas y descripción colorista: para llegar hasta Ciprés 337, y siempre

repitiéndose hasta la saciedad en su fuero interno una visita ocasional qué más da, dio un rodeo enorme. Pretextos. Las palabras oscilan de la boca del hombre a los oídos de Luciano. Oscilación, oscitación. ¡Fuego en los Talleres!, decía el hombre. En los Talleres, escuchó Luciano. Fuego, fuego en los Talleres, y en la lejanía se avistaba un aluvión de resplandores. Flogisto. ¿A dónde ir? Caballos amarillos y tigres rojos y panteras rosadas y renos blancos de cornamentas dendriformes y arrastraban trineos de madera pútrida. ¿Inmóviles? Por unos segundos tan solamente. A todas partes, por todos lados: rumbos que quisiste tanto, con los que tanto te familiarizaste aunque de ellos no eres oriundo. Por lo pronto, despacio. Y ese capitolio, esa ciudadela último refugio de tu esperanza y hasta ahora inexpugnable: los Talleres Centrales con sus Casas Redondas, sus montacargas, sus fosas en cruz, sus gatos *Whiting*, sus portalones como poternas, y que ahora, crepúsculo de limaduras al rojo vivo, fulguración de fogaradas, huyen hacia el cielo transformados en una espiga, en un penacho de fuego. Pero no tan solemnes. Estaba en El Edén, estuvo esa noche. Cerrada. Y tomó el rumbo prácticamente contrario, tomó el Poniente. Cruzó Hortaliza y Níspero y al atravesar el Nogal vio una flecha clavada en una barda de ladrillos, y una pizarra abajo. «Comidas Corridas \$2.50.» El menú, escrito con clarión. Dale el gustazo, vete para tu casa. No vengas a deshoras, te dijo. Cómo crees. Empezaron a girar, con lentitud, en su recuerdo. Obedientes. Pero no, no era en su recuerdo, era en su fértil imaginación, poderoso imán que imantaba los juegos mecánicos y les daba un mágico movimiento cinemático. Fuerza resultante. Y un deseo ferviente: cuando dejó la feria, no siguió por Crisantema, sino por la Calle del Ferrocarril Central. Postes de telégrafo: telecomunicación. Vías que se entretejen. Y ¡andando, arre!, dejó atrás los Talleres. Allá quedaban, Talleres de Nonoalco Tlatelolco, bastión de nombre explosivo. Trinitrotolueno. El fuego expira. Difunto ya, difundido. Se esfuma el humo. Pero sí en su recuerdo: en lo que recordaba haber imaginado cuando le contaron que aquí, en la feria, Manuel Ángel había iniciado su poético pero no platónico romance, porque era del dominio público. Atrás, también, el automóvil azul sin parrilla ni guardafangos, carrocería cancerada. Sigue. Recto, lineal. Cumple tu sino. La iglesia del Santo Niño Limosnerito, en el Clavel; así la llamaban y realmente parecía un templo limosnero ya que por años su fachada había estado materialmente cubierta de muletas y cabestrillos; o en otras palabras, de puntales y cuadrales, andamios, entibos, andariveles. Anda ve y ven. Escanció de nuevo. Libación reincidente. Luciano había caminado, autómata, con la vista fija en el relámpago. Los hombres corrían y gritaban. ¿Quiénes eran? No lo supo. Sólo recordaba dos imágenes: el rostro de Genoveva y la sombra blanca del albino a quien creyó percibir vagando más allá de las pailas de jabón. Enturbiando. No entró al templo. Noche avanzada, dado que dadas las once, pero permanecía abierto, iluminado: no faltaban cuatro gatos devotos del Niño. Rumor de rezandera rezongona y somnífera, preces precarias. Reclinatorios. El mismo rostro de Genoveva que aquí, con Manuel Ángel. Este mismo, presumido, se encargó de propalarlo: caminaban cogidos del brazo, o de

las manos; arrobados, se contemplaban furtivamente. Rapto. Se subían al pulpo. Con rifles de municiones tiraban al blanco: bisontes plateados, búfalos. Con toscas bolas de papel de estaño, tiraban al negro: pelele de lustrosa piel, boca bamba, turbante-tulipán rojo y aretes dorados. Denigrante. Catinga. Miró alrededor: ¿A las casas de citas citeriores al Puente, o sea sitas de la parte de acá, del Oeste? No, a tu casa, a tu furgón. Tan ordenada ella, María Patrocinio, sin malicia, nada dejada y tus hijos, esos coscojos... En el Girasol volteó a la izquierda. Cortarle el frenillo al mayorcito. La Confirmación. Los vitrales de la iglesia coloreaban los techos de lámina corrugada de algunos jacales. Como un eco, el recuerdo de cuando aprendía catecismo, doctrina. Fue silencioso en alguna ocasión. Eso cree. En aquel entonces todavía se cazaban liebres en Nonoalco. ¿Solapadamente? A un lado, una puerta: «Escuela Parroquial del Santo Niño Jesús». Cartel cortesía de Coca-Cola. Tosió. Rociada. La caída de la tarde. Un hombre pasó a su lado, tarambana, y tropezó con Luciano, le hizo perder el equilibrio. Pantomima. ¿A dónde vas? A donde vas tú. A donde iban todos, magnetizados por el fuego que flotaba en las ondas de la noche como el litio sobre el agua. Éter, pirolatría. ¿A quién dar parte? Desfogar. Compraban algodón de azúcar: nubes rosadas, vahos y espirales de cabello de ángel rebrillaban en los sonrojados labios de Genoveva. Jugaban con rehiletos. A espantarse con los espantasuegras. Mordían manzanas almibaradas más rojas que las californianas: la calidad de la melcocha. Desazón. Ansiedad. Ferrocarril Central y el Clavel: ebanistería. Esquina ochavada, ángulos obtusos. Olor a mistión de plátano, a barniz. Entapizaban. ¿A esas horas? No muy altas, por cierto, para empezar una parranda. De la huelga a la juerga. Pero Luciano no veía a los ebanistas. Se escuchaba a lo lejos el silbato, silbato o siringa, siringa o zampoña del sereno, vigilante. Y sin embargo el sol, vinoso, brillaba en el cielo. Ya de franca francachela. Qué ganas, sí, qué ganas de haber estado en el pellejo de Manuel Ángel. Los dos subidos en la rueda de la fortuna, donde sus afortunados, enajenados corazones latieron isócronos, concordantes. ¿Combustión espontánea? ¿Un piromaniaco impulsivo y audaz que tuvo la osadía? Cabronada. Son los Talleres, se lo habían participado. Y él estaba frente a ellos, a cien metros escasos, y veía cómo las llamas que brotaban de los viejos galpones iluminaban con su reflejo las construcciones conjuntas. Y no es que Luciano viera dos lunas, o dos soles, no es que padeciera diplopia, perturbación de dipsómanos, sino simplemente para él no era ni de día ni de noche. Caminaba por el barrio, por sus arrabales, fascinado, absorto, y todos sus recuerdos acudían de una sola vez. Aquí, en esta esquina del Central y el Clavel, un camión foráneo, flotilla de La Soledad, había atropellado a un ciclista. ¿Enrielado el camión? No, chofer que manejaba con desenfreno. Tú te acuerdas del ciclista, tintorero que yacía a la mitad del arroyo y, rodeándole la cabeza, una mosaica potencia de veladoras de parafina. Círculo de fuego: los dos subidos en la rueda de la fortuna, Manuel Ángel y Genoveva, y el cabriolé de madera y hojalata balanceándose en los aires al son de un romántico vals, ritmo ternario, ascendía y bajaba, y abajo todo era como una vitrina plena de fosforescencias, y así llegó hasta la altura

máxima, más alto que el Puente, allí desde donde, olímpicamente, podían divisar a uno y otro lado los dos campamentos, y al Norte y al Sur el cendal de la ciudad cosmopolita y poderosa, salpicado de luces, y los rascacielos, faros desaforados que se perfilaban en la lejanía. Ella tan prendida, él tan preso en sus encantos. ¡Fuego en los Talleres! Pero... ¿cómo es posible que esté de nuevo aquí, en Ciprés 337? Otra vez a las genitales andadas. En noche tétrica. ¿Cómo llegó? Le podemos pisar los talones a partir de varias esquinas. Aquí, allá. En el cupresino esquinazo de la Crisantema con el Ciprés: el changarro del francote de Bernabé, quien estaría, cizallas en mano, cortando alambres. Engrudo. Enfrente hubo una vez... ¿Una yesería? ¿Una cartonería? No, el Depósito de Sal, acuérdate. Brisa salobre. Cerca de donde don Pedro el carpintero, aserraduras y ripias. Pues sí, aquí estás, frente a la casa de Rosita: vieja casa de dos pisos con tejado, buhardas, ventanas con parteluces —o ajimeces— y cornisa de piedra berroqueña a cuyo amparo y bajo las gárgolas o imbornales anidan las golondrinas veraniegas. Filigrana y arenisca. Pasa... ¿José Trigo? No a estas horas, no ahora. En cambio, sí, una bandada de enfermeras. Cuerpo de Sanidad. Compórtate con hombría de bien. Ve a tu casa a cumplir con tus obligaciones maritales, no seas desobligado. Las gallinas volatineras ya estarán aseladas en los corrales. Poliomiélitis. Llénate de continencia. ¿De junio a agosto? Practicantes de medicina las acompañan. Y lo que nunca falta: un borrachín peonza, consuetudinario y con su itinerario. Y luego de mover bigote, a planchar oreja. Si no, de piquera en piquera hasta irse a pique, quedar para el arrastre, salir gateando. No aceptes la tartajeante convidada de farolazos. En la esquina de Nonoalco y el Fresno, la nevería o heladería El Pico de Orizaba. Nieves de cajeta, guanábana, vainilla. Un letrero: «Se Renta esta Casa». Albarán. Concesionario Ford. Y María Patrocinio en el cuadrangular jardín, implantando tulipanes y geranios, suplantando los frútices rosales. Caquexia y cromismo. Paño en la epidermis facial, y cabello orzuelado: dicocia. Entonces, porque se descompuso la máquina, o porque al operador se le ocurrió resolver un crucigrama, una charada, un logogrifo, o lo más probable echarse un alipuz, se quedaron quietos, inmensamente estáticos y extáticos en las alturas sobre la gente y astros y los planetas cintilantes. Abajo el mundo seguía sus movimientos de rotación, nutación, traslación. ¡Un extintor, por caridad, mil extintores! Terrícolas los demás, planetícolas ellos. Comprendió que su mundo se venía abajo. Declinación del auge. Y que el incendio de los Talleres era el primer presagio funesto. Pérdidas de consideración. Cuando llegaron los bomberos, con sus sirenas ululantes y sus morriones foscos, elevando al cielo los surtidores de sus mangueras, confundándose con la multitud paso a paso se alejó de los Talleres. Emocionante. Refacciones legítimas FoMoCo. La cantina de los sándwiches de tártara. Revisión de frenos. Las balatas. Ah, y aquellas paletas de mamey, tan sabrosas. No cuestan caras. ¿Ahora sí se te antojan, ahora que las tienes ante los ojos? No. Desgano. Enfermo de nuevo. Fascies. La carta, el discurso, la sombra de José Trigo persiguiéndolo todo el día, como si fuera un fantasma. Así era Luciano. No



digamos hipo, sino hipercondriaco. Hay que considerarlo: aprensivo, sugestionable, derrames no drenados de adrenalina. Pulsó su cítara. Pulso serrátil. Un beso largo, mordelón, simultáneamente recíproco y maravilloso que se concedieron consensualmente sin que les importara un bledo dar qué decir a los ocasionales espectadores expectantes que estaban a tiro de serpentina acodados en el guardalado o pretil del Puente, selló el principio de su pasión, el pacto que comenzó en aquel carro de la rueda de la fortuna que por extraña coincidencia se llamaba Cupido y era el número 13. Pasión cuyas idas, crecidas, riadas y avenidas habrían de erosionar sus almas por muchos días y meses, de metamorfosearlas más allá del amor. Ocal capullo de crisálidas doradas. Flechados con curare, incurables. Manuel Ángel y Genoveva. Él, Luciano, no los vio. Pero se lo contaron. Y lo recuerda como si los hubiera visto. ¿Fue por esto (pregunto yo), fue porque pensaste en Genoveva que estás aquí, frente a esta casa, pidiendo posada? Una asomadita, ni por asomo. Ni de faul. No con Rosita, no con ninguna de esas impúdicas damas galantes de la vida airada —o aireada, decíamos mejor— que han tenido la delicadeza de guiñarte un ojo y el atrevimiento de hacerte una señal obscena que pasa de castaño oscuro aunque en la noche todos los gatos son pardos, incitándote a. Añagazas, señuelos a los que abrenuncio. Sus paredes, rugosas, eran rosadas y grises con máculas de moho verde que en la noche tomaban el color de la pulmonaria. La sombra de los herrajes de las ventanas, cisquero. Vidrios esmeradamente esmerilados: extraña casa para estar situada entre fábricas, talleres y bodegas. Un como bastoneo. Tal vez el regatón del tiento de un ciego. Pero no vayamos tan lejos, quedémonos donde estábamos: en el carrito de la rueda. El condenado de Manuel Ángel de manos a boca pasó de la boca a los desmanes: mañosas caricias en los mórbidos pechos, en los muslos y luego ambos a dos y a la par se acoplaron en el clinch obligado, se engarrotaron, y cuando estaban que se derretían de pronto la rueda comenzó de nuevo a funcionar, a girar vertiginosa, torbellino, en la imaginación de Luciano, que cuando imaginaba todo esto no iba tan descaminado, y de nuevo radiantes de alegría se abismaron bellamente en el caótico mar de luces de la feria. Profundidad feérica. O en la calle del Níspero. ¿Esquina con cuál? Y el automóvil que se estrelló contra un poste, dejándolo convertido en guardacantón. No acude el nombre a mi memoria. Un estacionamiento. Anuncio con un tractor. Implementos agrícolas. Y luego la pulquería (no la de Los Cuatrocientos Conejos) y su nada pulquérrimo dueño. Torero. Échate un pneutle. Vulgo pulmón, de madeja, el néctar blanco de los sueños negros. Jugar rentoy: deseoso. Pero no le fue posible alejarse del fuego. No desfallezcas. Por la Crisantema, rumbo al Río del Consulado. Circulación de Norte a Sur, de Sur a Norte. Del fuego que consumía sus pensamientos. Dejó atrás el Hotel Jacaranda, y siempre por la Crisantema, ahora Zona Postal 16, cruzó el Jazmín y el Almendro, y llegó a la lúgubre calle sin nombre amurallada en ambos lados por bardas calcáreas y pintarrajeadas. Apestosa a canal de desagüe o a excremento de muerto, vómico, a pesar de los letreros estarcidos que decían: «No Ensuciarse» y que, sesgada, desembocaba en la Calle de Tlatilco. En el

día espectáculo nada edificante. Para volver a navegar, y no en el lomo de las olas, y sí de los caballos, dromedarios corredores, antílopes, cebras de máculas transversales, mujerilmente montados y siempre girando, caminando entre muchedumbres: el amanerado, lumnio cobrador de los dedos gafos embozado con un tapaboca, bocio, que les decía: «Son cincuenta centavos por los caballitos», y, y. Un bromista amigo del relajo había añadido al letrero una leyenda: «Con la caca». Pero, ¿los muertos tienen necesidades corporales? Escatológico. Y el vendedor de merengues blandengues con el que perdieron dos pesos en volados, y las gatas muy cucas y relamidas con sus joyas de fantasía, dulcineas del rebozo con rapacejos, y sus engalanados y pueblerinos galanes engatusándolas. Seducción. Pero no del fuego, del avivado fuego que consumía sus pensamientos: vulcanio resplandor que transformó en oro el color del cielo, crisopeya, transmutación, paisaje de árboles flamígeros, nubes coralíferas. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que subconscientemente había hecho la travesía de costumbre camino al burdel donde hacía tres meses ya para esas horas estaban Manuel Ángel, Atanasio y sus putañeros compinches. Pero en ese entonces, él prefirió ir a la Calle del Ciprés. Como hoy. ¿Por qué vino aquí? Fábrica de jabón, olor a coco. Carro-tanque en donde: «AAR SPEC IV SAFETY VALVE TANK TESTED 5-27-29». De copro a copra. Pensó otra vez en ultratumba. Defecación de muerto color bazo. Qué ocurrencias. Tautanología. Y el limosnero tiñoso, lleno de repelentes pústulas, incrustado de costras, que les pidió un veinte para un móndrigo mendrugo. Igual que Luciano: no tengo suelto; pero sí tenía: calderilla con cardenillo. Repulsa. Y los canarios canoros y amaestrados; calabazate y acitrones, dulce de sésamo que vendía un hombre, los llevaba en una charola; total, una sacadera de dinero. Por el atorón les dieron dos vueltas gratis (o su equivalente), en hora buena, y hubieran dado más pero ella, Genoveva, desacoplándose dijo: «¿Bajamos?» Y Manuel Ángel condescendió. El rostro que antes le parecía nacido del agua, surgía ahora entre lumbraradas de fuego ahora mejor que nunca carníface. ¿O viniste acá porque al fin encontraste en tu camino, oh milagro, y viste y deseaste a esa escolar chiquilla y cacoquimia pero ya formadita, raspones en las rodillas y unos pitones que ya abultaban, que ya...? Suéter te dé Dios. Sornático. Cuando juegue a la coxcojita le han de saltar de lo lindo. Jocosos juegos, éstos. Sapituntún. La remataba la chimenea del bóiler: caperuza negrestina. Y un farol de colorines, casi veneciano, colgaba de una ménsula —no de una méntula—, perpendicular a la fachendosa fachada por encima del dintel. Si no fuera domingo, se diría que tiene pinta de estar haciendo novillos. Luciano alzó la vista. Arriba, un balcón, cierro de cristales. Y de allí al látigo de extremidades retráctiles, arrojados cada diez segundos hasta el afelio del universo. Quinestesia. Enamorados, enarmonados. Luciano acarició las crines de un engallado caballito. Caminó luego entre los puestos de tiro al blanco. Tablerámenes con costras de sucesivas capas de pintura, colores chillones. Lonas que resguardaban los premios: alcancías, cotorras, payos payasos de paja, cacatúas de barro con alechugadas gorgueras, aletargados lagartos, pingüinos. Y de allí al perihelio. al

epigeo y apogeo, barlovento y sotavento, estratosfera de su mundo, de Nonoalco-Tlatelolco. A Mercurio y Saturno, esquina de, con; formando ángulo diedro pero no ortogonal: tránsito embotellado. Lo que es tópico y típico. Se acuerda: una vez, cinco locomotoras, una tras otra. Quinaria maquinaria. Al Trébol y el Nardo, que fue otra cosa: una elefanta, *Judy*, se escapó de Buenavista. La traían para el zoológico, o para el circo. Quizás no fue en Trébol y Nardo exactamente, pero da lo mismo: fue en tu mundo, Nonoalco. Pues bien: la elefanta mató a un borracho desprevenido, que le jaló la cola, pensando tal vez que ya tenía un tremendo delirio tembloroso. Y, decíamos, lo mató. No con la trompa: con el tafanario. Para que duermas eternamente. Menos mal que no se escaparon los tigres, cebados, u otros feroces y carnívoros animales de vertebradas armaduras. El rostro que antes le parecía nacido del agua, de la espuma, el rostro de Genoveva, ojos de piedra de jaboncillo, pelo lavado con té de manzanilla, surgía ahora incandescente, férvido, entre lumbraradas de fuego ahora mejor que nunca carnífice, torturante, y crecía y crecían sus ojos hemisféricos hasta ocupar todo su pensamiento. O sí, sí navegando, amor, alegría, armoniosamente. ¡Epa! Cuidado con la julia, allí está: representantes de la Ley que hacen realada de vagos, pendencieros, etc.

Por la reja, una cara patibularia. En la esquina siguiente se detuvo, deletreó el rótulo que había en la placa, lo releyó luego, dijo: «Sí, es aquí», porque allí era la Calle del Ciprés, y. ¿Por qué volvió a rehuir el encuentro y se fue hacia el Norte, hacia la Calle del Nardo? ¿Cuál era su objetivo al hacerlo? Si se te aparece un aparecido o un trasgo, échales una trompetilla. No creas en consejas, te lo aconsejo. En la esquina estaba la Maderería Paricutín. «Hacemos Maquilas.» Y: «Se Surten Pedidos». Impertérito ante lo terrible. Sólo un liviano trasudor de gota gorda. Desde allí vio la negra, altísima silueta de la torre de la Cervecería Cuauhtémoc, alcázar de piedra roja. Cuando la julia lo pesca a uno en sábado, eso se llama sabadazo: a las bartolinas, a la arrepentenciaría, y el dinero que traigas: malentrada, cepadgo. O sí, sí navegando, amor, premura, sobre cisnes de sacarinos cuellos de ocarina, sobre procelosas procerosas aguas de madera, ola que viene, ola que va, y en el rocket girando, a velocidades altísonas. La mujer culebra, con su ofídeo cuerpo. Las jaras, el barril. Hola muchacha, cómo te va. ¿Le leo las barajas? Lo vieron aquí, allá. Unos muchachos que estaban subidos en un árbol. Sota de bastos. Y un ferrocarrilero rústico e ilustre desconocido, esquirolo, quien dijo que en la Crisantema y el Pino, carpintería de don Pedro, lo había visto por última vez. Si pudiéramos hacer un esquicio, un mapa. En un armón se trasladaba el dicho testigo. Ferrocarrileros somos. Le ofreció un aventón no metafórico. Luciano lo menospreció aunque pedía esquina. Y en el camino andamos. Se despidieron. Desatención. Seguiría a pincel. La mujer con barbas-tenango. Tatuajes. Incandescente, férvido. Luego, en esa misma esquina, fijaban los carteles donde anunciaban las funciones de los cinematógrafos de Santa María. Matinés, tardeadas con proyección de películas para adultos, cacahuates garapiñados, pistaches cada nunca, gayola. Ahora todo eso le importaba un serenado.

Vendimia de recuerdos. Contó los cabriolés de la rueda de la fortuna. Eran dieciocho. Increíble. Pásenle, señores. El borracho vivaracho, el catrín. El telescopio por el que atisbaron, con la mira de mirar las estrellas. Y por penúltimo en el martillo amartelados. En el centro de la rueda, una representación en miniatura (y por lo tanto de color rojo, minio) de la misma. El hombre fuerte, señores. Tercera persignada: la iglesia de San Miguel, junto al Puente. Sin embargo en vez de repasar sus pasos y sin razón aparente para desviarse tanto, máxime que ya se sentía cansado, continuó por Tlatilco y hasta la altura del Heliotropo dio vuelta a la derecha y se dirigió al Oriente. Nadie sabe lo que tiene: máxima, apotegma. Hasta que lo ve perdido. Otro trago, de la botella nalguera. Pero acuérdate de la colitis. Castañeteó los dientes. Pasó por el edificio de La Castellana, muy alto, gris perla, fachada de citarilla y resaltos a manera de adarajas. Cornijones. Bueno, ahora será alcoholitis. Y cruzó el Fresno, el Sabino y el Naranja. Compraron el boleto en la taquilla. Dos pesos por carro. ¡Miren con qué bíceps, con qué conejos lo dotó la naturaleza! Petulantes pectorales. Se subieron. Empezó el juego. Y el rejuego. Del trole, lluvia de chispas azules: estaban en los carritos chocarreros y corrían por aquí, por allá. Al fin se decidió: bajó a la Crisantema por la Calle del Pino. Unos granaderos acosaban a una criadita. Tropelías de las tropas. ¿A dónde ir? Una esperanza: el hombre que lo visitó anoche. Oferta lisonjera. Huir. Un escondite. Amoldarse a las circunstancias. Sopesó pros y contras, invocó a sus númenes para que lo inspiraran. Pero ¿qué dirán de ti, de tus tan cantados y decantados lineamientos liberales? Le importaban una higa los sicofantes. Y nadie tendría por qué sentirse defraudado. Ya se las arreglaría para salir de cualquier atolladero. Basta de contratiempos, calamidades. En la esquina de la Crisantema y el Pino, estaba la Goodyear-Oxo. Neumáticos para automóviles, camiones, cosechadoras, tráilers. Olor a caucho. Cuerdas de nylon. ¿Cómo le haría para establecer contacto con el agente? Desde allí vio la gasolinería del Pino y Nonoalco. «Mexolub Mejorado con Aditivos.» Y en contraesquina, el Autoservicio Hayashida. Partes para suspensión, motor, chasis. Por allí, rufiancillo pelirrojo de cabello erizado, con pizarrín pingajo a la vista: micción. Ahora estaba en la Crisantema y el Ciprés. Por cierto, cuando le cambiaban el aceite a un coche: melanuria. Sí, la Crisantema y el Ciprés. Hotel Casino. Qué diferencia del otro, tan jacarandoso. Éste es un pinche hotelucho. Se cruzó con un hombre que parecía pastor protestante (¿anglicano?): hético, hierático y herético. Pero si no podían hacer nada en casa de Rosita, la traería aquí. A final de cuentas cualquier cogedero es acogedor. Carbonero en el pórtico. Estoico y estrafalárico, protervo. Dio vuelta a la derecha, en el Ciprés. Por allí nunca anduvo, ni andará, José Trigo. Un perro, no canijo sino fornido, olisqueando una rabadilla de pollo. La dejó. A otro perro con ese hueso. Tonalidades de oro, sí, tenía el cielo. Pero él, Luciano, permaneció inmóvil, inmutable. Sólo dentro de sí lloró, rezó. Transfiguración. No, no tuvo un rasgo heroico, y ni remotamente estuvo dispuesto a rifárselas saliera lo que saliere. Sulfurarse, echarse a las llamas, morir y gritos desgarradores e indescriptibles de

alguna mujer que presenciara... ¡valiente cosa! Se desentendió y evadió. No por cobarde: materias inflamables y comburentes tenía de sobra en su pensamiento. Dinamita. Y ¿quién se juega por una nadería el todo por el todo? En los ojos de Genoveva estaba Atanasio, su padre, entre el fuego, la cara crispada de cacarañas. Carro número 7, da vuelta en «U». Pericia. Gira, se desplaza. Virajes, reversas, cerrones, más lluvia de chispas azules. ¿Te diviertes? Se divertía como loca. Como enana. Y vertía su goce en risas. El carrito era anaranjado, no azul como el otro. No azul como el viejo automóvil inservible, abandonado en los llanos del Este. Plymouth 1939. ¿Damos otra vuelta? La dieron. Dieron mil vueltas. Cuando se subieron al automóvil, la noche estaba oscura como boca de lobo. Así suele decirse. Y el silencio, de tan silencio, se oía. Lombrices rojas: los viejos resortes. No quedaba un vidrio sano. ¿Inastillables? Y estaba totalmente desmantelado: parabrisas, limpiaparabrisas, salpicaderas, parachoques, manivelas, volante: de todo, no quedaba nada. Ciprés 337. Total, que la casa de extraña arquitectura se llevaba de calle a las demás que estaban en la calle. Subió la escalinata con balaustrada. Sonámbulo. Erección dolorosa. ¿O fue porque te encontraste a la gitana y pensaste en? Ecuación con dos incógnitas. Sólo una vez hesitó Luciano, sólo una vez se dio cuenta conscientemente-total-absoluta de que era de noche: cuando un apagón y ¡zaz!, y el espesor de la compacta y viscosa tiniebla reinante fue tal y tal. Gatos marrulleros. Rarefacción: al peso de larache, soroche. Gatomaquia. ¿Le leo la suerte? La vieja cañí, el coco. Susto, sofocón que te encajó. ¿De dónde salió? Notable por su rostro blanco, gipsífero. Y ahora como jaca en feria, llena de guilindujes y bujerías. Si al menos fuera joven, jovial, guapa: hay gitanas nómadas de peregrina hermosura. ¿Me conseguirías, alcahueta? Un tanto descontrolado le dijo a la gitana que no, con toda urbanidad (lo que sea de cada quien) y se echó otro trago de la botella vademécum. Más que visionaria, visionuda la vieja ésa. La luz de nuevo. Y se casan entre ellos. Exogamia. Cuidado te inocule bilongo, cuidado te tome ojeriza. Entonces ¿por qué viniste? La razón de la sinrazón. Aspiró profundamente: oxígeno, nitrógeno, argón, criptón, todo a la vez. Sanguificación. Continúa, apóstol, la teme, la continua y discontinua travesía sin paralelo a los más inferiores infiernos. El infierno: uno de los cuatro novísimos o postrimerías del hombre. Cúmplase, así, la hiperbólica epopeya ya sin regresión ni sinopsis posibles. Con esa fiebre subintrante que le fue contemporánea las veinticuatro horas del día. Destanteo. Pero menos mal que ya no deposiciones. Frío que lo caló hasta la médula espinal. En los ojos de Genoveva estaba Atanasio, entre el fuego, y entre los ojos de Atanasio entre el fuego estaba Genoveva su hija, con los ojos abiertos en la espuma y la sombra blanca del albino que se acercaba al borde de una paila de jabón donde flotaba la luna entera a todo lo largo, a todo lo diámetro del círculo hirviente. Genoveva, Atanasio, fuego. Fuego, Atanasio, Talleres. Dio cauce a sus sospechas. Ya no tan despistado. Habían caminado por los llanos, al azar. «Déjame en mi casa», le había dicho ella. Él vio su dulce cara, su carita azucarada. «Vamos al hotel», le había contestado Manuel Ángel con intenciones desvirgadoras.

«No, yo quiero casarme primero», le había dicho ella, casta de vírgenes, incapaz de un lúbrico desliz. Y palabra que Manuel Ángel, en aquel momento en que le dijo: «Bueno, pero antes vamos a caminar un rato», no pensaba en el automóvil azul. Y no pensó en él nunca. Simple, sencilla, inolvidablemente, cuando llegaron abrieron la portezuela y se metieron. Rechinar de bisagras. Nuevo manoseo. Cáncer rojo devoraba el azul esmalte de la carrocería que alguna vez, junto con los niquelados biseles de los fanales, había brillado por su presencia en las calles y avenidas de la ciudad lejana. Y en el piso del automóvil hicieron el amor, lo hicieron mansamente, dulce, cálida, improvisadamente. Se transportaron al país de la felicidad, a mil respiros por hora. Cursi, ramplón, novelesco, ridículo. Pero el amor es así. Y era amor de los buenos, Luciano lo sabía. Por el Nardo, caminó hacia el Este. Sí, aceptaría el trato, se acogería a la protección del agente. Cifró sus esperanzas en que no fuera un impostor. Un aviso, que tantas veces había leído: «Atención — Barrera de Protección de Operación Manual — No Opera de las 22 a las 7 hs. — FF CC N de M». Acotación no al margen: eran las siglas de los Ferrocarriles Nacionales de México. Y pasó un tren. «Dinamarca-Inglaterra-Países Bajos-Cabo Corrientes-Doctor Terrés-Salón Comedor Totonaca.» En el mismo orden. Y toda esa caminata mixtilínea la hizo bajo la luz del sol, bajo la luz de las estrellas, coloides, grises y lejos. Se lo llevaba el diablo. ¿Pero el diablo existe? Sí, por aseidad, como Dios. Y todos estamos hechos a su imagen y semejanza. No te metas en teóricas teologías, más vale ser escéptico. Y porque era amor del bueno, por eso Manuel Ángel se casó con Genoveva. Ella le había dado la prueba palpable, tangible y táctil, besable, de su amor. Y él le correspondió como correspondía a un hombre. La petición de mano tomó cuerpo. Formalizó y legalizó sus relaciones, y una vez que corrieron las proclamas y se demostró que no existía impedimento dirimente, la hizo su legítima mujer también por la Iglesia. Se efectuó el enlace en San Salvador de las Flores, y el viejo Todolosantos fue su paraninfo (o sea su padrino) y le ayudó a Manuel Ángel (dicen) a pagar las donas. La pretensa a cambio le dio por dote, o donación esponsalicia, su lealtad y su belleza. ¿Polígamo, Manuel Ángel? No, nunca se casó con Eduviges, la que no pasó de querida no muy amada. Aparte Manuel Ángel era un cabrón. Aparte era un traidor por no apoyar la huelga. Aparte y punto:

Pero, punto y aparte, hay que reconocerlo, el hasta entonces ególatra Manuel Ángel de Genoveva sí que se enamoró, sí que se enuló por seculaseculórum. Y Luciano ya lo sabía. Cogió por la Crisantema rumbo al Río del Consulado. ¿Quién anda por las pailas? El albino. Semiforme. Ojalá se caiga, ojalá se muera. Odio mortal. Temblorina. Cruzó Consulado a la buena de Dios, a despecho de si venía un automóvil o no, y escuchó en carne propia, por así decirlo, el ruido estridente de una frenada. Inyectiva desde el vehículo: «¡Buey!» Imprecación devuelta: «¡Buey tú!», cafre afrochofer. Para otra vez cuídate, Luciano, un pestañeo, una distracción, y no lo cuentas: te llevan de corbata. Acuérdate del ciclista. El planchado a un lado, los ganchos. Y la bicicleta del extinto tintorero, hecha lo que se llama talco. El sillín, sin

ir más lejos, había salido volando: estaba a más de tres metros del lugar del accidente. Ahora bien: ¿Genoveva quería tanto a Manuel Ángel como él a ella? Eso era otra cuestión, estaba por verse. Y lo que no vio porque no siguió por la Crisantema: la fábrica de Tequila Cuervo, entre el Ciprés y el Naranja. Un inmenso cuervo negro pintado en la albarrada. Los alambiques crascitan. Aleteo. Enamoradiza como ella sola, Genoveva desbordaba coquetería y se dejaba querer, veleidosa, y no sólo de él, sino de muchos otros. No hacía muchos distingos. Y entre estos majes estaba Luciano. Destronar a Manuel Ángel. Le andaba por andar con ella, por tener que ver, tener que tocar, que coger con ella. La Sociedad Cuauhtémoc y FaMoSa. Sidral Mundet. Escape 107. Ramazones de árboles podados. Querer, en el buen sentido de la palabra. Porque nadie le sabía lo más mínimo a Genoveva. Se ponía sus moños. Y mientras ella se hacía trenzas, sus enamorados se hacían cruces. Hechizos nada hechizos. Infidel, malmirada y malcasada, incasta, eran palabras que no se le podían aplicar. Ningún adúltera. Ni a él: consentido, agachón de testuz, cornudo. U otros epítetos, abyectos apelativos y adjetivos peyorativos por el estilo. No condecían con su modo de ser. Tampoco vio las casas de los pepenadores: gente de ingente indigencia. Y un basurero de papeles de carbón frente a la tequilería y que, precisamente cuando el viento soplabá, volaban como cuervos. O cornejas, autillos, buitres belitres y barahúnda de búhos. También: cajas vacías de detergentes, recipientes vacuos de desodorantes, agujas desojadas, vasos desfondados, termos rotos, aceiteras, jeringas sin cánulas. En la feria, rodeado de espectros, pensaba en todo esto. Otro trago. Vete en el espejo de tu padre. A él lo estoy buscando. Extenuado. Recobraré su imagen, sus huesos. Nadie escarmienta en cabeza ajena. Extenuado, sí, pero encaprichado. Pasó por el puesto del tiro al blanco. Los lagartos, los pingüinos. Manuel Ángel y Genoveva habían venido aquí, los dos, él entacuchado como riel con su traje tres piedras color caqui, oloroso a bencina, gasógeno, y ella también muy echada a perder con su falda tableada y vueluda y una llamativa pañoleta en la cabeza —pañuelo serenero—, labios ensalibesados. «Parada Obligatoria de Autobuses en este Lugar.» Sí vio este letrero, porque ahora caminaba por el Ciprés. La senda del vicio, de la crápula, camino de ovejas descarriadas lleno de fango o lo que se llama cieno. Tú no dejarías de hacerlo ni con infibulación. ¿Casualidad? ¿Causalidad? Cuando menos hasta ahora Manuel Ángel era el único que se la trincaba: en eso no se le conocía contrincante. Las podía. ¡Qué felicidad, los dos, en la feria! Eso era como llevar una muchacha al carquis, para dragonear con ella. Pero claro: el día que tengan un hijo, saldrá un mediocre malmandado digno de un reformatorio. Su deseo se cumplió. Ojalá se caiga, se muera. Otro trago. Fiasco. El frasco está vacío. Temulencia debida al chingo de chingueres: más de un cuarto de litro. Era la puerta de los empleados y obreros de la cervecería, allí donde la parada obligatoria. «Hélvex — Muebles para Baño.» Sí, lavabos, bañeras y esas cosas. «Silencio — Cerveza en Reposo.» Pero qué tal, qué tal si. Si sí. O qué tal si no. Pero no hay peor lucha. Con el tiempo y un ganchito. Con ahínco pero con prudencia,

sindéresis. Sí, decididamente, un día de éstos o de aquéllos le haría la corte a Genoveva, hablando en serio. Acariciadora delectación morosa. No sobreesee. Aquí llegaban los furgones, cargados con lúpulo y cebada. Deliciosa malta ¿europea? La pretendería, le tendería sus lazos. O mejor dicho, a una cuadra, en el escape 107: allí llegaban los furgones, porque la cervecería ocupaba toda la manzana. Levadura. Sí, qué felicidad. Aquí los dos habían arrojado dardos a los globos atados en una tela fija a un bastidor. Total, tú tienes ganas, hazlo. Sólo que no te arriendo la ganancia, atente a las consecuencias. No te propases. Las chispas de acero se confundían con las estrellas de acero, siderúrgicas, pirófanas. Nuevo color del horizonte: exósmosis. Y al arribar al Sindicato de Trabajadores de Servicios Industriales y Comerciales, enfrente, en el 337, estaba la casa. Eureka. Premio de consolación que te dio el acaso. Promediarás tu capacidad de amar. A lo que te truje. Sí, ahora que está en la feria, al final de la jornada, recuerda eso: los cólicos, el discurso, la carta, la casa de Rosita, José Trigo, las pailas de jabón, el albino; y los Talleres: alto castillo, bicoca, y el fuego antagonista que fue el principio de su agonía. Colores que se degradan. Y como en ese momento, además de las llamas y a excepción de la verdadera luna que desvelaron las nubes brilló un lucero, un fruto tardío, gema engastada que ascendía por el firmamento mientras el mundo bajaba, su desiderátum se cumplió. Y ése fue el segundo presagio fatídico. Habían atinado a muchos globos, multicolores, que habían estallado en una cascada de luz. Al día siguiente, el tórpido y revejecido albino, pariente agnado de Luciano, fue hallado muerto, corazón sin cuerda, en una paila. Suplicio de hervencia y saponificación: amolada que se dio. Las ventanillas de la nariz, los oídos y la boca, estaban llenos de jabón en cierne. Subidos en un avión, en el cabriolé de la rueda de la fortuna, o en las sillas voladoras, o ya camino al automóvil azul, o en el mismo automóvil azul, los habían visto estallar. La misma noche del día siguiente velaron al albino, y el furgón se saturó de perfume. Otra mañana lo llevaron a enterrar y a su paso olorizó los campamentos, iba dejando una estela de fragancia tenue, volátil, como un recuerdo. Esta misma tarde hubo un microsismo: apenas lo registraron los sismógrafos. Otras eran las esferas de larguísimos pedúnculos que llevaban los globeros: globos de helio que vieron subir hasta las estrellas, globos de hielo. La estación más baja: Pascualitos, Río Colorado, en la Baja California, a cero metros de altitud. Despropósito. Luciano no asistió al sepelio. Llegó a su casa al amanecer, sano y salvo, cuando ya el lucero de la mañana: orto heliaco; y se encerró en sus furgones todo el día. Le refrendó su entrañable e irreductible adoración a María Patrocinio, revalidó sus derechos y, sincerándose, le dio las disculpas que había empollado, y como no recibió la fraternal fraterna ni ocurrió el melodrama que eran de esperarse, no se sintió exento de culpa, lo cual implicó un complicado reato psicológico que redundó en mengua de su confianza en sí mismo. Hubiera querido, claro, que una amnesia anestésica lo invadiera. Amnistía, inhibición, vado. Por la noche, recibió a un visitante. Y anda vete, ojos que te vieron ir.



El caballitero se acercó, panza pandeada, párpados edematosos y aliento aliáceo. Pero a pesar, gentil y comedido:

—¿Se le ofrece algo?

—No, nada, gracias —dijo Luciano sin dejar de ver a los corceles del carrusel, inmóviles.

Equilibrio hipotético. Fenómenos imponderables.

¿A dónde fue Luciano?

Hay divergencia de opiniones, y esto significa en último análisis que no podemos tener la certeza. A reserva de comprobación, diremos que unos dicen que la última vez que lo vieron fue por la Calle del Mar Amarillo, por la tlapalería y ferretería Analco. Si fue así, podemos suponer que cruzó nueve mares, que estando en el Campamento Oeste saltó la barda que lo limitaba al Sur, a la altura del Mar Báltico. «Atención: Final de Patio — Aplicar Ley N.º 93.» Cruzó el Mar Caspio. En la esquina siguiente, Mar de Mármara, volteó a la derecha. En la otra, Mar de Arábia, a la izquierda. Cruzó el Mar Egeo. Llegó al Mar Mediterráneo. Hacia el Poniente. Mar de Banda. Mar de Sonda. Mar de Célebes. Sí, seguramente éstas fueron las nonas calles de Nonoalco que cruzó esa noche. ¿Rumbo a la eternidad? Llegó así a Mariano Escobedo. ¿A cumplir, puntual, su indeclinable cita con la parca nada parca? Casi: estaba en capilla. Y se dirigió hacia el Norte, hacia el Mar Amarillo, que fue donde se perdió. La mortaja del cielo baja, todo es precedero: condición de terrenidad.

Pero hay quien opina que se fue por el Oriente, que lo vieron por última vez en la Calle de Marte.

Marte, nombre del planeta de la tierra roja.

## CRONOLOGÍAS

*Una noche me relatan que el cura de La Cristiada, a quien le gustaba improvisar homilías y exégesis sobre las epístolas del apóstol Pablo (a los Gálatas, por ejemplo, y otros adefesios), soñaba con escribir un día, en términos parónimos y unívocos, una prédica como sigue:*

*(Fragmento)*

*«... que siendo nuestras vidas como briza arrasada por la brisa, y basto y acerbo el vasto acervo de nuestros pecados, a través de la Virgen nos abocáramos a Dios para que Él avocara nuestra causa; que era inútil rebelar nuestros espíritus por revelar los designios divinos, desmayar por desmallar los misterios empíreos, pues ciervos siervos somos del Señor, hijos pequeños insipientes por incipientes, y por adolescentes, adolecentes de imperfección.*

*»Por ende, era necesario huir de las asechanzas de demonios acechantes que cazar quieren nuestras almas para casarlas con la soberbia, apartarse del hatajo de pecadores que echan por el fácil atajo de la molicie, y dejar vacantes a las bacantes que se injieren en nuestras vidas por hacernos ingerir, sin tasa, de la taza del vino de la concupiscencia.*

*»Así que había que grabar en nuestra mente que gravar nuestra existencia con penurias era el único camino, pues más valía coserse a las carnes atuendo de temperancia y sudar el sebo de la apetencia, que cocerse en las calderas del infierno por tragar el cebo de la disipación.*

*»Solos en solemne sesión con nuestras propias conciencias, debíamos hacer cesión de nuestra perfidia, poner coto censorio a nuestros sensorios apetitos, abatir la intensión de nuestras malas intenciones, abalar la cerviz para avalar con humildad nuestras ofertas, bollar nuestras almas de virtudes para boyar en el mar de la iniquidad, y abrasarnos con fuego sacro el abrazar la acética vida ascética.*

*»Si así lo hiciéramos, cuando el deshecho desecho de nuestros cuerpos gozara del eterno poso en el pozo del camposanto, cuando las riveras de nuestras vidas desembocaran en las riberas de la muerte, el divino concejo de los ángeles alcanzaría, con su consejo, el asenso del Señor a nuestro ascenso de la sima de la tierra a la cima de las nubes, donde nos sumergiríamos en las hondas ondas de la sabia savia, del sumo zumo de su eterna misericordia.»*

11 de agosto de 1960.

Llegado el término del plazo fijado a la gerencia para resolver las cláusulas del Contrato Colectivo relativas a prestaciones, se declara la huelga general en todo el

sistema, a las 0 horas del día.

Treinta minutos después de estallar la huelga, la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje la declara inexistente, sin analizar la supuesta ilicitud. Nortazos.

1959

*En diciembre, nace el primer hijo de Eduviges, sietemesino. Legado de su padre: los ojos azules. Manuel Ángel conoce a Genoveva, hija de Atanasio, ferrocarrilero que vive en el Campamento Este.*

12, 13, 14 de agosto de 1960.

El ejército se hace cargo de los ferrocarriles auxiliado por esquirols improvisados y por empleados temporeros. También algunos veteranos, que en un tiempo fueron operarios competentes, encuentran nuevo acomodo. Los ferrocarrileros dicen acceder a que se designe cuanto árbitro, compromisario, muñidor o tercero en discordia se desee, y prometen respetar su laudo. Brisotes.

16 de agosto de 1960.

José Trigo busca a Buenaventura. Empero, se trata de una falsa alarma: Eduviges no parirá este día ni este mes. Ventiscos.

1958

*A finales de este año, fallece la madre de Manuel Ángel. Luciano le reclama el furgón. Ruptura. Se vuelven enemigos irreconciliables.*

21 de agosto de 1960.

A las 4 horas, el tren nocturno de pasajeros México-Laredo choca con dos locomotoras estacionadas en el kilómetro 970. Muere un hombre que viajaba en el tender. ¿Cómo se puede resarcir una vida? A las 20 horas Luciano, después de visitar la Carpa Buenavista, pronuncia un discurso virulento que versa sobre la libertad y que electriza los ánimos de los partícipes. Salvas de aplausos. Atanasio está ausente. A las 22 horas, un fuego voraz consume parte de los Talleres Centrales de los Ferrocarriles. Se habla de pérdidas cuantiosas. Amarillismo y alarmismo. Se encuentra el cadáver carbonizado de un desconocido. ¿El incendiario? A las 23:30 horas muere, al caer en una tinaja de jabón hirviendo, el embeleco del albino, sosia del viejo, semihombre, samarugo y otras monerías.

1953

*Después de una endécada de ausencia, regresa Luciano a Nonoalco-Tlatelolco. Vuelve por sus fueros y por su lustre.*

22 de agosto de 1960.

Aparece el cadáver del albino, en el Campamento Este. Asfixia. Su muerte, y la conflagración de los Talleres, constituyen los dos primeros presagios funestos. Luciano desaparece misteriosamente. Fisura en la espina dorsal del movimiento. Hay quien dice que el gremio puede prescindir del auxilio de Luciano cuya desaparición no es, ni con mucho, una pérdida irreparable. Sin embargo, no se le destituye de su cargo. ¿Se trata de un secuestro?

1948

*Nace el «charrismo» en la política sindical ferrocarrilera y mexicana, y con ella, nacen los líderes venales, «enchufados».*

1946

*En junio de este año, el gobierno adquiere el Ferrocarril Mexicano por 41 ½ millones de pesos.*

23 de agosto de 1960.

Los periódicos, en inflamados párrafos, acusan al gobierno de inercia y lo urgen a tomar medidas sustanciales contra lo que llaman la «artera felonía» y el «dolo inverosímil» de los ferrocarrileros. Los tipógrafos y linotipistas componen y empastelan, a galeradas, los artículos escritos en contra del gremio. Suplementos, epigramas vilipendiosos, gacetillas, caricaturas, reportajes calumniosos: todo está dedicado a atacarlos. Se considera que el choque del tren de Laredo fue nada más ni menos que un sabotaje producto de sistemas comunistas de la más pura cepa. La colectividad rielera, por su parte, se dice exacerbadamente herida en su sensibilidad y culpa al gobierno de provocar la colisión para propiciar la apariencia de sabotaje. ¿Quién está en lo cierto?

1945

*El 18 de noviembre, se reabre al culto el Templo del Señor Santiago, en Tlatelolco, y se confía a la orden de San Francisco.*

24 de agosto de 1960.

Ejemplo de lo antes dicho:

Un remarcable y sedicente escritor, que se dice profesionalista del periodismo, habla sobre la cuestión palpitante en un artículo adjunto al editorial de un diario, y dirigido al grueso del paisanaje, al que insta para que presione a las autoridades gubernamentales a fin de que éstas se dejen de banalidades y bonhomías y se decidan a poner fin a las chicanas de los pretenciosos lidercillos que se dejan influenciar por

teorías exóticas emanadas de la elite de pseudointelectuales coaligados con la izquierda, y que hacen furor en el gremio obrero inodando a elementos valiosos que apenas debutan en la vida sindical, mismos que son presa de un injustificado deseo de revancha por el supuesto abandono en que los tiene la sociedad, toda vez que el rédame comunista pretende constatarlo así: se precisa, pues, enrolarse como pioneros en esta lucha.

24 de agosto de 1960.

Aprehensión del protagonista del drama ferrocarrilero: el Secretario General del Sindicato, y de otros elementos representativos, acusados de la comisión de diversos delitos, entre ellos el de subvertir el orden público y el de infringir la Ley de Comunicaciones. Sin atenuantes y con agravantes. El movimiento queda acéfalo. Algunos carrilanos chaqueteros se contraponen al bando contrario. Alegarán después «que sólo habían cubierto el expediente».

5 de septiembre de 1960.

Otro presagio funesto: miembros del ejército y estudiantes preparatorianos derechistas tonsuran, decalvan a un ferrocarrilero, lo bañan con betún judaico y lo empluman. Lo sueltan en los llanos del Campamento Este y hacen befa y escarnio de su aspecto.

1941

*El 7 de enero, la Administración de los Ferrocarriles Nacionales empieza a funcionar como organismo descentralizado del gobierno.*

9 de septiembre de 1960.

Otro acontecimiento de funesto sinario: descubren en el Campamento Este a dos ferrocarrileros impúberos, carininfos, entregados en una góndola al pecado nefando, contranatural por excelencia. Estos dos entrepernados lloricas formaban un monstruo de dos cabezas. Siguieron otros presagios, tales como una explosión en la Refinería de Azcapotzalco, que iluminó todo el cielo del Campamento Oeste, etcétera.

1937

*El Ferrocarril del Desagüe del Valle de México es entregado, en cooperativa, a los empleados y obreros del mismo.*

14 de septiembre de 1960.

Atanasio, suegro de Manuel Ángel, comparece espontáneamente ante las autoridades y confiesa ser autor del incendio de los Talleres. Acusa a su concuño de ser el responsable del choque del tren de Laredo. Acusado y coacusado son incomunicados

en las mazmorras del Campo Militar Número 1. Dos testigos oculares, y contestes, cuyas declaraciones se consideran como testimonios fehacientes, dicen haber sorprendido a Atanasio en flagrante delito. El concuño, por su parte, no tiene coartada. Se hacen las fichas signaléticas, se instruye el proceso, y comienzan los expedientes burocráticos y judiciales. Luciano, puntal de la lucha, no ha reaparecido.

1935

*Buenaventura y Todolosantos se vuelven urbícolas, al regresar y contraer domicilio en la ciudad de Nonoalco, donde tenían su querencia y su raigambre, y de la cual habían emigrado una semana de años antes durante los cuales se sustentaron con pan de aflicción y agua de angustia. Se fueron con 10 hijos y regresaron con uno: el albino, y con Luciano —el hijo verdadero.*

15 de septiembre de 1960.

Los reporteros le hacen una entrevista a Atanasio, quien se presenta ataviado con un terno de casimir verdeolivo, camisa de popelina y corbata de tela labrada. ¿Rectifica? No, ratifica sus declaraciones, pero hace hincapié en que no hubo testigos de su fechoría.

1928

*El día de los Santos Ángeles Custodios, 2 de octubre, el tiempo malo enredó a Buenaventura y a sus hijos, como los lazos a las aves: se perdió la Batalla de los Ángeles y escaparon con sólo la piel de sus dientes.*

1928

*El día de San Miguel Arcángel, 29 de septiembre, los cristeros del Volcán de Colima se preparan para recibir la acometida del ejército federal.*

16 de septiembre de 1960.

Sesquicentenario de la Independencia de México. Fervor patrio. Desfile del glorioso Ejército Mexicano.

1927

*Nace en el Volcán de Colima, el día de Todos los Santos, el albino de carne pultácea y dientes helgados, coigual de su genitor y colomboño de Luciano, y quien llevara siempre una vida valetudinaria. Buenaventura, la vieja deípara, lo dio a luz a edad otoñiza —le sobrevino después la menopausia— y mientras lo llevó en el claustro materno sufrió de frecuentes epitimias y de dolores alvinos. Una vez nacido, más tardó en destetarlo que en detestarlo. Desnaturalizada.*

19 de septiembre de 1960.

Los presuntos culpables: Atanasio y su concuño, son careados. El concuño da un mentís, una réplica rotunda a las declaraciones del primero, pero éste conserva la ecuanimidad y no se intimida. Se investiga el ideario político y la filiación de ambos, comprobándose sus tendencias filocomunistas, sectarias. Se dice que agentes del FBI encabezan los interrogatorios y las confrontaciones. Son gringaderas.

1920

*Nace Luciano, hijo o nieto dilecto de Buenaventura, bajo el signo movible y zoomorfo de Aries. Luciano, bello como un amorcillo, fue desmadrado a los siete años. En 1920 fue la Clausura del Primer Congreso Ferrocarrilero.*

27 de septiembre de 1960.

Atanasio y su concuño se evaden de la julia, al ser trasladados del Campo Militar a la Cárcel Preventiva. El concuño lo logra. A Atanasio se le aplica la Ley Fuga, y muere acribillado a balazos. Deja huérfanas a una hija casada —Genoveva— y a 11 varonas más en estado de merecer, todas desirables, y que se equivocaban unas con otras de tan parecidas. Nuevas aprehensiones. Se ofrece una gratificación por la captura del concuñado. El sepelio del occiso, q. e. p. d., tuvo lugar en la necrópolis de Dolores. No dejó a su muerte testamento alguno: nuncupativo, ológrafo...

1912

*El 7 de abril de este año, todos los extranjeros empleados en los Ferrocarriles Nacionales dejan sus puestos para siempre.*

1900

*Nace Bernabé, en Tlemoloya —lugar donde mana el fuego—, estado de Morelos. Fue su natal un día de otoño, de árboles amarillos y rojos. En su tierra, regada por el río Amacuzac, crecen los árboles de maderas preciosas, el flamboyán de color de fuego, los limoneros y los naranjos. Por eso las calles que están al Sur de Nonoalco: Peral, Ébano, Roble, le recuerdan a su tierra. Por Morelos pasa el Ferrocarril Interoceánico que tiene dos ramales: uno de ellos llega hasta el Puente de Ixtla y el otro hasta Izúcar.*

*Bernabé cuenta su historia...*

*Cerca de la que era la casa de Bernabé, hay un cenotafio en memoria de su padre. Desde luego no es su tumba, el cuerpo no está allí, de otra manera no sería un cenotafio. ¿Dónde está, pues, el cuerpo de Sidronio? Por toda la tierra. ¿Cómo es eso? Dejemos que los recuerdos de Bernabé, rehundidos unos encima de otros, afloren de una sola vez. ¿Pero acaso soy yo un desentierramuerto?, se pregunta*

Bernabé.

«En un cuerno de toro. En un cuerno de toro de esos que se llevan colgados de una correa, llenos de mezcal del bueno.» Así decía el padre de Bernabé y el cuerno de toro, los huesos del dinosaurio, los huesos de capulín, las pelucas rojas y los calzones de manta de costal de azúcar y las cananas; el balazo en la nalga, la bala llegando, viniendo como alma que se lleva el diablo o como tapón de sidra saliendo disparada de la boca culinegra de una carabina. Todo eso y la vieja locomotora patas de rueda vientre de loba que se aleja o que se llega, para llevarse al padre, viejo ferrocarrilero orgulloso que antes de salir de la casa pule y repule su hace muchos años lustrosa y ahora descascarada placa número 707 de conductor del Ferrocarril Mexicano, o para traerse al padre, viejo y cansado ferrocarrilero que llega a casa a contar siempre la misma historia: de Tierra Blanca a Cintalapa, de Cintalapa a Puerto Ángel, de Puerto Ángel a Cintalapa, de Cintalapa a Tierra Blanca y de Tierra Blanca a casa. Pero no, no fue así; Tierra Blanca está en Veracruz, Cintalapa en Chiapas, Puerto Ángel en Oaxaca... Pero ¿qué importa? Todo eso y la boca llena de sangre dulce, la boca escupiendo municiones y los zópidos que se quedaron con hambre, y los bolsillos del pantalón llenos de semillas de flores y el paliacate que sale volando volando como un pájaro rojo: todo eso eran los recuerdos que llegaban de pronto como lluvia de balas o andanada de piedras o tropel de potros y espantaban aquel otro recuerdo, aquel otro caballo alazán de ijares matadurados donde el padre hincaba espuelas cuando se iba a la Revolución. No el padre pacienzudo que fue siempre, cargador y estibador primero, que reunía a sus hijos alrededor de una fogata que hacía con chamarrascas y les contaba muy orondo mientras fumaba un cigarro de tabaco pajoso: «Yo empecé a trabajar muy chico en los ferrocarriles como cargador y qué cosas no vi. Ya no digamos que yo viajé en trenes cargados de naranjas o vacas, de hierro cabilla y de muchas otras cosas como cuerdas de rebeldes para San Juan de Ulúa», decía, y daba un sorbo del caracas espeso y amargoso que tomaba en una jícara grande como ordeñadero. «Ya no digamos eso, sino lo mejor de todo fue el dinosaurio que encontraron hace tiempo por el camino a Puebla», hablaba así del elefante imperial, así lo llamaba. «Yo mismo ayudé a cargar sus benditos huesos grandes como cañones, a empacarlos en grandes balones y cuidarlos en el viaje hasta la Ciudad de México, y luego a descargarlos y llevarlos al museo.» Y tampoco el padre, viejo amargado y entorpecido, asaltante de trenes que fue después de la Revolución: tósigo de su esposa, se encertizó, se enaceró porque la bendita Revolución nada le había dejado, como no fuera pobreza. Bernabé a veces lo acompañaba, chiquillo aún. El padre tanteaba el terreno y le decía «No hagas ruido, no sea que ojees la caza». Oculto tras una mota o un árbol esperaba el paso del tren. Al muchacho le asignaba un puesto lejano, de vigilancia. Se les reunían otros hombres, también revolucionarios de antes, y ahora robavacas. Si de la máquina salía, como volando, un paliacate, era la señal: el tren no traía soldados. Entonces lo asaltaban. Este padre de Bernabé murió de un



balazo en una nalga después de una caminata por la sierra, con la bala adentro y la sangre afuera saliendo por el agujero de sus calzones de manta de costal de azúcar, por el agujero de la u de azúcar que la maldita canija cochina bala abrió muy cerca de la u de culo, de culero, de culebra. A Bernabé no le gusta recordar a este padre. Pero sí al otro, al Sidronio Pérez de carne como el acero y bigotes rojos como alambres de cobre electrizados de puro coraje, el que fue dos veces de tantas que llegaba a la terminal de tornaviaje, jodido y soñoliento, cuando la madre de Bernabé y Bernabé y los hermanos de Bernabé lo esperaban con la boca cerrada y los labios apretados para que no se les salieran las palabras tanto tiempo guardadas. «Viejo cómo has estado», o «Papá qué nos trajistes», los niños cogidos de las faldas de ella, sin atreverse a hacerle fiestas al padre, y ella con las manos en cuenco llenas de capulines porque al padre le gustaba, luego de besarla y jalarles las orejas a los niños, camino a casa ir come y come capulines y escupe y escupe los huesitos, la boca llena de sangre dulce, el corazón de penas, los bolsillos de tamarindos y soldados de plomo. Ése que fue dos veces cuando se bajó del tren: una en 1911 y la otra en veintitantos cuando hizo la anunciación de que se iba: «Mira, mujer, mira de tenerme listo el fusil», hablaba así de una vieja, viejísima carabina desbocada, «Porque ya me encorajé: ustedes se van a casa de su madre, y yo me voy al comando de la Revolución, a pelear del lado de la libertad como sé que tengo hombría y así debe ser». Así hablaba y se atusaba los bigotes con saliva y mocos porque creía que eso era de muy hombre y de muy revolucionario y decía también «Y ya saben que si me muero por allí y no me encuentran mi cuerpo pues ni modo porque ya los zópilos se encargarán de desvestirme pero si los zópilos se quedan con hambre porque me traen para acá, o por si acaso y Dios no lo quiera algún día muero en la cama como buen cristiano o en el ferrocarril como buen pendejo porque me cae un leño en la cabeza o porque se abren las válvulas y me achicharra el vapor, ya saben que no quiero que me entierren sino que me quemen y quiero que tú, muchacho, pongas mis cenizas en uno de esos cuernos de toro donde se guarda el mezcal, montes en un caballo y riegues la ceniza por toda esta tierra que es mía. Dame un capulín».

Eso decía, eso dijo en su impenitencia. Montó en su alazán, lo garbeó, le dio con la cuarta y se fue gritando adioses a la familia y bravos a la Revolución y vivas a la Virgen de Guadalupe. Se sonsacó a unos rancheros, y se llevó toda una recua de cuacos, para remudas. Ése es el padre que a Bernabé le gusta recordar: ése y el que recordaba de sus tiempos de embalar, embarrilar, facturar equipajes y remesas; y no al bandido que fue después y por varios años hasta que se cayó muerto cerca del rancho y les avisaron. Les avisó un amigo, compañero de banda. Les contó que el tren que habían asaltado llevaba una salvaguardia escondida en el furgón de equipajes. Que los habían acabado, que habían herido a Sidronio y para el colmo su caballo se encabritó y lo tiró en una bajada despeñadiza, llena de lanchas. El amigo lo levantó, lo ayudó a caminar. Con la caída, se le exasperó la injuria y luego la sangre se le volvió piorrea. Aquí me quedo, dijo al fin, echó un reniego y cayó

muerto. Bernabé lo encontró insepulto, cubierto con un pellejo debajero, a corto intervalo del rancho. Entero estaba, y todavía caliente. Se lo llevó a casa al hombre grande y pesado que fue todavía de viejo y de después de muerto, y lo quemaron, como había pedido. Hasta sus huesarrones blancos quemaron. Luego de la cremación, como cuenta Bernabé, recogió las cenizas, las guardó parte en un cuerno de toro, parte en una bolsa, y se montó no en un caballo sino en un tren. Cuando pasaron por tierras de Veracruz, tomó a puños la ceniza y la dejó escapar poquito a poco, para que se regara por todos lados. Por eso es que ahora, cuando Bernabé llega a viajar en ferrocarril y pasa por el mismo camino, se llena las bolsas del pantalón con semillas de flores y las siembra al voleo, poco a poquito, para que no haya lugar de esa tierra suya de su padre que no esté sembrada de flores. Muchas ya germinaron.

*Esto les deparó el destino a Bernabé y a su padre Sidronio Pérez.*

1, 2, 3, 4, 5 de octubre de 1960.

Brutales represiones sistemáticas, vejámenes, redadas, delaciones, degollinas y otras vilezas torpes a cual más. El gobierno parece decidido a ultimar el movimiento. Se insertan en la prensa comunicados falsos firmados por líderes sindicales ficticios. Los ferrocarrileros reciben risitas domiciliarias de esbirros de la Judicial, quienes pistola en mano catean astutamente las casas, cachean a los trabajadores y los compelen a asistir a sus labores. Riña tumultuaria (el día 4) en Nonoalco-Tlatelolco. Los rieleros son atacados con culatas, cachiporras, nudilleras. Responden con trancas. Se habla de reincorporar el antiguo lema del Sindicato: «Por la Lucha de Clases».

8 de octubre de 1960.

Se expulsa del país a dos diplomáticos extranjeros acreditados en México, a quienes se acusa de coadyuvar a la escisión cívica de acuerdo con un plan preconcebido y en aras de dogmas extraños a nuestra idiosincrasia (¿o indiosincrasia?).

13 de octubre de 1960.

Doctos folicularios, aunque profanos, toman la péñola para intrusarse y declaran que el movimiento ferrocarrilero es una conjura con nexos mundiales, cuyo objetivo fundamental es derrocar al actual gobierno, revolucionario como ninguno. La secretaría del Sindicato, agrega, es un trampolín que oportunistas con fines utilitarios aprovechan para escalar puestos.

1893

*Buenaventura y Todolosantos se establecen por vez primera en Nonoalco.*

14 de octubre de 1960.

Llueve sobre los campamentos. Lloverá tres días, el agua se estancará en el Campamento Oeste y alcanzará un nivel de 15 o 20 centímetros. Dos ferrocarrileros son muertos a mano airada. Varios líderes locales elaboran un escrito defensorio donde confutan enérgicamente los cargos y donde se habla de coerciones, preeminencias de la burguesía conservadora, convencionalismos, recursos de apelación y alegatos, oscurantismo, principios inalienables universalmente reconocidos y vigentes... Lo dan a la estampa, pero la prensa lo rechaza sin tapujos.

15 de octubre de 1960.

Se perpetra un crimen sin parangón que suscita el enojo del gremio. Aparece en los llanos, en decúbito ventral, un ferrocarrilero. Le aplicaron martirio causándole serias lesiones. Le descerrajaron, después, un tiro, y... Una vez en los escaños del anfiteatro es identificado como garrotero del Ferrocarril Sudpacífico (o «Sudpaciente»). Los periódicos publican la noticia en forma escueta. Lo que no aparece en letras de molde, es el resultado del dictamen de la autopsia: «AUTOPSIA: Cráneo: fractura estelar de la región occipital irradiada a la base del cráneo y hematoma subdural con ruptura de las meninges. La masa encefálica mostró: un trayecto fistuloso que corresponde al trayecto del proyectil. El examen de las regiones inguinoescrotales muestra: sección bilateral de los cordones espermáticos y ausencia global de ambos testículos y de sus bolsas. En tórax: fractura de las costillas 4-5-6-7-8 del hemitórax der. en su parte media, con ruptura pleural y hemitórax der. CAUSA DE LA MUERTE: 1)a Hematoma subdural; 1)b Herida proyectil de arma de fuego; 1)c Emasculación».

Nunca se dijo quiénes fueron los victimarios. Este incalificable homicidio de lesa humanidad permanece inulto. Pero, desde luego, la culpa recayó sobre los comunistas. No aparece ninguna esquila en las secciones necrológicas de los periódicos.

1892

*Se erige en la Plazuela de Buenavista una escultura al egregio Almirante de las Indias, galana estatua de yeso cubierto de metal por galvanoplastia.*

16 de octubre de 1960.

Nace, un día pétreo y plúmeo, día en que sopla el gris, en que el cielo se ilumina con los ampos de los relámpagos y la lluvia iracunda y lagrimable y marismante canta su plural polifonía sobre la multechumbre de los furgones, el segundo hijo de Eduviges: Florentino de nombre. Buenaventura la asiste en el parto. Los ferrocarrileros asaltan, en la Calzada de Camarones esquina con la Crisantema, un tren carguero conducido por esquirols. Cruzan por el cielo errátiles cometas barbatos, caudatos, crinitos.

18 de octubre de 1960.

Laicos profesores de la Sección IX del Sindicato del Magisterio, con objeto de vitalizar el movimiento ferrocarrilero, patentizan su adhesión abandonando en día lectivo los planteles escolares para efectuar, sin obtener antes el permiso sufragáneo de la Secretaría de Gobernación (que les hubiera sido denegado) un mitin que más bien resultó un movido motín. Reyerta en plena calle. Abundan los dicterios. Se habla de fusionar varios sindicatos para así consolidar una alianza y combatir la intransigencia genérica de los patronos. Algunos catedráticos universitarios hablan en pro de la huelga.

1880

*Nace don Pedro en Tlalancalco —en la casa subterránea—, estado de Tlaxcala, en las cercanías del Volcán del Matlalcuéytl. Fue su natal una noche de invierno, blanca y negra. Como él dice, las calles que están al Este del Puente: Marte, Mercurio, Luna, le recuerdan por sus nombres su terruño de tierras grises y secas y de arenas volcánicas. Por Tlaxcala pasan el Ferrocarril Mexicano y el Interoceánico.*

1873

*Llega a Veracruz, procedente de México, el primer ferrocarril de la República. El Castillo de San Juan de Ulúa y el Baluarte de Santiago lo saludan con salvas.*

24 de octubre de 1960.

El muerto es un vivo. En efecto, Atanasio vive y es un prófugo. ¿De la justicia?

1869

*Apertura del servicio México-Puebla del Ferrocarril Mexicano.*

26 de octubre de 1960.

Huelga de hambre de algunos ferrocarrileros que se encuentran en la prisión, la cual es secundada por miembros de asociaciones juveniles. Tres ferrolanos son excarcelados tras una severa admonición, al causar ejecutoria los amparos otorgados 20 días antes. Quedan cesantes, por lo que uno de ellos se levanta la tapa craneal con un revólver 38. Los desórdenes están a la orden del día. ¿Se aproxima una convulsión social?

1860

*Este año se comienzan a trazar los ferrocarriles de México, con el único objeto de entroncarlos con los ferrocarriles del Este y el Oeste de los Estados Unidos.*

1.º de noviembre de 1960.

Día de Todos los Santos. Luciano recibe la visita de un ferrocarrilero en su guarida de la Calzada de los Misterios, quien le comunica abstrusas pero no apócrifas noticias. Prodición. Examen de conciencia.

1856

*Nace, para propagar la especie, en Teozulco —lugar del Dios Viejo— Todolosantos, nonato. Un año antes de que llegara a México la primera locomotora, La Guadalupana, que recorrería 6 kilómetros desde lo que es hoy el Jardín de Aquiles Serdán a la Villa, pasando por Santiago Tlatelolco. Su dedo meñique era más grueso que los lomos de su padre. Estropeó, al nacer, la matriz de su progenitora, por lo que todos sus hermanos se malograron.*

1850

*El 16 de septiembre de este año, se inaugura el tramo del ferrocarril que va de Veracruz al Molino. A cada pasajero se le permite llevar una arroba de equipaje.*

2 de noviembre de 1960.

José Trigo lleva una caja, por segunda vez, a los Funerales Pescador. Mira, con sus ojos reventones como ovezuelos, algo que lo perderá, que lo hará abandonar estos campamentos para siempre. ¿Muerto? ¿Vivo? Quién sabe. Ese día pierde un zapato. Meollo.

1842

*De esta época datan los estudios, las memorias y las concesiones a los tenedores del antiguo privilegio para construir el ferrocarril de Tehuantepec que habría de unir los dos océanos.*

1825

*En este año, el 25 de septiembre, es cuando la locomotora Active viaja de Stockton a Darlington.*

3 de noviembre de 1960.

José Trigo encuentra, en un basurero, un zapato de color café. Se lo calza. Cicote. Ahora tiene un zapato de un color y otro de otro, el excéntrico.

1676

*Se termina la construcción de las quince ermitas de la Calzada de los Misterios.*

4 de noviembre de 1960.

Surge una comisión de «personajes revolucionarios» y políticos confabulados en pandillaje que intentan zanjar dificultades y negociar la libertad de los presos junto con el sindicato charro. Los presos la desconocen. Excelsas damas pudientes, llevadas por la compasión, efectúan cristianas tómbolas y rifas para llevar alimentos a Nonoalco. Días de abstinencia.

1660

*El obispo de Nicaragua ordena reparar el convento de Tlatelolco y construir un claustro.*

6 de noviembre de 1960.

El viejo Leonardo (Todolosantos), inicia sus visitas dominicales a Manuel Ángel, tratando de convencerlo de que eche a José Trigo del Campamento Oeste. Se lo encuentra —como siempre— con el copete lleno de vaselina de olor capitoso, muy embaidor (Manuel Ángel).

7 de noviembre de 1960.

Día del Ferrocarrilero, en homenaje al Héroe de Nacozari. Los campamentos están acordonados por contingentes de granaderos situados en la periferia. La tribuna ferrocarrilera está reducida a uno que otro orador y panegirista deslucidos y demagogos, que discurren sobre tarimas improvisadas. En las galeras del nosocomio de los Ferrocarriles, los hospitalizados pacientes se declaran en huelga de hambre. La apoyan la dotación de enfermeros, parteras y afanadoras. Reaparece Luciano, Luciano el avenible, el prototipo, Luciano el unigénito. Acontecimiento de gran resonancia.

1624

*En los alrededores de Tlatelolco, y según cuenta la leyenda, el arzobispo de México se echa al agua, se convierte en pez y se lleva en la boca al Santísimo Sacramento.*

9 de noviembre de 1960.

Cunde la barbarie: exaltados ferrocarrileros que obran permisivamente de acuerdo con sus dirigentes, toman represalias y se encargan de linchar a algunos soldados y compañeros de labores divisionistas o desleales. Hazazeles que lastan culpas ajenas. La Ley del Talión.

10 de noviembre de 1960.

El movimiento resulta dispendioso en exceso —exterioriza la gerencia—: se pierden (suputación) casi quinientos mil pesos diarios por accidentes debidos a la inexperiencia de los esquirols. Además —agrega—, es tiempo de deslindar

responsabilidades y hacerle rendir cuentas al Comité del Sindicato ahora en prisión: malversaciones y filtraciones de fondos —por lo bajo un millón de pesos— situados en diversas partes del país, deudas insolutas, etc., etc. Inocuo no, inicuo. Pero... ¿irrefragable?

1610

*Se acaba de construir el Templo del Señor Santiago, en Tlatelolco. Se inaugura el 24 de julio, víspera de Santiago Apóstol.*

*Otra noche cualquiera, una noche en la que un ventarrón serpeaba por los rieles del Campamento Oeste y barría las inmundicias, yo fui al furgón de la madrecita Buenaventura. El viento soplaba sobre las yerbas y las mecía, alentaba sobre los basureros, los vertederos y los escombreros que había aquí y allá, entre los furgones, y removía las caspicias: preservativos, pasadores, posos de café, lendreras, esputos, talonarios de cheques, mondaduras de naranja, barquillos y moscardas que revoloteaban en busca de carne muerta: todo recibía el hálito dulce de la noche fuliginosa, impenetrable.*

*Llegué al campamento a la hora séptima de la noche, la hora en que regresan los hombres que han pasado todo el día levantando los rieles que fallan: bien porque se agrieta el hongo, bien porque se arrugan y hay que esmerilarlos, o mal porque se oxidan con el ozono que trae la brisa del mar y se dañan con la salmuera que escurre de los carros refrigeradores. Cuando entré al furgón, vi a la madrecita Buenaventura, a Anselmo, a Guadalupe, a Bernabé y a don Pedro el carpintero. Buenaventura, madre de la tierra, madre de los dioses, vestía su propia piel, aviejada y sucia, y sostenía una escoba en la mano. Anselmo el carilucio, estaba acodillado en la sombra. Guadalupe el tumbacuartillos bebía como una espita. Bernabé, con las manos llenas de ceniza, fumaba una tranca. Y don Pedro el carpintero, señor de la guimbarde, dormía el sueño de los justos. En el fondo del carro, oscuro como el carbón, vi o creí ver al viejo fósil, al mismo viejo de siempre, esperpento y alcornoque, de carnes amojamadas, de piel como bagazo llena de jiones, con dientes de embustero, higos en el tabernáculo, crestas en el glande, bubas en las ingles y golondrinos en los sobacos: de miembros lacertosos y acorchados, secos como sarmientos, por donde culebreaban las venas; de cara de castaña pilonga, manos aspaventeras como paletas natatorias, piernas cañiflas, y dedos como dátiles: las uñas de luto, llenas de mentiras, y las yemas como orujos de uva.*

*Y aquella noche, la madrecita Buenaventura vio el libro de las adivinanzas y dijo: «El día es bueno, la hora es buena», y nos contó, muy en secreto, los pecados de su talega. Nos contó su historia. Anselmo, Guadalupe, Bernabé, don Pedro el carpintero y yo, la escuchamos. Y tú también. Tú que eras Buenaventura, pero no la Buenaventura que estaba en el furgón, más fea que la bruja del candilejo, y hoy por hoy una vieja pelarruecas desmadejada en cuarto menguante, de carne manida,*

hecha una plepa y una odrina, con el vientre como vedija de algodón, con un pie en la sepultura y con el alma en un hilo, sino aquella otra Buenaventura que estaba de buena hebra, que vivía en Tamoanchán, el pueblo de Buenaventura, cuando Buenaventura la vieja, carcoma de los huesos de su marido, tenía tantos años como la docena del fraile, Buenaventura la joven.

Tú que eras don Pedro y Bernabé. Y ellos que eran Anselmo y Guadalupe. Y nosotros que éramos el viejo, y el viejo que era un muchacho que tenía tantos años como un ciclo solar y que era amigo de mi padre, el padre de Buenaventura, y que me contaba a mí, el padre de Buenaventura, de durmientes y de trenes, de rieles y de balastro, mientras ellas, las tres Buenaventuras, escuchaban. La Buenaventura la niña. La Buenaventura la joven que parecía un angelón de retablo y que era más linda que todos los ángeles de todas las jerarquías, órdenes y coros sobrecelestiales: peregrina como querubín, venusta como serafín, relinda como trono, maja como dominación, bienpareciente como virtud, guapa como potestad y más agraciada que todos los principados, arcángeles y ángeles: por algo las doncellas la llamaron bienaventurada. Y la Buenaventura que dormía dentro, la que ahora está despierta en este lugar oscuro, sin luz y sin ventanas, y que nos cuenta cosas que sucedieron en los tiempos de maricastaña, en los días del rey que rabió. Porque ellas, las Buenaventuras, antes del mundo, antes que los abismos fueron engendradas, antes de que fuese puesto el estatuto del mar y fuesen establecidos los fundamentos de la tierra. Allá, en los tiempos de entonces, sucedieron cosas que se me han olvidado al cabo de los años mil. Tú y yo éramos los ferrocarriles que entonces existían: el ferrocarril de Campeche a Lerma, el de San Juan Bautista a Paso del Carrizal, el de Cárdenas a Río Grijalva, y el de Potrero, el de Vanegas y el de Matehuela. Tú y yo éramos el agua que nos llegó al cuello cuando todo se vino a tierra. Y ahora, tú y yo somos polvo de aquellos lodos.

En aquellos días de marras, sin ir más lejos, cuando todavía las mujeres de nuestro pueblo barrían las calles con ramos de hortensias y los entierros llevaban carros de respeto. Cuando se usaban como carnadas a las mariposas de los gusanos de seda, y las mujeres se prendían en los corpiños, para ver a sus mancebos, en las noches, cocuyos luminosos. Cuando los pescadores pulían el maderaje de los laúdes con pieles de cazones y peces lija, y las viejas rezaban rosarios de semillas de peonía, y los caballeros flagelaban a sus siervos con chicotes de piel de manatí.

Entonces, uno era más feliz. Uno era primorosa como una bendición. Uno era morena porque la había mirado el sol. Uno tenía corazón de carbúnculo guardado en estuche de monerías. Uno, como buena indina, tenía cabellos negros como la endrina, uno era un bálsamo, uno tenía ojos color de ciruela claudia que brillaban como lentejuelas, orina de algalia y de florines líquidos, aliento de búcaro y de mandarina, saliva de ámbar y zumo de cañaduz, y labios como la grosella. Uno tenía axilas y coño de felpa, clítoris de lengua de gorrión, tetas de uva palomina, matriz de vaso lacrimatorio, vientre de caja de Pandora y nalgatorio de redoma encantada.



Uno era alegre como un abril hueveril, linda como rosa de mayo y buena como luna de enero. Y uno, una, estaba esperando a que llegaras tú, el viejo hebdomadario loco como febrero y como marzo otro poco, más aciago que un martes, cara de viernes y alma de miércoles, para que hicieras tu agosto con ella, Buenaventura. Ella, que se asomó por esos ojos que tenía, hermosos como balcones de la gloria, te miró, me miró, y como por ensalmo se enamoró de nosotros. De nosotros, pobre viejo Domingo camafeo y domingosiete que no éramos cosa del otro jueves, aunque presumiéramos de donseñores; de nosotros, hazme el favor, nublo de invierno que éramos como la tala del agua, como la sombra del manzanillo.

Tú, el viejo tientamuros cara de acebuche, que todas las noches vuelve a las andadas: hace la acechona entre los furgones y esculca los campamentos con sus ojitos bizcuernos, un ojo al gato y otro al garabato, encorvado bajo el peso de tantos años a cuestras, y se pega a las paredes, y se asoma por los ventanos, y escucha. Y te escucha a ti, y a mí, y a ellos, cuando estamos contigo y conmigo y con ellas, nuestras mujeres. Tú, el viejo carcamal que toda la vida te la has pasado queriendo sacar raja cuando metes cizaña, vaciar el saco cuando llenas el buche de piedritas, y vivir de gorra cuando te mueres por no hacer nada: porque ni por pienso le das vueltas a la noria.

Y yo, que le hice el buz a Buenaventura, que le hice chichisbeos y le dije pichorrondones y azanahoriatas que fueron música celestial, y le bajé las perlas de la virgen y la hice que se imaginara que el casamiento con el viejo Ramón era casi tanto como el conyugio con el consejo divino, y que el campamento era la tierra del pipiripao donde la recibirían con palio y palmas y que viviría en un furgón limpio como tacita de plata, como patena, como el armiño. Y ella que pensó, sin saber que hacía castillos en el aire, que allí haría su soberana voluntad; que allí se daría vida regalada de principote y aires de duque y de marquesa, y se convenció de que todo sería cuestión de coser y cantar, coger y yantar a tentebonete, más dichosa que un monarca, y que todo eso valía un imperio.

Tú, y yo, y ella, éramos más felices en aquel entonces.

En aquel entonces, tú eras una niña pura como ave del paraíso. Y tú y yo éramos un viejo de mucho mundo, tan viejo como el ferrocarril de Hidalgo, como el ferrocarril de San Rafael Atlixco, como el del Desagüe y el de Monte Alto. Y le contábamos con mucho descuello, al padre de Buenaventura —herrero de grueso dale y dale con la porrilla, atarragando—, que habíamos construido el ferrocarril de Tehuacán a Esperanza, que habíamos puesto durmientes de ocote crudo y de ocote ahogado en cal, que de muy lejos habían llegado durmientes de cedro y oyamel, y que nosotros los habíamos puesto. Y que también había llegado uno solo, de caoba, que colocamos en la estación de Tehuacán, clavándolo con clavos de plata. Y ellas, las dos Buenaventuras, se quedaban boquiabiertas. Y tú les rondabas la calle, tú te despedías de ellas con un beso en la boca, y les decías: «Dentro de algunos años regreso para casarme con ustedes», y ellas se pirraban por ti, y yo me iba a trabajar

de nuevo, a cargar durmientes. Pero entonces yo era un muchacho, y los cargaba como si fueran sondes de leña.

Entonces, cuando uno era más feliz. Cuando cantar como un oropéndola, sin gallos ni gallipavos, ser coqueta como una perdiz y esperar a su prometido para darle el sí y casarse con él, era todo uno. Y uno, dos, tres años después, ver llegar el día. Y el día del bodijo una, la futura, estar tan contenta, vestida y alborotada en cuerpo y alma, como si tuviera hormiguillo, hecha un palmito de rechupete con su rebozo de bolita y sus trenzas negras, que no le cabía a una una paja en el culo. Y no darse cuenta una de que el viejo pasmarote, hecho una trinca, vestido de negro como un sacrismoche y sin embargo de punta en blanco, parecía un mascarón de tajamar, un monigote arrancado de un tapiz, que tenía ojos de pulga pedorra, y que ya le escarabajaban en el cuerpo las ganas de acostarse con una. Porque más serio que una bragueta de ciego, más compuesto que un brinquiño y que un lagartijo, y perfumado de verbena y haciendo el paripé, así estaba el viejo.

Y uno y dos, tomados del brazo. Uno el viejo, y dos Buenaventura, un día muy señalado entrar en la cofradía, vincular sus destinos, casarse como lo manda la Santa Madre Iglesia. Y a una, que si no era de alto coturno y no se había criado entre holandas ni blasonaba de ejecutorias heráldicas sí descendía de gente de pro por los cuatro costados y había mamado la política en la leche, salirle cola en el tálamo nupcial. Y a uno, viejo ubicuo hijo de incubo y de súcubo, que por todo bien antifernal ponía a su magra persona, y que más merecía a una mujer con las cinco efes de la esperanza: fea, falaz, falsa, frágil y flaca, salirle un buen bocado a pedir de boca: buena, bonita y barata Buenaventura. Una, que siempre ha tenido el yo pecador a flor de labios. Y uno, en cambio, que está olvidado de Dios, uno que nunca se ha molestado en pedirle a los santos el ruego por nosotros.

Nosotros, digo, que con palabras dulces como el almíbar, como el acitrón, como la sopa de almendras, le dimos dedada de miel a Buenaventura y le hicimos pensar: contigo, conmigo, pan y cebolla y granito de sal.

Otra cosa fue que fue mentira. No pasaron muchos días para que Buenaventura se pegara menudo susto mayúsculo al darse cuenta de que su viejo era inferior en grado superlativo, y que allí en el campamento, y de tejas para abajo, todos los hombres eran de medio pelo y se medían por el mismo rasero; que allí no estaba uno en montanera ni se podía vivir de motolito; no se ataba a los perros con tramojos de longaniza ni se comía a porrillo ni se dormía largo y tendido cuan largo se era, y que más bien se echaba la hiel, y más mal que bien eran pocas las tortas y poco el pan pintado.

Y no pasaron muchas noches después de la boda y la tornaboda de hongos para que averiguara que su media naranja, que parecía tan sano como una manzana y más bueno que el pan, era sólo un cascaciruelas puras habas que no valía una arveja, y no como decía, más ancho que una alcachofa, un hombre a quien el amor le hacía los mandados y quien mandaba a cupido a escardar cebollinos y freír

espárragos amargueros. No pasaron muchas noches. Pasaron cinco en las que el viejo vinagrillo enseñó que no era un garbanzo de a libra, que no partía el bacalao, y que no se le podía sacar el jugo; cinco noches en las que en vano el viejo sangre de horchata se hacía unas gachas mezclando berzas con capachos mientras Buenaventura, en punto de caramelo y de jalea se despepitaba y mascaba las agrias: a la hora del amor, él se lo hacía a bocaditos, y ella comía pan de trastrigo porque el viejo le pegaba la castaña.

Cinco noches pasaron así, cinco noches en las que después de traerla al retortero, aquello a la postre se quedaba chupado como un mango y más frío que un sorbete o un mantecado; total: nada entre dos platos, y a Buenaventura le quedaba la boca amarga como achicoria y le daban ganas de ponerle al viejo las peras a cuarto, de ponerse con él al tú por tú.

Tú que comías pimienta. Tú que estabas en el ajo cañete, tú, Buenaventura, que tomaste el rábano por las hojas, tú que pensabas: «Así le siente como el azafrán a los loros me tiene que dar para mis tunas y dejarme como verdolaga en huerto fresca como lechuga».

Y yo, que hacía, en lo posible, los imposibles por poder. Yo que me ponía rojo como pimentón y por alambique echaba el quilo, los hipocondrios y el migajón, sudaba el hopo y el jopo y quedaba a la altura de la fresa porque eso era pedir cotufas en el golfo y querer sacar suero de una alcuza, esperar el maná, creer en la venida de los higos chumbos, pedirle peras al olmo.

Y tú que pensabas: «Y pensar que pensaba yo darme un hartazgo y me dieron papilla, y pensar que cambié mi pan de cada día por una casa de mazapán, por un buñuelo de viento, por un plato de lentejas».

Imagínate si hubieran sido más de cinco. Imagínate si hubieran sido así todas las noches que pasaste en Bachimba y en Delicias, en Pabellón y en Las Ánimas y en todas las estaciones y todos los pueblos y lugares que conociste antes de llegar a Nonoalco, después de años y felices días de caminar por la tierra, de caminar con tu casa auestas, como el caracol chupalandero, porque vivías ora enfurgones viejos, ora en casetas de madera que las grúas se encargaban de poner en las góndolas que las transportarían, ora en tiendas de campaña desechadas por el ejército. Pero no fueron sino cinco, date de santos. Y acuérdate. Recuerda a Santos.

Recordar es vivir, madrecita. Recordar que cuando te casaste con el viejo perillán te fue como en feria, recordar que era un viejo frondio que se creía capaz de sacarle consonante a floripondio, un badulaque viudo de caletre y duro de mollera que no tenía pesquis y se alumbraba con pajas, un adoquín bruto de escayola y más pelma que un casero, tonto de capirote que acertaba por yerro, que de bolín bolán daba pie con bola, es vivir en los tiempos en que te llevó a mal morir allá donde Cristo dio las tres voces, allá en el limbo, allá en los mismísimos finibusterres de los báratros infernales.

Y esto no es todo.

*Porque allá, en esos campamentos, no se vivía a la canónica, y tú lo recuerdas: cuando ibas a la bucólica, te quedabas como en misa, tenías que almorzar en latín y que comer aleluyas. Y el dinero para el gasto era como el dinero del sacristán, como amor de monja y pedo de fraile: porque así de poca era la plata que Ceferino, el viejo cefiroseráfico cara de deogracias, ganaba en ese empleo que le había caído como calzón de obispo aunque no era una canonjía o una sinecura.*

*Y eso es poco.*

*Porque además el viejo, que no sabía el cristus, de ritual comía santos y escupía diablos, era hipócrita como un jesuita y un abad en oración, y cuando se emborrachaba armaba un lío más apretado que un paternóster, más gordo que un cirio pascual y más fúnebre que un kirieleisón: todo lo que hacía, decía y deshacía, quemaba como retorta del diablo. Y tú, visto que aquello no rezaba contigo, te cansaste de quedarte en asperges, de pedirle a Dios a cada credo que se lo llevara a su santagloria creyendo que muchos amenes llegarían al cielo, hasta que te diste cuenta de que ya podías esperar el santo advenimiento, pues eso no sucedería ni por un jubileo así llovieran capuchinos de bronce. Porque el vicio ni a Dios ni al diablo les importaba nada.*

*Y eso era todo.*

*Y esto no es nada.*

*Porque recordar tu noche de bodas, es vivir aquella noche perdida en los tiempos en la que el viejo, ridículo como pendón de semanasanta, impertinente como matraca de cuaresma, te vino como magnificat a maitines. Porque después de quitarse el antifaz, y de atizarte una patada en el antifonario sanctasanctorum, te dejó el cuerpo como un cónclave y te puso como ropa de pascua, como túnica inconsútil.*

*Y desde entonces, todo fue apurar el cáliz de la amargura. Todo fue, y fueron, cruces y calvarios.*

*Y todo esto es verdad como Dios es uno y trino. Verdad de Dios.*

*De este jaez, de esas ínfulas, de esa ralea, de este fuero, de esa laya, de esa estofa, de esta calaña era aquel viejo pelafustán. Y pensar que tras ese viejo, tan incapaz de sacramentos como capaz de romperle el bautismo a cualquiera, casado con su soberbia y penitente de por vida hasta que se marchara al otro barrio y se contara entre los oleados, muerto en olor de mezquindad, pensar que tras ese viejo, digo, y pariendo aquí y allá y acullá, y viviendo así y asado y asá, nos fuimos caminando todos nosotros, detrás de nuestras narices, empujando nuestros pechos, jalando nuestras nalgas, arrastrando nuestras sombras por esos mundos de Dios.*

*Nosotros, las tres Buenaventuras.*

*Nosotros la Buenaventura la infanta sexilampiña, arrebolada de rosicler.*

*Nosotros la Buenaventura la joven que le vinimos como perilla al viejo tabardillo.*

*Nosotros la Buenaventura la vieja curada de espanto que al correr de los años sacudimos el yugo, fuimos haciendo cera y pábilo del viejo capacaída y dando*

*pábulo a que la gente dijera que ya lo habíamos metido en pretina.*

*Porque vino Santos.*

*Estuvo Santos.*

*Y se fue Santos, el hombre que primero nos cayó de choz y segundo, y a fuerza de acostarse con nosotros, le fuimos tomando el gusto, nos volvió tarumbas, nos cogió los panes bajo los sobacos. Hasta que tanto fue el cántaro al pozo, tanto el pájaro al gozo, que lo que un principio fueron misterios de alcoba, después, por sabidos, se callaron. Lo callaron los campamentos. Lo callaste tú. Lo calló el viejo. Y lo callaron ellos, los santos.*

*Ellos, que cuando aparecieron cayeron como llovidos del cielo, todos juntos en un solo hombre: San Juan Evangelista con un águila, San Lucas con un toro, San Marcos con un león, Santo Domingo con un perro, San Rafael Arcángel con un pescado en la mano. Ellos, y todos los santos habidos y por haber, los mismos que serían tu luz, tu guía, tu Rosa de los Vientos: Norte de tus esperanzas, Mediodía de tus alborozos, Oriente de tus afanes, Poniente de tus aflicciones. Los mismos, madrecita, que después de bajarte las perlas de la Virgen te levantarían del polvo en cuerpo y alma para ponerte sobre las nubes y hacerte beber los vientos, entraron en una hora menguada, en un día nefasto, en un año climatérico, al furgón donde vivías y te dijeron:*

*—Tú eres Buenaventura. Cómo te va, Buenaventura.*

*Buenaventura, Buenaventura, bienaventurados aquellos días. Días de llorar, días de reír. Días de llegar al furgón y ver que era un chiribitil, un chiquero sucio como buhonera, y un buchínche negro como una cisterna y frío como una nevera. Y llorar lágrimas de cocodrilo, porque tú eras limpia como los oros y hermosa como unas platas. Días en los que el viejo plomífero corazón de bronce, con tal de no enseñar la hilaza del cobre te ofrecía el oro y el moro. Y reír con la risa del conejo. Porque eran días de comulgar con ruedas de molino, días en los que el viejo te decía: «Eres como el trigo», y tú te lo tragabas cuando debías decirle: «Cuéntaselo al nuncio». Días en que tú y yo éramos como el pan pan y el vino vino. Pan que se hizo como unas hostias, vino que se volvió vinagre, madrecita, porque ahora tú y yo somos harina de otros costales, vendimias de otros agostos.*

*Y noches. Noches más de cuántas, largas de talle, en que llegaba Santos, el palomino atontado alto como una cucaña y esbelto como un junco, con los cabellos negros y crespos como el cuervo, la frente preñada y la piel olorosa y marmoleña llena de lunares azulencos como moscos en leche.*

*Noches como la primera en que llegó, cuanto tú ya sabías que iba a llegar. Porque tú esperabas a aquellos santos desde que tu viejo te dijo que en el mismo furgón vivía con ellos en contubernio; con ellos, los santos, los amigos de su alma que se habían ido a su tierra y que regresarían en unos cuantos días: tres, o cuatro, o cinco. Tú los esperabas, desde que las viejas polvolorosas del campamento, las viejas lenguaraces lenguadañas te contaron, una mañanita tempranito despacito callandito,*

que Santos y el viejo eran bonísimos amicísimos desde tiempos hiperbóreos y lontérrimos, que siempre estaban a partir un piñón y habían hecho muy buenas migas aunque los dos se parecían como un huevo a una castaña y eran de diferente cuño. Porque Santos era un inocentón, un muchacho de buena pasta que se caía del nido, era miel sobre hojuelas, era oro en paño bueno como malva rósea y blando como el arroje y la pastaflora. Y en cambio el viejo, que no valía un ardite, era el reverso de la medalla: un escupidor de doblones, un montador de cóleras perdedor de estribos, que a hoz y coz le daba rienda suelta a sus reconcomios y se desbocaba con la más ligera espoleadura cuando alguien se lo quería potrear.

*Y tardes, y mañanas.*

*Buenas tardes y buenas mañanas que no volverán como no volvieron Ojuelos y Calera, como no volvió Bachimba. Como no volverá tu viejo cada corpus y sanjuán a realizar la violación silenciosa y deshauciada de tus carnes, a montarse en tu bandullo y lambucear y hocicar tus tetas secas y agrietadas, madrecita Buenaventura.*

*Y todo porque una noche en la que hacía un frión, caramba, de los mil carámbanos, el viejo verriondo salió del furgón. El mismo viejo que está aquí, del mismo furgón donde estamos nosotros. Salió para cortar una florecita, para hacer del cuerpo o echar una firma, para hacer una diligencia o aguas mayores, y mientras que estaba hace que hace y no precisamente cacafú, sino más bien hace que hace por ventosearse, por descoserse unos cuantos traques traqueteantes por la cloaca clavicorne o tripa del cagalar, vio una locomotora grande y negra y silenciosa que arrastraba, muy despacio, una cadena interminable de carrotanques. Y él vio los ataúdes. Porque eso parecían, oscuros y silenciosos, los carrotanques. Entonces se levantó y a culo pajarero, con el obispillo y salva sea la parte al aire, muy al desgaire y cascabeleando los dientes se acercó a las vías, para verlos pasar. Y hasta se quitó el sombrero. O tuvo la intención de quitárselo. O pensó que no traía sombrero y no hizo el intento de quitárselo. O lo dejó olvidado entre la fruta del muladar. El caso es que el viejo cojo virojo enjuto y cejijunto se empinó, y se quedó empinado como una columna mingitoria, y escuchó los rechinidos que producían al recorrer las vías, y que parecían quejidos de los muertos que llevaban los ataúdes. Y la pipería pasó, se perdió en la oscuridad, pero él siguió escuchando los quejidos, como si el tren los hubiera olvidado. Y de pronto, su ángel custodio lo inspiró, se dio cuenta de que no eran los mismos quejidos, sino otros distintos, que parecían sofocones de una mujer y de un hombre copulando, y así era, se acercó al furgón de donde venían y era el furgón de Luciano. Entonces el viejo hazmerreír correveidile se quedó junto al furgón como si hubiera bebido tenmeaquí, cuando la verdad era que bebía los vientos: estaba hecho un alquitrán y empero temblaba como un azogado, hecho un besugo, y no por una friolera: se acordó. Se acordó de las pieles de vaca que se quejan quedito, de las pieles de novillo que bufan despacio.*

*De lo que nunca se acordó, de lo que jamás se acordará, es de lo que tú y yo*

sabemos. Cosas que, como te dije, por sabidas se callan. Porque más vale callar que la noche en que llegó Santos, el viejo chupaliendres bebió como un sardo hasta ponerse una borrachera piramidal, una melopea de pronóstico reservado. Y Santos también bebió, como Dios manda. Y esto fue en la estación de Las Ánimas, ahora estación de Garabato. Y el viejo convexo, quien entendía la cúbica, se acostó contigo delante de todos los Santos y acto seguido les dio calda, los invitó a hacer casa redonda y triángulo equilátero con su cara mitad. Y los Santos, que no eran amigos de meterse en dibujos, se quedaron con los ojos cuadrados como quien descubre la cuadratura del círculo, y se salieron por la tangente, se hicieron a un lado. Pero el viejo insistió, porque estaba bien paralelepípedo, y los Santos dejaron rodar la bola, obedecieron su santa voluntad porque pensaron: total, tanto monta si tanto monta Santos como monta el viejo. Y así, muy calmantes montes alicantes pintos, metieron el cuevo y te dieron por lo bajo, y de repelón, un entre sin causarte un cabe, te copularon de bote y voleo, de entrada por salida, de ida y venida, estira tira y afloja, coge moje y encoge.

Porque los Santos, madrecita, aunque se queden incontinenti con la cola entre las piernas, también tienen su corazoncito, y de santas intenciones está empedrado el camino al infierno.

¿No tuviste tú la intención y estuviste a pique de enmendar el rumbo y dar la virazón, de abandonar al viejo pirata, de echarte a la brida y poner proa al socaire y a la putería? ¿No te dio la ventolina de soltar las amarras a toda costa, de arriar banderas y a banderas desplegadas fletarte con viento fresco viento en popa a pasar por las picas, a barloventear por esos mundos aunque tuvieras que andar la vida toda de romanía y a la brega, a la flor de berro y de picos pardos, al paio y al garete entre inclemencias y malbonanzas como si eso fuera la formalidad de tus esperanzas, el áncora de tu salvación? Pero no lo hiciste. Te quedaste en el campamento, con tu viejo y con Todos los Santos.

Rachas malas se fueron, rachas peores vinieron: unas, duras como cierzos invernales; otras, maduras como ábregos estivales; equinoccios, solsticios; cordonazos de San Francisco y veranillos de San Martín... Y tú te quedaste. Te quedaste, porque al día siguiente el viejo no recordaba nada, y tú te diste cuenta. Y pasaron más días. Y pasaron Pabellón, y pasaron Calera, y llegaron a Ojuelos. Y en Ojuelos el viejo pobrete pero alegrete volvió a beber que era un prodigio, y la historia se repitió. De allí en adelante, cuando el viejo amanecía con ganas de matar al gusanillo, a ti se te alegraban los ojos, y a Santos se le alborotaba el chirumen. Ya sabías el cuento: el viejo bazofia se alegraría las pajarrillas pimplando a pico de jarra hasta verte Jesús mío, y seguiría atizando la lámpara todo el santo día. Cuando llegara la noche, hecho una cuba, bien inflado de mostagán, el viejo Emiliano a la pata la llana se iría a un rincón y desde allí muy a sus anchas y tumbando a la bartola el viejo consueta llevaría la batuta sin perder ripio, mientras Santos arrimaba el ascua a su sardina.

*Y tú no le darías broche, tú no dirías nada, porque a Santos le venías de molde y como anillo al dedo, y porque ya lo dijiste: Santos el espiritado de la noche a la mañana te cogió la sobaquera, te cayó por la chimenea, te volvió tarumba, te empezó a gustar más que el cañamón a los pájaros, el vino a los tordos y la chucha al chucho. Y aunque se salía del corbatín y estaba sin tripas ni cuajar como un naipe, como si lo hubieran chupado las curianas y de mírame y no me toques como si comiera alejijas y bebiera leche de hormigas, no te hizo flaco servicio: te volvió tarumba, a tumbo y tumbo te bamboleó el alma, a maroma y maroma te hizo bailar la bamba marimba, y después se fue, te dejó sola y tu alma por los rumbos del limbo.*

*Porque un día, Santos se fue, brilló por su ausencia, y tú debiste pensar: «Ahora caigo, no hay tutía, Santos puso pies en polvorosa y cogió el tole y la soleta, besó la correa y las afufas, me dio el esquinazo, salió de naja por la puerta de los carros. Allá se las haya».*

*Haya días buenos, madrecita, haya noches buenas en las que recuerdas que un día, que una noche, a Santos se le llenó la medida, sacó los pies de las alforjas y a las primeras de cambio te dijo sin ambages en propios términos:*

*—Te quiero, Buenaventura —y eso era una verdad como un templo.*

*Y desde entonces todo fue, y fueron, luces y luminarios. En la estación de Ojuelos vivieron muchos días. Y otros tantos en Término y en Conejos. Y haya días como aquéllos, días en que todos los Santos dormían en tus pechos, vueltos un manojo de lágrimas, bajo un cielo recamado de amor. Días en que todos los Santos emborrachaban a todos los hombres, y todas las Buenaventuras habitaban la tierra. Bienaventurados aquellos días.*

*Y haya días malos, madrecita, haya noches malas en las que recuerdes que un día, una noche, tembló el credo y principió el acabóse.*

*Porque tú conocías nada más el principio de la historia. Y creiste que era como el cuento de la buena pipa. Pero no era así. Eras tú, era Santos, érase que se eran y eran amantes porque el hombre es fuego y la mujer estopa y llega el diablo y sopla. Pero no sería así hasta la consumación de los siglos, no viste moros con tranchetes, no pensaste que cuando llegara el sanseacabó a Santos le iría como al enano: tu viejo beodo, maestro en lilailas, bebería como un tudesco, dejaría de hacerse el sueco, se pondría flamenco y armaría la de tirios y troyanos, cegríes y abencerrajes, para darle una patiza gigante a Santos con tal de hacerle mascar el polvo y besar el suelo. Y Santos caería entre los caldeos, pasaría de la calle de las trompadas al callejón sin salida de la amargura, desaparecería de los campamentos como por arte de magia, y colorín colorado, arroz crudo para el diablo rabudo.*

*Muy bien que el viejo, aunque presumiera de tener mucha pupila y colmillos largos, en verdad no tuviera dos dedos de frente. Muy bien que no se fijara que Santos y su costilla eran uña y carne, que Buenaventura se miraba en las niñas de los ojos de Santos, y que Santos la quería a pie juntillas. Porque en realidad, cuando estaba sobrio, no recordaba lo que hacía cuando empinaba el codo y empezaba a*



*chupar la sangre: él bebía y Santos era mano, Santos acababa y él tras y trasmano; él se dormía y por ende, en el ínterin y en el entretanto, en éstas y en estotras, Santos era cola y trastrás por interpósita persona.*

*Pero muy mal que se hubiera dado de cabezadas para llegar al riñón y hecho de tripas corazón para abrir los ojos y escuchar lo que era público y notorio, lo que todos en el campamento sabían al dedillo porque andaba de boca en boca: que Santos y tú lo encornudaban, no sólo cuando él los estaba viendo desde su rincón, el hociforme dilatado, papando moscas y la baba cayendo sobre los pelos de su pecho cerdudo, sino también cuando se hacía de la vista gorda y ponía oídos de mercader.*

*Pero escuchó, ató cabos, desató gorupos y nudos gordianos, y cuando estuvo en los ápices y en los autos del asunto y afrontó el afrentoso argumento cornuto, cuando todos los echaron de cabeza, a ti y a Santos, y supo que era la fábula y comidilla de las gentes y la piedra del escándalo, los dizques le hicieron roncha, le llegaron hasta los tuétanos, le levantaron ampolla y le pusieron el dedo en la yema de la llaga. A él, al viejo que hacía el mal y no cataba a cuál, y que lo mismo le daba hacer algo por el bienparecer que por el quedarán. Desde que lo supo, lo tomó muy a pecho y no echó pelillos a la mar. Comprendió que era un hueso difícil de roer al que tenía que dar cara porque no había modo de tragar saliva, roblar el espinazo, cruzarse de brazos, hacer estómago, criar callo y bajar las orejas. Y como no era manco ni cojo ni le gustaba dar palos a ciego, decidió enderezar el entuerto, enseñar los dientes y dejarlos, a ti y a Santos, con un palmo de narices después de tenderles la zancadilla y cortarles la perilla del ombligo. Con tan buenas explicaderas, ni modo de hacerse el desentendido. «Lo pagarán con el pellejo», dijo, «A mí nadie me pone la pierna encima».*

*Uno lo sabe. Uno sabe que el viejo chafalmejas era como la almeja, que se abría de valvas cuando se quemaba. Y como andaba escocido, se abrió de capa. Uno sabe que tenía lengua de culebrina y que, como todavía creía a Buenaventura bajo su férula y su feudo, decidió por pronta providencia y como piedra de toque hacerle beber la toca, hacerla pasar por las horcas caudinas, cogiéndola en la loseta y colocándole un badal en la bocacha y un dogal en el gollete, para entonces apretarle los husillos y las empulgueras y así partirla por el eje. Pero uno sabe que si uno aguanta mecha, no le hacen mella a uno.*

*Uno, dos, tres días después de llegar a la estación de Delicias, uno anda con cien ojos. Y cien ojos lo miran a uno.*

*Cien ojos o más no se cansaron de ver que Santos y Buenaventura se acostaban juntos, y cien bocas o más no se cansaron de meter malillas y decírselo al viejo.*

*Hasta que el viejo churriburri chisgarabís, por bitola o por arte de birlibirloque, acertótolis con el tuautem y con el busilis, y cien bocas a cada trique y traque barraque hicieron albórbolas y al bultuntún le hablaron del intríngulis tenguerengue y andimais cien lenguas, entre dames y tomares, dacas y tomas, dimes y diretes, le dijeron que el asunto no estaba tan aínas, que la quisicosa, por lo mismo que no*

estaba en angarillas, tenía sus arrequives y sus entresijos; pero que se dejara de chafalditas y chilindrinas, y de llevar el ten con ten, que a la birla birlonga y a la bóbilis bóbilis desembrollaría el tótum revólótum maremágnum más enredoso que un laberinto, un trabalenguas o un galimatías; que así daría con el embolismo y sin tiquismiquis de su parte ni cháncharras máncharras, patatines, patatanes, requilorios y triquiñuelas de Buenaventura, le haría cantar el kikiriquí a la vieja frígilis y pútilis, a ruso y a yuso, con todas sus retartalillas, con todos sus pelos y señales, sus retintines, quirlinquinpuces y ajilimójilis.

Pero no fue necesario, porque tú y Santos ya habían decidido que no se andarían con muletas o con puyas en el cerviguillo del viejo Filiberto: a todas luces y a todo ruedo, era necesario que Santos abriera plaza para encallejonoarlo y acorralarlo entre la espada y la pared de suerte que el viejo quedara en las astas del toro, mientras tú, Buenaventura, verías los taurios desde la talanquera. Pero dado caso que el viejo bicho saliera al coso atestando y sorteara el peligro, dándole un derrote y un revolcón a Santos después de cuartejar el cuerpo, tú entrarías al quite de sobresaliente y espontánea para echarle un capote, y entre los dos, al alimón y burla burlando, le darían la estocada y la puntilla de ballestilla y pasatoro al viejo cornúpeta, quien no tendría más remedio que cortarse la coleta y tomar el olivo por el arrastradero.

Así que cuando uno llega al furgón decidido a cortar a cercén y a poner a buen recaudo a Buenaventura, a uno lo bajan de los cuernos de la luna. A uno le dicen una fresca, como si uno fuera el lucero del alba, y a uno le saben las palabras a cuerno quemado, le hacen ver las estrellas a uno. Uno se queda como quien ve visiones, porque escucha algo. Y algo es algo. Y a lo hecho pecho. Y hechos pedazos salimos del furgón, hechos mierda nos vamos al carajo, y lloramos a lágrima viva y a moco tendido. Caminamos como locos por el campamento, por la estación de Delicias, por el campo, por las viñas, por las piedras. Y regresamos al furgón al amanecer.

Pero mientras, y a cortarle el sayo a uno y a ponerlo en calzas prietas, llegó el otro. Otro, que es una seda manga ancha, que habla siempre en calzas y jubón, en cueros y sin calceta, y que sin embargo cuando le dicen que ya se descubrió la encamisada y que tiene que ir a cardarle la lana al viejo, que hablarle a rompe y rasga con el calzón quitado y decirle sin hacer jiras y capirotos: «Ella y yo nos queremos y nos vamos de este pinche campamento», a otro le da miedo tirar los bonetes, ponerse las botas y meterse en camisa de once varas. Porque otro sabe, hasta por el forro, cómo se las gasta el viejo, no de balde otro ha sido amigo de las entretelas de uno. Pero otro, aunque ve las cosas por tela de cedazo y preferiría echar un velo sobre el asunto, otro, sin embargo, ya le ha puesto el gorro a uno, otro quiere a Buenaventura más que a sus zapatos viejos y no echa su amor en saco roto, así que otro se pone el saco, se faja los pantalones, y dice a quemarropa: «Le voy a enseñar a ese tipo quién es la horma de su zapato».

*Cuando otros dicen esto. Cuando otros, los Santos, lo dicen, nosotros nos sentimos mejor, y muy decididos a dar en caperuzas y de ribete y de rebote hacerle doblar la servilleta al viejo, a socapa salimos de rondón como descosidos con pies de plomo pisando huevos.*

*Es el amanecer, en la estación de Delicias.*

*Unos vienen, y otros van. Unos hombres ayudan a sus mujeres a recoger sus bártulos. Otros, enganchan los carros. Porque el tren del campamento va a partir, salimos hacia Bachimba.*

*Unos, los viejos, llegan al campamento: les hicieron el feo, les espetaron lindezas. Otros, los Santos, salen del campamento a vérselas con los unos sin miramientos ni contemplaciones. Y todos nosotros nos encontramos, frente a frente, una mañana, en la estación de Delicias. Las viñas están maduras. El vino de la tierra negra humedece los poros, se rezuma y entrevena, se trasvina. La sangre bulle y arde. Y para unos es cuestión de ponerse de mil colores cuando otros nos confiesan su amor por Buenaventura, porque aunque unos no la quieren ni el blanco de una uña, so color de saberse cuclillos se sienten ofendidos en su negra honrilla cuando otros se lo dicen de sopetón. Y para otros es cuestión de quedarse en la estacada con los ojos nidrios, de quedarse en Delicias de golpe y porrazo pintos, durmiendo a cortinas verdes y dando las boqueadas, después de que nos pusieron de oro y azul, después del zipizape y la marimorena que unos le armaron a otros.*

*Cuando lo supo Buenaventura, entonces y sólo entonces en toda su vida, ella, que nunca fue muy dada al dengue ni salía con clarinadas fuera de tono o con falsetes de tal tenor, ni le gustaba tocar el violón exagerando la nota y la tesitura, entonces, digo, y sólo entonces, sin ningún preludeo y como el asunto tenía sus bemoles después de tronar como un arpa vieja y de armarle una faramalla a grande orquesta moduló la tónica y muy a la sordina le templó las gaitas al viejo pintaviolines y le habló con palabras dulces como rabeles de pastores alegres como unas castañuelas o unas panderetas creyendo que aún sabría llavearlo pero pian pianito al cabo de tocar todos los registros y pedales y de contar todas las seminimas y calderones sin dar en la tecla se le acabó la cuerda porque el viejo puso carrillos de trompetero subió el diapason y sin ton ni son le armó la titiritaina le espetó unas cuantas fanfarrias destempladas y unos cuantos pífanos rompetímpanos y con bombo y platillos la mandó con la música a otra parte dejándola llorándola como una chirimía después de darle en contrapunto de varapalos una solfa de dómine reverendo miserere fa porque el viejo era así cuando pitos flautas cuando flautos pitos. Y porque las cosas pasaron así, madrecita, porque el más amigo la pega y la diña, porque unos son más fuertes que otros y le dieron una golpiza a los más pintados y otros no volvieron nunca.*

*Nunca, ni por unos días. Nunca, ni por otros años, Santos volvió ni Buenaventura supo de él. Ayer fue la víspera de todo esto, así que al correr del tiempo, ella debió olvidarlo, debió pensar:*

*«Hace muchos años que Santos se me quedó en el tintero: se me fue el santo al cielo.»*

*Así debió decir, y santas pascuas.*

*Y si tuvo algo más que decir, sí dijo algo más, fue seguramente: «Porque quise a Santos y Santos me quiso a mí, porque Santos me gustaba más y tú lo mandaste a volar, por eso, viejo Leoncio bravucón, te puse en el escupidero, te puse, te pongo y te pondré el nombre del santo de cada día. Porque Santos nació en el día de Todos los Santos».*

*Pues bien. Ésta es tu historia, madrecita Buenaventura. La historia tuya, y la de Santos, y la de tu viejo. Perdóname, madre de mis pecados, diosa de las siete culpas y de las ocho bienaventuranzas, si te imaginé con ira y te dije con pereza, si te inventé con lujuria y te apacenté con gula, y si además de enaltecerte con envidia, te concebí con soberbia y te conté con avaricia. Que se vaya lo uno por lo otro.*

*Que hoy, conté tu historia por ti, y mañana, tú la contarás por mí. Que al fin y al cabo no tenemos la vida comprada ni la muerte vendida. Hoy por ti y mañana por mí, andando el tiempo y con el correr de los días todo se andará, tirandillo. De esta hecha, mañana será otro día, te lo digo de todas veras, madrecita, y tú lo sabes: a luengas vías, luengas mentiras: antañazo fue tiempo dorado; hogaño, para ti, para mí, para todos, corren malos vientos, todo se viene a tierra, el agua nos llega al cuello y salimos del fuego para entrar en las brasas.*

*Una noche de agosto, estábamos tú y yo en el Campamento Oeste, en el furgón de la vieja Buenaventura, vieja nefandaria y sucia, abuela nuestra. Cuando acabamos de contar la historia de Santos, nos quedamos callados, por muchos años, oyendo pasar sobre las vías todas las viejas locomotoras muertas que sus ojos habían visto: la locomotora Gran Mogol de chimenea de diamante, la locomotora Guadalupana. roja carmesí festoneada de oro, y la negra Cambuja, arrastrando todos los muertos, todos los recuerdos, pasaron casi en silencio, bajo la noche de estrellas de carbonado apagadas por el viento, levantando a su paso un averío de palomas negras.*

*A la hora quinta del día, aún a oscuras, salí del furgón y vi al viejo paniego y hervíboro quien vagaba por los campamentos. Lo vi, agachado, curvando el espinazo grueso y crestudo, recogiendo yerbas y embuchándose las. Y vi que me miraba con sus ojos grandes de pálpabras como fárfaras de huevo.*

*La sombra de la vieja Buenaventura, densa y grande como la sombra de un águila, me acompañó por los campamentos. Al llegar a la calzada, vi a una grúa burro que remolcaba desclavadoras, hachazueladoras, carros de herramientas y carros cargados de riel viejo que sería destinado más tarde, de mejor a peor, para vías troncales; para ramales después, con los extremos cortados; luego para laderas y vías de patio; luego para vías industriales, espuelas y almacenamiento de carros, y por último para venderse como desperdicio. Y vi también un camión donde viajaban los jardineros que irían a cortar el pasto de los jardines de la ciudad, a podar y*

*chapodar los árboles, y a barrer, con sus escobas de verdascas, las hojas secas, doradas y crujientes, para amontonarlas en sus carretillas. Pasó después una barredera mecánica.*

*Cuando crucé la calzada, un río de polvo ondulaba por las vías como un largo lagarto sagital gelatinoso.*

11 de noviembre de 1960.

Luciano resucita, incognoscible, ante el asombro y el júbilo de los ferrocarrileros adscriptos a su sección, así como de otros súbitos súbditos. Sí, sí cumplió con su deber Luciano. Lo que son las cosas. A partir de este día, se transforma en paradigma y piedra angular del obrerismo.

20 de noviembre de 1960.

Quincuagésimo aniversario de la Revolución mexicana.

1581

*Se ordena la construcción de caños de agua destinados al monasterio de Santiago Tlatelolco. Dichos caños habrían de partir desde el Puente de Orduña o de la Mariscalá.*

29 de noviembre de 1960.

El gobierno anuncia la amnistía para todos aquellos ferrocarrileros insumisos que «habiendo incurrido en delitos políticos, regresen a sus labores y atiendan a la observancia de las leyes». Se les conmina, tácitamente, con una triste alternativa: la cárcel o el exilio.

1547

*Entra por primera vez a Santiago Tlatelolco nuestro Precioso Salvador el Santísimo Sacramento.*

4 de diciembre de 1960.

Manuel Ángel escucha, de los labios del viejo Clemente, algo que le hace parar la oreja y echar en el cartabón ciertos datos. Cuando el viejo llegó, Manuel Ángel estaba reposado. Ahora no le cabe el alma en el cuerpo. ¿Por qué?

1536

*Se funda el Colegio de la Santa Cruz de Santiago Tlatelolco. Se inaugura el 6 de enero, día de Reyes y fiesta de los catecúmenos.*

5 de diciembre de 1960.

Manuel Ángel, después de muchos meses de haberse distanciado de Eduviges, de haberla calabaceado por la casquivana, casquiblanda de Genoveva, visita el Campamento Oeste, decidido a echar fuera a José Trigo. No lo encuentra. Eduviges le dice que José Trigo ya no volverá. Manuel Ángel guarda la fotografía de José Trigo y Eduviges.

6 de diciembre de 1960.

Declaraciones de algunos funcionarios de criterio maleable, y que consideran la huelga unilateralmente, como es de suponerse: «La aventura comunista le costó al Erario una suma que engloba más de 100 millones de pesos. Verbigracia: por falta de transporte y como no se pudo obtener almacenamiento, hubo de quemarse el combustible producido en Minatitlán: chapopote, petróleo diáfano, diésel, mexolina, kerosina». Daño imposible de subsanar.

1533

*Se escenifica en Tlatelolco el Auto del Juicio Final.*

8 de diciembre de 1960.

La Purísima Concepción. Día disanto, o sea, de fiesta inmoble. El ferrocarrilero termina el corrido de Nonoalco-Tlatelolco. He aquí la última cuarteta o redondilla: «Ya con ésta me despido / corriendo por el andén / ya vienen por ai los cuicos / y me va a llevar el tren».

10 de diciembre de 1960.

Primer día del Triduo nocturno que los ferrocarrileros dedican a su patrona, la Virgen de Guadalupe. Festividad en Santiago Tlatelolco. Manuel Ángel ve a José Trigo entre la multitud. Lo persigue. José Trigo se esconde en la carpintería de don Pedro.

11 de diciembre de 1960.

Tercer Domingo de Adviento. Segundo día del Triduo. Manuel Ángel vuelve a ver a José Trigo. Lo persigue. José Trigo se esconde en la caseta de Bernabé.

1524

*Se le da el carácter de «Visita» al convento de Tlatelolco.*

12 de diciembre de 1960.

Tercer día del Triduo celebrado en Santiago Tlatelolco. Comuni3n nocturna de los

hijos de los ferrocarrileros. Profusión de juegos pirotécnicos. Gigantescos desfiles de antorchas. Atanasio, vivo, es paseado en una jaula. Los ferrocarrileros, determinados a morir, planean una manifestación por las calles de la ciudad. El ejército la disuelve en Santiago Tlatelolco. Lluvia de fuego, gases lacrimógenos, pedradas, balas, que caen a barrisco sobre todos los ferrocarrileros. Atanasio muere en la tremolina y su cuerpo desaparece para siempre. Manuel Ángel avista por tercera vez a José Trigo. Lo persigue. José Trigo se esconde en el humilladero. Manuel Ángel lo sorprende pero José Trigo alcanza a escapar y desaparece en las sombras. Pierde el otro zapato que fuera de Manuel Ángel. ¿Se fue para el Oeste? ¿Se fue para el Este? Nunca se supo. Noche de estrellas titilantes que flotan en el firmamento, intactas.

23 de diciembre de 1960.

El movimiento, exhausto, llega a su epílogo. Muere de gangrena, de atrofia, de inanición, estrangulado, en fin, de todo. Supremacía de la fuerza. El gobierno ha obtenido una victoria pírrica. Finalmente han vuelto al trabajo todos los ferrocarrileros tanto numerarios como supernumerarios, aun los más reacios. Hay que ganar la cuota del sustento cotidiano. Algunas estadísticas: durante 1960, murieron 38 trabajadores y 2154 resultaron heridos en accidentes de trabajo. Se transportaron 32 millones de pasajeros y 32 millones de toneladas de carga. Las pérdidas de explotación de los FF CC fueron de 303 millones de pesos. En existencia hay 1158 locomotoras. Mar de las Tempestades.

1521

*Cae el antiguo Reino de la Triple Alianza.*

*Un 26 de diciembre.*

*de un año bisiesto de hace muchos años:*

*Llego yo al Campamento Este. Pregunto por José Trigo. Noche de plenilunio.*

## (LA CRISTIADA) (II)

*Ficción geográfica:*

*Luego deformar el Remanso de la Divina Concepción señalado como bautisterio, el Arroyo de Todos los Santos enfrascábase en el Bosque de la Epifanía. Por el Sureste, la Explanada de la Eucaristía estaba cortada por el Despeñadero de Jesús Nazareno, el cual era la continuación del tajo Norte del Desfiladero de la Natividad, y por lo tanto tenía a sus pies el Valle de la Circuncisión. Este valle se deslizaba con suavidad hasta llegar a un picacho señero, bautizado con el nombre del Peñón de los Ángeles, que hacía las veces de vértice interior de un delta boscoso a cuyos lados bifurcábase el valle. El bosque así circunvalado, llamábase Espesura de la Santa Cruz. Por el lado Noreste, el declive del valle se agudizaba y ondulábase luego para tomar el nombre de Lomerío de Corpus.*

*Noticia histórica:*

*Cuando los federales llegaron al Volcán de Colima, el ejército cristero estaba organizado. Emitidos de su seno a cajas destempladas todos aquellos que dieron señales de acarroñarse, y adiestrados a la perfección los elegidos por su valor y su pericia, esperaban al enemigo. Por su parte, el viejo aprendió también los secretos del arte de la celéstica. Asimismo los símbolos militares: dos fusiles en cruz y una cometa, formaban el símbolo de la infantería. Dos sables en cruz, el de la caballería: una omega invertida, el de remonta y veterinaria; y una línea a cuyo largo corría una espiral, el símbolo de las alambradas de concertina. 50 kilos de pólvora, que por lo general se empacaba en cuñetes de 10 kilos cada uno, son suficientes para fabricar 21 250 cartuchos, y en los furgones de los trenes de vía ancha caben cuarenta hombres, holgadamente, mientras que en las jaulas de 28 a 30 semovientes: esto también lo sabía. Y lo mismo que las tres acémilas de un pelotón pueden transportar hasta 5220 cartuchos, y que el cebo de éstos está compuesto por una cápsula de latón con fulminato de mercurio que provoca la combustión de la carga. Manejó el heliógrafo. Y aprendió también que el aire seco y frío enferma de coriza a los caballos, y que la suciedad pudre las ranillas de las patas produciéndoles cojera. Además, con justicia distributiva, enseñó a sus hijos, todos serviciales, a desempeñar diferentes actividades en el campamento. Así, uno fue monaguillo. Otro, amanuense. Otro galopillo. Éste, cuartelero. Ése, el furriel que suministraba el pre y la cebada. Aquél el fiscal que vigilaba la sumisa asiduidad al sacrificio incruento de cuanta fiesta de precepto o intercisa marca el eucologio. Y estotros, los encargados de salgar al ganado y conseguir otros forrajes y verdes para pensarlo. El cura, atento a*



*lo que consideró una gabela implícita a su ministerio, seguía redactando memoranda dirigidos a los senescales de la plutocracia pidiendo subsidios para sufragar la justa.*

Al siguiente día, 30 de septiembre de 1928, fiesta de San Jerónimo, el indio mayo acompañado de sesenta tiradores punteros, y habilitado con municiones de boca suficientes para dos días, tomadas del bastimento general de los cristeros, encaminóse a buen temprano hacia el Monte de la Resurrección. Cerca de quinientos cristeros más ocuparon también las posiciones que designó el viejo.

Unos, se dirigieron a los socavones de la Garganta del Espíritu Santo. Otros, los saeteros, esguiláronse en los árboles que crecían a la entrada de dicha garganta. Otros más ocuparon la Espesura de la Santa Cruz, el bosque de la Epifanía y las trincheras terrizas y los nidos de urraca de la explanada. Cien hombres se quedaron en la meseta para ser usados como tropas de refresco.

Cuando los cristeros que debían asentarse en la Colina de los Reprobos se disponían a partir, el viejo llamó aparte al hombre que los comandaba y le dijo a sovoz:

—Óyeme bien y cállate la boca: cuando suelte a las palomas, tú también empiezas a disparar.

—Como usted diga, mi general —contestó el hombre.

El viejo ordenó en seguida que apagaran las fogatas. Por esa noche, los cristeros tendrían que comer verduras a medio cocer, y otras crudezas ingratas al paladar e indigestas a cual más. Las guisanderas se embozaron y derramaron sobre el fuego el agua parda y grasa de las cochuras. Cuidaron que no cayera alguna de las hortalizas o alguno de los trozos de carne que contenían los peroles. Después, con las manos en cuenco, recogieron tierra y la dejaron escolarse entre los dedos, lentamente, como quien deja caer tierra sobre un muerto. Tan lentamente, que el viento que soplaba en la planicie, un ligero remusgo que apenas movía las hojas de los árboles y animaba los cabellos escapados a la prisión del rebozo, transformó los chorros de tierra en cortinas tenues, ajironadas, impalpables. Las cortinas confundieronse luego con la luz matinal, sucia y triste.

Los hombres se desperezaron, levantándose con desidia, y en jarras, o con las manos en los bolsillos del pantalón, removieron la tierra con los pies como quien remueve la arena de una playa para cubrir los nidos de los cangrejos, y ahogaron las favilas que caían en los alrededores de las fogatas.

Por la tarde, los niños adornaron con ramas los adoratorios y templetes, y en lugares altos, postrados, ofrecieron incienso a la Reina de los Cielos.

De pie en la prominencia de la meseta que les servía de observatorio, el viejo y el cura atalayaban el horizonte. La meseta, base de operaciones de los guerrilleros de Cristo, mediría cien cañas de largo, y desde allí a la Nava del Infierno, en línea diagonal, habría nueve estadios.

Dos nubes de polvo, una alta y sutil, y otra baja y espesa, anunciaron a los

federales.

—Ya llegaron —dijo el viejo Jerónimo Todolosantos.

—Sí —dijo el cura, y agregó con el magisterio propio de su verba—: pero también llegaron los dioses, porque son más los que están con nosotros que los que están con ellos. Seremos invictos; vencerán nuestra fe y nuestro tesón.

A las seis de la tarde, el viejo avistó la falange enemiga. Cogió la carta geográfica de un legajo que llevaba bajo el brazo, ligado con un balduque, y dibujó en ella con un lápiz de almagre un rectángulo seguido por una flecha ondulada. Lo cruzó con dos líneas que unían los vértices opuestos. Adelante de este rectángulo dibujó un círculo precedido por tres puntos.

La columna estaba formada por un grupo de caballería dividido en un escalón de reconocimiento y un escalón de combate. El grueso de la columna estaba protegido por guardaflancos móviles que se desplazaban a saltos. Sin duda alguna el coronel que la comandaba temía un ataque que partiera de la Colina de los Réprobos. El viejo calculó el tiempo que duraba el escurrimiento de las tropas desde los altozanos que rodeaban la falda de la colina hasta la entrada al valle. El oficial a cuyo cargo estaba el escalón de reconocimiento ordenó una conversión y volvió grupas para reunirse con la columna.

—Son como cien de a caballo y como seiscientos de a pie —dijo el viejo—. Y traen dos cañones.

—A ver, hijo —dijo el cura. Tomó el catalejo. Vio cómo la infantería efectuaba un despliegue para entrar, en línea, al valle.

Al anoecer, los federales habían asentado los reales. El Valle de la Matanza era el lugar escogido como primera y única etapa. El campamento formaba un semicírculo con la curvatura hacia el Oeste. En el centro, enhestada en la punta del alfanque mayor, ondeaba la bandera coronela.

—Esta noche ya no hay nada —dijo el viejo—. Vámonos a dormir.

Entró a su cabaña, que hacía las veces de cuartel maestro, y llamó a un ordenanza.

—Ve y busca a Buenaventura.

Buenaventura se había aposentado lejos del viejo, en una barraca techada con una especie de chamiza, donde hasta entonces había convivido con las palomas que el viejo había traído de Nonoalco. Allí la había mandado el cura para que no funestara el cofre con sus fornicaciones. En el dintel de la puerta el viejo había colgado un manojo de ramas, como señal de que en aquella casa llena de engaño vivía una mundaria que se echaba sobre todo collado opimo, y debajo de todo árbol frondoso.

El hombre regresó a los pocos minutos.

—No está —le dijo.

—Bueno. Vete y dile a mi estado mayor que venga.

A poco llegó la oficialidad, y a la luz de un quinqué y sentado en un equipal vacarí, el viejo dio las últimas instrucciones ordinales y puntualizó algunos

pormenores.

—Que todos se arremanguen la manga izquierda. La seña es «La guerra es de Dios». La contraseña, «Dios es también Dios desde muy lejos». Engrasen el cañón cada cuatro disparos. Tengan listos los caballos para las patrullas, pónganles zacate en los cascos y que los patrulleros se unten las manos con yerba. Yo tengo que estar al tanto de lo que vaya pasando, esté donde esté. Les mandaré mensajeros con órdenes ejecutivas, y ustedes mandarán otros que me den los reportes. Todo irá bien, ya Dios nos ha de avalorar.

—Tú —le dijo a un hombre que tenía en la mejilla una marca como hecha con un carimbo—, no te olvides de tener los caballos a la salida del bosque. A ver cómo está el botiquín.

El botiquín estaba poco menos que exhausto: contenía, entre otras cosas, algunas hilas, anestésicos, purgantes drásticos, una sangradera y antifármacos. Despidió a los hombres y se acostó, ayuno, pidiendo que no se le importunara. La cansera y el torpor lo habían invadido.

Al día siguiente —octubre primero y día del Santo Ángel—, cuando alborearon los gallos el viejo descolgó de la charpa la banderola de su carabina, salió de la cabaña, montó en su caballo y fuese a la miranda seguido por dos lacayos. Desde allí —se dijo—, podría señorear todo el campo de batalla. Desde allí contemplaría el trámite de las tropas enemigas por los calmos terrenos del valle, siguiendo el camino que los conduciría al Monte de la Resurrección. Después, las vería dispersarse en orden de guerrillas, al enfrascarse en la espesura. Y cuando los federales amagaran la ametralladora de los riscos, o incursionaran por los bancales del pedregal, u opugnarán el Peñón de los Ángeles, él los vería. «Matadlos y martirizadlos en honor a Matatías, padre de los Macabeos, que se festeja con el Santo Ángel», había escrito el vanílocuo y soporífero cura, «No tienen religión». Y también, desde esas alturas, sabría si alguna parcialidad de soldados gregarios se separaba para merodear en La Inmaculada. Ningún conato, ningún subterfugio o estratagema del enemigo escaparía a su ojo avizor. Y tampoco algún movimiento extemporáneo a alguna maniobra viable y congruente de sus propias tropas. «No son siquiera idólatras, isiacos, sintoístas.» Según sus cálculos, los soldados de Cristo Rey alcanzarían el triunfo avasallador en dos días de fijo. Su sobrepujanza arrostraría y declinaría los fuegos del enemigo una y otra vez, hasta acallarlos, y en las postreras horas del dos de octubre de 1928, día de los Ángeles Custodios, ocurriría la derrota de las mercenarias tropas federales y sobrevendría la defección. «Son menos que eso, menos que paganos, que impíos, que infieles o indevotos.» El peonaje, entonces, se enriscaría en los montes o sería sepultado por las galgas desprendidas del Nazareno. Y los caballos y jinetes, o bien caerían en los pozos cavados en los surcaños del bosque, o acosados por el fuego de la granguardia cristera huirían a galope tendido y a campo traviesa. «Son la irreligión en persona, ateos nefarios y masones de logias gobiernistas. Diezmadlos a

portillo, a matarrasa.»

A poco, se le reunieron el cura —vestido de largo—, y sus paniaguados y subalternos adjuntos. El cura, con la cara radiante de gozo, como si estuviera acalenturado, sostenía en alto una vara de azucena.

—He hablado con el Supremo Hacedor y con su hijo, el Verbo —dijo—. Sé que vamos a triunfar.

Caía una llovizna tupida que auguraba una lluvia torrencial. Pero al romper el sol, escampó. Era un sol rusiente, que anunciaba un día estuoso.

En el campamento federal sonó el toque de diana.

—¿Qué horas son? —preguntó el viejo.

—Las seis y diez —contestó el cura.

A las seis con cuarenta minutos, los federales, divididos en cuatro grandes grupos, se internaban en la espesura, rodeaban el monte donde estaba el indio mayo y ascendían, a la vez, por el Pedregal de la Santísima y por el Lomerío de Corpus.

El viejo Ángel dio la signatura para romper las hostilidades.

Un mensajero picó espuelas y bajó.

De la garganta se levantó un volaterío de palomas. Se escucharon los primeros tiros. Partieron, al unísono, de la colina y del monte.

—Esos pendejos ya dispararon —dijo el viejo, con sorna. Llamó a otro propio—. Corre la palabra para que los de la Epifanía se me queden quietos.

El cura se enjugó la frente con un pañuelo de cenefas negras. Cogió el catalejo y observó los movimientos de las tropas. Los federales que subían por el lomerío, alertados por los primeros tiros, torcieron el rumbo y se encaminaron hacia la colina, sin disparar, a saltos de cubierta a cubierta con la intención de ceñirla.

Al fin, dispararon. Y casi al mismo tiempo se oyeron los carabinazos que venían del bosque, del monte, de la colina.

El viejo hizo retrechar al caballo. Dio la vuelta y se encaminó, al pasitrote, hacia la garganta que limitaba al Norte a la meseta.

—Si hay que ayudar a los hombres de la colina, que se enanquen cuarenta de infantería en los caballos que están a la salida del bosque —gritó.

Cruzó el tablado que los cristeros habían construido para pasar la garganta en su parte más angosta, y que hacía las veces de planchada o puente levadiza.

—Y cuando ya le hayan abierto brecha, que se retiren —dijo, y antes de bajar por la escarpadura que llevaba a la explanada dio un vistazo al campamento.

Los cristeros, a la redonda de las fogatas apagadas, bebían café frío que les barnizaba los labios. Algunos hombres estaban sentados al pie de las carretas, con los brazos abiertos en cruz, apoyados en los radios de las ruedas. Las mujeres rezaban.

El viejo bajó.

Un vientecillo calmoso cuneaba las ramas de los árboles. Por el camino se encontró a dos carguilleros que llevaban en sendos mecapales ramojos de madera ardiñal. Al entrar a la explanada, en el parque, vio al guadarnés, quien se azotaba las

botas con un látigo de vergajo.

—¿Has visto a Buenaventura? —preguntó.

—No —dijo el hombre.

El viejo dio la vuelta y subió, para bajar luego por el lecho de la cañada. Llegó a la espelunca. Alguien había desparramado harina alrededor de la jaula de las palomas.

—¡Con un carajo! ¿No te dije que las soltaras todas? —le gritó al guarda.

—Sí, mi general, pero señora Buenaventura no quiso. Me pidió que guardara algunas.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Ayer.

—¿Y hoy la has visto?

—No, mi general.

—¿Y al muchacho? ¿Y al albino?

—No sé dónde están, mi general. Si usted ordena, suelto las palomas que quedan.

—Ya no —le dijo el viejo. Descorrió el pasadizo, llegó a la garganta y bajó.

Cuando volvió a la meseta, tres horas después, todo había sucedido como estaba previsto, y lo que en un principio era un repique aquí, una escaramuza allá, se había transformado en un conflicto formal y se combatía con denuedo. La ametralladora cristera, situada en los Riscos de los Santos Inocentes, había hecho riza con los federales que subían por el pedregal, quienes efectuaron un receso violento hasta quedar fuera de tiro y volvieron a la carga, esta vez alastrados. Cuarenta cristeros, enancados en cuarenta caballos, habían corroborado el ataque del lomerío y fingido después una retirada estratégica que puso a los federales al alcance del cañón del Nazareno.

El primer cañonazo cristero sonó a las diez y quince y causó tres bajas en el enemigo. Para esto, los federales habían hecho ya tres disparos fallidos con el cañón que apuntaba a la ametralladora de los riscos. Mientras tanto, movilizaban la otra boca de fuego rumbo al lomerío para contrastar el fuego cristero y, de ser posible, rechazarlo.

El viejo Ángel Todolosantos contempló la batalla.

En la ladera de los pedregales, por donde avanzaba nuevamente la infantería federal, más de cien hombres, pecho en tierra, disparaban sus fusiles. De la boca de los fusiles brotaban borlas redondas de humo sucio que giraban sobre sí mismas y a través de las cuales surgían, como fantasmas, las caras de los soldados, quienes se levantaban, avanzaban unos cuantos pasos, y volvían a echar pecho en tierra.

A veces, el fuego de la ametralladora cristera los detenía y las borlas se disolvían en penachos que se confundían unos con otros hasta formar una masa compacta que luego, cuando la infantería reanudaba el avance, era cortado por los fusiles que los hombres sostenían en alto, y que surgían como los juncos de un río, inclinados por un

viento contrario a la corriente. Cuando esto ocurría, parecía que los fusiles permanecían inmóviles y que en cambio la masa de humo tomaba un curso lento y seguro. Sólo entonces comenzaba a desgarrarse: uno y muchos picachos de humo se levantaban de su cuerpo amorfo y le daban la apariencia del toldo de un inmenso circo que se erigía cada vez más alto. Los picos emergían con lentitud y, como antes los penachos, se confundían unos con otros hasta formar un solo pico enorme que arrastraba consigo todo el humo, que ascendía y se transformaba nuevamente en una masa esta vez blanca y ligera como un cirro.

Entonces, y sólo por unos instantes, se podía distinguir con claridad a los federales que continuaban su ascenso por el pedregal, ocultos de la cintura abajo por nubes de polvo amarillento.

Las balas zumbaban y se enterraban en los aledaños de los riscos, dejando tras sí pequeñas colas de humo; resultaban en las rocas y desmenuzaban los salientes saltadizos en lascas menudas; rozaban los árboles, y los chasponazos hacían que se desprendieran trozos de cortezas.

Hacia el Oriente, una arrumazón señalaba los cañones cuyo fuego intermitente protegía el avance de los flancos. De ella brotaban unas grandes corolas de corazón rojo y bordes negros, como parasoles brillantes que se abrieran y cerraran en las bocas mismas de los cañones, y que insensiblemente se transformaban en grandes florones de algodón que crecían y se desgarraban por el centro formando un anillo y dejaban ver, de nuevo, los cráteres de los cañones. El humazo subía en jirones que parecían lenguas de un fuego gris y polvoriento, y, unidos en nimbos, se incorporaban a las verdaderas nubes, aglomeradas en cúmulos arrebolados, que figuraban allá en lo alto el perfil de una cordillera fantástica.

Por los lomeríos, se apreciaban los racimos de borlas de humo que provocaban las andanadas uniformes de algunos grupos de tiradores.

El flanco derecho de los cristeros, el cual había descendido por el lomerío para ahuyentar a la caballería de los federales, se dispersaba bajo el fuego de una ametralladora enemiga. De la ametralladora, como de la boca de un soplete, salían ráfagas encendidas de colores violentos, celajes amarillos y rojos, y borbollones de humo negro. Mientras tanto, la caballería avanzaba al galope siguiendo la orilla del bosque entre nubarradas de tierra. Las granadas surcaban los aires, y en el lugar donde hacían impacto aparecían unas madreporas de tierra, arborescentes, que se desmoronaban enseguida. Cuando estallaban en el aire, parecían hortensias de fuego, esféricas, que se henchían, se disgregaban y morían en un instante.

Las bombas de los cañones hendían el aire también, y caían en tierra como grandes pesos que cayeran en el agua desde lo alto de un farallón, se zambullían y levantaban un cono invertido de terrones y pedruscos, un abanico circular que se deshacía en una lluvia de ceniza. Algunas de ellas se perdían en los espesares del bosque, en silencio, como tragadas por un pantano, y sólo mucho después surgían, del lugar donde habían caído, unas columnas de humo, grandes, remolinantes como

trombas, que encenagaban el cielo.

—¡Mi general, mi general!

Dos cristeros traían, casi en vilo, a un hombre que vestía una camisa roja y una cotona color azul índigo. Tenía las piernas hechas un harnero.

El viejo hizo señas para que un cristero arrendara el caballo, bajó, se acercó al hombre y le levantó la cabeza con un sopapo.

—¿Y éste? —preguntó.

Uno de los cristeros le explicó que era un agrarista. Lo habían agazapado a la entrada del bosque, cuando un grupo de federales intentaba infiltrarse. Los cristeros embargaron el paso y les causaron gran estrago.

—Más vale que vayas encomendando el alma si no me dices la verdad —dijo el viejo. Dio media vuelta, caminó hacia uno de los llares apagados. Se sentó en un pedrusco. Cogió un tizón requemado y removi6 la ceniza.

—Tráiganlo para acá —ordenó.

Empezaban a llegar al campamento algunos cristeros heridos. Dos hombres desnudos de la cintura arriba, con brazales blancos, improvisaban una parihuela con sus camisolas. Introducían largos varales por las mangas.

—Enciendan fuego —gritó. Y al prisionero—: ¿Cuántos son ustedes?

—Somos como ochenta agraristas. Los demás son soldados.

—¿Cuántos soldados? ¿Cuántas ametralladoras?

—Son como cuatrocientos, dicen —contestó el hombre.

—Cuatro compañías —dijo el cura, quien se había acercado.

En ese momento, llegó un sargento.

—Mi general. Se reventó el platillo del cañón.

—Si serás pendejo —le dijo el viejo al agrarista—. Tú ni como rehén nos sirves. ¿Por qué te dejaste coger? Te voy a mandar fusilar.

El sargento se cuadró.

—Mi general.

—¿Qué quieres tú?

—Se rompió el platillo obturador del cañón.

—Ya lo oí. ¿Qué quieres que haga? —dijo el viejo—. ¿Que vaya yo mismo y lo componga?

—No, mi general.

—Entonces lárgate —le dijo el viejo. Se puso de pie—. Y a éste, que le den unos cintarazos y me lo fusilen.

—¿Quieres confesarte, hijo? —le preguntó el cura al prisionero.

—No, su señoría —contestó el hombre, respetuoso.

—Entonces, condénate a pena de daño —sentenció el ministro.

Los hombres se llevaron al agrarista.

—Oigan —gritó el viejo. Los hombres se detuvieron—. ¿Viste a una mujer?

El hombre volvió a negar.

—¿A una mujer, con dos niños, uno muy blanco?

El hombre negó.

—Que lo fusilen entre cuatro —dijo el viejo—, hay que ahorrar balas.

Llamó a un mensajero.

—Alcanza al sargento y dile que suban al Nazareno todas las piezas que puedan del cañón que se nos cayó en la hondonada, no le hace que no sirvan. Eso sí, que no los vean los federales.

Las primeras llamas renacían entre las cenizas. El humo empezó a subir. También del monte de la Resurrección, allá a lo lejos, se levantaba una humareda. El indio mayo pedía ayuda.

—¿Qué vas a hacer, hijo? —le preguntó el cura, impaciente—. Están indefensos.

—Mandaré que los de la espesura ataquen a los que están cercando la colina.

—Ya los federales se apoderaron de la espesura, los tienen copados.

—Conozco un atajo por donde podrían escapar, pero ellos no lo conocen.

—Mándales un mensajero.

—Nadie podría cruzar el valle —contestó el viejo.

—Para eso están las palomas —arguyó el cura.

—Vamos a ver —dijo el viejo. Montó en el caballo, lo caracoleó y recorrió el campamento, dando órdenes.

—Tú —le dijo a uno de los enfermeros de la ambulancia—, atiende a ese hombre, hazle un torniquete y apriétalo con un marrazo.

—Ustedes —les dijo a un grupo de cristeros que siseaban chistes y chascarrillos, refocilándose alrededor del fuego—, reamunícionen a los de la explanada.

—Y tú y tú —les dijo a dos mujeres—, amontónenme más paja en las carretas. Las vamos a necesitar en la noche.

Por último, se encaminó a su cabaña, apeóse, y entró.

Solo en la cabaña, la imagen de Buenaventura le vino de nuevo a las mientes. Se acordó de la fidelidad que ella le había guardado en su juventud, del amor que le había ofrecido en sus desposorios. Recordó también a Santos. Y lloró, agobiado hasta el polvo, por primera vez en su vida. Y también quizás por primera vez rezó a los dioses cuya morada no es con la carne. ¿Dónde estaría ahora Buenaventura? ¿Dónde estarían su hijo el albino y su nieto? Y recordó una tarde.

Una tarde de tantas en las que escudriñaba el horizonte, en busca de tropas hostiles. En ese entonces, tendrían apenas dos o tres meses de vivir en la montaña. A su lado, como siempre, estaba el capellán.

El viejo, con mirada circunspecta, recorrió en círculo todo el paisaje. Luego se llevó a los ojos el catalejo. Sobre el cielo cerúleo navegaban nubes cárdenas. Recorrió el confín. Allá a lo lejos se destacaban los promontorios del espinazo. Observó las faldas, sobre las cuales pasaba toda la sombra del Volcán. Vio luego el Peñón de los Ángeles y el terreno descampado mediato entre aquél y el bosque donde comenzaba



la garganta. Este bosque terminaba casi en línea, como un ejército que se hubiera paralizado en su avance. El terreno se alteaba enseguida en una pendiente donde abundaban grandes lajas de cayuela que en las mañanas, cuando el sol daba de lleno en ellas, refulgían con reflejos azulinos y plateados.

—No hay nada —había dicho. Y luego apuntó el catalejo hacia el Arroyo de Todos los Santos. Lo recorrió hasta llegar al bautisterio. Entonces la vio.

Ella, Buenaventura, estaba allí en el bautisterio, en el restaño circuido por piedras rodadizas y alfombradas de musgo.

—¿Ves algo, hijo? —le preguntó el cura, con suspicacia, mientras daba un trago del vino abocado que guardaba en su cantimplora.

El viejo no contestó. Buenaventura se descalzó y caminó de puntillas sobre las pedrezuelas lamidas por el agua. La falda, arremangada, dejaba ver la carne pálida y blanca de los muslos. El viejo vio, o creyó ver, que del arroyo se levantaba un vapor luminoso formado por gotas pequeñísimas que se prendían a los talones, a las pantorrillas, a las corvas surcadas por tenues arrugas y sombras aladas.

—¿Viene alguien? —insistió el cura—. ¿Quieres que dé la voz de alerta?

El viejo apartó el catalejo de sus ojos y miró al cura con fijeza.

El cura alzó los hombros con resignación y regresó al campamento.

Cuando el viejo volvió a mirar a Buenaventura, ésta se encontraba de hinojos en la orilla. El viejo adivinó su rostro reflejado en el agua cambiante donde se entreveraban los destellos de las hojas frescas y oscuras, doradas y cálidas, de los árboles lacrimosos de trementina que sombreaban el bautisterio. Adivinó también el nacimiento de sus pechos, duros, turgentes; las aureolas rosadas y ásperas, los pezones firmes. La vio después que se desnudaba y se calumbaba. Escápulas, morcillos de ángel. Lamentó entonces todos los años en los que la había abandonado a sus amantes, sin acercársele, sin importarle que lo difamara a pleno sol. Sólo de tarde en tarde la había amado, y únicamente con el propósito de engendrar otro hijo.

Aquella tarde, el viejo se embriagó y se acostó con Buenaventura en la borda donde revoloteaban las palomas.

«Las palomas», pensó, «Las palomas están en el monte con el indio mayo. Y allí están también Buenaventura y mis hijos, si es que viven todavía».

El viejo permaneció en la cabaña hasta las tres de la tarde. Allí le fue llegando un fárrago de noticias que dejaban traslucir una amarga verdad: los federales ganaban terreno palmo a palmo. El Valle de la Circuncisión era el foco de la batalla. El contingente federal que había tomado el Monte de la Resurrección bordeó los riscos. Los caballos cristeros que estaban a la entrada de la garganta irrumpieron al valle, y la caballería federal emboscada bajo el Picacho del Nazareno les salió al encuentro. La colisión fue tremenda y se organizó una verdadera batalla campal.

Las más de las veces, el viejo escuchaba a los mensajeros en silencio. Las menos, los despachaba con indicaciones escuetas: que hostilizaran a los federales del bosque,

que el peonaje recargara sobre los federales de la espesura, con la bayoneta calada, para hacerlos retornar. Sólo se decidió a actuar cuando un oficial le dijo que los federales habían expoliado el Peñón de los Ángeles, pese a que la ametralladora los tuvo en pique por un buen espacio. Para recuperarla se efectuó una intentona, fallida, que había causado gran efusión de sangre.

—Hay que recobrarla a como dé lugar —dijo, y salió de la cabaña.

Escogió dos docenas de monturas, de vanos pelajes. Uno sería canelo. Otro sería rosillo. Otro más, sería bayo. Y muchos serían alazanes. El suyo era un tordo cuatralbo. Allí estaba también el caballo del cura, un corcel corredor, sabio y rijoso, de mediana alzada, con un lucero en la frente y la cola cortada en punta de faisán. El albéitar en persona lo cepillaba con una almohaza.

—Déjalo ya, ensíllalo y aprieta bien las cinchas —dijo el viejo, y ordenó se diera el toque de botasilla. Él montó al último, después de palmear a su caballo en las ancas.

—Sígueme todos —dijo, y les explicó que tenían que desvaír el Peñón de los Ángeles para reconquistar la ametralladora y así falsear la ofensiva de los federales. Era, como les advirtió, una maniobra ocasionada sujeta a vaivenes.

Pero les recordó también que, una vez más, tenían que confiar en el sufragio de la providencia.

—Vámonos.

Los hombres se encaminaron hacia la orilla Noroeste de la meseta, y ascendieron por el coladero. Dionisio, Hilarión, Nicasio, Artemio y otros. El viejo se sabía los nombres de todos. A paso campero, el Santo Ángel se colocó a la retaguardia. Los caballos balanceaban las grupas. Pronto llegaron al sitio donde el sendero se angostaba y los arbustos que crecían a uno y otro lado entrelazaban sus ramas. El primer hombre se agachó y las apartó con el antebrazo. Las ramas se curvaron y al quedar libres fustigaron el hocico del caballo que venía detrás. De allí hasta el terreno escueto donde comenzaba el descenso a través de un pinatar, continuó el flujo y reflujo de las ramas que hizo que los caballos menearan las cabezas con nerviosismo, como si las hurtaran a las bridas. Un garrancho desgarró la camisa de un cristero.

Por el camino, el viejo pensó en toda la caballada perdida. Según las noticias que le habían dado, en los pozos de lobo habían caído cuatro o cinco de las mismas bestias cristeras. Otras más habían quedado ensobinadas, entorcadas en hondones y quiebras del terreno. Otras habían sido apresadas por el enemigo con manganas arrojadas a las manos. No faltaba un caballo desjarretado, otro muerto de fatiga, otro que huyó, desbocado, tras derribar a su jinete. De muchos, no quedaría pronto sino la osamenta. También pensó, no sin entristecerse, en la pobreza de arreos, de guarniciones. Pocos eran los jaeces, los sudaderos, las baticolas de verdad. Con cuerdas de lechuguilla y de cáñamo, habían improvisado los ronzales y las acciones. Con cobertores trapajosos y groseras sayas, las albardas. Nudos pergeñados sustituían al hebillaje.

Llegaron al campillo, lo cruzaron, y entraron al pinatar. Los caballos pausaron el paso al bajar por la pendiente, que era suave y ondulosa hasta la linde de la arboleda, donde se desbordaba en una vertiente pina de tierra suelta. Seguía luego un campo anchuroso alterado por un sinnúmero de montículos. Tras uno de estos montículos, el que prevalecía entre todos, cercano a un islote de árboles, estaban apostadas las ametralladoras. En medio de la llanura pastaba un caballo. El jinete, muerto, había quedado de bruces sobre el lomo. Era un federal. El caballo ramoneaba las yerbas puntisecas y columpiaba la cola. A veces, daba un bote, un corcovo, para tirar al jinete, sin conseguirlo. El viento le alborotaba las crines.

El viejo ordenó que se detuviera la cabalgata y con los ojos entornados encatalejó el campo.

—De seguro que creen que por aquí había gente nuestra —dijo. Volvióse, e impartió las órdenes atañederas a la operación.

—Tú y tú, y ustedes dos también: se me van por allá sin dejarse ver, y cuando yo grite «Viva Cristo Rey» bajan disparando y se me paran detrás de esas piedras. Pero ya. Ustedes tres, y tú también, me van a traer una ametralladora. Nosotros vamos a bajar primero, disparando, y ustedes nos siguen. Bajen la cabeza. Abrácense al pescuezo de los caballos. Nosotros nos vamos para la izquierda, allá donde está ese montecito, y desde allí los cubrimos. Ustedes siguen de frente. Preparen sus lazos.

Los primeros cuatro hombres que el viejo había señalado volvieron grupas, subieron un tanto y se desviaron hacia el Sur. El resto quedó inmóvil. Algunos caballos piafaron y levantaron nubecillas de polvo. El caballo del viejo amusgó las orejas, tembleteó más de una vez y empezó a resudar.

Después de un lapso de unos minutos el viejo consideró que había llegado el momento crítico. Ajustóse las carrilleras del barboquejo y gritó:

—¡Viva Cristo Rey!

Los cristeros apostados en el extremo Sur del bosque, dispararon. Del montículo partió una lluvia de balas. El viejo y sus hombres picaron los caballos y al llegar al reborde de la pendiente soltaron la brida y comenzaron a disparar. Ahora la lluvia de proyectiles que provenía del montículo se dirigió hacia ellos, sin alcanzarlos. Los caballos, con los ojos ensortijados, apoyados en las grupas y tiasas las patas delanteras, desbarraron por el resayo dejando tras sí sendos surcos. Al llegar al campo, los hombres volvieron a tomar las riendas y se dividieron en dos grupos. Uno de ellos revolvió los caballos y se fue hacia el Norte. El otro siguió de frente a revienta cinchas contra el peñón. El grueso del fuego de los federales se concentró en el segundo grupo. Uno de los caballos se enarmonó, lanzó un relincho y cayó. El jinete quedó preso bajo el cuerpo del animal. El resto de los hombres continuó la arremetida. El grupo de cristeros apostados al Norte abandonó el montículo y progresó también, para divertir al enemigo. La maniobra no surtió el efecto deseado. Los federales diezmaron al grupo central y rebatieron el ataque, pero ya para entonces el primer grupo, que había cruzado de travieso el llano, estaba demasiado

cerca del terrontero y tenía el campo expedito.

El federal que manejaba la ametralladora recibió un tiro en el entrecejo. La impacción lo arrojó de espaldas. Los cristeros se acercaron y dos de ellos arrojaron sus lazos. Un cristero lazó la ametralladora. El otro, sin quererlo, apioló a un soldado. Volvieron grupas y hostigaron a los caballos. El primero izó la ametralladora, y el otro arrastró al federal por un buen trecho. Entonces el grupo del Norte avanzó al tiempo que disparaba los fusiles a su máxima cadencia. Los federales que aún quedaban en el montículo huyeron a la desbandada y fueron abatidos por la espalda. Los cristeros quedaron señores del campo. Para celebrar el acontecimiento, se condecoró en la noche a una imagen de Cristo Rey.

Algunas mujeres cocinaban. El campamento estaba sembrado de pequeñas fogatas donde hervía agua, donde se asaban tasajos de carne, donde los hombres calentaban las manos entumidas. Los cristeros que formaban las tropas de refresco bromeaban, entretenían sus ocios con azarosos juegos de envite que acababan en gresca; descorchaban botellas y bebían en sus pocillos café con aguardiente que las cantineras les servían, con un cucharón soperero, de una tinaja abundante, y llenábanse de embriaguez; fumaban, y buscaban con la lengua las meajas de tabaco que se adherían a los labios, para escupirlas. Los niños trebejaban con juguetes de latón y otras fruslerías; o bien jugaban a las escondidas, al infernáculo. Entre los grupos caminaban los heridos que podían llegar por su propio pie a la enfermería. Tropezaban con las vasijas destapadas, inmundas. Uno que otro, no podía más, y luego de unos traspies, caía inanimado. Nadie se fijaba en ellos, y cuando llegaban a hacerlo, cuando los distinguían entre el humo de las fogatas, el humo del café, el humo de los cigarros y el vapor que exhalaban al hablar, los saludaban con alegría creyendo, tal vez, que sólo eran cristeros borrachos. Otras mujeres tejían lauréolas, follaban pancarpías. Las viejas, genuflexas y de cara al Oriente, rezaban. Dos o tres caballos, con cogoterías, mascujaban el pienso que abocaban de los morrales que pendían de sus pescuezos; boceaban. El cura, tridente en mano, espetaba trozos sanguinolentos de carne de oveja que se cocían en una olla herrumbrosa.

De regreso del peñón, el viejo llamó al mismo mensajero a quien había enviado al picacho.

—¿Todavía no componen el cañón? —le preguntó.

—Ya casi, mi general.

—¿Y subieron las piezas del otro?

—Las que pudimos, mi general: la caña, la culata y una rueda.

—Con eso basta. Ahora vete y llévalas este mensaje a los artilleros del Nazareno —escribió una nota, la dobló y la entregó al cristero.

Unos minutos después, ocurría una explosión en el Picacho del Nazareno. La caña de un cañón, seguida por los sunchos, salió disparada hacia adelante y cayó

sobre el valle después de describir una larga curva. La rueda saltó hacia arriba y cayó por el lado del bosque, rebotó en la cotarra del barranco, ruló un trecho y se perdió. Una humareda, densa, envolvió por un momento el sitio de la voladura. Cuando la humareda se desvaneció, ya no estaba allí el cañón. Una fracción de segundo antes de que la mecha encendida hiciera estallar las bombas de bisulfuro de carbono y los cuñetes de pólvora sobre los cuales estaban las piezas del cañón fracturado, los sirvientes del cañón habían arrastrado hasta un arboledo, a pezuña de caballo, el cañón que estaba en compostura. Merced a esta maniobra, la ilusión había sido completa: según todas las apariencias, el cañón del Nazareno había reventado. Si la explosión había matado o no a algunos cristeros, no lo podían saber los federales, quienes desde sus posiciones sólo alcanzaban a ver si acaso el cabo de la bolada, antes de ocurrir el estallido.

Lo que sí sucedió a ojos vistas de las huestes enemigas, fue la retirada hacia la meseta de los Cristeros apostados en la Explanada de la Eucaristía, movimiento que obedeció a órdenes expresas del viejo.

—Pero nos van a bloquear sin remedio —dijo el cura.

—Dios nos ha de iluminar —contestó el viejo.

Cuando el sol tramontó, se acalló el fuego y una negrura atroz y melancólica invadió el campamento.

La noche se tendía a descansar sobre la tierra, y era una noche de estancias negras, transparentes y redondas: más negras, más anchas y menos transparentes mientras más lejanas; estancias como las ondas del agua de un pozo donde hubiera caído el mundo. El aliento de la noche, en vaharadas glaciales, derramaba en la Meseta de Cristo Rey una claridad calma, un fulgor turbio. En aquel círculo de suave adumbración, los cristeros esperaban, callados, silenciosos, sintiéndose asediados por cientos de hombres que sólo esperaban el menor movimiento para hacer llover la muerte sobre ellos.

Los cristeros estaban lejanos de la aureola que cubría y encerraba al campamento, porque cada uno de sus cuerpos irradiaba un calor único que les permitía ver sus propios brazos, sus propias manos, su fusil, pero nada más allá sino negruras transparentes, más negras, menos transparentes mientras más lejanas. También cada uno de ellos había caído en un pozo, cada uno de ellos era el centro de una luz mortecina, magma que se diluía infinitamente en la oscuridad. Más allá de ellos, como más allá del campamento, la noche se poblaba de sombras temblorosas, alucinantes. Los lomos de los peñascos figuraban gigantes en acecho. Por las laderas, reptaban extrañas criaturas informes, sierpes. Y entre ellos mismos, entre los cristeros, vagaban jinetes y caballos fantasmas, impalpables.

Después, la negrura se espesó, a la vez, alrededor de cada uno de los hombres arrastrándolos en una vorágine ciega hasta lo más hondo de sus recuerdos, cubriéndolos con todo el frío y todo el miedo que habían sentido en toda su vida,

cuando hombres, cuando jóvenes, cuando niños, hasta insensibilizarlos, hasta hacerles perder el sentido del tiempo, del movimiento, de la vida. Hasta volverlos piedras. Hacia la medianoche, una estrella brilló en el horizonte como brilla la luz en el fondo de un túnel, y un finísimo polvo de espejos, que hubiera podido desaparecer sólo con un soplo, tersó las más altas cimas de las montañas más distantes.

El viejo salió de la cabaña.

—Ahora —dijo.

La voz de un hombre retumbó en las montañas, en el cielo, en el mundo.

—¡Cristoooooo!

Los federales que subían por la explanada, oyeron el grito. Oyeron después el eco, que una y otra vez repetía el grito. Luego, supieron que no era el eco, sino que eran dos, tres, cinco, diez voces distintas.

La luz de una fogata surgió en la oscuridad, del mismo lugar de donde había partido el primer alarido. Después, surgieron dos, tres, diez fogatas más, como si la primera se reflejara en múltiples espejos.

Los cristeros pegaban fuego a las incendajas, al pajuz y a las desvencijadas y aborrajadas fajinas que contenían carretas y carromatos. Luego, empujaron los vehículos. Algunos, así convertidos en brulotes, rodaron por la suave pendiente que limitaba hacia el Norte la meseta, despacio primero y luego vertiginosamente, como bólidos, iluminando a trechos el campo. Otros, precipitados desde la cima de los tajos, parecieron volar y al caer, despedazándose, arrojaron a su alrededor una lluvia de pavesas, de espumarajos de fuego. Otros bajaron dando grandes tumbos, se resquebrajaron en el camino, y ruedas y tablones, pértigos, adrales, tendales, entalamaduras y estornijas se desprendieron y brincaron y rodaron por su cuenta. Un gran resplandor, como si el Volcán hubiera despertado y vomitara lava y cenizas incandescentes, iluminó las laderas. Por ellas, por las laderas, por las breñas, por los declives, venían los federales confiados en que sorprenderían a los cristeros al amparo de la noche. Cien fusiles dejaron oír la primera descarga. Después se sucedieron otras. Docenas de federales que se habían detenido y empinado, traslumbrados, sin comprender aún lo que sucedía, cayeron en tierra. Los sobrevivientes, sin disparar un solo tiro, corrieron a la desbandada. En unos cuantos minutos, en el espacio alumbrado por las pellas, sólo quedaron hombres muertos o heridos. Cerca del amanecer, el cielo se desencapotó y una luna sangrienta llameó las caras de los cristeros. Después, la luna se ocultó, y subió el luminar mayor. Pero el sol se oscureció apenas había clarificado: una niebla meona cubrió el campamento. Era el dos de octubre de 1928, día de los Ángeles Custodios.

Bajaron entonces, desvalijaron a los muertos y cargaron con los heridos. Un cristero se acercó al viejo y le preguntó:

—Mí general, ¿qué hacemos con estos hombres?

—Los fusilamos —respondió el viejo.

Mientras se ataba de los pies a los federales que todavía podían caminar, para

supeditarlos, el viejo mandó buscar al cura.

—Me dijeron que los quieres fusilar —dijo el cura en tono paternal y melifluido.

—No hay más remedio —dijo el viejo, a quien le gustaba encruelecerse—. Apenas si tenemos qué comer nosotros.

El cura, sabedor de la tozudez y de la saña del viejo, no intercedió más por los desdichados cautivos. Confesó a los que deseaban descargar sus culpas veniales y capitales, y retiróse. Después de un juicio sumarísimo, los federales fueron fusilados en caliente, sin conmiseración. A aquellos que no podían tenerse en pie, se les ató por las muñecas con cuerdas de esparto de lazadas corredizas que subían hasta la horqueta de un árbol, bajaban, y eran haladas por dos cristeros que levantaban al herido. Así fusilaron a más de cinco.

Hacia las nueve de la mañana, la niebla desalojó el campamento, descendió y se explayó bajo la meseta, como un mar de donde brotaban como fayas o arrecifes las copas de los royos pinos, y como ínsulas, los promontorios de la montaña.

El ejército federal, reorganizado, volvía a la carga. El viejo ordenó un contraataque disparando las armas a su máxima cadencia. Abrigaba ya la presunción de que el término de la lucha era inminente, y de que ellos, los cristeros, serían derrotados.

De pie en la miranda, vio cómo crecían las copas de los pinos. En el valle se había abierto un abismo sin fondo que tragaba a la niebla, y la niebla bajó, subitáneamente. Los cristeros del campamento sintieron que no era la niebla la que descendía, sino ellos, ellos y el Volcán, ellos y los árboles, ellos y el mundo los que subían. Las balas de los obuses, al estallar, parecían estrellamares fosforescentes. Y un inmenso resplandor refulgió en lo profundo, como si un barco hundido se incendiara en el fondo del mar: los guerreros de la federación, con antorchas, prendían fuego a la espesura.

Entonces los ruidos de la batalla: tiroteos, fusilazos, relinchos, voces, subieron contenidos en un fragor homófono y espeso donde las balas de los cañones rebumbaban y abrían boquetes roncós. Desbordáronse luego en la meseta y envolvieron el crujir de las fogatas, el borbollar del agua en los cazos. Repluyeron, y se apaciguaron en el fondo de la campiña.

El clangor estridente del clarín zigzagueó por el valle y alentó a la infantería federal.

Le respondió el repiqueteo de las carabinas de los cristeros que se replegaban en la explanada.

La metralla borbotaba ráfagas acompasadas que llegaban a los rompientes de las faldas del Volcán, repercutían, se regolfaban, y se encontraban con el embate de nuevas ráfagas vinientes. Chocaban entonces y se despedazaban en traquidos.

El fragor, en una nueva marejada, inundó el campamento. El viejo montó a caballo y bajó. El fragor rehuyó y dejó escuchar un remolino de cascos. El ruido de

los cascos chorreó por la cuesta, entre las piedras.

Las balas de algunos obuses dejaban tras sí una estela zumbante. Los caballos resoplaban.

Por el camino, el viejo Ángel Custodio escuchó de nuevo los ruidos de la batalla. En alguna hondonada, empezó a hervir el mido de un fuego de fusilería, graneado. Lo taladró el nuevo tableteo de la ametralladora. Hacia la boca del desfiladero, el rehilar de las flechas enherboladas del batallón de saeteros, disparadas a tenazón desde uno y otro borde, tejía una red de silbidos por cuyos huecos colábanse los tiros aislados de los francotiradores de los socavones.

Resonó, a lo lejos, el tímpano belísono de un tambor tocado a redoble, y enseguida se escuchó un bombazo que destruyó un abrigo de municiones. Una primera detonación aventó los sacos terreros y los maderos rollizos. Le sucedió un burbujeo de estallidos disonantes y sobrepuestos, los cuales fundiéronse en una gran e inaudita explosión final.

Donde estaba el viejo, la niebla, en espesa trabazón, seguía bajando. Algunos jirones se deslizaban por los troncos, subrepticamente, hacia la tierra. El viejo se encaminó hacia la cañada del Arroyo de Todos los Santos. Escuchó un tiro. Luego otro. Venían del otro lado de la cañada. Se detuvo, bajó del caballo, y se arrastró hasta el borde. Vio que era un cristero, sentado en la orilla opuesta, el que disparaba hacia abajo.

—¿Qué haces tú? —le gritó—. ¿Hay gente en el arroyo?

El cristero levantó la cabeza, sonriente, y vio, sin mirar, al viejo. Era un hombre maduro, con barba escasa de varios días. Los ojos turbios, los labios entreabiertos. Bajó de nuevo la vista, sin contestar.

—¡Eh! tú, ¿no me oyes? —gritó el viejo—. ¿Hay gente en el río?

El hombre no contestó, colocó unos cartuchos en la recámara de su escopeta, y apuntó. El viejo se arrastró hacia el borde sin apartar los ojos del cristero. Después, vio hacia abajo. En lo hondo, sobre unas grandes piedras redondas lamidas por la corriente, se veía el cuerpo de un hombre. Unos zopilotes se cernían sobre él. Se escuchó otro tiro. Uno de los zopilotes se sacudió, dio dos aletadas y empezó a ascender. Luego, abatióse, con los remos inmóviles y abiertos, y cayó en el agua. La corriente se lo llevó. El viejo miró al cristero.

—¿En eso gastas el parque, pendejo? —le gritó.

—Era mi compadre —dijo el cristero.

Y la niebla bajó, y los transformó en sombra.

La Batalla de los Ángeles comenzó el primero de octubre de 1928, y llegó a su ocaso en las postreras horas del día 2. La superioridad numérica de los federales triunfó sobre el ardor de la legión fulminatriz de Cristo Rey: Todos los prenuncios habían fallado, y vanas habían sido todas las jaculatorias que el cura aventó a los cuatro vientos. Como él dijo, cuando le faltaba poco para mesarse los cabellos, era «Una



punición de Dios por no haber sabido comprimir nuestra carnalidad inveterada; pero todo está preordinado, y los designios arcanos son inescrutables».

Los cristeros del Volcán de Colima, o murieron en la lid, o huyeron, desertaron amedrentados delante de las huestes enemigas de rota batida, por siete caminos: la Quebrada, el Laderío, el Desfiladero, la Cañada, el Arroyo, la Garganta y las Crestas. El viejo, Buenaventura y sus hijos, el padre capellán y unos cuantos cristeros heridos, eligieron este último, que los habría de llevar al Culmen de la Trinidad y después al cañón que unía al Volcán con el Nevado, región de ventiscas y turbiones.

Cuando los federales fueron relanzados en la sobrenocche del día primero, se replegaron con prontitud. Sin embargo, no todos llegaron hasta el Bosque de la Epifanía, lugar de partida del frustráneo intento por entrapar a los cristeros. Antes bien, conservaron una ancha zona de la Explanada, y se atrincheraron en las zapas abandonadas utilizándolas como paralelas para establecer el sitio. Desde allí también lanzaron una fuerte ofensiva sobre el cañón cristero en cuanto éste renovó sus disparos, y lograron expoliarlo. Las balas fueron entonces proyectadas contra los mismos cristeros, y los grandes molones apilados en el picacho nunca fueron arrojados. Los escrupulosos cálculos del viejo resultaron, una vez más, infructuosos.

Pronto se resintieron las tropas cristeras que aún combatían en el Bosque de la Epifanía. Faltos de pertrechos, cedieron también los servidores de la ametralladora del Peñón de los Ángeles, y fueron inertes las tentativas para reconquistar las posiciones. El enemigo, paso a paso, estrechó el cerco de fuego.

Mientras todo esto acaecía, el viejo, desentendido de la batalla, recorría maquinalmente el Volcán, en busca de Buenaventura. Pasó y repasó los mismos escobios y congostos, los mismos desgalgaderos y barranqueras y las mismas veredas asendereadas, revoltosas, que tantas veces había recorrido cuando planeaba las arteras encamisadas y los insidiosos ardides que les darían el triunfo, o demandaba por nuevos mesnaderos que asoldadar en sus cohortes.

Al fin halló a Buenaventura. Pero antes se encontró con el indio mayo. Esto sucedió al filo del mediodía. Echó por el atajo que bajaba al arroyo. Llegó a la encrucijada trivial donde se divorciaba el caminillo y escogió el alcorce que llevaba al bautisterio, lugar donde el caudal del arroyo formaba una chorrera y luego un torno que desembocaba en un restaño hondo y azulenco, allí donde se bañaba Buenaventura, asna montés que olfateaba el viento. Al llegar, refrenó al caballo. Cuando se disponía a desmontar, el animal hizo un extraño. Bien sabía el viejo que no era el suyo un animal asombradizo, así que aguzó el oído. Un airecillo silbaba entre los árboles. Un pájaro levantó el vuelo. La rama en la que se había posado osciló y rozó las hojas de un arbusto aledaño. El borboteo del agua subía envuelto en nubes. A lo lejos, se escuchaba el ruido cadente de la escopetería.

Bajóse del caballo, lo ató al rebollo verdino de un árbol y sacó de la faltriguera lo que sería la pitanza del día: un trozo de carne sosa. Se acercó a la orilla, se puso en cuclillas, dejó el trozo de carne sobre un peñol, y sumergió las manos en el agua.

Entonces escuchó el triscar de alguien entre las pinochas caídas.

Apoyó la mano izquierda en una piedra y volvióse despacio. A unos cuantos pasos, engaviado en un macizo, estaba el indio mayo.

—¿Cómo llegaste acá? —preguntó el viejo.

—Vengo a matarte —dijo el indio mayo.

El viejo miró de reojo a su caballería. La pistola colgaba del arzón, lejos de su alcance.

—Eso está por verse —dijo, y trató de empuñar el látigo que pendía, arrollado, de su cintura.

El indio mayo entesó los músculos, dobló apenas las rodillas y saltó. El viejo lo aferró por las muñecas y cayó de espaldas. Los dos hombres forcejaron y rodaron sin proferir una palabra. Al fin el indio mayo quedó encima. Se hallaban en el lugar donde el agua se ahocinaba y descendía, y el borde del río se empinaba. Entre una y otro, había cosa de una estatura. El viejo hizo acopio de fuerzas para orillar al indio mayo y derrumbarlo en la corriente. Ambos dieron una voltereta y se precipitaron.

En la caída, el indio perdió el puñal.

Ahora estaban de pie. Sus cabellos chorreaban. El agua remolineaba a la altura de sus rodillas. El indio mayo, encorvado, con los brazos colgantes y las manos abiertas, se acercó al viejo.

El viejo retrocedió hasta el ribazo de tierra rodona de la margen opuesta. Las raíces gruesas y barbadas de un árbol brotaban del cantil del ribazo, formaban circunvoluciones en el aire y volvían a buscar la tierra. Cuando el indio mayo se arrojó sobre el viejo, éste se colgó de las raíces y recibió al indio con un puntapié en las mandíbulas.

El indio mayo dio media vuelta y cayó amortiguado sobre una peña rotunda. Sus manos agarrotadas resbalaron por la superficie aceitunada de la piedra, su torso se hundió en el agua, y el faldón de su camisola emergió y flotó a su alrededor.

El viejo se acercó, lo prendió de los cabellos, le levantó la cabeza dos palmos y le propinó un rodillazo en la cara.

La fuerza del rechazo enderezó al indio, quien por un momento pareció quedar de hinojos. Después, volvió a caer, ahora bocarriba, con los brazos en cruz. De la nariz le manaba un regajo de sangre que se remansaba en la hoyuela del cuello, se desbordaba, y se desvanecía en el agua.

El viejo se puso en jarras y rompió en risa, envalentonado.

—Tú eras el que me iba a matar, pendejo —dijo en voz alta.

El indio abrió los ojos. El viejo sintió un calosfrío. Calló. Rió más fuerte. El indio se restregó la cara con la bocamanga de la camisola y se levantó. El viejo reuló, se llevó la mano a la cintura y desarrolló el látigo. El indio se irguió. El viejo levantó el brazo, lo dobló y lo cruzó al frente como si embrazara un escudo, listo para largar un revés. El cabo del látigo trazó un semicírculo en el agua.

Asestó el primer latigazo y quedóse inmóvil, con el brazo echado hacia atrás, en

la actitud de quien va a lanzar una piedra.

Asestó luego dos latigazos seguidos. Esta vez, el cabo del chicote trazó una hélice en el aire y levantó un roción de espuma al hender el agua. Y luego largó otro latigazo, y otro más, y otro más, hasta quedar enervado. El indio mayo seguía en pie.

—¡Maldito seas, indio mayo! —dijo el viejo.

El indio embistió al viejo, lo abrazó por las piernas a la altura de las corvas, lo cargó auestas y lo azotó contra las piedras.

El viejo se retorció de dolor y soltó el látigo. El indio lo cogió del cuello de la camisa y lo levantó. Entonces el viejo apercolló al indio. Éste metió las manos entre los brazos del viejo, cerró los puños e hizo fuerza hacia afuera como si tratara de romper una cadena que esposara sus manos. El viejo lo soltó y se retrajo, titubeante.

El indio se aproximó, tiró un golpe a la cara del viejo, quien hizo un esguince y hurtó el cuerpo. El indio tiró otro golpe. Esta vez el viejo lo desvió con un brazo y largó un puñetazo que retumbó en el pecho del indio. Se trabaron entonces en una lluvia de golpes, y después en un abrazo. El indio agarró al viejo por los cabellos en un intento de vapular su cabeza contra la piedra. El viejo bajó los brazos, formó con ellos una tenaza, y estrujó al indio. Éste desasíó los cabellos del viejo y con las manos abiertas le empujó la cara hacia atrás. El viejo apretó el cerco y, de pronto, soltó al indio. El indio quedó de pie, desalentado, con la cabeza humillada, y se tambaleó hacia uno y otro lado, como un hombre que cargara con cada mano un gran peso. El viejo juntó las manos, entrelazó los dedos, y le descargó un mandoble en la nuca. El indio arqueó el cuerpo y se desplomó. El viejo le soalzó la cara: estaba muerto.

Todo losantos levantó su sombrero, se acercó a su caballo, lo cogió de la muserola y le acarició la barbada. Luego, lo desembridó. El caballo cerdeaba.

—Ándale —le dijo—. Vete.

Emprendió, a pie, el camino a la meseta. Empezaba a nevar. «Estamos en octubre, ayer fue día caloroso», pensó, «Y está nevando». Algaraceaba, apenas, pues no eran copos los que caían, sino partículas no más grandes que espumajos.

Al arribar al embocadero de la garganta, vio que la vaguada estaba cubierta, a trechos, por parcelas blancas, calares. Encontró a varios cristeros muertos. Uno de ellos, con los ojos abiertos, sonreía. Le costó trabajo desarmarlo. Tuvo que coger el fusil con ambas manos y poner un pie en el pecho del hombre. A otro cristero la muerte lo había sorprendido cuando se desatacaba el pantalón para satisfacer sus necesidades corporales.

Más adelante, vio a Crisóstomo yerto, moribundo. Una bala le había perforado la tráquea. Se arrodilló junto a él. En el pecho, la sangre extravenada se mixturaba con la nieve.

—Tus pecados te han sido perdonados —dijo el viejo Ángel Custodio. Con la mano libre se quitó el sombrero y lo puso bajo la cabeza de su hijo—. Ve en paz al tribunal de Dios.

Se levantó. Su corazón se había vuelto de cera. El fulgor del estallido de una bomba de obús bañó el rostro de Crisóstomo con una luz rojiza, como si el sol se hubiera detenido un momento sobre él.

Siguió su camino y llegó a la cávea. Allí, adentro, embriagada y casi desnuda, con el cuerpo salpicado por las inmundicias de los pájaros, dormía Buenaventura. El viejo supo entonces que había fornicado en la jaula como antes lo había hecho junto a la fuente que no cesaba de manar sus aguas de maldad: el bautisterio de Todos los Santos. En la harina derramada en redor del alcahaz, el viejo vio unas huellas: y no eran las huellas de los dioses, no eran el vestigio del que debía traer alegres nuevas.

—Buenaventura. Buenaventura —le dijo.

Una paloma voló y se posó en el vientre de la mujer. El viejo abrió la jaula, entró, cogió la falda que estaba a un lado, manchada con sangre inocente, y cubrió sus partes pudendas.

—Te quiero. Buenaventura —le dijo, y la tomó en sus brazos.

Cuando llegó a la meseta, no encontró los olores dulces, salados y pungentes que trascendían el campamento: el aroma a manzanas agrias del cloroformo, y los olores a sancocho, a salazones, a incienso, a pólvora. Y sobre todo, las tufaradas de podredumbre que aventaba la carne cediza. La nieve había tendido sobre las piedras, los muertos, las yerbas y los árboles un manto de purificación. En las charcas flotaban trozos de carranca. De los árboles pendía el hielo como heno de cristal, como arambeles. La nieve fingía adarce en los pedruscos que rodeaban las fogatas apagadas y puños de sal sobre las heridas de los muertos.

Allí encontró a Luciano y al albino. El indio mayo los había traído sanos y salvos. Y allí también estaba el cura, sentado en un tocón, bajo un reparo de ramas, con los pies metidos en un folgo, el cabello lleno de escamas blancas y el regazo de la sotana de seroja húmeda. Imagen de lasitud. Al lado, volcada, se encontraba la píxide donde solía llevar las hostias para auxiliar a bien morir a los cristeros. Había terminado de administrar la extremaunción a los agónicos.

El lugar que anteriormente hacía las veces de sacristía, bodega y camarín para arrecadar las vestiduras azules y purpúreas de las efigies, se había destinado a enfermería. Era una covacha húmeda y oscura, cuya techumbre se prolongaba en un cobertizo. Allí estaban los heridos, entre los objetos más disímiles: imágenes y hechuras de santos descabezados que estaban de pie, agavilladas, bañadas de polvo, y cerca de ellas, juntas también, en una caja, sus cabezas. A la luz de las velas del tenebrario usado para disipar las faes de Semana Santa, las mujeres cortaban lienzas para proveer vendajes y apósitos, o al menos para entrapajar; o bien refrescaban, con hisopillos, los labios de los cristeros heridos que yacían sobre las cajas de las granadas, en catres de tijera o en el suelo. Había hombres con los huesos desensortijados, había otros con heridas supuradas y enconadas. Aquél, con un brazo amputado, regurgitaba; ése, se revolvía víctima de espasmos terebrantes; éste, en los

últimos estertores, con la cara perfilada, grandes ojeras cárdenas y ojos lagrimosos, deliraba.

En ollas pendientes de tárzanos, o colocadas sobre clíbanos, trébedes y otros féferes, hervía el agua.

—Tenemos que irnos —le dijo el viejo al cura.

Enseguida ordenó que se soltara a los caballos y que remataran a aquellos que estuvieran heridos. Y mientras un hombre les rompía el cráneo con la mocheta de una segur, y otro embanastaba el ropaje del cura, el viejo escanció en su cantimplora los remanentes del sanguis y Buenaventura guardó en el pecho la sagrada forma.

—Pero antes de irnos —le dijo el cura—, hay que enterrar a los santos. Todos están muertos.

Y antes de irse, los cristeros sepultaron todas las hechuras de vírgenes y santos que durante año y medio habían juntado en el campamento. Sólo Buenaventura conservó algunas imágenes y figurillas que guardó también entre sus pechos. Entre ellas, una estampa, oval, de San Felipe de Jesús, patrono de la Diócesis de Colima. Sobre los túmulos de los santos hincaron sendas cruces formadas con carabinas venaderas atadas con bejucos. El cura no quiso que se inhumaran las efigies de Cristo, y tampoco que se abandonaran, así que con ellas se hizo una pira y las cenizas fueron esparcidas en el arroyo.

Al atardecer, una vez apercebidos con las vituallas y el aparato necesarios para subsistir unos días en los heleros del Volcán, el viejo dio la orden de partida. El cura se tuvo en el brazo de Buenaventura y trastabilló. El viejo vio que estaba herido en el pecho.

—Mejor lo llevamos cargando, padre —le dijo.

El cura, con voz casi inarticulada pero como siempre en actitud sacerdotal, contestó que sólo era un rozón indolente, del todo pasible, producido por una bala fría.

—Bueno, como usted quiera.

Pero a los pocos pasos se le ofuscó la vista y desplomóse. El viejo ordenó que se le acostara en una camilla y lo cubrieran con un centón.

Bajo un cielo color de hierro entrañáronse en la cañada. A las dos horas de ascender por parajes impracticables y enmalecidos, la postración del cura era total. Cerca de la cumbre, una embolia lo envió al reino de los inmortales celícolas, y nadie conoce hoy el lugar donde descansan sus restos: el Volcán es su mausoleo.

Caminaron toda la noche, casi a rastras, transidos de hambre y ateridos por entero de frío, con la piel escareada, y al dilucidarse el alba avistaron el cañón: un mar de bronce de rupestres ondas surcadas por ausoles, grietas de todos los anchos. Salvaron el declive lóbrego y resbaladizo, cubierto de rocalla y opalino hielo gelatinoso, que los separaba de los airosos yermos, y llegaron a los nidales de las Cuevas Pintas. Allí hicieron quedada y por unos días, cuando se agotaron sus reservas, saciaron su sed con aguanieve, y la hambruna con carne salvajina de bestias montaraces que

guardaron en los sibiles de las govas. En ellas, también, hicieron nuevos altares de adornos grotescos, entarascados, y comulgaron con hostias que tenían resabios a leche. De los heridos, unos murieron. Otros, una vez que sanaron, volvieron a sus pueblos.

Cuando abandonaron las cuevas, Buenaventura dejó en ellas las pocas imágenes que se habían salvado de la inhumación. Allí quedaron, arrojadas a los cavernícolas murciélagos.

Tres días duró la batalla. Tres meses más huyeron del enemigo, insudando, fueron de un pueblo a otro, hasta que un viento oportuno los condujo de arribada a un puerto bañado por el mar Pacífico. Surcaban este mar algunos paquebotes, algunas jábegas y goletas ágiles como hirundinarias marítimas, y una carraca, abrumada por la carcoma y los caramujos, tarda en navegar. El viejo Todolosantos, ante las aguas, junto a las garzas, ante el cielo salpicado de paviotas, barnaclas y onocrótalos, juró volver algún día al Volcán a luchar por Cristo Rey.

Pero nunca volvió, nunca hubo tal retorno. Él, Buenaventura y sus hijos, tendrían que sufrir aún siete años de hambre, y regresarían a Nonoalco.

Nadie volvió tampoco, jamás de los jamases ni nunca de los nunca, al Volcán. La tierra no dio a sus muertos. Los huesos nunca reverdecieron. Los hombres cambiaron sus armas por instrumentos de labranza: destrales, espadas, carabinas, se transformaron en hoces, coas. Los astiles de las hachas sirvieron para hacer mangos de azadas. La madera y el hierro de las lanzas y fortificaciones, para construir los timones y las estevas, las béstolas y los pescuños de los arados. Volvieron así a sus originales labores rurales y geórgicas. Y las fuerzas naturales se desencadenaron. Un centellón destrizó y convirtió en chamizo la parota que otrora sirviera para la confesión auricular. Pronto se escucharon ruidos soterraños y la tierra del Volcán, que había permanecido intrépida por largo tiempo, se conmocionó en forma tremebunda y cayó para no levantarse. El santoscali quedó bañado en cardeñas y arenas volcánicas, y tesoros de granizo barrieron el campamento, refugio de la mentira.

No, nunca regresó nadie al Volcán, ni el Volcán resurgió de sus cenizas, otros fueron los prados y terrazgos que reflorecieron. Otros fueron los verdugos que revenaron en otros arbustos. Otras las bestias que medraron en otras regiones. Otros los pájaros que anidaron en otros árboles a cuyas ramas acudieron los melados frutos, y otros los ampos que cubrieron las cumbres fumantes de otros volcanes.

Vieja y cellenca, ciega y loca, acrisolada su alma por tanta aflicción que al Señor plugo darle, Buenaventura ya no recuerda la Guerra de los Cristeros, los muertos, los hijos perdidos, el indio mayo. Hace ya tantos luengos años que vive en este inframundo de Nonoalco, que daría gustosa sus ojos por ver de nuevo lo que sus ojos vieron camino al Volcán, único recuerdo de la tierra y del cielo que se llevará a la tumba: las vegas húmedas, las serranías nemorosas y feraces, los prados amenos y amables vestidos de hierba cencida, los henares, las mieses ceriondas y rubiales, los

trebolares verdecedón, los lloredos verdemontaña, y aquí y allá, navegando al amor de la tierra campurosa, los cortijos, las trojes, los hórreos y los silos, los aduares y las alquerías...

#### *Noticia histórica:*

*La Guerra de los Cristeros, nada galana por cierto y vergüenza del linaje humano, matadero que fue, refugio así de clérigos vulnerarios como de bígamos similitudinarios, de fanáticos maniqueos y seglares sandios, de cretinos cristianos, de advenedizos encaminadores de almas que abandonaban sus curatos a la buena de Dios; y pretexto para asonadas, complots, rebeliones pretorianas y cabildazos, fue augurada por el silencio efímero que guardaron las campanas de todos los templos de la Nación el 8 de diciembre de 1925, día de La Inmaculada, y clausurada por la declaración presidencial del 22 de junio de 1929. Muchas cosas pasaron en esos tres años y pico. Nacieron multitud de periódicos que clamaban por justicia: La Reconquista, David, El Clamor de la Sangre, donde poetas chirles, hebenes, picados por el estro denostaban al judaizante gobierno, y le robaban al helicón campanudas frases para metrificar epinicios en loor de las sargas de las legiones nazarenas: pronto estos himnos se transformaron en trenos dedicados a los héroes que perecieron en el rogo. Las iglesias, en un principio a cargo de las juntas vecinales designadas por los munícipes, fueron sacrilegamente holladas y profanadas mil veces, y hubo más tarde que expiarlas y desenviolarlas con ceremonias y cánticos de desagravio. Se comió un desacato al aprehender, en Tlatelolco, a los rectores de la Liga Nacional de la Defensa Religiosa. Por decreto de las autoridades sanitarias, se examinó a numerosos sacerdotes y se encontró que un cincuenta por ciento padecía vergonzantes enfermedades venéreas. Se requisó armamento aquí y allá. No faltaron los poncios y los maldecidos judas: pancistas los unos, apóstatas los otros, que se permitían opiniones más que olorosas a chamusquina. Se acusó al clero de incuria frente a los problemas nacionales. Las lobas de lupanar defendieron el templo de Comala, en Colima, lo que provocó un escándalo farisaico. Se emitieron estampillas de cooperación para el sostenimiento de la lucha, y se dijo que todo el mundo debía colaborar al rescate, sin acepción ni excepción de personas. El tren de Guadalajara fue asaltado, en abril del 27, y muerta su escolta. Los cristeros atacaron Manzanillo. Menudearon los encuentros entre cristeros y guachos pelones, cuerudos rurales, azules voluntarios y agarristas agraristas. Encuentros, los más, que terminaban en jupias. Llegó después la jura de la Constitución Cristera, firmada en las montañas de Michoacán y de Jalisco; una constitución llena de vaciedades que representaba al minifundismo, propugnaba un Estado corporativo, y en cuyo proemio o exordio, de grosera urdimbre, se invocaba a Dios, Primer Motor del Universo. Se estableció un Gobierno Mexicano en el Exilio, a cargo de un presidente nunca extraditado. Y más tarde, cuando el gobierno verdadero desató todo su poderío en contra de los cristeros, dispuesto a arrollarlos y reivindicar así su prestigio, llegaron el marasmo,*

*la contramarcha, la disyuntiva entre continuar una lucha desahuciada y sucumbir en la palestra a manos de los anticristas deicidas, o deponer la bandera de la rebelión y entregarse sin parlamentar, sin capitular. Sucedió esto último, pues no sólo llegaron los sarracenos y los molieron a palos, sino que además los obispos firmaron la paz con los amorreos. Y así terminó la Cristiada y los defensores de Cristo Rey, los pocos sobrevivientes a la mortandad, dejaron la guerra por la paz y se esparcieron por el mundo como el viento solano por los montes.*

*Ficción geográfica:*

*Por el lado Sureste, el Valle de la Circuncisión se derramaba en un cantil roqueño y transformábase en el Abra de los Reyes Magos la cual, a su vez, se desmoronaba en un vasto canchal o Pedregal de la Santísima. Al término de este pedregal, que coincidía con los términos de la Espesura de la Santa Cruz y del Lomerío de Corpus, explayábase otro valle, anchuroso y desnudo: el Valle de la Matanza. Un ejército podría entrar a este valle sólo por la Nava del Infierno que venía del Norte luego de rodear la colina que los soldados de Cristo Rey dieron en llamar la Colina de los Réprobos. Al Oriente, el Valle de la Matanza estaba cercado por el Espinazo de Satán, una cuchilla de cerrajones escarpados que partía del Monte de la Resurrección. Más allá de la Nava del Infierno, seguía la tierra campa.*



¿YA VIENES?

*Ya voy*

Retornelo terrácueo, humectante  
 Tiempo de nacer, tiempo de morir  
 Etéreo y ecuóreo, eurítmico y célico  
 Abenuz, abenuz, bayas de meruéndano  
 Nubífero, ignívomo, mirífico  
 Pizpirigaña:

*¿Ya está el pan?*

Y desmemorando, desmoronando: cárabo rutilante,  
 caudatrémola,  
 azándar,  
 prognés.

*¿Ya vienes?*

*Ya voy*

Y se escarolan las ondas: tiempo de nacer, tiempo de morir

*En el agua clara*

de estos campamentos,

*Sun y sun*

allá lejanas, en la plusmarina oscura, surcada por marfilíneas que ya glasean,

*Mi atepocate,*

*Mi coconete,*

*Mi chilpayate.*

*Como cuando tú:*

*Como cuando él:*

niño de mis rémoras, te fuiste al camponiño

*Para no volver Para no volvió*

en este val de lágrimas afluentes, cas de nos, sino acaso y no, en la pitanza lejanía de una locomotora recordante: terreño olvidado.

*El de mis padres,*

*El de tus padres,*

terregal del descariño, recuerdos acogombrados para que se vuelvan más tiernos.

Crepusculares, corpusculares.

Recordando: por qué él,

por qué él, José Trigo.

*No te me acuilmes,*

*Te me agorzomes*

*¿Ya vienes?*

*Ya voy.*

Turbulenta lentamente se fue acaronchando el cielo. Y también las cosas: casi un mes hacía que había estallado la huelga general en todo el sistema. Y de nítidas noches tachonadas de estrellas que coruscan, séricas, virgíneas: felices tiempos aquellos en que chirriaban las zapatas cuando los trenes subían las cuestas. Y de urente sol que, aun cuando ponentisco, melíferos rayos fluía sobre el campamento, a nocturnales tonantes truenos y una que otra gota: chispeaba. Y el laudo fue contrario: comenzaba la represión. Esto fue por ahí de los octubres de anteaño, una noche en que

*¿Ya vienes?*

*Ya voy*

*¿Dónde estás?*

*Aquí estoy*

tuvo nación de nacimiento en el mismo furgón mortuorio donde se veló al primer hijo de Eduviges la descorderada, el segundo hijo de Eduviges la secundípara, que nunca enmaridó. Placible el tiempo, se intempestó y en noche intempesta José Trigo el mismo que aquese día

*¿Ya vienes?  
Ya voy  
¿Allá estás?  
Aquí estoy*

asomóse por la puerta de un furgón de un tren que pasaba a la ronza por los campamentos de Nonoalco-Tlatelolco y vio las yerbas fogareadas y salta y es como cuando era niño y jugaba en el mar y mar maromas más y más aroma a sal y salta saltibajo (porque un hombre desde tres furgones atrás le gritó: «¿Qué hace usted allí?») rodando volteretas y revuelcaracoleando caracola colacara hasta que se detiene y queda (sobre el balasto recién relente, las plantas acamadas) bocabajo carabajo cómo es que carabajo carajo carajo «¡Carajo!», dijo ahora que ya la pendejo y lo pendeja jadeando se aleja jadeante súbito su pito tocando la loca la loca la locomotora (una vieja locomotora que se borneaba, y tras ella viejos furgones cargueros que decían «South Pacific») como toro loco como loro toca su pito repito pitopitoflero; ése mismo, que a querer y no se quedó a quererla, se fue a buscar a la vieja Buenaventura

*Que ya viene  
Que ya vienes  
Toronjil de plata  
Torre de marfil  
Que cantan los gallos de San Serafín*

Ocurría que ya, la huelga traicionada. Visitas domiciliarias de agentes de la Judicial. Seguía la búsqueda de Luciano, y el hambre sin tener qué comer qué pan,

*Arrepote pote pan*

escamochando las últimas lechugas, desperfollando las últimas panojas de maíz.

*¿Ya vienes?  
Ya voy  
Dónde estás pizmienta de los cabos negros escuchimizada  
Aquí estoy grandeva descuajaringada y piernitendida  
Sun y sun cantaba la rana  
Sun y sun y tuvo un hijo  
De la marihuana.*

Habían pasado siete meses de que cuando José Trigo la encontró empreñada. Hombres nérveos vagan por el campamento. Se embeben de trovar aguardiente. Y no es para más ni para menos porque apareció un ferrocarrilero exánime y exangüe al que lo habían ejecutado descerrajándole un tiro amén de la ablación emasculinizante y quién sabe cuántas cosas más, flébiles, y ya no se aguantan. Marramaos de michos. Piulidos de pollos que pipián, los pocos que quedan de la matacía y no se los han comido. Entretanto que los esquiroles boicotean la huelga. El hombre, en decúbito pronó. Y los trenes,

*Riquirrán riquirrán  
Los maderos de San Juan*

Dónde estás

*Aquí estoy y mira que él, José Trigo, te fue a buscar una noche me perdí en las montañas tienen mi nombre es Eduviges y aquí estoy en el furgón se oye la lluvia  
Miro que él, José Trigo, me viene a buscar una noche salí de mi casa porque oí que gritaban Buenaventura es mi nombre y vivo en estos campamentos son grandes, y tristes, y lejos*

Los periódicos no lo advirtieron. Rosó, pinteó en la mañana del 14 de octubre, verberó en la tarde el viento forano. Mas el cielo, aún zafíreo, y nubes cuáles, vagarosas si acaso y no de permansión. Maestros que abandonan los planteles escolares en día lectivo, para apoyar el movimiento. Y algo es algo. Los hombres ferrocarrilenses, reunidos a la redonda de su hambre prorratan sus penas. Atanasio, el suegro de Manuel Ángel, había muerto

*Ya la tusa se muñó*

con la cara deshecha a culatazos y casi sin velarlo ni deudos ni dolientes lo habían llevado a enterrar

*Entre cuatro zopilotes  
Y un ratón de sacristán:  
¿Ya vienes?  
Ya voy  
¿En ésas andas?  
En éstas estoy.*

mientras que, entre que sí y que no, escapó su cómplice, el concuñado, el que por su grandísima culpa chocó el tren con las locomotoras en el Norte. Pero ¿por qué no pudieron ver el cuerpo de Atanasio? Y luego el otro muerto con la fractura estelar irradiada. Los mendaces diaristas no lo dijeron, no lo propalaron. Como no tampoco con antelación que una mañana corriente y moliente lloviendo amanecería, lluviosamente. Por la noche fucilazos

*Mientras que yo llorando*

*Mientras que tú llorando*

*No te me achicopales,*

*Te me taperujes,*

*Te me agorriones*

iluminaron erubescientes las tongas de durmientes aterrados, durmientes de rifle, durmientes semilunares, durmientes cuarterones apilados en los patios de aquestas estaciones, y sobre los viejos rumiantes y también durmientes y fungosos y degollados rieles ruginosos, plorando y deplorando de agua la tierra. Túrvida y tímida y súbita. Apenas si fueron unos centímetros cuántos, pero bastó:

Los niños duermen:

*Cochi, cochi*

*La lluvia llueve y arrecia:*

*Chicahua, chicahua*

Y el viento sopla:

*Eheca, eheca*

Y así fue que un día, entre que sí y que no,

*Que caiga un chaparrón*

lloviendo amaneció, lluviosamente. Y los que inocentes, solaceando cabelleras cometas que abajáronse, aleladas. ¿Y cuánto tiempo más? El agua lloviendo solamente, lloviendo y yendo, yendo allá y las calles, si primero arroyaderos, después ramblas y los campamentos aplacerados porque descumbrados fueron los ríos en

lagos, en mar, en cielos: el cielo se cayó cayendo yendo al mar en estos campamentos: vidrios que se aljofaran, lautos; aguajes que se desbordan; palomerío que se zarabanda. Abur.

Cuando a Luciano lo fue a buscar el hombre de la tumbaga unos días después de que había vencido el plazo perentorio que le dieron a la empresa y púsose la ropa del hombre y se escondió dicen que en la Calzada de los Misterios, ya todos sabían o empezaban a saber que a la huelga se la iba a llevar el carajo porque unos días antes había chocado el tren de pasajeros con las dos locomotoras estacionadas y siguió el incendio de los Talleres Centrales de los Ferrocarriles y después vino la aprehensión de Atanasio el suegro de Manuel Ángel y de su concuñado además del Secretario General del Sindicato y de algunos teóricos del movimiento acusados los primeros y los segundos unos de homicidios lesiones e injurias ataque contra las vías generales de comunicación, y unos y otros de disolución social conjura contra las Instituciones Nacionales y otros delitos sobresabidos, luego vino el careo de acusado y coacusado, autores y fautores, a quienes hasta entonces se les tenía incomunicados en las mazmorras del Campo Militar Número Uno, se hicieron las fichas antropométricas y se instruyó el proceso sobre lo que llamaron indicios vehementes, más tarde vino la Ley-Fuga-Muerte de Atanasio ¿el falsario? y el cómplice que no aparece, gratificación para quien lo encuentre y para derramar la última gota el ferrocarrilero muerto.

*¿Ya vienes?*

*Ya voy*

Así que fueron atando cabos cuando decidieron reunirse a discutir el punto: aquella noche en que Manuel Ángel y algunos de ellos que no son todos los que están lo acompañaron al burdel de las madamiselas de párpados alcoholados y lo oyeron decir que era mejor vender la huelga que morirse de hambre y estaba también el suegro.

*¿Dónde estás?*

*Aquí estoy*

*La yo la empreñada*

*La tú la pariente*

el tercer día de que llovió, lo vi, lo vieron, llovieron los días, las horas, los minutos, hechos un río de penas, un lago de agobios, un mar de lágrimas. La cosa empezó con un casi silente chipi chipi tipi top sobre la multechumbre de los furgones donde brincovolando las palomas tencuachas en una noche novilunia de soñar estantiguas marimantas y al día siguiente muy de mañana, muy de las cinco, cuando José Trigo

se asomó a la puerta del furgón, vio las gotas de lluvia pertinace que caían en sartas de tantas, diamantinamente. Porque tú, nube, nubeaste. Tú, tiempo, tempeoraste. Tú, arroyo, arroyaste, arrollante. Y tú, lluvia, lloviste, turbulenta.

El viejo Todolosantos traga pulque:

*Octli, octli, octli*

y se atraganta de pan ensalivado y como si hablara en entredientes una lengua extraña:

*Popolotza, popolotza*

se oye y el viejo chasquea la lengua y roe su pan, lo roe:

*Teteitza, teteitza*

el viejo con su único diente:

*Tlanti teteitza, tlanti teteitza*

el viejo que espurrea:

*¡Ahuachtia, ahuachtia!*

espanta a una gallina que chapotea en el agua, la oxea:

*¡Cuanácatl, cuanácatl!*

bajo la lluvia:

*Chichipini, chichipini*

y el viejo murmura pero su voz no se escucha porque cerca pasa un tren que escupe fuego y humo:

*Cuecuepoca, cuecuepoca, popoca popoca popoc*

multitud de minúsculas luciérnagas litúrgicas, y allá a lo lejos llaman las campanas,

llaman a venerar a Nuestra Señora y a Nuestro Señor:

*In tonan in tota, in tonan tota tonan tota*

Sin quitarse los zapatos, sin arremangarse los pantalones, caminaron entre las polutas aguas que se volvían vortiginosas en las coladeras que se acabaron por entupir, y fontanero ninguno, tanto era el limo, horrura que encrasaban la arroyada. Eran unos quince los primeros que decidieron hacer algo, cualquier cosa. Se oían los gañidos de la perrada. Las gallinas, desmejoradas, se enmantaban, como el cielo. Fuéronse agregando otros ferrocarrileros. Uno salió de su furgón con la gorra a la marinesca, lucíferos los ojos. Bajo los tejaroques se pudrían los nidos de las arandelas y estaba cerca el aborto del sol, encortinado por nubes sáxneas desde hacía tres días umbrátiles. No rielaba la torre de San Salvador de las Flores con el relso reflejo de su límpida luz. De un furgón a un lavadero (que qué falta hacía en ese tiempo), había una pasarela tabular.

En su algareteante algarabía por el campamento entre las entreluces del entrelubricán, fueron gritando, diciendo, llamando, murmurando. Al furgón de Luciano llegaron también. Ya no llovía. Había una clara. Allá se veían las torres de las fábricas. Y más allá el Puente de Nonoalco, como un malecón, como un muelle desde el cual se podían contemplar secanos y freos, torrenteras, archipiélagos, bores, penínsulas procurrentes, revesas, plenamar y cáncamos de mar de fragosas aguas que reblaban en las calles aledañas al campamento. «¡Vamos a detener un tren!», gritaban. «¡Vamos a tirar la carga!», decían. «¡Vengan con nosotros!», llamaban. «¡Elijo de la chingada el que no venga!», murmuraban.

*Mientras que yo*

*Mientras que tú*

*San Isidro Labrador*

*Quita el agua y pon el sol*

*Te espero*

*Me esperas*

*A ti vieja sorguina mancornadora*

*A mí que me sofaldo las faldas haldeadoras*

*Porque viene el niño*

*El tamarizquito,*

*Este niño lindo que nació de noche*

En noche de volátiles corpúsculos acuáticos y gracias a que José Trigo estaba allí y había llegado un día cuando saltó de un furgón y brinca cae en caca fresca seca cacaliente donde vacas y miajas de pajas pájaros pasando por postes del tele, telegrá,



follón, teletelegrá, follón. Follón, follón, follón, dijo el tren

*Arenita de un marqués*

y así fue como ese día se volteó bocarriba y se quedó viendo los alambres del telégrafo, y ahora también, pero no hay pájaros. Y sí níveos y vítreos sartales de lluvia. Y de ahí en adelante, no más lunar de luna (hasta que nació el niño), y hambre transfixionó.

*Porque él*

*Porque José Trigo*

*Porque José Trigo y no tu padre*

llegó un día a pesar de que ella lo miró con sus ojos lacustres eran siempre de noche. Sólo cuando enjambrazón de, estelíferos miraban a su otro

*Mi hombre*

*Tu hombre*

y no a aquél de tan no adamarlo aunque sí cobrarle apego que le dijo: «Déme unos zapatos» y ella, liento aliento, dióselos, aquellos negros y con punteras, Dios mío, a pesar del padre de mis hijos uno que ya y otro porviniendo: barriga turgente como para decirle: «No se me acerque porque estoy ocupada ya después Dios dirá».

*Y no dijo nada*

*No dice*

*No dice nonada*

Siete meses aquí, unos marceantes, otros junilunios y este mes que la lluvia crinada y no dijo aunque muchas las veces. O en el limen del furgón, o errático por los durmientes lignarios caminante y después y como siempre.

Los ferrocarriles esquiroleados, siguen llevando y trayendo carga de aquí allá, de allá aquí, llueva o truene. Así se encelaje el cielo o se alaguen de légamo los rieles. Los corazones de las locomotoras laten, sístole y diástole, en las cajas de distribución. Y los ferrocarrileros, coluvie de quince, después veinte, luego cincuenta, ahora quizás doscientos, van a detener un tren de carga. El que sea. El que llegue. El que salga. Así esté grávido de frutas tenientes, aparatos electromotores o pacas de algodón en rama. Es igual. Da lo mismo. Turbulenta, truculenta. Salen de sus sórdidos invernáculos

patéticos. Y por qué no: si tú hubieras sentido esto en carne propia. Si tú tuvieras un compadre que hubiera llevado a tu hijo a las aguas del bautismo en la iglesia de la Virgen de los Lagos. Turbulenta lentamente. Si tú le hubieras puesto a tu hijo Cristóbal porque así se llamaba tu compadre y porque San Cristóbal es el patrón de los viajeros. Turbulenta lentamente se fue empantanando el cielo. Y tú y tu compadre eran viajeros del ferrocarril y siempre estaban a partir un piñón, un limón,

*Naranja dulce,  
Limón partido*

así como siempre hablaban de lo mismo: no sólo hace cuarenta años cuando después de la huelga confederada él te decía: «Sabes, Fulano, que ahora dice la gerencia que dizque el ferrocarril pierde setecientos mil pesos mensuales». Turbulenta lentamente se fue empantanando el cielo y las nubes lacticíneas, tantas que los huecos eran como lavajos rútilos. Sino también apenas hace diez días cuando tú le contabas: «Sabes, Cristóbal, que en San Luis los niños y las mujeres y los jubilados no dejaron salir el tren que iba manejado por el ejército, ganas me dan de hacer lo mismo con el primer tren que salga mañana de Buenavista», y él te contestaba: «Mira Fulano, tú y yo ya estamos muy viejos para esas cosas».

La paloma dice:

*Huilotl, huilotl*

y canta la rana que salió a pasear:

*Cueyatl, cueyatl*

Y una mañana te enteras que tu hijo ha muerto. Que así y todo, casi impúbero, casi en la menoría de edad, le descerrajaron un tiro. Y porque los muchachos cantan la nueva rielera: «Yo soy rielero / tengo mi plan / es del Sureste / vamos a ganar», tú tienes ganas de decirles: «No canten, muchachos, que el ahijado de mi compadre ha muerto». Y entre otras cosas por tal motivo los hombres cien o más, caminaron por la Calle de la Crisantema, Flor de Oro, hacia la Calzada de Camarones, y Níspero, y Hortaliza, y Laurel y Naranjo.

*¿Ya vienes?  
Ya requetevoy*

Y así como él, el mundo todo. Viéronlas. Oyéronlas cantimplorar: aerofanas. Allá de sí: clarisonando en los techos de los vagones, y acá de vertical albura: sobre las yerbas de los llanos hasta que apenas si entonces y acaso, alguna que otra paloma muerta, otra que una rata flotando, boyando, panzarriba y algunas y tal vez no, plumas nevadamente cayendo. Así que inocentemente tan campantes, tan de sí, tan de no: sí de reír, no de llorar; sí de jugar con los pies desnudos sentados en los mampelaños de las escalerillas removiendo viendo el agua en ondas ondulando y no: no preocupándose en liar los bártulos bartuleando solamente y danza que danzarandeando

*A la víbora víbora de la mar*

los niños, caireles argentinos por el lucentor del alba, y voces undívagas, como siempre, sin saber que de la planta al empeine, del empeine al tobillo, del tobillo a los muslos, subió el agua. Pero entonces, locomotriz al paio, perlonga por el campamento, undísona. Hombre rúa por en. Armón tras de sí estela nectáreo en el charco que entonces todo era, espejeante, reflejante del barco al revés que vio José Trigo cuando se asomó a la puerta

*Qué hace allí parado como un idiota mientras que yo aquí piernitendida*

*Y allá que yo desplumarando*

*En vez de buscar a la madrecita*

*Buenaventura me llaman*

en la luz matutinal el barco periplo y allí el suyo admirante: el dulcemente, apenasmente niño con sus cuántos ochos años de navegar por la vida, corazón azul a babor y de áncora un yoyo brillante como caramelo, jugando, hasta que gira tan girando entre las olas oscuras que al navío navío cargado de se lo chupó el remolino, se lo llevó la tiznadamente y el niño lloró marinerado, lloró lluviosamente cuando la alcantarilla bocaballena

*Había una vez un barco chiquito*

Así que ese primer día, ferrocarrileros a sus pensares, suspirosos, cargando cada quien su cada cual tristeza; y viejo Todolosantos a su vagamundeo; y madrecita Buenaventura a su misa, al son de sus seis de la mañana de todos los días en punto.

Pero no sólo. Sino que también, mercaderes en sus tendajones, no lejos, no ulteriores

del campamento: coliflores clorofilas, naranjas áureas, pecesplata

*Y florecítaralas del temporal*

colocaron bajo las lonámenes.

*Una lo-ri-té*

*Ca-lo-ré-men-hué*

Más allá, por la Calle del Pino, donde el agua oncosa se transformaba en arroyos radicosos, rioladas, y después apenas si en charcos estantíos, que ya no alagunábase de pared a pared, casa a casa y ni siquiera de bordillo a bordillo de las aceras, don Pedro el carpintero, duen de casa, hacía barcos de papel y pajaritas con los volantes rojos de la huelga donde estaba el lema: «¿Siempre Unidos? o ¿Siempre Uncidos?», y así por el estilo, y le decía a su madre: «Mira, allá vienen, y tú no los ves y no te importa, porque ya llegaste a tu viejez y sólo sabes cantar. Contigo es cuento de nunca acabar. ¿Qué se me viene a mí que tú tengas una cinta azul para el Niño Jesús o una huérfana vestida de hojalata y con su canesú, cuando sabemos que Luciano va a ir a la cárcel en cuanto lo encuentren? Guárdate tus patos asados que vuelan con todo y vinagre y tus frailes de panocha que conociste hace treinta mil años, madre, hay cosas más importantes». Esto decía, taciturno, comiendo pan sin companage, mientras que su madre con la candela en la mano dada a la dormición soñaba con los angelitos. «Y es que hay hombres con máuseres y cascos que andan por los campamentos, vigilándonos. Hoy pasó uno enfrente de la carpintería: sus ojos eran más amarillos que el aguarrás, y con ellos se me quedó viendo. Yo hice como si se me hubiera metido serrín en los ojos. No me gustan esas cosas.» Los vio acercarse: un buen rato de hombres, una flota de gente de bravosía. «Míralos, madre, allá vienen los ferrocarrileros. De seguro se embeodaron. Van a hacer otra de las suyas. A detener un tren. O a tirar la carga del descargadero. Pero se van a encontrar con los soldados. Están allí nomás en los patios de Buenavista. Mañana con mañana aparecen allí los placartes con los retratos de los líderes y los soldados juegan al tiro al blanco con ellos.» Otra vez de nuevo llovía. Alguandre. Las nubes alquitaraban agua de. No diluviando furente, rauco, como antes. «Y cuando yo te cuento todo esto, madre, tú me sales con tu arestín de plata y tu cuna de marfil y las palomas borrachas que te pelan los dientes y los jicotes amarillos que regañan al comején. Pero yo te hablo en serio, madre.»

Cuando las papujadas gallinas dentro de los furgones cloque cloqueando, otra cosa. Cuando la ropa secadía tendida en las cuerdas de un extremo a otro de los furgones,

dentro de ellos, bationdeando, preñándolos de trapajerías, otra cosa. Entonces dormirse pensando y ahora qué, con un gallo en el ventano, un perro sobre la cama y los gansos gansareando:

*Canauhtli, canauhtli*

y asomarse: la mano cuenco se llena. Y los niños otra vez, con la punta de los dedos, espumando.

*Y yo estoy aquí y hasta cuándo*

¿No se va a buscar a la vieja Buenaventura?

*Y me mira y me dice sí con la cabeza pero saca la mano para ver si llueve claro que llueve, claro que está lloviendo desde hace días, desde hace siempre*

*Que llueva, que llueva,  
La Virgen de la Cueva*

estaba allí esperando

*Y yo estoy aquí y hasta cuándo*

en su furgón ella

*Despelechando yo*

despelechando ella

*Una gallina yo*

una gallina ella, dijo la vieja Buenaventura, ella, porque en tantos días de lloviendo desde que Dios amanece

*Ni cuándo ir al mercado:*

Dios que nubla, Dios que truena, Dios que se vuelve agua y hace hoyos en el viento,

*San Serafín del Monte,  
San Serafín Cordero*

*Imagínese usted, imagínese los trenes reflejados en el agua sucia los niños desnudos y los paraguas: tres días de llover a tántaros cántaros y los campamentos se inundaron me acuerdo muy requetebién fue cuando la Eduviges andaba por parir al meñique y José Trigo*

*Como siempre con su saco guangocho lo vieron pasar por el campamento en busca de la madrecita Buenaventura.*

Las greñas guedejas y balcarrotas lloviendo en las orejas, pelombriz mugreñuda y desplumarando una gallina de tanto flaca, manos en obra al descañone cuando sí:

*Si va a buscarla ahora llega al furgón y de seguro dice*

«¡Madrecita Buenaventura!», cancanéó José Trigo y ella,

Yo

dijo la vieja Buenaventura, me dije:

*Otra vez ese pendejo, todos los días del mes me sale con la misma batea de babas*

y cogió a la gallina por el cogote asombrándose a la puerta de lo que vio en redor: Nádamenos y nadamás que José Trigo errabundo con un quitaguas que de dónde salió y con los pantalones no por zancos arriba de las rodillas pegoteadas de cazcarrias porque hasta ella casi llegaba el aguachiento y zarrapastroso le dijo:

«Yo creo que ahora sí de verdad, porque ella me pidió que viniera a buscarla a usted», sus ojos ovezueros, y no sólo era José Trigo sino que además eran los niños enjugascados: abarcaban las cajas de jabón, y las velaban, y las navegaban, cinglaban, unos, y otros desde los techos de los furgones con cañilargas de pescar pescaban y no claro zapatos viejos, sino también y cómo y por qué, escamosos pescados muertos que arrobiñaban escamoteaban las mujeres deshambriadas con las faldas arrenalgadas y canastas bajo los brazos.

*Tengo una canasta  
Llena de alverjones*

«O a lo mejor lo que pasa es que no te enteras, madre, y no que no te importe: cuando sales a la calle, no hablas con nadie. Cuando yo te cuento las cosas, no las oyes.» Los vio venir, el fluviátil rabión de hombres. Y los soldados que se alertaban. Y los hombres que se iban, sin hacer nada, porque nada podían hacer. «¿O te enteraste tú de la huelga que hicimos los carpinteros en el año trece? No pedíamos mucho: sólo veinte pesos más al mes, cuando los huevos estaban a ocho centavos y la arroba de cerdo te costaba dos soles bigotones. Y sin embargo nos jalamos los cabellos como si hubiéramos comido cerebro de águila con perejil: la lucha fue muy dura. Pero ganamos. ¿Y te enteraste tú, dime, del escándalo que se armó cuando la huelga del veintisiete? Un trece de diciembre suspendimos el trabajo en Nonoalco y Buenavista porque habían destituido a muchos compañeros, en injusticia, y los amarillos ocuparon nuestros puestos. A los cuantos días las cárceles estaban llenas de hermanos, en Santiago Tlatelolco estaba nuestro jefe en huelga de hambre, y el médico que lo examinó dijo en su veredicto que no era verdad, que ya había comido. Entonces vimos que no teníamos derecho ni para morirnos de hambre. Y un mes después de empezar la huelga, los policías y los bomberos y la Montada nos atacaban aquí, en Nonoalco, a machetazos y carabinazos, porque pedíamos permiso para hacer una manifestación. Un bombero, de un hachazo, le cortó una oreja a un trabajador. Pero perdimos: ya desde entonces los periódicos nos llamaban rojos y con eso no había nada qué hacer. Esa huelga, madrecita, hizo más ruido que el ruido que hace un trueno cuando se derrama en el agua la sangre de una alondra, pero tú no te enteraste. Y es que nuestra lucha es muy vieja, madre, más vieja que tú. Aunque tú, por calva, necesitas ya una peluca de viruta, que te voy a hacer, y por ciega, un bordón de rama de avellano para que busques tesoros, que te voy a pulir.» Y vio cómo regresaban. Los perdió de vista. Lo que ya no vio fue que cuando llegaron al Campamento Oeste, junto al humilladero de la Calzada de Camarones, encontraron lo que habían ido a buscar a Buenavista: un tren de carga, detenido. Vaciaron uno, dos, tres furgones antes de que se dieran cuenta los granaderos. Los esquirols los dejaron hacer. Pescados congelados. Hielo. Unas que otras frutas.

Porque claro oscuramente no sólo apabulláronse tenderetes con el lluviazal que negadamente se vino en después que los troneros circunsolaron el cielo se fluyeron en clivosos repentinos serpentinos ríos que gargolearon cercando los plaustros, carros de los de aquí, carrilanos insulanos, sino que tanmal a flor del agua: serían las más o menos de la tarde cuando. Los ferrocarrileros holgantes. Los de aquí, los de aquillá, por estos llanos, aquí nacidos ferrocarrilenses, bienparidos ferrocarrileños, asaltaron el tren de carga que venía de los atlánticos y luego

«¡Cómo le va, madrecita Buenaventura!»

«¿Qué es de su vida, madrecita Buenaventura?»

«¿Sabe usted qué pasa, madrecita Buenaventura?»

«Pues nada: que detuvimos un tren que traía hartos pescados y botamos la carga y ya lo

ve aquí, mire nada más cuánto pescado.»

Y sí, miró el estrapalucio, las decenas o cientos y muchos más pescados muertos, sonrosados, lunizados, como puñales cabruñados flotantes difluían entre los trozos de hielo aborujado las mujeres mariscantes llenaban las canastas volteaban los paraguas, los sumergían, los sacaban escurrientes

*Vaya vaya y yo cómo me voy a donde está*

*Yo esperándola*

*A mí para ayudarla*

*A tener mi hijo*

pensaban ellas, la una gallina en mano muy asendereada, la dos esparrancada en el furgón de José Trigo le dijo entonces:

«Yo la cargo»

«¿Tú me cargas?»

«Yo.»

Y así fue, así los vieron, pero sólo hasta que Buenaventura se llevó

*Contigo*

*Conmigo*

consigo lo que hubo menester para su oficio de matrona y además además persignífero ante la imaginería que campeaba en la paredaña del furgón y le dijo al viejo: «Ven»,

*Y vamos ya*

*Vienen ya*

*Yo, mi viejo y José Trigo*

*Tú, tu viejo y José Trigo*

tal como los vieron las mujeres que escamondaban a los pescados y los niños remolones que chapoteaban entrelazados entrelasondas remolineantes de aguazales aguazules cacarizos por la lluvia, viéronlos. Y supiéronlos.

Que claro, allá ella, la vieja, a caballo en el equino entrecuesto de José Trigo vector y cansío y jineteándolo caminando rumbosa hacia el furgón donde la otra

*Aquí estoy esperándote, madrecita Buenaventura, vieja calchona, madre invencionera*



el viejo atrás sosteniendo el paraguas tarambano y la vieja desplumarando la gallina cimera y giralda sobre la cabeza de José Trigo y péñolas alburentes que trazan garambainas en el aire sitibundo, como nevazón de nacáreos copos. Así viéronlos, lloviéronlos, uno en uno y uno taladra que taladra el agua y espantarulando a los perros cuáles,

*Cuando llegues*

*Cuando llegue*

*Verás*

*Veré*

que estaba casi, cuasimente dando a luz cuando por el camino

*¿Allá vienes?*

*Allá voy*

Vecina pechiescurrida al ventano: «¿A dónde con este tiempo, madrecita Buenaventura?» Gato en tablón zamarrea pescado, a ver a la Eduviges, viejas encomadradas que ventrechan pescados, porque va a tener un hijo, pértigas bamboleantes, plumas ondulatorias, niños sacios que se estomagan, y yo la voy a asistir, mujeres que lavan los trastos en el agua regolfada, estremezones y espeluznos, como la asistí cuando el mayorazgo, y José Trigo gestudo y gestatorio, tropezoso y zozobroso camina con el llena de gusarapos agua a las rodillas, titiritando y encocorado porque la vieja veneranda arriba y el viejo convoyante y lacayuno, el agua escurriendo por las escrófulas del pescuezo, liquidando la pobre conflátil, y la Eduviges allá, reflejos rosiclerados en las aguas autumnales jaspean entre las sombras como ríos de rodomiel donde. Trozos de hielo, carambolean, algentes. Pescados tamaños y por la cara las lloviduras, y por los techos de los furgones la llovedumbre. Y quién iba a decir que no más tarde de tres días sonorosos, gemebundos, cuando las aguas escoraron...

Los mismos álguienes que ventrechaban los pecesalbos, claro que entonces ya no sonrosados, ya no sonrisueños, y a trozos se les escaramuza la carne, de la podrelumbre que entraña las ardientes, y si a pesar, cosa fue de carne tornátil al tremor de las ondas neptúneas que aquel mes de lloviembre inundaron el campamento

*Y los víveres comenzaron a escasear*

para volver siempre a la misma historia: el hambre.

*(Y si esta historia no les parece larga...)*

*Te diré cómo fue:*

*Me dirás cómo es:*

*Que flatulenta lentamente se me fue hinchando el vientre se me puso como hola y después naciste tú y después pian pianito creciste y creció mi vientre otravezmente*

pensaba amoragada en su silencio los labios llenos de pupas las mamas de vacunas y los ojos le ardían como si le hubieran echado cazumbre

*Pero te me amarillaste y macilenta lentamente te me fuiste esmirriando*

pensaba

*Aquí estoy*

bocarriba bocajadeante y perniabierta sobre la cama, singlutos,

*Él fue a buscar a la madrecita Buenaventura*

«Desalumbradamente caminando como siempre llegó hasta mi furgón y yo cuando lo vi ya me remusgaba a qué venía y como esas cosas no se pueden trasmañanar me fui con él, yo sabía que no era gatatumba de la Eduviges y aunque José Trigo era muy embustidor yo lo creí porque si me mandaba llamar era porque de veras era», dijo la vieja Buenaventura llegó

*Alzo la cabeza la veo trepar por la puerta*

entró por primera vez al furgón de la Eduviges infelice estaba acostada como el furgón no tenía escalera se trepó y sin decir abracadabra va entró se la encontró con las manos engarbatadas, la mirada longincua, y empezó a jesusear la vieja de pie en el centro del rectángulo luminoso y araspicina desentripó a la implume gallinácea: «Ya estoy aquí, le dije», dijo la vieja Buenaventura

*Yo pensé, pensaba, me estoy orinando cerré las piernas me sigo orinando entonces le dije a José Trigo: vaya a buscar a la madrecita Buenaventura y él se levantó y salió y*

*yo me quedé en la cama, bocarriba, viendo la luna por la puerta*

y las estrellas le escurren por la cara, las ramas hojiazules que agita el viento con sonido de río caballos cabellos cabalgan sobre su frente la vieja Buenaventura le dijo a José Trigo: «¿Dónde está el brasero?» y él lo buscó, lo encontró, el furgón se llenó de humaza y las chispas volaron cenicientas y alunadas

*Y entonces pensé en ti, me acordé de ti, hijo mío  
¿Por qué llora el nene?*

«Álzate las enaguas», sahumó la vieja Buenaventura

*Como cuando por primera vez, como cuando él estando conmigo y yo llorando*

estrellas se derraman en el vientre de la noche la fecundan de aromas a lechetreznas y lucérnulas deshojadas revolotean por el cielo la baba de la luna se delezna cae en la tierra la fecunda de constelaciones, cicindelas, cerástides, «Esto no tarda», dijo la vieja Buenaventura, «Y usted encienda también una vela para Nuestra Señora de la Luz».

*Me acordé de ti, hijo mío, y pienso: te guardé en tu caja blanca y larga*

es la sombra de la luna sobre el piso hay una vela sobre la vela una llama sobre la llama el techo sobre el techo el cielo cuajado de estrellas

*Por una manzana que se le ha perdido*

«Ayudad aquí los cinco solares, o los de los cinco hados, que son los dedos, y tú, mi madre, un conejo bocarriba, aquí has de dar principio a un verde dolor; veamos quién es la persona tan poderosa que ya nos viene destruyendo», dijo la vieja temichihuitiani alzando sus brazos roblizos

«De mi casa salí con José Trigo abajo de mí y atrás mi viejo con el paraguas» el empapamiento en las barbas del viejo, fucos que eran, por el camino les ladró un perro rabicano pelambre de adúcar colmillos de jalbegue tajante el viejo le dio una patada

*Aquí estoy bocarriba*

y hundida en la solombría de la cama esperando a la vieja llegó y le alzó las enaguazadas le vio la carnazón: «Dame la jícara Sóplale al brasero Pon el petate y

ayúdame a cargarla Si andas preñada no camines de noche porque la criatura te saldrá díscola y llorona Y no veas escondimiento de sol o de luna porque la criatura saldrá con nubes en los ojos lloviendo lágrimas» le había dicho yo a Eduviges y Eduviges me hizo caso «Y si ves a un ahorcado no lo veas porque la criatura te saldrá con una soga de carne al cuello» la bajaron la pusieron sobre el petate frío junto al brasero la vieja mamancona Buenaventura le secó las brasas marmorosas le escurrían por la cara blanquecida

*Aquí estoy como cuando tú naciste  
¿Dónde estás, nahual?*

«Y se me añusgó la garganta cuando la vi sufriendo tanto y pensé que la cosa se iba a poner fea», dijo la vieja Buenaventura, «Ea, ven, el nueve veces golpeado; ea ya echemos de aquí a el amarillo dolor, a el verde dolor». «Pero todo salió bien y pronto y yo no sé por qué estaba tan triste y tan llorando la Eduviges», ¡puja, puja más!

*Como cuando aquella vez, yo puja que puja junto a los magueyes tenía frío en las nalgas las yerbas me hacían cosquillas y el muchacho se rió, me vio, y yo me levanté y me ve y no se ríe parado junto a la puerta y ojizaino y no dice aquí estoy junto a ti para que no llores y para que te duela menos puja*

«Porque no quieres salir te llamaremos por tu nombre como tú quieras llamarte, Girasol o Niñodiós»  
*O Duelemucho*

«a este niño hay que bautizarlo pronto», dije, dijo la vieja Buenaventura, «No que el otro se nos peló sin bautizarlo y eso no está bueno» y las gotas de lluvia le escurrían de la frente las ramas se agitan por el viento llegan los rumores del río vengo y traigo los cabellos mojados me caen sobre la frente ¡Mamá, mamá!

*Dicen que dije mamá y la lluvia caía sobre los girasoles y bajo los girasoles bajo la tierra sobre tu caja la compramos y la clavamos para que no te vuelvas a salir y tanto cuidado que pusimos para que ahora te quieras*

no sale

«Sí sale aunque después de todo qué importa que no lo hayamos bautizado si era un escomendrijo que yo no sé por qué la Eduviges sentía tanta morriña por él» no sale  
«Sí sale, ya se le ve»

*La cabeza la tenías mojada de sudor y los ojos abiertos te los cerramos*

«Puja, puja»

Y el dedo de la vieja Buenaventura giraba por el útero

*Y giraban los girasoles sobre mi vientre tenía un ramo que recogí mientras íbamos al panteón fuimos él adelante con tu caja al hombro yo atrás cortando las flores se quedaron arriba del montón de tierra se me llenaron las manos*

y gira el vientre de la noche surcada por venas de rayos y ombligo de luna y llueve lluvia y sangre y lluvia y linfa «Nada manera era la Eduviges, sino cadañega»

*Pero tú nunca hermaneciste tú te has quedado en tu caja apenas me aquerencié contigo apenas lozanecías cuando te me descuajaringaste  
(Ya te vide, calavera)*

y la vieja salmodiando:

«Ea el nueve veces golpeado, el nueve veces aporreado» untaba en el vientre el piciete después de nueve veces estrujarlo en las manos: «Y vosotras diosas Quato y Caxoch venid a facilitar este parto Sóplele que se apaga el brasero Que no se apague la vela Y vosotros espiritados los de los cinco hados y que miráis todos hacia una parte para que cojamos e impidamos a quien es el que causa este daño, que ya quiere de todo punto destruir a la hija de los dioses»

*Déjalo déjalo no lo saques de su caja*

puja puja

*Más arriba más abajo las manos de la vieja sobre mi vientre puja empuja tu piel era en la arena hice un hoyo con el dedo lo llené de saliva azul te levanté y tú acarionado a mis belfos humedeciendo altas yerbas de venas para crecer en mi cuerpo te tuve*

ora sí, ya viene

*Viene viene ya llega ya llora me mira te quise llamar Manuel Ángel como tu padre se fue un día y no volvió a saberse de él era un hombre grande y fuerte*

¡sale, sale!

*Tomaría tu cabeza con mis manos te sacaría de tu caja por los pies te colgaría, te prestaría una cuerda para que salgas de tu caja es blanca la luna y blanca tu piel tiene el olor de la noche está oscura como dentro de mi vientre*

se desinfla, ya no late

*Late, la tenías la cabeza mojada amarrada*

amárrele aquí

*Saltaríamos la cuerda amarraríamos a los puercos del pescuezo*

ya no late

*parpadeando*

y le escurrían catarinas cristalinas por los pómulos y humedecían sus labios y el petate

*Y dentro de dentro de mi pecho el corazón se duerme*

abrieron las alas alelantes subieron hasta el cielo se desparramaron lo llovieron de luces

*Las palomas del viejo vino con tu padre te compró unas luces que estallaban y tú lloraste porque te dieron una nalgada*

*ándele para que llore*

*para que no llore*

*no llore*

*tú llorando y yo lavando, yo lavandera y tú lloradera y lava que te lava enjuagando exprimía la vieja tu mortaja*

la saca, la enrolla, la exprime

*Placenteramente siento que mis huesos se cierran y ahora te lavan te manipulaban y manipulían y manipulvían con el agua carne de mi carne translúcida, mi sangre transparentada*

«Y te calmé los entuertos. Y te desentrañé el parto y las secundinas. Y vi que habías envaronado. Y lo lavé, al varoncito, cuidando no se me esmuciara. Y le puse el ombligo», dijo la vieja Buenaventura y dijo: «Porque naciste el día Itzcuintli del mes Tepeilhuitl, cuando el heno está crecido y cuelga de los árboles, te llamaré Itzcuintli. Y porque naciste el día de San Florentino del mes de octubre, cuando las hojas se doran y se caen, te llamarás Florentino» Y después invoqué al agua y a las estrellas y dije «Ea, ven en mi ayuda, mi madre la de la saya de piedras preciosas, mujer blanca; y tú mi madre la de la saya estrellada, al que hiciste y al que diste vida no te le muestres contraria, no te le vuelvas contra él, que he venido a buscarle su tonal, su fortuna, su hado y su estrella cualquiera que se fuere. ¿Dónde se habrá ido, dónde se detiene, a dónde a las nueve veces? ¿A dónde a las nueve juntas o emparejamientos se fue a quedar? Dondequiera que esté lo llamo y lo he de traer porque ha de sanar y limpiar este corazón y esta cabeza».

*Y ahora te ponen en mis brazos*

*(A la rorro niño)*

*Para que te conozca y mañana saldrá el calostro y después la apoyadura*

que no era agalaxia la Eduviges y sus pechos lechares si antes modorrados ahora ubraron retesados y húmidos para que no se quedara con hambre el gurrumino

*Eztli, eztli*

canta la sangre, crúor coccíneo, púrpura y puérpera

*Y porque quieres papa papa te daré papa papá papadiós adiós me dijo tu padre*

*(Tu madre la zorra,*

*tu tata el gurrión)*

*y no volvió nunca a Dios te encomiendo hijo mío, en el nombre del Padre del Hijo*

Y allí estaba, esperando,

*Esperándote a ti, esperándote a tú, esperán, porque si vuél, niño de miál, todas las nó, sobre mis fál, y con mismán, te acunarare te cantarare te dormiríadas de sueñolíndorolos*

y las luciérnagas le escurrían de los ojos los pechos enlunecieron y las tetas tatemadas espolvorearon tus labios de polen de estrellas

pulverulenta lentamente entra por la puerta y cae hasta el suelo la luz de la luna

*Y yo pienso: hijo mío, como ahora te tuve en mis brazos y allí te me quedaste tieso y frío*

*friolenta lentamente te me fuiste quedando muerto*

*¿Ya viniste?*

*Ya vine*

*¿Ya te vas?*

*Ya me voy.*



¡CUÁNDO no! ¡Ya me lo imaginaba!

Fueron muchas, pero muchas, las voces que dijeron:

*(Concertantes)*

¡Cómo es posible! Que Luciano. ¡Tan buen muchacho! Con tanta disposición para el estudio. Se haya enamorado. ¡Por vida! ¡Y de por vida! De una mujer así. Dios nos valga. Así: bien proporcionada, casi púbera. ¡No gana uno! Para vergüenzas. ¿De dónde la fue a sacar? Del légamo. Se llamaba... Qué me importa. ¿Flor del Campo? ¡Nada de eso! ¿Susana, Azalea? ¡Menos! ¡Vete tú a saber! ¡Con tantos nombres que tenía! Sí, sus nombres de profesión eran tantos más tantos. O diríamos sus nombres de mentirijillas. De disoluta. ¡De congala! Malhaya. Hubiera visto para su conveniencia. Y sólo volvió a tener su nombre de verdad, de bateo, cuando conoció a Luciano. ¡Anjá, el creído! Eso fue hace como veinte años.

*(Con extrañeza)*

¿Tanto así? ¿Veinte años ya? ¡Cómo se pasa el tiempo! Sí, parece mentira, pero el tiempo vuela. Es cosa sabida. ¿Quieren venir con nosotros? Vamos a la Calle de la Estrella, años abajo...

UN HOMBRE

¡Vamos, sí, vamos todos!

¿Así como así? Pero ¡qué puntadas!

UN JOVEN

¿Éste es el camino?

¡Ah, malora, malora consentido, cómo se ve que por ti no pasan los años! Pamplinas...

UN NIÑO

Sí, aquí es donde yo vivía.

En la Calle de la Estrella, al Este del Puente donde, parece mentira también, dicen

que había un vagón convertido en burdel. Pasmoso. Sensacional. ¿Que si había? Pregúntemelo a mí. ¡Guácara, guácara!, hacían los borrachos: gargantadas, arqueadas. Y las putuelas, ¡cómo abundaban! Pero de todos modos es agradable pensarlo así, romancesco escenario: imaginar la lámpara que cuelga del tejeroz, las cortinas de algodón mercerizado color marrón. Floreteadas y pájaros quecholes. Para lo que me viene. Noche lúgubre, pecina. Y literas alineadas, alisadas. O lo que es lo mismo: aliteradas.

*(Y dentro del furgón, en un compartimiento estrecho como el camarote de un buque, Luciano se festeja, calientito, aovillado junto a la mujer)*

De baja extracción, dicho sea con todo rencor. Pero de buenas prendas. ¡Ah, la sinvergüenza! Revolcándose con el muchacho bajo la colchoneta. O vánova, como se llame. ¿Cuántas veces se le dijo a Campa-Te-Dije que no fuera allí? ¡El desobediente, igualado! Era más bien un edredón, ahora que me acuerdo. Pero no de plumas de pato salvaje, no señor.

*(Luciano menudea, para deleite recíproco, sus amatorias ternezas preparatorias)*

¡El cachorro, el cachondo! ¡No tiene cuate! ¡Eh, niño, no te acerques a ese furgón! Está maldito. Y cuidado tú, viejazo, con que te vea entrar. ¡Mira, el colmo, qué exhibición! ¡Cantidad de pantaletas colgadas en los ventanos! Se necesita. No obstante, Flor de mi Vida (era uno de sus nombres) atericiada le dice:

FLOR DE MI VIDA

Tengo frió.

Luciano: ¡cuidado y en un descuido vayas!... Quien le contesta:

LUCIANO:

Azucena. Pensamiento, ¿cómo te llamas?

Y Lirio del Valle contesta: mi nombre es... ¡Nones! ¡Tú la traes a este campamento y...! Mi nombre es...

*(Y los nombres caen como las hojas de un calendario exfoliador que se despetala: Hortensia, Violeta, Clemátide)*

Pero Luciano era terco. ¡Testarudo! Testadura, y volvió. ¡La de veces! A la carga: No,

no es cierto, dime cómo te llamas...

*(Las flores, eclosión, dicen entonces:)*

LAS FLORES

Nuestro nombre es María.

¡María, María, vaya atrevimiento! ¡Como el nombre de la Virgen! Sí. Luciano pone el dedo índice en la punta de su nariz respingona, arregazada. ¿Por qué entonces le decía «mi chata»? Y le habla: María, como la Virgen...

*(Nostálgicas)*

¡María! ¡María! ¿Dónde te has metido? ¿Qué razón me das de ti? ¿Qué has hecho de tu vida? Lo que hizo de su vida, sí, antes. Y después. O mejor dicho, de los mejores cinco años de su vida fue. ¡La puta, la putísima! Dedicarse al putaísmo.

MARÍA

Que Dios me perdone.

¡Y que te perdonen Todos los Santos! Luciano: una muchachita de aquí, ferrocarrilerita, humilde pero decente, que no llegara averiada al matrimonio, vaciar las vías con niveleta bajo el sol dulce, las calzadoras neumáticas, requerirla de amores... ¡Qué bendición! ¿No te bastaba eso? No. Tenías que ser. A forcioris.

*(Coloca su oído en los piriformes pechos, la ausculta, se ausculta a sí mismo. Ventrículos grandilocuos)*

Casarte con ella. No fue suficiente: «Bueno, sí, cógetela un poco y luego». ¡Qué esperanzas!

LUCIANO

*(Tierna, enamoradamente)*

María...

MARÍA

*(Enrojeciendo)*

No me llames así. Llámame por mi segundo nombre: Patrocinio.

¡María Patrocinio! ¡Quia! ¿Quién es? ¿De dónde vino? No campaste con tu estrella, Luciano. Naciste estrellado. ¿Nació? Fue porque quiso. Plasta la coyunda. En la Calle de la Estrella, y bajo la luz de un farol.

*(Le acaricia el cabello, suave como el vero, negro como el azabache)*

De día también. No tenía empacho. Idiota idilio. ¿Vamos de una vez?, le dijo. Y fueron de una, de dos, de muchas veces. ¿A dónde, Luciano? Ahi nomás. Hazme la valona. Una y otra noche, también, hasta que por fin...

*(Luz zodiacal, venturosa luminiscencia, le dijo:)*

LUCIANO

¿Quieres casarte conmigo?

MARÍA PATROCINIO

Soy una prostituta.

Eso era. Al menos no se engañaba. Él, en cambio, creía en la pureza de su alma, la piropeaba, la encarecía. Férvido. Cuál vanidad. Óyelo bien: si vuelves a ir... Pero fue contraproducente. No tenía carácter doblegadizo: antes al contrario, levantisco érase. Contristado y resuelto, insistía:

LUCIANO

Te quiero mucho, muchísimo.

MARÍA PATROCINIO

Yo más que tú.

LUCIANO

Viviremos en un furgón.

Con macetas y flores. ¡Qué diferencia! Tantas, como tantos eran sus nombres. Se amarían eternamente, nunca se entibiaría su amor... Y viajaron por el campo. ¡Claro, los echamos de aquí! Por no haber tenido la atingencia. Vieron, maravillados, los ríos y las montañas, los cañaverales, los plantíos. Ni qué ocho cuartos. Si tan siquiera: fue campo raso, erial, lo que vieron. Se fueron a Cholula. Amar a Dios en tierra de indios. Pero ¿los echamos? Bueno, él descuidó sus deberes, usted sabe. Sindicatos blancos,

cambios pisados en los empalmes de las vías de llegada, tantos problemas. Y él de putaño. Dejamos hacer. Eso fue. Luego lo hallamos menos. Lo corrió el viejo Todolosantos, su padre y abuelo. ¡Zape!

MARÍA PATROCINIO

Está bien, como tú quieras.

*(La abraza, feliz de los esponsales, vértigo, y como los abrazos tocan a vísperas...)*

¡A los cinco meses nació el niño! Es decir, a los cinco meses de casados. Pero murió. ¡Murió! Luego pasaron muchos años sin que tuvieran más. Por eso los ve mocosos, hasta clancuinos. Casados por la Iglesia, y con desembarazo, todas las de la Ley, los perdonamos. Ni modo de descasarlos. Amor vivaz y ella tan batalladora. Los gratulamos también. ¿Todos? ¡Bah, qué va! Todos menos todos. O sea, menos Todos los Santos. El viejo paniego, como decíamos. ¡Joder! ¡Incordio! ¡Hijoeputa! Siempre lo mismo: primero a Santos, luego a Luciano (dos hombres que Buenaventura extrañó siempre entrañablemente), y para acabar pronto, también a José Trigo. ¿También a José Trigo? Choteo. No puede ser. Pero fue. ¿Por qué? ¿Porque se acostaba con Eduviges? Porque no. Y luego porque sí. Porque de todos modos, porque la Ley de Herodes. ¿Él, tan viejo, tan carcamal, en la decrepitud, chochez? ¡Tu abuela! Bueno, no el viejo, pero por su culpa. ¡Hola, viejo Serapio buey! ¿A dónde vas? No a la cogienda, lo apuesto y reviro. Viejo es. ¿Qué haciendo?

*(Aquí, asnalmente montado, cascabeleando)*

Esto fue, si mal no recuerdo, a fines de año. Friillo decembrino. Y si mal recordamos, lo mismo. Unos días antes del ternario o triduo que los ferrocarrileros le dedicaron (este año) a la Virgen de Guadalupe,

*(Reverentes)*

escogida como el sol, hermosa como la luna. Ya para esto, de Luciano anda vete. Ojo de hormiga. La antevíspera, tal vez. Ahí viene de nuevo el viejo ése. ¡Qué güevos, qué tompeates tan azules! Mira que venir de todas todas las noches. ¿De dónde cá sacó ese asno? ¡Tirte!

*(Chacolotea el asnejón, herraduras flojas, en el lodo chicloso del Campamento Este, y hace titubear al enjalmable viejo; se acerca al furgón de Atanasio-Manuel Ángel-Genoveva)*

MANUEL ÁNGEL

¿Otra vez tú?

Para ponerlo como al perico, al incróspido, birria de hombre. Luneaba: no se le vio a la luz del sol. Y Manuel Ángel siempre le respondía lo mismo:

MANUEL ÁNGEL

*(Hespido, con un dejo de burla)*

¿Y vienes a decirme a mí que un hombre vive con la Eduviges?

A buen santo te encomiendas. Cojeaban del mismo pie. El viejo, de nacimiento. Y el pagado-de-sí-mismo de Manuel Ángel, porque no se había repuesto de la luxación del maléolo, el bestia.

EL VIEJO

¡Pssss...!

¿Qué es lo que maquina? Convertido en recadero. Hablanchín. Entre resoplido y resoplido. No a jugar timbirichi. No a tomar sus copas. Se le metió en la cabezota. Vituperar. Rondar. El mugroso. ¿Pero no eran visitas de cumplimiento? Luego se retiraba y...

*(Sin dejar lugar a dudas:)*

¡Qué va!

¡Nada de eso!

Iba a ver a Manuel Ángel...

MANUEL ÁNGEL

¿A mí, yo que la dejé porque estaba harto de ella?

Y no a Genoveva, nulípara. No, a ella no la iba a ver para darle sus condolencias. ¡Tan girita, ella! Estatuaria. ¿Ahora no vas a misa, Geno? Chongo no postizo y tochomite. Mira que a la infeliz le mataron al padre, Atanasio, que Dios tenga. A las desgraciadas, mejor decir, ¡porque tantas hembras parideras, casaderas, alimentar tantas bocas! Documentado, Atanasio. Le levantaban falsos. No hay derecho.

MANUEL ÁNGEL

¿Y qué importa, qué me va o qué me viene, viejo zonzo, baboso, zoquete?

En dos patadas llega. Dos patadas de mula, ¿eh? Pero sí le fue, sí le vino a Manuel Ángel. Aunque no al principio, cuando habituado al viejo y si acaso sorprendido de su picotería inusitada. ¡Cómo no! Después de tantos años de hacerse el sordomudo, hablaba ahora a borbollones, atropelladamente. Se quedaba como si tal cosa, Manuel Ángel. Lo veía llegar, bajarse de la mula, o asno, abrir la puerta del valladar del patio del furgón. ¿Cómo está Genoveva? Incapaz de preguntar ni eso. Recontrabuena. Y de luto, tan blanca ella, sus vestidos teñidos. École, ecolecuá: ésa es la expresión. Sentarse junto a él en el porche (si así se le podía llamar)... Sí, ¡así! ¡Valiente culcusido con tomates en los calcetines que vive, dizque, con la Eduviges! A mí qué, a mí cá. Y empezar a instilar sus buenas porciones, dosis, de alambicada ponzoña.

*(Sin clemencia)*

Que si no se acostaba con la Eduviges...

MANUEL ÁNGEL

¿Que qué? ¿Que no se la echa? Por penitente.

El condenado, ultrajante, con obcecación sin límites, retorciéndose las manos. ¿Miedo? Feróstico. Pero no Manuel Ángel, sino José Trigo. ¿El porqué? Ya se verá, se verá. O que si sí ya sí era un hecho que se la había echado. Por fin, o por comienzo. Mas Manuel A., desganzado, sin que nada turbara su olímpico reposo. ¡Adiós, Manuel Ángel! Míralo: allí está con el viejo de siempre. Estulticia. ¿Quién lo soporta? ¡Cuidado con esa caca de perro! ¡Qué basureros estos campamentos, hala!

MANUEL ÁNGEL

¿Que qué? ¿Que ya se la trincó? Que le aproveche.

Pues si eso era pan comido. Sin omitir detalles suplementarios por disparatados que fueran, con toda perseverancia. ¿Xenofobia tenía quizás el viejo en contra de José Trigo, extranjero o lo que es hablar forajido en el campamento? Fuera ido. Relegarlo a la tiznada, etc. No: lurias, nada más ni menos. Le patinaba. Silencioso, M. Ángel, pero divertido ante tanta maliciosa malevolencia, válgame la. O bien hurgaba las helgaduras de los dientes con un palillo, gutapercha, o se daba una peinada, vaselina, o acariciaba el releje de un puñal. ¿De un puñal? ¡Ahi va el golpe! O mejor dicho,

acariciaba el contrafilo, nuevo, nuevecito.

*(Y reticentes)*

Hasta que el viejo Fieldifunto. El detractor. Con tal de obligar a Manuel Ángel. Con tal de utilizarlo, violentarlo, cambió la táctica...

*(Y con todo tacto...)*

Pero no. ¡Me cae de madre! No fue así, ¡por Diosito! Mira: por un detalle. Una nimiedad. Un zapato. Dos zapatos. Una coincidencia. Metida de pata. Ñoñerías, como siempre pasa. Niñerías. Pobre Eduvigis, o Eduvigis, como dice el santoral, pero nadie le decía así. Hace cuántos tantos como nueve meses que se largó y está olvidado de ella.

MANUEL ÁNGEL

¿Un zapato de un color y otro de otro?

¡Qué desfiguro! ¡Voto a cribas! Seré curioso, dijo Manuel Ángel. Y fue este detallito: zapato negro, zapato café, que entre cascajares y basureros de colillas de cigarros Negritos: carboncillos de brezo, y cubas con las duelas y cinchos rotos, papel esténcil usado, papeles estenografiados, recetarios, latas de encurtidos, blanduzca galantina, se procuró José Trigo. Uno solo. Pero le bastaba. Por mientras. Lo que hizo que Manuel Ángel, que nunca la había redamado (a Eduvigis).

MANUEL ÁNGEL

¿Un zapato de un color...

quebrara el palillo, parara la oreja para mejor oír,

MANUEL ÁNGEL

... y otro de otro?

diera un respingo, ¡tate!, sintiera a la angustia repudrirse en el plexo solar, mediastino, uno de uno y otro de otro, eslabonando acontecimientos entremezclados y yuxtapuestos, sin concisión, ¡a ése me lo paso por los! Cojonudos cojones, puntualizando, y decidiera actuar con toda hombradía. Bueno, pero no tan bravo que digamos. ¡Ahora sí! ¡Atórale que es mangana, José Trigo! Y echarlo.



*(Insinuanter)*

¿Echarlo, dijeron? Matarlo, más bien. ¿Tan vulnerable era en su amor propio? No, en su miedo. ¿Pues no que no? Sí que sí. Es que depende. Cambiaron las circunstancias. Quitasueño, espinita. A las pruebas me remito.

MANUEL ÁNGEL

¿Y desde hace uno o dos meses, dices?

*(Una pausa)*

Pues tú dirás, viejo tarugo, que no sé lo que me digo, pero pensándolo bien...

Pensándolo bien, se fue a dar una vueltecita, se irá a dar. ¿Porque José Trigo lo desbancó? ¿Para ver a Eduviges y desaparejarlos? Ya quisiera ella. No exacta, no precisamente. ¿Vieras? Todavía me gusta. Le tengo afición. Olerás a poleo. Al día siguiente, pero no la encontró. En cambio, halló la fotografía de José Trigo con la caja al hombro, Eduviges con las flores, y se la llevó. ¿Volvió después? No hizo falta.

*(Insultante)*

¡Ay de ti, cabrón de tú, viejo delator, Gelasio risueño! ¿Supiste a qué se debió la metamorfosis de M. Á.? ¿Te diste cuenta, para tu vanagloria, en qué momento empezaron a triunfar tu nequicia y tu servilismo?

*(Dudosas)*

Suponemos que no.

Que no valoró.

Entre tanta maraña y turbiedad.

Y por culpa de tanta ojeriza y animadversión.

Lo que, cuando a zocas (y no a derechas porque era zurdo, ¡ojo!), metía el herrete de la agujeta o cordón, casi se tropica, en el agujero de, para hacer el nudo, le refirió a Manuel Ángel: que José Trigo tenía un color de un zapato y otro de otro. O bizconversa. Por eso la emprendió para su casa, preguntándose mil, millón de veces: ¿por qué? Pero chance que sí lo sabía, o lo adivinó. Ahora bien, ¿qué es este misterio? Las voces:

*(Místicas)*

Ah, no, para misterios, la Calzada de los. Porque tiene quince, y de los quince, ahora nos importa uno. El Misterio de la Encarnación. Pero antes dinos: ¿Tuvo Eduviges algún hijo de José Trigo? No. Ligamen. Tal vez el viejo le embarró (a José Trigo) una luciérnaga en el occipucio. Pero volvamos a los misterios, al Misterio de la Encarnación... ¡Alabado sea el Señor! ¡Por fin apareció Luciano! Antes hagamos un intermedio...

*(Pasa una locomotora, que con toda prosopopeya nos saluda. ¡Agur, locomotora! Pasa una señora con un portaviandas y en él, el avío. Buenas tardes, mamita señora, mamita tlacualera. Corre un blondo chiquillo, le cuelga un mocarro. Hola, chiquillo. De los desfogues de las atarjeas, azolve, brotan vapores mefíticos, moféticos: grisú de alcantarilla. Qué tal, alcantarillas. Y hasta luego, plumones que escobazan las mujeres, perros pachones enroscados, rasqueo de una guitarra que, ¿quién pulsa? y otros ruidos como un yunque, fritadas, un claxon: ¡Vamos al Misterio de la Encarnación!)*

LAS VOCES

Con nuestros diez veces pedestres dedos...

Vamos camino al oratorio que alguna vez estuvo cubierto por una madre selva. ¡Había que ver qué flores, tan amarillas! Y junto al cual vive (pero no hemos salido del medioambiente de Nonoalco-Tlatelolco que también comprende, entiéndase, a esta Calzada), la parentela de un agente de la Judicial. Con éstos, mejor no meterse. Peleoneros, te la tienen reservada. En los altos de un conventillo o casa de vecindad. Allí se vio forzado a pedir asilo Luciano. Lo sabía María Patrocinio. No lo sabía. Es igual. Veamos la fecha: unos dos meses antes, o un poquitín más, de la visita del viejo Todolosantos a Manuel Ángel. Es decir, de la visita en que: ¡Los zapatos! ¡Ahí está la clave! Se dirige un hombre, atajando por los llanos, a esa antedicha vecindad de quintopatio, negocioso y calenturiento, para ponerse al habla con...

*(Apremiantes)*

¡Ándale, apúrale! ¡Jálale! Como si le hubieran echado polvos de picapica. Y como unos van y otros vienen, siempre, viene un borrachales desbraguetado dando cambaladas. ¡Pum! Se tropiezan en el zaguán. El enchamarrado y casposo amigo que llega y el gran jumera, hipidos, del borracho que sus ojos le hacen candelillas. Es frecuente. Cosas del rumbo. Y aun en todas partes aún se ve. Empellón, cambalud y barquinazo. ¡Hazte! Pide dispéñeme. ¡Qué pea! No es todo: mira qué de ropa percutida, ¡retestinada!, colgando de los tendedores. Para contrariedades ya estuvo

suave. Entra el hombre de marras, o de chamarras, no sin antes echarle una ojeada a una muchacha de vestido rabón. ¡Fiuuuu...

*(Escandalizadas)*

... fruuuuuú! ¡Qué descaró! ¡Se agacha y por poco enseña el mucho fundamento! Patatús. Tintinea la morralla en la bolsa. No una fierrada: unos cuantos fierros. Caras vemos, nalgas no sabemos... y además qué brujeces. Amarrarse la tripa. Ventanas con cartulinas en lugar de vidrios, o cortinas de yute. Saqueríos de materiales de construcción, cal anhidra. ¿A quién busca? Chatarra. A la señora Mengáñez. Feúra, la chinguiñosa, y carrasposas manos grasientas ultrajadas por el jabón. O sea, más que ajadas. ¿Y pasó? Pasó, sí. En los altos, decíamos, número siete. Escalerón que insistía en la pared. Precario. Y la vio, medrosa, cargando una farda de ropa. ¡Boruquientos escuintles! A todas horas, cencerro. Pero antes vio: los ladrillos al aire, por decirlo así, enronados. Y pasó junto al excusado que... ¡Puf! A cuesco podrido. Y les llaman sanitarios.

LA MUJER

¿Qué quiere?

Sólo que antes: ruido de pestillo al decorrerse. Bueno, para luego es tarde.

EL HOMBRE

*(Contempla el cuartucho cuadrilongo, oscuro como un sótano, rebujado en extremo. Hace rápido inventario de estorbosos tereques)*

Busco a Luciano.

Además, catres, un buró. ¡Y seis, diez, quiensabecuántos calendarios! ¿Y encontró a Luciano? ¿Lo encontró? Espérate. Calendarios disímbolos. Ventanas a mundos varios. ¡Mira, qué belleza! Pimpantes coristas despampanantes, imponentes, que bailan canción.

LA MUJER

*(Con toda llaneza)*

Aquí no vive ningún Luciano.

No, si no es que viva. Está de paso, refundido, ésta es su cárcel celular voluntaria, refugio transitorio. ¡Mamá, mamá! ¿Quién es? Ella esperaba la contraseña. ¡Sí,

mamá, aquí está Luciano! Carajo con los mocosos, lo pasan a uno a fregar. Lógicamente en un predicamento.

LA MUJER

Usted ya vino, ¿verdad?

EL HOMBRE

Soy del Sureste. Vamos a triunfar.

*(Disonantes, con sorna)*

¿A triunfar? Eso te crees tú, estás jodido. Derrota virtual. Ya. ¡Pero ya! Pues con la muleta, señora. Es decir, la molestia de...

LA VOZ DE LUCIANO

*(Decaída)*

Sí, ya vino antes. Déjelo pasar.

Próximamente las nueve de la mañana serían. ¿Tan temprano inflando? No. No más beber: beborroteaba un brebaje.

EL HOMBRE

¿Qué bebes, tú?

La mujer espanta a sus crías. Todas infantiles. Prole de proletarios. ¿Quién les manda tener tantos? Desde el relajado braguillas hace-pininos que se dedica, dientezuelos de maíz...

LUCIANO

Una medicina,

Las voces: a chillar toda la noche. Nada juicioso, y sí perjuicioso. Tiene orejones. ¡No deja dormir! ¡A callar se ha dicho, gimigiede!

que me preparó la señora.

Simple té de boldo. Bueno para el hígado: tanta perfidia que se ve en estos días, y sufrimientos apenas ¡a penas! confortables. ¡Ayúdanos, Virgencita! Salve. Tómallo

en ayunas. Hasta el grandulón que hace otomías: travesuras de calibre. Bueno, un hidroplano acuatiza en un lago rodeado de boscosos montes. Al menos eso dice el calendario. Vamos al grano, explícitos:

LUCIANO

¿Qué noticias traes?

*(Le pregunta al visitante)*

EL HOMBRE

¿Te acuerdas que mataron a Atanasio?

*(Le contrapregunta)*

Entre sorbo y sorbo del té que le ha preparado la buena mujer. ¡Cómo se me va a olvidar! Que entre metate y caldero de peltre lascado, reprender y zurra y vistazos a los calendarios, se lo hizo, solita y solícita, dándose su tiempo.

EL HOMBRE

Bueno, pues...

Ahi viene el chubasco. Sin previo aviso. ¡Aguas, Luciano, agárrate! Este chamarroso habilitado mensajero te va a intimar sin circunloquios con una noticia muy de tu incumbencia que se ha esparcido por todas partes y que, aunque ya te indicias algo... ¿Cómo? ¿Cómo es posible? Inocentada, tomadura de pelo. No es verosímil.

EL HOMBRE

... pues no lo mataron.

*(Verídicas)*

Es verdad. Lo sabemos a ciencia cierta. A ciencia y paciencia. Lo juramos. Negra. No lo mataron. A quien mataron fue al concuño.

LUCIANO

¡Pero si hasta lo enterraron!

¡A perpetuidad! (Dicen las voces.)

EL HOMBRE

Fue una farsa...  
Más que farsa, traición. ¡Felonía!

... al que enterraron fue al cuñado, o concuño.

Que era inocente. Juró su inocencia. Auténtico. ¿Pues qué no confesó? ¡No tal! Eso dijeron los periódicos. Hijos de sutalporcual de los reporteros.

LUCIANO

Pero entonces el careo...

*(Monitoras)*

El careo, el interrogatorio y de pilón el velatorio y el sepelio, el novenario y la esquila, los plañidos, fueron una farsa. ¡Ah, yo siempre dije que Atanasio fue un metalizado! Yo siempre dije que era un esto y lo otro. ¡Una lacra de porquería! ¡Fe púnica! ¡El bellaco! Yo. Yo. Yo. ¡Con qué no lo motejaron! ¡Qué epítetos humillantes no le adjudicaron! ¡Con qué indignidades no lo invistieron! Qué bajeza. A buena hora. ¿Engañifa? Ojalá.

LUCIANO

*(A quien siempre todos le daban las malas noticias)*

¿Quién te dio el soplo?

Sí, ¿quién? ¿Quién fue el del pitazo? ¡Huy!, le pudo mucho, vaya, la verdad es que le pudo mucho a Molcas saber eso. Positivo. Casi se le veía latir la vena yugular. Qué apuración.

EL HOMBRE

No fue un soplo. Ya agarramos a Atanasio y lo tenemos escondido. Lo vamos a juzgar y a condenar nosotros.

Soplo, el del vientecillo que agita los calendarios, donde un pescador con su figa. Imperturbable. ¡Hay que entregar a la policía al redivivo vivales! ¿Para que lo maten ellos? ¡Nos quitan el mucho gusto! Calendario, otro, donde fiordos blanquísimos. Con autoridades así nada se puede garantizar.

LUCIANO

¿Y Manuel Ángel tuvo que ver con eso?

¡Que si tuvo que ver, el zaino, el malagradecido!

Pues voy a arreglar cuentas con él, te lo participo, dijo Luciano fuera de sus casillas y paladeando ya, rumiando la venganza. Y el hombre, la mujer, otros pesarosos: ¡No, por vida tuyita! Tú no debes salir de aquí. ¡Ah, si Luciano hubiera dejado para otro día...! ¡Pero no, no, cuanto antes, obnubilado, voluntad férrea, obsecuente a su impulso, salió de estampía. Genio y figura hasta la sepultura! ¡Qué argüende!

MARÍA PATROCINIO

Es que me venía a ver a mí.

¿A ti, María Patrocinio? A ti no, a Manuel Ángel.

MARÍA PATROCINIO

No, no, a mí. A mí primero.

Esto lo dice en casa de su prima, señorita X pero sólo que sólo de nombre, porque perdido el virgo años ha: la de los bibelots de pacota, pebetero, camelias de cera, camafeos, dada a la vida muelle y siempre de recibo. Hay un punto de verdad. Parece lógico además. ¡Con lo que se querían! Aún antes de que se fuera el hombre de la Calzada de los Misterios, Luciano perquirió:

LUCIANO

¿Y cómo está María Patrocinio?

EL HOMBRE

Pasándola, la pobre.

Pero no la pobreteen. Bastante ha sufrido. Pobre del pobre, eso sí. Meses de abstinencia ya.

MARÍA PATROCINIO

Como yo no podía ir a donde estaba escondido, porque seguro me seguían, ni él podía venir, quedamos de vernos en la feria, sin saludarnos. Nomás viéndonos. Ése fue el entendido.

Así, de lejecitos. Pero hubiera sido suficiente, no en balde los unía un cordón

umbilical. Y que no lleve a ningún niño, no sea que metan la pata. Luego ya irá a madrear a Manuel Ángel. ¡Pero capaz que lo mata! ¿Quién a quién? Eso está por verse.

MARÍA PATROCINIO

Yo no me retrasé, llegué muy formal a la feria, cómo no si era la primer vez en meses. Y lo estuve espere y espere...

Esto lo cuenta, decíamos, en la casa de su prima (aunque no serán consanguíneas, sino amigas). ¡La hetaira, meretriz! (Pero así se decían de cariño, cuatas de siempre.) Lujo refinado. Bueno, en comparación a lo que ella (María Patrocinio) tenía en su furgón, en su jardín florido: ni esmalte para las uñas, ni dulcera con joyas de fantasía, ni una cama con rodapié y antecama...

MARÍA PATROCINIO

Espera y espera... y es hora que no ha llegado. ¿Dónde estará, Dios mío, dónde estará?

Estaría bueno saberlo. Pero sigamos sus pasos (los de Luciano). A saber: al día siguiente, día adiado, después de que el camarada le prometió solemnemente darle sin falta el consabido recado a María Patrocinio y concertar así la cita, a la aviada hora horada salió de la alcaicería. ¡Ah, si hubiera pospuesto! ¡Si lo hubieran desaconsejado! Pero lo dejaron a su arbitrio. Incurrieron en un desacierto, los boquirrotos. E iba camino de la feria, por lo que pasó a un lado del Campamento Este a reserva de desafiar después a M. Á., de refregarle... ¡Y qué crees! ¿Fue fortuito el encuentro? No, tenía que suceder, fatalmente. Antagonismo antiquísimo. Resquemor. El innoble, forzador de mujeres, encantado siempre de deshonar (nos referimos a Manuel Ángel), le salió prácticamente al paso. A Luciano, la piel del diablo y no obstante ¡tantas veces lo hemos dicho, que ya bueno!: integérrimo, disertó...

*(Una callejuela del Campamento Este, larga y estrecha como una crujía, donde se ventila el duelo aunque al socaire de mirones. En un recóndito recodo, Manuel Ángel está de arrimón, como si esperara a Luciano. El sol es una gran fácula. Luciano entra en escena, lo ve y, carrascaloso como él solo, decide de una vez por todas enrostrarlo)*

LUCIANO

¡Manuel Ángel!



MANUEL ÁNGEL

*(Dispuesto a cualquier guapería)*

Quiubo tú, ¿por dónde salió hoy el sol?

LUCIANO

Vengo a verte.

MANUEL ÁNGEL

*(Arrestado)*

Ya me estás viendo...

*(Se oyen los gritos de unos rapaces: juegan con los güitos de los albaricoques, o tal vez a la rayuela)*

LUCIANO

Y vengo además a...

MANUEL ÁNGEL

Cuidado, mano, no te vayas a arrepentir...

LUCIANO

¿Dónde está Atanasio?

MANUEL ÁNGEL

Muerto y enterrado.

*(Ignorantes de lo que sucede, unas mujeres, fuera del campo visual, espinochan panojas de maíz, y comadorean. Más lejos, en la feria, merodean los rateros cortabolsas. Un niño fabrica unos dardos. Y María Patrocinio que no ve la hora en que llegue su esposo)*

Cuando su «prima» le abrió la puerta, ella, la prima, que tenía ¿colcrín?, ¿se maquillaba? No, era afeite de cascarilla. Mejunje proverbial. Y sin embargo, María Patrocinio estaba más pálida, ni hablar, como si la hubieran succionado los vampiros. Manteca de cacao.

LA PRIMA

¿Qué te pasa, mujer?

MARÍA PATROCINIO

*(Con entrevoz cortada)*

Ay, si supieras. Lo estuve espere y espera, preguntándome:  
¿Dónde estará?

Estaba frente a Manuel Ángel, diciéndole:

LUCIANO

*(Enfático)*

Eso no es cierto, tú lo sabes.

MANUEL ÁNGEL

Bueno, ¿entonces dónde quieres que esté? ¿En su furgón? ¿En el bule? ¿En El Edén?  
Es al gusto del consumidor...

LUCIANO

*(Aplomado, alentado)*

Te vas a tragar tus palabras una por una.

MANUEL ÁNGEL

*(Como siempre, echador de fieros)*

Éntrale, pues, ya vas...

Luciano no se cuarteaba, no era rajón, no se patraseaba. Le entró. ¡Vaya que si le entró! Donde ponía el ojo ponía el cate. Trabados de coraje se trabaron a golpes. Imposible desensañarlos. ¿Qué ocurre? En el primer encontronazo Manuel Ángel lo rebatió. Un tanto en contra de Luciano. Pero después Manuel Ángel llevó las de perder, la peor parte. Bofetadas, y no de guante blanco, sino de a de veras. ¡Mucha fibra! Esto no lo sabe nadie, porque nadie los vio pelear. ¿Nadie? ¿Nadie absolutamente? Sí, alguien los fiscalizó. ¡Qué jaleo, qué altercado! Un hombre paradislero y espigado por más señas. Cabello trigueño. ¿Adivinan quién? No muy difícil: José Trigo con su astroso, desastrado vestido, que (quien) por incidencia se apersonó en esos momentos. ¡Ah Dios, pues cómo! Lo malo (malo para Manuel Ángel y malo para José Trigo) es que el primero no vio al segundo. Por eso se animó a empuñar el cuchillo, y a enterrárselo a Luciano, maldita sea, el ojete, en el empeine del bajo vientre, al sur del ombligo. ¿El desenlace fue fatal?

MARÍA PATROCINIO

Cuando estaba yo en la feria, vi a Manuel Ángel, todo agitado. Me dio mala espina.

¿Agitado? ¡Agitadísimo, convulso! ¡Y cómo no! Si apenas caía Luciano, Manuel Ángel vio a José Trigo, que los estaba viendo. Más tremulento que si tuviera malaria, mosco maromero, o de pie en una tembladera. Y ándale, José Trigo. ¡Corre! ¡Calcorrea! ¡Desálate! ¡Exhálate! ¡Pica soleta! Que en esto te va la vida. Y lo correteó, lo persiguió un trecho. Afortunadamente, venía un tren, pasaría bajo el Puente de Nonoalco. José Trigo saltó las vías justo a tiempo. Momento decisivo. ¡Eh, pendejo! ¿Te fijaste? ¡El tren iba a machucar a ese hombre! Y el tren Países Bajos-Inglaterra-Doctor Terrés-Salón Comedor Totonaca, se interpuso entre José Trigo y Manuel Ángel. Sólo que cuando José Trigo saltó, se le cayó un zapato. Un zapato negro. Manuel Ángel, cojeando, lo levantó. ¡Imbécil, por no traer el báculo! Ese zapato había sido suyo. Nada más que no lo reconoció. Hubiera sido una coincidencia chocante, de mal gusto. Lo botó lejos, ¡voto a tal y voto a bríos! Cuando el tren acabó de pasar, naturalmente de José Trigo ni su sombra. Esto sucedió recientemente, el Día de Finados.

MARÍA PATROCINIO

Sí, me dio mala espina...

La prima vivía en una de las casas construidas en los andenes o embarcaderos de la vieja bodega de los ferrocarriles. ¡Ay, aquellos tiempos! Dolorosa nostalgia. Por lo mismo, la lámpara que pendía del techo tenía un cordón de más de cuatro metros de largo. Pantalla-medusa con flocadura de estalactitas de vidrio, potente refulgencia, haz luminoso. En un puf (así se llaman ¿verdad? esos taburetes acojinados), la prima en camisón que transparentaba trusas, se depila los rosados molledos de las pantorrillas.

LA PRIMA

Pero de qué te preocupas, mujer.

Sí, ¿de qué? ¿De qué? Con toda mundología. No en vano mundaneas, mesalina. María Patrocinio camina de un lado al otro del cuarto. Paredes lechadas. Se asoma a la ventana. Dos ferrocarrileros, uno viejo y obeso (ojos con sufusión de cataratas), y otro joven y tímido, timorato, vaguean. Vacaciones forzosas. Adentro, continúa la espera...

MARÍA PATROCINIO

*(Lejos de olvidar sus penas, cerca del llanto)*

Todavía me parece verlo, cuando empezó en la cosa del Sindicato, tan joven... Y yo le decía: Luciano, no te metas en eso...

LA PRIMA

*(Se pone las medias, los cenojiles de las medias, lustrosos muslos, y dice:)*

¿No quieres hacerme trenzas?

Y su cabello guedejado y azufroso se derrama caudal en su espalda. María Patrocinio se lo trenza, azafata. La mima, cuando ella es quien lo necesita. Masaje. (Esto sucedió, decíamos, el día en que para José Trigo insolación, el carbonero-pajuela, el tragafuegos, el afilador, zapatero, etc.) Afuera, los dos ferrocarrileros caminan. El viejo, radical, pela el hesperidio de una naranja y despepita las semillas. ¿Qué otra cosa podía despepitar? Profesa la doctrina comunista y alterna con el joven, aficionado novel a las luchas obreras y descoligado del partido, para catequizarlo.

MARÍA PATROCINIO

*(Ansiosa)*

Pero no faltó quién lo convenciera. Ferrocarrileros viejos que estaban dale y dale... Hablándole de injusticias, de huelgas, ¡qué sé yo!

¿Y las convicciones? ¿Las intolerancias y arbitrariedades? ¿Nuestras ambiciones y aspiraciones? ¿Dónde los dejas? ¿Han sido esfuerzos estériles? Pero si vivimos bastante bien. Vivimos de milagro. No, tenemos todo lo que necesitamos. Pero nunca tendremos más... ¿Y para qué queremos tener más?

MARÍA PATROCINIO

*(Displicente, le coloca a la mujer una cinta en forma de diadema, con ensaladilla de piedras)*

¿Para qué... para qué?

Y una flor de clavellina, polipétala. El ferrocarrilero joven, cuerdo, delgado pero musculoso, unionista de ideología, come un mazapán y trata de congraciarse, por lo que escucha con atención y contemporiza. Es su noviciado.

MARÍA PATROCINIO

*(Los ve, desde la ventana. Un escalofrío se infiltra por sus venas)*

No, nunca faltó quién le metiera esas ideas en la cabeza. ¿Y para qué nos sirvieron? Para morirnos de hambre, para que nos maten...

Afuera:

EL VIEJO

*(Malhumorado y dogmático, con aire de superioridad)*

Lo que tenemos nos lo han dado como una dádiva. La honradez ha sido mi principio...

*(Sí, en honor a la verdad)*

He trabajado toda mi vida. Fui también bracero. Soy hijo de labriegos. ¿Y acaso estoy boyante ahora?

¡No, no, claro que no!

MARÍA PATROCINIO

Pero se lo dije hasta el cansancio: yo no quiero tener mucho, te quiero tener a ti, ¡a ti!

Nunca se desendiosó, nunca su pasión decreció... Envío de un pensamiento.

MARÍA PATROCINIO

*(Contempla, en el tocador y junto a una palangana donde se remoja la ropa, el retrato plumeado de un militar de no muy alta graduación. Presillas. Marco oblongo claveteado con chanflones, y añade:)*

Cuando menos tú tienes a alguien.

LA PRIMA

Es mi novio.

¿Su novio? ¿Su novio oficial? ¡Su padrote, un vividor! No, ni eso: ella se lo ninguneaba. Odioso. Pero un buen hombre, lo que sea de cada quien. ¿Y los dos ferrocarrileros? Se desdibujan en las sombras. ¡Pero quién iba a pensar! ¡Quién iba a decirle a María Patrocinio que esos dos hombres, que le habían recordado a Luciano cuando joven, lleno de ilusiones, que llevaba el distintivo del Sindicato como una condecoración, esos dos hombres decíamos, iban a tener que ver con Luciano! ¡En qué forma! Cinco días después, el Día del Ferrocarrilero, siete de noviembre, vagaban como era su costumbre por el Campamento Este... Polvo con gustillo dulzón. Palanquetas oxidadas. Hollan el henasco, el zacate y otros yuyos. Cielo azul. Con

habilidad el viejo, nutrido en labia, resolutivo en rudimentos políticos, deliberadamente inmiscue, tilda a todo el gobierno de... y la nervosidad de sus razonamientos. Con paciencia, el joven concolea atentado, pacífico, dudoso, discrimina, reprueba, trata de chisparse haciendo esfuerzos para no... faltar al respeto y al decoro debidos. Por compañerismo entre otras cosas. Pero le sirve de expansión después de todo. ¿A qué huele? ¿Huele? ¡Jiede! ¿A perro muerto? ¿A feto fétido? Sí, a carne cediza. O más que cediza: calecida. Es decir, agusanada. Rastrean. ¿Dónde? Señaló: en el automóvil azul. ¡Ah, ya volvió a salir el automóvil azul abandonado en los llanos! Al viejo por poquito le da un infarto. El joven casi pierde el sentido.

MARÍA PATROCINIO

*(Se arrodilla frente a un crucifijo y casi con sensualidad musita una oración apenas oíble. Luego, en voz alta y a punto de desbordarse en llanto sentimental:)*

¿Y si me lo matan? ¿Y si me lo matan?

Vamos, cálmate, le dice la otra, quien apoya los pies en el silletín. Puente ebúrneo, brillo cutáneo. No puedo. Luciano siempre vivirá. Sobrevivirá en tu corazón, en el corazón de todos. ¡Vive Dios! Qué cosas: Luciano no murió en aras del movimiento, no dio su vida por el triunfo del obrerismo. Pero todo el mundo creyó que fue así. Deja de hablar de eso. No puedo. Estate silencia, sonrío. Que no puedo, te digo. Haz un poder sobrehumano. Por un instante, se sonríen mutuamente. Ojerosa la una, ojialegre la otra. Pero la sonrisa desaparece pronto de los labios de María Patrocinio. Cansancio.

MARÍA PATROCINIO

*(Tiene en las manos un bolso con lentejuelas)*

Y entonces ¿qué voy a hacer?

LAS VOCES

¡María, María Patrocinio! ¿Dónde te has ido? ¿Qué será de tu vida? ¿Qué será de tus hijos? Ay, sí, ¿qué será de mí?, ¿qué será de mis hijos? ¡Ay de mí, ay de mis hijos! Será lo que siempre fue: una mujerzuela. La cabra siempre tira al monte. Una cualquiera. ¿Y cómo se llamará? Quién sabe... Luna, Estrella, Véspera. Tantos serán sus nombres como tantas son las estrellas. ¿Oyes? ¿Oyes? Es una mujer que anda por las noches, llorona, gritando así. Ni un rayo de esperanza, ni uno solo.

Por último, para concluir:

*(Desconcertantes)*

*(Escena visionaria. No se trata de un futuro contingente o utópico. Sucederá, quizá y sin quizás, en un día venturo no muy remoto. Y si no, al tiempo. Anhérito cortante, frío, bueno para pescar mormera. El lugar: la zona tórrida, sublunar, telúrica, de estos sequeadales, y en esta ciudad de Nonoalco-Tlatelolco. Intramuros. Vemos cómo los moradores de los campamentos son desanidados, desacomodados. Cargan con sus bienes muebles y otros haberes, o los rematan, los encantan en públicas subastas para entregarlos al mejor postor. Algunos, con almocafres, se disponen a trasplantar sus flores más queridas. Ya buscarán dónde domiciliarse. Hombres con teodolitos demarcan, señalan límites. Se levantan alpendes y edículos para la herramienta. Se descombra los desatierres, se sana los lugares insalubres: chiqueros, zahúrdas. ¡Adiós, muladares donde rosigan las ratas y donde cascareros mendigos rejuntan y añascan bacinadas y bascosidades, tarros vidriados, minutas, sínicos tibores rotos, babosas o lumiacos, clavijas, escarpías y figurines! ¡Adiós, niños que jugáis al masculillo, a los encantados! Se derrumban albarradas, ya de por sí consentidas. Talan la población: pronto estos solares se convertirán en un mortuorio. Pronto el perpendicular que caerá del cielo señalará su fin y se transformarán en predios urbanos donde se levantará la nueva ciudad, ostento y portento, bajo la luz del quinto sol. ¡Adiós, hasta nunca! Será el irse, el levantar de eras, el éxito final, la terminación, el éxodo...)*

Don Pedro cara de acelga y ojo al ojo de perdiz, sin galopín ni garlopín carpintea una caja y una jaula, desbasta maderos broncos.

Un gato ronronea.

La caja es para Luciano, la jaula para Atanasio.

¡Pero qué palabreo, recórcholis! ¡Qué culebrón! ¡Qué desparpajo! ¡Qué esperpento!, dicen los díceres.

¡Acabarás!

Abraxas.

AMOROSAMENTE aturbonando las cosas más hermosas y sagradas de la tierra y con nuestras dos veces cinco dedos, con nuestras una vez diez uñas de lúnulas translúcidas contarlas, desmadejarlas, desleírlas como la luz de la luna se delezna sobre la tierra, sobre estos campamentos, sobre mil antorchas encendidas, sobre un estandarte dorado, sobre mil banderas rojinegras que flamean en el aire cargado de humedad, transido de amargura, denso de oscuridades: con nuestras dos veces cinco dedos y no con la mil veces dos veces cinco dedos, no con las mil manos que blanden antorchas que van y vienen, ascienden y descienden como boyas luminosas flotantes en el aire líquido de la noche cargada de fosforescencias acuáticas que viene y va, fluye y refluye bajo el Puente y sobre los campamentos y trae y lleva, lleva y trae como una exhalación o como un golpe de mar la bocanada madura, ondulante, febril, de un racimo de campanadas agrias y luces rojas y solfataras alucinantes, con nuestras dos manos podríamos tocar la tierra de estos campamentos, tocar las viejas locomotoras, los viejos trenes de siempre, cargados de azufre, de fruta podrida, de bestias olorosas a boñiga, coger los cuatro veces quince veces pulidos, redondos, fríos y resbaladizos, sentir el puño cachicuerno del una vez pungente y dos veces filo de acero, acariciar los pechos peciluengos de una mujer y sentir la aspereza de los uniformes azules de los hombres que vagan por los campamentos, sombras impalpables que hablan con las sombras de sus mujeres desgredadas y preguntan: ¿Cómo, cuándo y por qué fue muerto Luciano en los llanos del Campamento Este el día dos de noviembre de mil novecientos sesenta, día de los Fieles Difuntos?, y sentir el bailoteo de las tapas de las marmitas, la espuma que se desborda de las bañeras de aluminio, y la luz de las fogatas, en la fría noche del casi invierno, noche de color violeta, noche de color de tierra y aliento a colofonia y vapor de polen de huesos que asciende interminablemente: con nuestros dos veces iris constelados de estrellas unidas en sus vértices temblorosos que giran, giran  
y se rompen  
y caen

caen en miríadas de luciérnagas sobre el templo del Señor Santiago: con nuestros dos veces pupilas dilatadas, desmesuradas, alborantes, con nuestros dos ojos espejos, nuestros dos ojos, nuestros ojos, verlas, admirarlas, saberlas y contarlas; y la luz de las fogatas parpadea, y con nuestros dos ojos podemos verla, ver el cuerpo desnudo de la mujer, bañado por la luna, ver el rostro cobrizo en el estandarte dorado, ver lo que vio José Trigo, ver a los hombres que se preguntan y responden: ¿Y ese día de los Fieles Difuntos con quién se encontró Luciano y quién le dijo qué y entonces qué sucedió? Y se preguntan y responden: ¿Y por qué y cómo y desde cuándo los muertos viven?, porque dicen que vieron al muerto: beber, jugar a los gallos, fanfarronear; y verlo, ver al muerto, en la mano derecha tiene un fajo de billetes, fuma un cigarro



puro, está embutido en un traje de casimir verdeolivo, y sus labios se abren; no tan sólo invierno del aire y del agua sino también invierno de la sangre: sencillamente, lentamente ver alejarse las antorchas, verlas perderse en la lejanía, recorrer el espacio como lentas estrellas fugaces, como astros inalcanzables que fulguran y estallan por la última vez, mientras un hombre, mientras un solo hombre sobre toda la tierra, no sobre la tierra redonda y grande, no sobre la hermosa tierra enmarañada de mares y continentes y ríos y montañas, sino sólo sobre esta tierra, sobre este pequeño mundo de José Trigo, sobre estos campamentos mágicos de ferrocarriles como serpientes luminosas que elevan al infinito infinitamente como una columna de aire sólido el gemido infinito de su vientre preñado de carbón al rojo vivo, un solo hombre, un hombre, él, el hombre, él amaba, él vivía, él soñaba: y con nuestras dos veces conchas alargadas, pabellones cóncavos retorcidos, hélices, lóbulos abultados y colgantes, oírlas, comprenderlas, retenerlas y contarlas; y sus labios se abren y escupen palabras y con nuestras orejas, oírlas, oír a don Pedro el carpintero que cuenta: quince aquí, quince allá, quince más aquí, quince más allá, y los pule, los barniza y los clava, él, don Pedro, él que los vio llegar, no a los pulidos y barnizados y clavados y sí a los ferrocarrileros que si no fueron dos mil o más, sí fueron diez o doce aquellos que lo buscaron, como unos días antes lo habían buscado unos hombres vestidos de gris, oír a don Pedro que les dice a los hombres de gris que no es cierto, que no es verdad que él guarde los cientos y miles de volantes y de impresos de la huelga, ¿Verdad, madre?, oír al viejo Todolosantos que vaga por los campamentos, oírlo hablar con Manuel Ángel, oír a los hombres que dicen, con nuestras dos veces conchas alargadas, pabellones cóncavos retorcidos, lóbulos abultados y colgantes, que dicen que el muerto que vimos no es Luciano, el muerto que vimos y vive es el suegro de Manuel Ángel, Atanasio, y es mentira que está muerto y es verdad que no tiene la espalda acribillada a balazos y es verdad que no se le aplicó la Ley Fuga a él, Atanasio, y sí a su cómplice, al que no fue su cómplice y no huyó y sí fue su víctima y sí murió, y escuchar el silbido del vapor que escapa por las tapas de las marmitas; mientras un hombre; y escuchar los mugidos de las vacas que llevan los trenes viejos de siempre; mientras un solo hombre; y la espuma blanca y amarga; mientras un solo hombre en toda la tierra; y la espuma blanca y amarga se desborda de la bañera de aluminio en copos nevados; no sobre la tierra redonda y grande, no sobre el mundo grande y redondo, mitad luz y mitad sombra, sino sobre este pequeño mundo de José Trigo: bandadas de palomas que hienden los cielos, mujeres que caminan con peroles de aluminio llenos de leche tibia de la cual se desprende un vapor grueso como nieve, viejas locomotoras de piel de carbón y fanales de luz polvorienta que navegan sobre las estelas luminosas que otras locomotoras ya muertas, ya coronadas con guirnaldas de gardenias, ya olvidadas, ya fundidas y refundidas en los viejos hornos y en las

memorias herrumbrosas trazaron hace tantos años como días tiene el invierno sobre los caminos de balasto de grava de río, grava translúcida, grava húmeda: y con nuestra dos veces labios undosos, una vez lengua bofa y esponjosa, papilas umbrátiles y campanilla viscosa y ensalivada, y con nuestra mil veces cavernas espléndidas, mil veces venas transvasadas y un millón de veces nervios lancinantes: con nuestra boca, con nuestra piel, sentirlas, gustarlas, tocarlas, saborearlas y contarlas; en copos nevados y amargos se desborda la espuma, y con nuestra boca, gustarla, gustar la misma espuma que gustó José Trigo aquel día o tarde o noche en que llegó jadeante al furgón de la mujer, perseguido, acosado, pero no por la primera vez en su vida, porque alguna vez, cuando muy niño, un hombre lo persiguió por los bosques y alguna otra vez, cuando muy hombre, otro lo perseguirá por los campamentos: el mismo que le azuzó a la muerte esa noche en que llegó al furgón de la mujer y la mujer lo esperaba, desnuda en la bañera de aluminio, con los ojos muy abiertos, y esa vez no mirando a ninguna parte y sí mirándolo a él, a él que miraba los trozos de espuma blanca escurrirse por los pechos, resbalar por la ondulada prominencia del vientre y licuarse en la superficie oscura del agua, sí mirándolo mirándola, con nuestros dos veces iris constelados, mirándola y deseándola, con nuestra mil veces venas transvasadas, deseándola y oyéndola, oyendo el murmullo tumultuoso de su aliento, murmullo no de frío, no de miedo, no de amor y sí simple y sencilla y solamente de estar con él, de sentirlo a él, a un hombre, a el hombre; con nuestras dos veces pabellones cóncavos retorcidos; el hombre que trepó al furgón, José Trigo, así lo vio una, una que se bañaba presintiendo, o casi presintiendo, creyendo o queriendo creer que él, José Trigo, habría de llegar pronto y una habría de angustiarse, habría de gritarle que saliese del furgón así como no lo hizo, así como no gritó una cuando él, José Trigo, apareció en la puerta, y gustar, gustar las lágrimas que lloró José Trigo, las lágrimas que sí dolorido, que sí llorando como un niño dejó caer sobre el regazo húmedo, sobre los muslos desnudos de ella, él y ella, tú y yo, ellas y nosotros amándonos en silencio, y el silencio amándonos, cubriéndonos, sepultándonos: y no porque los campamentos estuvieran silenciosos, no porque las mujeres no hablaran diciendo casi a gritos que habían perseguido al suegro de Manuel Ángel hasta los quintos infiernos, o sextos o séptimos infiernos, y que lo habían cogido y que lo traerían al campamento y lo pondrían en una jaula y lo exhibirían ante los ojos del mundo entero, encuerado y emplumado y maniatado y amordazado, no porque los hombres no cantaran canciones de victoria, no porque las locomotoras no estuvieran manejadas por el ejército y los esquirols y no pitaran en las noches, sino porque él, José Trigo, tenía el miedo adentro y ella, Eduviges, tenía el amor dentro bullendo en su pecho y el silencio; con nuestras dos veces conchas alargadas; el silencio los cubría de amor, los amaba de amor; con nuestra una vez un millón de veces nervios lancinantes; de amor que lo hizo llorar y no llorar, que la hizo entregarse, porque sí amando de verdad, sí deseándolo entregarse ella se le entregó y no queriendo, no sabiendo, no llorando él la hizo suya, una noche en la que el viento

gemía por los campamentos y ellos no lo oían; y con nuestras dos veces lóbulos colgantes oír el viento que una noche de invierno agita las banderas, las banderas y los estandartes, los estandartes rojinegros y oriflamos y las antorchas temblorosas, y ellos no lo oían, ellos no sabían que alguien los escuchaba a ellos, que alguien los adivinaba: a ella, con los cabellos antes siempre llamaradas de humo o fuego negro cuando caminaba por los campamentos y ahora húmedos, lacios, coronados con azahares de espuma, a medio enjabonar, y él encima de ella, él José Trigo, inclinado sobre sus labios como un hombre inclinado sobre un río, bebiendo no las aguas, no los vientos, y sí el fuego líquido, el fuego fresco de su carne: ellos no lo sabían, no siquiera que alguien los escuchaba, sino no siquiera que ellos no escuchaban: no la respiración jadeante de aquel o aquellos que los escuchaban a ellos.

no el latir de sus propios corazones, no el bullir de sus propias sangres en sus propias venas,

sino el hablar, el gritar, el reír, el llorar lento: de hombres hambrientos y no sólo de pan, y de mujeres sedientas y no sólo de paz, sino de hombres y mujeres con hambre y sed de venganza; y gustar, gustar el sabor de la vindicta porque sabemos que el día final del Triduo de la Virgen llevaremos a Atanasio en una jaula, sobre nuestros hombros, desnudo y emplumado: y sentir el calor de las antorchas que llevaremos sobre nuestras cabezas en la procesión donde miles de ferrocarrileros, como un largo lagarto sagital gelatinoso, miles de ferrocarrileros marcharemos la noche del doce de diciembre de mil novecientos sesenta rumbo al templo de Santiago Tlatelolco, portando banderas rojinegras y antorchas como aquellas que llevaban los granaderos cuando fueron a buscar a Luciano y se lo llevaron, en la noche, antorchas que vimos perderse, recorrer el espacio como lentas estrellas fugaces, como astros inalcanzables vimos perderse nuestra esperanza y nuestro triunfo, los vimos con los ojos, como astros inalcanzables que fulguran y estallan por la última vez, mientras un solo hombre, mientras un solo hombre sobre toda la tierra, con los ojos que una mira, mirarlo mirarla a una, mirarla a ella, a ti, con ojos desorbitantes reflejando fiebre, jirones de luz, destellos de sangre, y empapados de miedo, translúcidos de terror transparentando muerte, mirarte yo, mirar tus ojos grandes, más grandes, pero no de terror sino simple, sencilla, dulcemente grandes y amorosa, tierna y sencillamente inmensamente grandes como para reflejar todos los jirones de cielo del mundo y todas las hojas de todos los árboles del mundo, oscuras y frescas o doradas y cálidas; mientras un solo hombre sobre toda la tierra, pero no del mundo grande y redondo que gira en los espacios hace miles de millones de años, pero no sobre esta tierra mitad luz y mitad sombra donde nacen y están y mueren miles de millones de hombres, sino de este pequeño mundo de José Trigo, sino sobre esta pequeña tierra de José Trigo donde el día es día en todos los confines y la noche es noche en todas las latitudes, con nuestras manos, con nuestros ojos, con nuestras orejas y nuestras bocas ir para coger, venir para ver, quedamos para oír, morirnos para gustar: ir a estos campamentos, venir a estos campamentos, quedarnos, morir en estos campamentos,

para coger, ver, oír y gustar: los frutos espléndidos, pechos redondos y duros como grandes frutas, como las naranjas que venden las ancianas a la sombra del Puente: redondas, húmedas en sus canastas vegetales, y las altas chimeneas embetunadas añublando los cielos limpios del invierno, el comprador de botellas vacías color de ámbar, color trébol, color vino, convólvulos que crecen en las paredes de los retretes, y el bullicio de los estibadores de los muelles del exprés, las campanadas del templo, el zureo de las palomas torcaces color incienso volando al amor del viento, la risa del niño panzón y desnudo, y el sabor de la tierra: dos metros bajo la tierra de estos campamentos, dos metros bajo la tierra y un infinito bajo el cielo de estos campamentos, alimentando a nuestra sombra, circundados por viejos acueductos y viejas líneas de alta tensión, y siendo nuestra sombra niebla, aire dormido prendido a la tierra, recorriendo la tierra de Este a Oeste a todo lo largo, a todo lo infinito de estos campamentos, para sentir: encima de nosotros, a todo lo largo de nosotros, abajo y entre nosotros el paso retumbante de antiguos furgones rechonchos, y nuevos y flamantes armones azules, y ser nosotros, ser nosotros los furgones y los armones y los hombres de las antorchas y las banderas rojinegras que hoy una noche de un mes de diciembre de hace muchos años, recorren los campamentos.

A lo lejos se veían las pequeñas sombras, arremolinándose.

A lo largo de la vía los hombres se sentaron, se echaron sobre las yerbas todavía mojadas.

De pronto, empezó a formarse un remolino. Fue en el grupo cercano a la Glorieta de Peralvillo, más allá de las viejas torres almenadas que en un tiempo fueron torres de vigilancia de la vieja terminal. Primero fueron cuatro o cinco hombres. A su alrededor se agruparon diez o quince más. Luego fueron más de cien los hombres que rodearon el viejo automóvil azul abandonado.

Y más de cien después, pero los de atrás no entendían qué estaba pasando, sólo sabían que debía ser algo muy importante, por los gritos que se escuchaban.

Y de pronto también, como cuando cae una piedra en el agua, cayó en el centro del remolino la palabra mágica.

¿Quién de aquellos cuatro o cinco primeros hombres fue el que la dijo?

¿Quiénes de aquellos tres o cuatro hombres que no fueron los primeros en decirlo, pero sí en escucharla, la repitieron como hipnotizados? ¿Quiénes de aquellos diez o quince segundos hombres que se reunieron alrededor del viejo Plymouth azul mil novecientos treinta y nueve la repitieron también con los ojos más grandes que el asombro? ¿Quién de aquellos cien o más terceros hombres que se reunieron alrededor de los segundos quince, alrededor de los primeros cuatro, alrededor de un viejo automóvil azul hacía cinco años abandonado en los llanos de Nonoalco, la oyeron bien, la llevaron por el aire a todos los rumbos de Nonoalco, a todos los lugares donde los ferrocarrileros estaban sentados junto a las vías o echados sobre las yerbas todavía mojadas?

Nadie lo supo. Pero la palabra cayó en el centro como una piedra en el agua, y todos la fueron repitiendo, cada vez más alto, y la multitud que se había reunido alrededor del viejo automóvil azul se empezó a ondular, y cada onda fue cada vez más grande, cada grito más fuerte, cada voltear de rostros para decírselo a los de atrás, más violento y alegre. El primer hombre sólo dijo:

«Es Luciano.» Los cuatro o cinco segundos hombres sólo dijeron:

«Es Luciano, sí, al fin apareció», y los terceros quince hombres o más sólo dijeron: «Es Luciano, sí por fin apareció, ya llegó, ya está aquí para defendernos, viva Luciano. ¡Luciano! ¡Luciano!»

Y la palabra retumbó como retumba el eco. Cien hombres la pronunciaron alrededor del automóvil azul, y la palabra fue por los aires viboreando, ondulando sobre los cientos de cabezas de todos los hombres, y pronto llegó a los confines del Campamento Este, y hasta más allá del Puente, allí muchos otros hombres y mujeres la devolvieron como el eco devuelve las palabras: «¡Luciano!» «¡Luciano!» se dejó escuchar por todas partes, «¡Ya apareció Luciano, ya está aquí Luciano!»

Y los ferrocarrileros que estaban echados sobre las yerbas mojadas se levantaron, sobándose las nalgas, y los que estaban sentados en las vías también se levantaron y se pusieron una mano sobre los ojos para tratar de distinguir lo que ocurría quinientos metros más allá, donde una gran multitud rugía como el mar y como el mar se ondulaba y como el mar al que de pronto le faltaran orillas, de pronto se derramaba, se regaba en chorros azules que corrían por todos los llanos de Nonoalco: «¡Luciano, es Luciano que está aquí!»

Y después, todos los miles de hombres que estaban en Nonoalco empezaron a moverse. Ya no eran sólo los chorros de hombres que se desprendían de la oscura ciaboga: ahora, y de todas partes, eran otros hombres los que corrían hacia el remolino, gritando, preguntando, llamando: «¡Luciano!» «¡Luciano!» «¡Luciano!»

Y Luciano estaba allí.

Todo el mundo lo supo. Todos los que corrían del remolino hacia afuera, como las patas de una araña estirándose hacia todos los lugares de los campamentos, y todos los que corrían de todos los lugares de los campamentos hacia el remolino, tropezándose con los otros hombres, deteniéndolos, entrecruzándose con ellos y formando una inmensa telaraña ondulante.

Las viejas que estaban sentadas sobre montones de heno tejiendo sus chismes, callaron espantadas, y sólo cuando llegaron hasta ellas los primeros hombres que corrían llevando la noticia, gritaron de gusto.

«¿Lo oíste? ¡Allí está Luciano!» «Pero ¿será posible?» «Pero ¿cómo es que se atreve a presentarse aquí?» «No seas idiota, si viene es porque no nos ha fallado nunca y ahora se va a aclarar todo.»

También las mujeres jóvenes callaron, y esperaron.

También los niños que jugaban en los llanos callaron, y se refugiaron en las faldas de sus madres, y vivieron, y esperaron.

Allá al fondo del campamento, hacia el Este, por la glorieta, cerca de la última torre de castillo, aquella donde había crecido un árbol, aquella junto a la que algún ferrocarrilero había construido una casa con paredes de durmientes y de donde siempre salía un chorro de humo negro, estaba una gran multitud, un remolino hirviente que crecía y decrecía al mismo tiempo, y siempre era el mismo.

Entonces cayó la segunda palabra, como cae una piedra en el agua, y esa segunda palabra nadie la escuchó.

El primer hombre que pudo decirla, junto al viejo automóvil azul abandonado, no quiso, no necesitó decirla a los otros tres o cuatro hombres que lo rodeaban. Los tres o cuatro hombres que lo rodeaban no dijeron tampoco la segunda palabra, no pudieron decirla porque la estaban viendo y no podían creerla.

Los otros hombres, los quince o más que los rodeaban, los cientos o más que llegaron después, la callaron porque sí, porque la estaban oliendo.

Y la segunda palabra no cruzó el remolino viboreando. Silenciosa, dulce, lentamente, sus ondas se fueron ensanchando cada vez más, hasta que cubrieron todo el campamento, pero nadie se dio cuenta entonces.

Allá, al fondo del campamento, hacia el Oeste, por el Puente de Nonoalco, la gente empezó a acercarse, ahora más lentamente. Allá, al fondo del campamento, hacia la Glorieta de Peralvillo, el remolino pareció aquietarse. Algunos de los ferrocarrileros que se habían desprendido de él, corriendo, se detuvieron y empezaron a regresar.

La primera palabra había ya iluminado el campamento, y la gente empezó a creer, empezó a reír de nuevo, y entonces no fue un solo remolino, sino muchos, los que se formaron a lo largo de todos los campamentos.

Aquí y allá, cerca de los viejos almacenes y de las viejas bodegas, cerca de las vías de Manuel González, cerca de los Talleres Centrales y más allá, cerca del Puente y de la estación, se empezaron a formar pequeños grupos alrededor de un hombre que les decía a dos o tres más: «Sí, de allí vengo y acabo de ver a Luciano, está allí, por la torre de vigilancia», y esos dos o tres más lo repetían a doce o quince más, y ellos a otros, y así, en todos los llanos, se formaron muchos pequeños e inquietos remolinos de hombres que hablaban entre sí y se miraban contentos y después veían hacia la vieja torre del castillo iluminada por el sol del Oeste, donde se alcanzaba a ver un árbol de hojas secas incendiado por la luz, y el chorro de humo negro que se elevaba hacia el cielo negro también.

Porque si por el Oeste el cielo estaba claro y radiante, y sólo se veían algunos pequeños jirones de nubes anaranjadas y violetas, por el Este se iban acercando unos nubarrones negros y gruesos, velludos y cargados de agua.

Allá, junto a la vieja torre, hubo silencio.

Sólo una o dos voces se oyeron:

«¡Allá va Luciano!»

Porque Luciano estaba allí, había aparecido por fin, y ahora iba a recorrer los

campamentos, de Este a Oeste.

Una luz anaranjada iluminaba las cabezas de los ferrocarrileros. Del cuello para abajo, eran como sombras mezcladas con la oscura yerba alta y húmeda que crecía en los llanos. Pero unos segundos después el sol empezó a caer y dejó de iluminar las cabezas de los hombres que estaban más cerca del Puente y el Puente empezó a proyectar una sombra cada vez más larga, que fue persiguiendo a la luz que fue retirándose como se retiran las aguas del mar. Y a través de un agua fosforescente y pálida, se vieron por última vez los oscuros remolinos de hombres. La luz corrió por todo el campamento, de Este a Oeste, y por un momento tan sólo pareció detenerse en el último grupo, en el más grande, que estaba junto a la torre del árbol alrededor del automóvil azul, y pareció detenerse porque los ojos de todos los hombres estaban fijos en el automóvil.

Lenta, silenciosamente, como espirales desenrollándose, los remolinos se fueron deshaciendo, se transformaron en largos chorros de agua que llegaron hasta las vías y se detuvieron y se extendieron a sus orillas, como si las hubiera detenido un dique.

«¡Allá va Luciano!», «¡Allá va Luciano!», ése fue el grito que hizo que todos los ferrocarrileros se acercaran a las vías para formar una valla, y esperarlo.

Porque habían visto que así lo habían hecho los primeros hombres, los que estaban allá lejos, junto a la torre del castillo.

Y el grito siguió atravesando los campamentos, despacio, casi en silencio: «¡Allá va Luciano!», y para los últimos hombres, para aquellos que estaban más lejos de la torre, se transformó de pronto en un grito distinto: «¡Allá viene Luciano! ¡Allá! ¿Lo ven? ¡Allá viene Luciano!»

Y los últimos hombres, los que estaban más lejos de la torre, empezaron a mirar.

Y miraron desconfiados un punto azul que apenas se distinguía, allá, muy lejos, donde los rieles parecían juntarse, y que se acercaba casi sin sentir.

Los otros hombres, los que estaban un poco menos lejos, vieron una mancha azul.

Los que seguían, vieron que era un armón el que se acercaba por las vías.

Los que estaban a la mitad del camino, vieron que era un armón azul, y que en él venía Luciano, sentado.

Y cuando los últimos hombres, aquellos que estaban más lejos de la torre y que sólo veían un punto azul adivinaron, porque no podían ver, creyeron, porque no podían estar seguros, que era un armón azul el que se acercaba, y que en ese armón venía Luciano recorriendo los campamentos, se dejó escuchar otro grito más, un grito surgido de muchas bocas llenas de coraje:

«¡Viva Luciano! ¡Viva Luciano!»

Gritaron cientos de ferrocarrileros, y el alarido empezó a recorrer la enorme valla, como un río desbocado, rebotando en todas las cabezas, salpicando las palabras, y parecía que no iba a detenerse, que iba a llegar hasta la vieja torre de castillo y que de allí iba a regresar, cada vez más fuerte y más ronco.

Pero nadie supo por qué, si allí venía Luciano, si allá venía en el armón azul, y

todos lo esperaban hacía tanto tiempo, por qué el grito se fue colando en la tierra, por qué no llegó nunca a la torre, por qué una sola palabra no fue devuelta, por qué, en cambio, el silencio se dejó venir desde la torre y despacio, muy despacio, fue devorando al grito.

Porque los que vieron el punto, la mancha, el armón azul, el hombre que venía sentado en el armón azul, vieron también a Luciano.

Y vieron que Luciano estaba muerto.

A todos les tocó un poco. Todos se fueron repartiendo a Luciano. A unos les tocó un ojo. A otros les tocó un dedo. A otros les tocó la nariz. A otros les tocó la gorra azul, la que tanto quería Luciano. Porque aquel día siete de un mes de noviembre de un año bisiesto de hace muchos años, Luciano, muerto hacía cinco días, hacía diez minutos, atravesó el Campamento Este sentado en un armón que recorrió a todo lo largo la vía de la calle Manuel González a diez kilómetros por hora.

Y cada uno de todos los hombres que estaban haciéndole valla desde el Oeste, desde casi el Puente de Nonoalco, hasta el Este, hasta casi la vieja torre de las almenas derruidas y el árbol en la punta, se fueron repartiendo sus pedazos, se los fueron llevando poco a poco.

Porque nadie pudo verlo entero. Porque el armón iba demasiado aprisa para darse cuenta de que todo el cuerpo de Luciano estaba muerto, y demasiado despacio para darse cuenta de que nada vivía ya en Luciano. Y entonces aquellos que nunca llegaron a gritar: «¡Viva Luciano!», que ni siquiera pensaron en hacerlo, aquellos que estaban más cerca de la torre y que habían callado antes de hablar, tal vez sólo miraron a Luciano en los ojos, y vieron que estaba ciego, que sólo tenía dos manchas oscuras en lugar de los ojos, y cuando intentaron ver el resto del cuerpo, ver la nariz, la boca, el pecho, ya el armón había pasado, ya era un armón azul cualquiera que estaba diez metros más allá y seguía alejándose muy despacio y muy aprisa, y sólo se encontraron con los ojos de los hombres que estaban en la otra valla, al otro lado de las vías, y que también habían visto a Luciano, y callaban, y los miraban.

Y aquellos otros que sí llegaron a decir: «¡Viva Luciano!», no a gritarlo, sólo a decirlo casi como murmurándolo, tal vez sólo vieron a Luciano en las manos que colgaban a los lados del armón, y tal vez les pareció que les faltaba un dedo, o que estaban como comidas, o que estaban demasiado blancas y tiesas y cuando levantaron los ojos para verle la cara, ya el armón era una mancha azul alejándose sobre las vías y sólo se encontraron con las caras de los hombres del otro lado de las vías, en la otra valla.

Y aquellos otros que sí habían llegado a gritar «¡Viva Luciano!», aquellos que estaban cerca del Puente, tal vez sólo vieron a Luciano con los pies descalzos y tal vez se fijaron que estaban como mordidos por los perros y cuando quisieron verle la cara ya el armón era un punto azul alejándose y sólo vieron las caras de los otros hombres que estaban en la otra valla, al otro lado de las vías.

Entonces, los primeros hombres se llevaron los ojos de Luciano. No aquellos que



habían visto, no aquellas manchas oscuras que Luciano tenía en la cara, sino aquellos otros ojos que recordaban.

«Eran claros», se dijo uno de los hombres, y los recordó.

«Eran dulces», se dijo una de las mujeres, y los vio.

«Eran como los ojos de un niño», se dijo uno de los viejos, y los recogió.

Y así fue con los labios y con la nariz y con la gorra azul y con los dedos de los pies. Todos se los fueron llevando adentro.

Todos fueron recordando cómo era Luciano.

De lo que nadie se dio cuenta, o de lo que nadie quiso darse cuenta, fue de los otros hombres. De aquellos hombres vestidos de verde que empezaron a aparecerse entre los ferrocarrileros, como hongos que de pronto brotaran de la tierra. Algunos de los ferrocarrileros volvían la cara para mirar al compañero que estaba al lado, y ya no se encontraban con él, sino con otro hombre que los miraba. Veían el casco que tenía puesto. Veían la carabina que traía en las manos, y comprendían que era un soldado, que era uno de los muchos soldados que había en el campamento.

Uno de los soldados saltó al armón y lo detuvo.

Cuatro o cinco soldados más se acercaron y vieron a Luciano. Un buen rato lo estuvieron viendo sin taparse las narices, mientras todos los ferrocarrileros, inmóviles, los veían verlo, y no hablaban.

Cuando uno de los soldados removi6 con la bayoneta los jirones de la ropa, se escuchó un rumor sordo y lento, como si fuera el muerto el que se quejara. Pero ese rumor se apagó enseguida. Los soldados levantaron los ojos y miraron a todos los ferrocarrileros que los rodeaban.

Ellos, los soldados, no sabían que el muerto era Luciano.

Un oficial se acercó al armón. Vio a Luciano y ordenó que lo cubrieran. Entonces un viejo ferrocarrilero se acercó y le puso su chaqueta en la cara. Otro más le puso su chaqueta también, en las piernas. Sólo quedaron al descubierto los brazos y los pies.

El oficial habló. Los que estaban más cerca de él, oyeron que les decía que se dispersaran, que se largaran a sus casas, que si no lo hacían pronto se vería obligado a emplear la fuerza, que quién sabe cuántas cosas más. Los que estaban más lejos, lo oyeron apenas, pero comprendieron. Y los que estaban aún más lejos, no pudieron oírlo, pero lo adivinaron.

Y todo se fue desmoronando.

Ellos mismos, y su coraje. El miedo fue desmoronando el coraje que se había levantado entre ellos tan alto como una montaña. Piedra por piedra, palabra por palabra se fueron cayendo desde su boca hasta el fondo de sus tripas. Todas las palabras que habían tenido en la punta de la lengua: «Véanlo», «Es Luciano», «Esta muerto», «Esos cochinos se han vengado», se fueron cayendo y amontonando y formando otra montaña: algún día iban a asomarse otra vez, iban a decir: «Nos vengaremos de esos cochinos porque está muerto. Es Luciano. Véanlo».

A lo largo de toda la vía de la Calle de Manuel González, las vallas se

disolvieron. Aquí y allá, por todos lados, aparecían soldados. Alrededor de cada uno de ellos, la gente se dispersaba, se alejaba como los rayos de una estrella, hacia todos lados.

Se vieron así muchas estrellas que se iban desperdigando, mezclando sus rayos unos con otros, entretejiéndolos por unos segundos y desbaratándolos casi de inmediato. Después, todas las estrellas se fundieron en una sola. En el centro estaba el armón azul, rodeado de soldados, y rodeando a los soldados y alejándose al mismo tiempo, todos los ferrocarrileros de todos los campamentos de Nonoalco-Tlatelolco.

Lenta y silenciosamente, los hombres se fueron separando. Y después fueron sólo puntos oscuros que se iban perdiendo en la noche de yerbas altas y húmedas.

La noche había llegado y las nubes negras cubrían el cielo. Todo parecía indicar que iba a caer un gran aguacero. Pero no fue así. Cayó, sí, una llovizna fría, pero fue sólo una ráfaga, que también pareció recorrer el campamento de uno a otro lado como un sople del que todos se dieron cuenta cuando ya había pasado.

En toda esa noche, y en todo el día siguiente, nadie se atrevió a hablar de la muerte de Luciano. Muchos ni siquiera se asomaron más allá de las puertas de sus furgones. Muchos ni siquiera comentaron el asunto con su mujer. Pero al tercer día, como si se hubieran puesto de acuerdo, fueron saliendo todos, y se sentaron, cada quien junto a su casa. No se juntaron, no hicieron grupos, porque sabían que aún había soldados y que si lo hacían la iban a pasar mal. Estaban callados, y se veían. Entonces alguien dijo algo en voz alta, como hablándole a su mujer, para que los demás lo oyeran. Dijo algo así como que muerto Luciano ya todo estaba perdido... «¿Verdad, vieja?»

Y alguien más, algún otro ferrocarrilero que estaba dos o tres furgones más allá, lo escuchó y dijo también en voz alta, no para oírse él mismo, sino para que lo oyeran los demás: «Yo me pregunto: si no hubiéramos creído que Luciano era un traidor, si lo hubiéramos buscado para ayudarlo, ¿no viviría ahora?»

«Si lo mataron es prueba de que no nos traicionaba», dijo otro ferrocarrilero.

«Claro», dijo otro, gritando, «no sé cómo se nos pudo ocurrir eso, conociendo a Luciano de toda la vida y sabiendo lo cuate que era».

«Deja lo cuate», dijo otro más, «lo derecho que era».

Y todos fueron hablando así, uno por uno. No hubo una sola vez que una voz se mezclara con otra. Lo fueron haciendo por turno, como si se hubieran puesto de acuerdo, sin moverse. Algunos ni siquiera levantaban la cara: así, cabizbajos, con los ojos a medio cerrar, gritaban lo que tenían que decir, y las palabras recorrían los campamentos como los gritos de alerta de los centinelas, y regresaban cambiadas por otras, y volvían a ir y venir.

Entonces fue cuando apareció Luciano. Cuando cada quien fue poniendo el pedazo que había guardado. No las manchas oscuras que habían visto en su cara y tampoco aquellos ojos que recordaban y que eran claros y dulces y como de niño. No aquellos dedos delgados y pálidos o la gorra azul o los zapatos mineros o los labios

delgados y rojos. Y tampoco el muerto del armón azul que recorrió los campamentos.

Fueron otras cosas las que iban dando. Todos se empezaron a acordar de la vez que Luciano firmó el manifiesto pidiendo los aumentos. De la vez que Luciano los defendió delante del Comité Ejecutivo del Sindicato. De la vez que prometió renunciar si renunciaba la gerencia de los ferrocarriles. De la vez que les habló en Nonoalco y que les juró primero morir que traicionar el movimiento.

Y con esas otras veces que recordaban, fueron sacando su vergüenza como quien saca sus trapos al sol. Y el coraje les fue naciendo de nuevo. Sin que ellos mismos se dieran cuenta, sabían en el fondo que Luciano era su coraje y que muerto Luciano el coraje también estaba muerto. Eso era lo que habían sentido unos días antes, y que nadie supo explicar.

Pero ahora era distinto. «Carajo», dijo un muchacho echándose la gorra hacia atrás, «si ahora nos rajamos es como fallarle a Luciano. Entonces nosotros seríamos los traidores».

«Es cierto», dijo otro.

«Le cae de madre al que se raje», dijo otro más.

Una bandada de pájaros cruzó por el cielo.

Y nosotros que éramos José Trigo, nosotros estábamos allí, en el atrio del templo de Santiago y vimos acercarse a los hombres, vimos las antorchas, vimos las banderas rojinegras y fuimos un hombre bañado por la luz: así nos vieron, así nos viste tú, tú que tenías mil caras también bañadas por la luz de las antorchas, y así nos vimos nosotros, reflejados dos veces en tus ojos y mil veces despedazados en los cristales de sudor que cubrían tu piel, la piel de una y de otra cara, pieles barbadas y pieles lampiñas, pieles tersas y pieles salpullidas: una cara donde aletean el fuego y la sombra: se acerca, se agiganta, la vemos, pasa, y atrás otra cara donde aletean el fuego y la sombra: se acerca, se agiganta, pasa, y una y otra y otra y otra, una y otra y alzamos la vista y vemos los puños, puños fuertes, macizos, surcados por venas pálidas y uno y otro y uno se acercan, se agigantan, iluminan nuestra cara, nuestro pecho, nuestros brazos, nuestras piernas y se alejan, y bajamos la vista y vemos las caras, las de ellas, de las mujeres, caras limpias y caras frescas, caras pintarrajeadas y caras secas, y cabezas negras y cabezas grises y cabezas rubias y bajamos la vista y vemos sus pechos y vientres y muslos y a la altura de sus pechos, o de sus hombros o de sus vientres vemos a uno y otro, unos y otros y otros niños vestidos de blanco, que se acercan, se agigantan, pasan y vemos sus caras donde juegan pequeñas y frágiles las alas de la luz de los cirios y blandones que llevan en las manos y vemos sus cabellos abrasados por la luz de las antorchas que llevan las manos de sus padres y bajamos la vista y vemos sus muslos y adivinamos sus rodillas y su piel tierna bajo los pantalones de manta blanca y vemos sus pies, unos y otros, unos y otros y otros se acercan, se agigantan, pasan, se empequeñecen, se alejan, pies calzados con zapatos mordidos y pies descalzos, pies limpios y pies sucios que van dejando cada uno, cada

dos, distinta huella: sobre la tierra, sobre la tierra de este campamento, sobre esta tierra nuestra de José Trigo, ahora que nosotros bajamos la vista, ahora que la sombra de nuestra cara sombrea nuestro pecho vemos las huellas que dejan los pies, cada uno, cada dos dejan huellas cada paso, cada dos, huellas que duran lo que un parpadeo, huellas de pies descalzos, de pies calzados, de pies de niño, de pies de hombre, una y otra, y una sobre otra y sobre otra y sobre una, son y no son y vuelven a ser enmedio de la luz y enmedio de las sombras de las piernas y los cuerpos, sombras que se agitan, que bailan, que se bambolean, y son sólo una vez y unas cuantas: son sólo unas huellas las que vemos: completas, y son las últimas, ahora que ya han pasado los hombres de la procesión, ahora que ya se alejan y empequeñecen y ahora que nosotros no somos un hombre bañado por la luz, sino apenas una pierna, un brazo, una mitad de rostro y de cabellos espolvoreados de luz, y menos que eso: una rodilla, un codo, un mechón de pelo espolvoreado por la luz, y menos que eso: una sombra de hombre, clara, y una sombra de hombre, oscura, y después sólo una sombra en la tapia del atrio del templo de Santiago, y levantamos la vista, subimos los párpados, alzamos la cara y vemos: el tronco del eucalipto que crece en el atrio, grueso y añoso, cada vez menos viejo, alargándose infinitamente hacia el cielo, y las ramas cuajadas de hojas, las primeras bañadas por luz rojiza y las más altas iluminadas por una luz clara, luz de estrellas, y vemos la torre del campanario, las piedras negruzcas y mohosas cada vez más oscuras y cada vez más del color de la noche, y vemos la noche, el cielo, las mil estrellas que parpadean, ajenas, lejanas, despiertas, incandescentes, brillando en otros mundos y sobre nuestro mundo, frías, dormidas, cercanas y nuestras, sobre el mundo de los campamentos, sobre nuestro mundo de José Trigo, pan y luz, sombra y agua, amor y esperanza, dolor y muerte de cada día, de cada hora y minuto: y sólo de una noche, de una noche como todas, y de una que fue todas las noches, todas las muertes, dolores, sombras y luces, amores y esperanzas: no aquella en la que José Trigo amó a la mujer, y sí esta noche de un mes de diciembre de un año bisiesto de hace muchos años en la que tú y yo, él y nosotros, y ellos, José Trigo, nos asomamos a nuestros ojos como quien se asoma a la tierra y vimos: estandartes y bayonetas, banderas y soldados, flores y fuegos, pero antes vimos los eucaliptos, los campanarios, las estrellas: y tú y yo, y él y ellos, y nosotros, José Trigo, afloramos a nuestra piel como quien aflora de la tierra a la tierra, y sentimos: las piedras de los llanos bajo nuestros pies, el sudor en nuestra piel, el olor a pólvora y a flores sobre nuestra cabeza, y el miedo entre nosotros; pero antes, antes sentimos el calor de las antorchas y después el frío que bajó no de las frondas de los eucaliptos y tampoco de la torre del campanario sino de mucho más lejos: de las estrellas o de más allá de las estrellas; y tú y yo y él y nosotros, y ellos, metimos nuestros brazos en nuestros brazos, nuestras piernas en nuestras piernas, y en las mangas de las camisas y en las perneras de los pantalones y pies en nuestro un zapato negro y enorme y un zapato café y anduvimos: sobre las baldosas del templo, entre las beatas que manoseaban rosarios de vidrio y entre los niños que llevaban cirios de

cera de abeja, entre las nubes de incienso, entre los hombres de las antorchas y las mujeres con banderas rojinegras, entre los puestos de frutas cristalizadas y frituras olorosas, telas de colores, joyas de cobre, marionetas de trapo, sobre la tierra hollada, sucia de cáscaras y cohetes quemados, de estampas de la Virgen y volantes de la huelga,

y bajo el fuego, bajo la lluvia de fuego, de miles y millones de partículas de fuego multicolor que ascienden desde sólo la tierra de este campamento y llegan hasta sólo el cielo de estos campamentos y no hasta las estrellas, sino mucho más acá, y caen hasta sólo las hojas de estos árboles, hasta sólo las piedras de estos campamentos, hasta sólo nuestras manos de estos hombres, de este hombre que fue muchas veces como sólo un hombre, y sólo una vez, sólo una noche de un mes de diciembre de mil novecientos sesenta, fue como todos los hombres: viendo, oliendo, sintiendo, gustando, oyendo: fue todos los hombres; fue los hombres que metieron al suegro de Manuel Ángel en una jaula, para pasearlo el doce de diciembre; fue don Pedro el carpintero que hizo la jaula; fue los ferrocarrileros que hachearon los durmientes para hacer antorchas y fue aquellos que las embrearon, fue las mujeres que cosieron las banderas rojinegras y los trajes blancos de los niños; fue el hombre que les dijo que los granaderos acabarían con cualquier manifestación, pero que no se atreverían a hacerles nada si se reunían para homenajear a la Virgen de Guadalupe y que eso harían, y que después marcharían por las calles de la Ciudad, con sus mujeres y sus hijos, adelante cuatro hombres que llevarían en andas la jaula, atrás los niños con los cirios, atrás las mujeres con las banderas y las mantas y atrás los hombres con las antorchas; y fue José Trigo, José Trigo que anduvimos, casi en vilo, hombros los nuestros oprimidos por otros hombros; costillas, las nuestras, magulladas por los codos de los hombres; y codos, los nuestros, magullando costillas de las mujeres, pechos que se aplastan en nuestra espalda, nalgas que se nos juntan al sexo, caderas que nos zarandean, y puños, los nuestros, cerrados y juntos al pecho, al nuestro, y zapatos que pisan los nuestros y ojos que nos miran, ojos en que nos miramos, cogotes que miramos, sudorosos, copetes grasientos, perros que aúllan entre nuestras piernas, y antorchas, banderas, escarabajos aplastados, y así,

hombro con hombro fuimos llevados casi en vilo nosotros José Trigo que vimos: con nuestros grandes ojos al tamaño de todo lo que se puede mirar de una vez: un hombre pequeño, pequeño a lo lejos, pequeños sus ojos, diminuto su rostro, su pecho, sus piernas y él, ellos, los hombres o el hombre, con sus ojos grandes del tamaño de todo lo que se puede mirar de una vez: mirar muchos ferrocarrileros que se acercan portando antorchas y estandartes y mantas y banderas, y entre ellos un hombre pequeño, pequeño a lo lejos, pequeños sus ojos y diminuto su pecho, sus hombros, su cuello: es José Trigo, entre ellos, y nos mira: es Manuel Ángel, él solo, apartado, junto al viejo Todolosantos, Manuel Ángel que nos ha visto, igual que ayer, igual que anteayer y que siempre, y se acerca, se abre paso a codazos, grita, estira la mano y su

mano no se acerca: crece, se infla como un globo, se híncha y flota y es más grande que su rostro, que su pecho, que la torre del campanario que se ve a través de los dedos que se curvan como garras, los dedos que se prenden, que se estiran, que se desinflan, que se alejan, que nos abren la camisa y saltan los botones, que se desprenden, que se estiran, que se desinflan, que se alejan, que se levantan hacia el cielo como los dedos, la mano, el brazo, los brazos de un hombre que se ahoga en el mar, y la corriente, el mar, el agua de cabezas fluye, refluye, asciende, baja, se ondula, serpea, y sobre las cabezas vemos el rostro del hombre, el rostro de Manuel Ángel: cabezas que lo cubren, el rostro, cabezas, el rostro, cabezas, los antebrazos, cabezas, las manos, cabezas, los dedos, cabezas y antorchas, banderas y cabezas, y después, nada: flotamos en un mar cubierto de pieles suaves y no lo vemos; sobre nosotros flamean mil antorchas como mil soles, y no las vemos; entre nosotros rugen, rugen las voces, chasquean las lenguas, trepidan las cuerdas bucales, doblan las campanas, estallan los fuegos, vibra el aire, y no oímos, y no vemos, no sentimos, no gustamos:

todo está oscuro, incoloro, silencioso, levantamos nuestra mano, o la estiramos hacia el frente, deslizamos nuestros dedos por una superficie pulida, suave, fría, recta; encima de nosotros, o enfrente, o enfrente y encima, aparece un hilo de luz, tan largo como nosotros, de nuestra cabeza a nuestros pies; pero el hilo es una franja de luz interrumpida por una sombra; pero la franja es tan ancha como todas las cosas que se pueden ver de una sola vez: un cielo raso enfrente y encima de nosotros vigas de madera que lo cruzan, telarañas que cuelgan hacia abajo o que se extienden horizontalmente, flotando en el aire y apuntando hacia nuestros ojos, y una cara, una enorme cara de la cual sólo vemos la sombra y los cabellos, y de los cabellos caen virutas, sobre nuestro pecho, y en la sombra se abre una sombra más densa aún, y de ella cae una lluvia de minúsculas, volátiles partículas de saliva, y una lluvia de palabras, palabras que ahora, ahora que volvemos a ver y a oír y a sentir el mar de cabezas, las antorchas, el humo de la pólvora, el sudor frío, ahora recordamos: sí, era don Pedro, sí, esa cara, esa sombra, esas virutas que caían de los cabellos y esas palabras que nos decían: por esta vez te salvastes, por esta vez, quién te manda, quién te dice que cruces el Puente, quién que vivas con la mujer de Manuel Ángel, ve, vete, corre, deja los campamentos, salte de esa caja de muerto y no vuelvas nunca porque no quiero más líos, vete, vete, corre, deja, huye, no vuelvas, corre; esas palabras, esas mismas, nos subieron como hormigas por el cuerpo, nos jalaron, nos empujaron esa noche del doce de diciembre de hace muchos años, nos dieron fuerzas para luchar con el mar de cabezas, con los brazos que nos rechazaron, con los codos que golpearon nuestras sienes, sin oír, sin ver,

sin oír y sin ver, porque no fuimos, no éramos el hombre o los hombres que hubo: en un árbol, en la torre del campanario, en el techo de un furgón o encima de un par de zancos, no hubo hombre que los viera acercarse, hombre atalaya o catalejo que lejos, cerca, los viera acercarse, aproximarse, ojos platos cristalinos y largamente hocicos

tubulares y negros, y en las manos amansando continentes lacrimosos de penas amarillas, porque otras palabras ajenas, lejanas, nunca oídas en estos campamentos y muy diferentes de las palabras vete, huye, no vuelvas con la mujer del Campamento Oeste porque Manuel Ángel te va a matar, habían dicho: seguro que esos desgraciados ferrocarrileros se aprovechan de la fiesta de la Virgen de Guadalupe para hacer un relajito, así que les vamos a mandar a los granaderos: y se acercaban y nadie los veía: por la Calle de la Crisantema, por la Calzada de Nonoalco, por los Talleres Centrales, por la Plaza de Santiago, por el Norte, por el Sur, el Este y el Oeste se acercaban, silenciosos, amparados por la sombra, por las luces, por el mido del mar de cabezas y antorchas y banderas del que huíamos nosotros, no sabiendo si atrás de nosotros, no viendo si atrás de nosotros venía, corría, se ahogaba el hombre de las manos gigantes, Manuel Ángel, persiguiéndonos hoy como ayer y como anteayer, y como siempre, nosotros adelante, él atrás y muy cerca de nosotros, o muy lejos, muy lejos ahora que el silencio o el casi silencio nos cubre: un casi silencio arrugado, crujiente, y casi oscuro: nosotros estamos engurruñados en el piso, sobre las duelas frías, entumecidos, adoloridos, y el casi silencio es como el crujido de un papel que cubre nuestra cabeza y nuestro pecho y parte de nuestras piernas; es como el chasquido de las piedras cuando los zapatos de Bernabé las pisan al salir de la caseta de guardacruces: sale un zapato y sale el otro, y las pantorrillas, enfundadas en un pantalón de dril, y más arriba de las pantorrillas, el borde, nebuloso, del calendario que nos cubre medio cuerpo; y es como las palabras que dice, no Bernabé, pero sí dicen sus pies, pantorrillas y corvas nebulosos, más allá del borde claro, definido, del calendario que nos cubre cabeza, pecho, rodillas, y más acá de las otras piernas: las piernas de Manuel Ángel que hablan y preguntan dónde estamos nosotros, José Trigo, nosotros que ayer huimos de él y nos escondimos en una caja de muerto en la carpintería de don Pedro, el carpintero; nosotros que hoy nos escondimos en la caseta de Bernabé el guardacruces de la calle del Naranjo esquina con la Crisantema: porque no le hicimos caso a don Pedro, que nos dijo que no volviéramos: volvimos al Campamento Oeste a dormir con la mujer, y volvimos al Campamento Este para ver a la Virgen; y no le hicimos caso a Bernabé el guardacruces, que nos dijo que no volviéramos; volvimos al Campamento Oeste para dormir con Eduviges, y volvimos al Campamento Este para ver a la Virgen. Así fue las tres noches del Triduo. La primera, la segunda, la tercera noche. El diez, el once, el doce de diciembre.

Y el doce de diciembre, lluvia de luces que cae sobre la tierra, duras y brillantes como grande granizo: señal del cielo y las copas de la ira sobre el mar de la iniquidad, fue el humilladero, la ermita frente a San Salvador de las Flores, donde estuvimos nosotros y hasta donde llegó Manuel Ángel para casi alcanzarnos y hacernos pagar nuestro pecado: mientras la cola del dragón arrastraba la tercera parte de las estrellas del firmamento; y no nuestro pecado de amar, sino aquel de no querer, aquel de haber vivido siete meses con Eduviges, sin tocarla, porque eso era lo que le

había dolido y pesado a ellos, las sombras que escucharon, o a él y a su sombra, él trepado sobre un rimero de llantas abandonadas a un lado del furgón y su sombra retozando dentro de su cuerpo porque era una noche sin luna; se acercó, te vio junto a las imágenes, junto a la Virgen de Guadalupe que hace muchos años pintó un guardacruceros: una mujer vestida del sol y con la luna bajo sus pies, y sobre su cabeza una corona con doce estrellas, olor a veladoras, y tú te escapaste una vez más, una última vez para correr por los llanos del Oeste, él atrás, Manuel Ángel, y tú José Trigo que te salvas, ¿pero te salvaste? Porque llegas a la calzada en el momento en que un tren venía de Este a Oeste y otro de Oeste a Este y saltaste un minuto, un segundo, una fracción de segundo antes de que pasaran y fue como en el Puente, se repitió la escena, volviste a vivir el momento en el que Manuel Ángel te persiguió porque fuiste testigo de su crimen: tú saltaste y perdiste el otro zapato negro y Manuel Ángel lo vio y esa vez sí se dio cuenta de que ese zapato zapatote le había pertenecido: así que te fuiste de estos campamentos ¿pero te fuiste?, tal como habías venido, y dejaste en ellos lo que en mala hora te habías apropiado, ¿pero te fuiste?, ¿hacia el Oeste, dime?, ¿hacia el Este entonces?, ¿subiste a un tren o te enganchaste y te arrastró para dejarte vivo o muerto un kilómetro más allá o más acá?; ni tú lo supiste, ni lo sabrás nunca, ni Manuel Ángel, ni Eduviges, ni Todolosantos que él o su alma, o él y su alma: trepado en los neumáticos él y haraganeando por los alrededores su alma, esperando a que se durmiera para salir no de su cuerpo, no de su carne y sí de detrás de un furgón o de una paila de jabón hirviendo o de dentro de una caja dentro de la tierra olorosa a colofonia, en esa noche llena de estrellas como de insectos brillantes, húmeda y esplendente, amorosa y tierna, exuberante y llena de savia estelar subiendo de la tierra: noche en que tú y Eduviges se amaron casi sin hablar, casi sin decir esta boca es mía, y sin embargo; sin embargo de alguna manera el viejo se dio cuenta de que nunca, nunca antes habían estado juntos, o en otras palabras nunca habían copulado como lo hacen los hombres con las mujeres, los gallos con las gallinas y todo macho y toda hembra si es que lo son; y fue esto, fue que fuera la primera vez y no la centésima, lo que hizo rabiar al viejo, porque si en alguna ocasión había sentido respeto por alguien o por alguienes, ése o ésos habían sido José Trigo y Manuel Ángel, éste primero y luego aquél, porque: allá, a lo lejos, de Norte, Sur, Este y Oeste, se acercaban los granaderos, doce de diciembre, día de la Virgen, juegos pirotécnicos, comunión nocturna de los hijos de los ferrocarrilenses y desfile de antorchas; porque si en alguna ocasión había sentido deseos de acostarse con una mujer que no fuera la vieja Buenaventura en los tiempos en que no era vieja, de acostarse así como se dice y no de oírla acostarse con un tercero, no de adivinarla revolcándose con alguien más, sino de revolcarse él con ella, de penetrarla, de montarla, de escupirla, esa mujer era Eduviges: y él la había respetado, y respetaba todavía a Manuel Ángel por haber traído a Eduviges al campamento, y había respetado a José Trigo por haber vivido con la mujer y por haberse, al menos él lo pensó así, acostado no una, sino docenas y centenas de veces con ella, y ahora



resultaba que el estúpido de José Trigo no había tocado a la mujer, ahora resultaba que todas aquellas noches en las que él y su alma, o él o su alma, él el viejo y su alma el albino habían imaginado a José Trigo y a la mujer, copulando, todas aquellas noches se venían abajo, todas aquellas noches se habían perdido; y así como salían la vida y el alma, entraba la muerte, entraba y dormía por una noche en el cuerpo del viejo: porque el viejo nunca dormía, era la muerte la que entraba en él para dormir, o quizás para despertar por unas horas mientras su alma, o no su alma, sino su hijo, el albino, se levantaba y salía del furgón y caminaba medio desnudo por el campamento, como un fantasma, y atravesaba el Puente para ir a bañarse en las tinajas de jabón del otro campamento, para regresar, medio desnudo, blanco, reluciente, para que los borrachos trasnochados y los vagabundos sin casa y las prostitutas dijeran que era eso, un fantasma, el alma del viejo Todolosantos, el alma estúpida y blanca y perfumada del viejo Todolosantos quien a esa hora estaría en el séptimo sueño, dormido cuan largo era en el camastro del furgón, o no dormido, sino despierto en otros mundos y no en esos otros mundos mágicos de los sueños que sueñan todos los hombres y las mujeres, sino en esos otros mundos donde el sueño es vivir, donde el sueño es nacer, donde el sueño es despertar dentro de un cuerpo de carne y hueso, dentro de un furgón de madera y hierro, y asomarse a los ojos, y asomarse a la puerta del furgón y ver las montañas y el cielo, las aves que surcan el cielo y las nubes que bajan por las montañas, y los hombres, los hombres que son uno: uno mismo muchas veces, uno mismo hombre viejo, uno mismo mujer, niño, soldado, ferrocarrilero: uno mismo don Pedro el carpintero que se asoma, no sólo por sus ojos, no sólo por la puerta de su carpintería, sino también por su sueño, por su sueño de ser don Pedro el carpintero, y sueña que José Trigo se acerca, sueña que es verdad, sueña que es mentira que sea un sueño:

Pero el albino ya había muerto.

Pero tú ya te fuiste, José Trigo.

Pero Eduviges se ha quedado sola.

Pero allá, en el atrio del templo del Señor Santiago, se derrumba el mundo, se desmorona en luces, piedras, polvo y estrellas: llegó el ejército, llovió sangre, se apagó el canto de los escogidos que antes subía hasta la cúpula dorada envuelto en incienso, y el fuego, el olor a azufre, el humo de la pólvora, una inmensa nube blanca...

Y yo no he contado todavía tu historia.

Que en una noche como ésta brillen las estrellas sobre los campamentos. Que no sea una noche de luna nimbada de cristales de hielo. Que sea una noche en que de Norte y Sur vengan las estrellas, las cuatrocientas estrellas del Sur que brillan más allá de los cirros y las nubes, de las regiones de ozono azul pálido y de los bólidos, más allá del contorno del crepúsculo, de las auroras boreales y la luz azul. Que sea una noche en que Erídano se deslice en el cielo como un río de balasto de grava de río se desliza

en la tierra en esta noche de invierno de un año bisiesto de hace muchos años en que yo camino por el Campamento Este, y pregunto por José Trigo.

Que yo pregunte por José Trigo. Que pregunte y me digan: la madrecita Buenaventura sabe su historia. Y que yo pregunte por la madrecita Buenaventura y que me digan: éste es el camino, camine por las vías. Y que yo camine por las vías y pise los balastos de escoria de los altos hornos, los balastos de cenizas de las Casas Redondas que brillan como pavesas en esta noche de estrellas que vienen del Norte y del Sur. Estrellas que parpadean como alumbranos de vientre fosforescente, que alumbran y relumbran el balasto de piedra que un día fue quebrada y triturada, colada a través de grandes mallas, llevada a tolvas, llovida sobre carros balastadores, llovida sobre los caminos para formar las camas de las vías por las que hoy camino rumbo al Campamento Oeste, rumbo a los bienaventurados rumbos de José Trigo.

Que sea una noche polvorienta. Que el polvo del balasto se levante y caliente las chumaceras de las locomotoras nocturnas. Que la noche respire el polvo por los estigmas de su piel y espolvoree de estrellas todo el firmamento. Que las estrellas de la lluvia lloren, que las estrellas marineras naveguen por un mar oscuro y brillante como élitro de escarabajo. Que Cástor y Pólux, Sirio y Aldebarán enjambren el cielo de los campamentos, y cintilen, y callen. Que callen las estrellas y callen las calderas de la casa de fuerza y callen los estibadores del exprés.

Que yo camine en silencio. Que vea a lo lejos el furgón rojo de la madrecita Buenaventura iluminado por las estrellas. Que cuando yo me acerque a preguntar por ella, las palomas se espanten y revoloteen. Que revoloteen en silencio. Que las locomotoras plateadas que arrastran trenes nocturnos, los arrastren en silencio y en silencio corran por todos los caminos. Por los caminos cubiertos de balasto de grava que un día fue succionada de los cascajales de los ríos por dragas de cangilones gigantes y fue lavada y cribada y colocada en los caminos donde ahora brilla a la luz de las estrellas. Estrellas como alcoras incandescentes suspendidas de esta noche de bocarrena tapizada de cristalizaciones, y que alumbran caminos balastados con el granito que fue perforado y desintegrado con chorros de vapor, con piedra cubierta de marga, con el cuarzo que será batido por las lluvias, con la arena regada con aceite crudo, con las conchas de ostras que se volverán polvo. Que los alumbren en silencio. Que yo camine en silencio por los campamentos y llegue al furgón de la madrecita Buenaventura, y que pregunte por ella. Que ella salga, que me responda:

Yo soy la madrecita Buenaventura.

EN ESPEJOS de agua, diáfanos, con fondo de azules azulejos, ya no alfombrados con la vegetación criptógama que prolifera en las noches de luna llena, se refleja la imagen de una torre. Es una Torre-Insignia de concreto armado, fachada cubierta con ventanales de aluminio con cristales oscuros, que tiene veintinueve pisos, ciento veintisiete metros de altitud y forma de punta de lanza. Es el símbolo de la nueva Ciudad de Nonoalco-Tlatelolco que comienza en el Puente y se extiende hacia el Este. Colinda con la Glorieta de Peralvillo, con el principio de la Calzada de los Misterios y con lo que fuera el Jardín de Santiago ahora transformado en un parque de aires provinciales con faroles de múltiples esferas luminosas. En este huerto de doradas manzanas de vidrio, con plazoletas y platabandas, canteros y pérgolas, se levanta un quiosco en el que aparece una leyenda: «Aquí ponemos y asentamos la forma en que hallamos la laguna grande, como atijereada: sus olas como plata brillantes como el oro tan fragante y olorosa, donde fundamos nuestro pueblo de Tlatelulco». Las niñas de carminosos mofletes y cabello rizado que vienen aquí a jugar, no lo han visto. Tampoco las parejas de enamorados que sólo tienen ojos para ver los propios, introspección de reverberos ustorios. Allá lejos, en la nueva estación de Buenavista, lujuria de mármoles, pueden entrar y salir los trenes: su humo no oscurece más el cielo de la Ciudad del Este y, si acaso se oyen sus silbatos, ya no llevan, como antes, toda esa carga de mar y de recuerdos. Porque ¿qué saben estos niños de aquellos llanos, de aquellas góndolas, de aquellas viejas locomotoras maniobreras que las mujeres ordeñaban a fin de tener agua caliente para el café, agua bullente para la afeitada del marido ferrocarrilero? Los otros niños, los que aquí vivían y aquí tenían su mundo, tan y tan escaecido, se fueron lejos, los fueron. Despedregar, despoblación, urbanizar, malbaratar de trástulos: yo lo vi. Ahora estarán ya no niños: adolescentes; ya no adolescentes: hombres, confinados en un apartado campamento de rieleros, dejados de la mano de Dios. Ya no traen los aires, tampoco, olores a aceite de coco y a cerveza, ni juegan con la sal de los depósitos, polen inveterado. El mismo Puente, el Puente de Nonoalco, que antes arqueaba su lomo por encima de los campamentos y fábricas, ya no se ve. Los edificios son más altos, son farallones de hormigón con piel de murano y marcolita, donde la espuma se congela en celosías. Sí, yo vi que asotanaban los suelos, yo vi que traían bolones para los cimientos, vi autogiros que revolotearon sobre las llanadas y lugares comarcanos para tomar aerofotos y diapositivas; y vi teodolitos, telémetros, ingenieros, contratistas, camiones de volteo, hombres que hacían encuestas. Porque yo fui testigo de cómo se fundamentó la nueva ciudad del Este, en la hora propicia: las tantas del día de un día de tantos. Pero también, pesia mí, vi cómo cercenaban los campamentos, cómo los antiguos moradores batieron tiendas y se fueron. Y detrás de ellos se fue mi corazón atijereado que se desbarató en palabras; palabras como tugurios, catastro, cojinetes,

belenes, arañas, industrias fabriles y metalúrgicas, zonas decadentes, villancicos, barreños, explosión demográfica, tierra calaverial.

Ciento cuarenta y cinco edificios. ¿Y los furgones, las periqueras? Ochenta mil habitantes. ¿Y los ferrocarrilenses? Escaleras de granito por donde escurre el agua jabonosa. ¿Y las bañeras de aluminio? Revestimientos de lámina acrílica y resinas poliéstericas. ¿Y los tablerámenes rojos y verdes, carcomidos, las macetas con campánulas, el cuartel, el orfanatorio? La nueva estación de carga, con todo su gigantesco conjunto de terracerías, «screening», treinta y siete mil roldanas, planchuela, etc., queda muy lejos de aquí: en Pantaco. Y donde antes estaban las básculas, los portones del exprés, los tanques de enfriamiento, hoy están las albercas, las escuelas, las guarderías. Lugar blanco o de sal: allí está, blanco de heleros de concreto. Barrio de casas grandes: allí están los emparrillados y las explanaciones, los castillos de acero y las trabes, los muros de mampostería y las losetas que construyen tu nombre. Lugar verde: sitio donde debieron medrar los ramilletes de adonis morado, las dedaleras y la caléndula anisada, pero el polvo de balasto, el hollín, el petróleo, no los dejaron: ahora todo, al fin, estás empastado, verde de verdad. La Plaza de las Tres Culturas; la clínica dental con sus consultorios de ortodoncia y exodoncia; el Templo del Señor Santiago, ahora álfico por dentro y con ventanales azulinos; rúas y arcos de cruce para peatones; cancelerías; campos deportivos... todo está en el lugar de lo que fue y que ya nunca será en lo porvenir. Recuerdo la última vez que anduve por allí preguntando por José Trigo. Unos hombres erigían postes con gallardetes y grímpolas en las puntas. Otros plantaban carteles que decían «Concreto CARSA Alta-Resistencia», «Varilla Corrugada AR-80-Acero Monterrey», «Entrepiso Reticular Celulado, S. A.»: «Constructora DELCAR». Y otros hombres desembarcaban de grandes camiones, o de los ferrocarriles, extrañas maquinarias y artefactos: palas-tractores Muir; compresores Rotair 25 para la alimentación de martillos neumáticos, y traxcavadores, perforadoras. Vi también a una brigada de peones que zahondaban la tierra con sus zapapicos. Uno de ellos tenía un gorro de papel plateado. Me imaginé, me quise imaginar que eran soldados en la cavazón de trincheras. Luego, la muralla Sur de Nonoalco-Tlatelolco fue derribada y emergieron allá los edificios, los monumentos de la ciudad, ejército de gigantes embanderados que conquistaba al fin, después de cuatro siglos, la isla mediterránea del montón de tierra, del pueblo de mudos o gente que habla una lengua extraña, para instaurar un nuevo sol.

Pasé por la antigua bodega de la ex aduana de Santiago, y ya no vi aquellas casas, las más extrañas del mundo. Las habían construido en los andenes con restos de puertas, ventanas, contraventanas. Muros de montantes y peinazos, paneles y largueros imbricados, se elevaban hasta los tejaroques en que se prolongaban las vertientes del techo de la bodega. De aquí la extraña desproporción de estos cuartos redondos así adosados: tendrían, cada uno, tres metros de lado y casi seis de altura. No todo se llevaron: vi un ropero olvidado, un cuadro que representaba el

Nacimiento, una damajuana, latas alcoholeras, una caja con frascos de añejo contenido y desgarrados marbetes, un calendario, un bote de pintura y sobre él una brocha de ralo cerdamen, una estampa de la Guadalupana. Luego fui hacia el Puente, subí, contemplé por vez última estas tierras, y desacordándome de todo, desimaginándome las cosas, les dejé mis últimas palabras:

En América, en el hemisferio boreal, en la zona tórrida y montañosa comprendida entre el Trópico de Cáncer y el Trópico de Capricornio. Viejas locomotoras van, nuevas locomotoras vienen con su carga de tezontle: lava espumosa para fabricar concreto ligero. En la unidad tectónica conocida como el gran geoanticlinal occidental. De los furgones, en los muelles, se descargan los ductos de asbestocemento, los cables, las mangueras que convertirán los campamentos en tendadero de redes. En la región biogeográfica neártica, en la provincia biótica neovolcanense, donde se localizan los distritos faunísticos Tapatío, Otomí, Tarasco, Azteca y Orizaba-Cempoaltépetl. Arcos de cruce para peatones, barras de acero estructural, escaleras de granito se elevan hacia el cielo. Y donde abundan toda clase de suelos, desde el castaño o chesnut hasta el litosol. Llegaban brigadas de canteros, mamposteros, tapiadores, agrimensores y maestros de obras. En la región sísmica limitada por la fractura de San Andrés y la fractura del Clarión. Y unos baten la argamasa, otros labran sillares, otros más arman andamios. En lo que hace millones de años era el prehistórico Mar Mexicano que por el Canal del Balsas se desbordaba en el Océano Pacífico. Otros encajonan, acotan, zampean, explanan, colocan cañerías. Batida por los vientos Septentrión, Áuster, Sunsulano y Favonius. Y llegan camiones cargados con selenita, con lambrines de madera de guanacaste, con alambres de acero al alto carbón, con duelas para solar a la espinapez, con albayalde y demás manobra. Sitiada por climas tropicales: de selva y sabana; por climas secos: de estepa y desértico; por climas nevados: de tundra y nieve perpetua. También excavadoras, grúas telescópicas Loro-Parisini de brazo giratorio. Circundada por montañas donde crecen el lináloe y la biznaga, el oyamel y el aïle, el Perú y los abrojos; y donde medran los coyotes y los hurones, los quebrantahuesos, las auras y los ánsares. Aquí en la altiplanicie, en el Distrito Federal, en el Cuartel Norte de la Ciudad de México. Y donde antes había furgones, vagones, góndolas, bateas abandonadas. En la Zona Postal 2, en los Distritos Electorales 2 y 9. Y bodegas, fábricas, cuarteles, cárceles, industrias textiles. Aquí se encontraba la zona de Nonoalco-Tlatelolco. Allí las máquinas, los hombres, las cosas, construyeron supermanzanas, torres, rascacielos. Que medía tres kilómetros de longitud por una anchura que variaba de cuatrocientos a seiscientos metros. Porque piedra sobre piedra, hilada sobre hilada, ripio sobre ripio, construyeron, erigieron, levantaron, fundaron, edificaron. Y que fue devastada hace muchos años. Después de que arrasaron, asolaron, desmantelaron, desbrujaron y echaron por tierra: cuanta piedra, cuanto furgón, cuanta yerba había, hasta no dejar:

(yo lo vi)

piedra sobre piedra, furgón sobre furgón, yerba sobre yerba.

Yo lo vi.

Lo vi un día (¿o era una noche?) en que la luz de la luna brillaba tanto como la luz del sol.

Yo lo vi.

Bajo mi palabra, sobre mis palabras.

Y bajo el cielo y bajo las galaxias; sobre la tierra y sobre las yerbas. Bajo la noche que descansaba sobre la tierra. Sobre el Puente que se extendía bajo el cielo. El Puente de Nonoalco. Abajo corría un mar azul y denso, con visos de ópalo. Arriba, la primera luz del alba se deslizó por las faldas de las montañas, y produjo reverberaciones de cromo y de níquel en las rocas cristalinas. Entonces yo dije: sí, que vengan los hombres, que vengan los hombres que instalarán las plantas de concreto premezclado que producirán mil quinientos ochenta metros cúbicos diarios. En lo alto del cielo, las estrellas, gémulas de cuarzo, se apagaron, y las nubes, espumosas de coral, navegaron convertidas en gigantescos arrecifes flotantes. Sí, que traigan sus camiones revolvedores, sus plantas dosificadoras, sus bandas transportadoras para la alimentación automática. Pronto se vislumbraron las copas de las coníferas que crecen en las sierras circundantes de la Cuenca del Valle. Y que unos apliquen a los suelos de estos campamentos un tratamiento de electrólisis para saturarlos de humedad. Un finísimo polvo de esporas llenó el ámbito. Que otros edifiquen muros de contención. Despertaba el mundo de Nonoalco-Tlatelolco. Que estos bombeen las aguas freáticas. Las últimas sombras, informes, reptaban entre los furgones. Que éstos construyan los desplantes de las cimentaciones y monten los encofrados para las zapatas. Nubecillas de insectos, en vuelos nupciales, revoloteaban entre las flores, las más altas cimas de las montañas más distantes se cubrieron de arenisca roja, y el cielo se inundó de vetas de oro y de plata. Que aquéllos eleven las torres con equipos de vaciado de concreto para el colado de muros. Al fin surgió el espinazo de la sierra, bañado en lava, y luego todo el campamento, todos los campamentos, ascendieron en el aire azul y líquido, y pasó un tren tal vez cargado de aceite de olivo, de cereales, de frutas; o tal vez de carmín, de esponjas marinas, de piedra múcar. Que aquellos otros hinquen a veinte metros de profundidad pilotes de fricción de concreto comprimido. Las locomotoras de maniobras abrieron sus válvulas y de sus chimeneas, solfataras ardientes, borbotaron bocanadas de humo amarillento. Y que todos, juntos, construyamos la nueva Ciudad de Nonoalco. De las chimeneas de las fábricas surgió también el humo, en chorros esbeltos que simulaban géiseres. Los ciento cuarenta y cinco edificios. En la retícula formada por los rieles que se cruzaban y entrecruzaban una y mil veces, vagaban los perros. Las guarderías infantiles, los clubes, las escuelas secundarias. (Y después de una ráfaga de aire frío, apareció el hombre.) Donde setenta y dos mil habitantes sedentarios: para que ellos

vivan, para que ellos cohabiten, para que ellos no sepan nunca:

(Yo lo vi)

que nunca existió José Trigo. Que él y la vieja Buenaventura. Que él, la vieja Buenaventura y Todos los Santos. Que él, la vieja Buenaventura, Todos los Santos y Todos los Hombres, nunca existieron ni existirán sobre estos campamentos de esta tierra, bajo estas montañas de este cielo: una probabilidad contra mil veces un millón de millones mil probabilidades, un hombre contra mil veces un millón de millones mil palabras:

(Yo lo vi y le pregunté):

y para que a todo esto: campamento de peones de vía, ferrocarriles que navegaron con velas de barcos, negras-cambujas-locomotoras y Manuelángeles, Lucianos, Buenaventuras, se los lleve la piqueta, la mentada, el chápíro, la calaca, el chamuco, la charrasca, el tren que los trajo, los vino y los fue.

(Y él mirándome y como que comiendo y como que no sabiendo bien a bien lo que se decía, me dijo):

¿José Trigo? No sé, pero mire:

Y ya no miré los guardarrieles, las vagonetas, las cajas areneras, los bates, los apartaderos de los hombres...

(Y para esto yo iba ya por la Calle de la Estrella.)

Una tarde de un lunes de un mes veintiséis de diciembre de un año bisiesto de mil novecientos sesenta día de San Marino, San Esteban Papa y Arquelao Obispo por este campamento, por estos santos lugares de Nonoalco-Tlatelolco en esta Ciudad de México, en esta cuenca Norte del Valle de México bañada por los ríos Unido y Consulado que bajan de la Sierra de las Cruces y de la Sierra de Monte Alto y por los ríos Papalotla, Texcoco y Coatepec que bajan de la Sierra Nevada, que bajan, se hunden, fluyen, refluyen y esparcen palabras: palabras que cuento como cuento los años, como cuento los días, como cuento las horas. Los años que hace tantos yo, tú, él, y nosotros y ellos. Yo José Trigo y tú Buenaventura y él Todolosantos y nosotros y ellos, los hombres de uniformes azules: yo José Trigo vi la vieja locomotora que abandonaba los viejos Talleres Centrales adornada con guirnaldas que los hombres pusieron a la última locomotora de vía angosta del viejo Interoceánico, y tú, Buenaventura, oíste tronar los petardos que los hombres pusieron en las vías para despedirla como pusieron petardos para despedir al tren nocturno *Estrella del Sur* y él, Todolosantos, la vio alejarse rumbo al cementerio y ellos y nosotros, los hombres de uniformes azules, pensamos que la vieja locomotora de las minas de carbón de allá por los años de mil ochocientos catorce y aquella otra oruga voladora que manejó un maquinista de dieciséis años y aquella otra más que arrastró tres mil cien quintales de carga durante doce leguas que recorrió en dos horas cuarenta y cuatro minutos y aquel primer coche de pasajeros número 500 del Ferrocarril Mexicano que fue el primero en hacer servicio público entre México y Puebla y aquel tren que recibieron

con salvas de cañón el Castillo de San Juan de Ulúa y el Baluarte de Santiago hace casi un siglo y todos aquellos otros carros y furgones y vagones y trenes muertos y locomotoras muertas, la estaban esperando.

Y como cuento los años cuento los días que hace tantos, tantos y cuántos días en que yo, José Trigo, alto como una cucaña, y tú, Buenaventura, maestra en tropelías y él, Todolosantos, viejo hucha y manicorto y ellos y nosotros, los hombres de uniformes azules, los fogoneros, maquinistas, conductores, garroteros, auditores, telegrafistas, mayordomos, patieros, factores, peones, boleteros y despachadores: pusimos las palabras.

Las palabras Sierra de Guadalupe, cinco mil años, sapos de abrazaderas, vías industriales y camisas doradas; sin saber que estos santos cuántos campamentos serían arrasados, demolidos, olvidados: tantos como connubios y derelictos se conchabaron por estos rumbos; tantos como malparanzas y manquedades dieron aquí con sus huesos: tantos así y más fueron los días y los años en que los cerros de las sierras circunyacentes: Cerro Tenayo, Cerro Chiquihuite, Cerro Santa Isabel, Cerro Guerrero y Cerro Gachupines vieron tus ciudades, vieron tus hombres y tus mujeres, cuarenta o más, cincuenta o más, o mil o cinco mil días y años y hombres y mujeres, unos llenos de sol escociendo las espaldas de los hombres que instalan los sapos de abrazadera en las vías de los patios y los peines y vías industriales y otros llenos de polvo espolvoreando la carne de los viejos ferrocarrileros que recuerdan a los camisas doradas que rompían las huelgas a caballazos, y unos llenos de hambre y otras llenas de hijos que mañana serán peones de vía y vivirán en unos campamentos de ferrocarrileros.

Pero no en estos campamentos.

No en los campamentos de Nonoalco-Tlatelolco, que fueron arrasados, demolidos, olvidados hace muchos años.

Hace tanto, como tantos son los años que cuento como cuento los días y cuento las horas. Y cuento las horas como cuento las cosas: cuento el alboroto de las calderas de la casa de fuerza y la algazara de los talleres de básculas y conservación de coches y el bullicio de los estibadores de los muelles del exprés y el zumbido de los automóviles que pasaban por el Puente y el murmullo del colector que cruzaba de Norte a Sur estos campamentos, bajo tierra, y el runrún de los conductos de agua que corrían por la Calzada de Nonoalco, bajo tierra, y el rumor sordo de las líneas de alta tensión que enmarañaban los campamentos, bajo tierra, bajo esta tierra antaño zona de tugurios, hospicio de pobres de solemnidad, refugio de pecadores y hogaño tierra baldía, lugar de esterquilinios y carnuces: bajo esta tierra y sobre tierra, bajo el cielo y sobre las piedras, y entre el humo de las fábricas y los talleres, y entre las salvas de los cuarteles y los lamentos de las cárceles y entre el ir y venir de los hombres de uniformes azules que deambulan con sus palas al hombro para calzar durmientes y nivelar vías, de los carniceros con corderos desollados a cuestras, de los panaderos con bicicletas plateadas, de las mujeres panzonas con cargas de coles y coliflores, de los



mendigos babosos, las ratas hambrientas y los ciegos de bordón de avellano, cayeron las palabras: las palabras tierra, polvo, piedras. La tierra sobre las cárceles, el polvo sobre los ciegos, las piedras sobre estos campamentos por donde ellos, los hombres, arrastraban sus palas herrumbrosas, sus corderos sanguinosos, sus llagas pulverulentas: y ferrocarrileros bravucones, putas rufianas, perros regañones, gatos muradores; y gitanos, soldadescas y mendigos, liarón sus triques y chirimbolos, desavecindaron el rumbo, tomaron el trote y no volvieron. Nunca, ni por unos días; nunca, ni por otros siglos, volvieron a andurrear por estos campamentos, a jolgar a la sombra del Puente, a maridar a la amparanza de los furgones.

Porque cayó la tierra, cayó el polvo, cayeron las piedras sobre estos santos campamentos que fueron arrasados, demolidos, olvidados hace muchos años.

Tantos, como días tiene el invierno; tantos, como hombres, mujeres y niños buscaron a la vieja Buenaventura para que ella, maestra en encantorios y jorguinerías, adivinase sus sueños y les dijese si soñaste cigüeñas es ladrones, si aceitunas es paz y amistad, si alcachofas secretos pesares, y si soñaste que una tarde de un año bisiesto de un mes de diciembre de hace muchos años tú caminabas por estos campamentos y preguntabas por José Trigo, quiere decir que fue verdad: tantos así fueron los hombres que soñando, caminando, despertando, preguntaron por José Trigo; tantos así los que dijeron: ¿José Trigo?

Unos con caras quijarudas y percutidas, otros con vientres fofos y campanudos, y niños empelotados y roñosos, viejas anquilosadas y chamagosas, viejos engurruñados y sórdidos, y unos y otros miserables malnacidos, malparidos, bastardos y desheredados, ludibrio de toda la tierra, escarnio de sus hermanos, verecundia y oprobio de sus progenitores, efigies del hambre: nacieron y vivieron entre ruinas y escombros, crecieron entre escoriales, inmundicias y cascajeras, comieron despojos, piltrafas y bazofias, y murieron entre detritos y poluciones: en estos santos campamentos, en este lugar de Nonoalco-Tlatelolco, región del villanaje y el populacho, regazo de la discordia, guarida de tráfugas, asilo de parias y proscritos, asiento de prevaricadores, recinto de expósitos, puerto de desventurados. Nonoalco-Tlatelolco. Campamento Este y Campamento Oeste. Campamento Norte y Campamento Sur: por tus ciudades y pueblos, desamor de mis desamores, vimos pasar las negras locomotoras bruñidas rumbo a los viejos talleres: a reponer las bridas de las cajas motrices a tornear los muñones de las carretillas, a hacer mundos nuevos por esos mundos de Dios, a ir y venir, llevar y traer hombres y mujeres, bestias y árboles, cosas y piedras: hombres así, mujeres asado, ciervos agostizos y manzanos florecidos, órganos de viento y aerolitos de cinco toneladas.

Y también por tus ciudades y pueblos me viste, me vio, me vieron pasar preguntando:

¿José Trigo?

y mientras tanto, en balde y para qué, poniendo todas o casi todas las palabras: (palabras más, palabras menos)

abajo, las palabras tierra, campamentos. Arriba, las palabras cielo, estrellas. Y entre la mañana, por la tarde, además, y con la noche, las palabras nada y nadie.

Porque todo esto, y esto es un decir, fue la mañana, la tarde, la noche en que soñé o creí soñar que buscaba a José Trigo por cielo y por tierra: bajo todos los cielos habidos, sobre todas las tierras por haber. Y no vi nada ni a nadie.

Nada bajo el cielo.

Y sobre la tierra,  
nadie.

Ciudad de México, abril de 1959-julio de 1966.

Este libro debe mucho a mi esposa,  
Socorro Gordillo,  
y a Antonio Montaña,  
Álvaro Mutis,  
Berta Maldonado,  
Jaime Muñoz de Baena  
y Juan Rulfo.  
Quiero que sus nombres  
estén siempre en él  
como ellos estuvieron en mi vida.